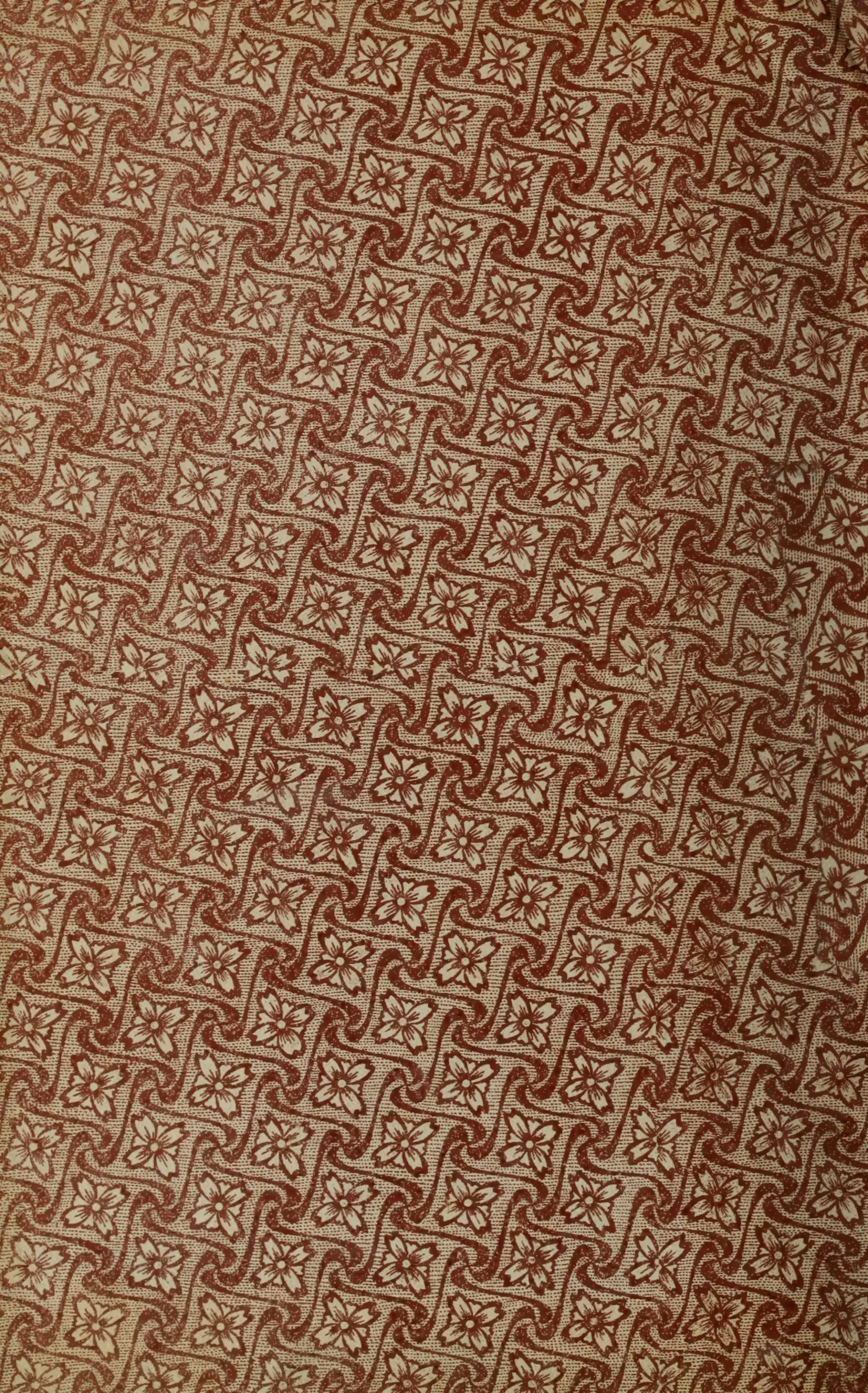
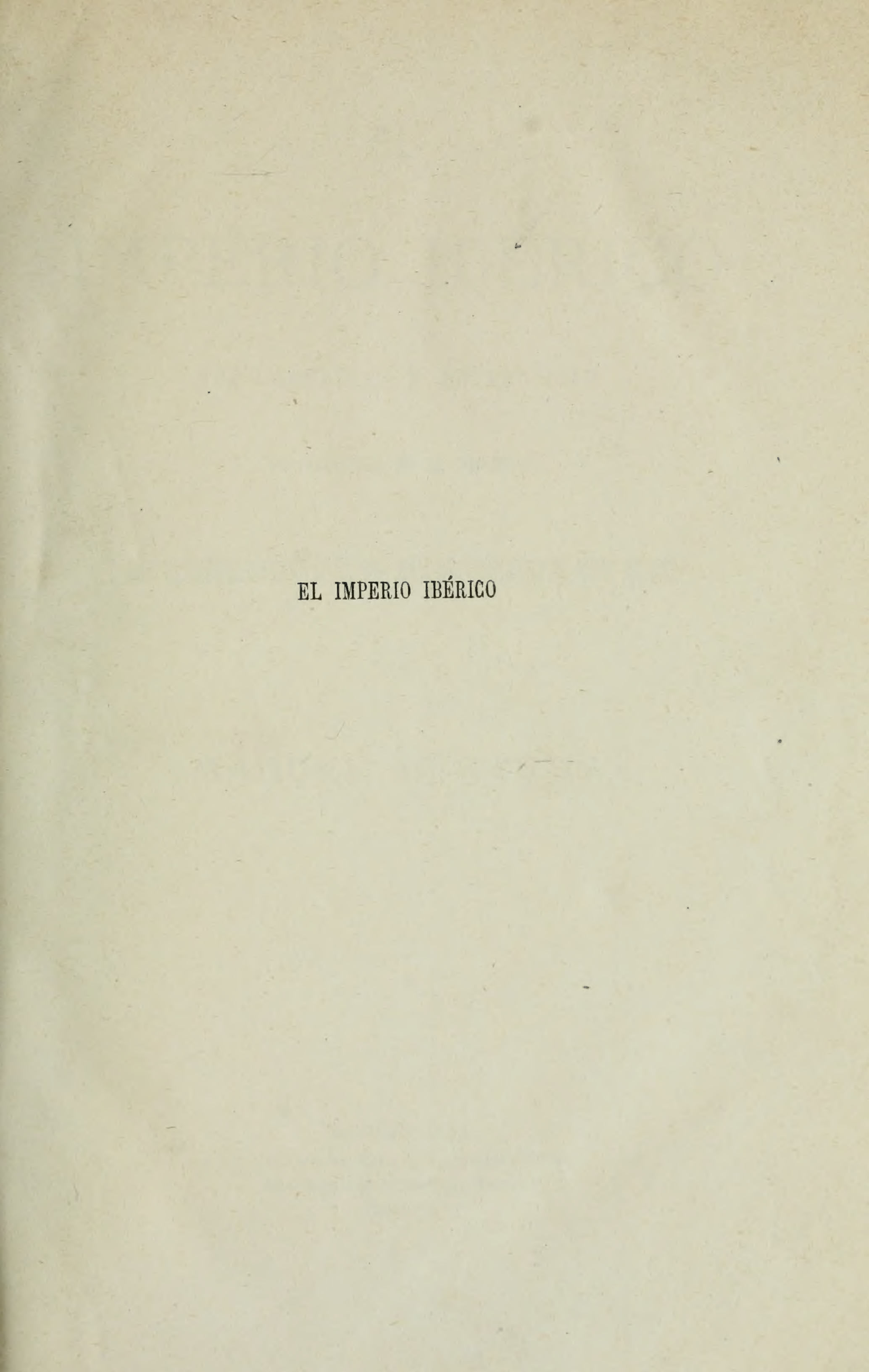

3 1761 07140820 7







EL IMPERIO IBÉRICO

EL IMPERIO IBÉRICO

SUS GRANDEZAS Y DECADENCIAS

SU INFLUENCIA EN EL PROGRESO

Y LOS ELEMENTOS EXTERIORES QUE HAN DETERMINADO SU MODO DE SER

POR

MANUEL BECERRA

MADRID: 1882
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
de los señores M. P. Montoya y Compañía
Caños, 1

EL IMPERIO IBÉRICO.

Sus grandezas y decadencias. Su influencia en el progreso.

Difícil, si no imposible, sería tratar aisladamente ó con separacion una de otra de lo que á cada una de las dos naciones ibéricas que hoy ocupan la Península más occidental de Europa se refiere.

La posicion geográfica de ambas, las producciones del suelo, la formacion de éste, las montañas que le atraviesan, los rios que le surcan, las condiciones climatológicas, las del medio ambiente, su altitud sobre los mares y demás circunstancias las hacen punto ménos que idénticas. Por otra parte, y como era natural, las cualidades de sus primitivos habitantes, segun las escasas noticias que de ellos tenemos, las inmigraciones de los de otros pueblos y continentes, las invasiones sufridas, las luchas sostenidas por la independencia del suelo, la absoluta semejanza de leyes y creencias, las alternativas de gloria y de desgracias por que las dos han pasado, hacen de ellas una historia, si no comun, perfectamente inseparable, y, por decirlo de una vez, sólo las leyes artificiales de la política, los abusos dinásticos y las torpezas cometidas, hacen dos pueblos de lo que debian formar uno sólo y que, por consiguiente, lo formarán antes de mucho tiempo. Esta es la razon por qué nos ha parecido más apropósito el título de *Imperio Ibérico* que encabeza este trabajo. Conviene por otra parte á nuestro objeto patentizar desde ahora que, al

tratar de las vicisitudes por que los habitantes de esta Península han pasado desde los tiempos anteriores á la historia, no se nos oculta que han trascurrido muchos siglos antes que en el suelo ibérico se formaran agrupaciones tales que, en puridad hablando, debieran llevar el nombre de naciones. Fácil será tambien comprender que no es nuestro ánimo hacer una reseña histórica. Este modesto trabajo, así y todo superior á nuestras fuerzas, se reduce únicamente á hacer algunas ligeras observaciones sobre la manera de ser de estos pueblos, ó bosquejar unos ligeros apuntes para una historia crítica, no en el sentido que, hasta hace poco, se ha dado á esta palabra, sino en el que hoy se le atribuye, con un criterio más científico y positivo, aunque ménos pomposo y halagüeño. Nuestro deseo será satisfecho con sólo conseguir llamar la atencion de plumas mejor cortadas que puedan en este camino hacer un trabajo más completo que el permitido á los de esta índole y á nuestra escasez de medios; trabajo por otro lado tan necesario como útil.

Esta necesidad la han comprendido hombres de una importancia tal, en la república de las letras, como Spencer, Cournot y otros de no menor altura, que no es del caso enumerar. Dicho se está que todo lo que es necesario es útil, y esto nos ahorraria otra clase de demostracion. Pero, simplemente, para más aclarar el asunto, añadiremos que mal se pueden comprender las vicisitudes por que pasan los pueblos, sus prosperidades y desgracias, los grados de cultura que alcanzan sus relaciones con los otros y la influencia que ejercen en la marcha del progreso, si no se escudriñan con el escalpelo del análisis, con el método de la experimentacion, con la observacion detenida y delicada, con la dialéctica matemática; en una palabra, con el procedimiento científico que tales pasos ha hecho dar á las ciencias positivas. Describir batallas, hacer biografías de conquistadores y caudillos, atribuirles palabras pronunciadas en momentos supremos, que probablemente sólo se les ha ocurrido á las imaginaciones de los cronistas ó literatos, puede ser útil y aun conveniente; pero, de seguro, dicha clase de producciones no merecen el nombre de historias. Las conquistas, las batallas, las victorias, las derrotas, la desaparicion de los imperios y naciones, son, en la casi totalidad de los casos, los efectos de otras causas dignas de es-

tudio, y el del conjunto de estas es el conocido con el nombre de etiología de la historia. Las condiciones del medio ambiente, la temperatura média, el grado de humedad, los elementos químicos que más dominan en el suelo, los que constituyen la alimentacion, la cantidad de ésta, las leyes que, por la fuerza ó la rutina, se imponen, las creencias y supersticiones cuando llegan á dominar la vida íntima de la familia y del indivíduo, las ocupaciones cuotidianas, el contacto con otros pueblos, la organizacion social, etc.; determinan las cualidades y defectos más salientes de las agrupaciones que, á la corta ó á la larga, los llevan á la grandeza ó á la decadencia, condenándolos á una esclavitud, en esta ó en otra forma, más ó ménos prolongada. Añádase á todo esto que, ora sea por defectos inherentes á esta obra suprema de lo que impropiamente se ha llamado creacion, ora porque á través de las diferentes fases por que pasa la humanidad, queden aún muchos restos de ignorancia y de barbárie, ora porque una providencia ó hado caprichoso se complazca en excitar de tiempo en tiempo actos de feroz locura en los hombres, ó por otra razon cualquiera; ello es lo cierto que aun en los pueblos que figuran á la cabeza de la civilizacion se vé, en momentos dados, tales casos de extravío y de insensatez, tales arranques de furor de unos hombres contra otros, que su mútuo y supremo placer es destruirse entre sí los que antes ni se habian hecho ofensa ni siquiera se conocian, hasta tal punto, que se ha calculado que cada siglo descienden cuarenta millones de hombres al sepulcro, perdida la vida en los campos de batalla en lo más hermoso de su edad. Si echamos una mirada sobre la organizacion social, aun en los tiempos de más calma, el espíritu se anonada, el corazon se entristece al contemplar que el noventa y siete por ciento de los hombres descienden á la tumba sin haber tenido otros recreos intelectuales y morales que el de satisfacer las indispensables necesidades para no morir de inanicion, no siendo mucho más felices ni mejor considerados que los animales de carga.

Por otra parte, queda aún tanto que corregir, estamos presenciando un choque de civilizaciones, unas que desaparecen, otras que resisten, y otras que apenas aparecidas llevan trazas de absorberlo todo para bien del indivíduo y de la sociedad, que

preciso será prepararse á seguirlas ó adelantarlas en su paso, ó sucumbir sin remedio, declarando de la manera más explícita que ciertos pueblos han envejecido y no conservan ya el vigor necesario para caminar por el sendero que la ciencia y el derecho de consuno les trazan. Mal pueden desterrarse aquellos vicios, corregirse aquellos abusos, desechar añejos errores, evitar la repeticion de males pasados, si con cuidado y detenimiento no se estudian las causas que tales males han producido. Además, los pueblos, como los indivíduos, tienen su honor y dignidad que no pueden olvidar ni por un momento. Si no les es dable dormir en los laureles que sus ascendientes alcanzaron, tampoco les es permitido dejar de revindicar los que les pertenecen, no para hacer idilios fantásticos, sino para seguir el ejemplo que otros les han dado, y convencerse de que solo á su esfuerzo, á su constancia, á su valor y á su laboriosidad han de deber la herencia de grandeza y bienandanza que desean legar á sus descendientes. Si la necesidad indicada lo es de todos los pueblos, es mucho mayor para aquellos que, cualquiera que hayan sido los motivos, han descendido de un alto rango á una posicion más ó ménos precaria ó desgraciada, puesto que, por grande que sea el sentimiento de justicia en el corazon del hombre, no siempre se aplica, así en naciones como en indivíduos, al conocimiento de lo que á cada uno es debido. Estas personalidades, que se llaman naciones, tienen grandes actos de abnegacion, pero cometen tambien grandes errores, siendo frecuente que se olviden los primeros y se tengan presentes los segundos. Algo de esto sucede hoy en las naciones de que venimos ocupándonos, ó sea el *Imperio Ibérico*.

Las condiciones de este suelo, los grados de latitud entre los cuales está comprendido, el lugar que ocupa entre dos mares principales del globo que habitamos, el ser como el enlace de la Europa con el continente africano, servir este último como de paso á las civilizaciones orientales, determinaron, como no podia ménos, el que todas estas pusieran la planta sobre nuestras costas, mucho antes que en otros puntos de Europa. En efecto, las investigaciones astronómicas y de medida del tiempo, primero; los descubrimientos arqueológicos y prehistóricos despues, pusieron en evidencia que el misterioso y sábio Egipto habia estable-

cido sus colonias en las islas Baleares y costas orientales de España, y nadie disiente ya hoy, por ser cosa de todos conocida, la existencia en el suelo ibérico de establecimientos griegos y fenicios. En otro trabajo que hemos publicado, *Reflexiones sobre la palabra dicha y escrita*, se ha demostrado la gloria que cupo á aquellas colonias en la introduccion del alfabeto en Europa. No sería logico querer deducir de esto la aptitud de los antiguos habitantes de la Península para civilizarse con más rapidez que otros pueblos. Lo único que, naturalmente, se deduce es, que las condiciones del país eran tales, que la civilizacion importada de otros, lejos de agostarse, germinaba con fuerza, y en su consecuencia, que tenia condiciones especiales de aclimatacion. En el discurso de este trabajo se verá que lo mismo pasó con otras civilizaciones posteriores. Esto mismo hemos patentizado en otros escritos que vieron la luz pública en el periódico titulado *La América*, y cuyos datos, aumentados y corregidos, hemos de consignar aquí en su tiempo y lugar.

Fácil sería inferir de las condiciones naturales ya mencionadas, que los habitantes de este territorio no habrán de ser inferiores á los de los demás pueblos europeos respecto al vigor moral, intelectual y físico. Pero hay, además, otras circunstancias que tomar en cuenta, y esto es lo que vamos á hacer en el siguiente capítulo.

Hace tiempo que es creencia general entre diplomáticos y hombres de Estado, que los grandes conflictos para Europa surgirán de las soluciones que hayan de darse del Oriente; de suerte que, todos los que de alta política se ocupan, tienen constantemente vueltos los ojos de la inteligencia hácia aquellos países que alcanzaban altos grados de civilizacion cuando Europa no sólo estaba sumida en completa barbárie, sino que apenas se tenia conocimiento de su existencia. Entre todas las naciones que hoy figuran en el continente europeo, es, fuera de toda duda, la Península Ibérica el país donde primero ha sido implantada aquella civilizacion, y si no ha sido el primero, es de toda evidencia que ha compartido esta fortuna con los países más orientales de Europa. Y, en efecto, desde los tiempos anteriores á lo que podemos llamar historia clásica, la tierra Ibérica ha sido como el mar á donde afluyen dos inmigraciones, una del Norte

atravesando los Pirineos, y otra del Oriente y del Sur, salvando el Estrecho de Gibraltar; y por eso la creencia general entre los hombres de estudio, de que, entre todas las naciones modernas, es España, ó mejor dicho, es el pueblo ibero, de todos los europeos, el que tiene más sangre semítica, ó dicho de otra manera, que es el producto del mayor cruzamiento de razas humanas; y esto puede explicar las circunstancias que le distinguen, sus grandes cualidades y grandes defectos. Ya hemos dicho que nadie duda hoy de la existencia de colonias egipcias en las costas orientales de España, siendo vulgar el conocimiento de las conquistas coloniales de griegos y fenicios anteriores á la invasion cartaginesa, que trajo más tarde las guerras púnicas, y en último término, la conquista de la Península por el pueblo romano; pero al mismo tiempo que se verificaban estas invasiones, los celtas, en guerra con los iberos, pasaban los Pirineos, rechazaban á sus incómodos vecinos, y andando los tiempos, se fundian con ellos para formar aquel pueblo de celtíberos, cuyo valor ha hecho pagar tan cara á Roma la conquista de este suelo, y de cuya lengua apenas tenemos noticias, así como de sus usos, costumbres y grados de civilizacion, sabiendo únicamente que acuñaba moneda y que, segun Plinio, habian pasado las edades de piedra y bronce, puesto que, segun afirma dicho autor, los galáicos ó keltes usaban armas cuyo temple excedia á todas las conocidas, atribuyéndoles esta cualidad á ser templadas en el Miño. Esto no obstante, nosotros creemos que hay algo de fantasía en las afirmaciones del célebre escritor romano.

Mas sea de ello lo que quiera, y por grande que fuese el número de sus divisiones, habian llegado á formas de Gobiernos más ó ménos regulares, puesto que es sabido que contrajeron alianzas, alternativamente, con cartagineses y romanos. Además, de todos es bien conocido que el núcleo del ejército que pasó los Alpes á las órdenes del gran capitan cartaginés, lo formaban los hombres del pueblo celtíbero; y tampoco se ignora hoy que en las campañas de Italia, sostenidas por dicho ejército, fueron los celtíberos los que más resistieron al cambio de clima.

De estos hechos se desprenden las dos consecuencias siguientes: un grado, relativamente hablando, de civilizacion supone

el que Annibal formara sus ejércitos; y que, cualquiera que fueran los aborígenes y la mezcla de razas que habian constituido el pueblo ibero, sus naturalezas tenian la dureza y resistencia que aún hoy distinguen á los hombres de estos países y que corresponden á los habitantes de las montañas y altas mesetas, acostumbrados á los bruscos cambios de temperatura; pero que, si valerosos en el combate, enérgicos en la adversidad, y amantes de su independencia hasta el punto de preferir la muerte á la esclavitud, incapaces para unirse ni ejercer una accion comun, siempre dispuestos á guerrear entre sí y perfectamente ineptos de mitigar sus ódios para luchar contra el enemigo exterior, dando esto por resultado que su arrojo, su astucia, sus condiciones militares, en fin, los empleaban, no precisamente para defender su pátria, sino para luchar al lado de un amo que, cualquiera que fuera éste, habia de ser, en definitiva, el que remachara sus cadenas. Hemos hablado de los celtíberos, pueblo que era el resultado de la fusion entre celtas é iberos, y tambien encontramos los mismos vestigios en la antigua familia galáica lusitana, resultado del cruzamiento entre la raza aborígene y los galos ó keltes.

Conquistada la Península por los romanos, despues de dos siglos de lucha, pasó á ser provincia romana, y no germinó en este suelo aquella civilizacion con ménos vigor y fuerza que lo habian hecho las anteriores. Ya fuera que los vencidos fuesen exterminados en su mayor parte, ya que se mezclaran con los vencedores, ya que quedaran formando las últimas capas sociales, es lo cierto, que la civilizacion romana alcanzó aquí un grado de esplendor, del cual aún quedan algunos vestigios en fuentes, acueductos, caminos militares ó vías, trabajos industriales y mineros, que todos ellos patentizan el estado de riqueza é importancia que los romanos daban á esta provincia. Por otra parte, en este suelo vieron la luz caudillos y emperadores como Trajano; filósofos como Séneca, geógrafos como Pomponio Mela, agrónomos como Columela; y, por último, la literatura ibérica imprimió su gusto y dió la ley, por espacio de un siglo, á la romana, distinguiéndose por la rotundez de su período, pero tambien por lo ampuloso de la frase. Sin más que comparar esto con nuestra propia lengua, se viene en conocimiento

de que aquel gusto y circunstancias literarias eran producto, más que de la raza, de las condiciones del suelo, del clima, de la alimentacion, etc. Y, como complemento, el estado de su agricultura alçanzó una prosperidad, relativamente grande, hasta el punto que fué, durante mucho tiempo, el granero de Roma; habiendo venido á ser proverbial en la gran ciudad que, cuando se perdieran las cosechas en los otros dominios de la República, bastaria España para subvenir á todas las necesidades.

Más tarde, y en tiempos relativamente próximos, y segun un escritor moderno, cuando la familia pura romana estaba próxima á extinguirse, los hombres del Norte sacaron la provincia Ibérica de manos del poder romano, no tardando en participar de la civilizacion y cultura de los vencidos; por eso, el imperio godo fué de todos los venidos del Asia y de la Germania el que marchó más rápidamente por el camino de la cultura y del progreso, debido, en no pequeña parte, á la influencia civilizadora de los judíos, que, en gran número, existian en España á consecuencia de antiguas trasportaciones, y que vivian respetados por su saber, su industria y su riqueza mientras dominó en este país el arianismo. Pero cuando Recaredo abjuró aquella secta, aceptando el rito romano, las persecuciones y crueldades contra los israelitas no se hicieron esperar, y, como siempre, despues de la injusticia y de la intoleranza vino la decadencia, y los hombres que sacaron la provincia Ibérica de manos del poder romano han sido á su vez vencidos por aquella invasion la más notable de la historia que, partiendo de la Península arábiga, conquistando la mayor parte del Asia y atravesando el Africa como un torrente, vino á pasar el Estrecho y dar la batalla de Guadalete, donde acabó por completo con el poder de aquellos godos degenerados, de aquellos descendientes de los hombres de guerra que habian salido de las orillas del mar Caspio, de las del Danuvio, de la Thracia y de la Germania, y que parecian llamados á regenerar una civilizacion gastada y carcomida por los vicios, la crápula y las predicaciones insensatas, y que léjos de ser así habian sufrido, á su vez, las influencias deletéreas del medio ambiente que les rodeaba, se habian hecho indignos é incapaces para formar un gran pueblo, y siendo ya impotentes para empuñar con brazo viril la lanza y la espada, sólo sabian tener la re-

signacion del esclavo, cuando no acudir á la traicion y á la bajeza para implorar del vencedor el respeto á sus propiedades y riquezas que les servian para sostener los vicios que hasta tal punto los habian rebajado.—Decíamos antes que la invasion de los árabes era la más notable que conocia la historia, y así es la verdad: no solo por la rapidez con que formaron un imperio mayor que el latino, sino por la pasmosa celeridad con que se civilizaron, llegando á ser el elemento de cultura más poderoso que ha tenido la Europa. Bien puede asegurarse que, sin esta invasion, las que se llaman hoy razas superiores hubieran salido con gran dificultad de las estrechas mallas en que las tenian encerradas un feudalismo bárbaro y feroz, una escolástica degenerada y mal entendida y una teocracia preocupada, ignorante y soñadora.—A los árabes se debe, en primer término, no sólo haber desenterrado todo lo mejor de la antigua civilizacion griega y la escuela de Alejandría, sino haberla llevado más adelante: ellos son los inventores, ó, cuando ménos, los que trajeron de la India las primeras nociones sobre Análisis algebráica; ellos los que dotaron á Europa con el sistema de numeracion actual que no habian conocido griegos ni romanos; ellos, en fin, los que echaron el fundamento de todas las ciencias positivas; y en órden á la política y por lo que á la Península se refiere, despues de ellos es cuando empezó á haber un pueblo ibérico y el gérmen de una ó varias naciones con condiciones de existencia, porque á su vez fueron, andando el tiempo, víctimas de sus divisiones, y más que todo del fanatismo de aquellas masas africanas é ignorantes que de más allá del Estrecho vinieron en su apoyo y que concluyeron por arrojarlos del poder. De manera que, al ser á su vez vencidos por el antiguo pueblo hispano-romano y resto de los godos, pudiera afirmarse que la reconquista se ha verificado, más que contra los árabes, contra estos, españolizados.

De suerte que parece unido á esta tierra el espíritu de division y de independencia personal hasta el fraccionamiento microscópico; pero hay que decir, para ser justos con su memoria, que ha sido la suya la dominacion más suave de aquellos tiempos, que respetaron la propiedad de los vencidos y sus creencias religiosas, hasta el punto que no impusieron á la primera más que un tributo, el del diezmo, y que, cuando siete siglos des-

pues se les arrojaba definitivamente de España, se encontraron por todas partes iglesias abiertas al culto cristiano, donde el pueblo vencido tributaba sus preces á Dios, segun lo tenia por conveniente. Por desgracia, los hombres de la reconquista estuvieron muy lejos de imitar esta tolerancia.

Antes de ir más adelante, y dejar estas ligeras reflexiones, y entrar en el asunto principal que ha de ocuparnos, conviene á nuestro propósito hacer como de pasada una observacion, de la cual más tarde hemos de sacar sus consecuencias, esta es: que cualquiera que haya sido el grado de civilizacion que hayan importado aquí los pueblos conquistadores, no sólo se ha conservado ese grado de cultura, sino que se ha desenvuelto en este suelo con tal fuerza y rapidez, que ha influido de una manera decisiva sobre los dominadores. Resulta de esto una demostracion palmaria de que este país tiene condiciones propias para el desarrollo de una gran civilizacion, y que, si hoy se encuentra muy atrasado en el camino del progreso con relacion á otras naciones europeas, hay que buscar la razon en otras causas extrañas á las condiciones naturales del suelo, del ambiente y de las cualidades fisiológicas de los hombres que han ocupado y ocupan la Península más occidental de Europa.

Está tocando á sus límites el tiempo en que se da el nombre de historia á una especie de biografía de colectividades, de héroes, de caudillos y de personajes, y hoy exije el método científico ó positivo, que invade el terreno de la inteligencia en todas sus manifestaciones, exige, repetimos, más que hacer crónicas, hallar la etiología de la história, ó sea buscar la razon, el motivo fundamental de los hechos sociales é históricos que se han verificado y se verifican; y obedeciendo á este principio, se ocurre la siguiente pregunta: ¿Por qué, siendo la Península ibérica la más occidental de Europa, se han dirigido á ella, con preferencia, todas las invasiones del Oriente? Para contestarla hay que acudir á las ciencias positivas, y la Geografía es, en este caso, la que va á darnos la respuesta.

Cualquiera que se tome el trabajo de echar una mirada sobre el mapa, inmediatamente se apercibe, fijándose en el estrecho de Gibraltar, de la corta distancia, relativamente hablando, que separa dicho estrecho del Egipto, pues solo hay que atrave-

sar una parte muy corta del Imperio marroquí, la Argelia y Trípoli. Si España hubiera cumplido con lo que parecia ser su mision en el mundo y adonde la llevaba su historia, es seguro que los territorios que acabamos de indicar serian atravesados hoy por un ferro-carril que hubiera dado el camino más corto del Oriente para el Occidente de Europa; y no es ménos cierto que en lugar de hablarse hoy del túnel de la Mancha se hablaria del túnel del Estrecho, sí, como decíamos antes, España hubiera civilizado el Africa, y, por consiguiente, los territorios á que nos hemos referido. Examinar las razones de lo sucedido, nos llevaria muy lejos y fuera de nuestro propósito, y, en todo caso, no es este el lugar de entrar en este exámen, siquiera sea muy someramente.

Se ha hecho moda, aunque ya va decayendo un poco, entre oradores y políticos, hablar mucho de razas, faltando por completo al sentido que la ciencia da á esta palabra y confundiéndola con la que debe llamarse pueblos ó colectividades, resultado del cruzamiento de aquellas; y de aquí, frecuentemente, proviene el error de los calificativos de raza latina ó germánica, queriendo significar por la primera todos los pueblos que han formado parte del imperio romano, y por la segunda, de una manera bastante vaga, todos los que han salido de los bosques de lo que hoy se llama la tierra alemana, confundiendo ordinariamente estos pueblos con otros provinientes de la Escandinavia y de la alta meseta del Asia. Pero dejando aparte todo esto, tomando sólo lo que hace á nuestro objeto y concretándonos por consiguiente á lo que hace referencia con la Península ibérica, resulta en nuestro entender demostrado que este es un pueblo bastante distinto de todos los demás de Europa, con su virtualidad propia y sus peculiares cualidades y defectos; y así se ve comprobado en todas las manifestaciones de nuestra historia, y se observa, por ejemplo, constantemente en la superioridad individual y la enérgica personalidad comparada con la de otras naciones, pudiendo decir que no hay otro pueblo que pueda equipararsele en este sentido más que la antigua Grecia; pero en cambio, la colectividad que supone la unidad y la armonía, ha estado y está bien léjos de rayar á la misma altura, y de aquí otra cualidad que no ha sido ménos sa-

liente en nosotros, cual es: el carácter aventurero y el deseo constante de espansion y de viajes á países ignotos. Como comprobacion de ello ahí están las exploraciones de nuestros vascos que, en tiempos lejanos, fueron los primeros balleneros de Europa, estando fuera de duda que pisaron la isla del Labrador, y como consecuencia las costas de América, mucho antes de su descubrimiento.

Los árabes españoles no sólo descubrieron las Canarias y registraron el Africa como no se habia hecho hasta entonces, descubrieron el archipiélago de la Sonda y conocieron las costas de la Oceanía, sino lo que parecerá extraño, descubrieron la Escandinavia y la Groelandia. Este mismo carácter de aventura y deseo de descubrimientos se manifestó enérgicamente en los españoles y portugueses de los siglos XIV y XV, y la geografía recordará siempre los nombres de Quirós, Lorenzo Ferrer, Pedro Dahorta y tantos más, sin hablar de los Vasco de Gama, Fernando de Magallanes y otros hombres ilustres á quien tanto debe el conocimiento del globo que habitamos. Y así se explica que el ilustre Colon haya venido á buscar, con preferencia, las córtes de España y Portugal, que no fué, como vulgarmente se cree, solamente por el poderío que estas naciones tenian en aquel tiempo, sino porque eran los países de aquellos espertos marinos é intrépidos navegantes, de los cuales dice Alejandro Humboldt que jamás los hombres de ningun pueblo ni de ninguna época sobrepujaron, si es que igualaron, á los navegantes españoles y portugueses del siglo XV.

Necesario es, antes de pasar más adelante, rectificar un error, un olvido poco benévolo de los extranjeros, y áun una ligereza punible de algunos españoles, que consiste en afirmar que las campañas y descubrimientos en lejanas tierras, llevadas á cabo con admirable heroismo por nuestros antecesores, no obedecian á otro móvil que al deseo de encontrar oro, plata y piedras preciosas. Importa bien distinguir dos cosas: por un lado, lo que era esa fuerza de expansion, de que antes hemos hablado, y esa sed de descubrimientos que hacia correr tales peligros á hombres que, una buena parte de las veces, gastaban además su fortuna y sin ningun auxilio del Estado; y por otro que, despues de hecho el descubrimiento, se encontraban países poblados,

pueblos organizados en esta ó en aquella forma y con un grado dado de civilizacion.

Entónces, como era lógico y natural, teniendo en cuenta la época y demás circunstancias, venia el deseo de la conquista, y para satisfacerlo la guerra, y para esta los aventureros que sólo buscaban una fortuna con la punta de su espada, con la exposicion de su vida, y no eran, seguramente, escrupulosos en el logro de sus fines, que principalmente consistian, antes que todo, en apoderarse de las riquezas que habian de proporcionarles sosiego y placeres. Cierto es que la humanidad tuvo que reprobar actos de crueldad salvajes, ejercidos contra los vencidos para arrancarles el secreto del sitio donde guardaban los tesoros; pero pasados estos primeros momentos del furor del combate, de la desenfrenada avaricia y concupiscencia, no puede négarse que, tanto portugueses como españoles, han sido los primeros colonizadores de la Edad Moderna, por lo que se refiere á su trato con los vencidos; y las leyes que determinaban las relaciones entre unos y otros eran tan humanas, que con frecuencia llegaban hasta la mimosería.

Ningun otro pueblo, desde aquella hasta la fecha, ha tratado con igual consideracion á los indígenas, así como tampoco en ningun otro se han cruzado tanto las dos razas vencedora y vencida, y esto prueba, á la vez, dos cosas: la aptitud del pueblo ibérico para vivir en todos los climas y cruzarse con razas distintas, así como, indica tambien, la poca tirantez ó separacion que habia entre unos y otros.

Desgraciadamente, si es cierto de toda evidencia lo que dejamos indicado, no lo es ménos que nuestro sistema de colonizacion llevaba en sí uno ó varios defectos radicales que, si habian de permitir pronto la inteligencia entre las dos razas, en cambio, habian de ser más tarde un obstáculo poco ménos que invencible para el progreso ordenado y la civilizacion de las colonias; así como un gérmen de antipatía y profundos resentimientos entre aquellas y la Metrópoli, que más tarde ó más temprano, á no corregir aquellos defectos con prudencia, pero con firmeza, habian de producir la separacion y el desmoronamiento de uno de los imperios más colosales que ha habido sobre el globo terráqueo.

El exámen y análisis detenido de todos estos vicios fundamentales, nos llevaria muy lejos y daria á este trabajo dimensiones demasiado estensas, corriendo la contingencia, no sólo de fatigar la atencion del lector por el momento con solo lo que creemos necesario al objeto que nos hemos propuesto. Hemos de contentarnos, con las someras indicaciones indispensables al objeto propuesto.

Los fenómenos que á la ciencia sociológica se refieren son tan complicados, de tal manera complejos, hay que tener en cuenta tal número de datos al intentar tratarlos, aunque sean muy á la ligera, que se encuentra uno como el marino que navega entre dos escollos, expuesto por un lado á que las conclusiones que se saquen no tengan el grado de exactitud que siempre es de desear, y por otro á entrar en una porcion de análisis y detalles que conduzcan con una pesada aridez insoportable al lector ó al oyente. Pero, hay más aún, sucede con frecuencia que las cualidades más sobresalientes de un indivíduo ó de un pueblo lleven consigo, y unidos como la sombra al cuerpo, defectos de resultado funestísimo. Así, por ejemplo, la cualidad del pueblo ibérico, relativa á su facilidad para cruzarse con otras razas muy distintas, nos lleva, como con la mano, al problema técnico y científico, tanto como poco adelantada aún su resolucion, á considerar las ventajas é inconvenientes de los cruzamientos humanos. No obstante, por más que falte mucho que descubrir sobre este particular, es lo cierto que hoy la ciencia cree haber llegado á las dos conclusiones siguientes: 1.ª la reproduccion dentro de la misma familia, ó dicho de otra manera, el contacto de los sexos por cuyas venas corre la misma sangre conduce irremisiblemente, más tarde ó más temprano, á generaciones, si no íbridas, por lo ménos de cualidades físicas, morales é intelectuales muy inferiores, y no ha faltado quien haya aplicado esta ley al descenso que se nota en los descendientes de esas familias que, por ser cortas en número, por razon de estado, preocupacion ú otras, se enlazan siempre entre sí, y sólo por este principio encontraban la explicacion de la grandísima diferencia entre los fundadores de las dinastías merovingia, carlovingia y otras, y sus desdichados sucesores. Es la otra conclusion la que afirma que las generaciones sucesivas ganan tanto más cuanto mayor diferencia hay entre los

indivíduos que las producen, á condicion que éstos pertenezcan á la misma raza ú orígen, que cuando aquella es completamente distinta, las generaciones que resultan del cruzamiento, descienden con tanta mayor rapidez, cuanto más notable es la diferencia entre unas y otras; y dicho se está, que todo esto se entiende subordinado, no sólo á las condiciones individuales y personales, sino sujeto siempre á las dos grandes leyes de la seleccion natural y de la herencia.

Aplicando al asunto que nos ocupa lo que acabamos de exponer, resulta: que donde quiera que los iberos han dominado y se encontraron con un pueblo indígena ó trasportado, de orígen muy distinto del nuestro, se ha producido una familia mestiza con más ó ménos condiciones positivas ó deficientes, pero, generalmente inferior á los conquistadores bajo el punto de vista fisiológico; y además, colocada en condiciones sociales muy desventajosas ya por pertenecer á los vencidos, ya por preocupaciones sociales y, principalmente, por el hecho de verificarse el cruzamiento por el contacto del varon, que pertenece al pueblo dominador, con la hembra del pueblo dominado sin que aquél la haya elevado hasta sí haciéndola su compañera. De aquí una especie de poligamia abundante en fatales y desmoralizadoras consecuencias: el producto de la union no conoce, en términos generales, á su padre, y caso de conocerlo no puede darle este agradable nombre; su madre, de ser conocida para él, ocupa un lugar muy rebajado en la escala social, y en último término, les sirve sólo para marcar en su color y figura que no pertenece á la raza superior; de suerte que se encuentra despreciado y deprimido por el pueblo del cual su padre forma parte, y tal vez por este mismo; y creyéndose él á su vez superior á la raza de la madre que le ha llevado en sus entrañas y á quien debe el tesoro de cariño que le hiciera falta en su corazon, vierte sobre aquella todo el cúmulo de desprecios é injusticias con que le abruma la dominadora.

Y puesto que de colonias españolas se trata, no puede pasarse desapercibido que tiene no pequeña parte en el cruzamiento de razas el contacto de los que perteneciendo al pueblo dominador, se creen ligados, en nuestro concepto, por absurdas ó cuando ménos, poco meditadas promesas sobre abstinencias que la

fisiología y la ley de conservacion de la especie de consuno reprueban. En nuestro derecho estaríamos discutiendo estos votos ó promesas que un autor ortodoxo califica de sacrificio humano, estaríamos, sí, porque ciertos celibatismos hoy no constituyen una parte del dogma de la que es en nuestro país religion del Estado; pero no es nuestro objeto entrar por ahora, en el exámen detenido que el asunto requiere, y sólo añadiremos que es altamente peligroso y de una desdichada política el inventar leyes sociales que están en pugna abierta con las inflexibles de la naturaleza. Sea de esto lo que quiera, cuando el hombre que tiene comercio con una mujer del pueblo dominado, está imposibilitado por las leyes del país ó por la disciplina de las corporaciones á que pertenece, de reconocer ó confesar que algunos séres humanos le deben su venida al mundo, entonces la inmoralidad crece de todo punto porque la mujer queda tanto más rebajada cuanto más tiene que ocultarse del hombre que con ella tuvo contacto, y donde quiera que aquella se rebaja la sociedad lleva en sus entrañas un elemento de disolucion; y en este caso concreto viene á recaer todo sobre el sér inocente al cual se le ha dado vida, sin él pretenderlo, y por consecuencia á hacer más difícil la situacion del mestizo.

Como manifestacion de todo lo que dejamos apuntado, se ha observado y se observa constantemente en todas nuestras posesiones ultramarinas el siguiente fenómeno: el hispano-lusitano es altamente injusto con el mestizo, cualquiera que sea su nombre; éste, á su vez, odia á aquel, y aprovecha todas las ocasiones de tiranizar cruelmente á la raza dominada; y de aquí el fenómeno, no ménos constante, de que esta última tenga mucho mayor cariño al español que al mestizo, siendo frecuente en todos los movimientos cuya bandera ó tendencia sea la separacion de la madre pátria que éste haya tomado una parte activa, mientras que aquél es un elemento de conservacion para la Metrópoli. A estas causas tan íntimamente ligadas con las condiciones fisiológicas de nuestro pueblo, hay que añadir otras varias que proceden de nuestro modo de ser, políticamente hablando, de nuestra historia, de nuestras grandezas y de nuestras decadencias.

Pesado seria en demasía enumerarlas todas, y por otra parte

inútil, por hacerlo innecesario la ilustracion de los lectores habituales de esta clase de publicaciones; así que sólo nos contentaremos con indicar muy á la ligera alguna de las principales, y esto porque lo creemos de urgente necesidad á causa de que los vicios y defectos que nuestra Administracion colonial ha tenido en tiempos los conserva hoy en algunas partes poco ménos que en el de la conquista, y si hemos de retener los pocos pero valiosos restos de nuestro antiguo imperio ultramarino, es indispensable hablar el lenguaje viril de la verdad, que los cobardes no evitan el peligro por cerrar los ojos.

Gran porvenir tenemos aún por delante; gran óbolo podemos llevar aún al acerbo de la civilizacion y del progreso. Si no sabemos realizarlo, si no cumplimos con nuestra mision, si no procedemos con tanta prudencia, como constancia y energía para corregir los vicios y defectos que tantos males y desdichas nos han acarreado, la culpa será nuestra, y á nadie tendremos que echársela; pero no olvidemos que los pueblos, como los indivíduos, cuando se declaran impotentes para cumplir con las funciones que su organismo requiere, entonces, una ley inflexible de la naturaleza, les dice que su mision ha concluido, que están demás sobre la tierra, que están ocupando un puesto que otro debe ocupar más digna y ventajosamente, y en este caso podrán prolongar por más ó ménos tiempo una vida achacosa y valetudinaria, mas al fin y al cabo como las leyes naturales no pueden dejar de cumplirse, pueblos ó indivíduos pasan al panteon de la historia. Dichosos ellos si en ésta han dejado escrita una página tal, que los que han de sucederles, les tributen un recuerdo agradable por lo que han hecho en favor de la cultura y del progreso, ó sea, en favor de la libertad, manifestacion de todo lo que vive y se mueve, ley tan divina como todas las que han salido de las manos de esa potencia, que hace que todo se mueva con concierto y armonía desde los infinitamente pequeños, desde esas moléculas, de las cuales existen millones de millones en un centímetro cúbico de una materia, un millon de veces ménos densa que ese hidrógeno tan necesario á la vida, pero invisible á nuestros ojos; desde estas moléculas, decimos, hasta esos cuerpos que se mueven en el espacio, y de los cuales nuestro sistema solar, y especialmente el globo que ha-

2

bitamos, no merece ni el nombre de polvo entre el polvo; pero no, que pequeño y todo como es, tiene en su superficie estos admirables reinos, vegetal y animal, y sobre todo, el representante más alto de este último, este sér que se llama hombre, que lleva en su cabeza un mundo de ideas más grande que todos los mundos que descubre con el telescopio, y en su corazon la energía y virilidad bastante para vencer los instintos naturales y sacrificar, cuando el caso lo requiere, su propia vida, su propia existencia, por la defensa de los séres á quien ama, por su propio honor ó dignidad, por los fueros de la verdad y de la justicia, por los intereses comunes de aquellos que con él forman una pátria querida, por la santa y divina libertad, cuyo gérmen va dentro de sí y le indica en los momentos supremos que es preferible morir á vivir esclavo ó deshonrado.

II.

Nuestros lectores comprenderán que las ligerísimas y someras indicaciones con que se ha dado comienzo á esta série de estudios, no son suficientes para establecer todos los datos congruentes á la cuestion que nos ocupa. Dentro de esas indicaciones mismas se necesita ampliar las cuestiones en ellas iniciadas, si han de tenerse en cuenta todas aquellas circunstancias de las cuales depende, ó es funcion, lo que haya de decirse sobre el imperio Ibérico. Además, por la índole propia de esta clase de trabajos, es de todo punto indispensable entrar en consideraciones de un órden científico, puesto que, segun se ha indicado, no es nuestro propósito hacer simplemente la historia de lo que hemos llamado el Imperio Ibérico, sino más bien algunas reflexiones sobre la etiología de aquella.

Aun prescindiendo de las colonias egipcias, fenicias y griegas, de que nos hemos ocupado, y á partír sólo de lo que puede llamarse la historia clásica, resulta: que la dominacion latina, en esta Península, implantó aquí todas las leyes, la manera de ser, las costumbres, los hábitos, la administracion y hasta los vicios de la república y del imperio romano; y además de los

restos que, segun dijimos, quedan para atestiguar aquel poder y cultura, subsisten otros monumentos relativos al derecho y á la política que, más ó ménos modificados por las invasiones posteriores, no han desaparecido por completo; formando el fondo de nuestro derecho pátrio, por una parte, y por otra la base de toda agrupacion político-administrativa, el municipio, que arraigó tan profundamente en este suelo, que á traves de todas las vicisitudes por que ha atravesado la Península, no ha dejado de existir un momento, siendo con frecuencia el santuario á donde han ido á refugiarse los derechos y libertades del pueblo. Algo, no idéntico, pero semejante, pudiera decirse de las dominaciones posteriores. Procederia, por lo tanto, examinar la influencia que cada una de ellas ha tenido en la constitucion de lo que más tarde habia de llegar á formar el pueblo hispano-lusitano. Esto nos lleva, como con la mano, á otra clase de consideraciones, pertinentes al asunto, pero de un órden algo diverso y más fundamental.

Dejando á un lado, por el momento, lo que á la formacion de las nacionalidades se refiere, es de todo punto necesario hacer algunas consideraciones sobre las agrupaciones ethénicas, con especialidad á las relativas á esta de que nos estamos ocupando. Ya hemos dicho en otra parte la impropiedad con que se dá el nombre de razas á las agrupaciones que forman uno ó varios pueblos. Las unidades ethnicas son formaciones muy complejas, ó lo que es lo mismo, productos de várias y múltiples causas, figurando como principales las razas ó pueblos que, por el cruzamiento, mezclan su sangre, dando lugar así á la formacion de nuevas unidades que gozan, en más ó ménos grado, de las cualidades físicas ó intelectuales, propias de cada una de las razas ó pueblos mezclados, más ó ménos dominantes, segun el número y el vigor de los componentes que producen la resultante; y tan sólo á través de las generaciones y á veces de los siglos, despues de muchas é insensibles variaciones, llegan á un estado armónico, constituyendo realmente las cualidades distintivas del pueblo ó agrupacion. Pero entre las causas más poderosas para producir dichos resultados hay una permanente, que no deja deobrar en ningun momento ni espacio de tiempo y que ella por sí sola basta á producir diferencias tan marcadas, que á través de várias

transiciones llega hasta el punto de que parecen razas diferentes las que tienen el mismo orígen. Nos referimos á la influencia del clima, de la posicion geográfica ó astronómica, de las condiciones del suelo, de los grados de calor, humedad, etc., que, de tal suerte influyen sobre todos los indivíduos del reino animal, sin excluir el hombre, que ó las especies perecen ó se modifican para aclimatarse, adquiriendo en este caso condiciones de existencia que difieren mucho de las tenidas por sus progenitores.

Por más que esta clase de consideraciones hayan sido harto descuidadas hasta los tiempos modernos, y que no falta aún quien pretenda negarlas, es lo cierto que todos los dias, no sólo podemos darnos razon de dichas variaciones, sino que las notamos nosotros, el mismo indivíduo. ¿Quién no ha observado la diferencia que hay en su físico, en su moral, en los grados de alegría y tristeza, en sus afecciones, en una palabra; entre un dia claro y hermoso ó uno lluvioso y encapotado, entre uno de un calor excesivo ó de una baja temperatura? Y claro está que estas variaciones observables en nosotros mismos, repetidas un dia y otro y trasmitidas por la herencia, han de producir, necesariamente, modificaciones en el organismo que, á la corta ó á la larga, determinen diferencias características, no sólo en lo físico é intelectual, sino tambien en el modo de alimentarse, de abrigarse, de vivir, en los grados de sociabilidad; en una palabra, en el modo de ser que, socialmente hablando, ha de traducirse en las leyes y en la política; y nadie ignora que sin salir de Europa, la alimentacion de un español, de un italiano ó de un griego es muy diferente de la de un escandinavo ó lapones. A los primeros les basta para su manutencion, y aun la apetecen, las materias farináceas y vegetales, mientras que un sueco no podria vivir con esa clase de alimentacion y necesita que la base principal de la suya sea la carne, y un hombre de la Laponia no le basta ya esa clase de alimentos, necesitando la grasa, el aceite de ballena, etc.

No se nos oculta que no faltará quien sostenga que el rey de todos los animales, el hombre, hecho á semejanza de un sér superior, es el mismo en todas partes, porque equivocadamente creen ó aparentan que ésto ataca la unidad del género humano ó su orígen de un solo par. No hemos de entrar ahora, por no considerarlo á nuestro objeto, en una discusion técnica para

dilucidar si en efecto todos los hombres proceden de la union de otro y una mujer, creados en un momento dado por la potencia suprema y como hechos aparte, sin relacion ni parentesco, de todos los indivíduos del reino animal; ó si, por el contrario, provienen de varias razas que, en distintas épocas y por la ley de evolucion han aparecido en diferentes partes del globo como el resultado de esa misma ley, y habiendo pasado antes por muchos grados de animalidad inferiores al que hoy ocupa el primer punto de la escala. Y, hay más; creemos con toda sinceridad, ya se admita la primera, ya la segunda hipótesis, ya se parta de un Adan y una Eva, sacados del barro por quien tenia poder para ello, ya se busque el orígen en la célula más elemental, en ningun caso el hombre puede darse razon de la causa primitiva ú orígen, y la suprema sabiduría no queda en poco ni en mucho amenguada, porque en lugar de echar sobre tierra en un momento determinado un hombre y una mujer, dotados de las cualidades que hoy poseen, haya impreso sus leyes matemáticas á la materia, para que ésta, por medio de sus evoluciones y trasformaciones, produzca, no diremos si la célula principio de toda vida vegetal animal, sino desde la molécula que forma parte infinitamente pequeña de la nebulosa hasta el cerebro del hombre, compuesto admirable de sencillez y complicacion que siente, que razona, que discurre, que trabaja con un anhelo incesante para conocerlo todo, y que comprende así lo infinitamente grande, como lo infinitamente pequeño. Si nos atreviésemos ó si nos creyésemos autorizados para poder afirmar ó negar cuáles han sido los designios de la Providencia, como algunos pretenden conocerlos, aseguraríamos que, segun nuestro leal saber y entender, es más digno de la sabiduría infinita arreglar el todo y las partes, de una manera armónica y bajo leyes inflexibles, que dejarlo en todo ó en parte al arbitrio de una providencia caprichosa, sólo imaginable por la pequeñez del hombre ó de la ignorancia de las edades. Pero hay más; todos los conocimientos actuales, absolutamente todos, descansan sobre el convencimiento profundo de permanencia de esas leyes tan eternas como la misma Providencia que las dictára. ¿A qué vendrian sino los estudios astronómicos, físicos, químicos, sociológicos, biológicos, etc., si no se tuviera la seguridad de que lo que hoy se verifica se verificará constantemente?

El motivo de que, durante mucho tiempo, se haya creido, y áun hoy se crea, que las leyes cosmológicas no eran permanentes y eternas, y que todo el órden y armonía que presenciamos dependia en cada momento de los caprichos de una Providencia hecha á semejanza del hombre, es que éste, como las sociedades, pasan por los estados de credulidad, de investigacion, de fé, de filosofía y de ciencia. Pertenece la primera á la infancia del indivíduo como á la de las sociedades, y las otras á las diferentes edades por que pasa el hombre, hasta que, en éste y con frecuencia en aquellas, llega el estado de decrepitud. Las instituciones que el hombre ha creado para cada una de estas edades, si no llevan dentro de sí mismas los medios necesarios para modificarse de la manera conveniente, á fin de poderse adaptar á las nuevas exigencias, perecen sin remedio para dar lugar á otras que las reemplacen. Pero léjos de sucederse de una manera cortante y determinada estas diferentes épocas por que pasan las sociedades, han coexistido y coexisten todas ellas, no sólo entre pueblos que tienen diferentes grados de cultura, sino dentro de una misma agrupacion y áun de una familia, siendo con frecuencia en las naciones motivos de grandes perturbaciones y luchas, de no poco derramamiento de sangre, y no el menor obstáculo con que tienen que luchar las democracias modernas. Qué distancia tan inmensa hay entre dos hombres del mismo estado ó poblacion que debido á circunstancias tal vez fortuitas, el uno ha podido ejercitar su inteligencia, escudriñar los objetos de la naturaleza, estudiar las observaciones y esperiencias de las generaciones que han pasado y sacar las consecuencias de todos los datos adquiridos que por el comercio con otros indivíduos, próximamente á su misma altura intelectual, puede poner á prueba sus conclusiones, auxiliar y ser auxiliado por los conocimientos especiales de los demás; en una palabra, que tiene á su disposicion todo lo que se conoce en el ramo de saber de que se trate; y el otro que ignora la lectura y la escritura, que son para él perfectamente inútiles las invenciones de sistema de numeracion y alfabeto, que aparte las excepciones y los casos de una inteligencia extraordinaria, está incapacitado de darse la razon de nada de lo que á su alrededor sucede, que ora por la tradicion, ora porque

haya alguien interesado en que no salga de su ignorancia, tiene su cerebro lleno de supersticiones y quimeras, que su trato y comercio intelectual sólo se verifica con otros tan ignorantes como él, que apenas percibe más horizonte que aquel á donde alcanza su actividad puramente animal. Precisamente los dos indivíduos que acabamos de referir, viviendo en la misma época pertenecerán por su moral, por su inteligencia, por su creencia, por sus hábitos y hasta por sus deseos, á dos edades tan diferentes como si la existencia de uno de ellos estuviera dividida por muchos siglos de intervalo. Y entre estos dos casos extremos, ¡cuántos intermedios pudieran citarse! Esto mismo sucede con alguna frecuencia entre indivíduos de la misma familia. Qué diferencia de gustos, de aptitudes, de necesidades morales, entre el padre y el hijo, el hermano y el hermano, cuando por las necesidades de la vida ó por otra razon cualquiera llegan á ocupar diferente posicion social, ó han aplicado de un modo distinto, su actividad intelectual ó física.

Pero, volviendo al asunto principal, y respetando la creencia de los que entienden que todos los hombres emanan de un solo par aparecido en un momento y punto dados de la tierra, ó los que, por el contrario, entienden que esta hipótesis no está de acuerdo con los datos de la ciencia, y que el género humano ha pasado por todos los grados de las especies inferiores, y procede, por ende, de diferentes razas que han aparecido en épocas y lugares distintos, es lo cierto que se notan grandísimas diferencias entre los hombres que habitan los varios países del globo y bajo la influencia de diversos climas. De suerte, que si se admite la unidad del género humano, hay que admitir tambien, irremisiblemente, las modificaciones que sufre el hombre al cambiar de posicion geográfica, de clima, de alimentacion, de morada, de costumbres, etc. Caso de admitir la segunda hipótesis, la historia y la experiencia demuestran á cada paso las variaciones que experimentan las razas primitivas al pasar de unos á otros paralelos sobre el globo que habitamos. Por consecuencia, cualquiera que sea la hipótesis de que se parta, es de todo punto evidente que el hombre, como los demás animales, al cambiar la manera de subsistencia, ó perece, si la alteracion es tal que no puede armonizarse con las condiciones de

su organismo, ó se modifica á través de muchas generaciones y aun siglos, hasta restablecer la armonía entre los medios que le rodean y su peculiar manera de ser. Con más frecuencia aún se verifica que en una misma especie, al experimentar aquellos cambios tiene lugar una seleccion, á saber: los indivíduos más débiles perecen, y los más fuertes trasmiten por herencia las modificaciones convenientes para restablecer la armonía; y, cuando ésta tiene lugar, y cuando los hombres perdieron la memoria ó los datos que pudieran recordarles sus antepasados, resultan agrupaciones ó nacionalidades con peculiares caractéres tan distintos entre sí que aparecen como razas completamente diferentes.

En las consideraciones que anteceden hemos hablado de lo fortuito ó casual, y aunque sólo se ha nombrado al tratar de la comparacion de dos individualidades, no dudamos en afirmar que no sólo la palabra tiene un sentido correcto y científico, y aplicacion á las leyes sociales y biológicas, sino que unas y otras quedarian en algunos casos, al ménos los hechos que á estas leyes se refieren, sin explicacion satisfactoria, á no tener una idea clara y distinta de lo que entendemos por azar. Y á fin de poder servirnos de esta consideracion para observaciones ulteriores, vamos á exponer someramente lo que por tal entendemos.

Mucho se ha hablado sobre el particular, negando los unos que exista, atribuyendo los otros una importancia decisiva y superior, y aun mirándolo algunos con una especie de Providencia caprichosa que está constantemente en ejercicio para perseguir á unos mortales y favorecer á otros. De temer es, por tanto, que haya quien se escandalice de que sostengamos, no sólo la existencia, sino la importancia histórica, y aun, en casos particulares, cosmológica, de lo que se ha llamado el azar. No quiere decir esto que exista algo sin razon de sér, lo cual seria completamente absurdo; lo que hay de positivo es que, coexistiendo varias séries que obedecen cada una de ellas á sus leyes especiales, pero independientes unas de otras, y que, términos ó acontecimientos de las mismas pueden encontrarse, y se encuentran con frecuencia, sin que al hombre le sea dado preveerlo, producen otras séries resultantes de las leyes que á las primeras regian, y modificaciones y resultados funestos ó adversos para el

indivíduo, para las naciones, para los habitantes de un globo y aun para un sistema solar determinado.

Nos permitiremos citar algun ejemplo en comprobacion de lo dicho. Pasa un indivíduo por una calle al mismo tiempo que se desprende un cuerpo pesado desde una altura cualquiera; las dos velocidades, la del grave que desciende y la que determina la marcha de aquel son del todo independientes, y, sin embargo, el encuentro ó encruzamiento de estas dos series puede ser harto funesto para el primero. Tomemos un ejemplo histórico: si la escuadra llamada Invencible, enviada por Felipe II para la conquista de Inglaterra, hubiera sido vencedora en lugar de vencida, y hubieran desembarcado los 34.000 españoles que componian el cuerpo invasor, dado el número de católicos que habia entonces en aquel país, la actitud de los irlandeses y las inteligencias de unos y otros con Felipe II, ¿habrá quien crea que los protestantes ingleses podian hacer frente á 34.000 españoles de aquella época, auxiliados por los dos poderosos elementos antes citados? Y dado el caso de que *el diablo del mediodia* hubiera salido airoso en su empresa, ¿hubieran podido emanciparse los reformados neerlandeses, ni los reformados alemanes y franceses resistir al partido intransigente católico, teniendo á su cabeza el rey más poderoso de aquella época; y si todos ellos hubieran sido vencidos, como no cabe dudarlo, ¿puede alguien imaginarse cuál seria hoy el estado de Europa? ¡Miedo dá el pensarlo! Si allá en los tiempos en que la nebulosa de que formamos parte comenzaba á constituirse en nuestro sistema solar en virtud del movimiento de traslacion del sol, pasáramos tan cerca de otro sistema ó nebulosa que ejerciera su accion atractiva, con diferente intensidad sobre cada una de las partes que componen el nuestro, ¿podria nadie calcular la transformacion que éste hubiera sufrido?

Las conquistas de la Península Ibérica llevadas á cabo por los romanos y los Bárbaros, y más tarde por los árabes, ylos que hayan subsistido de los antiguos iberos y celtas, habida consideracion á las leyes por que posteriormente se han regido, á la religion que ha tenido influencia más permanente, y á las condiciones de suelo, clima, etc., son los datos que determinarán las condiciones peculiares de los habitantes de esta Península, ó

lo que es lo mismo; los motivos fundamentales de sus glorias, sus desgracias, sus grandezas, sus decadencias, su influencia sobre los pueblos vencidos y la experimentada por el contacto con estos. Es, por lo tanto, necesario hacer algunas ligeras observaciones sobre los elementes que acabamos de indicar. Como territorio europeo, participó la Península Ibérica, allá en los tiempos prehistóricos, de todas las vicisitudes así cosmológicas como presociales que ha experimentado este continente. El exámen de ellas perteneceria á una obra técnica y habria para escribir, no uno, sino varios volúmenes; así hemos de tomar sólo los indispensables á nuestro objeto. Con rigor hablando, el mismo continente europeo no es otra cosa que una península; pero no tenemos por qué quitarle el nombre que lleva, y aun nos es conveniente, para poder tratar sin confusion de lo que á las tres penínsulas que más influencia han tenido en la historia se refiere. Forma, como el eje de construccion de Europa, una cadena más ó ménos interrumpida, que tiene su principio en el golfo de Vizcaya, continúa hasta los mares del Japon y cuyo punto más culminante es el Mont-Blanc; con esta particularidad: que las dos vertientes de esta cadena de montañas tienen muy diferente inclinacion, respecto á su eje, la del Sur y la del Norte. Es la primera más corta y escarpada, terminando en el más grande de los mares interiores, ó sea el Mediterráneo; y, desprendiéndose de ella, hácia el Sur, las tres penínsulas griega, itálica é ibérica. La del Norte es más extensa y de una pendiente tan suave, que termina en las llanuras de Holanda, Alemania, etcétera, pudiendo observarse que de las altas mesetas del Asia se puede pasar por este lado hasta el Occidente de Europa, sin que un ejército ó pueblo en inmigracion tuviera que atravesar ninguna cordillera de importancia ni encontrar más obstáculo en su camino que algunas vías de agua que tuviera que atravesar. Si á esta consideracion añadimos que la altura media sobre el nivel del mar del Asia es de 344 metros y el de Europa de solo 204, comprenderán bien nuestros lectores la influencia que esto habrá tenido para las inmigraciones de Asia hácia Europa, las invasiones que esta ha sufrido y los habitantes que en ella han dejado sus primeros vestigios de una civilizacion en la infancia, sí, pero de ulterior importancia. Añádase á esto que allá, en tiem-

pos remotos la altura media del Asia sobre el nivel del mar ha aumentado, mientras que la de Europa más bien ha tendido á bajarse; y teniendo en cuenta que un número de metros de elevacion en un punto cualquiera del globo que habitamos, equivale á un descenso de cierto número de grados de la temperatura media, ó dicho de otro modo, que por lo que á esta se refiere ese aumento de altitud tendria para los habitantes el mismo resultado que si se trasladasen á lo largo del Meridiano algunos grados hácia el Norte; y se comprenderá que los de ciertos puntos del Asia se vieran en tiempos remotos obligados, por la inclemencia del clima, á buscar otros países en que éste fuera más benigno. Y, como hemos dicho ántes, que ningun obstáculo grave encontraban en su camino, se verá claro la razon determinante de las invasiones que en lo antiguo se verificaron en Europa por hombres venidos del Asia. Añádase á esto que la temperatura media de Europa está comprendida en la zona isothérmica de 10 grados, más bajo de la cual ya no se produce la vid, y la media anual varía entre más bajo de 0 en el Norte hasta + 21 en el Sur.

A estas condiciones de altitud ya señaladas, hay que añadir la modificacion que produce en su temperatura media, la gran corriente oceánica, conocida con el nombre de Gulf'Stream, que viniendo del golfo de Méjico trae una gran corriente de agua, á una temperatura mucho más elevada que la otra del Océano, y que hace sentir su benéfica influencia en toda la parte occidental de Europa, determinando al mismo tiempo, por razones meteorológicas bien conocidas de nuestros lectores, una cantidad de lluvia ó humedad atmosférica que no tiene ningun otro continente, y que va descendiendo desde la costa occidental del reino lusitano hasta el desierto de Gobí en el Asia. En su consecuencia, Europa es el continente que está cruzado por mayor número de rios; tiene, en general, una vegetacion más lozana, y ninguno de los desiertos áridos que existen en otros continentes, añadiendo á esto la mayor ó menor proximidad de algunos de sus puntos, como sucede con las penínsulas Ibérica é Itálica, á los desiertos del Africa, que determina en dichos países una temperatura más elevada que la correspondiente á su latitud geográfica. Digno es tambien de tenerse en cuenta para el

desarrollo de la civilizacion que, á igualdad de superficie, Europa es el continente que tiene mayor extension de costas, pues corresponden en ella un kilómetro por 250 cuadrados de superficie, mientras que el Africa tiene uno por 990.

Por razones ya expuestas, los habitantes de la península Ibérica anteriores á las conquistas de cartagineses y romanos pertenecian á la misma unidad ethnica de los que habian ocupado la mayor parte de Europa. De acuerdo todos los autores, que de un tiempo á esta parte se han ocupado de esa clase de investigaciones, en que aquellos invasores habian descendido del Asia, y que tenian un grado dado de civilizacion relativamente avanzado, no pudieron determinar con exactitud el país de donde habian salido los llamados aryas, ni los puntos de Europa que habian ocupado, ni adonde llegaba su adelanto en la industria ni en las artes, ni los animales que habian domesticado, etc. Por falta de datos bastantes no pudieron ponerse de acuerdo, y se quedó, como siempre, en hipótesis más ó ménos probables, hasta que muy modernamente, recurriendo á la filología ó lengüística, han llegado algunos sábios, entre otros el Rdo. P. Der-Gheyn á averiguar que los aryas son los primeros antepasados de los habitantes de Pérsia, de Europa y de la India, y que las lenguas sanscrita, lithuaria, griego, latin y godo, y todas las derivadas tienen para una porcion de objetos de mayor uso en la vida, los mismos nombres, ó, mejor dicho, las mismas raíces; y por consiguiente, que arranca de un mismo tronco ó lengua madre. Dos tradiciones existen sobre el país donde han partido los aryas. Los europeos colocan su primitiva morada en Oriente; los persas é indios indican el norte como su pátria primitiva. Luego el país de que se trata estaba al Oriente de Europa y al Norte de la Pérsia y de la India, deduciéndose de aquí que la cuna de nuestros abuelos debe buscarse en los territorios que están al Oriente del mar Caspio. No hay gran seguridad ni medios de fijar la época en la cual se establecieron en Europa; pero los autores más parcos en la medicion del tiempo, entre ellos el ya citado, hacen remontar esta á unos tres mil años antes de la Era Cristiana. En la escasez de otros monumentos los han buscado en la filología comparada, y ha resultado de estas investigaciones, de las palabras comunes á las lenguas ya citadas, la ma-

nera de averiguar el grado de cultura que alcanzaron aquellos nuestros antepasados, por la óbvia razon de que si tenian la palabra conocian la cosa. Así, por haber encontrado, con escasas variaciones, las mismas palabras relativas á la vida pastoril y agrícolas, lógicamente se ha inferido que estas eran las ocupaciones de los aryas; como igualmente que poseian ya domesticados bueyes, caballos, asnos, ovejas, cabras, ganado de cerda, aves y el leal compañero del hombre, el perro; así como que conocian el carro, el yugo ó atalage; pero ninguna palabra indica que en poco ni en mucho conocieran la equitacion. Por el mismo procedimiento se ha averiguado que sabian fabricar el pan, base de su alimentacion, que conocian el uso de la sal, que comian carne aderezada con aquella, no desconociendo tampoco las naves, pero solo los remos como medios de impulsion.

Las investigaciones dirigidas á encontrar todos los puntos de Europa ocupados por los aryas, pertenecerían á otra clase de estudios y por lo tanto salen de nuestro cuadro. Baste sólo saber que por algunas palabras conservadas del antiguo celta y algunos giros de construccion, conservados aún en la lengua euskara, y las escasas noticias que se tienen de las creencias religiosas que profesaban los antiguos habitantes de la península pirenáica, no parecen dejar duda de su establecimiento en esta, no obstando para ello que las costumbres de los iberos y sus cualidades personales difieran en gran manera de las que caracterizaban á los otros habitantes de Europa. Despues de lo dicho, esto era una consecuencia natural de las modificaciones que sufren el indivíduo y la raza al ocupar países cuya posicion geográfica, altitud, formacion del suelo, aproximidad de los mares, producto de aquél, etc., difieran entre sí. Hasta tal punto es evidente lo anterior, que observaremos que no sólo dichas modificaciones ó alteraciones se verifican en lo relativo al rey de lasérie animal, sino tambien respecto á las otras especies que le son inferiores en la escala. Aún hay más; en términos generales hablando, y habida consideracion al perfeccionamiento y diferencias de organismo, aquellas cualidades que pueden ser comunes ó semejantes á las diferentes especies que constituyen los términos de la série, tienen completa analogía entre el hombre y los animales que tienen su aclimatacion natural en cada país

dado. Así, por ejemplo, se observa que en una misma familia de animales domésticos, en dos países contiguos como España y Francia, son más fieros los de aquende que los de allende los Pirineos; y lo que es más, nacidos y criados en un país y trasportados á otro, despues de estar en él algun tiempo, no pierden sus cualidades distintivas, pero se modifican en gran manera. Esto demuestra bien claramente que el temperamento del hombre, como el de los demás animales inferiores, es grandemente modificado por el género de alimentacion. Todo viene á indicar, pues, la necesidad de analizar, más ó ménos someramente, las condiciones físicas y cosmológicas de un país para hallar la razon de las cualidades que más sobresalen en sus habitantes ó que le distinguen de los demás. Claro está, ó por lo ménos se sobreentiende, que dichas diferencias son á igualdad de las demás circunstancias, puesto que los hábitos y costumbres, los efectos de las leyes y creencias religiosas y los medios que la civilizacion y la ciencia ponen á disposicion del hombre, tienen grandísima influencia sobre su temperamento, carácter y manera de ser.

Al hablar de las condiciones físicas de cada país, hemos puesto en primer lugar, las llamadas geográficas. Por lo tanto, necesario es que empecemos por ellas el breve análisis de las que tienen relacion con la Península pirenáica. Antes de empezar, creemos oportuno hacer la siguiente observacion general. Todos los geógrafos y viajeros han notado que las diferencias que hay entre los diversos puntos del globo, situados en un mismo paralelo, y prescindiendo de circunstancias locales y fortuitas, tienen una gran semejanza; mientras que las diferencias son muy marcadas, cuando en lugar de marchar sobre el mismo paralelo, se camina sobre el mismo meridiano. Así debe ser, en efecto, porque los puntos colocados sobre el mismo paralelo, no sufren más alteracion en lo relativo á la presencia del sol y otros astros sobre el horizonte, sino de que el naciente y poniente de estos se verifica á diferentes horas; mientras que los que ocupan diferentes grados en el mismo meridiano, tienen horizontes imaginarios con diferente inclinacion; no para todos son visibles los mismos astros y, sobre todo, y lo que tiene más importancia, los rayos que parten del rey de nuestro sistema planetario lo hacen

bajo muy distintos ángulos; las duraciones del dia y de la noche son muy distintas, y muy distintos tambien, por consiguiente, los grados de temperatura. Condensado esto de otra manera: los diferentes puntos sobre el paralelo del globo que habitamos, se refieren exclusivamente á éste; en tanto que, los del meridiano, hacen relacion á la presencia de otros astros sobre el horizonte sensible. Este es el motivo por que algunos autores modernos, á cuyo uso nos acomodaremos, llaman á la determinacion de los puntos situados en el paralelo posicion geográfica, mientras que á los determinados por el meridiano se les califica de posicion astronómica. Se deduce de todo esto, primero: que los hombres de una misma, ó de raza diferente, situados entre unos mismos paralelos, llegarán á poseer, despues del tiempo necesario para establecer las condiciones armónicas entre las de existencia de la raza y las cosmológicas del país habitado, muy parecidas cualidades; é inversamente: hombres y pueblos salidos del mismo tronco ó distinto, que habiten diferentes grados de latitud, llegarán á tener, despues de un tiempo dado, cualidades y caractéres que les hagan diferir en gran manera unos de otros. Segundo: que las naciones, cuyo eje de longitud lineal, sea en sentido del meridiano, ó dicho de otro modo, que comprende á muchos grados de latitud, serán de más difícil gobierno y se prestarán ménos á la unidad de leyes que aquellas que, cuyo eje principal de longitud lineal, sea la direccion del paralelo, ó con más claridad aun, las naciones, cuya mayor extension es de *E* á *O*, llevan en sí más condiciones de unidad y existencia que aquellas cuyo máximo de extension es de *N* á *S*; y no ha faltado quien atribuya á una de estas condiciones la gran duracion del poder romano. Tercero: las naciones que comprendan distintos grados de latitud, pero no en grandes diferencias, tendrán, como se ha dicho, los habitantes de los diferentes puntos, distintos caractéres sí, pero no lo bastante para exigir una rotura ó separacion; y en cambio, producirán un tipo de carácter medio, no deficiente de ninguna especie de cualidades, que constituirá un gran núcleo de fuerza para la nacion de que se trate.

Despues de estas observaciones generales, entremos á tratar someramente las que corresponden á la Península ibérica. Ocupa esta, como ya hemos indicado, no sólo el extremo S. de Eu-

ropa, sino tambien el más occidental de la misma. Su posicion astronómica está comprendida entre los 36° y 43° con 46'. Por esta sola condicion, su temperatura media debia ser la más elevada del continente, y lo será, tanto más si se tiene en cuenta que el Gulf-Stram viene nécesariamente á tocar sus costas occidentales, ó, lo que es lo mismo, viene á chocar con ellas una cantidad de agua más caliente que el resto del Océano, y á producir mayor humedad en los países contiguos á aquella costa; que las del Oriente y Sur están bañadas por el Mediterráneo, cuya temperatura es mayor que la del Océano, y además próximas á los abrasados desiertos del Africa; y, con triple motivo debe ser la temperatura media de toda la Península la más elevada de Europa. Pero estas causas ó motivos vienen á modificar otras que obran en sentido distinto. Mas, antes de empezar á exponerlas, puede ser conveniente hacer notar la siguiente consecuencia, cuyos efectos todos conocen, á saber: los dos vientos dominantes en España llamado el uno solano, que no es otro que el siroco en Africa; y los del N. y N. O. El primero es abrasador, causante de más de un daño á la agricultura, y cuya temperatura se explica por venir del Africa sin atravesar más que el Mediterráneo; y el otro, que es frio y desagradable por la sencilla razon de venir de los mares del Norte atravesando el Océano.

El sistema orográfico de la Península, está íntimamente ligado con el pirenáico. Sus montes principales son los Pirineos, los cantábricos, los iberos y sus ramificaciones occidentales las cordilleras de Estrella, Osa, Sierra-Morena y Sierra-Nevada; las llamadas por los geógrafos antiguos Carpeto-vetónica, Oreto-herminiana, Marianica y Bética que se dirigen todas de E. á O., partiendo de ellas muchas otras secundarias y formando cinco cuencas bien distintas. Los puntos culminantes del sistema orográfico-ibérico, son: en los Pirineos, el pico de Neton á 3.482 metros sobre el nivel del mar; en los cantábricos, la peña de Peñaranda, á 3.362 idem; en la cordillera Carpeto-vetónica, la sierra de Grados á 3.216; en Loreto-herminiana, la de Guadalupe á 1.559; y en Sierra-Nevada se halla el punto más elevado de la Península, que es el cerro de Mulhacen á 3.554. De este sistema orográfico se desprenden extensas mesetas de escasa pro-

duccion por su altura sobre el nivel del mar y falta de aguas. Apesar de las alturas señaladas, son escasos los puntos de las cordilleras ibéricas que conservan perpétuamente la nieve, y el límite de las eternas está muy lejos de alcanzar la misma altura en cada uno de los picos nombrados, puesto que, en los Pirineos está á 2.700 metros, en Sierra-Morena á 2.900, en Sierra-Nevada á 3.000, y en el cerro de Malhucen á 3.650. De este sistema de cordilleras se desprenden, como no podia ménos, varias corrientes de aguas que forman rios más ó ménos importantes, que están tan lejos de ser los primeros de Europa, como de ser tan insignificantes como algunos han querido sostener; aunque sí es cierto que, por desgracia, la mayor parte de ellos, aun hoy mismo, se van al mar sin que el hombre haya aprovechado sus aguas, olvidando aquella máxima de que "donde hay calor y agua no falta produccion:" Tienen además nuestros rios, al ménos los más importantes, la propiedad de que sus corrientes vayan en sentido de E. á O., ó al contrario.

La Península ibérica presenta, respecto á su clima, tres zonas muy diferentes entre sí: la septentrional, que se estiende desde los Pirineos hasta el Ebro, cuyos montes, corrientes de agua y vientos dominantes, si bien hacen que en él los inviernos sean frios y las primaveras lluviosas, produce la humedad necesaria para una fuerte vegetacion, y un clima, en último término, templado; la zona Central abraza ambas Castillas, la parte Sur de Aragon y los antiguos reinos de Leon y Estremadura; su altitud varía de 500 á 600 metros sobre el nivel del mar, estando, pues, mucho más altas, por lo que hemos visto, no sólo del resto del Continente, sino de las mesetas del Asia; de manera que, añadiendo á esto la escasez del agua, resultará para aquellas otoño y primavera soportables, y las dos estaciones extremas de verano y de invierno, de un calor abrasador para el primero y de un frio no muy inferior á los países del Norte de Europa para el segundo. Dichas mesetas están limitadas al Sur por Sierra-Morena, que es como el muro que las separa de las llanuras de la antigua Bética, cuya altura sobre el nivel del mar es muy inferior respecto á las anteriores. En general, puede decirse que la Península Ibérica tiene como su fuerte de construccion hácia el Occidente, y el terreno va des-

cendiendo hácia el Oriente y el Sur, resultando de aquí que la temperatura de las tierras que ocupan estas dos últimas posiciones es agradabilísima en las dos estaciones intermedias, tropical en estío y más lluviosa que fria en invierno; y, áun en lo primero, por condiciones que ahora seria largo examinar, es más escaso de lo que conviene á la produccion. La temperatura media del paralelo de Cádiz es de +20, la del de Barcelona de +18, la de Madrid, que es próximamente el punto central de la Península de +15. En la primera, la cantidad media de lluvia anual es de 0 metros 864.

Mucho falta aún que estudiar sobre la constitucion geológica del suelo de la Península; pero algo se ha hecho en los últimos tiempos, debido á personas de tanto saber como alto patriotismo, y especialmente lo que se ha llevado á cabo por el Cuerpor de ingenieros de minas y la Comision del mapa geológico. No hemos de entrar tampoco en muchos detalles que serian más propios de un estudio de otra índole, y sólo tomaremos los datos necesarios al objeto propuesto, para poder cumplir con aquello que aconsejaba el fundador de la escuela positivista, al célebre crítico P. J. Prouhdon, "estudia para despues filósofar," precepto ó consejo tan lleno de profundidad como buen sentido, y cuya explicacion deben tener muy en cuenta los dados á fantasear, comprendiendo que no es posible edificar sin base, y por consiguiente, que puede halagar nuestro amor propio y áun producir cierto deleite intelectual el crear sistemas á nuestro capricho, desarrollarlos por medio de logomáquias, tan poco inteligibles para el que las expresa como para el que las escucha, y que una experiencia de veinticinco siglos ha demostrado su esterilidad poco ménos que completa. Dicho de otra manera: es preciso pedir á la ciencia sus conclusiones, al cálculo y á la experiencia sus leyes, á la observacion sus datos é indicaciones para formar con todas ellas el fondo de una filosofía científica, teniendo buen cuidado de separar lo que es hipotético de lo que es perfectamente conocido, sin olvidar que los problemas que eran para las generaciones que nos han precedido insolubles, no son lo mismo para nosotros; así como las que nos siguen encontrarán que son simplemente consecuencias de leyes conocidas las que para nosotros son misterios, ó lo que es lo mismo: las

soluciones posibles en cada siglo, son aquellas que tienen por base la suma de conocimientos que éste posee. Consecuentes en esta apreciacion, es indispensable tener en cuenta todos los datos que, directa ó indirectamente, tienen influencia sobre las condiciones peculiares, así del indivíduo como de la agrupacion que constituye el pueblo de que venimos ocupándonos, ó sea, de todas las circunstancias apreciables que sirvan para determinar la manera de ser del Imperio Ibérico.

De lo expuesto, respecto á la posicion geográfica de la Península pirenáica, así como de su sistema orográfico, resulta: que en ella han de encontrarse todas las condiciones climatológicas, desde las que pertenecen á las zonas tropicales hasta las que corresponden á la del Norte del continente europeo. Pudiera creerse ser posible el deducir de estas las condiciones del reino vegetal, ya propias, espontáneas, ya de las que, importadas de otros territorios, pudieran aclimatarse en esta Península; pero las conclusiones que se sacáran no podian inspirar, científicamente hablando, confianza bastante por no haber tenido en cuenta factores, ó mejor dicho, funciones tan importantes como son las condiciones geológicas del suelo.

Es hoy conocido de todos aquellos que á las ciencias naturales se dedican, que la cordillera pirenáica es de formacion mucho más antigua que la Alpina; y desde luego, lo primero que se ocurre es preguntarse si la Península ibérica fué formada á consecuencia del levantamiento que dió lugar á la formacion de aquella, ó si, por el contrario, aquel fué posterior á la formacion de nuestra Península. La estratificacion del terreno, las curvaturas unas veces, y las roturas otras, de las capas graníticas y de carbonato de cal no dejan lugar á duda de que la formacion de esa muralla natural que separa la España de Francia, fué posterior á la existencia de la Península.

Si el clima ibérico tiene todas las variaciones y diferencias que indicadas quedan, no son estas menores, por lo que á la formacion del terreno se refiere. En efecto, el primitivo, ó sea granítico, presenta un gran desarrollo en nuestra Península, porque, además de la gran faja, comprendiendo en su mayor parte, lo que hoy se conoce con el nombre de Segovia y Avila, y en la que se encuentran los pueblos de Colmenar Viejo, San Martin

de Valdeiglesias, Arenas de San Pedro, Jarandilla, Plasencia, Hervás, Béjar, Barco de Avila, Piedra-hita y otros muchos, ocupa grandes superficies en las provincias de Salamanca, Zamora, Orense, Cáceres, Toledo, Córdoba, Badajoz, Huelva, Granada y Málaga. El siluriano, ó el que sigue en escala geológica ascendente al granítico, de grandísima importancia, bajo el punto de vista de la utilidad, porque puede llamársele, sin faltar á la propiedad el terreno de los minerales, no es de ménos extension en la Península que el anteriormente señalado. Comienza este terreno, que tantos tesoros tiene guardados, como en depósito para recompensar al hombre de su saber, de su aplicacion y de su constancia, no léjos de Salamanca tomando la direccion S. O.; haciendo inflexion más tarde hácia el S. E., forma la gran masa que se estiende próximamente hasta Alcázar de San Juan; constituye aquí una especie de ensenada, y pasando por Ciudad-Real, Almagro y Valdepeñas, va á parar próximo á Alcaráz y allí vuelve á dirigirse al O. S. O., pasa por la Carolina, norte de Andújar y Montoro por Posadas y Palma del Rio, y en este punto, S. E. de la Península, es interrumpida esta formacion por la aparicion de la primitiva ó granítica, y otras rocas eruptivas, tomando sus límites formas de una sinuosidad caprichosa. En las provincias de Lugo, de Oviedo y Leon, la formacion primitiva constituye una buena parte de sus superficies, si bien en las dos últimas viene á disputarles el paso, la formacion llamada carbonífera, ó sea el resultado de aquello que algunos geólogos han llamado la época crítica de la superficie del globo, y que, bajo la forma de carbon, encierra tales tesoros de fuerza y de movimiento puestos al servicio del hombre, y que en un tiempo fueron allí depositados por los rayos de ese jefe del sistema planetario que se llama Sol. Esta importante formacion de que venimos ocupándonos, se prolonga de Levante á Poniente, atravesando las provincias de Oviedo, Leon, Palencia, Santander y Búrgos.

Al tratar de épocas, no nos referimos en manera alguna á las siete consabidas que, segun algunos, eran simplemente dias, y nos atenemos á las que la ciencia geológica calificó de épocas distintas. Vamos á ocuparnos, pues, de la más próxima á nosotros que las anteriormente descritas; es decir, de la terciaria.

Domina esta formacion en las provincias de Palencia y Valladolid; pero disputándole la posesion del territorio la carbonífera, que tambien se presenta al descubierto, y tan rica en hulla que está dando lugar á explotaciones de importancia. Abunda esta misma formacion terciaria en la mayor parte de la provincia de Huesca, disputándola el paso hácia el Pirineo el terreno cretáceo. Tambien aquí se presenta al descubierto la formacion siluriana, pero ocupando una extension mucho menor que las anteriores. Igualmente se presenta el trias y el granito, pero en cortas extensiones, y constituyendo como unas manchas en medio de las otras formaciones. El trisiaco principia á presentarse cerca de Molina, pasa por Sigüenza y Atienza, y, paralelamente á ésta formacion, y al S. de ella, se presenta la jurásica que, más ó ménos interrumpida su marcha por la aparicion del trias y el cretáceo, llega hasta la aproximacion de Valencia. En direccion de N. á S. se presenta en la parte occidental de la provincia de Cuenca una faja de terreno cretáceo, pasa al O. de Uclés, donde se bifurca tomando una rama hácia Quintanar y otra á Belmonte. Pero tampoco aquí está ausente la formacion terciaria, y saliéndose de aquella provincia se estiende hácia la de Madrid hasta llegar muy próximo á la capital; y haciendo una notable inflexion pasa á la provincia de Guadalajara hácia el Levante de Cifuentes, y pasando por Priego, Motilla del Palancar y San Clemente, se corre despues hácia Ciudad-Real, atravesando los pueblos de Daimíel, Manzanares, Valdepeñas, Argamasilla de Alba y el Tomelloso. No escasea el terreno terciario en la parte S. de España, pues desde Villanueva del Arzobispo, en la provincia de Jaen, se corre por Ubeda, Baeza, Andújar, Bujalance, Córdoba, Baena, Montilla, La Rambla, Aguilar, Cabra, Lucena, Écija, Osuna, Campillos, Marchena, Carmona, Utrera, San Lúcar, Jeréz de la Frontera, Chiclana, Tarifa, Algeciras, Campo de San Roque, Estepona y Marbella. Aunque en otros varios puntos, además de las formaciones descritas, se presentan al descubierto la cretácea, triásica y jurásica, no hemos de detenernos en describirlas, tanto por ocupar ménos extension que las anteriores, cuanto porque basta lo dicho á nuestro propósito.

Así y todo, pedimos perdon á nuestros lectores, y tememos se les haya hecho demasiado pesada esta somera descripcion. Por

no prolongarla más, renunciamos á hacer la del territorio portugués, y por creerla además innecesaria, pues no seria más que la prolongacion de las zonas ó formaciones que hemos descrito. Sirva de disculpa á la aridez que tales descripciones lleva consigo, por una parte, el deseo de tener en cuenta todos los datos necesarios al planteamiento del problema, y por otra el que nos anima de que nuestros lectores encuentren en estos modestos escritos, al lado de otras consideraciones, algunos datos de utilidad práctica. La geología, que tuvo sus primeras exploraciones en Grecia y fué vigorosamente impulsada por los árabes, puede decirse que sólo constituyó una ciencia en tiempos no lejanos; y, aunque falta mucho que hacer y descubrir, ha dado tales pasos, que en nuestros dias ha habido quien la ha sujetado á la experimentacion hasta el punto de producir formaciones artificiales dentro de los laboratorios ó gabinetes, y sus aplicaciones son de tal importancia para la agricultura, la minería y otras industrias, que bien puede afirmarse que seria no sólo de alta conveniencia, sino de necesidad, y así lo van comprendiendo ya las naciones más adelantadas, el llevar unas nociones de ella á la enseñanza primaria. Pero, hay más, los principios de que se nutre el vegetal, el animal en todos los grados de la escala, ya tomándolos de la tierra ya de la atmósfera, no son ni pueden ser otros que aquellos que constituyen el terreno del país de que se trata, de lo cual resulta, forzosamente, que á la corta ó á la larga concluye por haber armonía entre el hombre, los animales y los vegetales de un mismo suelo.

III

En la breve descripcion, anteriormente hecha, de las condiciones geológicas de la Península, se ha visto que en ella se encuentra toda clase de terrenos y formaciones, deduciéndose de aquí, así como de las condiciones climatológicas y sistema orográfico, que el subsuelo es abundante en metales de toda especie. Del mismo modo, en el suelo, con más fecundidad en unas que en otras partes, con condiciones muy distintas de produccion, y áun variables de uno á otro año, podrá aclimatarse, si no son espontáneas, las clases de vegetales más diversos desde

las correspondientes al centro y áun Norte de Europa, hasta los propios de las zonas tropicales. En efecto, el oro, la plata, el plomo, el estaño, el mercurio, el azufre, el hierro, el carbon, etcétera, abundan en las entrañas de esta tierra, lo que siendo conocido de los antiguos, y especialmente de las dos repúblicas rivales, fué causa de que las dos se disputasen la posesion de la Península y de que los antiguos habitantes perdieran su independencia para ganar un mayor grado de libertad entrando en el camino de la civilizacion y del progreso. Era igualmente consecuencia necesaria de lo expuesto, el que aquellos, desde muy remotos tiempos, se dedicáran de una manera más ó ménos imperfecta á la extraccion de metales y á la fundicion y trabajos de éstos, de lo cual no deja lugar á duda algunas monedas que se conservan de la célebre Numancia. Tampoco escasean en este suelo el granito, el mármol ó carbonato de cal, la sílice, la pizarra, arcillas de una plasticidad poco comun, el caolin, el feldespato, etc.; lo cual, sin duda, dió orígen á que, así los antiguos habitantes como los sucesivos conquistadores, conocieran, al ménos en sus rudimentos, el arte cerámico, del que se conservan algunos vestigios descubiertos ya en escavaciones é investigaciones hechas *ad hoc*, ya tambien debidas á la casualidad. No debe olvidarse la abundancia de yeso y sulfato de cal que en combinaciones dadas habia de producir, y ha producido la fosforita, que tanto abunda en este país, y que la ciencia moderna ha demostrado que es un elemento poderoso de produccion ó un engrase qué se traduce en abundancia de cereales, especialmente de trigo, por la gran cantidad de ácido fosfórico que contiene esta semilla, tan importante para nuestro sustento, que un ilustre escritor inglés califica de alimento que produce los hombres libres. Tampoco debe pasarse en silencio la cantidad poco ménos que inagotable, tan útil y áun necesaria á la vida de los animales, que conocemos con el nombre de sal comun. De lo que se ha dicho relativo á las diferentes altitudes al sistema orográfico, y, por consiguiente, á las distintas temperaturas, se deduce, ó mejor dicho, se comprueba lo antes expuesto sobre la diversidad de clases de produccion de este suelo.

No son, en verdad, muy abundantes las noticias que se tienen relativas á las clases de cultivo y alimentacion de los anti-

guos habitantes; pero, segun afirman los escritores romanos que se ocuparon del notable sitio de Numancia, aquellos heróicos defensores usaban como bebida alcohólica una que sacaban de la fermentacion del trigo, deduciéndose de aquí que, en mayor ó menor escala, daban la importancia que se merece á este rey de los cereales. Como quiera que las producciones del suelo y el cultivo de ciertas plantas, lo mismo que la abundancia de los depósitos del subsuelo, no sólo influyen sobre las condiciones intrínsecas de los indivíduos y las sociedades, sino tambien en las ocupaciones cuotidianas de éstos y la primitiva iniciacion de ciertas clases é industrias con preferencia á otras, fácil es inferir de todo lo dicho cuál debia ser el temperamento dominante de los habitantes de la Península, así como las primeras industrias que conocieron. Pero, antes de hacer este rápido exámen, bueno es hacerse cargo de otra condicion de la Península pirenáica, y que influye grandemente sobre el desarrollo intelectual y progreso de los pueblos: nos referimos á la extension de sus costas. A escepcion hecha de toda medida, y sin más que tener en cuenta la forma de la Península, que es próximamente la de un cuadrado, tres de cuyos lados están bañados por el mar, se infiere la gran extension de la costa. En efecto, esta alcanza á 3.000 kilómetros próximamente.

Nos contentaremos, por el momento, con deducir de todo lo que asentado queda, las consecuencias congruentes á nuestro propósito. Del mismo modo que se ha deducido de los diferentes grados de temperatura y de humedad toda clase de productos vegetales, desde los del Norte hasta los trópicos, se infiere que en los diferentes territorios que comprende la Península habia de encontrarse en el hombre, desde el tipo del Norte hasta el de las zonas próximas al Ecuador, desde la imaginacion del Mediodia, hasta la inteligencia más pesada, pero más profunda y reflexiva del hombre del centro y norte de Europa; y que, las altas mesetas centrales con un ambiente más seco que los de la costa y países montañosos, con temperaturas extremadas en invierno y en estío, han de ser ménos propias al incremento de la poblacion, pero que los habitantes de ellas sin caractéres tan distintivos y determinados como los de otras localidades, participarán de todos ellos, así como, bajo el punto de vista fisioló-

gico y anatómico, un gran equilibrio de temperamentos y una constitucion enérgica y resistente. Bien pudiera preveerse que debido á estas circunstancias, y á la mayor altura que alcanzan dichas mesetas, sus habitantes concluirian por influir de una manera decisiva sobre todo el resto de la Península y que el que llegára á enseñorearse de ellas, concluiría por dominar todo el resto.

No sólo los habitantes de la Península debieron conocer, desde muy temprano y siquiera rudimentariamente, las diferentes industrias indicadas, cada una con mayor ó menor desarrollo, segun las zonas ó situacion topográfica de los pueblos, sino tambien el arte incipiente de la navegacion, teniendo en cuenta lo ántes dicho sobre la extension de costas.

Es digno de notarse que las tres Penínsulas del Sur de Europa han sido, no solo las primeras en entrar en el camino de la civilizacion, y ser en este sentido como las avanzadas del continente, sino tambien las que influyeron de una manera decisiva para la marcha del progreso, que siguió la direccion de Sur á Norte. Cúpole la suerte de ser iniciadora á la Península helénica, la cual, como conocen bien nuestros lectores, se elevó á un grado de cultura tal, su desarrollo intelectual fué tan grande, que algunos han creido no estar en lo incierto llamándola la maestra de la humanidad. Averiguar las causas determinantes de las brillantes cualidades, y tambien de los defectos de la familia griega, investigar la parte que en esto tuvo el suelo, el clima, el medio ambiente, etc.; hallar lo que corresponde á su posicion geográfica, su proximidad á los países del Oriente, sus comunicaciones con el viejo, sábio y misterioso Egipto, su contacto con la Pérsia, la influencia de las conquistas macedónicas, etc., trabajo es no nuevo y digno de pensadores de primer órden. Pero, aparte de que seria en nosotros audacia imperdonable el abordarlo, sale completamente fuera de nuestro cuadro, pues, como indica el epígrafe de este trabajo, se trata tan solo del imperio ibérico y no del helénico.

Poco tiempo tardó en comunicarse la ilustracion griega á sus colonias de Sicilia, Italia y otros puntos del Mediterráneo, y bien conocido es de nuestros lectores el nombre de alta Grecia que adquirió en edad remota una parte de la Península itálica,

así como los nombres, que durarán tanto como la historia, de filósofos y sábios que florecieron en este último país, descollando por encima de todos el del célebre Arquímedes, no habiendo temor á equivocarse si le calificamos de una de las primeras lumbreras de la humanidad. Pero, tampoco de esto tenemos que ocuparnos, por lo ménos en lo que á este primer desarrollo intelectual de Italia se refiere. No así por lo que atañe al segundo período, ó sea todo lo que hace relacion á Roma, porque si es imposible estudiar el progreso ó desarrollo intelectual de Europa sin conocer la historia de la Gran Ciudad, lo es más aún hacerlo con el imperio ibérico, lo cual se comprende, observando que cualquiera que fueran las condiciones de este suelo y sus habitantes, la Península pirenáica llegó á ser una parte del imperio romano, recibió de él sus religiones, sus leyes, sus costumbres, su lengua, etc., y, por decirlo todo de una vez, ese es el camino por donde entró la civilizacion. Esto es de tal manera cierto, que despues de aquella conquista es cuando llegó á ser una unidad política, es cuando empezó á formarse un pueblo, es cuando tuvo leyes que aún hoy forman la base de nuestro derecho, siendo la lengua latina la base y fundamento de la que más tarde se llamó y se llama lengua española, y tomando la Península ibérica el nombre que hoy llevan las cuatro quintas partes de ella.

Es, por lo tanto, indispensable, hacer algunas observaciones sobre la historia romana, con la cual ha de venir á confundirse la de la Península ibérica, que seguiremos calificando con este nombre ó el de España que aquella le diera.

Escasas son las noticias que hasta nosotros han llegado de la religion ó religiones que profesaban los antiguos habitantes. Todo inclina á creer que serian, si no idénticas, muy semejantes á las de aquellos aventureros ó emigrantes del Asia que vinieron á poblar la Europa, de los cuales hemos hablado ya con el nombre de Aryas, y que sin duda en la ruda lucha que tuvieron que sostener por la existencia, llegaron á olvidar el sitio de su orígen y su parentesco con las familias orientales; y caso que de allí hubieran traido sus antepasados alguna religion más ó ménos filosófica, es de suponer que la habian olvidado, y que, como todo lo humano, se gastaria con el trascurso del tiempo, llegan-

do á rebajarse hasta incultas y groseras supersticiones. Pero sea de esto lo que fuere, lo único que hoy se sabe es que las religiones de aquellos bárbaros se parecian en muchos puntos á las que hoy profesan los indios salvajes de América; lo cual no debe sorprender si se tiene en cuenta que la parte intelectual del hombre, en mayor ó menor extension, es semejante, cualquiera que sea el punto del globo que aquel ocupe, y, en su consecuencia, análogas han de ser sus manifestaciones. El fondo de las unas, como de las otras, era el reconocimiento de un grande espíritu omnipotente, omnisciente y omnipresente, que no lo reconocian bajo la forma de persona humana, no le construian templos, pero sí altares en el interior y claros de los bosques, teniendo de esto, aun hoy mismo, la prueba por la conservacion de algunos nombres con pocas variantes, por ejemplo, el de Lugo, que es un antiguo nombre celta latinizado, modificando despues su pronunciacion al pasar del latin al castellano, y que en su primitivo orígen significaba espacio en el bosque sagrado.

Como el hombre en todos tiempos ha supuesto que las pasiones del gran espíritu eran semejantes á las humanas, ha tratado de hacerse á Aquél propicio por medio de dádivas ú ofrendas; y de aquí la costumbre de llevar á cabo sobre los altares sacrificios de diferentes clases de animales y aun de hombres. Suponian que el gran espíritu se hacia algunas veces entender por la noche, pero que no á todos les era dable comprenderle; y que, además, estaba tan léjos, que era imposible alcanzar á percibir su voz. De aquí un segundo grado, ó un paso dado hácia adelante por aquella teología infantil, suponiendo que el grande espíritu moraba en los astros que veian, no siendo poco frecuente confundir la morada con el morador. Tenian una vaga idea de la existencia del alma despues de la muerte del cuerpo; y en cuanto al estado de éste despues de la separacion, habia opiniones muy diversas. Lo imponente de los bosques, lo sombrío de éstos, los terrores que dominaban á los que en ellos intentaban penetrar, dieron lugar á la creencia de la existencia en estos de séres sobrenaturales, enviados por el grande espíritu; y de aquí los bosques sagrados de que se ha hablado anteriormente.

Está fuera de duda que tenian sacerdotes encargados de celebrar fiestas religiosas, ayudados en estas funciones por profeti-

sas, que habian de tener la condicion indispensable de la virginidad. En la mayor parte de los pueblos este clero no tenia una organizacion determinada con sus jerarquías correspondientes, y esta falta de una fuerte organizacion fué causa de su debilidad, de la poca resistencia que pudieron presentar á los invasores y, por consiguiente, de su caida. No por eso carecian de influencia, y Julio César dice en sus Comentarios, hablando del de las Gálias, que disfrutaban de riquezas grandes relativamente; que no despreciaban la ocasion que les presentaba el dirigir sus vírgenes profetisas y no eran insensibles á la hermosura de éstas; que eran remunerados de sus funciones por los muchos presentes de los que se dedicaban á otra clase de trabajos, y que ellos ofrecian la indemnizacion con creces allá para la vida de ultra-tumba, no faltando quien haya creido al leer dichos Comentarios que la descripcion convenia perfectamente al clero de edades muy posteriores á aquella fecha. ¡Las interpretaciones malévolas son una de las complacencias del género humano!

Si se tiene en cuenta que los países de la Germanía y de la Escandinavia no fueron conquistados por los romanos, se comprenderá que escaseen más las noticias respecto á las creencias de aquellos que más tarde, á mano armada, habian de invadir el suelo de Europa; pero sus tradiciones, los cantos populares y otros monumentos inducen á creer que en el fondo no diferian gran cosa de las ya descritas. De suerte, que al abandonar su país para venir á buscar suelo más fértil y clima más suave, abandonar sus bosques y árboles sagrados encontrarse á su llegada con templos majestuosos y suntuosamente adornados y con una gerarquía eclesiástica regular y enérgicamente establecida, debió serles poco costoso cambiar la manera de tributar el culto externo al grande espíritu. Este debió ser uno de los motivos, si no el principal, que hubo para que se verificase un fenómeno que los datos históricos atestiguan y que consistió en que los bárbaros adoptáran con más facilidad y mayor rapidez la buena nueva que aquella poblacion más civilizada, conocida en una gran parte de Europa con el nombre de romana. Despues veremos que lo que algunos han llamado el rito italiano echó, por el contrario, raíces más profundas en los pueblos acostumbrados á obedecer á los emperadores de Roma, que en aque-

llos otros que no habian sido conquistados por el Imperio. Más adelante ocasion habrá de tratar esta cuestion con mayor detenimiento. Por ahora nos limitaremos á lo dicho, observando de paso que así los bárbaros que invadieron el Imperio romano como los que se quedaron en la Germanía y fueron á su vez dominados por el de Occidente, tardaron poco tiempo en adoptar la nueva creencia, conservando muchos vestigios de la antigua. En este caso, como sucede frecuentemente, la religion del país conquistado pierde mucho de su prestigio por no haber tenido la eficacia bastante para defender la pátria y sus propios templos.

De la breve reseña hecha relativa á las condiciones físicas y cosmológicas de la Península, pudiera deducirse fácilmente, además de la diferencia de temperamentos y caractéres de los habitantes de cada una de sus zonas, sus condiciones físicas, morales é intelectuales. Tampoco seria aventurado asegurar que los habitantes de este suelo estarian, en general, dotados de una energía personal, de una flexibilidad y astucia tales, que los hicieran tan dispuestos para el combate y difíciles de dominar, como deficientes para la accion colectiva. Respecto á su inteligencia, de la cantidad de azúcar, ácido fosfórico y otros elementos ya enumerados, pudiera con facilidad inferirse que aquella seria rápida y brillante, pero tan dada á períodos de inercia como lo seria su organizacion física, atendida á las variaciones sensibles del clima.

Creemos conveniente haber insistido sobre este particular, porque, no obstante la gran influencia que tiene la mezcla de razas, las leyes por que son regidos los pueblos, sus creencias, su género de ocupacion, etc., es lo cierto que, á pesar de todas ellas, y de los cambios que la civilizacion produce en los indivíduos y en la sociedades, hay cualidades que de tal suerte persisten, que indican con toda claridad la influencia que tiene el medio ambiente que les rodea. Hasta tal punto es esto verdad, que no siempre marchan á la par la civilizacion y las condiciones morales más dignas de aprecio. De ello tenemos hoy mismo ejemplos en varias tribus de la India y otros puntos del Asia y Africa; que, en lo relativo á veracidad, gratitud, lealtad, respeto sagrado á la palabra empeñada, etc., pueden dar lecciones á pueblos que de muy civilizados se precian. Resulta de aquí

otro fenómeno que todos han podido observar, y es lo que hay de contradictorio en dos grados de civilizacion muy diferente, aunque los dos atrasados. Así, por ejemplo, los españoles se encontraron en Méjico una bastante adelantada para cultivar los campos, trabajar los metales, ejercer artes é industrias que les permitian edificar templos, capaces de contener algunos miles de personas, suficientemente avanzada para haber construido ciudades que contaban muchos miles de habitantes, para tener una sociedad organizada con diferentes gerarquías, para llevar la estadística de nacimientos y defunciones, para tener un calendario regular, y otras varias cosas, en las cuales no eran seguramente inferiores á los hombres que los subyugaron; y al lado de esto, tenian en los altares dioses feroces y caprichosos á los que sacrificaban séres humanos con tan feroz barbarie, que creian meritorio á los ojos de tan ridícula divinidad, sacar la sangre y entrañas de la víctima antes que ésta muriese para poderla poner caliente en la boca del ídolo. Hasta tal punto prodigaban estas inhumanas ofrendas, que se ha calculado que solo la ciudad de Mexico y sus pueblos circunvecinos sacrificaban al año hasta 2.500 víctimas.

De tal modo se imitaba en todo el imperio el ejemplo de la capital, que era frecuente declarar la guerra á sus vecinos para proporcionarse prisioneros con que saciar lo que ellos creian sanguinario apetito de sus ídolos. Esta absurda barbárie la llevaban hasta el punto de desollar vivas algunas víctimas, y con su piel se hacian vestidos los sacerdotes para engalanarse en las fiestas y danzas religiosas. ¡Qué contradicciones en el jefe del reino animal! Los que hacian la guerra para satisfacer aquella estúpida creencia, apenas supieron defenderse, dejándose conquistar por un puñado de aventureros. Hoy mismo tenemos ejemplos de esa contradiccion. Existen pueblos en Africa que llevan una vida miserable, que ocupan los más bajos lugares en la escala de la civilizacion, y sin embargo, dando crédito á las relaciones de viajeros, comisiones científicas y respetables exploradores, sus cualidades morales son dignas de admirarse; mientras que, cerca de ellos, hay reinos como el de Dahomey que tienen un sistema completo de clases sociales, hasta el número de seis, coordinaciones políticas muy complejas; una gerarquía adminis-

trativa; una policía organizada, prestando sus servicios por parejas; leyes suntuarias y otras; prisiones; un ejército, cuya unidad táctica es el batallon, y que hace poco se ha visto era susceptible de hacer la guerra de una manera medianamente regular; teniendo, además, ciudades rodeadas de fosos y fortificaciones, puentes, etc.; una agricultura bastantemente adelantada, como puede comprenderse con sólo indicar que hacen uso de los abonos; pues bien, al lado de este desarrollo social, muy superior al antes citado, subsiste un estado de cosas que no se faltaria á la exactitud si le llamásemos el crímen organizado. Hacen la guerra á sus vecinos, en ocasiones, sin otro objeto que el de proporcionarse cráneos con que adornar el palacio del rey. Cuando éste muere, se inmolan centenares de súbditos para deplorar su muerte, y cuando el sucesor sube al trono para celebrar tan fausto acontecimiento. Además, durante un período de tiempo, se sacrifican anualmente 500 hombres para enviar mensajes al que está en el otro mundo; y para que la contradiccion sea más palmaria, sin dejar de ser bravos en el combate, son ferozmente crueles y sanguinarios, embusteros é hipócritas; apenas conocen la simpatía, y en cuanto á la gratitud, no la tienen á nadie, ni á los miembros de su propia familia. De suerte que ni aun la apariencia de la afeccion tienen el padre con el hijo, el marido con la mujer ni ésta con aquél. Pudiéramos repetir estos ejemplos tanto como se quisiera; pero no es este el lugar ni la ocasion de darles mayor desenvolvimiento, y sólo puede decirse, para concluir, que todos los dias presentan á nuestra vista las sociedades organizadas casos y ejemplos que demuestran plenamente que existen aún en ellas parecidas contradicciones, y que, cuando por una razon cualquiera, las pasiones del hombre ó de las colectividades llegan á enardecerse, no obran con mucha mayor mesura que los salvajes más feroces. De esto nos dan ejemplos repetidos las contiendas civiles.

Así como se diferencian las edades, socialmente hablando, en históricas y prehistóricas, del mismo modo puede calificarse el indivíduo en social y presocial. No habrá gran error, generalmente hablando, en calificar de esta última manera los habitantes de la Península antes de la conquista romana. A partir de este momento, principia en la Península aquel sér social. Es,

por lo tanto, indispensable hacer algunas someras indicaciones sobre dicho suceso, que influencia tan decisiva ha tenido en la formacion del pueblo ibero, y á partir del cual entró esta Península en el camino de la civilizacion y del concierto europeo. Ya se comprenderá que no es congruente á nuestro objeto referir las peripecias y combates, por otra parte bien conocidos, que determinaron aquel acontecimiento. Conviene, sí, á nuestro propósito, hacer algunas ligeras reflexiones sobre las condiciones esenciales del pueblo conquistador, su manera de ser, sus leyes, su política, sus relaciones con los vencidos, las razas diferentes que ya á consecuencia de la guerra, ya por la trasportacion de otros pueblos, han venido á cruzarse con la sangre de los distintos grupos que ocupaban la Península pirenáica. Por ligeras que hayan de ser estas reflexiones, confesamos con toda ingenuidad que con gran recelo tocamos esta materia. No, seguramente, por falta de datos, que los hay abundantes; no por las fuerzas de que disponemos, aunque sean escasas, sino por otra razon muy superior, que se refiere á la impresion que no puede ménos de sentirse subjetivamente cuando se trata de hechos de tal importancia y relativos á la pátria donde se ha nacido. Es esto de tal modo cierto, que tenemos la seguridad de que, aun sin darse razon de ello, nuestros lectores se sienten afectados siempre que de aquella enérgica y prolongada lucha se trata. Hay más aun: sin que averigüemos el motivo, siempre que estudiamos ó discurrimos sobre acontecimientos de aquella monta, nuestras simpatías están al lado de los que luchaban por la independencia de su hogar, siquiera fueran estos los más atrasados. Agréguese, que los estudios clásicos que han hecho en su juventud todos los que han seguido una carrera literaria, los del Derecho romano, orígen del pátrio por los que se dedican al conocimiento de este último, la historia de la Iglesia cuyo orígen y centro ha sido, y aun es Roma, todo de consuno ha contribuido á formar una idea de aquella civilizacion que pudiera parecer inmodesto é imprudente el separarse de ella en poco ni en mucho. Pero por grande que sea la desconfianza propia y el respeto á la opinion general, hay algo que está por encima de toda otra consideracion humana, y este algo, es el respeto á los fueros de la verdad. Más, de cualquier modo, este temor es una impresion

que puede marchar paralela á la otra de que hemos hablado o en sentido contrario á ella; y, de cualquier manera que sea, produce una emocion. Por enlace fisiológico que existe entre la parte sensible y la intelectual, resulta que se afectan mútuamente, y de aquí que todo acto intelectual produce una emocion, y toda excitacion del sentimiento un acto intelectual. Resulta, pues, que puede razonablemente haber desconfianza de las conclusiones puramente intelectuales de un indivíduo que se halle en estado emocional. Y, para juzgar de los acontecimientos y de su influencia en la evolucion social, se necesita atenerse sólo al puro análisis, separándose por completo de todo aquello que puede inspirar simpatía ó antipatía, porque, con frecuencia, lo que es un mal general es un bien relativo, y recíprocamente. En la lucha por la existencia que sostienen todas las especies unas con otras, y dentro de cada una los indivíduos, así como el hombre y las sociedades, el sentimiento se interesa por el vencido. ¡Quién no se siente emocionado al pensar en los abusos del vencedor, en la muerte de una nacion que desaparece de la historia, en los dolores y sufrimientos del derrotado, en la injusticia que domina sin escrúpulo cuando tiene la fuerza de su parte, en la pérdida no sólo de la libertad, sino de la personalidad misma, en las crueldades, en las devastaciones, en el desconocimiento de todo derecho; en tantos y tantos horrores como son la consecuencia de un dia de batalla entre dos pueblos, dos naciones, dos tríbus; y sin embargo, en último término toda aquella série de desastres viene á ser, con frecuencia, el punto de partida de una nueva evolucion social y un sacrificio cruento, sí, para los indivíduos ó generacion que han tenido que sufrirlo, pero necesario para que la sociedad diese un paso más en el camino de la civilizacion y del progreso.

Seguramente, lo que en el globo que habitamos se verifica, es la negacion más rotunda y completa de la creencia ó filosofía optimista, que entiende que todo se ha hecho para recreo y servicio del hombre, y por consiguiente que la creacion ó existencia de los animales á él inferiores, fué hecha tambien instantáneamente, como si dijéramos de un golpe, sin otra mira ni objeto que la utilidad que habia de reportarle. Aparte de ésta que es más que dudosa por lo que respecta á muchos de aquellos,

lo único que hay de positivo es que todos los de la escala, desde el superior hasta el inferior, están sujetos á la ley de la lucha por la existencia y la conservacion de la especie; que las pruebas por que esta lucha hace pasar á unos y á otros, son harto duras y cruentas; pero que á ellas se debe la seleccion y mejoramiento de las especies. Es, en puridad hablando, bien poco agradable el considerar la guerra á muerte de unas especies contra otras y entre las individualidades de una misma, el hacerse cargo por un momento de esas escenas entre el fuerte y el débil; el primero acechando al segundo para devorarlo, empleando contra él las armas de que se encuentra adornado, y saciando su apetito y deleitándose en las angustias mortales del que le sirve de alimento. Pero, bajo otro punto de vista, qué consecuencias lleva consigo, para el perseguidor y perseguido, esta lucha á muerte de todos los dias, qué ejercicio y qué desarrollo, por consiguiente, de la fuerza y de la actividad del uno para atacar, del otro para defenderse; qué desarrollo de agilidad del uno para atrapar, del otro para escaparse; qué desenvolvimiento de la sagacidad del uno para acechar y del otro para burlarle; y como consecuencia de ello, mayor percepcion en los sentidos, y por tanto un sistema nervioso más perfeccionado, unas vísceras más á propósito y una circulacion de sangre más oreada. Supóngase, por un momento, suprimidas las necesidades que la lucha trae consigo, y los más fuertes moririan de inanicion, y los más débiles devorados sin resistencia; supóngase suprimida esta lucha entre los animales inferiores al hombre, y hoy estaria la tierra cubierta de inmundos reptiles; supóngase al hombre de las cavernas al abrigo de los azares de esta lucha, y no habria comprendido la deficiencia de sus uñas y dientes para pelear con otros animales más fuertes que él, mejor armados y más veloces en la carrera; y es seguro que, en estas hipótesis, no habria comprendido la necesidad de fabricarse un arma con que suplir la inferioridad de sus medios naturales ofensivos y defensivos, ó dicho de otra manera, de hacer intervenir para defenderse y ofender de esa otra arma que le hacen superior á todos sus parientes del reino animal y que se llama inteligencia; y que, al emplearla para buscar un medio de ofensa ó de defensa, ha echado el primer cimiento de toda la indus-

tria humana. En conclusion, supóngase suprimida esa lucha, y el hombre, caso de subsistir hoy, seria un sér tímido, miserable y débil, escondido allá en la parte más oscura de las cavernas. Apliquemos esto en escala más alta: supóngase suprimida la alternativa en que se ha visto el hombre con sus semejantes de devorar ó ser devorado, y que ha llevado consigo aquellas guerras al principio individuales, y luego de familia á familia, que tanta sangre y dolores han costado; y la primera exploracion de agrupacion social, la tríbu, no se habria formado.

Como la suprema ley de todo sér animado es la existencia, y de consiguiente la lucha por ella, toman en las distintas épocas aspectos diferentes, pero obedeciendo en el fondo siempre á la misma razon. Las guerras de tríbu á tríbu, la desaparicion de muchas, la ferocidad y abuso de los conquistadores, el anhelo de evitar la fatiga ordinaria para hacer frente á las necesidades de la vida, inspiraron al hombre el deseo de aprovecharse del trabajo de sus semejantes, ó dicho de otra manera, fueron los cimientos de la odiosa institucion de la esclavitud, con su acompañamiento de injusticias, de horrores é innumerables padecimientos; y sin embargo, este fué un gran adelanto comparado con la costumbre de devorar á sus prisioneros, y en último término, dió por resultado la formacion de imperios y naciones, y por consiguiente, de nuevos y muy diversos medios de cultura y progreso; en una palabra, suprímase la guerra que se hacen unas especies á otras y dentro de una misma los indivíduos, y ni hay mejoramiento en estas ni perfeccionamiento moral para el hombre, ni progreso social para la colectividad. Pero así como las cualidades adquiridas por cada especie, por la lucha de que venimos ocupándonos, han servido para su perfeccionamiento; y una vez poseidas, las aplica á usos muy distintos de aquellos por las cuales la ha adquirido, del mismo modo las que se han proporcionado el hombre y las sociedades por medio de la guerra, sirven á diversos medios de cultura y se llega á esta conclusion: la guerra sigue varias etapas que conducen á hacerla inútil en un tiempo más ó ménos lejano; que otros han formulado de la siguiente manera: que la guerra concluye con la guerra.

Ciertamente que el conseguir todo adelanto, todo perfeccionamiento por medios tan duros y crueles, no es el camino mejor

que la humana inteligencia concebir pudiera. Pero no es nuestro objeto discutir lo que debiera ser sino lo que es. Quede, pues, para los optimistas el esplicar esas que pudieran parecer contradicciones. Se reduce de todo lo dicho, que si bien los hechos intersociales, los de lás individualidades humanas, los de una especie con respecto de otras, excitan en nosotros un sentimiento de antipatía ó repugnancia, ó sea un estado emocional, la inteligencia viene á explicar que por grandes que sean aquellos males, son pasajeros y conducentes á resultados de mayor importancia y duracion. De suerte, que la inteligencia concluye por hacer abstraccion del sentimiento, considerándolos como etapas necesarias para llegar á un estado más perfecto, hácia el cual marcha cuanto existe, por lo ménos, entre límites dados.

¿Es esto decir que haya de condenarse el sentimiento; que haya de hacerse abstraccion de él; que haya de negársele la importancia que tiene en todo el reino animal, y especialmente en el hombre? ¡Ah! no, y mil veces no. Dése á un animal de los más conocidos una inteligencia muy superior á la suya, suprimid la atraccion de los sexos, y ese cariño ciego que tiene la madre á sus hijos que le hace arrostrar la muerte sin vacilar por defenderlos, y la conservacion de las especies sería absolutamente imposible. Supóngase al hombre dotado de mayor número de sentidos de los que posee y más perfectos; supóngasele una inteligencia superior á la suya, pero completamente egoista, incapaz de sentir otras emociones que no sean las de esta pasion, desprovisto de sus sentimientos de amor, de familia, de amistad, de compañerismo, de cariño á la tribu ó la pátria, de inclinacion á la defensa de los débiles; y, entonces, ni él sería digno de figurar á la cabeza del reino animal ni la vida valdria la pena de conservarla. Si estas son las consecuencias funestas por lo que respecta al indivíduo, no lo serian ménos socialmente consideradas. Suprímase el sentimiento, afeccion emocional ó como quiera llamársele, y no sería posible encontrar un hombre que luche y exponga su vida por la defensa de la pátria ó de la asociacion; y tampoco lo sería hallar un sábio que, ora poniendo en peligro su existencia, ora trabajando dia y noche para escudriñar las verdades que encierra la naturaleza, ora haciendo frente á las preocupaciones, á las supersticiones, á la ignorancia ó mala

fe, arrostre la muerte ó el tormento por ilustrar á sus semejantes ó defender los fueros de su conciencia. Suprímanse esas afecciones del corazon del hombre, y no es posible encontrar los mártires por sostener una creencia ó defender lo que entienden ser mejor para sus semejantes. En una palabra; suprímanse esos afectos, y sociedad, progreso, cultura, civilizacion, bienestar, etcétera, son imposibles, ó dicho de otra manera, lo que se llama creacion no tiene razon de sér. La conclusion de todo esto es que, bien que la inteligencia excite el sentimiento, bien que este ponga aquella en actividad, los dos tienen campos distintos que importa á una sana filosofía no confundir.

Hemos visto que el progreso europeo, partiendo del Sur, ha seguido avanzando lentamente hácia el Norte, habiéndole cabido la dicha y la honra de iniciarlo á una de las tres Penínsulas del Mediodia, la más oriental de las tres. De allí pasó al Sur de Italia, formando lo que se llamó la alta Grecia; y aunque no consecuencia precisa de aquel movimiento, desarrollóse en la Península alpina otro centro de civilizacion, que llegó á constituir el poder más grande que hasta entonces se habia conocido sobre la tierra. De allí se trasladó, empleando como medio la conquista, á la pirenáica. De suerte que, el movimiento progresivo referente á las tres Penínsulas ha sido de Oriente á Occidente, como si fuera guiado por la luz de la aurora. Tambien se han visto los recursos que sacó Anibal de la Península ibérica para su expedicion contra Roma; de manera que, cuando las dos repúblicas rivales llegaron á encontrarse, esta hubo de comprender forzosamente los hombres y medios de guerra que Cartago proporcionaba de España; y habia de tratar de inutilizarlos ó de apropiárselos. Encontráronse las dos rivales frente una de otra en la primera guerra púnica; y fué el caso que Tadento, ciudad del Sur de Italia, llamó en su auxilio á Pirro, rey de Piro. No llegó éste á poner en peligro á Roma, ni hacer grandes esfuerzos por salvar á su protegida, y contentóse con demostrar á los romanos que sus soldados eran dignos de esgrimir las armas con ellos. No fué esta campaña perdida para Roma, y aprendió de su enemigo á formar los campos atrincherados, y, además, el éxito de ella le hizo entrar en deseos de conquistar la Sicilia, como en efecto lo verificó; y de aquí

su primera lucha con Cartago. Siguió al pié de la letra el ejemplo que le habia dado Agathocles, de que la mejor manera de ofender á aquella era llevarle la guerra á Africa, ó dicho de otra manera, sostener la guerra con la guerra. En el tratado de paz que terminó dicha primera campaña, pueden ya verse con bastante claridad los propósitos y la política de Roma, pues además de exigir de su enemiga tres mil talentos como indemnizacion, se pactaba en él que Cartago habia de abandonar todas las islas que poseia en el Mediterráneo.

Pero lo que más importa al objeto que nos ocupa, es que como un gran número de los mercenarios que aquel empleaba á su servicio eran habitantes de esta Península, en la cual, segun las supersticiones y creencias del pueblo romano, habia árboles que todos los años producian manzanas de plata, y además la abundancia de este precioso metal era tal, que cuando se prendia fuego en alguno de sus montes, aquel se fundia y formaba arroyos de consideracion, comprendió Roma dos cosas: primera, que la fuerza de su rival estaba en el mar, y que, por consiguiente, de todo punto le era indispensable hacerse con escuadras que pudieran luchar con las de su enemiga sobre aquel poderoso elemento; y era la otra, que necesitaba á toda costa privarla de los recursos que la facilitaba la Península ibérica. Se dedicó á conseguir lo primero con una energía y una constancia superiores á toda ponderacion. Apenas hubieron entrado bajo su dominio las poblaciones del Norte de Italia, cuando bajo el pretesto de arrojar de las costas los muchos piratas que las infestaban, causando muchos daños y haciendo gran acopio de esclavos que vendian en las poblaciones que constituian los principales mercados de este tan desdichado como entónces general comercio, formó una escuadra en el Adriático, presentó batalla y derrotó á los ilidios, que eran hasta entónces los dominadores y la plaga de aquella parte del Mediterráneo. Decíamos que le sirvió de motivo ó pretexto para hacerse con una flota, el limpiar aquellos mares de piratas, porque no era Roma, seguramente, la que podia escandalizarse de aquellas costumbres y manera de hacer la guerra á los intereses y á la vida de los habitantes, pues ella habia dado el ejemplo muy al principio de su existencia política, fundando la ciudad de Ostia en la desembocadura del Thi-

ber, teniendo simplemente por objeto buscar un refugio para aquellos de sus habitantes que, en número no corto, se dedicaban á la especial profesion de la piratería.

Todas las naciones ribereñas de los mares empezaron su historia marítima de la misma manera, y aquí se ve una comprobacion más de lo dicho respecto á diferentes términos de la evolucion social. Eso que pudiera llamarse el robo sobre el mar les servia para dar sus primeros pasos en el camino del progreso; y cuando, más tarde, la agricultura y la creacion de intereses hacia necesarios los cambios, la tranquilidad era indispensable y la piratería, léjos de ser útil, era absolutamente incompatible con el nuevo estado de cosas; siendo, por consiguiente, de todo punto preciso trabajar sin descanso para exterminarla. Habia prestado su servicio y debió desaparecer para dar lugar á otras ocupaciones más en armonía con los progresos realizados. Ya se ha visto cómo del rey de Piro tomaron las primeras nociones de castrametacion.

Del mismo modo aprendieron de su rival la construccion de vías militares, y lo que no era de menor importancia, la de los buques y la manera de dirigirlos. El primero de los dos problemas indicados estaba resuelto, ó por lo ménos planteada su solucion. El segundo ofrecia más dificultades, y Roma, sin perderlo de vista y tomándolo como su objetivo, tuvo que aplazarlo para mejores tiempos, y este constante anhelo comun á las dos Repúblicas de poseer la Península ibérica, dió lugar á la segunda guerra púnica. Anibal, á los veintiseis años no cumplidos, fué elegido general de su pátria en la Península: con un ódio á Roma, igual por lo ménos al que aquella tenia á Cartago, pensó no sólo en humillarla, sino en hacerla desaparecer.

Era Anibal, sin, duda uno de los capitanes más notables que hasta entonces se habian conocido, y además, político de gran alcance, pensó en llevar la guerra á Italia; y si la fortuna le ayudaba, dar el golpe de gracia á Roma en la misma capital. Formó, al efecto, un ejército de infantería celtíbera y caballería númida. Pero, esperto caudillo, antes de llevar la guerra al centro de Italia, cuidóse de no dejar enemigos detrás, y atacó vigorosamente y sometió á los pocos partidarios que tenia Roma en la Península, concluyendo con ellos con el sitio y toma de la

inmortal Sagunto. Dirigióse enseguida hácia el Mediodía de las Gálias, atravesando los Pirineos y dirigiendo la marcha de su ejército hácia los Alpes. Las tríbus galas que intentaron oponerse á su paso, fueron por él derrotadas por la fuerza de las armas ó atraidas por medio de suave política; y tranquilo por esta parte, intentó el célebre paso, el que hasta entonces no conocia igual en la historia. Atravesar la notable cordillera con un ejército por medio de precipios, sin caminos, sin derroteros de ninguna especie, sin las cartas y conocimientos geográficos de que disponen los modernos, tocando unas veces á la region de las nieves perpétuas, rodando otras al abismo arrastrados por enormes abalanchas, es cosa más fácil de imaginarse que dè escribirse.

Sin embargo de todo ese cúmulo de innumerables obstáculos, triunfó su pericia y energía y la bravura y resistencia de los que le siguieron; y al fin, á los cinco meses de haber partido de España, descendia á las llanuras de la Península itálica. Pero no se superan dificultades de tal monta sin pagarlas muy caras, y una gran parte de su ejército habia perecido en el camino. Así que cuando penetràba en el territorio donde habia de hacer la guerra á la rival de su pátria, solo contaba con 26.000 hombres. Es cierto que le prestaron eficaz ayuda los galos cisalpinos, y más tarde algunas poblaciones del Sur de Italia, de orígen griego, y que sufrian de mal grado el yugo de Roma; pero téngase en cuenta que ésta podia oponerle un ejército veinte veces mayor que el suyo. Los generales y cónsules romanos que intentaron oponerse á su paso, contaron las derrotas por el número de encuentros, y los más audaces tuvieron por conveniente dejarle el camino libre é ir á guarecerse detrás del Poó; y por último, las batallas de Trasimena y de Cannas pusieron á Roma al borde de la tumba y una vez más de manifiesto la inmensa superioridad del jóven cartaginés sobre los mejores generales de aquella república.

Mucho se ha criticado á Anibal, el que despues de la última batalla que hemos señalado, en la cual habia perecido lo más notable de la aristocracia romana, y dejado á Roma sumida en la mayor consternacion; mucho se ha criticado, decimos, que no marchára derecho á la capital y no hiciera con aquella república

lo que ésta hizo más tarde con la de Cartago. Y, en apoyo de esto, se han repetido por historiadores y poetas aquellas palabras atrevidas de un oficial suyo (Maharbal): "Anibal, sabes vencer, pero no aprovecharte de la victoria." Una crítica más profunda y más razonada ha venido, no solo á disculpar al célebre caudillo, sino á demostrar la imposibilidad absoluta en que se encontraba, despues de la memorable accion de Cannas, para emprender su marcha y verificar su entrada en la ciudad de Roma. En primer lugar se hallaba á una respetable distancia, dado el estado de los caminos en aquel tiempo; pues está situada sobre el Aufide á 11 kilómetros S. O. de la ciudad de Barletta; en segundo, las admirables victorias obtenidas sobre los romanos no las habia logrado graciosamente, y su pequeño ejército habia sufrido terribles bajas, pues soldados como aquellos no podian ser vencidos sino á costa de mucha sangre; en tercero, los hombres de hierro que le acompañaban no habian luchado solo contra el enemigo, sino contra la inclemencia de los elementos, contra los efectos del clima, y contra la falta de tener plazas suyas donde poder descansar y reponerse, siendo hoy bien conocido que los sufrimientos fueron tales al atravesar los Alpes y despues de bajar á Italia, que al célebre caudillo le costó la pérdida de un ojo y que su ejército estuvo marchando varios dias con sus noches por medio de pantanos y lodazales, en los cuales les llegaba á veces el agua á la cintura. En aquella expedicion se pusieron de manifiesto las condiciones de resistencia y de dureza que, por circunstancias ya indicadas, distinguieron siempre á los hombres de esta Península. Pero si el capitan está completamente disculpado, no así el Senado ó Asamblea que dirigió los asuntos de Cartago, que se negó en absoluto á mandarle ninguna clase de refuerzos, y conocido es de la historia el dilema famoso de uno de sus oradores: "Si Anibal venció á Roma no necesita refuerzos. Si ha sido por ella vencido no podrán salvarle, y no será más que una pérdida inútil para la república." Nada hay perfecto en la naturaleza, y no siempre acompaña á la facilidad de palabra la profundidad de miras y el golpe de vista práctico.

Dadas la fuerza, el gran adelanto y la inmensa riqueza de Cartago, fácil hubiera sido á la república enviar á Anibal un refuerzo que llenase los huecos que las batallas y las inclemencias

habian dejado en su ejército, y entonces Roma no tendria salvacion. Pero, ya fuere egoismo, ya rivalidad de partidos políticos, la antigua colonia de Tyro cometió aquel gran pecado, cuya penitencia le impuso más tarde Escipion, haciéndola desaparecer de la superficie de la tierra. Dominaba á la sazon en la africana república una democracia más entusiasta que práctica, y sus desconfianzas y rencores de partido la llevaron hasta el punto de perder de vista este principio elemental de que antes de las cuestiones políticas interiores y de la libertad misma, está la salvacion y la independencia de la pátria.

No hemos de ocuparnos ahora de describir todas las peripecias de la segunda guerra púnica; no es este nuestro objeto, y además nuestros lectores la conocen. En el tratado que la puso fin se estipulaba que Cartago abandonaria todas sus naves, excepto diez trirrenas; no haria por sí misma ni por sus aliados guerra alguna sin el permiso del pueblo romano, y pagaria seis mil talentos. Roma seguia su política: debilitar primero á sus enemigos para vencerlos despues. Pero por muy duro que fuera este tratado, y por ventajosa que hubiera sido á Roma la conclusion de la guerra, habian servido para patentizarle que le era simplemente imposible satisfacer su aspiracion de conquistar la Península Ibérica, mientras que hubiese alguna nacion capaz de aprovechar la bravura y condiciones de los iberos y de darles una unidad que ellos por sí eran incapaces de conseguir. Y por grande que fuera el orgullo romano, no podria ménos de confesar que, si sus hombres sabian portarse como buenos, como mejores habian sabido hacerlo los iberos. No tenia, pues, fuerza para emprender la conquista de la Península, y tanto más si se tiene én cuenta que varias ciudades de Italia habian patentizado la poca confianza que en ellas podia tener por las simpatías mostradas y aun los medios que le facilitaron á su ilustre y temible enemigo. Una cosa digna de observarse, y que veremos comprobada, es que á Roma le costó más trabajo y tuvo más dificultades que vencer para someter á su dominacion cualquier rincon de la península itálica, que las que tuvo que superar despues para estender su territorio hasta constituir aquel colosal imperio, que llegó á tener 120 millones de hombres. Pero jamás desmintió Roma las cualidades y defectos de su orígen, y des-

pues de la segunda guerra púnica pensó con más ahico si cabe en desarrollar su sistema político, que consistia, como ya hemos dicho, en debilitar, ora por la guerra, ora so pretexto de amistad á los que pensaba someter. La democrática Atenas tuvo la desdichada ocurrencia de servir admirablemente sus planes, sin que la fuera dado prever el daño que habia de causarse á la pátria griega y á sí propia. Llamóla á fin de que la defendiese ó ayudase en contra del rey de Macedonia. Roma aprovechó diligente la oportunidad de echar la base de su dominacion en Grecia. Vanos fueron los esfuerzos de Perseo para salvar la independencia griega, y todo concluyó por la anexion á Roma de Macedonia, Epiro y la Iliria. Si funestos fueron los resultados para los vencidos, que no sólo perdieron su independencia y nacionalidad, sino que, como sucede en los casos de decadencia, fueron de descenso en descenso hasta sumirse en la degradacion más abyecta y en los vicios más repugnantes, no lo fueron ménos para los vencedores, que perdieron toda grandeza moral y toda idea levantada, adquiriendo, en cambio, la depravacion de costumbres, una política baja y rastrera y una sórdida avaricia y deseo de amontonar riquezas que sirvieran para satisfacer los apetitos más degradantes y hediondos. Mas como todo pecado lleva en sí la penitencia, y la naturaleza no perdona las ofensas que se le hacen, al fin habian de afeminarlos y hacerlos inútiles para toda empresa levantada y traer como consecuencia forzosa á que más tarde fueran dominados por hombres más rudos y más bárbaros, sí, pero más enérgicos y viriles; en una palabra, más hombres.

Las intrigas, supuestas ó verdaderas, de Anibal con Antioco rey de Siria, sirvieron de motivo ó pretexto para la guerra entre éste y la república, que tuvo por resultado la agregacion á sus dominios de inmensos territorios, consistentes en todos los que aquel poseia en Europa, y además los que en el Asia, al Norte del monte Tauro, pertenecian al mismo. Cualquiera que se haya fijado con motivo de estas guerras en la disipacion fantástica de los Escipiones, habrá comprendido la grande acumulacion de riquezas que se hacia en Italia; y en su consecuencia la fatal pendiente por que caminaba aquella, que ya veremos más adelante, no podia en todo rigor llamarse una república.

Roma, despues de estas adquisiciones y del funesto camino emprendido, se entregó sin ninguna clase de reparo á su fatal política. Puso á su antiguo rival en la dura imprescindible necesidad de hacerle la guerra, y aprovechó la ocasion para exterminarla, tan completa y absolutamente, que apenas si quedaron algunos vestigios de la antigua grandeza de aquella pátria de Anibal. Llegó al fin, para la ambiciosa república, el momento deseado: España nada tiene que esperar más que del valor de sus habitantes; no sólo no tiene quien le ayude, sino que está privada de quien la dirija; direccion que era para ella más necesaria que los refuerzos que pudieran proporcionársele. Pero antes de hacer una breve reseña de los puntos más culminantes de esta conquista, hemos de permitirnos algunas ligeras observaciones: primera, si Cartago, comprendiendo mejor sus intereses, hubiera enviado á su ilustre capitan los refuerzos convenientes antes ó despues de la batalla de Cannas, y éste, como no nos parece posible dudarlo, hubiera concluido con la afortunada rival de la africana república, ¿qué influencia hubiera tenido este suceso en la civilizacion posterior de Europa; de qué manera hubiera variado el modo de ser de la familia europea, que hoy lleva la bandera del progreso?

Dadas las condiciones de Cartago, su régimen más democrático que el de Roma, y un poco anómalo si se tiene en cuenta que descendia del Asia, que su ocupacion principal era el comercio y la industria, su repugnancia y antipatías al estado militar, sus inmensas riquezas acumuladas, sus adelantos en las artes, muy superiores á las de su rival de orillas del Thíber, su comercio con las colonias griegas, su aficion á los descubrimientos marítimos, pues no sólo navegaron sus escuadras por el Mediterráneo, sino que tambien por el Océano, reconociendo toda la costa occidental del Africa, llegando al mar Báltico y áun al Blanco á buscar el estaño por un lado y por el otro reconociendo la costa lusitana, descubriendo la isla de la Madera y otras tierras muy lejanas al Occidente, no faltando quien suponga que eran las costas de América; y por otra parte la deficiencia de sentido práctico respecto á su rival, su escasa aficion á las conquistas, su repugnancia á ser soldados y su necesidad, por consiguiente, á servirse de mercenarios, que en último término ha-

bia de producirle fatales consecuencias, grandes peligros para la pátria, no siendo el menor de ellos la exposicion á convertirse en un pueblo sibarita y afeminado, mientras que el de la república itálica ha sido durante mucho tiempo una gerarquía militar que, como no podia ménos, produjo aquellas generaciones de guerreros y héroes, aquellas costumbres de los tiempos llenas de dureza y avaricia, sí, pero tambien de fortaleza y energía moral, aquellas fieras matronas que si bien llenas de orgullo y desden hácia la gente plebeya, en cambio, con una dignidad de la cual despues no se ha encontrado ejemplo, y cuyos hijos habian de ser forzosamente los hombres apropósito para la conquista del mundo, ¿sería posible á Cartago, sin estas condiciones, someter á su dominacion todas las naciones que su rival conquistó y ha subyugado por tanto tiempo con un poder tiránico en verdad, pero muy preferible á la anarquía? ¿Sería posible sacar las Galias y la España de su estado de fraccionamiento, disgregacion y permanentes guerras intestinas? ¿Seria posible someterlas á leyes y reglas determinadas que hicieran de cada una de ellas un pueblo, y echaran los fundamentos de futuras naciones?

Porque es hoy ya una cosa fuera de discusion que varias agrupaciones de hombres, ó una sola, cualesquiera que sean las condiciones individuales, no forman una nacion si no existe la cooperacion para todos los fines, especialmente para los de industria, trabajo y comercio, y la cooperacion social para la defensa mútua. La primera tiene su orígen en la espontaneidad y necesidades individuales, como es el cambio mútuo de los productos del trabajo. La otra, que consiste en fijar conscientemente reglas ó leyes, á las cuales todos deben sujetarse por el bien comun, y para obtener los medios ofensivos y defensivos, y sus relaciones con otros pueblos. La primera de estas sirve directamente al indivíduo é indirectamente á la sociedad en general. La segunda á la inversa, sirve de una manera directa á la sociedad é indirectamente al indivíduo. Esta es imposible sin una organizacion política. La otra se concibe su existencia, sin necesidad de dicha organizacion, aunque de una manera tan rudimentaria é ineficaz que la historia apenas nos presenta ningun ejemplo; y, lo que es más, en algunas socieda-

des de Africa, de la India y de América, de las que se encuentran en el estado más primitivo, se observa constantemente que aquellas naciones ó tríbus que viven bajo un despotismo feroz y salvaje, los indivíduos son ménos desgraciados que los de aquellas otras que por circunstancias locales no han tenido necesidad de unirse para la defensa comun, y viven los indivíduos y las familias en una completa independencia unos de otros.

Buen ejemplo de esto son los esquimales.

Aunque solo han de hacerse las reflexiones congruentes á nuestro objeto, restan algunas de grandísima importancia por la influencia que han tenido y aún tienen en el progreso humano, y que serán explanadas más adelante.

IV

Se han hecho algunas reflexiones congruentes á la siguiente cuestion: ¿qué cambio hubiera producido en el progreso ulterior el que los papeles entre las dos repúblicas más notables de la antigüedad hubieran cambiado, relativamente á la victoria definitiva; es decir, que Cartago hubiera sido la vencedora y Roma la vencida? Pero, siendo el asunto de tal trascendencia y de una importancia tan grande, que es muy dudoso la tuviese igual ninguno de los acontecimientos históricos que hoy conocemos, nos hemos de permitir añadir á las ya apuntadas, algunas consideraciones. Expusimos la duda de si le sería dable á Cartago el imponer su civilizacion ó dar la unidad que dió Roma á todos los países conquistados, y nos apoyamos para ello en los diferentes procedimientos que empleaban las dos rivales. La africana, bien porque lo hubiera tomado de los fenicios ó de Grecia, bien porque obedecia á su orígen de colonia ó por otra razon cualquiera, es lo cierto que su sistema, ó la manera de estender su dominio, consistia principalmente en establecer lo que hoy llamaríamos factorías ó colonias, ejercer los cambios de productos con los naturales del país, implantar su civilizacion y dejar cierta autonomía, no sólo á sus aliados, sino á sus establecimientos coloniales y á las ciudades por ella fundadas, sin perjuicio de

emplear la fuerza cuando los intereses de la pátria ó la necesidad de sujetar vecinos incómodos, lo exigian. En una palabra, república civil y comercial obraba en consecuencia con su manera de sér, mientras que su afortuuada enemiga era, como decimos y demostraremos en adelante, más que una república una organizacion militar, gerárquicamente ordenada, teniendo en poco el trabajo y el comercio, y dando toda su preferencia á los hechos de armas y, por consiguiente, á la conquista. Ya veremos las funestas consecuencias que más tarde esta conducta habia de acarrear. Por el momento conviene tener en cuenta que, donde quiera que los descendientes de Rómulo conquistaban un territorio, allí iba la legion con las leyes, las costumbres y la manera de sér de la república, y detrás de ella venia la vía ó camino militar que le ponia en comunicacion con Roma ó con el punto más próximo posible. De suerte que, donde quiera que estaba la legion, allí se encontraba la ciudad ribereña del Tíber, ó lo que es lo mismo, todo pueblo conquistado por Roma no le quedaba más alternativa que ó romanizarse ó perecer. Por esto, y por las condiciones intrínsecas de toda organizacion militar, las conquistas verificadas tomaban pronto cierta fuerza de conservacion, pudiendo muy bien afirmarse que la legion fué uno de los motivos principales para la larga dominacion romana. Al mismo tiempo, y por lo que se ha dicho respecto á la poca importancia que daban á la industria y al comercio, por la razon más poderosa de que las necesidades se imponen, teniendo en cuenta su orígen, ó mejor dicho, la ocupacion de sus habitantes, la agricultura, y además su organizacion gerárquica, donde quiera que la legion ponia el pié llevaba consigo el sistema aristocrático y el trabajo para los esclavos. Pero al lado de esto, y á pesar de la opinion formada á consecuencia de la tradicion de la Iglesia romana, la influencia que ésta ha tenido en las naciones modernas, el estudio del Derecho, el de los autores clásicos, etcétera, de que Roma fué un emporio de civilizacion; un estudio más detenido, una crítica más profunda, ponen hoy fuera de duda que á Roma, nada, ó poco ménos, le deben las ciencias y la filosofía; la misma lengua, base de la que se habla en las naciones neo-latinas, es muy inferior á la griega, y las ciencias y artes y filosofía que de ellos tomaron, léjos de adelantar sufrie-

ron en su mayor parte marcada decadencia. Comprueban esta asercion toda clase de manifestaciones de alguna importancia, por ejemplo: cualquiera que con atencion haya leido los PP. de la Iglesia griegos y los latinos, no podrá ménos de conceder, en términos generales, que se nota una gran decadencia al pasar de los primeros á los segundos. Si bien el pueblo-rey estaba dotado de un gran sentido práctico, su saber ó su cultura en general fué siempre muy deficiente comparada con su rival, que, bien por sus ocupaciones predilectas, bien por lo que contribuyen á ilustrar á las naciones los viajes lejanos y expediciones marítimas, bien por las necesidades del comercio, por sus relaciones con griegos y orientales y por otras consideraciones, es lo cierto que, no sólo habian convertido la parte de Africa, donde dominaban, en un jardin, sino que sus colonias, así en España como Sicilia y otros puntos, eran centros de riqueza, de adelanto y de actividad. De suerte que, despues de indicadas, aunque muy á la ligera, las condiciones y cualidades más salientes de las dos rivales, se presenta el siguiente problema: si la victoria hubiera cambiado sus favores, ¿no sería posible que la parte ribereña del Mediterráneo, así en Europa como en Asia y Africa, entrase, más lentamente tal vez, pero con paso más seguro, por la civilizacion? Y caso de que la cartaginesa no degenerase más tarde en imperio por la grandísima desigualdad de fortunas, por la acumulacion de riquezas en un punto determinado, por la corrupcion de costumbres, etc., ¿no se hubieran tal vez evitado las grandes catástrofes del Imperio, las invasiones verificadas en las centurias IV, V y posteriores y aquella época de tinieblas que durante tantos siglos dominó sobre Europa? Por de pronto, en la edad moderna tenemos dos sistemas de conquista que, con las variaciones indispensables á las diferencias de situaciones y tiempos, son muy semejantes á las de Roma y Cartago. Citaremos á Rusia, Inglaterra y España. La primera, sujeta los países que su ejército conquista á la unidad de leyes del Imperio, ó lo que es lo mismo, despues de vencer á los pueblos los rusifica. La segunda lleva á los países ó colonias donde sus armas son victoriosas, la igualdad ante la ley, la libertad y, donde quiera que puede aplicarlo, el sistema representativo; y en época más ó ménos lejana una autonomía que de momento en momento afloja

más los lazos que la ligan á la Metrópoli. No puede negarse que aquella es un elemento civilizador para la mayor parte de los pueblos ó tríbus que conquista, aunque unos y otros, dominadores y dominados, se hallan muy detrás en la escala del progreso, no siéndonos fácil deducir el resultado final, si no tuviéramos el ejemplo de lo que ha pasado á España en sus épocas de grandeza: llevó su civilizacion á un continente entero ó punto ménos: nadie rayó más alto en el arrojo y audacia de los conquistadores; rara vez en la historia se cruzaron más las razas vencedora y vencida; á sus nuevos dominios llevó España su lengua, su religion, sus ciencias y artes, los conocimientos que poseia y hasta sus animales domésticos; en una palabra, todo lo españolizó; y, sin embargo, cuando sonó la hora de la emancipacion de la mayor parte de aquellos inmensos territorios, cuando cada uno de ellos creyó llegado el momento de constituir una pátria y no necesitar para nada la Metrópoli, no sólo se separan de ella con rencores aún no extinguidos, sino, lo que importa más á la humana civilizacion, no fueron despues de emancipados más felices que ántes de conseguirlo; y ni el órden, ni la libertad, ni el progreso, ni la riqueza, dieron, desde hace más de medio siglo, los pasos que eran de esperar, teniendo en cuenta la fertilidad del suelo y todas las demás condiciones cosmológicas con que la Naturaleza las ha favorecido.

Los territorios que aun posee España en apartadas regiones, encuéntranse los unos en tal estado de atraso y descuido, que no difieren mucho de lo que eran en tiempo de la conquista, despues de tres siglos de haberse verificado ésta; no creyendo la Metrópoli nunca llegada la ocasion de aflojar los lazos que la ligaban en tiempo de un despotismo brutal y vergonzoso, y cuenta que no negamos la razon que para ello tengan; pero, no es ménos cierto que resulta un grave cargo para la madre pátria y una acusacion terrible contra los procedimientos por ella empleados, que tales frutos han producido, y que, despues de trescientos años, han dado por resultado la existencia de algunos millones de hombres incapaces de gobernarse por sí solos, y ni aun de gozar de los derechos civiles y políticos de que disfrutan las demás provincias españolas. Otros de los que poseemos, si alcanzaron cierto grado, no pequeño por cierto, de prosperidad

y de civilizacion, débenlo á una porcion de causas que no es del momento enumerar, pero que, para reconocerles los derechos que indudablemente les asistia de ser tratados ó gozar los mismos que los españoles de Europa, se han necesitado nada ménos que dos guerras, una de ellas que duró diez años, y sufrir las inmensas pérdidas y desgracias consiguientes á tal estado de cosas, sin que por todo ello hayan conseguido por completo lo que tenian pleno derecho á esperar, ni ménos á extinguir esos recelos recíprocos que engendran una política sin elevacion de miras, añeja y anacrónica, é impregnada de resábios absolutistas.

Inglaterra, en cambio, tiene la envidiable fortuna de que donde quiera que pone la planta allí se aclimata, como llovida del cielo, la libertad; allí germina la riqueza, como si estuviera enterrada y sólo esperase la visita de los anglo-sajones; mientras están bajo la dominacion de aquella, prosperan como la Australia, de tal manera, que el más superficial observador comprende que se están echando las bases de un gran pueblo: cuando se emancipan de la metrópoli, como los Estados-Unidos, se elevan en poco más de un siglo; de tres á cincuenta millones de habitantes, invaden á toda Europa y á la misma metrópoli, no cón sus ejércitos, que no los tiene á la usanza del viejo continente, sino con los productos de su agricultura y de su industria; en una palabra, llegan á tal grado de esplendor y de sólido poderío, que son la admiracion del orbe entero y la manifestacion más terminante de lo que hay de defectuoso en la organizacion de la vieja Europa. De estos ejemplos, se infiere que cabia en lo posible que por el camino de Cartago, contrario al que siguió Roma, el viejo mundo hubiera podido llegar á una civilizacion más robusta.

No es posible llevar estas reflexiones más adelante, sin separarnos del objeto principal al que se dirigen estos trabajos. Por lo tanto, no hemos de estendernos á otra clase de consideraciones, y nos ceñiremos á todas aquellas que hagan relacion con el imperio ibérico. Pero no nos es posible dejar de decir algunas palabras sobre una cuestion social de más importancia que todas las indicadas, y que está directamente relacionada con el triunfo de una de las dos rivales. Las dudas que hemos

manifestado á las cuestiones planteadas, se reducen, en último término, á las siguientes: ¿Tenia en sí el sistema cartaginés las condiciones suficientes para verificar la integracion de los pueblos ó tríbus conquistados, de manera que adquiriesen las necesarias para entrar en el sistema cooperativo de que hemos hablado é indispensable para marchar por el camino del progreso; ó por la inversa, llevando á diferentes puntos del globo su cultura, hubiera formado centros de civilizacion, sí, pero sin la fuerza propia para imponerse á la barbarie que le rodeaba? ¿Era indispensable el sistema centralizador hasta la exageracion, y por consiguiente despótico, empleado por Roma? Y aun tenidas en cuenta las funestas consecuencias que en pós de sí ha llevado, ¿era preferible este sistema para echar los fundamentos de una civilizacion más sólida?

Entre los medios de integracion, socialmente hablando, no hay ninguno más importante, al ménos en la infancia de la civilizacion, que la unidad de creencias y las condiciones morales de la religion que adoptan los pueblos, y nadie puede negar que, aparte de estas condiciones, la aparicion del cristianismo y su extension por todo el imperio romano y algunos otros puntos, ha sido el hecho de más trascendencia que recuerde la historia; pues bien, éste, á su vez, ha dependido en gran manera del término que tuvo la lucha entre las dos repúblicas. Si Roma hubiere sido la vencida, si no se hubieran acumulado en la ciudad eterna los dioses de todas las naciones, si una de las primeras en proclamar el monoteismo, la nacion de Israel, no hubiera sido dominada por Roma, si todos los inmensos territorios que constituyen la cuenca del Mediterráneo no reconocieran por jefe un solo hombre, ¿hubiera aparecido, en la misma época, aquella religion superior á todas las conocidas? Y caso de aparecer, ¿hubiérase propagado de la misma manera y con igual rapidéz; y, áun adoptada por los pueblos? ¿qué cambio sufriria por su contacto con los poderes públicos ó con otro sistema político muy distinto? Porque, cualquiera que sea el orígen de las religiones, puramente humano, segun unos, y divino, segun otros, como al fin han de establecerse en las sociedades, ser predicadas y sostenidas por hombres que participan de las condiciones de civilizacion en que viven, que así ellos como las gerarquías sacerdo-

tales han de estar relacionados con los poderes públicos, bien que el fundamento religioso sea el mismo, su manera social de ser toma diferentes formas y manifestaciones. De esto hoy mismo abundan los ejemplos.

Teniendo en cuenta todo lo expuesto, ¿qué hubiera acaecido si la ciudad nueva,—que esto es lo que Cartago significa, compuesto de dos palabras, una fenicia y la otra griega,—hubiese sido la vencedora y llevado su civilizacion á todos los pueblos, en los cuales la implantó su afortunada rival, y probablemente á algunos más, y acaso á América, dada su aficion á los descubrimientos marítimos? ó si, despues de haber vencido á su enemiga y llevado su cultura á diferentes puntos del globo, ¿no hubiera podido dar á los pueblos la integracion de que antes hemos hablado? La costumbre en semejantes casos, es decir que todo lo sucedido fueron medios de que se ha valido la Providencia en sus altos é inexcrutables designios para lograr más tarde la redencion del género humano, todo, ménos las once catorceavas partes de él que viven sumidos en las tinieblas, y no han abierto todavía sus ojos á la luz; y deduciendo, además, de cada mil, novecientos noventa y nueve, que habiendo tenido la fortuna de creer en la buena nueva, por su olvido, sus extravíos, sus faltas y pecados, son despues de esta vida condenados á arder eternamente. Pero nosotros no llevamos nuestra soberbia y audacia hasta el punto de creernos autorizados á interpretar los designios de la infinita sabiduría, y además, entendemos que así las leyes históricas, como las biológicas y físicas, se deducen por los datos que el hombre posee, y ese procedimiento es completamente extraño á la pretenciosa investigacion de averiguar los motivos que la Providencia ha tenido para disponer las cosas tal como están constituidas. Así, pues, con todo el respeto debido á la creencia y á la opinion agena, parécenos que el decir simplemente que así fueron los designios de la Providencia, no es resolver nada, siendo en el órden intelectual algo parecido á aquella palabra fatal de la guerra que convierte las derrotas en catástrofes, y que se reduce á estas cuatro: *sálvese el que pueda.*

De todas las reflexiones que vienen á la mente, considerando la alteracion que hubiera producido en la marcha del progreso

el cambio de fortuna entre las repúblicas rivales, de las cuales algunas hemos apuntado, la más congruente á nuestro objeto es la que se refiere á la marcha que hubiera seguido España si Cartago hubiese sido la vencedora. La proximidad de la primera á la antigua colonia de Thyro, situada no léjos de lo que hoy se llama Túnez, el fácil paso del Mediterráneo que separa el Africa de la Península ibérica, la importancia que los cartagineses daban á la posesion de esta tierra, las colonias que en ellas de tiempo muy atrás habian fundado, la prosperidad que éstas alcanzaron, la relaciones permanentes que existian entre la república y los habitantes de la Península, ya por el comercio y cambio de productos, ya por los hombres que de aquí pasaban al Africa para alistarse como mercenarios en los ejércitos de Cartago, y por otra porcion de circunstancias que es excusado enumerar; son datos más que suficientes para inferir las conse cuencias que hubiera tenido un cambio de fortuna. En primer lugar, ¿hubiera llegado Cartago á dominar por completo toda la Península? y, caso de haberlo conseguido, ¿le costaria una lucha tan fuerte y prolongada como le costó á Roma? Y aun en este mismo, despues de conseguido su objeto, ¿llegaria á ser España el centro más importante, así por su civilizacion como por su riqueza y fuerza, de la república cartaginesa, como lo fué de la romana? Si tal sucediera, si la analogía fuese completa, era natural que, si no llegaba á trasladarse la capital de la república á la Península, ésta fuese, por lo ménos, el foco desde el cual se propagara en Europa la civilizacion, las leyes, las costumbres, el poder y el dominio de aquella, cuya ruina constituyó la gloria de Escipion. Cabe preguntarse si, por las razones que ya el lector conoce, no seria imposible á Cartago el llegar á estender su civilizacion por España; y si, por el contrario, dada la fiereza de los antiguos habitantes, no serian destruidas las colonias y ciudades por ella fundadas.

Pero á esta pregunta contesta satisfactoriamente la subsistencia de aquellas á través de todo el poder romano y de los que le han sucedido, llegando hasta nosotros poblaciones tan importantes como Barcelona, Cartagena y otras, fundadas por los cartagineses. Pero hay más; los pueblos, repúblicas, federaciones, caudillages, tríbus, ó lo que quiera que fuesen, que estaban al

contacto de las colonias cartaginesas, tenian, sin duda, un grado de civilizacion importante para aquellos tiempos, lo cual se deduce de lo que ya conoce el lector, y además por la siguiente consideracion: ¿Qué importancia tenia Sagunto para que Roma no sólo conociera su existencia sino que la declarase su aliada? No basta el suponer que, como tal alianza era un pretexto de que Roma se valía para declarar la guerra á su rival, la importancia de Sagunto pudiera ser insignificante, porque á ésto contesta el que no lo seria tanto cuando Anibal creyó que no era prudente el dejarla á su retaguardia antes de emprender su famosa, cuanto atrevida expedicion á Italia, tanto más, si se tiene en cuenta que no creyó rebajarse yendo él en persona á combatirla, vencerla y esterminarla.

Entre las dos hipótesis extremas que venimos discutiendo queda una intermedia que de realizarse hubiera sido de gran monta para la ulterior historia de la península pirenáica. Nos referimos al caso de que ninguna de las dos rivales fuera definitivamente vencida, y con las alternativas de victoria y derrota, que en casos semejantes se verifican, siguieran coexistiendo las dos. En esta suposicion, ¿á cuál de ellas hubiera pertenecido España? No era posible que perteneciese á Roma, subsistiendo Cartago; y si esta última llegaba al fin á ser la señora, la aliada ó la civilizadora de toda ó la mayor parte de la codiciada península, las conquistas de Roma á lo largo del Mediterráneo, podrian difícilmente sostenerse, puesto que la llave de este importante mar estaria en manos de su enemiga, y bien puede asegurarse que las luchas, mientras existieran las dos, tendrian todas por objetivo, la posesion de esta tierra. Y si, por ventura, á merced de estas mismas luchas, los diferentes pueblos que ocupaban el territorio español, llegaban á adquirir un grado de cultura tal que les permitiera la integracion suficiente para sacudir el yugo de los dos amos que se la disputaban, y constituir por sí un pueblo con iniciátiva propia, ¿cuáles hubieran sido para España los resultados subsiguientes? Los que crean que sin el poder central y enérgico de Roma no hubiera sido dable á la Península occidental entrar en las vías de un progreso regular y seguro, les contesta la historia posterior, puesto que cuando fué violentamente separada del curso que venia

siguiendo, informada por las leyes, costumbres y religion romanas, para caer bajo el dominio del imperio árabe, seguramente estuvo muy léjos de sufrir por eso una decadencia.

Imposible seria dar una solucion completa de cuál hubiera sido, respecto aquella época, el porvenir de España en cualquiera de los casos que hemos supuesto; y nos hemos permitido las reflexiones que anteceden, primero, porque no creemos en ninguna clase de fatalidad, llámese como se quiera, y segundo, para demostrar una vez más las consecuencias que se desprenden de los hechos realizados, y por consecuencia la influencia que tiene en la historia de los pueblos el azar tal como anteriormente lo hemos definido.

Se ha hablado en más de una ocasion de la integracion y desintegracion de los pueblos. Y á fin de evitar, en cuanto nos sea posible, toda anfibología, nos permitiremos algunas ligeras indicaciones sobre lo que entendemos por integracion en las colectividades.

Dicho queda, que así para la defensa de los pueblos, como para marchar en el sentido del progreso y con la division de trabajo á él necesario, era indispensable que llegase á haber entre todos los indivíduos que componen la colectividad, dos especies de cooperacion: la una más personal, más dictada por las necesidades diarias y ménos consciente; y la otra, refiriéndose más directamente á la colectividad, y teniendo como objeto pricipal buscar los medios de defensa ú ofensa, y por consiguiente, las leyes que han de determinar la manera de contribuir cada uno al bien comun, y por tanto, más consciente que la anterior. Pues bien, cuando dos ó más pueblos ó tribus llegan á establecer entre sí los lazos convenientes para que las dos cooperaciones se verifiquen, especialmente la segunda, aquellos pueblos ó tribus se integran. Cuando existiendo dichos lazos por razon de intereses, por antipatía de razas, por antiguos recuerdos ó por otra razon cualquiera se separan ó rompen el lazo de union, los pueblos se desintegran ó diferencian. Hemos creido conveniente hacer esta somera indicacion, porque en la lucha, más que heróica, que sostuvieron los habitantes de este suelo contra el poder de Roma, es necesario tener en cuenta lo que acabamos de apuntar, para que pueda explicarse, de una mane-

ra razonable, la causa de que tanto valor y heroismo hayan conducido á una completa derrota.

Roma era dueña de Italia, de Grecia, de Macedonia, de Iliria, de grandes territorios en el Asia, en Africa; su enemiga estaba, no sólo vencida, sino, lo que es más, no existia; las legiones romanas no encontraban por ningun lado quien las cerrara el paso; era dueña del Mediterráneo; pero, la llave de éste no estaba en su poder. Por otra parte, los pueblos de la Península ibérica estaban solos y desunidos; aquí estaban mandados por régulos ó caudillos, allá tenian una forma republicana más ó ménos definida; en el otro lado otra manera de gobernarse completamente distinta; no sólo no estaba integrada la poblacion peninsular, sino que su elemento y su manera de ser era la pelea, y constantemente se hacian la guerra unos á otros. Además, Roma tenia el orgullo de su triunfo, y la vanidad de sus legiones y organizacion militar. No era posible que los iberos resistieran á esta organizacion, á los medios de que dispone un Gobierno fuertemente constituido, á las riquezas acumuladas en Roma y á una política poco escrupulosa en la eleccion de medios para acabar con sus enemigos: no habia, pues, tiempo que perder; Roma iba á tocar su objetivo tan deseado. Doscientos seis años antes de la Era cristiana, los cartagineses eran arrojados de España. No quedaban, pues, ante el poder de Roma más que los pobres iberos en las condiciones ya mencionadas. Pero por grande que fuera el orgullo de los ribereños del Thiber, tenian demasiados recuerdos de la bravura de aquellos para que pudieran presumir que subyugar á España fuese, como les habia pasado en otros puntos, negocio de un paseo militar ó á lo sumo de una campaña. Dura y porfiada fué la lucha, y en cuanto á su duracion, baste decir que, habiendo empezado muchos años antes de la fecha ya citada, en la cual se verificaba la expulsion de los cartagineses, concluyó diez y nueve años antes de la era cristiana. Roma mandó aquí sus capitanes más experimentados, sus generales de más nombre, los Escipiones, el Gran Pompeyo, Tiberio Graco, Julio César, etc., y así y todo sus legiones fueron derrotadas y su orgullo humillado en más de una ocasion, y en más de un caso tuvo que rebajarse y acudir á los humillantes y condenables medios del asesinato, la alevosía y la traicion,

que si bien no repugnaban á su especial política, son siempre indignos y quitan al fuerte toda su grandeza moral. Cuando podia estar satisfecha por haber derrotado á los celtíberos, se encontraba duramente acometida por aquellos intrépidos cántabros, á los cuales jamás pudo dominar. Cuando parecia debia tener un momento de sosiego por haber vencido á estos y obligarles á guarecerse en lo áspero de sus montañas, los lusitanos le evidenciaban que no eran indignos de esgrimir con ella sus armas. Si la fortuna y la disciplina triunfaban de estos nuevos adversarios, los galaicos avanzaban por las tierras conquistadas y tenian la pretension de arrojar, á fuerza de armas, más allá del mar, aquellos incómodos huéspedes. La estrategia, la disciplina y la táctica de un lado, y del otro la falta de direccion y la anarquía, daban la victoria á los romanos no léjos de las orillas del Duero. Parte de los prisioneros tuvieron cortada la mano derecha; otros, tal vez más afortunados, morian á centenares en el suplicio de la cruz.

Creyeron los vencedores que tan crueles castigos habrian, no solo escarmentado, sino quitado todo deseo de pelear aquellos tenaces adversarios, y avanzaron las legiones del pueblo-rey, para atravesar las montañas que separan las altas mesetas de la parte más Noroeste ocupada por galáicos y astures. Todo inútil: allí les esperaba otro ejército para disputarles el terreno paso á paso; y si tal no debiera llamársele, era una reunion de hombres dispuestos á perder la vida antes de dejarse dominar por el extranjero. Todos los enseres, todas las herramientas de su naciente agricultura estaban convertidas en armas de combate; los caballos que habian uncido á sus carros allí estaban para tomar parte en la lucha, como tambien sus fieles compañeros, los perros, guardianes de sus casas, que, como si hubieran comprendido que de salvar á sus dueños se trataba, tomaban una parte en la pelea, acometiendo con encarnizada furia á los enemigos de la pátria; y, lo que era más grave, las galáicas presenciaban en la retaguardia la lucha, declarando antes á sus compañeros que si ellos cedian al enemigo, ellas degollarian por su mano á sus propios hijos, al fin de que no fueran esclavos. Era temprano para que Roma dominára las Galicias, y sólo pudo conseguirlo en tiempo de Augusto, es decir, próximamente dos

siglos despues. Alguien ha dicho que los soldados los hace la guerra y que los capitanes se forman en medio de los triunfos y los reveses. Así pasó con el famoso Viriato, que venció á varios generales de lo más escogido que tenia Roma; hizo pasar a esta por la humillacion de pedirle la paz, que convino con el cónsul. Fabio Servinius, al cual pudo aniquilar completamente y se contentó con solo imponerle condiciones. Roma aceptó la paz con la buena fé que siempre la ha distinguido: dió las mayores seguridades al héroe galáico lusitano, y cuando le creyó más desprevenido, lo atacó de improviso. Pero el ilustre patriota conocia, sin duda, á su adversario, é impuso á Roma el castigo de una nueva derrota, y que otra vez aceptase la paz por él impuesta. El cónsul Cepion fué más astuto que sus predecesores, y en lugar de atacarle de nuevo le pareció más seguro pagar con oro el que le asesináran. Murió este héroe de la independencia pátria 140 años antes de la Era Cristiana. Los historiadores romanos han trasmitido, y los modernos aceptado con sobrada facilidad, la asercion de que este ilustre caudillo era pastor ó bandolero. Para dejar las cosas en su lugar, debe notarse que no ha habido uno, sino varios Viriatos, como se infiere fácilmente, sin más que observar que la palabra Viriato significaba en el antiguo Kelto ó galáico hombre de fuerza y de mando. De manera que el único de que se ocupa la historia por sus proezas y hechos de armas, no era otra cosa que uno de tantos jefes ó caudillos que mandaban los diferentes grupos ó tribus de las Galicias y la Lusitania.

Desembarazada Roma por medio de la alevosía, la traicion y el asesinato de su temible y valeroso enemigo, no por eso dejaron galáicos y lusitanos de pelear, pero sin concierto, y aunque causándole á la poderosa república los perjuicios consiguientes á tan porfiada lucha, no era bastante aquella guerra para salvar la independencia de la pátria. No ha tomado el pueblo rey la guerra de España como una escuela militar, que sirviera sólo para acostumbrar á la lucha á las legiones de los soldados mas bisoños, sino que, por el contrario, intranquila hasta tener el éxito definitivo, y mas que todo, lastimada en su orgullo, no sólo por lo prolongado de la defensa, sino por los descalabros que en varias ocasiones habian sufrido sus ejércitos, no desdeñó

en enviar aquí sus generales y cónsules de más nombre, y tuvo gran empeño en concluir rápidamente con los focos de mayor resistencia. Obedeciendo á este sistema, dirigió sus esfuerzos á dominar las altas mesetas del centro de España, y, sobre todo, á la república numantina, cuya capital, como no ignoran nuestros lectores, se hallaba muy cerca del lugar que hoy ocupa Soria. Segun los pocos datos que hoy se poseen, todo nos induce á creer que los fundadores de ella habian sido los keltos ó galáicos. Distinguíase de todos los otros grupos de poblacion, no tan sólo por la forma de Gobierno, sino por su mayor cultura, ó sea grado superior de civilizacion relativa. Además de acuñar moneda, como ya hemos indicado, y conocer, por consiguiente, los cambios de una manera muy superior al estado primitivo, dedicábanse á la agricultura, haciendo producir á la tierra el trigo, la cebada y otros cereales y plantas. No era esto solo, pues sabian convertir el trigo en harina, y hacer el pan, base de su alimentacion. Tomaban tambien parte de esta, segun las descripciones de los romanos, las carnes y pescados de agua dulce, condimentados; tenian plaza pública y edificios, obedeciendo á un sistema arquitectónico; sus fortificaciones ó defensas de la plaza eran regulares, tanto como lo permitia el estado de los tiempos, obedeciendo á un sistema determinado; la formacion de sus tropas, cuyos soldados eran todos los ciudadanos, era regular, y aunque no podia confundirse con la falange griega, se parecia mas á ella que á la legion romana; no solo conocian el alfabeto ibérico, sino tambien dos clases de escritura; y, sus hombres empleaban, como arma ofensiva, espadas de hierro templado, cortas y afiladas.

Muerto Viriato, pensaron sériamente los cónsules romanos en acabar con aquel centro de resistencia. El éxito definitivo no era dudoso, porque los numantinos contaban para su defensa con unos 8 ó 10.000 hombres. Léjos estaban los invasores de creer que la lucha pudiera alargarse por tanto tiempo como se prolongó, y mucho ménos de que sus legiones fueran destrozadas, sufriendo las humillaciones por que pasaron, y llegando á apoderarse de sus soldados un pánico tal, que á la simple vista de los numantinos se hacía imposible la lucha. Más de una vez pensaron sus caudillos sériamente que era imposible acabar con la

heróica ciudad, que habia que hacer la paz con la que apellidaban el terror de Roma, y que en esta llegára á excitarse un ódio contra Numancia, no inferior al que habian tenido contra Cartago, viéndose en la precision de poner al frente del ejército sitiador los generales de más fama.

No esperaron los numantinos detrás de sus fortificaciones á que fueran á sitiarles sus enemigos; por el contrario, salieron al encuentro presentando batalla en campo raso, destrozaron legiones, derrotaron y desacreditaron generales y cónsules; pero, como todas estas victorias no se tenian sin sensibles pérdidas, la situacion de aquéllos empeoraba de dia en dia, porque no les era posible reponer las que les ocasionaban los diferentes encuentros, como lo hacian sus enemigos. Llegóse, por fin, á formalizar el sitio, más en apariencia que en realidad, porque las tropas romanas se habian desmoralizado hasta un punto tal, que se negaban á hacer los trabajos convenientes, no sólo por el cansancio de tan repetidas fatigas, sino por el pavor que les infundian las salidas de sus intrépidos adversarios. En situacion tan desesperada, Roma encargó de aquella mision importante al destructor de Cartago. Vino Escipion á España con nuevos refuerzos; púsose al frente del ejército sitiador; empleó un año en reorganizarle; restableció la disciplina, usando severos castigos, y expulsó del ejército todo lo que creia le perjudicaba. Como no es dable á nadie vencer los imposibles, Numancia sucumbió, no capitulando, sino desapareciendo con todos sus habitantes, 133 años ántes de la Era Cristiana, es decir, siete años despues de la muerte de Viriato, no quedando de ella más vestigios que algunos restos de sus ruinas que aun hoy encuentran los labradores. Cualquiera que fuese la conveniencia para el porvenir de que Roma subyugára á España, aquellos heróicos defensores de su independencia fueron dignos de todo elogio, y justo es tributarles un recuerdo.

Vencidos los dos obstáculos principales que encontró Roma para la conquista de la Península, ó por lo ménos, aquellos que más nombre han dejado en la historia, no por eso concluyó la lucha, aunque siempre en condiciones desventajosas para los antiguos habitantes. Siguieron los cantaber (vascongados) y galáicos-astúres luchando sin descanso para defender sus hogares.

Vencidos los primeros, aunque no dominados, salváronse en la fragosidad de sus montañas, y los segundos perdieron su independencia, pagando muy cara su tenaz defensa, 19 años ántes de Jesucristo, como ya se ha dicho.

Pasó España á ser una provincia romana, recibiendo de su dominadora lengua, leyes, costumbres y hasta sus vicios. Cuando concluyó la conquista, la república habia terminado; el Imperio empezaba. La república habia conquistado en Asia, África y Europa, todos los territorios que rodean al Mediterráneo. La acumulacion de riquezas, el desprecio del trabajo, la corrupcion de las costumbres, todo indicaba que á la república no le quedaba nada que hacer; la libertad era imposible, porque esta deidad, que tanta sangre y sacrificios ha costado á los pueblos, si es difícil de conquistar lo es aún más el sostenerla, y sólo vive tranquila al lado de las virtudes, el trabajo y la severidad de costumbres; pero jamás ha admitido por compañero el sibaritismo, los vicios y la degradacion. Aquel pueblo, dominador del mundo, que habia llegado á un desgraciado estado de vicios y relajadas costumbres, no debia tener más que un amo y lo tuvo. España habia sucumbido despues de dos siglos de lucha. Jamás hasta entonces habia presentado ningun pueblo un ejemplo de semejante resistencia, y puede asegurarse, sin temor á ser desmentido, que á Roma le costó más la conquista de la Península que todo el resto del mundo por ella dominado. ¡Qué diferencia con las conquistas de los otros países! Gran renombre dió á César la de las Gálias; pero por bien que aquellos hayan luchado, el dominio de éstas y de las islas de los Bretones, quedaron terminadas en poco tiempo. Baste decir que el hombre que con justo título pasa por uno de los primeros capitanes de la historia y que completó la conquista de aquende y allende la Mancha, empezó sus campañas á los cuarenta y dos años cumplidos, y hacía tiempo que las habia terminado cuando le asesinaron Bruto y sus compañeros, teniendo esto lugar á los cincuenta y seis de su edad; lo cual deja bien de manifiesto el poco tiempo que empleó en llevarlas á cabo, á pesar de la fúria gala, que tampoco entonces fué desmentida. Pero, ¡qué diferencia con la de esta península; más de dos siglos de lucha! No solo la constancia es la que hay que admirar, sino el arrojo con que en varias ocasiones de-

mostraron que con la disciplina y los conocimientos tácticos y extratégicos de su enemigo, ó dicho de otra manera, que á igualdad de circunstancias, con dificultad pudieran resistir aquellos soldados, conquistadores del mundo entonces conocido, el denuedo de celtíberos, vascos, galáicos y lusitanos.

Ciertamente no puede alabarse España de lo que constituye el orgullo de la nacion germánica, que consiste en no haber sido conquistados por el pueblo dominador del mundo. Esto es cierto, limitándose al imperio romano y no en absoluto, como quiere hacernos creer la vanidad alemana, porque por allí han pasado casi todas las invasiones del Asia sobre Europa, sin contar con las que más tarde se llevaron á cabo por el emperador de Occidente. Tambien lo es que las conquistas del pueblo-rey pasaron el Rhin y tuvieron su límite en el Elba; pero una sana crítica exige tener en cuenta que cuando las legiones romanas llegaron á descubrir la moderna Alemania, la decadencia de Roma habia empezado. Así que, por esto y por ignorancia, miraron con escaso interés la conquista ó dominacion de aquellos bárbaros, *glotones y beodos*, que, segun los escritores del tiempo, gustaban mucho saborear las bebidas alcohólicas en vasos hechos del cráneo de sus enemigos vencidos; y, sin embargo, á aquellos bárbaros tan duramente calificados por ellos, les esperaba un gran porvenir, hacer un importantísimo papel en la historia y contribuir grandemente, como pocos pueblos lo han hecho, al adelanto de las ciencias, las artes y la industria por su laboriosidad, su constancia y su poderosa inteligencia. Pero, volviendo al punto que nos ocupa, si Roma hubiera conocido aquel territorio en la época que conoció la Península, si hubiese tenido para ellos su adquisicion la importancia que daban á la posesion de la pirenáica, otra hubiera sido la suerte de los germanos, y es bien dudoso que presentáran una resistencia tan dura y porfiada como lo han hecho los habitantes de esta tierra. Buenas pruebas han dado en varias ocasiones los cantaber ó vascongados de que aquellos francos de Carlo-Magno, que han conquistado, entre otros territorios alemanes, la Sajonia, no les era tan fácil el dominarlos ni vencerlos, y la tradicion y los cantos populares recuerdan aun hoy, aquende y allende los Pirineos, aquella dura leccion de Roncesvalles.

Las indicaciones que anteceden nos llevan á hacer aplicacion de lo que se ha dicho sobre la integracion de los pueblos. En efecto, de lo expuesto resulta, que cuando la república romana emprendió la conquista de la Península, habia aquí, lo mismo entre los celtíberos, los lusitanos, los cántabros que los galáicos, varias integraciones parciales, pero apenas la base de una cooperacion total. Así se vé á unos y á otros luchar por su cuenta y ser batidos en detalle sin prestarse mútuo apoyo ni formar federaciones ó siquiera alianzas contra el enemigo comun. De suerte que la constancia y el valor, la tenacidad y la resistencia estuvieron á una altura hasta entonces no conocida en ningun pueblo; pero la asociabilidad, la unidad de accion, la cooperacion mútua fueron constante y completamente deficientes ó nulas. ¿Qué hubiera sido del poder romano en la Península si los cantaber (nombre dado por los romanos á los vascongados) y galáicos se hubiesen federado y unido sus fuerzas contra el enemigo comun? Y lo mismo puede decirse si Viriato y Numancia se hubieran prestado mútuo apoyo, y si lusitanos y celtíberos hubieran dado tréguas á sus guerras intestinas para emplear su fuerza contra el invasor que habia de dominar á unos y á otros.

Por último, ¿se hubiera atrevido Roma á emprender la conquista de la deseada Península si todos los pueblos que la ocupaban tuvieran un lazo, aunque débil, que les permitiera una cooperacion mútua, y la manera de aunar sus esfuerzos contra el gran peligro que les amenazaba? De estas reflexiones se deduce, primero, que las cualidades intrínsecas de los indivíduos ó de las agrupaciones, no son suficientes para salvar la independencia de los grandes intereses de las colectividades; y segundo, que esa cooperacion, áun impuesta con violencia, es necesaria para que los pueblos marchen con paso seguro por el camino del progreso. Así como en química el compuesto difiere de los componentes, sucede lo mismo con las fuerzas sociales. Tiene la sociedad, ó el Estado, como diríamos ahora, una potencia y unos medios, que no son precisamente la suma de los esfuerzos de los indivíduos; pero, todo á condicion de que los lazos sociales para que una de las cooperaciones de que hemos hablado puede verificarse, no sean de tal especie que aminoren ó destruyan el poder y la iniciativa, el valimiento, en una palabra, de las diferentes unida-

des, ya sean individuales ó colectivas. Todo esto equivaldría, segun el ejemplo que hemos puesto, á intentar formar un compuesto químico con cuerpos simples, á los cuales se suprimiera ó disminuyese la propiedad de combinarse con los otros que habian de formar el todo. Este es el motivo por qué la presion del ente moral, gobierno, áun teniendo algo de despótico, es preferible, en la infancia de las sociedades, para los ulteriores resultados y adelantos en el camino del progreso, á la descomposicion anárquica y estado de contínua guerra en que viven las tribus ó pequeñas colectividades. Pero se deduce de la misma teoría que, cuando el despotismo llega á una situacion tal que concluye con las iniciativas individuales, este es mucho peor que la anarquía, porque aquél conduce á formar pueblos de esclavos sin el vigor ni energía necesarios para la propia defensa y progresos posteriores, y, como por una ley superior lo que no se mueve perece, tal estado tiene por conclusion la muerte de las naciones y de los imperios; mientras que la anarquía, conservando la dignidad y energía individual, puede, ya por la propia iniciativa de las partes, ya por razones exteriores ó fortuitas, entrar por el camino de la cooperacion y del progreso y emprender por él una marcha rápida, obedeciendo al vigoroso impulso de las partes que lo componen.

Haciendo de esto una aplicacion al asunto principal de estos estudios, se deduce con toda claridad, que los pueblos que ocupaban la Península ibérica necesitaban una causa exterior que les obligase á entrar por el camino de la mútua cooperacion, ó dicho de otra manera, que les obligára á integrarse; pero que, dada la situacion y el estado de cada una de aquellas unidades, pudiera tal vez conseguirse el mismo objeto por otros estímulos de interés individual y colectivo ménos violentos y ménos rudos que los que llevó consigo la conquista y más tarde el despotismo del imperio romano. Nos confirma esta opinion, por una parte el resultado obtenido por griegos, fenicios y cartagineses en las colonias por ellos allí establecidas, y por otra las integraciones hechas por los que tenian la misma sangre, ó más claro, por aquellos pueblos que procedieron de los mismos cruzamientos. Verdad es que constantemente guerreaban unos grupos con otros; pero, el contacto con una civilizacion superior, el

desarrollo de nuevas necesidades y un poco de fuerza coercitiva, inducen mucho á creer que se hubiera conseguido el mismo objeto en bien de la humanidad y de sus ulteriores progresos. Cierto que puede hacerse á esto dos objeciones, consistentes la primera en considerar que aun el peligro de la invasion exterior, no fué bastante á conseguir que unieran sus fuerzas para rechazar al enemigo comun, y la segunda, en la creencia, bastante general, alimentada por el orgullo patriótico de los escritores romanos, de que si bien la resistencia fué heróica y tenaz, era más bien una guerra de asechanzas, de sorpresas y de huidas, ó como diríamos hoy, una guerra de guerrillas muy primitiva, si molesta para el enemigo no suficiente para defender la integridad del territorio, que una manera de pelear, obedeciendo á una organizacion más ó ménos rudimentaria, pero sujeta á disciplina y á método. Fácil es contestar á la primera, observando que trasformaciones sociales de tal monta no se hacen sino empleando mucho tiempo, y por el concurso sucesivo de varias generaciones. Aun en los tiempos presentes, disponiendo de todos los medios que tiene la moderna civilizacion, la facilidad de comunicaciones, la compenetracion de intereses, la semejanza de creencias, las riquezas comprometidas, etc., la marcha de las sociedades, como la de la naturaleza, obedece á leyes conocidas ó no por el hombre, pero no sujetas á su capricho, y que no se verifican hasta emplear el tiempo necesario para sus evoluciones. Hay más; si en alguna ocasion, por acontecimientos fortuitos, causas exteriores ú otra razon cualquiera, se verifican dichas trasformaciones violentamente, vuelven con gran facilidad á deshacerse ó desintegrarse, siguen su camino regular y se verifican sólo en el momento que por las leyes citadas les estaba determinado, lo cual han formulado algunos diciendo que el tiempo sólo respeta lo que él mismo ha hecho.

Respecto á la segunda objeccion, de paso que se la contesta, nos haremos cargo de una especie que se ha hecho su camino, debido más que todo al orgullo de los soldados romanos, y que conviene aclarar en obsequio á los fueros de la verdad, en primer término, y en segundo en el de la justicia debida á los esfuerzos y heroismo de los antiguos iberos. Afirmaban los escritores de la nacion vencedora, que aquellos hombres eran incapaces

de hacer frente á sus legiones en batalla campal, ó como si dijéramos, en palenque cerrado; que la prolongacion de la lucha fué debida, principalmente, á que no era fácil exterminar un enemigo que no combatia frente á frente, y lo hacia sólo cuando le era fácil producirle bajas y rehuir el combate. La creencia llegó así á nuestros tiempos por todos aquellos que aun se empeñan en creer que la guerra de guerrillas es muy superior á la regular, siendo así que sólo se emplea cuando no es posible hacer la otra y como medio de formar ejércitos para llegar á esta última. Y, aun si fuera cierto lo que algunos escritores latinos sostienen, lo único que se deduciria es que aquellos pueblos no tenian los medios necesarios para luchar con la táctica y disciplina romana, y seria en ellos supino desacierto el aceptar combates que de antemano sabian habian de serles funestos. Pero, ¿pasaban las cosas de esta suerte?—La contestacion á esta pregunta queda dada, satisfecha, por lo que anteriormente se ha referido respecto á las batallas dadas por celtíberos, galáicos, y muy especialmente por las compañías de Viriato y los combates de la heróica Numancia. Pero vamos á dar pruebas más contundentes si cabe. Medio siglo despues de haber sucumbido Numancia, se inició en España, por Sertorius, la guerra civil. No es propio de nuestro objeto ocuparnos de todos los detalles de ella, sino de aquello que á España se refiere.

Nuestros lectores conocen, sin duda alguna, que Sertorius Quintus, ilustre abogado y distinguido general romano, hijo de familia plebeya pero rica, fuera por sus ideas, ó bien por resentimientos de haber trabajado contra él cuando quiso ser tribuno del pueblo, los partidarios de Sila, declaróse adversario de éstos y formó en el partido de Mário, á las órdenes del cual habia servido y obtenido señaladas distinciones por su comportamiento en la guerra contra los cimbros, y á pesar de ser partidario decidido del célebre competidor de Sila, cuando aquel volvió de Africa para entrar en Roma, en una junta tenida por sus partidarios, en la cual se propuso que los oficiales del ejército fueran á unirse á sus banderas, Sertorius votó en contra; pero como la mayoría opinase de otra manera, siguió á sus compañeros y prestó á Mário eficaz ayuda para la toma de la Ciudad Eterna, no dejando, sin embargo, de reprobar altamente, y sin

rebozo, las crueldades cometidas por su jefe, y los escritores del tiempo aseguran que de todos los militares de significacion que acompañaron á Mário en la toma de la capital, fué el único que no ejerció ni una venganza particular ni derramó una gota de sangre despues del combate; y Plutarco va más allá, y dice que hizo matar á flechazos á muchos de los esclavos y sicarios de Mário que se entregaban á actos de crueldad y feroz venganza. Más tarde se opuso á la eleccion del hijo de Mário; pero todos estos hechos probaban sólo cierta rectitud é independencia de carácter, y nada más. Al astuto Sila no podia ocultársele que, precisamente por esas condiciones, era un adversario terrible y digno de tenerse en cuenta. Cuando las persecuciones de éste arreciaron en Italia, buscó los medios de oponerse con la fuerza, y no encontrándolos, y convencido de que las cosas tomaban allí un aspecto para él cada vez ménos favorable, vino á España y se puso al frente de las legiones romanas. Cómo general experimentado y hombre que tenia el pensamiento de emplear más tarde aquella fuerza para luchar contra Sila, se cuidó sin descanso de establecer en ellas una rígida y severa disciplina.

Cuando creyó haber conseguido su objeto, echó al aire su bandera é inició la resistencia contra el célebre dictador, pero fué vencido y tuvo que retirarse á Cartagena con tres mil legionarios; y como allí la resistencia fuera imposible con un número tan corto de soldados, se refugió en el mar, embarcándose con toda su gente y dirigiéndose al Africa. No le fué posible tomar las plazas, de las cuales habia pensado hacer un punto de apoyo para sus campañas, y se aprovechó de la guerra civil habida entre dos pretendientes que se disputaban el trono en uno de los reinos ligados á Roma, pero no sujetos á ella. Mas Sila, que no lo perdia de vista, envió á toda prisa legiones al Africa, y se encontró Sertorius que no podia permanecer en ella ni volver á España. En estos momentos recibió embajadores ó comisionados que le enviaban los lusitanos, los cuales, viéndose amenazados de una invasion romana que pondria en gran apuro su nacionalidad, le suplicaban se pusiera á su frente para combatir las fuerzas de la república, ofreciéndole que le darian el título ó forma de poder que más le agradára, y asegurándole que tenian fuerzas bastantes y hombres resueltos para luchar

con las de que disponia Roma en la Península. Hasta aquí Sertorius, apoyado en antiguas legiones, habia sido derrotado; ahora la lucha vá á sostenerla sólo con peninsulares contra romanos, y á aquellos cabrá toda la gloria ó responsabilidad del resultado de la guerra, siendo esta una de las pruebas que hemos indicado y que, añadida á las citadas y á lo dicho sobre el particular tratándose de la segunda guerra púnica, vendrá á evidenciar una vez más que los antiguos españoles, á pesar de sus inferiores condiciones de civilizacion respecto á los romanos, cuando estaban mandados por un caudillo esperto, no sólo sabian hacer frente á los ejércitos de la república, sino que estaban bien lejos de faltar á la modestia, creyéndose, cuando ménos, iguales á aquellos. Aceptó, pues, el camino que se le proponia; facilitáronle los lusitanos 7.000 hombres; púsose al frente de ellos, los instruyó y disciplinó tanto como las circunstancias lo permitian, y abrió su campaña destrozando todas las fuerzas romanas que se oponian á su paso; derrotó cinco generales, entre ellos á Metelius; pasó los Pirineos y si dirigió camino de los Alpes.

Sila mandó contra él á Pompeo con tropas de refresco, muy superiores en número á las españolas que mandaba Sertorius, sin contar con la importancia que tenia el nombre de Pompeo, el general de más fama que en aquel entonces tuvo la república, y al cual el mismo Sila le habia dado el dictado de Grande. Como caudillo hábil, y aprovechando la cualidad más distintiva de antiguos y modernos españoles, la agilidad y resistencia para las privaciones, maniobró constantemente alrededor de su adversario, mermándole su ejército en escaramuzas y sorpresas y fatigándole con marchas y contra-marchas. Por último, le derrotó en batalla campal; sufrió despues algun descalabro en tierra de saguntinos, repúsose pronto de él; enviáronle los fieros lusitanos refuerzos con que cubrir las bajas que tan desigual campaña habia producido, y maniobró con tal acierto, tal valor y tal fortuna, que quitó la mayor parte de España del poder de los romanos. Sila le hacia el honor debido cuando aseguraba que era el enemigo más temible que habia tenido Roma. Pero si Sertorius y sus lusitanos habian sido invencibles en el campo de batalla, la gran república tenia otros medios que no escrupuli-

zaba en emplear, y bien conocidos son en la historia: la intriga y el soborno. Aprovecharon la envidia y rivalidad que con él tenia Perpena, y éste metió á otros que ocupaban posiciones importantes en el ejército y en un Senado, de que luego hablaremos, en la conspiracion, cuyo objetivo era la muerte de Sertorius. Obraron con habilidad los conjurados, consiguiendo por medios subrepticios que los españoles se sublevaran en una porcion de puntos, para lo cual no escasearon el aumento de tributo y los duros tratamientos.

Consiguieron, en efecto, su objeto, y Sertorius acudió diligente á sofocar aquellas sublevaciones. Fué sobradamente severo y aun cruel en los castigos impuestos, lo cual era, sin comprenderlo, servir admirablemente el plan de aquellos traidores que se llamaban sus amigos. Además, ocupado en acudir á cada uno de los puntos de la sublevacion, no pudo tener noticias de lo que contra él se tramaba; y, por último, estando sentado á la mesa en el pueblo de Tosea, hoy Aybona, cerca de Lérida, se echaron sobre él los conjurados y murió asesinado, 73 años antes de la Era Cristiana.

Antes de entrar en otra clase de observaciones, permitido es hacer la siguiente. Cualquiera que haya sido el resultado desgraciado que tuvo Sertorius, cualesquiera que fueran sus miras ó pretensiones, y tuviese ó no razon contra Sila, queda de todo punto evidenciado que las legiones romanas fueron impotentes para derrotar á los españoles por él capitaneados.

¿Se proponia Sertorius declarar á España independiente y separarla de la república? O, por el contrario, ¿se servia de los españoles sólo como instrumento, y, como parece indicarlo su marcha sobre los Alpes, queria llevarlos á combatir á Sila en el mismo Roma para dejarlos en el mismo estado con respecto al pueblo-rey? Y aun caso de ser este su pensamiento, ¿podria llevarlo á cabo, y no aprovecharian los españoles, ya sometidos, y los vascos, lusitanos y galáicos, que aun luchaban por su independencia, no aprovecharian, repetimos, la ocasion para proclamar ésta? Y caso de proclamarse España república independiente frente á frente de la romana, ¿cuáles hubieran sido las consecuencias para lo futuro de la Península Ibérica? Cualesquiera que hubiesen sido estas consecuencias, que seria muy largo di-

cutir, es lo cierto que los españoles, despues de probar una vez más sus condiciones de guerreros, no ya como indivíduos, sino como soldados, con el asesinato de Sertorius debieron perder el último rayo de esperanza de obtener su libertad é independencia.

Todo induce á creer que Sertorius no pensaba en la libertad de la pátria, y allá vá una prueba. Cuando estaba en el apogeo de sus triunfos, cuando habia sustraido la mayor parte de España del poder de Roma, pero que tenia aún frente de sí todas las fuerzas de la gran república, le propuso Mitrídates, rey del Ponto, una alianza, á condicion de que le cediera algunos territorios de la república en Oriente, y se negó en absoluto á tratar sobre la base de disminuir en poco ni en mucho los dominios de aquella, y sólo consentia en cederle la Capadocia que antes le habia sido arrancada.

Se habia apresurado, es cierto, á formar un Senado en España, del cual sacó la mayor parte de sus oficiales, pero fué compuesto de los senadores y personas de importancia que habian venido de Roma huyendo de las persecuciones de Sila. Motivo ó pretexto, sirvióle de razon para no admitir en él ni siquiera uno de aquellos valerosos lusitanos que con tanta bizarría luchaban á sus órdenes, la falta de ilustracion de estos. De suerte que el haber formado un Senado en España de la manera que acabamos de decir, no indica que él tuviera en su mente ó fuera su objetivo la independencia de ésta. Cuando su segundo Perpena, empezó á echar las bases de la conspiracion, cuyo acto final fué el asesinato de nuestro héroe, habló, si no á todos, á una gran parte de los senadores para atraerlos á sus miras, bajo el pretexto de que el jefe era un ambicioso, que los humillaba á todos, que tenia gran rivalidad con él, que conspiraba contra los intereses de la república, que capitaneaba un ejército de salvajes, que ellos, caballeros romanos, no podian ver sin ruborizarse que los bárbaros españoles osaran combatir y áun imponer la ley á los ejércitos del pueblo romano; en una palabra, todas las disculpas que en todo tiempo han buscado los traidores para disfrazar su villanía. Pues bien, aquellos senadores elegidos por Sertorius, no sólo dieron oidos á tan desleales sujestiones, sino que tomaron parte en la empresa. No habia tenido

presente el general romano esta observacion vulgarísima: que con pueblos ó indivíduos ignorantes, pero enérgicos y leales, puede marcharse y conseguirse resultados; pero nada se puede esperar de indivíduos y pueblos perturbados y degradados. Muerto Sertorius, púsose al frente del ejército Perpena; fué batido por Pompeo y, con la batalla, perdió la vida.

Digno premio de su traicion y felonía.

V

Las dos cualidades que principalmente determinan la conservacion de la especie en todo el reino animal, son: por un lado, las condiciones físicas, mejor dicho aún, las de existencia, y por otro las de energía y valor indivídual. Algo hemos dicho con respecto de las primeras, al tratar de la mezcla de sangre ó cruzamiento de razas; y alguna indicacion se ha hecho, respecto á las segundas, al tratar de la lucha por la existencia. Ahora las consideraremos, muy someramente, bajo el punto de vista de la seleccion natural. En efecto, en la lucha por la conservacion de la especie, así en todos los séres de la escala inferiores al hombre, incluso éste, como en la infancia de las sociedades, el más enérgico, el más valiente que, con frecuencia, es tambien el más fuerte, es el que consigue, en igualdad de circunstancias, su propagacion. Despues, por la ley de la herencia, trasmitida de generacion en generacion, y aun repitiéndose en una misma idéntico caso, resulta la trasmision de lo que hay de mejor en cada una de ellas, ó, lo que es lo mismo, la seleccion natural. Hemos dicho que lo mismo pasa á el hombre, en la infancia de las sociedades, porque en las civilizaciones adelantadas se mezclan y compenetran otra porcion de condiciones que, más ó ménos directamente, están enlazadas con el egoismo, como son la riqueza, la justicia, el saber, el capricho, la moda, etc., y á propósito, no citamos la belleza por estar comprendida en la seleccion natural. Las circunstancias que acabamos de enumerar, y otras varias, influyen de una manera tan importante y aun decisiva, que frecuentemente, y con perjuicio para la sociedad, perturban aquella. Pero, aun así, hay muchos casos que todos conocemos, y no hemos de ocuparnos ahora de ellos, porque no es nuestro ob-

jeto hacer un estudio detenido de este particular, en que el valor individual tiene una influencia decisiva en las cuestiones amorosas, y lo que es más, el hombre, cualquiera que sea su grado de civilizacion, da tal importancia á los actos de energía que pueden hacerle superior á su rival, que bien puede asegurarse que conserva mucho de lo que es pura y exclusivamente del reino animal; y si los medios de lucha son muy diferentes, respecto á otros animales inferiores á él, en la pasion que le excita y en el objeto que se propone, no difiere gran cosa de los otros. Hay más; la mujer, voto de mayor excepcion en las cuestiones de esta especie, desprecia como nadie al cobarde, y el hombre que se ha imaginado allá en sus ensueños, lo supone siempre dotado en alto grado del arrojo individual y del desprecio al peligro.

Hasta tal punto es esto cierto, que cuando el sér que su corazon há elegido no tiene estas condiciones, ella se las supone, y á este sentimiento ó creencia corresponden las expresiones que todos los dias oimos en sociedad, excitándonos más de una vez la sonrisa, cuando por su compañero ó amigo la oimos decir: le he evitado tal incomodidad ó tal peligro porque conozco su carácter, y es tan temerario que pudiera haber lugar á una desgracia. Para la mujer, el rico es una conveniencia, el poeta una diversion, el sábio un objeto de orgullo, el hombre de posicion una vanidad, el almivarado un dije: su sueño, lo que ella se ha imaginado, es siempre un bravo, un hombre de lucha. Pertenece á la buena sociedad su hombre; es un oficial ó general distinguido por su bravura, un duelista, calavera tal vez, pero, qué importa, es valeroso; pertenece á la masa de un pueblo muy atrasado en sus costumbres; su hombre es un soldado cruzado en el campo de batalla, un camorrista ó pendenciero del lugar, tal vez un bandolero, un héroe de camino, ¿qué importa? ¿se distingue de los demás por su valor ó los demás lo temen? El corazon de ella queda satisfecho. Vedla, si no: á cualquier clase de la sociedad que pertenezca, qué magestuosa, qué ufana, qué satisfecha, qué altiva marcha cuando va al lado del hombre que ella cree tiene estas condiciones. ¡Cómo está alhagado su amor propio! Por una parte le parece imposible que todas las fuerzas naturales y sociales reunidas puedan hacerla correr un peligro,

porque allí está su hombre capaz de vencerlos todos; por la otra, qué erguida respecto á las demás mujeres, que parece quiere indicarles en su mirada ¡qué feliz soy, domino el corazon de este hombre, al cual no haria latir ningun peligro, y las fuerzas del cielo é infierno reunidas no le harian temblar! Y en esa lógica femenil, *sui generis*, y á veces inflexible, entiende la mujer que solo los corazones bien templados son capaces de amarla como ella lo es de corresponder. Pero no lo achaquemos todo al sexo débil: el hecho alcanza mayor generalidad, y es lo cierto que colectividades ó indivíduos, civilizados ó ignorantes, ricos ó pobres, amigos ó adversarios, por una idea más ó ménos oscura, todos damos grandísima importancia al valor; ora sea el del hombre individualmente considerado, ora de los pueblos ó colectividades que luchan por una causa cualquiera. Y hasta tal punto es esto cierto, que el enemigo á quien más daños ha causado el arrojo de su contrario, en la generalidad de los casos, qué respeto y consideracion tan diferentes tiene hácia el que, vencido por la fortuna ó por otra razon cualquiera, el azar, ha sabido pelear con teson y valentía, de la que guarda hácia el otro que no le ha causado ningun daño, y que prefirió darse por vencido antes de defenderse. No está en nuestra mano evitar cierta emocion, si bien triste, simpática, en otro concepto, cuando vemos un pueblo que durante mucho tiempo ha luchado con denodado empeño por su libertad, por su independencia, por sus creencias, por su manera de sér ó forma de cultura, siquiera fuera esta muy atrasada; cuando le vemos al fin y al cabo sucumbir al mayor número, á los mejores medios, á una táctica superior ú otras condiciones que seria difícil enumerar: ¡qué triste espectáculo es asistir á la muerte de un pueblo! ¡qué fondo de bondad se guarda siempre, allá, en la parte más recóndita del corazon del hombre, que así se interesa por la desgracia de unos semejantes, aunque no los conozca, cuando estos han sabido luchar con la fortuna adversa!

No se nos oculta que abundan las excepciones y que no son en escaso número los que no les perturba en poco ni en mucho aquello que persolmente no les interesa. Pero, ¡qué importa! precisamente la existencia de tales excepciones demuestra que la inmensa mayoría no es insensible á la razon, al heroismo y á

la desgracia de otros semejantes; y digan lo que quieran optimistas y pesimistas, el hombre tiene pasiones y rasgos de ferocidad puramente animal que con seguridad no se compaginan bien con aquello de que es un ángel sobre la tierra. Mas á su vez, equivócanse grandemente los que han sostenido y aun sostienen que el hombre es un sér caido, y que desde aquel desdichado apetito de la manzana, lleva consigo tan funesta herencia, que es incapaz de nada bueno, como no sea por la más vil de las pasiones, el temor; y que su vida apenas puede ser útil para otra cosa más que para emplearla en actos de expiacion y penitencia, á fin de conseguir el no ir á parar despues de esta vida á otra de eternos tormentos: ¡qué cosas ha inventado la imaginacion humana! Creemos de buena fe que el hombre, antes de la primera seduccion femenil, seria inmensamente mejor de lo que hoy le conocemos, pasaria una vida más tranquila, más espiritual, con ménos pasiones y necesidades, y por consiguiente, con ménos ocupaciones y cuidados; pero, socialmente hablando, ¡qué poco agradable seria para una naturaleza activa! Y si fuera posible, en el lugar consabido, carecer de satisfacciones, ¡qué escasamente satisfecho estaria el hombre de sí mismo al contemplar que aquellos beneficios de que gozaba no eran debidos á su esfuerzo y su trabajo! Y, suponiendo que antes del desventurado deseo de tocar el árbol prohibido, reflexionára, como le es dado hacerlo á los mortales, ¡qué desconsuelo seria para él el considerar que todos aquellos signos de beneficio eran debidos á una infinita bondad exterior, pero que nada le era dable hacer por su parte para gozar de ellos ó aumentarlos; y, por consiguiente, que carecia de esta libertad moral, tal vez el mayor don de la Providencia, que consiste en que el hombre puede decir con plena conciencia: no hago el mal por que es mal, pero tengo la libertad de hacerlo, y si una accion mia sé de antemano que me conduce al infierno, no lo hago porque creo que no debo hacerlo; pero buena ó mala tengo la libertad de ejecutarla. Bajo otro punto de vista; ¡cuánto hay de grande y de digno en este hombre caido, cuando expone su existencia por defender á un sér débil, á una mujer, á un niño, simplemente por dicha cualidad!

Qué decimos: ¿por ventura se lo pregunta á sí propio cuan-

do presencia el abuso de un sér fuerte contra el débil? No, y mil veces no: lo primero que hace instintivamente es interponerse entre uno y otro, arrostrar el encono de éste, y lo que es más, excitarlo, apostrofándole y diciéndole: eso, conmigo, que sé defenderme. Qué de grande y de levantado hay en el hombre que no retrocede ante ningun sacrificio por conseguir la felicidad del sér amado. ¡Cuánto más vale el que en este valle de lágrimas, trabajando noche y dia, sin más descanso que el necesario para reponerse, sin consumir más alimento que el indispensable para reparar sus fuerzas, y todo lo dá por bien empleado, sin más que ver alegres y contentos la madre que lo llevó en sus entrañas, al padre que lo amparó y protegió en su niñez, la compañera que su corazon ha elegido y los hijos productos de este amor! ¡Qué satisfaccion interior para el hombre, que habiendo sido con él sobradamente avara la fortuna, es de nacimiento más que modesto, humilde y oscuro, y á fuerza de constancia y de tareas continuadas y sin hacer jamás una bajeza ni lastimar su dignidad, no permitiendo tampoco que ninguno la lastimára, alcanza el hacerse conocer y el ser útil á sus semejantes! ¡Qué altruismo ó abnegacion en el pobre labriego que, fatigado de toda la semana, el dia que debia dedicar al descanso lo emplea en plantar un árbol, cuyo fruto sabe á ciencia cierta que no lo ha de gustar! Cuánto hay de sublime en el pobre desamparado que en la choza ó en la bohardilla está tendido en una mala cama, aterido de frio por la falta de alimento y abrigo, siente el agua y el granizo azotar las desnudas paredes de su albergue, sufre la sensacion desagradable del viento, que libremente corre por su desvencijada habitacion, y lo que es peor desconsuelo aun, tiene que hacerse el dormido para que sus hijos y su mujer no digan que tienen hambre; y sin embargo, en medio de esa noche y en la situacion tan poco halagüeña que acabamos de describir y desgraciadamente frecuentísima, oye gritar fuego ó ladrones; comprende que su rico vecino está en peligro; se echa encima sus poco protectores harapos; echa mano al arma propia para combatir á los hombres ó el elemento, y se lanza al peligro, ora exponiéndose á la bala de un malvado, ora lanzándose en medio del humo, que le asfixia, por salvar ya al inocente niño, ya al imposibilitado anciano. ¡Ah! cualquiera que sean los

Paraísos que la imaginacion de los hombres ha creado, si en ellos no se repiten estos actos y tantos otros que podíamos señalar, hay seguramente entonces mucho de deficiente; y cualquiera que sea el bienestar espiritual ó material, faltará este precioso bálsamo que siente el hombre despues de un acto de abnegacion.

No ignoramos que el sentimentalismo es el peor de los caminos para la investigacion de la verdad; pero error tan grave hay, como ya hemos dicho, en subordinar la inteligencia á la emocion del sentimiento, como en prescindir de éste, que constituye una parte muy esencial de la manera de sér del indivíduo y de las colectividades. Si las líneas que anteceden pudieran parecer más emocionales que rigorosas, las creemos tan exactas como verdades algébricas, y entendemos que serian poco severas nuestras conclusiones á no haberlas tenido en cuenta. Y, lo que es más, no sólo entendemos que son congruentes al asunto, sino que presumimos están íntimamente enlazadas con las que digimos al tratar del asesinato de Sertorius, que nuestros lectores recordarán: España perdió en aquel acontecimiento el último rayo de esperanza de sostener su libertad y su independencia. Así era en efecto; se aproximaban los tiempos en que, vencidas las últimas resistencias de lusitanos, galáicos y cántabros, España caeria rendida, aunque no domada, á los piés de su poderosa y dos veces secular enemiga.

Las breves indicaciones que hemos creido necesario hacer sobre las campañas de Sertorius, tenian por objeto demostrar una vez más que los antiguos habitantes de la pirenáica Península, no sólo eran hombres de arrojo y de pelea, sino que tenian poco que aprender para probar que eran por lo ménos tan buenos soldados como los mejores de Roma, cuando la fortuna ó azar les proporcionaba un buen caudillo que los mandase. Pero, además de la demostracion que nos habíamos propuesto, resultan de aquel hecho varias consecuencias que ligeramente vamos á indicar. Cuando la república tocaba á su desaparicion, cuando así lo patentizaban las guerras entre Sila y Mario, y cuando, por consecuencia de ellas, tuvo Sertorius que abandonar la Italia, ó, con más exactitud hablando, cuando creyó este caudillo que la Península itálica no le proporcionaba los medios de re-

sistir por la fuerza al aristócrata dictador, eligió sin duda el país donde creia encontrar más recursos ú hombres más apropósito para la lucha. Fácil hubiera sido trasportarse á Grecia ó al Asia, que tantos recursos tenia: elegió España, y esto fué sin duda por la idea que tenia de los españoles, á los cuales habia visto pelear como auxiliares al lado de las legiones romanas. Lo que comprueba más esta idea, la pone más en evidencia, es que, cuando tomó aquella determinacion, la Península pirenáica le faltaba aún mucho para estar sometida al poder romano. En efecto, los vascos ó cántabros, aunque en su territorio se hubiesen fundado ciudades romanas con el objeto especial de explotar las minas, no habian sido domados, como no lo fueron despues; los galáicos y astures, léjos de haber perdido su independencia, venian á desafiar los soldados romanos en las mismas tierras conquistadas que miraban como su dominio; los lusitanos no se mostraban ni más amigos ni más temerosos de aquellos que los galáicos. Y nos parece propio, para la mejor comprension de los terrenos que faltaba á los romanos conquistar, hacer alguna ligera indicacion sobre los que ocupaban cada uno de los pueblos que acabamos de enumerar. Los vascos ó cántabros ocupaban parte de lo que es hoy provincia de Santander, Vizcaya, Guipúzcoa, y una gran porcion de Navarra y Alava; los astur-galáicos, al contacto con los vascos en la primera provincia indicada, ocupaban además lo que hoy se llama Astúrias, Galicia, las provincias trás os montes y entre Duero y Miño, que hoy pertenecen á Portugal, y á caballo, sobre los montes de Leon venian á acampar no léjos del Duero; los lusitanos ocupaban el moderno reino de Portugal, excepto las provincias indicadas, las dos Extremaduras y la mayor parte de lo que es hoy la de Salamanca. De suerte que la España romana, cuando Sertorius elegió esta Península para teatro de sus campañas, estaba bien léjos de tener la extension de otros países dominados por Roma. Prueba esto una vez más la importancia que en la capital de la república se daba á los hombres y á los recursos que podia proporcionar España, puesto que aquel caudillo la preferia, con su extension relativamente tan limitada, á los otros países de que hemos hecho mencion.

Dichos quedan los descalabros que sufrió Sertorius, así en

España como en Africa, en los comienzos de su resistencia á mano armada, y cómo, cuando se encontraba en el último de dichos puntos, recibió una embajada de los lusitanos, ofreciéndole pelear á sus órdenes contra el poder de Sila, dictador de Roma. De la presencia de esta embajada ó comision en el campo de Sertorius se desprenden consideraciones de alguna importancia. En primer lugar, si los lusitanos constituyeran solo una ó varias tribus en estado salvaje ó pocos ménos que han querido pintar algunos escritores romanos, ¿cómo llegó á su conocimiento la contienda en que estaba empeñado Sertorius? Y caso de llegar, ¿cómo venian á ofrecerse para tomar parte en la lucha? En segundo, ¿cómo se habian puesto de acuerdo para que tal comision atravesára los territorios romanos, se embarcára y fuera á encontrar á Sertorius al frente de su pequeño ejército? ¿A nombre de quién ofrecian á éste el auxilio que tan oportunamente llevaban? Y, áun prescindiendo de todo esto, ¿qué noticia tenia Sertorius del poder lusitano para recibir á estos comisionados con los honores de una embajada y un general tan experto como él aceptar su ayuda, confiar en su ofrecimiento y obrar en consecuencia; y, lo que es más aún, cumplirse al pié de la letra, y áun con exceso, lo que aquellos comisionados habian ofrecido?—¿Qué medios de cooperacion habia entre los lusitanos para proporcionar á aquél un número de hombres y recursos con los cuales llevó á cabo aquella insigne campaña que descrita queda? Todo ello seria absolutamente imposible, si los lusitanos no se halláran en un estado de civilizacion relativamente importante, y no tuvieran además una forma de gobierno determinada que permitiera la cooperacion al fin comun de la defensa de los intereses sociales; y esta clase de cooperacion, segun lo que hemos visto, es precisamente la que viene despues de la otra que hemos hablado, la que supone un grado mayor de adelanto en el camino del progreso, ó, segun se ha dicho, la más consciente, y la que no es posible sin una integracion anterior. Dedúcese, pues, con completa claridad, que la integracion del pueblo lusitano estaba hecha. Ya veremos luego que lo mismo sucedia con galáicos, cántabros, etc. Se desprende del mismo modo que aquel pueblo tenia una forma de gobierno, unitaria ó confederada, bastante eficaz para la defensa de la pátria y ade-

más con miras políticas que de seguro no pecaron en este caso ni de imprevisoras ni de inocentes. En efecto; ¿cuál fué el pensamiento que informó su conducta? Patente está, y lo hemos ya indicado, es decir, viendo á los enemigos de la independencia divididos y comprendiendo además que no era bastante poderosa para luchar con aquellos cuando la division cesara, ayudar á uno de los contendientes, al que no poseia el poder central, y al que no tenia otro apoyo en definitiva, que el que le prestaran los españoles. De suerte que, cualquiera que fuera el pensamiento de Sertorius, si el éxito coronaba sus esfuerzos, sucederia forzosamente una de estas dos cosas: ó que España se quedaba independiente de Roma, como una nueva rival, y en este caso era seguro que concluiria por arrancar del poder de su enemiga los territorios que ésta poseia en el Africa, colocándola en una posicion tanto más difícil, si á esto se agrega que los habitantes de la Gália, que ocupaban la Aquitania, eran en su inmensa mayoría de orígen cántabro, celtíbero ó galáico, y por consiguiente, que seguirian el movimiento de España, y que ya no era posible para Roma la conquista de las Galias que tan justo renombre dió á Julio César; ó Sertorius, vencedor en España, llevaba á cabo el pensamiento que pareció dominarle, de pasar los Alpes é ir á Ítalia á destruir el poder de Sila, dejando íntegro todo el de Roma. Y si esto sucediera por la lógica de los acontecimientos, por el estado de los ánimos en los españoles ya conquistados, que manifestaron de una manera que no dejaba lugar á duda por sus sublevaciones en tiempo del mismo Sertorius, ó España ejerceria una especie de hegemonía dentro de la república romana, ó lo que es más probable, concluiria por desintegrarse de aquella.

Aquí se ve una vez más la importancia que puede tener para la historia de los pueblos, hechos al parecer, fortuitos, no siendo aventurado asegurar que sin la envidiosa traicion de Perpena y de sus cómplices, aquellos degradados y femeniles caballeros romanos que formaron el Senado español, Sertorius, el afortunado caudillo vence al rival de Mario, y el porvenir de España hubiera sido muy distinto. Segun la moralidad de aquellos tiempos, la conjuracion de falsos amigos y el puñal del asesino deshicieron en un momento lo que, la habilidad por un lado, y

el arrojo y la constancia por otro, habian conseguido; de manera que los desdesleales fueron más poderosos que el dios de las victorias.

Repetimos lo dicho anteriormente: de la Península ibérica habia huido el último rayo de esperanza, de conquistar su perdida independencia los unos y asegurarla los otros. El poder de Roma quedaba íntegro; dominaba no solo la parte ya indicada de la Península, sino que, puede decirse, todo el mundo conocido hasta entonces. Verdad es que los lusitanos no sucumbieron á la pérdida de su caudillo; lo es igualmente que astures, galáicos y cántabros seguian resueltos á luchar por la suya, y que hasta entonces los romanos no habian podido conquistar aquellos territorios; pero, ¡qué importa! la suerte estaba echada, y era fácil preveer que aquellos heróicos restos de los pueblos que ocupaban la Península, estaban llamados á sucumbir muy pronto, y pudiera darse por muerta la independencia ibérica. ¡Qué triste espectáculo acompañar á un pueblo hasta la tumba, y más cuando éste ha luchado con tal arrojo y valentía durante más de dos siglos! Si en toda clase de civilizacion se daba la importancia que hemos visto al valor y la energía, cuánto más admirable es esta cualidad cuando pertenece á un pueblo entero que lucha por su libertad, por sus creencias, por la defensa de los séres débiles á quien ama, y por aquella tierra que ocupa, en la cual yacen los restos de los que le han dado el sér. Y no importa que el éxito de la lucha pueda ser una necesidad para las evoluciones sociales y ulteriores progresos; la razon explica el motivo y la misma necesidad de que hablamos, pero el sentimiento no cede por esto, y deja que la inteligencia cumpla con lo que la compete, encontrando razones y descubriendo leyes: él no cede por eso su puesto, así como cuando perdemos un sér querido, cuya muerte se habia previsto por las enfermedades ó sufrimiento de que era víctima, y que nos parecia, por consiguiente, que nada habia de afectarnos el desenlace de que no se podia dudar, y, sin embargo, cuando llega el momento fatal, sentimos la misma afliccion que si fuera para nosotros un suceso completamente inesperado. Tal vez es esta una debilidad del corazon humano: sea en buen hora; no por eso deja de honrar al hombre en grado tan alto como la mejor de sus cualidades. Y

cuando los indivíduos, como los pueblos, no saben sentir, tampoco son útiles para ninguna accion noble.

Cierto es que han desaparecido muchos imperios, pueblos ricos y emprendedores, ciudades populosas como Nínide, Babilonia, Corinto y tantas otras, que apenas se sabe dónde está su tumba, ó lo que es lo mismo, el lugar donde han existido. El pensador y el filósofo investigan las causas que han determinado su desaparicion, escudriñan el beneficio que resulta de aquella para el progreso en general; pero el mismo hombre que hace tales investigaciones, que busca los remedios más eficaces para evitar que su pátria marche por el camino que en aquella se ha determinado, la decrepitud y la muerte, cuando en la realidad, ó por medio de una abstraccion se trasporta á los puntos extremos y silenciosos, en los cuales existia en un tiempo la vida, el movimiento y la riqueza, su corazon se oprime, su sér se cubre de tristeza, medita en las vanidades de este mundo, y poco ménos que se desconsuela pensando en que la vida, así de los indivíduos como de las sociedades, es efímera y pasajera, y que todo sobre esta tierra está sujeto á la muerte, ó mejor dicho, que esta no es más que un accidente de la vida. Afortunadamente para las sociedades modernas, estas se diferencian de las antiguas en que, cuando parecen decrépitas, la poblacion aumenta en progresion muy notable, la ciencia adelanta y el bienestar y el respeto al derecho mejoran de dia en dia; y sólo esto admite una escepcion para las sociedades ó tribus salvajes, que son las que en el dia desaparecen, así como lo hacian en un tiempo imperios y sociedades poderosas. De lo cual se infiere que la civilizacion y el progreso han eliminado aquellas causas deletéreas que determinaron la muerte de antiguas sociedades, que cualquiera que fuere su explendor, descansaban sobre bases tan injustas, que más tarde ó más temprano habian de acarrearles la muerte.

Despues de haber conquistado Julio César la Gália y las islas de los Bretones, el país de los belgas y algunos territorios ocupados por los germanos, aspiró á ser el gran señor de la república, á restablecer en ella la monarquía. Separóse de su antiguo compañero Pompeo, no tanto porque uno y otro quisieran defender la integridad de las ideas republicanas, como por disputarse el mando supremo. Y es tan cierto esto, que antes de

verificarse esta rotura, reunidos habian estado los dos que acabamos de nombrar y Craso, para ejercer un poder ilimitado sobre todos los dominios de la república. Esta estaba muerta: Roma habia perdido todas sus virtudes, un patriciado vicioso y degradado; un pueblo holgazan y de mendigos, que sólo aspiraba á las limosnas del Estado, y estúpidas y feroces diversiones con que distraer sus ocios; la antigua raza romana estinguida por la muerte en los campos de batalla; infecunda por hediondos vicios contra la naturaleza; perdidos sus restos, desparramados por toda la extension de los dominios de la república, y cruzando su sangre con pueblos de muy diferente orígen, constituian un cuerpo híbrido, afeminado y enfermizo, indigno de la libertad y útil, únicamente, para obedecer á un amo que los mandára.

Tuvieron los pueblos que aún luchaban en la Península por su independencia, algunos años que pudiéramos llamar de respiro; pero no habia perdido el buen nombre de que disfrutaba en Roma, cuando Sertorius la hizo teatro de sus campañas. Así que, cuando Pompeo fué vencido en la batalla de Farsalia, y á consecuencia de esta derrota fué cobardemente asesinado en el Oriente por aquellos á quienes pidió hospitalidad, sus hijos Cneo y Sexto se dispusieron á disputar la victoria á César, y eligieron para teatro de sus campañas á España y para instrumento de guerra los españoles, siempre más dispuestos á obedecer al caudillo que les proporcionára batallas que á unirse entre sí para rechazar el enemigo comun. César comprendió el peligro que habia para él en que sus enemigos se apoderasen de los recursos de aquella, y dió al hecho tal importancia, que vino él en persona á dirigir la guerra contra los hijos de su rival. Avistáronse los dos ejércitos cerca de Munda y trabaron reñida batalla. El éxito estuvo tan dudoso y la lucha fué de tal manera reñida, que el mismo César declara que hasta entonces habia peleado para vencer, y allí para defender su propia vida. En esta batalla fué donde por vez primera, al ménos como hecho de armas importante, se encontraron frente á frente los gigantescos y feroces germanos y los intrépidos é indómitos celtíberos. Formaban aquellos la caballería auxiliar de César y éstos la ligera de los pompeanos. acometiéronse las dos; pero la fuerza muscular arrogante y fiera

empuje de los primeros, sucumbió á la ligereza y rapidez de los segundos, que, ántes que sus enemigos pudieran darse cuenta de lo que pasaba, se habian lanzado sobre ellos con la celeridad del rayo, y atacándoles muy de cerca con sus cortas espadas, no les permitieron rehacerse; y aquella que pudiéramos llamar parcial contienda, sirvió para comprobar que los antiguos celtíberos no se dejaban imponer más por las grandes estaturas y aspecto feroz de los germanos que por las legiones romanas. Al fin, la fúria gala contribuyó poderosamente á dar la victoria á César, pudiendo asegurarse que ésta, sin el génio de aquél, hubiera sucumbido, y éste, sin el ímpetu galo, hubiera encontrado en Munda el fin de sus victorias y de su ambicion. Esta célebre batalla, que aseguraba al autor de los *Comentarios* el dominio absoluto de Roma, tuvo lugar cuarenta y cinco años antes de la Era Cristiana. No correspondia á un génio como el de César desaprovechar la ocasion tan favorable que se le presentaba para completar la conquista de la Península. Les habia llegado su turno á galáicos y lusitanos: fueron los primeros atacados por mar y tierra, siendo aquella la primera vez que llegaban á sus costas las naves romanas. No desmintieron los galáicos su constancia y serenidad, y despues de luchar en campo abierto, defendieron sus ciudades con una desesperacion tal, que las mujeres tomaron parte en la pelea, con no ménos fúria que los hombres. Cincuenta mil personas de ambos sexos, muertos ó vendidos como esclavos, sin contar con aquellos á quienes se cortó la mano derecha, fué el último sacrificio hecho en holocausto de la indepencia de aquel pueblo. Privados los lusitanos del apoyo de sus vecinos y disminuida su poblacion por las contínuas guerras que habian sostenido, sucumbieron igualmente. Pero César no tuvo el placer de presenciar la última derrota de galáicos y lusitanos, pues esta gloria estaba reservada á Augusto.

La Península ibérica tomó toda ella el nombre de España ó Hispania que los romanos la habian dado mucho antes del término de la conquista. Algo se ha discutido sobre el orígen de este nombre, sosteniendo unos que venia de una palabra vasca, cántabra, y otros que queria decir país de los conejos, por lo mucho que dichos animales abundaban en esta tierra, pues no

falta quien asegura que todos los de esta especie que existen en Europa proceden de la Península pirenáica, y los datos que hoy se tienen confirman de cierta manera esta asercion. No entra en nuestro objeto discutir con mayor detenimiento dicha afirmacion, que pertenece, por su índole, á un estudio importante que llevára por título *Emigracion de los animales.* Sea de ello lo que quiera, los que tal afirman pretenden tomar por base de su opinion una medalla de tiempo de Trajano, que pintaba en una de sus caras la Península con una matrona apoyada en los Pirineos y saliendo de sus plantas un sinnúmero de los animales ya nombrados que inundaban el mundo. El convencimiento de lo que abundaban aquellos prolíficos y tímidos cuadrúpedos, lo ha formulado la supersticiosa anécdota, que no dudaron en admitir algunos escritores romanos, de que todas las casas de una ciudad ibérica se habian derrumbado en un mismo dia á consecuencia de haber destruido los cimientos de ellas los cuadrúpedos de que venimos hablando.

Algunos filólogos modernos encuentran mayores razones para creer que la palabra Hispania era la céltica Span latinizada, la cual significaba, en su orígen, compañero. Sin entrar en más detalles sobre este particular, que consideramos de escasa importancia, pasamos á ocuparnos de lo que fué España como provincia romana. Pero, antes de entrar de lleno en esta clase de apreciaciones, creemos congruente al objeto que nos hemos propuesto, hacer algunas ligeras reflexiones relativas á las condiciones físicas y morales, al grado de ilustracion, á la cultura alcanzada, á las integraciones parciales, á la lengua y costumbres de aquellos pueblos que con tanta constancia y arrojo como desconcierto y desunion, habian luchado durante más de dos siglos contra el pueblo rey. Y tambien creemos indispensable decir algunas palabras de lo que los vencedores tomaron de los vencidos, y de la influencia que las guerras de España tuvieron en la grandeza y decadencia de Roma.

Echábales en cara Julio César á los españoles que, á pesar de ser unos hombres valerosos, ni en paz ni en guerra habian sabido hacer nada bueno, pues, segun él, en tiempo de la primera, cuando no tenian enemigo extraño con quien combatir, buscaban la segunda peleando unos con otros; que no habian sabido transigir

con Roma y aprovecharse de las ventajas que esta pudiera proporcionarles, ni ménos, en tiempo de la segunda, unirse para combatir al enemigo comun. Algo, y mucho, habia de exacto y justo en las palabras de aquel gran capitan y hombre de Estado; y despues de veinte siglos algo análogo pudiera decirse de los españoles. Por otra parte, nuestros lectores conocen ya las razones climatológicas, geográficas y otras que determinaban en los iberos una imaginacion abundante y una personalidad tan enérgica que les hacia y aun les hace poco aptos para la cooperacion comun, ó, dicho de otra manera, para la fuerza colectiva; pero, así y todo, algun correctivo merecen las palabras del autor de los "Comentarios," porque, de que un pueblo, en una época y condiciones determinadas se muestre sobresaliente con relacion á algunas aptitudes y deficiente en otras, lo único que lógica y racionalmente se deduce, es que dicho pueblo, ya por condiciones de razas, ya por modificaciones ó influencias del medio ambiente, marca con toda claridad su propension á sobresalir más en unas que en otras direcciones; pero es preciso tener en cuenta el término de evolucion en que se hallan. Así, sabemos, por lo ya dicho, que en los pueblos que ocupaban la Península, habia varias integraciones parciales llevadas á cabo bien por cruzamiento de sangres de razas muy análogas, ó bien efectuadas á través de muchas generaciones por las condiciones climatológicas y las de nutricion; que el término de evolucion en que se encontraban no habia llegado aun al de la integracion total, por más que hubiera ya, segun veremos más adelante, algunos principios de dicha cooperacion, y no era tan de extrañar que no hubieran llegado á ese término si se tiene en cuenta que, no obstante de encontrarse la Península itálica mucho más adelantada que la ibérica por el mayor contacto de aquella con la civilizacion griega, le costó grandísimo trabajo á la república del Thiber el dar unidad á Italia, y aun puede asegurarse que llegó á iniciar su decadencia antes de conseguirlo. Y, consecuencia del estado en que se encontraban cántabros, celtíberos, galáicos y lusitanos al emprender Roma la conquista de este suelo, agregado á las condiciones de carácter y aun de imaginacion exaltada, explica el que en tiempo de paz se hicieran la guerra, y el no unirse, para hacer esta, al enemigo comun,

siendo para su independencia de consecuencias más funestas, el estar siempre prontos á pelear unos contra otros bajo las órdenes de caudillos adversarios entre sí, pero enemigos de aquella. Su fatal deseo de pelear hacia que ayudasen á remachar sus propias cadenas en vez de aunar sus esfuerzos para echar al enemigo fuera del suelo pátrio. Del mismo defecto, y por idénticas causas fundamentales, adolecieron siempre los griegos, y, sin embargo, la humanidad y la civilizacion les deben más que ninguna otra nacion. El mismo César, que con cierto grado de razon los criticaba, premió con holgura á los españoles que pelearon bajo sus banderas en la batalla de Munda, mezclando su sangre con la de sus compatriotas que seguian la de los hijos de Pompeo.

Despues de lo dicho, seria excusado insistir sobre la energía y cualidades guerreras de los antiguos habitantes de la Península, si no hubieran escritores romanos y aun modernos, afirmado que más que á la energía y al valor personal de los antiguos iberos se debia á que Roma habia mirado á las guerras de la Península como de escasa importancia, por no encontrar en ellas enemigos fuertes que combatir, y sí una especie de salvajes inquietos, á los cuales habia que domar sólo á poder de tiempo, siendo inútiles con ellos otros procedimientos diferentes de los duramente coercitivos. No pensaba así Tito Livio, cuando para reasumir y condensar lo que era debido á la energía y constancia de los pueblos iberos, lo formulaba en estas pocas frases: "Fué España el primer país del continente europeo que Roma intentó conquistar, y fué el último donde lo ha logrado." Por lo demás, claro está que Roma no pudo mandar aquí todos sus ejércitos, y no lo es ménos que la guerra tuvo mucho de asechanzas, de sorpresas, de huidas y retiradas, de sublevaciones, etc.; pero demostrado queda hasta la saciedad, primero, que Roma mandó aquí sus mejores generales, que no sólo una vez, sino muchas, fueron aquellos derrotados y humillada en su orgullo, y no pocas veces las legiones vencidas en batalla campal. Respecto á la idea de que no habia otro medio más que la conquista para llevarlos á la civilizacion romana por completo, ó al ménos á un estado de paz y alianzas, contesta el hecho acaecido á consecuencia de la conducta observada por Scipion; pues sabido es

produjo un período más ó ménos largo de paz y de inteligencia con los españoles, hasta que la dureza de trato, el orgullo y las felonías de sus sucesores hicieron comprender á estos habitantes que no habia nada que esperar de aquellos orgullosos romanos, que no se creian obligados ni siquiera á cumplir la palabra empeñada. Entre otras varias pruebas, pudiéramos dar la de Luculo, que habiendo pedido á una ciudad aliada, Caucal, que dejaran entrar algunos de sus legionarios, en corto número, para fraternizar con los habitantes, y habiendo éstos consentido, entraron aquellos, los hizo su jefe colocar sobre las murallas y desde allí descargar dardos y flechas contra aquellos confiados habitantes, dando lugar á que entraran las tropas romanas que afuera habian quedado, haciendo una gran carnicería en los moradores y vendiendo como esclavos muchos miles de ellos.

Respecto al grado de ilustracion de los antiguos habitantes, sin que pretendamos compararla, en aquella época, á la de las otras dos Penínsulas, tampoco podia calificársela de un estado salvaje. Ya hemos visto que explotaban los metales preciosos y hacian aplicacion de estos á objetos de adorno y de lujo, y lo que es más importante, que trabajaban el hierro y lo templaban, y de este utilísimo metal eran las espadas que empleaban como arma ofensiva; gastaban además escudos redondos y pequeños, más parecidos á los de los griegos que á los de los romanos, y que, si amparaban ménos parte de cuerpo que los de éstos, eran, en cambio, ménos molestos para el soldado y más propios para unos guerreros que tenian una ligereza y flexibilidad muy superior á la alcanzada por los dominadores del mundo; que si eran notabilísimos los honderos de las Baleares, no lo eran ménos los hoceros galáicos lusitanos. Claro está que no todos los pueblos de la Península tenian las mismas costumbres y el mismo grado de civilizacion; pero todos los escritores del tiempo están de acuerdo en que los lusitanos y los celtíberos eran los más atrasados. Ya se ha visto que los primeros tenian un Gobierno que podia llamarse regular para aquellos tiempos, que entraba en tratos con Sertorius y cumplia sus compromisos, y respecto á los segundos, tambien queda dicho qué grados de progreso relativo habia alcanzado Numancia. Pero, sin hablar del estado más ó ménos rudimentario en que se hallaba la agricul-

tura y demás industrias, habia una cosa más importante que todo ello, que era la escritura y el alfabeto llamado ibérico, diferente del fenicio y del griego, pero más parecido al segundo que al primero, y que todos los pueblos de la Península, en mayor ó menor extension, conocian, lo cual prueba aquello que antes se ha indicado; á saber: que tenian algun principio de integracion total, porque con dificultad se encuentra un medio tan poderoso para la union de tribus á pueblos, como tener de comun el medio que sirve para expresar las ideas.

Sabido es hoy por todos, que los romanos abandonaron su espada cambiándola por la de los españoles, y no faltan escritores que afirman que tomaron de los turdetanos, cuya capital estaba en el sitio que hoy ocupa Sevilla, la costumbre de usar vasos y vajilla de plata. Tenian, además, cada uno de los pueblos que ocupaban la Península sus leyes, si no escritas en Códigos, expresadas por versículos, y más adelante veremos que mucho tiempo despues de verificada la conquista, los romanos dejaron á las ciudades gobernarse por las suyas.

Lo que sí acarrearon á los romanos las guerras de la Península, ó por lo ménos fué la causa determinante que á ello les impulsó, es la creacion del ejército permanente. En efecto; de tal suerte disgustaba á los soldados venir á hacer la guerra á la Península, que así que concluian el tiempo de su compromiso, pedian permiso á los generales, cónsules ó pretores para retirarse de las filas; y como estos contra lo que disponia la ley, se negaran á darles la licencia apetecida, eran frecuentes las deserciones. Hasta entonces, el soldado sólo tenia la obligacion de servir hasta un año en las guerras de gran importancia. A consecuencia de los asuntos de la Península, los generales pidieron una y otra vez, y al fin consiguieron del Senado, la creacion de ejércitos permanentes, y esto que más tarde habia de producir sus consecuencias, era echar la primera base ó fundamento para llegar á obtener una coleccion de hombres acostumbrados á guerrear, sí, pero habiendo perdido toda aficion al trabajo y al cultivo de la pacífica industria, á tener hombres útiles para la lucha, pero extranjeros en su propio país, habiendo perdido toda idea de sumision á las leyes de la pátria, y completamente obedientes á las órdenes de su general y adheridos á él de tal suer-

te, que siempre estaban dispuestos á ayudar á éste en sus empresas más ó ménos patrióticas, sin más objetivo que el botin y las mercedes que aquél les distribuyera, siquiera fuese contra las leyes y los intereses de la pátria.

Ya se ha visto la importancia que daba César á que sus rivales no se apoderaran de las fuerzas de España, por cuya razon habia creido conveniente venir en persona y ponerse al frente de los suyos, como tambien lo reñida que fué la batalla de Munda, que para obtener la victoria se necesitó la combinacion del arrojo y furia gala y el génio del gran conquistador; y solo hay que añadir que, aún con estas dos circunstancias, el resultado le hubiera sido adverso, á no luchar á su lado un número respetable de auxiliares españoles que, segun su costumbre, se habian dividido luchando unos al lado de Pompeo y otros al de César. Ya fuera agradecimiento de éste, ya fuera su sistema político de extender el derecho de ciudadano romano al mayor número posible, ó ya que obedeciera á la mira de hacerse partidarios en esta tierra, ello es lo cierto que el gran demócrata, aspirante al Trono, recompensó largamente á los que habian seguido su bandera, ora dándoles mandos importantes en la milicia, ora declarándoles caballeros romanos, ora agraciándolos con beneficios de no menor provecho. Pero no se contentó con esto ni con las conquistas ya mencionadas, sino que envió varias colonias romanas, cuyo restablecimiento habia de contribuir grandemente á estrechar los lazos de union entre la Península y la gran ciudad.

Si se consideran las dificultades que tuvo que vencer la Gran República para someter la Península pirenáica á su dominacion, y se las compara con la gran facilidad de conquistar otros países más extensos, no puede ménos de surgir en la mente el deseo de encontrar la razon determinante de tal diferencia. Decir que esta causa fué la intrepidez y constancia de aquellos antiguos habitantes, sería exponer una de esas razones que halagan el amor propio del lector y del escritor; pero, por muy agradables que sean, no basta para explicar el fenómeno que nos ocupa. No puede negarse la bravura y una organizacion más ó ménos imperfecta á aquellos galos que estuvieron en el Capitolio y fueron el terror de Roma durante siglos, y, sin embargo, fueron conquistados por César en muy poco tiempo. Na-

die ha puesto en duda la constancia, el arrojo y aun ferocidad de aquellos germanos que tanto llegaron á intimidar á las legiones, y, sin embargo, es lo cierto que, como ya se ha dicho, aquellas llegaron en sus conquistas hasta el Elva, y que, cuando más tarde fueron derrotadas, fué á consecuencia de una conspiracion de los vencidos contra los vencedores. Y no hablemos de las conquistas hechas en el Oriente, que una parte de ellas fueron, simplemente, paseos militares. De todo esto se infiere que habia aquí otra razon superior ó anterior al arrojo de los pueblos iberos que hasta el exceso han demostrado. Seguramento no seria una sola la causa, y sí varias las que produjeron tal resultado.

Largo, y fuera de nuestro propósito, sería analizarlas todas; así, nos contentaremos con indicar una de ellas, tal vez la de mayor importancia, y es, á nuestro juicio, que en la mayor parte de los países conquistados por Roma, ésta tuvo que luchar con pueblos viejos: éstos, ó las naciones, envejecen, como los indivíduos; y aquí se encontraron con uno atrasado y desunido; esto era entonces, como más tarde y ahora, el orígen de todas las flaquezas; pero al fin, un pueblo jóven, que en este caso, como en todos, la juventud con sus inesperiencias y extravíos, es siempre valerosa y desprendida, y lleva dentro de sí una confianza tal que la hacen creer que no existen obstáculos insuperables predisponiéndola á los grandes hechos, mientras que la vejez, así en las colectividades como en la individualidad, sea por su experiencia y desengaños, ó bien porque esté en las leyes de la naturaleza, es egoista y tímida, y poco apropósito para las grandes empresas. Sin duda, teniendo en cuenta lo que acabamos de anunciar, algunos pensadores han planteado la siguiente cuestion: ¿Qué ganaría el progreso humano en la rapidez de su marcha, ó dicho de otra manera, qué incremento recibirian sus términos si la vida útil del hombre se duplicára ó triplicára? Y son pocos los que en la primera impresion no juzguen el problema resuelto, porque, si la vida del hombre se prolongase hasta una edad tal que fuera el duplo ó triple de la actual, éste aprendería mucho más, tendria más esperiencia y mayor conocimiento de las leyes cosmológicas y biológicas, y, por consiguiente, la sociedad seguiría una marcha más armónica que aquellas, ó lo

que es lo mismo, el progreso sería más rápido, las evoluciones mejor desenvueltas, y cada una de las etapas que atraviesan los pueblos civilizados ménos sujetas á perturbaciones.

Pero á esto han objetado otros, que siendo cierto lo dicho, quedaba más que compensado por el poder que tiene la rutina en nuestra naturaleza, y por consecuencia, los conservadores que se hacen los hombres, generalmente en pasando de cierta edad, y las resistencias mayores que tendría que vencer en este caso todo adelanto científico, industrial, artístico, político, etc., cuando viniera á combatir antiguas teorías; añadiendo además esta consideracion, que son en muy corto número los indivíduos que siguen constantemente la marcha de toda clase de adelantos, y la generalidad sabe lo que en su juventud se sabia; y sea pereza intelectual, sea amor propio, ú otra razon cualquiera, ello es lo cierto que combaten con energía, y en ocasiones hasta con saña, todo aquello que viene á negar que lo que ellos aprendieron en un tiempo, en un órden cualquiera de manifestaciones, no fuera el sumo saber; dando esto con frecuencia lugar á graves equivocaciones de una generacion, con respecto á la que la ha precedido, afirmando no pocas veces que una persona de justa y merecida fama, algunos años antes se la creia decaida en sus facultades por la desilusion que sufre la generacion siguiente, al juzgarle con relacion á lo que en aquel momento histórico está en boga; y, sin embargo, suele no ser acertada tal opinion. Lo quo hay de verdad, es que el indivíduo á que nos hemos referido permaneció quieto, y el mundo, la sociedad y hasta la moda, han marchado mientras tanto y, en su consecuencia, le han dejado atrás. Cierto es que la vida actual del hombre, por lo ménos la parte útil de ella, es muy corta para que el indivíduo pueda adquirir todos los conocimientos que cualquier posicion social exije, pero, además de que en esto hay una idea general de relacion, no puede negarse que la sucesion tan rápida de unas á otras generaciones, lleva consigo una fuerza y un vigor y un deseo de investigaciones, que, en concepto de algunos, supera en mucho á los inconvenientes de la corta duracion de la vida. Y, no es ménos exacto que cuando sobre el particular se discurre, la inteligencia puede con dificultad sustraerse á la influencia de un estado emocional, por la sencilla y natural razon

de que todo sér viviente teme á la muerte; y, por consecuencia, le halaga la idea de que aquel desagradable trance pudiera alejarse más de los momentos de nuestra existencia, de que esa fatal letra de cambio, aceptada desde que nacimos, pudiera prolongarse su vencimiento; y es inútil hacer las siguientes sencillas reflexiones, de que, como al fin y al cabo venimos de la eternidad, y despues de concluir la vida volvemos á entrar en ella, cualquiera que sea la extension del tiempo de nuestra existencia, es siempre una cantidad fínita, comparada con el infinito, y por ende la relacion es siempre la misma. Así, supongamos que en otros mundos, en otros sistemas solares, en otros planetas haya séres de una organizacion semejante á la nuestra, y cuya vida media esté con la del habitante de este globo en la misma relacion que lo están el tiempo empleado para hacer una revolucion sobre su eje, el globo á que nos referimos y esta pequeña tierra que habitamos; y, por consiguiente, que la duracion de la vida media de aquellos séres sea veinticinco, ciento ó mil veces mayor que la nuestra; ellos no sabrán darse razon de eso y la juventud, la edad madura, la vida, en fin, les parecerá tan corta como á nosotros la nuestra.

El deseo natural á que nos hemos referido dá lugar á otra ilusion más desprovista aún de fundamento, y consiste ésta en el deseo, muy frecuente en el indivíduo, de que su vida se prolongára durante muchas generaciones. ¡Qué desengaño tan cruel para el que esto consiguiera! ¿Qué atractivo tendria para él la existencia en un mundo completamente desconocido y con el aislamiento que produciria la falta de afecciones amistosas y otras más dulces? Todo inclina á creer que la vida de todas las especies en cada globo de los infinitos, que no hay razon para que no estén habitados, esté íntimamente relacionada con las condiciones astronómicas y cosmológicas del globo sobre el cual viven. De donde se infiere que en cada uno de ellos, así como en esta pobre tierra que habitamos, sería una gran perturbacion para la marcha de las sociedades el que la existencia del rey de los animales fuera de una duracion doble ó triple, mayor ó menor de lo que es en la actualidad.

Indicadas quedan las dificultades que llevaria consigo la realizacion de la primera hipótesis; pero no seria, ménos las de la

segunda. Porque, si, el término general de la vida, estuviera dos ó tres veces más próximo al nacimiento de lo que está hoy, el indivíduo, no sólo careceria del tiempo necesario para estudiar con detenimiento el saber que las anteriores le habian legado y poder eliminar los errores que antiguas teorías contenian y por consiguiente plantear y someter á la experiencia nuevos métodos y descubrimientos que mejorasen la anterior, sino que le sería imposible darse razon de que existieran tales defectos, y aun conociéndolos, tener la calma y el tiempo necesarios para hallar la base que le servia de fundamento. Pero, hay una razon científica más alta que todas las indicadas, consistente en que, como conocen bien nuestros lectores, no sólo todos los elementos que constituyen la organizacion, y por consiguiente, la inteligencia y la sensibilidad, no adquieren su completo desarrollo hasta llegar á cierta edad, sino que algunos de ellos, y muy importantes, apenas tienen existéncia en los primeros años más que de un modo embrionario.

VI

Concluida la última resistencia de España, diez y nueve años antes de Jesucristo, pasó á ser provincia romana, y puede decirse que de aquella fecha datan los comienzos de su unidad y una nueva faz de su civilizacion. Cualesquiera que fueran los grados que de esta tuvieran los diferentes pueblos que la habitaban, y por prolongada y enérgica que haya sido su resistencia, los resultados indican bien claro que algo y aún mucho habia de defectuoso en su anterior estado, y que en último sucumbia porque así habia de suceder para salvar aquel término duro, pero necesario, de la evolucion, para emprender nuevos y más ámplios derroteros, entre ellos el ponerse al contacto de cierta manera en armonía con lo que en aquel tiempo constituia la civilizacion de la mayor parte de Europa. Dado el carácter de este trabajo, procederia ahora, para seguir una marcha puramente lógica, examinar qué parte de la antigua civilizacion ibérica se habia mezclado con la romana, cuál la influencia que una habia ejercido sobre la otra, y si alguna de ellas habia desaparecido. Del mismo modo investigar qué restos habian queda-

do de los antiguos iberos, cuáles eran los idiomas que hablaban, si tenian en esta ó en otra forma uno ó vários conjuntos de leyes, y en tal caso, averiguar cuáles fueran éstas; y tantos otros problemas que entran en una cuestion de suyo tan compleja y que iremos resolviendo segun se vayan presentando. Pero esto, al parecer rigor lógico, no nos conduciría á encontrar la razon ó razones fundamentales de lo que queremos averiguar, simplemente por la carencia de datos indispensables al objeto que nos hemos propuesto. Tendremos, por lo tanto, que separarnos un poco de aquel camino. Mas, antes de ir adelante, creemos necesario aún aclarar un concepto que pudiera parecer contradictorio, consistente en la afirmacion de que el lógico no nos hubiera conducido á la razon de sér ó á las causas que determinaron las condiciones del pueblo ibero, dando esto lugar á otra contradiccion, al parecer, de más importancia. Todos los dias se oye decir en las Cámaras y demás puntos donde cuestiones políticas y sociales se tratan, que la lógica extremada conduce al absurdo, y que, en cierta esfera elevada, los hombres lógicos son los más perjudiciales á la causa que intentan defender. De suerte que, si tomamos esto al pié de la letra, lo más acertado sería el proceder en todos, y cada uno de los casos, en contra de los procedimientos lógicos, ó, dicho de otra manera, que lo mejor para acertar sería averiguar lo que la lógica enseña, y seguir el camino opuesto, lo cual es simplemente absurdo; y, por consecuencia, lo es del mismo modo el principio de que se ha partido. Así, pues, nos encontramos, al parecer, como una antilogia insoluble.

Vamos á intentar el poner esto en claro. Para la investigacion de una ley, ó lo que es lo mismo, para hallar la causa fundamental de las naturales ó sociales, se necesita conocer el número de hechos y de datos suficientes, y una vez obtenidos, deducir con todo rigor las consecuencias de los principios sentados. Esto explica lo que las ciencias positivas han adelantado desde que se aplicó el cálculo á esta clase de investigaciones, porque, en último término, toda la importancia del álgebra se reduce á la absoluta seguridad que suministra de que los resultados que se obtengan son rigurosamente las consecuencias de los principios sentados. De manera, que la diferencia entre el procedimiento puramente lógico y el científico, consiste en que

los que siguen el primero parten de un principio con frecuencia conceptual, y por medio de giros y artificios dialécticos, llegan al parecer á las últimas consecuencias; pero sin tener en cuenta las séries y circunstancias que han influido de un modo decisivo en las obtenidas, y prescindiendo por completo de los datos que la experimentacion y el cálculo suministran. El método científico, por el contrario, observa los hechos con delicada detencion, los toma en bastante número para encontrar la relacion que los liga, repite las experiencias por diferentes indivíduos y observa con mucho cuidado, para eliminarlo, lo que puede haber de erróneo en la experimentacion, debido á la mano del hombre ó del instrumento de que se valga. El primer método halaga más nuestro amor propio, es más adecuado á las inteligencias perezosas, y por eso ha dominado durante muchos siglos con escaso provecho en la parte más adelantada de los habitantes de este globo. El otro es más molesto, halaga ménos nuestra fantasía y no se presta tanto á que la loquilla de la casa, con sus brillantes imágenes, tome, por razon ó demostracion de una cosa, lo que es simplemente una hipótesis ó una logomaquia. Mas, á pesar de estos inconvientes, puramente subjetivos, tiene la ventaja de prestarse mejor á la comprobacion, y por consecuencia, á la manera de patentizar si la teoría está ó no de acuerdo con la práctica, resultando de aquí la satisfaccion interna del convencimiento profundo de que aquella verdad demostrada pasa, más tarde ó más temprano, á ser del dominio de todos los hombres, concluyendo por no haber nadie que pueda combatirla. Así, todos los dias vemos, sin fijarnos, la diferencia que hay en la manera de discurrir, en igualdad de circunstancias, entre el matemático y el teólogo, entre el hombre consagrado á las ciencias naturales y el que se dedica al estudio del Dererecho y la interpretacion de las leyes, entre el médico y el abogado. Por las razones expuestas, y abordando en su tiempo y lugar los problemas principales á que dá márgen la formacion del pueblo hispano-romano, vamos á hacer una breve reseña de cómo la república, y despues el imperio, organizaron la pirenáica península; y este procedimiento nos servirá para deducir la importancia de los elementos y de los pueblos que despues de la conquista siguieron sujetos ó ligados al poder romano.

Lo mismo en la naturaleza que en las sociedades, son difíciles y complejas todas las cuestiones que se refieren á los términos evolutivos, ó sea á las épocas de transicion entre el período caótico y el de una coordinacion determinada. Esta dificultad que es de simple buen sentido, generalmente hablando, crece de todo punto cuando las investigaciones se dirigen á averiguar el período de trasformismo de un pueblo, ó dicho de otra manera, el cambio de civilizacion y manera de ser. De tal suerte se mezclan y compenetran los elementos antiguos con los modernos, el cruzamiento de sangre ó mezcla de razas, las leyes, las costumbres, los fundamentos del derecho relativo, las preocupaciones, las creencias y, sobre todo, los elementos permanentes del medio ambiente, de la nutricion, del suelo, de la cantidad de calor y de humedad, del uso con los otros séres del reino animal inferiores al hombre, pero sus parientes por más de un concepto, por ser término de una misma série, el cultivo de diferentes vegetales, términos más lejanos de la misma, su uso para la nutricion, su servicio medicinal y tambien de recreo; que basta sólo esta ligera enumeracion para comprender que, siquiera sean tratados muy someramente, necesitarian cada uno de ellos un estudio particular y todos los datos que hoy les proporcionan los ramos especiales de ciencia á que pertenecen. Pero si no podemos detenernos en cada uno de estos puntos tanto como el asunto requeriria, no es posible dejar de hacer algunas ligeras reflexiones, si hemos de ser consecuentes con el método positivo, que es el que nos hemos propuesto seguir en todo lo congruente á nuestro objeto.

A propósito hemos hablado de las condiciones peculiares á cada una de las especies de animales y vegetales que en cada país hace uso el hombre para su servicio, ya provengan de su suelo, ya hayan sido trasportadas artificial ó espontáneamente y aclimatadas sobre el de que se trata. Y es esto tan cierto, que está hoy fuera de duda que los indivíduos de un país, por condiciones climatológicas unas veces, y por las de raza y herencia natural otras, no sólo sobresalen ó son deficientes en unas cualidades físicas, intelectuales y morales, á espensas y con ventaja de otras, sino que la fisiología y anatomía comparadas, ponen de manifiesto diferencias anatómicas y fisiológicas adquiridas, unas

por las condiciones del ambiente, en medio del cual se vive, y permanentes en las razas, las otras, como condiciones á ellas peculiares, evidenciando igualmente, en las mismas condiciones, aptitudes é impunidades de cada una de las familias humanas para ciertas enfermedades ó estados patológicos. ¿Quién no conoce, por ejemplo, la impunidad de los negros para la fiebre amarilla, la desdichada aptitud de los blancos y el estado intermedio de los mestizos para semejante azote? Hay más; la sangre del corto número de razas primitivas que existen sobre el globo terráqueo, y prescindiendo de las individualidades, no alcanza el mismo grado de temperatura, y un olfato, sin ser muy delicado, percibe desde el primer momento el distinto olor que exhalan los diferentes indivíduos de cada una de aquellas. Pero, no es esto solo; la ciencia demuestra hoy que una porcion de enfermedades de las dominantes en cada país, si bien con distinto aspecto é intensidad, no sólo son comunes al hombre, á los animales y á los vegetales, sino que, frecuentemente, son trasmitidas de unos á otros: buen ejemplo de ello es la hidrofobia. Y cuenta que estas consideraciones las hacemos por lo que respecta al hombre y demás animales que pudiéramos llamar visibles, prescindiendo, por no ser propio del objeto que nos ocupa, de ese mundo de los infinitamente pequeños que ha venido á descubrir el microscopio, que tantos millones de enemigos mortales nuestros contiene y que dentro y fuera de nosotros ponen en peligro nuestra existencia al comer, al beber, al respirar ó á causas interiores no bien conocidas. Mas no es ahora nuestro objeto ocuparnos de estos verdaderos enemigos de la sociedad y de la familia.

Como tanto escasean los datos relativos á los pueblos que ocupaban la Península antes de la conquista romana, como todo ha cambiado á consecuencia de aquella, como tantos pueblos de otras naciones y razas muy diferentes han venido á establecerse aquí y á constituir los elementos integrantes de lo que más tarde ha tenido el pueblo español, como la industria y la agricultura han cambiado, y diferentes animales y vegetales han sido trasportados de otros países y continentes; es de todo punto necesario, para discurrir con acierto, hacer una reseña, siquiera sea muy sucinta, de las principales razas humanas que

sobre este suelo han venido á mezclarse, ó sea de aquellas que influencia más decisiva han tenido en los destinos ulteriores del imperio ibérico. De esto habremos de tratar en el momento oportuno. Por ahora conviene á nuestro objeto ocuparnos de las leyes, costumbres, ventajas y defectos que aquí implantó la civilizacion romana; y de las variaciones políticas, de las muy diversas relaciones de Roma con las diferentes ciudades de España, etc., podrá inferirse la forma de gobierno ó leyes que tenian los antiguos habitantes, la clase de consideraciones que con ellos guardaron los conquistadores y los motivos que tuvieran para obrar de tal suerte.

Concluida quedó la conquista, como hemos dicho, diez y nueve años antes de la era cristiana. La Península ibérica perdió por completo su independencia y libertad, adquirió en cambio la unidad política de que antes carecia, y agregada al imperio como una sola provincia, entró á participar de la civilizacion del antiguo mundo, ó lo que es lo mismo, del moderno para aquella época. Como es natural, este acontecimiento llevó consigo grandes beneficios y tambien males gravísimos. Con el estado regular y relativamente tranquilo, con el advenimiento de nuevos propietarios y la importacion de esclavos, cuando no lo eran los antiguos habitantes, la agricultura habia de cambiar forzosa y ventajosamente de aspecto. Los hombres de negocios y especuladores vinieron á establecerse, aguijonados por el lucro para esplotar y cambiar por el de otras regiones los grandes y variados productos que abundaban en la occidental Península, á lo cual contribuia grandemente la construccion de caminos ó vías que la ponian en contacto con Roma, el gran foco de consumo, y además con todos los pueblos que componian aquel vasto imperio. Con el comercio vino, como era natural, la creacion de nuevas necesidades, y con el deseo de satisfacerlas la de mayor actividad y trabajo, y como consecuencia necesaria, el trato con otros pueblos y un nuevo cambio en las ideas, abriéndolas un horizonte más ámplio. Como todo en este mundo sublunar está enlazado y se compenetra, esto llevó consigo la acumulacion de riquezas, la division de trabajo, la emancipacion para algunos indivíduos de las cargas que éste diariamente impone para la subsistencia, ó dicho de otro modo, tal estado llevó

consigo, para los más afortunados, la situacion de desahogo que permite, y aun estimula á que se hagan sentir vivamente los recreos de la imaginacion, las necesidades de la inteligencia y la produccion de las manifestaciones que al sentido estético se refieren; y de aquí el grado de cultura en general que llegó á alcanzar España bajo el dominio romano.

Apropósito de lo que acabamos de decir sobre la cultura y desarrollo intelectual de España, parécenos propio de este lugar hacer una advertencia que varias veces tendrá su aplicacion en esta clase de estudios, consistente en que, cuando se mide la importancia de un pueblo por su grado de civilizacion, en realidad no está bien aplicada la palabra *civilizacion de un pueblo*, puesto que se toma por manifestacion del conjunto la que es, únicamente, de las clases ó indivíduos que más sobresalen en el país de que se trata, haciendo imaginariamente una abstraccion de todo lo demás que constituye su inmensa mayoría. Lo dicho es tan cierto, que, con frecuencia, se nota en los pueblos éstas que pudiéramos llamar diferencias inversas: en el uno abundan más los sábios de primer órden, los que más descuellan en la ciencia, los que más nombre y mayor brillo dan á su nacion, mientras que la masa del pueblo de ésta misma se encuentra muy atrasada, relativamente á otra, en la cual el nivel medio de ilustracion es mucho mayor que el de la primera, teniendo, no obstante, mucho menor número de hombres que brillan en las altas esferas de la ciencia y del saber. En uno y otro caso prestan los dos gran servicio á la humanidad y al progreso, pero con esta notable distincion: que el primero, por grandes que sean sus servicios, por más que de ellos se aprovechen las generaciones presentes y venideras, está siempre amenazado de una gran decadencia, de sumergirse durante un período más ó ménos largo en un océano de oscuridad y de atraso, ó del caso extremo de desaparecer, por la sencillísima razon de que, en sociológia como en política, y todo lo demás, el número tiene su fuerza propia, y, cuando la ocasion se presenta, puede un déspota ó un ambicioso querer apoderarse de él, ser su representante, y dar la ley á los que valen más intrínsecamente, sí, pero al fin muy inferiores en número; mientras que el segundo, no sólo está libre de estos peligros, sino que, pasando al principio por una situacion

más modesta, como el nivel medio es superior al primero, y por la misma importancia del número, concluye, despues de un período más ó ménos largo, por tener hombres cuya altura en el desarrollo intelectual aventaja á los de igual clase que del otro en la misma relacion en que se encuentra el nivel medio de las masas; ó dicho de otra manera, que los niveles máximos intelectuales, concluyen por estar en la misma relacion que los medios.

Al ser vencidos los últimos restos de los antiguos pueblos de la Península, pasó ésta á ser una provincia romana, tomando la civilizacion de aquella gran república, sus leyes, su lengua, su concepto del derecho, sus ideas sobre la propiedad, etc., y tambien sus errores, su desconocimiento de la justicia, sus vicios; en una palabra, la civilizacion romana con sus ventajas é inconvenientes. Acaecia esto, como ya se ha dicho, á los diez años del reinado de Augusto; es decir, que al concluir la conquista de España, la república habia tambien concluido: empezaba el imperio; y á propósito hacemos notar esta coincidencia, porque, como se comprenderá bien, ha influido notablemente en los destinos ulteriores de España. Tenemos, pues, que la Península ibérica pasó á ser una ó varias provincias de las que constituian el imperio romano. Su extension, la semejanza ó desemejanza de los pueblos que la formaban habian de dejar sus vestigios ó influir de una manera notable en los destinos de aquella. Nos llevaria esto, como con la mano, á tratar la cuestion de las nacionalidades muy particularmente en lo que hace referencia á su mayor ó menor extension, ó sea los grandes ó pequeños grupos de poblacion que se conocen con tal nombre. Ventajas y grandísimos inconvenientes llevan consigo las grandes nacionalidades; pero, no es este lugar oportuno de abordar tal cuestion con el detenimiento que requiere. Lo que sí es cierto, y congruente á nuestro objeto, es que, cualesquiera que sean los inconvenientes del conjunto, puede haber ventajas que los compense de cierta manera en cada una de las unidades etnológicas que los constituyen. Y este es el caso en que se encontraba la occidental Península en el asunto de que se trata. Por lo tanto, creemos oportuno hacer una brevísima reseña geográfica de lo que se llamaba el imperio romano, cuando España cayó por

completo bajo su dominio. Generalmente se da el nombre de imperio romano al constituido bajo el poder de Augusto, y que continuó con leves variaciones bajo los sucesores de éste príncipe hasta la muerte de Theodoseo, 395 años despues de Jesucristo, que se dividió en imperio de Oriente y Occidente, continuando éste último hasta el año 476 de nuestra era.

Prescindiremos, por no ser útil á nuestro objeto, de otra division dentro del imperio entre Italia y los países conquistados, ó sean las provincias. Estas, bajo el reinado de Augusto, incluyendo las conquistas de su tiempo, eran Sicilia, Cerdeña, Córcega, España, Gália entera, Africa, Numidia, Íliria, Achaia. Macedonia, Asia, Cilicia, Siria, Chipre, Cirináica, el país de los Belgas, las Germanias, Egipto, Rhetia, Vindelicia, Nórica, Panonia y Mesía. Todo este vasto imperio lo dividió Augusto con el Senado, ó, lo que es lo mismo, fué constituido en provincias imperiales y senatoriales, reservándose además las fronterizas y nuevamente conquistadas. Las provincias senatoriales fueron: Cerdeña, Córcega, Sicilia, Gália Narbonense, Bética, Macedonia, Achaia, Creta, Asia, Vithinia, Chipre y Cirináica; todas las demás eran provincias imperiales.

Cuando los romanos arrojaron de España á los cartagineses, la dividieron en dos partes, interior y exterior, teniendo ambas por límite el rio Ebro, constituyendo la primera la comarca tarraconense y la segunda la lusitana y bética. Augusto la dividió en tres: tarraconense, bética y lusitana, y continuó esta division hasta Constantino que formó seis provincias: tarraconense, bética, lusitana, cartaginense, galiciana y tingitana, á la que se añadió en tiempo de Theudiseo el Grande, otra compuesta de las tres islas Baleares que hasta entonces habian pertenecido á la cartaginense. Cada una se dividia en regiones ó conventos jurídicos, y cada region en un número determinado de ciudades, sin contar con las colonias ó municipios. Las principales ciudades de la España romana eran las capitales de las 14 regiones ó conventos en que se subdividian las provincias; pero estas ciudades estaban muy lejos de ser iguales por su manera de ser y sus condiciones. Así, unas eran por su naturaleza constitutiva colonias, y otras municipios por razon de privilegios. Habia ciudades confederadas inmunes, estipendiarias y contri-

butas; y á estas diferencias aun habia que añadir otras que pudiéramos llamar honoríficas por motivos de distincion particular; así la habia de derecho romano, latino ó itálico. Las ciudades-colonias eran habitadas por romanos ó españoles, considerados como ciudadanos de Roma, y se regian por las leyes de la capital del imperio. Los municipios eran ciudades españolas que se gobernaban segun las antiguas leyes pátrias; pero sus ciudadanos gozaban de los mismos privilegios que los romanos y podian aspirar á todas las dignidades y honores del imperio. Llamábanse confederadas las que se gobernaban á sí propias y eran consideradas no como dependientes, sino como aliadas del pueblo romano. Las inmunes eran así llamadas porque no pagaban tributos, á diferencia de las estipendiarias que tenian obligacion de satisfacerlos. Las contributas eran aquellas que dependian de otra mayor, y se consideraban como incluidas en ellas gozando de todos sus fueros y privilegios.

De estas indicaciones se deducen algunas consecuencias. En efecto: si, como acabamos de ver, las ciudades municipias, además de gozar sus ciudadanos de los mismos fueros y prerogativas que los de la Ciudad Eterna, se gobernaban por las antiguas leyes españolas, se infiere que antes de entrar en el dominio de Roma habian precedido tratados ó convenios, por los cuales los antiguos españoles habian impuesto por condicion el respeto á sus leyes y costumbres. Y, prescindiendo de que Roma diese la preferencia á las que titulaba colonias, por ser formadas de romanos ó españoles sometidos, y precisamente por esta condicion, se deduce que aquellas, fuese por la resistencia que habia presentado, ó bien porque no hubieran podido los romanos someterlas, conservaban una especie de autonomía. Pero hay más, ¿qué leyes eran estas por las cuales querian ser gobernados y Roma creia conveniente acceder á este deseo? Si los habitantes de este suelo se hallaran en un estado próximo al salvagismo, como por orgullo ó sobrada ligereza han afirmado algunos escritores latinos, si su civilizacion fuera en muchos grados inferior á la romana, seguramente ni los antiguos habitantes hubieran formado tal empeño, ni el pueblo dominador lo hubiera permitido. Queda, pues, completamente evidenciada una afirmacion anteriormente hecha: que los antiguos pueblos que ocupaban la

Península habian alcanzado, antes de la conquista, si bien defectuoso, un estado de cultura digno de tenerse en cuenta dado el de Europa en aquellos tiempos. Pero, hay más; las ciudades confederadas no solo se gobernaban, como las anteriores, por sus antiguas leyes, sino que tenian buen cuidado de hacer constar que no eran dependientes, sino aliadas, del pueblo romano.

Varios fueron los nombres que tomaron los jefes de las respectivas provincias. Así los generales enviados á España por el Senado en tiempo de la república y que sólo podian mandar en las citerior y ulterior, lo hacian con el título de pretores ó el más respetable de cónsules; y concluido el año del consulado ó la pretura, continuaban gobernando con los títulos de pro-pretores ó pro-cónsules. Cuando Augusto venció á los galáicos, y con esta victoria acabó de sujetar toda la España, los gobernadores de las provincias lusitana y tarraconense, tomaron el título de delegados del emperador, á diferencia de la Bética, que continuaba dando á sus gobernadores el de pro-cónsules. De la division que ya conocemos, se infiere la gran extension de las provincias, y por consiguiente, lo difícil que habia de ser á los delegados y pro-cónsules atender como era debido á las diversas ciudades desde las capitales donde habian fijado su residencia; y por eso desde principios del imperio se introdujo la costumbre de establecer empleados subalternos, á cuyo cargo estaban las provincias más lejanas. Así vemos que en el mismo reinado de Augusto, vino á la Lusitania un vice-delegado militar y otros tres á la tarraconense para el gobierno de la Galicia, Búrgos y el centro de Aragon; y en tiempo de Neron hubo un prefecto, vice-delegado en las Baleares y lo mismo pudiéramos citar otros. Por la mera division del imperio, llevada á cabo por Constantino, se alteró profundamente esta forma de gobierno, dividiendo aquel en cuatro diócesis, una de las cuales eran las Gálias, que comprendia las actuales naciones de España, Francia é Inglaterra. El prefecto de las Gálias, jefe supremo de la diócesis, tenia bajo su jurisdiccion á tres vicarios ó vice-prefectos, de los cuales el primero en categoría era el de España, constituyendo en este país la autoridad superior, y los gobernadores de provincia que estaban á sus órdenes, tomaban los títulos de consulares, legados ó presidentes, teniendo á su cargo el gobierno civil y la

administracion de justicia en sus respectivas demarcaciones. Además de estas magistraturas, se conocieron en España los gobernadores militares ó condes, que estaban encargados de la direccion y mando general de la fuerza armada, á no ser que el vicario en persona desempeñára estas funciones.

Cuando los pueblos constituidos oligárquica ó democráticamente vienen rigiéndose desde largo tiempo por leyes ó costumbres republicanas, ó dicho de otro modo, tienen el hábito de gobernarse á sí mismos, y por su falta de virtudes, por la forma viciosa de la division de la propiedad, por su relajacion de costumbres, por sus vicios ó su cobardía, se hacen inaptos é indignos de conservar el grandísimo honor de ejercer la soberanía que de derecho les pertenece, no les queda otro remedio que perecer ó darse un amo que les deje á todos iguales en la servidumbre y en la abyeccion y prolongue por más ó ménos tiempo su menguada y enfermiza existencia. Cuando este caso llega, no ha faltado, ni falta nunca, algun ambicioso con condiciones superiores á las de sus conciudadanos, que, ora aprovechándose de la gloria adquirida, ora poniendo fin á la anarquía, ora ofreciendo la paz, ya defendiendo la igualdad y suprimiendo los privilegios de antiguas oligarquías, á las cuales no queda más que el recuerdo de sus antepasados, asume en sí los atributos de la autoridad y se constituye en guardador y jefe de aquel rebaño de esclavos. Pero en tales casos, y como sucede siempre que los pueblos degeneran, á falta del vigor y la severidad convenientes para hacer uso de su derecho, les queda la vanidad de los nombres como vestigio de su antigua y pasada grandeza; y, por lo tanto, rara vez el nuevo amo se dá el título de rey ó emperador, contentándose con llamarse protector, dictador, esthatuder, cónsul vitalicio, y conservando los nombres á que antes iba unida la autoridad confiada por el voto de los ciudadanos, asumen para sí todas aquellas fracciones de dicha autoridad. No faltó Augusto á esta regla, y así fué reuniendo poco á poco en su persona los cargos más principales de la república, cuales eran los de Pontífice, cónsul, tribuno, cuestor, edil y prestor, para acostumbrar paulatinamente á aquellos envilecidos romanos al gobierno imperial. Los sucesores suyos no se descuidaron en seguir la misma conducta que Augusto habia iniciado, y fueron esta-

bleciendo nuevas ciudades imperiales, las cuales se regian por legados del emperador, á diferencia de las senatoriales administradas por el Senado, que delegaban sus facultades en un procónsul cuando así lo permitia el César. Siguiendo por este camino, y conformándose con el plan ideado por Augusto y continuado por sus sucesores, las ciudades más importantes de España pasaron á la categoría de imperiales, y desde entonces sus gobernadores respectivos tomaron el título de presidentes. Para completar todo el sistema de la administracion romana, hubo necesidad de establecer unos funcionarios cuya tarea era la administracion y recaudacion de las rentas públicas con el nombre de cuestores, y á los cuales correspondia el cobro de los impuestos generales y la provision del ejército; y relacionados con ellos estaban los procuradores augustales, que ejercian los cargos de inspectores generales á fin de impedir que los empleados subalternos cometiesen fraudes y depradaciones. Al lado de ellos estaban los censitores que apreciaban las fincas para determinar los tributos; y los exactores, los arqueros ó archarios, comentadores, tabularios y publicanos, para el cobro y depósito de los derechos que devengaban la importacion ó exportacion de los diferentes géneros.

Fueron los españoles estendiendo los privilegios de ciudadanos romanos, hasta que últimamente los concedieron á todos los provinciales, con lo cual consiguieron desapareciese la diversidad antigua entre las ciudades, constituyéndose en ellas Gobiernos municipales muy parecidos, si no idénticos, al de la metrópoli. Cada ciudad tenia su cúria, sus decuriones, dumviros, ediles, defensores y otros oficiales semejantes á los que tenia el Senado, cónsules, pretores, ediles y demás que existian en la Ciudad Eterna. Los decuriones formaban el cuerpo municipal y á ellos pertenecia la direccion de sus negocios y bienes, porque cada ciudad tenia sus propios ó rentas públicas procedentes de tierras, bosques y otras fincas pertenecientes á toda la poblacion, así como los intereses producidos por los consumos en calidad de arbitrios. Nombraban tambien los dumviros, ediles y demás empleados municipales, y además gozaban de otras consideraciones, honores y privilegios.

Ya veremos, en su debido tiempo, la manera de considerar

el derecho de propiedad que tenian los romanos, y el escaso concepto que formaron de ella. Pero, al lado de ésto, la daban tal importancia, que su posesion determinaba, no sólo los rangos y distinciones entre las clases, sino que era indispensable para el desempeño de cualquier funcion. Así que, para poder pertenecer á la curia de cualquier ciudad, necesitaba el individuo ser propietario á lo ménos de 45 yugadas de tierra ó un caudal de 100.000 sextercios. Y, aunque variando la cantidad, el principio era lo mismo para todos los cargos. De tal suerte eran consecuentes en esto, que si uno, por ejemplo, era senador porque poseia un caudal de 800.000 sextercios, ó caballero porque poseia 400.000, si despues de nombrado disminuia su capital, de tal manera que no llegase á la cuota señalada, dejaba de pertenecer á las corporaciones para la que habia sido elegido. Y aunque pudieran citarse muchísimos casos de senadores que, ya por desgracias de fortuna, ya por lujo desenfrenado, vicios ú otras causas, no poseian la cantidad indicada, y sin embargo, seguian perteneciendo á diferentes corporaciones, era porque, valiéndose de medios ilícitos, dejaban burlada la ley. Los censores tenian á su cargo la estadística de la república y la correccion de las costumbres, y renovaban cada cinco años el catastro ó descripcion detallada de las familias y sus bienes. Los oficiales, á cuyo cargo estaban el registro de la propiedad y las contribuciones correspondientes á cada ciudadano, se denominaban censitores ó tabularios; exactores á los que cobraban; arqueros á los que cuidaban de la caja del erario, y comentadores los que anotaban y llevaban las cuentas. Los dumviros representaban en la península el mismo papel que los cónsules en Roma. Su empleo era, por lo regular, un año y á veces cinco; presidian la municipalidad; estaban encargados de toda la parte económica, y administraban justicia.

Se ha dicho anteriormente, y veremos más adelante, que en el fondo Roma no era una república, sino una organizacion militar gerárquica. Pero si como tal república pudiera considerársele, lo era aristocrática, y sólo á través de las generaciones fueron los plebeyos arrancando á aquella aristocracia todos los derechos. Obedeciendo á dichas ideas ó manera de ser, el Gobierno municipal estaba principalmente á cargo de los nobles, pero

los plebeyos tenian el derecho de votar en algunos actos públicos y obtener empleos de cierta importancia. Uno de estos era el de defensor de las ciudades, especie de magistratura que fué creada por los emperadores Valentiniano I y Valente. La institucion de estos funcionarios y sus atribuciones, tenia por objeto principal proteger al pueblo contra las injusticias de los magistrados y las demasías de los subalternos; reclamar en favor de los intereses de la poblacion; juzgar en las causas civiles hasta la cantidad de 50 sueldos sin apelacion ante los presidentes de las provincias, y hasta la cantidad de 300, pero en este caso eran apelados en sus sentencias. Por último, podian perseguir y procurar la captura de los facinerosos y reprimir algunas faltas leves. El nombramiento se hacia por el pueblo y entre los indivíduos que no fueran decuriones ni militares. Despues de establecido el cristianismo oficialmente, se apoderaron de este cargo los obispos.

La curia ó senado de las ciudades, formaba en cada una un cuerpo que se denominaba Orden. El lugar donde celebraban sus reuniones, conservaba el mismo nombre de curia y sus presidencias se denominaban *Secreta decurionum.* En un principio, el cargo de los curiales fué codiciado con empeño porque era altamente honorífico, pero cuando la dispendiosa ostentacion de la monarquía, el desatentado lujo de los emperadores, la sed insaciable del militarismo y la necesidad de repartir sumas inmensas entre una soldadesca desenfrenada y tanto más codiciosa y avara cuanto ménos apta para defender las fronteras, precisaron á los emperadores á elevar cada dia más la cifra de los impuestos; los indivíduos de la curia se vieron tan recargados de obligaciones y temible responsabilidad, que el desempeño de su cargo se hizo odioso y fué preciso emplear la fuerza para decidirlos á su aceptacion. En efecto, hallábanse agregados inseparablemente á la curia de una manera muy parecida, como en lo sucesivo lo estuvieron al terruño los siervos de la gleba. No les era dado residir fuera de la ciudad ni obtener empleos incompatibles con su cargo. Sus bienes, de los cuales no podian disponer sin permiso del Gobierno, estaban sujetos no sólo á las resultas de la recaudacion é inversion de los impuestos, sino á suplir la insuficiencia de los fondos municipales. No podian

disponer más que de la cuarta parte de sus bienes, cuando no tenian herederos forzosos, y sufrian la pena de confiscacion los que se ocultaban para no ser curiales. En compensacion de tan horribles gravámenes, hallábanse exentos de la tortura en casos ordinarios; eran mantenidos por la curia en el de pobreza y poseian algunos que otros privilegios que, si bien no carecian de cierta importancia al principio, vinieron á ser despues más nominales que positivos y sobre todo insignificantes, cuando se les compara con las pesadas obligaciones que tenian. Por último, el emperador Leon, el filósofo, abolió definitivamente este cargo por una de sus Constituciones.

Eran los municipios establecidos por los romanos, una institucion de grandísima importancia, y aunque ha llegado hasta nosotros, fueron tales las variaciones, que la que tienen hoy no es ni siquiera un remedo de la que alcanzára en aquellos tiempos. Mirando la cosa en el fondo, eran gobiernos de otras tantas repúblicas, aunque sujetas á las leyes generales del imperio, y por esta razon fueron, andando los tiempos, de cierta manera, una barrera que contenia tanto como era posible el absolutismo de los reyes. En los tiempos que corremos, y gracias á una absurda centralizacion y otras causas, están bien lejos de ser la misma para el absolutismo gubernamental, de tal manera, que á pesar de las afirmaciones sustentadas por las escuelas más liberales, há lugar á discutir la siguiente cuestion: ¿Son los municipios una rueda indispensable para conservar incólume la libertad de los pueblos? Mucho pudiera decirse sobre el particular, pero no es esta la ocasion de plantear el problema, sin que por esto renunciemos á hacerlo en momento oportuno. Ejemplos hay en pró y en contra: si en Suiza fueron la base de la libertad y la cuna de la civilizacion y de la independencia, si en la liberal monarquía belga tienen una importancia que en vano se pretenderia negar, en cambio Inglaterra no tiene, propiamente hablando, municipios, y sin embargo es uno de los pueblos más libres del globo que habitamos. Pero sea de esto lo que quiera, es indubitable que tenian importancia decisiva en la época que venimos refiriéndonos. Mas es tributo del despotismo agostar todo aquello que toca, y el imperio, por sus excesivos gastos, concluyó por acabar con aquellos municipios, ó por lo

ménos conseguir, como acabamos de ver, que ningun ciudadano honrado quisiera prestarse al desempeño de aquellas tan honoríficas como importantes funciones. Lo dicho bastaba para deducir que por tal camino habia de llegar un tiempo en que los pueblos, sujetos al poder de Roma, miraran como una fortuna el ser dominados por los bárbaros. Peró no adelantemos las ideas y obligados como estamos, por el plan que nos hemos propuesto seguir, á tratar varios puntos referentes á la dominacion romana en la península y de órdenes tan distintos como el social, el político, el industrial, el religioso, el filosófico, etc., continuemos la narracion comenzada.

La administracion de justicia, por lo que puede deducirse de varios documentos antiguos, estaba á cargo de los jueces, decuriales, decemviros, triunviros y cuatrunviros capitales; ó jueces de causas criminales, de cuyas decisiones podia apelarse ante los prefectos jurídicos establecidos en cada convento, y que dependian á su vez del juez superior de cada provincia nombrado por el Emperador. Con motivo del nuevo sistema de administracion pública, en tiempo de Constantino fué creado otro tribunal mayor, que era el del vicario de la diócesis, y al cual se hallaban sujetos los tribunales de las respectivas provincias.

Para los negocios civiles que no tenian relacion con el foro ni con los intereses del Estado en general, reuníanse los decuriones de cada ciudad; pero cuando los negocios podian afectar á todos los intereses de una region ó provincia, se celebraban otras juntas más generales, las cuales, si se reunian en la capital del convento, se llamaban conventos jurídicos, y si en la capital de provincia, concilios. Estas juntas eran convocadas á instancia de los decuriones de la capital donde habian de reunirse, y acudian á ellas los diputados de las ciudades subalternas, ora fuesen las de un convento ó region, si la junta era de convento, ora las de toda la provincia, si se trataba de reunir la junta ó concilio provincial. Algunas veces concurrian diputados de otros conventos y provincias, en calidad de embajadores extraordinarios, para arreglar los asuntos particulares concernientes á los distritos que representaban. La existencia de estos embajadores ó comisionados es una comprobacion más de la afirmacion anteriormente hecha, referente á que cada municipio

ó ciudad formaba una especie de república con cierto grado de autonomía.

Esta era, en resúmen, la constitucion política y civil de la Penísula ibérica en la época de la dominacion romana. Siguiendo al principio el gobierno de la república ó del imperio su política de calculada tolerancia é insinuacion para con los pueblos conquistados, logró introducir su lengua, costumbres y legislacion, tanto en el terreno político como en el civil. De tal manera llegó á aclimatar la primera, que mucho tiempo despues de su dominacion no habia más lengua oficial que el latin. Ya veremos cuando se hable de la formacion del idioma pátrio, que éste tiene, por lo ménos, tantas raíces y áun voces latinas como el mismo italiano. Seguramente no era solo el latin la lengua que aquí se hablaba; habia además el caldeo, el hebreo, el griego, el siriaco y algun otro venido del Africa, además del vasco, que aún hoy se conserva sin mezcla importante con ninguna otra lengua. Pero de todo esto hay que tratar con más extension cuando nos ocupemos del orígen y formacion de la lengua española. Tambien queda dicho que los gobiernos de las ciudades se regían por diferentes Constituciones, pero desde el tiempo de Antonino el piadoso, todos los pueblos del imperio obedecieron á una misma Constitucion, y así el gobierno central fué estendiendo su dominio y reduciendo á toda España á una mera provincia del imperio de la cual sacaba, además de otros recursos, excelentes soldados de que tanto habian menester para defenderse de los bárbaros que desde el tiempo del mismo Augusto les amenazaban. A pesar de esto y de haber ido más ó ménos paulatinamente perdiendo todas sus libertades, conservaron los españoles de tal modo las formas de la legislacion romana, que sobrevivieron en su mayor parte al imperio de Occidente, subsistiendo áun en la época de la dominacion goda el municipio romano.

Ganó España, en cambio de su perdida independencia y libertad, la unidad política, la integracion á que antes no habia podido llegar, entrando por el camino de la civilizacion del pueblo rey con sus ventajas é inconvenientes. Han sostenido escritores de valía que esto habia sido una pérdida real para el progreso, porque habiendo logrado la república, y despues el impe-

rio, romanizar la ibérica Península, habian borrado ó hecho desaparecer la virtualidad y condiciones especiales del pueblo ibero. No están, sin embargo, tan en lo exacto como pudiera creerse á primera vista. Cierto que las leyes, costumbres, los conocimientos y los errores de la política romana por un lado, y por otro los hombres trasportados aquí á consecuencia de las guerras de pueblos muy lejanos y de razas muy distintas, como tambien el desprecio al comercio y al trabajo, la ninguna importancia que Roma dió constantemente á la marina; la manera como consiguieron que desaparecieran las antiguas religiones, la suplantacion de ellas por el monoteismo primero y despues por el cristianismo, la esclavitud como base social, y como consecuencia suya las grandes latifundias, la despoblacion que resultó de las porfiadas luchas sostenidas por los iberos, no sólo por el número de estos que perecieron en las batallas y en los suplicios, sino por los que fueron trasportados á las orillas del Danubio y otros puntos, la mezcla de las antiguas razas por traslaciones de un lado á otro dentro de la misma Península, como por ejemplo, el número de lusitanos conducidos á las tierras de Sagunto, el de asturgalaicos llevados á las orillas del Ebro y otras tantas causas que pudiéramos enumerar, han debido modificar grandemente el carácter y condiciones de los antiguos habitantes. Pero existía una causa permanente para que no se borrase por completo la fisonomía y lo que pudiéramos llamar extructura especial y peculiar que siempre ha distinguido y distingue al pueblo de aquende los Pirineos de todos los demás de Europa; y otras causas permanentes y determinantes son las condiciones climatológicas, el medio ambiente, la posicion geográfica, los medios nutritivos y todo lo que en las condiciones biológicas influir puedan. Y esta deduccion teórica la ha comprobado la esperiencia, piedra de toque de todas las teorías, por el hecho ya indicado de que la literatura, las manifestaciones así intelectuales como sensibles, por más que fueran modeladas por las de Roma, tomaron aquí un sello especial que no dejaba lugar á duda sobre la virtualidad de este pueblo. Así la primera, que dominó más de un siglo en la misma Roma, se distinguia de toda otra por la mayor abundancia de imágenes, períodos más rotundos y estilo más ampuloso.

Por lo que hace relacion á las manifestaciones de la inteligencia, la provincia romana, que se llamaba España, estuvo muy lejos de carecer de gloria y de explendor, y en el período de aquella dominacion sobresalen en nuestra historia literaria los dos Sénecas, Lucano, Marcial, Quintiliano, Lidio Itálico, Floro, Columela y Pomponio Mela. Los dos Sénecas distinguiéronse como filósofos, y aunque es cierto que están muy por debajo de los que en tiempo habia producido Grecia, por aquello de que los hombres se parecen más á la sociedad en que viven que á los mismos padres, estaban con sus semejantes de la Península ibérica en la misma relacion que la cultura romana estuvo con la griega. Además, uno de los dos Sénecas se hizo notar como poeta trágico; Lucano escribió un poema, sin duda conocido de nuestros lectores, que aunque no estaba al abrigo de reproches sobre su gusto literario, dominó en todo él un estilo tan sublime que era más que suficiente para dar nombre á una persona ambiciosa de gloria. Describia en él las guerras civiles de César y Pompeo, y llevaba por título *La Farsalia*; Marcial es bien conocido de eruditos y literatos de valía, por sus picantes epígramas; Quintiliano lo era tambien, ventajosamente, como retórico. Silio Itálico y Floro, fueron historiadores notables, y si no están al abrigo de la crítica que pudiera hacérseles por su parcialidad estimulada ó cediendo, sin saberlo, á un exceso de patriotismo, es lo cierto que los dos escribieron, en excelente estilo, el primero, las *Guerras púnicas*, y el segundo, *De la República romana*. Honorato Columela fué el sábio agrónomo de la antigüedad, alcanzando un renombre tan distinguido, que mereció ser llamado el Padre de la Agricultura, y no habia exageracion en apellidarle el Arquímedes de la misma. No solo aquél español ilustre alcanzó justa y merecida fama, sino, lo que es más positivo, aunque ménos ostentoso, consiguió que de tal suerte siguiera España aprovechándose de sus consejos y conocimientos, que fué durante mucho tiempo el granero de Roma, y que, cuando en Italia y los fértiles países del Oriente se perdian las cosechas de cereales, España pudiera abastecer aquellos mercados con harto provecho para los poseedores de este suelo, y no poca ventaja para el adelanto comercial é intelectual. Pomponio Mela fué uno de los geógrafos más notables que tuvo Roma.

El cuadro de su biografía, aunque sólo posterior unos treinta años al de Strabon, es mucho más extenso que el de éste. Pero el geógrafo es inferior al griego por su buen gusto, y es más dado á las narraciones fabulosas; pues dejando correr su fantasía poblaba toda la tierra de habitantes imaginarios. Así, por ejemplo, afirma haber leido en escritores dignos de fé que en las islas del Norte de Europa vivian los hipopodes que tenian piés de caballo, y los panotes, cuyas grandes orejas les envolvian todo el cuerpo, sirviéndoles de vestido, y no vacila en hacerse eco de antiguas tradiciones sobre algun pueblo del Escythia que no tenian más que un ojo, por más que, anteriormente á él, Herodoto y Strabon hubiesen ridiculizado semejante creencia. Tampoco dió á la geografía una base tan científica como lo hizo Ptólomeo, fundándola en conocimientos astronómicos y cálculos matemáticos.

Por lo que hace referencia á éste, pudiera aplicársele á Mela lo que hemos dicho de Séneca, y tal vez con razon, porque, como se verá demostrado en el curso de estos estudios, la inferioridad intelectual de Roma era más marcada en todo lo que á ciencias se refiere que en lo que toca á estudios filosóficos y de otra índole. Bien puede asegurarse que la única ciencia positiva en la que ha hecho Roma trabajos dignos de mencionarse, ha sido la geográfica, como se comprende fácilmente, sin más que observar la gran extension que alcanzó el imperio, las conquistas que llevaron á cabo sus legiones, que al mismo tiempo que adquirian conocimientos prácticos de geografía, eran además para el imperio una necesidad. De suerte que al trasmitir Mela su nombre á las generaciones posteriores en la única ciencia que Roma cultivaba, no podia ménos de ser uno de los hombres más notables de su tiempo.

De lo anteriormente dicho, relativo al estado floreciente que alcanzó la cultura española para aquellos tiempos, se infiere que los otros ramos de industria llegaron en este país á un grado no inferior al que tenian en las demás partes del imperio. En efecto, además de la consideracion sencillísima de que es muy difícil, si no imposible, de que en una nacion se desarrolle la industria agrícola sin que las otras marchen, si no á la misma altura, al ménos paralelamente á ella, hay otra razon, no de ménos fuerza, consistente en que por la exportacion que á Roma y

otras partes del imperio hacia España de sus cereales y demás productos de la tierra, debió forzosamente alcanzar un grado de riqueza relativa, y por consecuencia el desarrollo de nuevas necesidades y el medio de satisfacerlas. Esta deduccion está comprobada por los datos históricos que hasta nosotros han llegado, bien que todo lo que Roma poseia y podia, por lo tanto, trasmitir á los países por ella conquistados, lo mismo en filosofía que en ciencias, artes é industria, era una simple copia muy inferior al original de lo que el pueblo-rey habia tomado de Grecia. En todo esto fué muy inferior á su maestra, y sólo la aventajó, como despues veremos, en las ideas prácticas de derecho y en la universalizacion de éste.

Antes de proseguir hemos de hacer algunas, aunque ligeras, indicaciones sobre una cuestion que se nos viene á la mente. Conquistada España por Roma, y alcanzando aquella un largo período de tiempo, debido á la paz de que se ha gozado durante éste, un importante grado de prosperidad y de desarrollo intelectual, cabe preguntar si además de otras muchas causas que á ello contribuyeron, dicha cultura correspondia sólo y por completo á los hombres que aquí vinieron á establecerse de Italia y de otros puntos, sin que ninguna gloria por todos los adelantos cupiese á los antiguos habitantes; ó dicho de otra manera, averiguar si los pueblos que ocupaban la Península ibérica y que de tal suerte han probado durante más de dos siglos su energía personal y sus condiciones guerreras, tenian la misma aptitud ó condiciones intelectuales necesarias y suficientes para marchar por el camino del progreso con igual facilidad que lo hacian sus dominadores: en suma; averiguar si las razas de la pirenáica península eran tan inteligentes como las otras de Europa; encontráranse ó no más adelantadas que ellas. Fácil seria demostrar la afirmativa, tanto por los datos históricos como por consideraciones de otra índole; pero, en obsequio de la brevedad, vamos á concretarnos á una sóla que dejará plenamente evidenciada dicha asercion.

Cuando Sertorius se hallaba en el apogeo de sus triunfos y victorias, bien porque sus ideas democráticas le hicieran comprender que una de las bases principales de la fuerza de un país es la instruccion, bien porque deseára que España alcanzase el

mismo brillo que Roma, bien porque entendiera de esa manera halagar el amor propio de los españoles que ocupaban posiciones más distinguidas y gozaban de mayor influencia, y lo empleára como medio de atraérselos, ó bien porque tratase de hacer un ensayo; ello es, que estableció en la ciudad de Osca centros de instruccion, modulados por los que existian en Roma, donde se enseñaban, entre otros conocimientos, las lenguas griega y latina, é hizo que concurrieran á ellos, á la par que jóvenes romanos, los hijos de los españoles más influyentes. No sólo la juventud española no apareció en aptitud inferior á la romana, sino que al cabo de algun tiempo declaraban escritores latinos que la primera tenia una imaginacion más viva y una inteligencia, por lo ménos, tan rápida como la segunda. Sertorius asistia con frecuencia personalmente á los exámenes, y mostraba particular empeño en repartir por su mano los premios y recompensas á los que se distinguian, y segun Plutarco, los padres mostraban más alegría aún que los hijos cuando veian á éstos acudir á las escuelas vestidos con ropas talares bordadas de púrpura. Lo cierto es que, segun dichos escritores, testigos de mayor excepcion en este caso, los jóvenes españoles se encontraron pronto en disposicion de dar lecciones á los romanos. Entre otros ejemplos, que en confirmacion de esto pudiéramos citar, indicaremos sólo el de Portius Latro, nacido en Córdoba, pátria de los Sénecas y de Lucano, que fué el maestro de Augusto y de Ovidio. Mucho se ha discurrido para explicar la rapidez con que pasó España de la barbárie á la civilizacion. Augusto envió á la Península un gran número de colonias, y muchos ciudadanos romanos se establecieron en ella. Fuera por esta razon ó por otras várias concausas, es positivo que Leon, Mérida, Beja, Zaragoza y otras muchas ciudades, fueron bien pronto focos de donde la civilizacion se estendia por toda la Península. Si esta era romana por completo, no por eso España la siguió servilmente, pues todas las artes tomaron de aquí el sello particular que en las diferentes épocas fué la manifestacion de la virtualidad de este pueblo.

Ya se ha dicho que la literatura española, que durante mucho tiempo imprimió su carácter sobre la romana, se distinguia por su magnífico estilo, aunque frecuentemente ampuloso. La estatuaria se distinguió por el atrevimiento en los contornos y la

nobleza y altivez en los rasgos fisonómicos, diciendo, á propósito de ella, algunos escritores, que los españoles se complacian en representar, aparte de los héroes y dioses mitológicos, algunos animales y con especialidad el toro, deduciéndose de aquí que este animal, ya fuera produccion del suelo ibérico, ya se hubiera aclimatado en éste por antiguas inmigraciones, era muy apreciado por los habitantes, bien por su utilidad para la agricultura, bien por su gallardía y acometividad. Se infiere, pues, á la vez que se comprueba, una afirmacion anteriormente hecha: que así el hombre como los animales, inferiores á él en la escala, tenian en aquellos tiempos muchas de las cualidades que aun hoy les distingue; viniéndose, por tanto, claramente en conocimiento, que eran y son debidas á condiciones permanentes que no pueden ser otras que las geográficas, nutritivas, climatológicas, etc. Y esto mismo se encuentra en las descripciones que hace Plinio del noble caballo andaluz.

Dijimos antes que los escritores del tiempo mostraban cierta sorpresa de la rapidez con que España habia marchado por el camino de la civilizacion. Y así era, en efecto: apenas habia pasado un siglo despues de concluirse la conquista, cuando España se encontraba trasformada como por encanto. Además de las grandes vías ó caminos militares que desde la parte de su extremo occidental la ponia en comunicacion con todos los países del vasto imperio romano, habia otras que enlazaban entre sí todas las provincias. Por do quiera se levantaban ciudades, acueductos, thermas, teatros, circos, templos, que de unos y otros aun se encuentran notables vestigios; y si hemos de dar crédito á los autores del tiempo, ninguna otra provincia era tan industriosa ni tan rica, ni estaba tan poblada.

Habiéndose implantado de tal manera en este suelo la civilizacion romana, parécenos de todo punto indispensable hacer algunas pequeñas observaciones sobre la manera de ser de Roma y sobre los hechos de más trascendencia histórica que han tenido lugar durante la república y el imperio, y que más conexion tienen con el asunto que venimos tratando. Pero antes de entrar en esta clase de consideraciones, y ocuparnos de los pueblos que aquí han dominado, ó fueron implantados, en una palabra, de la mezcla de unidades ethnicas, consecuencia de la dominacion

romana, parécenos conveniente decir algunas palabras para concluir con todo lo que á los antiguos habitantes hace referencia. No hemos de ocuparnos de ellos en detalle, tanto por la falta de datos y noticias, como por dejar ya apuntados los caractéres más salientes de los de cada una de las regiones en que estaba dividida España; pero entre todos aquellos pueblos ha habido uno más afortunado que los demás, que ha conseguido salvar su independencia y conservar su lengua y sus costumbres intactas, á pesar de aquellas y posteriores invasiones.

El ligerísimo bosquejo que vamos á hacer podrá darnos alguna idea de lo que eran sus antiguos habitantes. Es punto ménos que misteriosa la existencia de una raza antiquísima, casi en el extremo de Europa, y colocada, como un muro, entre galos y celtíberos primero, y entre franceses y españoles más tarde, y á pesar de ser muy corta en número y no haber escaseado los unos y los otros campañas y acometidas, lo mismo hácia el Norte que hácia el Sur, jamás han conseguido dominarla. En todos los tiempos, en todas las épocas y en todas las edades, se ha dado el placer de abandonar sus cuarteles pirenáicos para ir á guerrear con sus adversarios, llamáranse galos, celtíberos, romanos, francos, godos, árabes, etc., sin que ninguno de ellos haya logrado nunca desalojarla de lo que pudiéramos llamar su casa: los montes pirenáicos.

Nuestros lectores habrán comprendido, sin duda, que nos referimos á aquellos fieros cantaber ó vascongados (euscaldunac). Filólogos, geógrafos, filósofos y pensadores, se han ocupado en investigar el principio ó causa de este pueblo tan original como adornado de notables condiciones; pero, fuerza es confesar que tan concienzudas y delicadas investigaciones no han llegado á dar una solucion satisfactoria al problema que se proponian, conviniendo, casi todos, en que su orígen era asiático y que no habia ninguna similar en toda Europa. Esto es todo lo que se ha dicho sobre el particular, y aunque se han emitido varias opiniones, es lo cierto que todas ellas no pasan de hipótesis. Lo que no puede negarse, porque está á la vista, es que parece reunir, esta raza hermosa y fuerte, las cualidades y caractéres más contradictorios: es, á la vez, sosegada y levantisca; tranquila y pendenciera; franca, enérgica y taimada; sedentaria y

aventurera, teniendo por religion el cumplimiento de sus deberes, y al mismo tiempo haciendo el contrabando y ejerciendo el corso siempre que la ocasion se le presenta; sus instintos políticos, ó su organizacion política, mejor dicho, es feudal y democrática, y ellos, siempre honrados, son á la par republicanos y absolutistas; soldados como los primeros del mundo, mientras existe el peligro, y medianos en tiempos tranquilos cuando aquél ha desaparecido; hacen la guerra voluntariamente y con entusiasmo y han luchado con tenacidad para no cumplir la obligacion de dar soldados; progresiva y estacionaria; de una terquedad granítica, trabajadora y con aptitud para todas las industrias; sesuda y reflexiva como un pueblo del Norte, fantástica y amante de aventuras, de la música, del canto y del baile, como si hubiera nacido bajo los climas tropicales; amando hasta el delirio sus montañas y con una aficion decidida á los viajes lejanos, hasta el punto de enseñar á la Europa á ir á los mares del Norte y ejercer la pesca de la ballena, así como en tiempos muy anteriores estuvieron en la isla del Labrador, y parece hoy fuera de duda que tambien en la América, sin que ellos se dieran razon de que era otro continente; y fornidos y musculosos, como escandinavos, son ligeros y flexibles como árabes. Cuando hoy mismo salen fuera de su país para dedicarse á trabajos duros, cada uno de ellos gasta en su manutencion como tres, cuando de los otros países gastan como dos; pero, en cambio, trabajan como dos cuando otros lo hacen como uno. El valor y la constancia es su cualidad distintiva, y nunca se han llamado ni se llaman españoles ni franceses, sino vascongados.

Los romanos, los godos, los francos y los árabes han podido derrotarlos muchas veces pero jamás dominarlos. Los desastres sufridos en la guerra no los han arredrado ni conseguido que hayan dejado de luchar contra los dominadores de España ó de Francia. Su lengua, compuesta de cuatro dialectos, es de una grandísima antigüedad. Los filólogos aseguran que es de orígen asiático y más antigua que la latina y la griega, afirmando que es, cuando ménos, de época tan atrasada como la hebráica, y que una no escasa parte de los términos de esta tiene su explicacion en la lengua vascuence, euscara. Además, muchos de los montes, rios y poblaciones de la antigua Península tenian nombres de

raíz euscara, lo cual parece indicar, ó que ellos ocuparon, diferentes puntos de aquella ó que el vascuence fué su lengua dominante; y segun los trabajos de los jesuitas Rivere, Moret y Larramendi y los más notables de Humbold, Scaliger, Seppingues, Fauriel, Michelet y otros, no hay en ella nada que no sea conjugable ó declinable, teniendo por sí sola más desinencias que todas las otras de Europa reunidas. Si los hombres son valerosos y enérgicos, humildes á la par que altivos, las mujeres son en general de una hermosura poco comun; fuertes, trabajadoras, vivas, inteligentes, poco dulces de carácter, pero entusiastas y de sentimientos tan generosos, que basta que vean á una persona querida, amigo ó adversario, en situacion desgraciada, para que desaparezca la aparente acritud de su carácter y se conviertan en los séres más dulces y cariñosos.

Si por la muestra que conocemos y acabamos de describir hubiéramos de juzgar lo que eran los antiguos habitantes, satisfechos pudiéramos estar de aquellos lejanos antepasados, porque no hay exageracion en afirmar que ninguno de los pueblos conocidos hoy en Europa aventaja al vascongado en cualidades físicas y morales.

VII

Vana pretension é inútil tarea sería que los historiadores presentes y futuros intentáran darse razon del estado de la república Norte-americana ó de las otras naciones del mismo continente, teniendo en cuenta tan sólo lo que eran los aborígenes y las guerras que han sostenido para defender su independencia contra los invasores europeos. Y si tales datos eran necesarios, así como las condiciones cosmológicas, para explicar la ethiología de la historia del nuevo mundo, el más importante, á no dudarlo, y al que habria que recurrir sin remedio, sería el conocimiento de las condiciones del pueblo ó pueblos conquistadores, las leyes por que se regian, los hechos más culminantes de su historia y, en fin, todas las demás manifestaciones que sirvieran para indicar el carácter y la manera de ser de los invasores, siendo todo ello tanto más necesario, cuanto menor hubiera sido, despues de la conquista, la influencia de los vencidos. Valgámonos de un ejemplo para mayor claridad: si se tratase de una de las repúblicas españolas, sería tanto más necesario lo que indicamos,

cuanto más se hubiera españolizado el país. Precisamente en este caso nos encontramos al tratar de la decisiva influencia que tuvo en el porvenir de la Península su conquista llevada á cabo por Roma, puesto que ya hemos indicado que España se romanizó por completo. Claro es, y sentado queda, que las condiciones de la raza primitiva, del suelo, del ambiente, etc., tienen una influencia que se hará notar al través de los siglos y de las generaciones. Pero es indispensable decir algo relacionado con lo que habia sido el pueblo conquistador antes de la conquista, durante la misma y posterior á ella, porque, segun se ha dicho, Roma dominó á toda España cerca de cinco siglos, y próximamente siete á una buena parte de ella. Tambien habrá de tenerse en cuenta los pueblos que, trasportados de otros países en tiempo de la república y del imperio y aclimatados aquí, tuvieron una influencia decisiva en el pasado y áun el presente de nuestra historia. Pero, por el momento, y con la brevedad posible, sólo hemos de ocuparnos de lo que hace referencia á Roma.

Claro está que no hemos de hacer, ni áun someramente, una historia de Roma por ser bien conocida de nuestos lectores y, principalmente y hasta cierto punto, extraña á nuestro objeto. No obstante, puede asentarse que la historia completa del pueblo-rey se reduce á dos teocracias y una dominacion militar. La primera de dichas teocracias comprende la época semi-fabulosa de los reyes, y la segunda, la de los emperadores cristianos y los Papas; perteneciendo la dominacion militar á los tiempos de la república y los primeros Césares. La primera está llena de fábulas y supersticiones, de las cuales ningun historiador sério hace caso, y que si los mismos latinos no pusieron antes de manifiesto, es porque era peligroso hacerlo en tiempo de la república y de los emperadores paganos. Y, sin embargo, alguna cosa puede deducirse de ellas, no tomadas al pié de la letra, puesto que, adornadas con todas las fantasías de la imaginacion popular, indican las tradiciones de otro pueblo, y son los símbolos de alguna verdad no conocida por completo ó adulterada por creaciones fantásticas; en último término, nos hacen conocer que la religion era un elemento civilizador para los romanos, como lo fué para los demás pueblos, y que habia en el carácter nacional un

espíritu religioso que, aunque degenerado frecuentemente por los mitos y el formalismo, daba al pueblo-rey tendencias más elevadas que otros que le habian precedido. Por ejemplo: las fábulas de Rómulo y Remo, alactados por una loba, el primero subiendo al cielo en una nube, el combate de los horacios y curacios, el de Curcio arrojándose á la gruta con su caballo para apaciguar los dioses, etc., indican bien á las claras, á la par que su parentesco con la antigua mitología griega, la idea dominante del pueblo, que daba importancia superior á las condiciones físicas y á la energía y valor personal, la creencia de que los hechos heróicos ó acciones notables eran reconocidas por los dioses como un favor especial á los hombres, siéndoles grato el sacrificio hecho por éstos; y de aquí que gozaban de pasiones parecidas á las que los habitantes del este globo conocen. Todas las religiones, desde las más inferiores hasta las superiores, han tenido semejante modo de ver en este particular. Y no puede ser de otra suerte. Ya sean, segun la opinion de algunos, los dioses, creaciones puramente humanas, ó ya que el hombre tenga idea de que son uno ó várics séres que están con él en la relacion de lo finito á lo infinito, por defecto de nuestra inteligencia ó de la propiedad de la palabra, consistente en no tener manera clara de expresarnos, cuando carecemos de términos de comparacion, han tenido que valerse de las personas y sentimientos conocidos para expresar todo lo perteneciente al sér ó séres supremos á que se referian.

Excusado nos parece hacer mencion de aquellas otras creencias supersticiosas, relativas á países para ellos entónces innotos, á las manzanas de oro y plata de España, los hombres sin cabeza de África, las serpientes del mismo país capaces de acometer un ejército, los cícloples y gigantes que habitaban en Sicilia, etc.: ya hemos hablado de su interpretacion, y no tenemos por qué ocuparnos de ellas.

Algun historiador ha dicho que los primeros reyes de Roma no eran más que capitanes de bandidos. La afirmacion no sería, seguramente, muy del agrado de los entusiastas del pueblo-rey; pero no por eso estaba muy léjos de la verdad. Lo cierto es que Roma nació por la fuerza, se defendió, creció, conquistó el mundo, y pereció tambien por la misma fuerza. En cuanto á su orí-

gen, lo mismo pudiera decirse de Grecia y de todos los pueblos: ninguno de ellos tenia por qué avergonzarse de él. Eran, simplemente, términos necesarios de la evolucion para pasar de un estado á otro superior en la escala del progreso. Pero, con pasmosa facilidad, los pueblos, como los indivíduos, olvidan lo que fueron para hacer una crítica amarga de los que, más atrasados, pasan por el mismo período que atravesaron sus ascendientes.

No es nuestro objeto ocuparnos de la federacion que existió en tiempos en la que más tarde fué ciudad de las siete colinas, y cuyo dominio ó absorcion sentó las primeras bases del poder romano. Cuál era su estado de adelanto, y cuál la rudeza y barbárie de sus costumbres, se infiere con claridad, sin más que observar que siglos despues de la fundacion de Roma, los romanos condensaron sus costumbres y modo de sér, ó sea su manera de concebir el derecho, en el célebre conocido con el nombre de *Las doce tablas*. La legislacion de los decenviros era de una *suavidad* tal, como puede inferirse con sólo recordar que conservaba la pena de Talion, que daba á los acreedores el derecho de repartirse el cuerpo del deudor insolvente, y que establecia la pena de muerte contra el que hiciera ó cantara versos difamantes. La existencia misma de este pueblo era la guerra. Débiles al principio, puede decirse que estuvieron á la defensiva hasta despues de la toma del Capitolio por los galos. Sus luchas con las tribus italianas eran más bien el ejercicio de salteadores que el de guerreros; y ya hemos visto y se comprobará, que bajo este aspecto no cambiaron gran cosa las guerras, incluso cuando aquel pueblo llegó á su apogeo dominando la cuenca del Mediterráneo. Un célebre historiador griego dice que la llegada de los Volscos fué anunciada desde léjos por el incendio de las habitaciones de los campesinos y la huida de éstos. El cónsul, que fué á la cabeza del ejército para perseguirlos, no respiraba más que venganza y no dejaba á su paso más que ruinas, volviendo á Roma cargado con despojos de todas clases. Una nube de sabinos llegó hasta los muros de Roma, llevándolo todo á sangre y fuego. El general romano tomó de tal suerte su revancha que, segun asegura el mismo historiador, los campos romanos parecian intactos comparándolos con el estado en que habian quedado los de los Sabinos. Su primera ocupacion fué la agricultu-

ra, y si se tiene en cuenta el carácter que imprime en el hombre la ocupacion á que con frecuencia se dedica, fácil sería deducir las cualidades y defectos más salientes que, tarde ó nunca, abandonaron al pueblo romano, como son: la astucia, la constancia, la avaricia, la fé religiosa, la supersticion, la firmeza, y la gradacion en clases ó castas.

La victoria obtenida para sus confederados y las luchas con las tribus vencidas, agregado á lo que acabamos de decir sobre su ocupacion favorita, determinan el patriciado y la plebe. La retirada de los plebeos al célebre monte fué, si no el principio, uno de los términos de iniciacion de aquella lucha entre las dos órdenes que tanta sangre ha hecho derramar. Las guerras defensivas y ofensivas determinan un estado militar que, á la corta ó á la larga, habia de producir todos los males que acarrearon la decadencia y la desaparicion del pueblo-rey. Como consecuencia necesaria de tal estado y de la idea del derecho que en aquellos tiempos dominaba, era fatal é irremisible el que toda clase de trabajo fuera encargado á los prisioneros de guerra, convertidos en esclavos, y á los mismos romanos que, por las deudas ó por otros delitos señalados en las leyes y costumbres, fueran sumergidos en tan miserable situacion. Lo cual llevaba consigo, forzosamente, y estimulaba en gran manera, la tendencia á la holgazanería, propia de toda situacion militar permanente, el deseo del lujo y la propension á toda clase de vicios, porque á eso conducen en todos los tiempos, y más en aquellos remotos, las profesiones que obtienen resultados notables sí, pero intermitentes, y que no exigen una aplicacion diaria y constante. Las astucias, habilidades, sorpresas de la guerra y su éxito, aplicados de una manera constante y trasmitidos de generacion en generacion, habian de producir, tarde ó temprano, hombres dispuestos á modelar su manera de ser ó sus opiniones al éxito personal de cada momento, y á esos pases de uno á otro partido, de una á otra bandería, que, aunque con notables y rarísimas excepciones, han sido en todos tiempos más frecuentes en la clase militar que en ninguna de las otras de la sociedad. El hábito de deberlo todo á la fuerza, y mirar la vida de los hombres y el trabajo acumulado como cosa desprovista de importancia, ó que sólo la tenia en aquello que podia halagar los

caprichos ó placeres del vencedor, habian de producir más tarde, cuando el ejército se hiciera permanente y los soldados dejaran de ser ciudadanos como lo eran al principio, convirtiéndose en una materia ó profesion, hombres que la pátria, el derecho, la justicia y la razon, fueran para ellos palabras vanas. Creian que á nadie debian satisfaccion más que al general que los mandaba. que habia de ascenderlos, darles posiciones ó repartirles el botin despues de la victoria; que el respeto á las leyes no debia ir más allá del que puede tenerse á un papel ó pergamino que fácilmente se rompe con la punta de la espada, y de aquí la idea tan elevada que de sí propios se formaron, y que rayaba hasta la insolencia. En una palabra: hombres dispuestos á dar en cualquier momento y por conveniencia propia un amo á su pátria, reservándose el reemplazarle por otro, cuando no satisfaciera por completo sus necesidades, sus ambiciones, sus aspiraciones ó sus deseos.

Lleva consigo el Estado militar, como profesion, ventajas é inconvenientes, pero estos últimos de tal gravedad, que en todos los tiempos y en todas las épocas de la historia uno de los problemas más difíciles de la organizacion social, es el de la constitucion de la fuerza armada, no sólo por lo que á la parte técnica se refiere, y que trataremos más adelante, sino por lo que hace relacion á la manera de ser de la sociedad. El modo de reclutamiento ó reemplazo del ejército, es una cuestion tan delicada y tan compleja que, á pesar de lo mucho que se ha escrito sobre ellas todas las soluciones presentadas hasta el dia están erizadas de dificultades. Mucho han variado las circunstancias y gran diferencia existe entre lo que son hoy los ejércitos y lo que eran en la antigüedad. Pero entrar á fondo en esta cuestion nos parece más propio de un estudio que habremos de hacer al discutir las diferentes organizaciones que ha habido en España. Ciñéndonos, por este momento, al asunto de que se trata, diremos solo que todo en Roma, empezando por la propiedad y siguiendo todas las relaciones sociales, obedecia á la gerarquía militar conocida con el nombre de república y, despues, del imperio. Los mandos del ejército estaban confiados al patriciado que, entonces, como más tarde en otros países, ya los hombres de guerra formasen la aristocracia, ya salieran de la misma, esta

ha tenido el buen instinto y hasta especial cuidado de reservarse para sí la representacion de la fuerza militante. Donde esto sucede, es muy difícil que los pueblos se levanten, y lleguen á disfrutar de sus derechos; y, caso de conseguirlo, sólo lo alcanzan despues de mucho tiempo, por su rebajamiento y debilidad ó por las riquezas y sabiduría obtenidas por una parte del pueblo convertido en clase media, que despues de siglos viene á ser la depositaria de la influencia y el saber que constituyen el núcleo de la nacion. Estas clases de reflexiones, que creíamos necesarias, nos llevarian muy lejos, y así nos veremos precisados á aplazarlas y volver á nuestro asunto.

La expulsion de los tarquinos, en realidad, no fué más que una sublevacion militar llevada á cabo por el patriciado. Desde aquel momento fué dominante el militarismo, y, en su consecuencia, el sacerdocio quedó en segundo término. La religion dominante en Roma, ó la que pudiéramos llamar oficial, no obedeció á ningun principio filosófico; y si el Senado ó los patricios la sostuvieron con cierto prestigio aparente, fué por el ascendiente que ejercia sobre el vulgo, siendo mirada como una manera de ganarse la subsistencia, ni más ni ménos que otra cualquier industria. Desde el establecimiento de las repúblicas, Roma gozó de todos los beneficios y de todas las desgracias que llevaba consigo aquel estado; se hizo poderosa con la guerra, acumuló por ella grandes riquesas, perdió de vista la industria y el comercio, encargó el trabajo á los esclavos, acumuló en la Ciudad Eterna numerosas riquezas, despojando de ellas á todos los pueblos conquistados, se entregó á una vida de lujo y de crápula, y, como consecuencia, á un refinamiento de vicios y á un rebajamiento tal, que no quedaba más salida que su desaparicion de sobre el haz de la tierra, ó su sustitucion por pueblos más viriles. Es decir, Roma se hizo poderosa por la guerra; vivió por la guerra y murió por la guerra.

Preguntaba en cierta ocasion un discípulo á su profesor de Derecho romano, la razon, causa ó motivo de algunas de las instituciones más notables de aquel pueblo, y aquél contestábale, sin vacilar, que era debido al sentimiento de justicia que siempre habia de dominar en Roma. Pudiera muy bien ser esta contestacion una evasiva para excusarse de otra clase de expli-

caciones; pero es lo cierto, que durante mucho tiempo se ha sostenido, y hoy se sostiene por algunos, la misma asercion. Varias causas han contribuido á que esta opinion se forme: por un lado los autores latinos que, cegados por su patriotismo ó por el brillo de Roma, buscaron todas las maneras de disculpar los actos de felonía llevados á cabo por los romanos desde el principio al fin de su historia; por otro, las apariencias que pudieron seducir á escritores antiguos y modernos; las tradiciones de la Iglesia que dominó durante mucho tiempo en Europa, que eran las de la misma Roma; y, por último, el no distinguir, cual correspondia, entre las fórmulas, ceremonias y exterioridades, y el pensamiento, el fondo, y la manera de tratar los romanos á los demás países. Dió seguramente el pueblo-rey grandísima importancia al cumplimiento de la letra de las fórmulas dictadas por las leyes ó la costumbre; pero, si satisfecha la parte formal podian encontrar la manera de faltar á los compromisos más solemnes, no sólo no tenian ningun escrúpulo en hacerlo, sino que buscaban con mucho cuidado la manera de salvar las apariencias, y en más de una ocasion con procedimientos tales, que á ser posible serian más repugnantes que la traicion misma. Toda la fé de aquel Senado y aquel pueblo, pudiera expresarse en estas frases: la república romana cumplia su palabra mientras que su interés, su orgullo y egoismo no dictáran lo contrario. Así, por ejemplo: el derecho fecial, que ha entusiasmado á escritores de la importancia de Bossuet, hasta el punto de hacerle llamar: "Santa institucion que, como ninguna, pudiera "ser la vergüenza de los cristianos, á los cuales un Dios que "vino al mundo para pacificar todas las cosas no ha podido inspi-"rarles la caridad y la paz." Aquí tendria su aplicacion aquel dicho tan conocido: "lástima que no sea verdad tanta belleza." Sin duda produjo la seduccion de numerosos pensadores, respecto á este derecho, el que un colegio de sacerdotes fuera el encargado de llenar las formalidades que el culto prescribia en las relaciones hostiles de los pueblos. De suerte que, el conjunto de fórmulas y reglas que se observaba para declarar la guerra, para hacerla y concluir los tratados, es lo que recibió aquel nombre.

Pero es lo cierto, que el Senado y el pueblo decidian las

guerras sin consultar el colegio de los feciales, los cuales no parecian en la escena más que para presidir los ceremoniales religiosos. Es cierto, tambien, que el Senado tenia siempre muy buen cuidado de aparentar que no se hacian más que las justas; pero no lo es ménos que daba el nombre de tales á aquellas en que no se habia faltado á las formalidades prescritas. Así, cuando habia un tratado que ligaba al pueblo romano con el que iba á ser enemigo, el fecial llegaba hasta la frontera de aquél, y allí se cubria la cabeza con velo de lana, diciendo lo siguiente: "Escucha Júpiter y escuchad los habitantes de la frontera. Yo soy el heraldo del pueblo romano y vengo encargado por él de una mision justa y piadosa. Que se dé entero crédito á mis palabras." Despues de exponer las quejas ó las exigencias del pueblo romano, tomando por testigo á Júpiter, continuaba: "Si yo, heraldo del pueblo romano, ultrajo las leyes de la justicia y la religion, al pedir la restitucion de estos hombres y estas cosas, no permitais que yo pueda volver jamás á mi patria." Si no obtenia satisfaccion, tomaba á Dios por testigo de la injusticia del enemigo y apelaba de ella al Senado. Cuando espiraba el plazo solemne de tres dias, declaraba la guerra en nombre de éste y del pueblo romano.

En rigor, esta manera de tratar la guerra, no diferia gran cosa de lo que era entonces el derecho civil. Resumiendo, puede decirse que toda la ciencia de los feciales se reducia á una hipocresía legal, con un respeto farisáico por las solemnidades, é importándoles muy poco el violentar la justicia. Muchos han afirmado que habia que distinguir entre los procedimientos de Roma al principio, en sus buenos tiempos, y lo que sucedió despues, desde que se hizo poderosa por las conquistas. No puede negarse que las infracciones á los tratados, á la palabra empeñaba, fueron más escandalosas y repetidas cuando dominaba al mundo, que cuando luchaba con tríbus de Italia tan poderosas como ella: esto estaba en la naturaleza de las cosas. Pudiera decirse que en este último caso obedecia á una virtud forzada. Pero el fondo de su conducta fué siempre la misma, y buena prueba de ello la guerra con los Samnitas: hallábanse en lucha con los Campananios; estos pidieron socorros á Roma; pero la Ciudad Eterna estaba ligada con los primeros, no sólo por un tratado, sino por el

auxilio que les prestara en tiempo de las invasiones galas. El Senado ardia en deseos de aprovechar la ocasion para batir los Samnitas, mas al mismo tiempo queria sostenerse en su forma de ser religiosamente respetuoso con la palabra empeñada. Así, contestó, que atacará los Samnitas seria ofender á Dios aún más que á los hombres; pero enseguida declararon que Cápua con el pueblo, y todas las cosas divinas y humanas, habia sido cedida por los Campananios á Roma, y que por consiguiente, al atacar á estos los samnitas lo hacian á súbditos romanos. De aquí que el pueblo-rey se viera obligado á defenderse. Semejante cesion no ha existido jamás; pero bastó aquella mentira provechosa para tranquilizar la conciencia romana. Hicieron la guerra á los samnitas, y en ella alcanzaron justa y merecida fama, la abnegacion de Decius y el valor de las legiones. Pero todo ello está bien léjos de compensar la mancha indeleble que cayó sobre Roma, faltando al famoso tratado de las horcas caudinas y entregando, por último, á la mano del verdugo al ilustre general samnita Cayus Pontius, que, habiendo tenido á su alcance el esterminio del ejército romano, le concedió la vida y la libertad, no exigiendo, por precio de su victoria, mas que la independencia de su nacion; y que, no contento con esto, llevó su magnanimidad hasta el punto de salvar la vida á los seiscientos caballeros que constituian los rehenes que le habia entregado Roma como garantia del cumplimiento del tratado, y que, con arreglo á éste, debian perder la cabeza si aquella no cumplia sus compromisos. Roma tuvo una manera sencilla de no cumplir lo pactado. Postumius, cónsul romano que firmó el tratado, propuso al Senado que él y todos los que lo habian intervenido, fueran entregados al pueblo samnita, y como entonces no eran ya romanos, resultaria que Roma en nada habia faltado, quedando libre de hacer la guerra á aquellos. Fué aceptada tan peregrina idea, y conducidos por los feciales al campo enemigo, ordenaron que se desnudaran los cónsules y los tribunos y con las manos atadas á la espalda fueron entregados. Como quiera que el encargado de esta operacion, por respeto á Postumius le dejara muy floja la correa, éste le dijo: «Aprieta bien para que conste que yo soy un cautivo atado de piés y manos.» En esta disposicion se les introdujo hasta la Asamblea de los Samnitas, delante

la cual, el fecial dijo las siguientes palabras: "Puesto que estos hombres, sin la órden del pueblo romano, han prometido y concluido un tratado de paz, haciéndose por tanto, culpables de una falta, y á fin de que aquél no tenga que responder de un crímen impío, yo os entrego estos hombres." Cuando concluyó, el mismo Postumius, dando un golpe al fecial, dijo en alta voz: "Que él era ya un ciudadano samnita y que el fecial era un embajador romano. En su consecuencia, que el derecho de gentes se habia violado en la persona del fecial y que los romanos tenian desde luego un motivo justo de hacer la guerra á los samnitas." Como esto era lo que se buscaba, la guerra al fin se declaró, no sin que el pueblo romano acechase el momento de destruir á los que, habiendo podido esterminar su ejército, se habian contentado con hacerles pasar por lo que se llamaron las horcas caudinas. Se encontraban, pues, comprometidos en otra guerra. Dura y terrible fué la lucha y los romanos siguieron aparentando querer entrar en transacciones, á fin de evitar que sus valientes enemigos, excitados por la desesperacion, les hicieran experimentar otro revés. Además, 600 caballeros romanos constituian, como ya se ha dicho, los rehenes, garantía del tratado. Con arreglo al derecho de gentes de aquellos tiempos, los samnitas eran dueños de la vida de las personas constituidas en rehenes, y era de esperar que estos 600 caballeros pagaran con su cabeza la felonía del Senado y pueblo romano. En puridad hablando, tal temor, ni entonces ni despues, alteraba gran cosa la política del pueblo-rey, que por nada ni por nadie se separaba de lo que creia conveniente ó provechoso para su engrandecimiento; siendo bien conocido de todos los que no son extraños á la historia de la gran república que, cuando un romano caia prisionero, si el Senado no podia imponer á sus enemigos su devolucion, sin quedar obligado á la recíproca, declaraba, con arreglo á las leyes ó costumbres, que aquél habia dejado de ser romano, bajo el falaz pretesto de no permitir que ningun ciudadano luchára al lado de los enemigos de Roma; pero en realidad, con el propósito de sacrificar á los infelices á su política egoista y dominadora.

A pesar del perfecto derecho que asistia á los samnitas, consiguió su ilustre general Cayus Pontius, que tenia toda la grandeza de alma de un héroe, salvar la vida de los 600 caballeros

romanòs. La victoria se declaró al fin por estos: más que derrota fué esterminio el que se llevó á cabo contra los samnitas, hasta tal punto, que muchos años despues decia un historiador perteneciente á los vencedores, que se conocia á simple vista los sitios por donde habian pasado los romanos, pues todo el contorno ó lugares inmediatos estaban convertidos en un desierto. No sólo el ódio y el recüerdo de la antigua humillacion les habia hecho exterminar todas las personas del pueblo samnita que pudieran haber á las manos, sino que tambien los animales domésticos participaron de la misma suerte. Las casas de campo, las mieses, los árboles, etc., fueron demolidos ó entregados á las llamas. El bizarro y generoso Cayus Pontius fué entregado al verdugo y pagó con su cabeza las humanitarias atenciones de que le era deudor el pueblo-rey. Si la humanidad reprueba tales actos, la razon dice que un pueblo de tal carácter, y obedeciendo constantemente á semejante política, estaba llamado á vencer y dominar todas las naciones con las cuales se pusiera al contacto; que si fuertes y valerosas algunas de ellas, incapaces de unirse ni aprovechar las ocasiones que se les presentara para batir al enemigo comun.

Dado al sentimiento lo que le pertenece, cabe preguntarse si fué un bien ó un mal la derrota de los samnitas. Roma, por su política, por sus ideas sobre el derecho, estaba llamada á dominar al mundo y á ser la preparacion para destinos ulteriores. Los samnitas eran un pueblo, no inferior al romano en valor ni en civilizacion. Pero, participando más que éste de las brillantes cualidades, y tambien grandes defectos del pueblo griego, seguramente no hubiera llevado á cabo la unidad de los que puede decirse constituian el antiguo mundo conocido.

Acaba de verse la política del pueblo romano y la fé que podia tenerse en su palabra, cuando el interés de su dominacion no era armónico con el cumplimiento de aquella. Y esto, en lo que han llamado los buenos tiempos de la república, que fácilmente se comprende que cuando fueron dueños del mundo conocido, cegados por el orgullo de la victoria y estimulados por la sed de riquezas que les dominaba, no fueron más escrupulosos en eludir el cumplimiento de compromisos que lastimaran su orgullo ó sus intereses. Si la índole de estos trabajos lo permi-

tiera, pondríamos de manifiesto que no ha habido siquiera una guerra de las por ellos sostenidas, ni un acto de alguna importancia, ni siquiera un concepto del derecho, ni con las demás naciones, ni entre los mismos indivíduos, que no hayan obedecido constantemente al mismo plan. Y en esto cumplieron con la ley de todas las aristocracias, cuya política ha sido, y es siempre, por su idiosincrasia, egoista, invasora y friamente cruel. Ménos expuesta á descalabros y perturbaciones que la de las democracias, es aquella muy inferior á ésta, no tan solo por los sentimientos humanitarios, si que tambien por lo que respecta al desarrollo intelectual de los pueblos. Posible es que, participando la romana de los defectos de todas, y los que le eran peculiares, haya sido conveniente, y aún necesaria, para llevar á cabo aquél término importante de la evolucion social. Analizar cada uno de los casos citados anteriormente, como comprobacion de lo ya afirmado, además de no creerlo pertinente, teniendo en cuenta la ilustracion de nuestros lectores, nos llevaria muy léjos separándonos de nuestro propósito; y así, habremos de concretarnos á los hechos más salientes y más directamente enlazados con lo que al pueblo ibérico se refiere.

Algo se ha dicho, por lo que hace relacion á las tres guerras púnicas, y bien de manifiesto queda la política romana en los tratados de paz que pusieron término á las dos primeras. Respecto á la última, el pueblo-rey, con suprema habilidad, aprovechó la situacion difícil que á su rival habia creado su gran expiacion de encomendar la defensa de la pátria á manos extrañas que peleaban por un puñado de oro, aprovechó la ocasion, repetimos, de la guerra de los mercenarios para exterminar á su enemigo, y aquí aparece otro hecho de la política romana: cualquiera que fuese su consideracion hácia los pueblos vencidos, jamás perdonó á indivíduos ó ciudades que le hubieran hecho comprender eran enemigos temibles. Así se vió constantemente que, mientras hacia tratados con los pueblos, ó les permitia rescatarse de la esclavitud, mediante la entrega de algunas cantidades, llevaba á los caudillos más distinguidos cargados de cadenas á la Ciudad Eterna para que adornasen el triunfo del general vencedor, entregándolos despues al verdugo, ó lo que es más cruel, dejándolos morir de hambre en una oscura prision.

Valor, heroismo, generosidad, inteligencia, gloria, todo era inútil para su enemiga. Todas estas cualidades eran otros tantos poderosos motivos para que, ya fuera por el puñal del asesino, ó por otro medio infame, el caudillo desapareciese ó fuese llevado á la Ciudad Eterna para los fines expuestos. Era un pueblo como Corintio, que, por su saber ó por su comercio, excitaba las envidias de los mercaderes de Roma; no habia remedio: al general romano no le faltaría un pretexto, un sentido ambíguo dado á las palabras, una oscuridad teológica para hacerle desaparecer de sobre el haz de la tierra. Háse dicho, y con razon, que Roma era un pueblo de juristas. Sin miedo á equivocacion, pudiera afirmarse que era un pueblo de teólogos en el sentido vulgar que se dá á estas palabras. Aquello de las restricciones mentales y de que el fin santifica los medios, no es invencion de los Padres de la Orden de Jesús ni de los adeptos á la curia romana: más bien pudiera decirse que fueron discípulos aprovechados del pueblo-rey. Así lo comprendió el autor de *El Espíritu de las Leyes*, al afirmar que sólo la victoria ha decidido si habíamos de llamar á la falsía fé púnica ó fé romana. Distinguíase Cayus Pontius, como hemos visto, por su elevacion de miras, su heroismo y sentimientos humanitarios que no eran de su tiempo: ¿qué importaba á Roma? Habia humillado á sus generales; derrotado á sus legiones; era un enemigo de gran valimiento, pues debia perecer y pereció. Era Cartago una poblacion llena de riquezas, adelantada para sus tiempos, capital de la república rival; y, aunque hubiese sido arrojada de España, perdido todas su escuadras y renunciado á todas sus posesiones fuera de Africa, é imposibilitada de hacer nada, teniendo solo que atender á la defensa de las agresiones de los reyes de aquel continente y aliados de Roma, que esta con infernal astucia promovía, ¿qué importaba? Por su comercio, por sus hábitos de trabajo, por su aficion y conocimientos marítimos podia levantarse y llegar á ser temible para ella, ya por sus propias fuerzas, ya proporcionando recursos y dirigiendo á los iberos; no habia remedio: debia perecer y pereció. Derrota el héroe galaico lusitano á las legiones; impone la paz á los cónsules, y cuando pudiera aprovecharse de su victoria, se contenta con imponer la paz á Roma: esta la acepta con el objeto de engañarle y sorprenderle, y llevar al

caudillo tras del carro de triunfo del cónsul ó pretor para servir de espectáculo al pueblo de la Ciudad Eterna. Pero el héroe ibérico tiene, sin duda, inteligencia más rápida que sus terribles enemigos, ó conoce perfectamente á estos y les hace sufrir nueva derrota: hay que renunciar á sorprenderle y á vencerle; es enemigo terrible, no hay remedio: Roma no puede tolerar que exista. Si le es fiel la victoria, el oro que gana la mano de un asesino es más poderoso que aquella: Viriato debia perecer y pereció. Derrota Numancia las legiones; impone la paz al pueblo-rey; es corto el número de defensores; pero, ¡qué importa! habia humillado á Roma; y Escipion, el destructor de Cartago, no puede perdonarla; es preciso que desaparezca y desapareció, siquiera para eso fuera preciso emplear un medio, como luego veremos, análogo al usado con los samnitas. Ahora Roma es señora de la mayor parte del mundo conocido, y no tiene que atender á su defensa propia. Numancia, ni por su situacion, ni por el grado de cultura de los pueblos que la rodean, ni por el estado de creacion de éstos, puede ser un enemigo terrible para Roma; y, sin embargo, no puede subsistir sobre el haz de la tierra, y Roma sólo tolera que se diga: aquí fué Numancia.

Dice un proverbio vulgar "que no hay equivocaciones más perjudiciales que las de los sábios;" y pudiera añadirse con igual exactitud que con frecuencia á nadie perjudican tanto los cálculos del egoista como al mismo que los hace.

Fácil sería darse razon de esta sentencia popular. Las pocas palabras que vamos á decir serán una demostracion de tal proverbio, y además, una de tantas comprobaciones de la fe romana. Desde que los romanos pusieron su planta en la helénica península, con tanta imprudencia llamados por Atenas para combatir al rey de Macedonia, propúsose éste ser el defensor de la independencia pátria y arrojar de su territorio las legiones de la poderosa é insaciable república. Aliáronse los ethiolos á los romanos, con el desinteresado fin de dominar á todos los habitantes de Grecia, y ser ellos con respecto á ésta lo que aquellos romanos con respecto á Italia. Firmóse un tratado entre las dos partes aliadas, en el cual se convenia que los romanos serian dueños de trasportar á la alpina península todos los tesoros, alhajas y bienes muebles que encontraran en los países conquistados,

mientras que los etiolos quedarian dueños de las ciudades y bienes inmuebles. Concluida la conquista y vencedores los romanos, cumplieron la primera parte del contrato; y en cuanto á la segunda, dispusieron de las propiedades como lo tuvieron por conveniente. Quejáronse los etiolos y reclamaron la parte que les correspondia, á lo cual contestó el general romano que nada les era debido, que él cumplia exactamente el contrato, en el cual se estipulaba que las propiedades inmuebles pertenecian de derecho á los etiolos; pero que esto debia entenderse con respecto á las ciudades conquistadas por los aliados, pero no con las de aquellas cuyas propiedades los etiolos reclamaban, que habian capitulado ó se habian entregado, puesto que, como eran dueños de sus propiedades antes de tal capitulacion, habian regalado á los romanos todo lo que poseian y estaban en su pleno derecho de hacerlo. Por consiguiente, estas habian pasado á ser propiedad del pueblo-rey y nada tenian que dar á los etiolos. Como se comprenderá fácilmente, no satisfizo tan peregrina invencion á los aliados de Roma; pero, ¿qué le importaba á ésta? Ya no eran necesarios. Ningun caso se hizo de sus reclamaciones, y como tuvieron el mal gusto de sublevarse contra las expoliaciones de la república aliada y ésta era más fuerte que ellos, fueron tratados ni más ni ménos que los demás enemigos de aquella; digno premio á su interesada y anti-patriótica conducta. Los cálculos del egoista se habian vuelto contra él, como, para bien de la humanidad, sucede con frecuencia.

Si fuera posible que las argucias de la fe romana se modificáran con la extension de su poder, seguramente no sería para mejorar ni para hacerlas más rectas ó de una política más levantada. En una palabra, la falsedad romana y su política espoliadora, creció con sus triunfos y poderío. Y allá va otro ejemplo, añadido á los ya citados: trátase de la heróica Numancia. Como ya se ha dicho, á pesar de no disponer más que de 10.000 hombres de combate, impuso la paz al cónsul que mandaba las tropas romanas; y no obstante de intervenir directamente un hombre del prestigio y la importancia de Tiberio Graco, que sostenia debia cumplirse con exactitud lo tratado, por exigirlo así el honor del Senado, opinó de otra manera y creyó tranquilizar su conciencia, entregando á Mantius, firmante de dicho tratado,

á los enemigos, desnudo y con las manos atadas á la espalda. No fueron los numantinos tan cándidos como los samnitas; negáronse á recibir á Mantius y contestaron á los romanos que la sangre de un solo hombre no era bastante para expiar la violacion de fe pública, y que con un pueblo que tan poca importancia daba á su palabra y con tal felonía obraba en todos sus contratos, no queria entenderse más que en el campo de batalla, con la punta de sus espadas. Ya sabemos cómo Escipion Emiliano castigó el valor de aquellos héroes. No era éste, sin duda, un carácter humanitario y levantado; cuando supo la muerte de Tiberio Graco, exclamó: "Así perezcan como él todos los que hagan lo mismo." Aquel duro aristócrata, simplemente por haber tenido noticia de que otra ciudad celtíbera se aprestaba á mandar socorros á Numancia, exigió que se extrajeran 400 jóvenes como rehenes, haciéndoles cortar la mano derecha. El cruel vencedor de Aníbal mostraba su saña contra el nombre de Tiberio Graco, simplemente porque aquel patricio habia sostenido que las condiciones estipuladas bajo la fe de un tratado debian cumplirse. Si el hecho de destruir á Numancia antes de recibir órdenes del Senado, prueba, hasta la saciedad, que Escipion Emiliano pudiera ser un gran soldado, pero de ningun modo un héroe; su conducta, respecto á Tiberio Graco, no deja lugar á duda sobre la idea que tenia de la moral: sólo siendo esta estrecha y mezquina permite la crueldad.

Bastan los ejemplos citados para dejar demostrado plenamente lo que anunciamos al afirmar que la fe romana fué la misma en lo que llaman los mejores tiempos de la república, que en su mayor apogéo. Sólo hemos de permitirnos algunas indicaciones relacionadas con este asunto, y que se refieren á los tratados de paz, de amistad, hospitalidad y alianza de Roma con los demás pueblos. Todos estos tratados llevaban á la cabeza las anteriores palabras, brevísima expresion de una verdadera teoría de relaciones internacionales. Pero esto no es más que un ideal que está en las frases; la desilusion aparece en seguida que se entra en el fondo. Y hablando en puridad, no pasaba esto solo con los romanos: aún está muy léjos el tiempo de que el fondo de las cosas corresponda al signo con que se expresan. Si á últimos del siglo XIX falta mucho para alcanzar que éstas sean las

leyes internacionales, calcúlese la distancia en que estarian Roma y los países antiguos. La fraternidad entre los pueblos ha existido, hasta ahora, solo en la mente de algunos filósofos y reformadores religiosos; y baste solo decir que, áun en los tiempos que alcanzamos, se cree el mejor diplomático aquél que es más astuto y mejor sabe engañar á su contrincante. Los pueblos de la antigüedad eran ménos diestros en este arte de asechanzas y mentiras provechosas; pero, hacian lo que estaba á su alcance; y lo que no practicaban, no era porque en ellos hubiera mayor generosidad, sino que sus pasiones brutales, poco dulcificadas por la cultura de los siglos y la gran pesadumbre de los intereses creados, ejercia ninguna influencia en los consejos de la diplomacia, hacian que, entonces, se acudiera más pronto á la guerra que se hace en los tiempos modernos. Como no nos guía, ni puede guiarnos, simpatías ni antipatías por el pueblo rey, bueno es dejar sentado que, siendo la fe romana lo que sabemos, era, sin embargo, una transicion ó un término evolutivo entre los antiguos y modernos tiempos. Imperfectos y todo, prestaban sus servicios á la humanidad, porque tales tratados tenian por objeto poner un límite á la hostilidad natural en que vivian las naciones, para que, al abrigo de ellos, pudieran los habitantes de un país, cuando así conviniera á sus intereses, atravesar las fronteras de otro y establecer relaciones civiles y comerciales. Entonces, la enemistad de dos países estaba muy léjos de ser lo que hoy entendemos por tal: lo era de pueblo á pueblo y de indivíduo á indivíduo; no sólo de los que podrian llevar armas y ser enemigos en los campos de batalla, sino tambien de los indefensos y de todo lo que á ellos pertenecia. Pero, como todo el derecho de Roma, lo mismo que el de la antigüedad, descansaba únicamente sobre la fuerza, hasta un punto tal, que en la república el hombre fué mirado como una cosa, y consecuencia de esto, el creciente poderío del pueblo-rey, alteráronse por completo las relaciones de amistad; y, las naciones amigas, para conciliarse la proteccion de la poderosa repóblica, se apresuraban á ofrecerla socorros que ésta no tenia derecho á exigir. ¡Qué cierto es que en pueblos como en indivíduos, antes que hubiera un déspota que se haya atrevido á ejercer la tiranía, hubo serviles que se prestaron á obedecerle y so-

meterse! La amistad de Roma, pues, venia á ser una servidumbre voluntaria. ¡Qué tristeza produce al ánimo, qué desconsuelo en el corazon, recordar el tono humilde con que la ilustre Atenas anunciaba al Senado que no habia reparado en medios, ni escaseado sacrificios, para satisfacer con exceso los deseos de los generales romanos; que les habia enviado sus navíos y sus soldados, que, no habiendo hecho uso de unos ni de otros, se le habian pedido 100.000 medidas de trigo, y que, á pesar de la esterilidad de su territorio, pues no producia el bastante siquiera para mantener los hombres de la campiña, tal demanda quedó satisfecha!

Los tratados de hospitalidad pudiera llamárseles de amistad más íntima. Habian tenido su orígen en relaciones puramente individuales, establecidas entre habitantes de otras naciones que tenian huéspedes en Roma y se trasmitia á las familias. Cuando un indivíduo de éstas pasaba á la nacion donde vivia el que con él tenia tratado de hospitalidad, iba á parar á su casa; su huésped se encargaba de defenderle en su persona é intereses, y tan religiosamente se guardaba esta clase de parentesco, artificialmente creado, que no solo no se rompian por las guerras entre los dos pueblos, sino que se negaba en las batallas á luchar el uno directamente contra el otro, habiendo de esto repetidos ejemplos. De los indivíduos pasó á las naciones, y fueron varias las que celebraron tratados de hospitalidad con el pueblo rey. No obligaban dichos tratados á que los otros pueblos suministraran ningun recurso á Roma; pero como la vanidad humana ha obrado siempre de la misma manera, los pueblos bárbaros creian tanto más honorífico celebrarlos con aquella cuanto más creciese en poderío é influencia. Por idéntica razon Roma desdeñaba cada vez más entrar en relaciones de igualdad con pueblos débiles y atrasados, á los cuales despreciaba; y, fiel á su política, empezó á servirse de ellos para dividir á los pueblos que queria combatir: así lo hizo con algunas tríbus galas y españolas. De manera que en último término, los tratados de hospitalidad dejaban á los pueblos en frente de Roma con la independencia de que puede gozar la debilidad extrema en frente de la omnipotencia.

Como no entra en nuestro plan hacer una reseña, siquiera fuese muy somera, de todos los tratados de este género que pu-

diéramos citar, nos contentaremos con el ejemplo de Rhodas. Durante siglos, los rhodenses tuvieron relaciones de amistad con el pueblo romano, sin querer concluir con él una alianza formal; pero cumpliendo con religiosa exactitud todos los deberes de una fiel aliada. El célebre historiador Polyvio aplaude la prudencia de la ciudad griega al seguir esta política, y apropósito de ella dice: que Rhodas no hubiera hecho bien privarse de la libertad de obrar segun le dictáran sus intereses contrayendo lazos más estrechos con Roma. En efecto, la historia se encargó de probar cuánta razon tenia el célebre historiador romano: Macedonia era el último baluarte que contenia las invasiones en el Oriente del pueblo-rey. Aquellos antiguos y fieles amigos, los rhodenses, cometieron el gravísimo pecado de ofrecer su mediacion con el objeto de salvar el trono de Perseo. Sintióse el aristocrático Senado ofendido en su orgullo por tal atrevimiento, y hay que leer la manifestacion del brutal orgullo de la fuerza en frente de la debilidad: "que, ¿los rhodenses se atrevian á interponerse entre Roma y sus enemigos? ¿Se atrevian de igual á igual con el Senado romano, ó pretendian ser los árbitros entre la paz y la guerra? ¿Es que Roma tendria que pedirles permiso para declararla? ¿Permitiria Roma que así se atreviese á hablarle la ciudad de Rhodas? etc."

Perseo, vencido, fué á concluir sus dias á las prisiones de la Ciudad Eterna. Los rhodenses, comprendiendo su debilidad, y haciendo caso omiso de los insultos, imploraron como un beneficio aquella alianza que con tanta prudencia habian evitado. Entonces el Senado, antes de aceptar su sumision, los humilla, como hacian los señores feudales con el plebeo que habia osado lastimar su orgullo. Los embajadores rhodenses se presentaron vestidos de blanco, como acostumbraban los encargados de hacer felicitaciones: el Senado ni les proporciona alojamiento, ni les hace los presentes de costumbre, ni siquiera se digna recibirlos en audiencia, y decide que, con los rhodenses, no tenia ningun deber de hospitalidad que cumplir. Cuando el cónsul les hizo conocer las decisiones del Senado, los pobres rhodenses se postergaron ante él suplicándole, así como á los demás presentes, que no dieran tal importancia á supuestas ofensas recientes y recordaran mejor sus antiguos servicios. Se resistieron,

y como acostumbraban á hacerlo los suplicantes, fueron de puerta en puerta buscando á los senadores á fin de que intervinieran en su favor y se les hiciera justicia. Los generales que habian hecho la guerra en Macedonia, léjos de interesarse por los rhodenses, sostuvieron que todo rigor era poco con ellos. Desamparados de todos aquellos orgullosos aristócratas, encontraron protectores poderosos en los tribunos del pueblo: el célebre Caton, aquel hombre rudo y de miras estrechas, tomó, sin embargo, su defensa, exhortando al Senado á que estuviese muy prevenido contra la vanidad y el orgullo, fruto ordinario de las grandes victorias, añadiendo que era preciso confesar ingénuamente que los rhodenses tenian motivos sobrados para interesarse por la fortuna del rey de Macedonia; que á ellos, como á otros pueblos, importaba grandemente que no desapareciese el único hombre que osaba hacer frente á las invasiones del pueblo-rey; que les interesaba tan de cerca que tenian fundadas razones para creer que si tal obstáculo desaparecia, ellos caerian en un estado de servidumbre bajo una dominacion sin rival; y despues de todo,—añade,—¿han prestado algun socorro al rey de Macedonia? Si se han contentado solo con deseos y sus enemigos les atacan porque ellos han querido serlo nuestros, ¿dónde está la ley ó la justicia, ó quién, de entre nosotros, se atreve á sostener que se puede castigar á uno por el deseo de hacer el mal? Que los rhodenses son orgullosos, ¿qué os importa? ¿Es que os ofendeis de que haya algun pueblo en el mundo que sea tan orgulloso como vosotros? El célebre censor se habia apoderado de tal manera de la causa que defendia, que, si ha de creerse á los historiadores del tiempo, estuvo admirable en energía, severidad y buen sentido. Por fin, despues de largos debates, los rhodenses obtuvieron una audiencia del Senado, y se les concedió un tratado de alianza por el cual se comprometian á tener los mismos amigos y enemigos que el pueblo romano.

Es decir, que los rhodenses, segun el Senado de Roma, habian cometido un acto de hostilidad contra el pueblo-rey, tan grande como puede juzgarse de la manera como habian sido tratados, y para castigarlos les impusieron un tratado de alianza. Este hecho manifiesta con toda claridad la fé que los romas tenian en los tratados de alianza que con ellos otros pueblos

celebraban, dejando, además, fuera de duda, que era el signo infalible del yugo que imponia Roma á los pueblos que los firmaban.

Ya hemos visto que los tratados de hospitalidad no obligaban á los otros pueblos á prestar socorros á Roma; al ménos éste era el derecho escrito; pero, ya tenemos pruebas de lo que venia á ser en la práctica. Los tratados de alianza imponian, al contrario, deberes tan excesivos á los aliados, que, á la corta ó á la larga, los conducia á la servidumbre. Si eran hechos despues de la guerra, no significaban más ni ménos que la ley del vencedor impuesta al vencido. Si eran celebrados en tiempo de paz, tenian por objeto aprovecharse de los recursos que los otros pueblos pudieran proporcionarles, debilitándolos primero para poderles incorporar á la república el dia que lo creyesen conveniente. En algunos de ellos se imponia expresamente la condicion de reconocer la majestad de Roma, con lo que no queda lugar á duda, si alguna pudiera haber, del fin de dichos tratados. El Senado, en verdad, tenia demasiado sentido práctico para dejar de contentar por vanas formas, esterioridades ridículas y falaces adulaciones á los reyes que se declaraban sus amigos; por supuesto, exigiendo, en cambio, servicios y recompensas contínuas que les dejaran sin medios de poder resistir. Y aquellos, como los de todos los tiempos, hicieron ver, con repetidísimos ejemplos. que en el alma de un tirano hay siempre la de un esclavo. De tal suerte se humillaban ante el Senado romano, que, para calificarlos, nos parece suave aquel dicho de Napoleon cuando aseguraba que los reyes de Europa lo habian adulado de una manera tan baja y rastrera, que le seria imposible conseguirlo de ningun sargento de su ejército. Decimos que la expresion parece suave, porque la comparacion de aquellos déspotas con un sargento de los tiempos modernos seria enaltecerles demasiado; y, parécenos estar más en lo exacto, comparándolos con aquellos esclavos que, á consecuencia de su odioso estado, han perdido toda idea de dignidad de hombres, y sólo saben, como unos viles animales, lamer la mano que empuña el látigo con que se les azota. Y, sin embargo, los que así se postraban, los que tan bajamente adulaban, no sólo á aquel Senado de patricios, sino aquel pueblo rebajado de la Ciudad Eterna, esta-

ban henchidos de vanidad satánica, creyéndose, y con razon, inmensamente superiores á aquellos rebaños de hombres, sobre los cuales mandaban á su antojo; tenian razon, decimos, porque hay algo más indigno, algo más abyecto, algo más rebajado, algo más repugnante que los extravíos de un déspota, y es la cobardía indigna del pueblo que lo consiente. Lo repetimos: aquellos reyes que así se rebajaban estaban llenos de vanidad satánica. Pero entonces, como ahora y como siempre, esta es la negacion del orgullo viril del hombre digno, que en el rey ó en el mendigo ve siempre un hombre; y jamás se le ocurre rebajar ni molestar al desgraciado por lo mismo que siempre se halla resuelto á no permitir que nadie le ofenda en su dignidad.

El breve resúmen que acabamos de hacer, lo creemos suficiente para dar una idea clara y distinta de lo que era la fé romana, tanto con los enemigos vencidos como con los amigos á quienes procuraba dominar. A los primeros se imponia constantemente la siguiente condicion: se obligaban á devolver los prisioneros y desertores del ejército romano. Pero Roma no se obligaba á la recíproca, porque á ello se oponia su estado social, puesto que la mayor parte de los prisioneros los habian hecho esclavos, y el feroz egoismo de los dueños se oponia á perder aquello que miraba como animales de trabajo. ¡Qué habia de suceder á una sociedad que descansaba sobre el horrible hecho de la esclavitud! Es cierto que en medio de aquella infernal astucia y abuso de la fuerza, y más movida por intereses individuales que por altas concepciones sobre la solidaridad humana, Roma trajo al mundo un adelanto en su trato con los vencidos y con relacion á los pueblos de la antigüedad. Como ella queria ensanchar sus dominios, importábale no dejar despoblados los territorios conquistados, con tal que estos no hubieran mostrado una energía moral y un valor personal que los hiciera siempre enemigos terribles, como pasó con Numancia y otros pueblos. Y, andando los tiempos, por la ley del progreso, los vencidos venian á ser los iguales á los vencedores y á entrar por el camino de una civilizacion, si bien no muy adelantada, sí con más órden y condiciones de marchar por el camino de la cultura. Pero así y todo, tanto en sus leyes exteriores como interiores, el principio dominante de Roma era la fuerza. Aunque su conducta era un

progreso, comparada, en general, con la de los otros pueblos, no le faltaron lecciones de generosidad y alteza de miras que se guardó bien de seguir. Una de las que recordamos en este momento es la de Pyrho, que se mostró generoso y humano, sin esperar la compensacion por parte de los vencidos, é hizo inhumar los romanos que habian sucumbido, con las mismas consideraciones que á sus propios soldados; ofreció á los prisioneros admitirlos á su servicio; pero no aceptó ninguno, lo cual habla muy alto en favor del temple de aquellos legionarios del pueblo-rey. El vencedor, léjos de irritarse por la negativa la aplaudió y les dió la libertad sin rescate. Cuando los embajadores romanos se le presentaron para tratar de aquel ó del cambio de prisioneros, segun la afirmacion de un escritor latino, la contestacion de Pyhro fué la siguiente: "Yo no pido oro; no quiero vuestro rescate; no lucho como comerciante sino como guerrero; no es el oro lo que quiero tener en la mano, sino el hierro. El destino de las batallas sabrá á quién reserva la fortuna del imperio: si á vosotros ó á mí; y tened bien en cuenta estas palabras: yo respeto las vidas que por el hierro enemigo han sido respetadas; os devuelvo vuestros prisioneros, no por vosotros, sino por halagar á los dioses inmortales."

Las reflexiones que anteceden las creemos de todo punto congruentes á nuestro asunto, tanto más si se tiene en cuenta que aquella política no ha desaparecido aún, y que, á pesar de próximamente veinte siglos de cristianismo y todos los adelantos de la moderna civilizacion, domina hoy por completo en las relaciones internacionales el derecho del más fuerte. Si en alguna ocasion las pequeñas nacionalidades pueden hacerse ser respetadas, es por que el estado de desconfianza, y áun pudiéramos decir de acecho, en que viven las grandes naciones modernas, hace que algunas protejan á las débiles, á fin de que sus rivales no se engrandezcan. ¿No vemos todos los dias proclamar este mismo derecho á las más favorecidas por la fortuna? Con frecuencia, ¿no se quejan del dominio de la fuerza aquellas que en dias prósperos más de ella habian abusado? Si alguna duda quedara sobre esto, no habria más que recordar la conducta que han tenido varias naciones de Europa cuando eran poderosas, y sus quejas, cuando por azares de la fortuna ó propia culpa, han ve-

nido á ceder aquel puesto á otras más dichosas. Buen ejemplo de esto han sido Francia, España y Alemania. Algo más de un siglo hemos ejercido la hegemonia en Europa, y hemos gastado nuestra vida y nuestros recursos en servir los intereses y caprichos de familias extranjeras, y en tratar de imponer á los demás creencias que es dudoso las tuviéramos nosotros mismos. Francia hasta hace poco no perdia ocasion ni motivo para hacer alarde de su papel de gendarme europeo, y si ahora se queja de la dureza del vencedor, bueno es que repase su conciencia y traiga á la memoria lo que hace 70 años hizo con España y demás naciones del continente. Alemania, que ha pasado más de medio siglo quejándose del abuso de poder que la Francia intentaba ejercer más allá del Rhin, cuando la diosa fortuna le concedió sus favores, cambió de lenguaje; y filósofos, poetas é historiadores pusiéronse á discurrir para convencer á los demás que pertenecemos á razas inferiores ó degeneradas, y, por consecuencia, que debemos darnos por muy satisfechos con seguir de cerca ó de léjos el carro triunfante de la familia germánica, y que, en definitiva, la que tiene la fuerza debe haberse obedecer sin otra clase de consideraciones. Y para que se vea que no son apreciaciones gratuitas lo que acabamos de decir, vamos á citar las palabras que, juzgando la conducta de los romanos con los samnitas, emplea uno de los historiadores más ilustres de la moderna Alemania, Mommsen: «las convenciones internacionales no son más que una vana palabra, y no resulta de ellas ninguna obligacion moral. El vencido las rompe cuando tiene el poder de hacerlo. De consiguiente, ¿por qué habian de respetar los romanos más que una palabra empeñada los juramentos hechos para salvar la república?» Nós abstenemos de toda reflexion sobre estas frases. Que las mediten los Estados que, por unas ú otras razones han llegado á una situacion de debilidad relatíva, y comprendan que, ni las leyes morales, ni las nociones de derecho, ni las soñadas alianzas con poderosos, ni los vanidosos recuerdos de antiguos poderíos, han de sacarlos del estado en que se encuentran, no debiendo buscar el remedio más que dentro de sí mismas. Las medicinas apropósito para curarlos todos las conocemos, y son: el trabajo, la instruccion, la economía, la calma, tan lejos de la impaciencia como de la debilidad;

la libertad, sin la cual no hay para los pueblos vida ni energía; y la tranquilidad, si la cual no hay progreso. No esperen, no, que el amparo ó la benevolencia de este ó el otro poderoso, les hagan ocupar este ó aquel puesto en los Congresos europeos, y tampoco olviden que hay posiciones que no se mendigan: se toman. Los pueblos, así como los indivíduos, no tendrán, durante mucho tiempo, otros respetos ni consideraciones más que las que ellos mismos se hagan tener.

Por condiciones psicológicas, es constante en la humanidad la engañosa ilusion de creer en una remota edad de oro; ilusion que supone existió en el pasado, lo que sólo puede encontrarse en el porvenir. Los indivíduos que llegan á cierta edad, hacen todos algo semejante á aquello que se cuenta de San Cipriano, que en los últimos años de su vida sostenia que era infalible el próximo fin del mundo, porque, segun él, las frutas tenian colores ménos hermosos y un sabor ménos agradable que las que se producian en las mocedades del buen anciano, sin que el buen señor supiera darse razon de que los colores que encontraba de ménos en aquellas era pura y sencillamente la falta de claridad en su vista; y la de sabor era el gusto perdido de su paladar. De manera que esa tendencia social se manifiesta igualmente en el indivíduo, y se aplica lo mismo á la política que á la religion, á la historia y á todo lo demás. Y en esto encontramos la razon de la opinion tan admitida, referente á que Roma habia sido falaz y tiránica en los últimos tiempos porque habia degenerado de lo que anteriormente habia sido; ó, dicho de otra suerte, habia descendido de su edad de oro. Demostrado queda cómo se habia portado allá en su infancia. Al llegar la conclusion de la república, Roma era la misma que habia sido siempre, sino que, cegada por su orgullo, acosada por la miserable codicia de una aristocracia, tan falta de miras levantadas como llena de vicios y sed de oro, á la supercheria que antes se habia distinguido en su política, se añadió la venalidad. La guerra contra Yugurtha puso esto de manifiesto, á la par que fué un lenitivo pasajero para la gran descomposicion que corroia al pueblo rey. La aristocracia vendió públicamente los intereses de la república; el audaz y astuto Númida que comprendió nada tenia que temer del pueblo romano mientras tuviera di-

nero con que pagarle, asesinó á todos los que pudieran ser rivales suyos en el trono. Los que lograron escapar de sus primeros ataques y matanzas se quejaron al Senado. Este mandó embajadores y Yughurta no se habia equivocado: aquellos se volvieron á Roma cargados de oro. Animado con esto el Númida, tomó las ciudades aliadas de los romanos, pasó á todos sus habitantes á cuchillo, lo mismo á africanos que á italianos, produjo un gran escándalo en Roma, y no hubo más remedio que declararle la guerra. Pero el astuto africano habia comprado los oficiales, y las legiones se quedaron sin movimiento hasta que fueron por aquel derrotadas. Habiendo estado él antes en Roma y obligado á partir de Italia, cuentan que al salir de la Ciudad Eterna pronunció las siguientes palabras: "Ciudad venal; no vivirás más tiempo que el que tarde en haber uno que tenga bastante dinero para comprarte". La derrota de las legiones no podia perdonarla Roma: hizo la guerra con energía contra Yugurtha. Este fué hecho prisionero y, como ya no tenia oro con que comprar á sus perseguidores, despues de haber servido de ornamento en el triunfo del vencedor, se le echó en un foso profundo, donde murió de hambre ó asesinado.

Es la riqueza el gran elemento de progreso, de libertad, de órden y de cultura, á condicion de que aquella sea producida por el trabajo constante de un pueblo. Pero hay una especie de riqueza aparente y engañosa que es la que consiste en la sed de oro que proporcionan las conquistas. Cuando esta sed, el deseo inmoderado se apodera de un pueblo, éste se cree rico, siendo así que, realmente, es miserable, y, lo que es peor, mirando con repugnante desden al trabajo, se acostumbra á la vida de aventuras y milagros, convirtiéndose, más tarde, en un pueblo de bandidos ó mendigos; de aquí que si no desaparece de sobre el haz de la tierra, forzosamente ha de entrar en un período de larga decadencia. Dichoso él si, tras largos años y áun siglos, llega trabajosamente á levantarse de su postracion. Como escribimos en España, nuestros lectores comprenderán que no necesitamos buscar ejemplos fuera de casa.

Esto sucedió en Roma. Por el desenfrenado lujo y despilfarro á que habia conducido el despojo de los pueblos vencidos, llegó á abandonar no sólo el trabajo, sino toda la industria y el

saber que llegó á estar en manos de los esclavos. Las buenas o malas acciones se atraen, como la materia, ó, mejor dicho, las unas son generadoras de las otras; á nuevas necesidades, nuevos deseos de amontonar riquezas, y, por consiguiente, nuevas e intolerables exacciones de los pueblos que habian sido vencidos y formaban ya provincias de la gran república.

Habia la antigua costumbre de que el general vencedor llevase para celebrar su triunfo todos los esclavos que habia hecho y los tesoros que, á consecuencia de la victoria, habia acumulado. Y de aquí que, aparte de lo que les convenia ocultar, esquilmaran á los pueblos donde habian ejercido su mando para hacer mayor ostentacion de riqueza en el dia del triunfo ante el pueblo romano. Describir los tesoros acumulados en los triunfos de Pompeo, de Luculus, Paulo y Milio, Sila, etc., nos ocuparia mucho espacio, aun haciéndolo á la ligera; y así nos contentaremos con hacer un brevísimo resúmen de las riquezas que figuraron en el triunfo de Fulvius Nobilior, vencedor de los españoles: 12.000 libras de peso en barras de plata, 130.000 en moneda acuñada y 127 en oro. Fulvio Flacus llevó de nuestro país, para su triunfo, 124 coronas de oro, 31 libras del mismo metal, y 173.200 piezas de la ciudad de Osca. No numeramos las de Graco en obsequio á la brevedad. Como comprenderán fácilmente nuestros lectores, por mucha que fuera la vanidad de aquellos patricios romanos, convenia á su interés personal ocultar la mayor parte de los productos de sus rapiñas en los países conquistados. De suerte que, lo que el público de Roma veia no era, en realidad, más que una insignificancia comparado con lo que aprontaran los pobres que habian tenido la desgracia de ser vencidos. Hablando con propiedad, un indivíduo que consume y no produce es un parásito social. Cuando en lugar de una personalidad es un pueblo, entonces el parásito se convierte en una gran plaga; y el bandolerismo, cualquiera que sea su forma, debe concluir mal para bien del progreso. El pueblo romano, que ejercia el bandolerismo sobre los otros pueblos, debia perecer y pereció.

VIII

Tiene el hábito, ó la costumbre, tal fuerza y tal dominio en el hombre, que se nos hace muy difícil el concebir que una palabra que representa una idea dada, haya tenido en otros tiempos un sentido muy distinto, y, sin embargo, son muchísimas las que le tienen muy diferente del que pudiera deducirse, etimológicamente hablando. Lo mismo que decimos de las palabras, puede aplicarse á otros conceptos. Así no es extraño que, impregnados como nos encontramos de la idea unitaria para las naciones modernas, vaya nuestra mente constantemente acompañada á la palabra imperio, reino ó república, ó más concreto aún, á la de nacionalidad, idea de unidad de legislacion; por más que, en contrario, se tengan hoy muchos ejemplos. Pero en la república romana, producto de muchos siglos de conquistas, en las leyes y la manera de ser tratados los pueblos, habia una variedad inmensa, y se necesitó que pasáran muchos tiempos de imperio para que empezaran á marcarse bien las tendencias unitarias. Roma, con el sentido práctico y egoista que constantemente ha distinguido á las aristocracias, acostumbraba á hacer poco caso de principios más ó ménos abstractos y obedecia siempre á lo que creia su conveniencia. Así hemos visto que cuando se encontraba con enemigos difíciles de dominar ó que la hicieran temer la posibilidad de que, más tarde ó temprano, fuesen un obstáculo á sus miras, jamás vacilaba ante su destruccion completa, absoluta: díganlo las ruinas de Cartago, Numancia, Corinto y Alba. Sin embargo, por la razon antes indicada, el Senado de patricios, que tenia por objetivo la monarquía universal, no podia pretender reinar en desiertos; y si bien no repugnaba á su naturaleza mandar, si fuera posible, en toda la tierra cubierta de esclavos, comprendia, no obstante, que la Ciudad Eterna no tenia suficiente fuerza para imperar sobre tantos millones de hombres reducidos al estado de esclavitud, y ménos para defender sus conquistas de los enemigos que rodeaban sus fronteras. De aquí que tratára de unir los vencedores á los vencidos, concediéndoles derechos é inmunidades. Mas la concesion de éstos, como al mismo tiempo no olvidaba su orgu-

llo de patriciado, no era tan lata que con ellos igualase á los vencidos, y sólo andando los tiempos, y á consecuencia de las luchas sostenidas entre dos órdenes, que veremos más adelante, por la fuerza de los hechos consumados y el progreso social, es como se llegó á esta furia igualitaria, y para eso fué necesario que la poca libertad que habia desapareciese y todos quedaran iguales bajo el capricho de un amo, que los mandaba á su antojo. Es evidente, bajo el punto de vista moderno, que la libertad sin igualdad es la tiranía de los ménos sobre los más; pero no es ménos cierto que la igualdad sin la libertad puede ser muy bien la negacion de todo derecho ó un degradante absolutismo, tal como se conoce hoy en las monarquías del Oriente. Mas no pidamos á las edades lo que no las corresponde. Las ideas de derecho que hoy nos parecen vulgares, eran, en la antigüedad, completamente desconocidas; así como las generaciones futuras se admirarán de que no hayamos pensado en cosas de las cuales no tenemos hoy ni la más remota idea.

Conocido el pensamiento constante de Roma, puede deducirse, con facilidad, la marcha que habrá seguido la concesion de aquellos derechos. Seria en ella insensato el aspirar á dominar las demás naciones, mientras no lo hubiera conseguido respecto á aquellas tríbus de gran ardor guerrero que ocupaban la itálica Península y que tan de cerca la rodeaban. No importa que unas y otras hubieran sido vencidas: su energía y grado de civilizacion eran motivos, más que suficientes, para suponer que no estaban abatidas, y que, por una ú otra causa, pudieran crear á la ciudad de las siete colinas compromisos de tal monta, que pusieran en peligro su misma existencia. Era, por lo tanto, de todo punto indispensable buscar el remedio á un mal que si, constantemente era una amenaza, pudiera convertirse, de un momento á otro, en un peligro real y positivo; y Roma se cuidó de obviar tan grave inconveniente, concediendo á los italianos derechos civiles y políticos, que, á la par que los compensara de su libertad perdida, uniera su suerte á la de aquella de tal modo que mirasen el triunfo de los romanos como el suyo propio. Pero, aquellos pueblos ó naciones que estaban más allá de los límites de la itálica Pensínsula, no eran para Roma un peligro tan inminente ni podian crearle las mismas dificultades. Por lo tanto,

como la generosidad no era el carácter distintivo de su política no habia de apresurarse á concederles tales derechos, mientras que, andando los tiempos, la necesidad no la obligase. Este medio quedó aplazado, y la dominacion confiada á la fuerza de sus legiones y á la política de su Senado. Pero, hay más: la misma Italia estuvo muy lejos de ser sometida á un régimen uniforme. El valor con que las poblaciones lucharon contra la invasion romana, las circunstancias de la conquista, el mayor ó menor enojo mostrado contra el pueblo-rey, la sumision ó el descontento con que sufria su yugo, dictaron la política romana. Bien puede decirse que los derechos fueron concedidos por dósis proporcionadas á la confianza que le inspiraban las diferentes ciudades. Así, á aquellas cuya fidelidad no podia serle dudosa, las concedió el derecho de ciudad; á otras, solamente, el civil; y no pocas tuvieron que contentarse con el título de aliadas que ya hemos visto para lo que servia. Y á aquellas que habian luchado con más valentía, que más bizarramente habian defendido sus derechos y sus hogares, no empeció que fueran ciudades italianas para quedar reducidas á un estado bien poco diferente del de absoluta servidumbre.

No es ni puede ser objeto de este trabajo el estudiar, con la profundidad debida, la infinita variedad de relaciones que, producto de la conquista, unia á los pueblos vencidos con el pueblo-rey. Además, dicho estudio, segun la expresion del célebre Laurent, es uno de los más oscuros que sobre asuntos históricos pueda hacerse, y que, segun expresion del mismo autor, esperan aún un historiador de grandísimas condiciones que se dedique al esclarecimiento de tan importante como intrincado asunto. Esta inmensa variedad nos sorprenderá ménos si se tiene en cuenta, no solo lo que con las peripecias de la conquista se relaciona, sino tambien que la antigüedad no tenia el concepto de unidad.

Una de las leyes sociológicas, y aun pudiéramos decir tambien de las cosmológicas, consiste en que cada período ó cada término de la evolucion, así en la naturaleza como en la sociedad así en política como en religion, así en la ciencia como en la industria y el arte, participa en gran manera de los principios que regian el término ó el período que inmediatamente le antecede. Ahora bien: con anterioridad á la conquista romana, los pueblos

ó tríbus que más tarde fueron sometidas á ésta, vivian en un estado de aislamiento tal, que, si se conocian, era, casi en la totalidad de los casos, para guerrear entre sí, ó lo que es lo mismo, que cada pueblo ó tríbu sabia ó tenia, mejor dicho, la conciencia que, do quiera que existia otro, allí habia un enemigo que temer, y, por tanto, combatir. Se deduce, pues: primero, que por lo anteriormente dicho, no era posible pasaran de aquel estado al de unidad completa; y segundo, que aun con la variedad de derechos y concesiones que en la manera de tratar á los vencidos tuvo Roma, aquel era un gran paso dado hácia la unidad.

Aplicando lo expuesto á las relaciones de Roma con las otras ciudades italianas, y teniendo en cuenta que el pueblo dominador no solo nació, sino que tambien se desarrolló dentro de los muros de una ciudad, era natural que el trato de ésta con aquellas, sus vecinas, estuviera calcado sobre las relaciones jurídicas que existian entre los particulares; ó dicho de otra manera, que los derechos civil y de gentes habian de tener muchos puntos de semejanza, y seguramente han de encontrarse grandes relaciones entre las privadas ó habidas por particulares y las que el pueblo-rey tuvo con los otros que cayeron bajo su dominacion.

Veremos esto comprobado despues en la rápida ojeada que haya de echarse sobre todo lo que respecta al derecho civil. Además, una sencillísima reflexion servirá para indicarnos la manera de obrar del pueblo-rey. Las pocas palabras que vamos á decir serán como la teoría ó razon fundamental de dichas relaciones, de las cuales los hechos históricos vendrán á ser como la comprobacion experimental de la afirmacion teórica. Del mismo modo que no es posible que un pueblo esté á la vez muy adelantado en su régimen político y en la concepcion del derecho por un lado, y por otro en un extremo atraso de ciencia, arte é industria, tampoco lo es que obedezca en sus relaciones particulares á sentimientos delicados, ideas de humanidad y solidaridad, y simultáneamente, en sus relaciones con los otros pueblos, á ideas de crueldad y de dureza. Sabemos bien que, lo mismo en lo que se refiere á los frutos de la inteligencia que á los del sentimiento, no marchan los pueblos con un paso armónico en todos ellos, ó dicho de otra suerte, que una unidad éthni-

ca puede alcanzar un gran desarrollo en un grado de industria, etcétera, y estar, relativamente, muy atrasada en otros. Y lo mismo pudiéramos decir de los sentimientos. No obstante, puede afirmarse que, ya que no anden todos á la par, marchan, forzosa y necesariamente, con cierto paralelismo. Si á estas consideraciones generales se añade que el Estado romano se componia de vencedores y vencidos ó de diferentes órdenes que ocupaban posicion distinta y ejercian muy diversa influencia en los asuntos de la república, se concluirá, con doble rigor, la grandísima analogía, si no identidad, que debia existir entre el derecho civil y el de gentes; ó sea entre el que informaba las relaciones internacionales y el de ciudadano á ciudadano. Es tan clara y evidente la relacion que existe entre el derecho civil y el político, que creeríamos ofender la ilustracion de nuestros lectores si intentáramos demostrar esta afirmacion.

Donde no está reconocida la igualdad ante la ley, donde el derecho tiene excepciones, donde no pertenece al hombre sólo por la cualidad de tal, la libertad política no puede existir. Y, por la inversa, donde quiera que ésta no es la garantía del derecho, donde quiera que el que ejerce la soberanía, rey, dictador ú oligarquía, no está vigilado ó contenido por los derechos políticos del ciudadano, donde quiera que éste no tiene garantida su seguridad y libertad personal, donde quiera que no tiene asegurados los derechos que como personalidad humana le pertenecen; cualesquiera que sean los principios que informen el derecho civil, este será constantemente en la práctica, letra muerta ó poco ménos. Es tal el enlace que existe en todas las manifestaciones del derecho, que hay muchos puntos que seria bien difícil el poder definir, á cuál de los que llevan este nombre pertenece. Pero en las diferentes evoluciones sociales, el desenvolvimiento de la justicia está muy léjos de obedecer á una rigorosa lógica, á un ideal científico. Los pueblos civilizados marchan por el camino del progreso de un modo más ó ménos irregular, ya eliminando errores conocidos, ya siguiendo ideas incompletas y manifestaciones restringidas, que sólo desarrollos posteriores y evoluciones subsiguientes reemplazarán por otras más determinadas y completas. Y es tan cierto esto que, aun hoy, los pueblos que van á la cabeza de la civilizacion, conservan en sus le-

yes é instituciones vestigios de anteriores organizaciones sociales que há tiempo han desaparecido; y no creemos muy léjos de la exactitud el decir que, así como un célebre naturalista afirmaba que, dado un hueso de alguna importancia, perteneciente á un animal fosil de los que han desaparecido de sobre el haz de la tierra, podria construirse el cuerpo del indivíduo á que pertenecia, del mismo modo, dada una ley que ha funcionado en una época y país determinados, podrá deducirse cuál era la organizacion social y las relaciones de clase á clase en la época y pueblo aludidos. Por ejemplo: conocida la ley que pesaba sobre el deudor en la romana república, aquella cruel ley consagrada en las doce tablas; pero que, anteriormente á ellas, funcionaba como derecho consuetudinario, y teniendo en cuenta que la mayoría de los acreedores pertenecian á una clase y á otra los deudores; fácil será comprender las respectivas posiciones de patricios y plebeos. Por más que la terrible ley á que aludimos sea conocida de nuestros lectores, no creemos incongruente estampar aquí la traduccion que de ella ha hecho un conocido escritor francés. Y dice así, refiriéndose al deudor: "que se le llame en "justicia. Si no acude, tómese testigos y oblíguesele. Si difiere y "quiere levantar el pié, que se le eche mano. Si la edad ó la en"fermedad le impiden comparecer, habrá de suministrásele una "caballería, pero de ningun modo litera. Que el rico responde "por el rico; por el proletario quien quiera. Una vez confesada "la deuda y la cosa juzgada, tiene treinta dias de plazo. Des"pues que se le coja, que se le lleve al juez, advirtiendo que al "ponerse el sol se cierra el tribunal. Si no satisface al juicio y "si nadie responde de él, el acreedor se lo llevará y lo atará con "correas ó con cadenas que pesen 15 libras, y ménos de 15 si el "acreedor así lo quiere. Que el prisionero se mantenga á su cos"ta; y si no que el acreedor le dé una libra de harina diaria ó "más si tal es la voluntad de éste. Si no solventa su deuda, "téngasele en prision durante sesenta dias. Sin embargo, pro"ducirlo en justicia en tres dias de mercado, y allí hágase "público de cuanto asciende la deuda. Si al tercer dia de mer"cado hay muchos acreedores, que corten el cuerpo del deudor: "si al efectuarlo cortan un poco más ó ménos, que no sean res"ponsables. Si quieren, pueden venderlo al extranjero de más

„allá del Thiber.„ Tales eran las formas judiciales de la *addition*. Habia un medio de escapar á este procedimiento demasiado lento para la venganza del acreedor, y consistia en contratar el empréstito mediante un *nexum*. El deudor podia ser cogido con su familia sin la intervencion del juez. En este caso el acreedor tenia el derecho de exigir de él para el rescate de su deuda, toda clase de servicios, lo mismo que de un esclavo. La ley no acordaba ninguna garantía al deudor contra la crueldad del acreedor. Este podia retener á aquél preso y cargado de yerro durante toda su vida, si así le parecia, y el único límite puesto á su potencia consistia en que no tenia derecho de vender ni mutilar el cuerpo del desgraciado plebeo.

Seguramente creemos que cualquiera que conozca esta terrible ley, aunque ignore la historia del pueblo rey por completo, no dudará un instante en afirmar que allí habia, por lo ménos, dos clases: una que hacía las leyes para su propio provecho, y la otra que no tenia otra intervencion que la de obedecerlas cuando así era la conveniencia de sus dominadores. Dedúcese del mismo modo y con igual claridad, que aquellos orgullosos patricios no eran indiferentes ni descuidados en todo lo que á sus intereses pecuniarios hacía referencia. Despues de todo, hay una ley constante en la historia: consiste en que todas las aristocracias pasadas y presentes son de una avaricia insaciable, y, cualquiera que sea su vanidad, desde los que forman á la cabeza de ellas hasta los que se hallan en los últimos grados de su escala gerárquica, han dado y dan siempre importancia decisivas, sobre todo, á la riqueza, no perdonando jamás ningun medio de los que sirven para acumularla; y sólo los tiempos y circunstancias son los que deciden si la adquisicion ha de hacerse por las violencias del guerrero ó caudillo, ó por las bajas adulaciones de cortesano. En todos tiempos han luchado con fuerza cuando creian atacados sus derechos, consistentes en la expoliacion de la clase más numerosa, clase, á la vez, bastante imbécil ó cobarde para no hacer valer la fuerza de su derecho por el derecho de su fuerza.

Por las indicaciones hechas, vemos que el pueblo llamado á realizar, más ó ménos imperfectamente, la unidad del mundo hasta entonces conocido, estaba compuesto, cuando ménos de

dos razas distintas y hostiles. Los privilegiados ó patricios eran los que formaban sólo la ciudad, y defendieron con tenacidad constante el acceso de los plebeos, como quien defiende su hogar del enemigo que quiere invadirlo; y si al fin tuvieron que acceder fué despues de una lucha secular, y, merced al progreso de los tiempos y á causas que indicadas quedan.

Hay tal egoismo en la naturaleza humana, que, áun sin apercibirse de ello, rara vez siente que el derecho sea lesionado cuando la infraccion no se verifica contra él. Hasta un punto tal es esto exacto, que en todos los tiempos ha habido hombres que lucharon con tenacidad y valentía para conseguir lo que creian en justicia pertenecerles; y, sin embargo, cuando otros, ménos afortunados, empleaban los mismos recursos para el conseguimiento del mismo fin, no dudaron un momento en calificar á estos recien llegados, exactamente con los mismos epítetos que ellos lo habian sido.

Hoy mismo se verifica á nuestra vista el fenómeno de que las clases medias, que con la actividad y energía que las distingue, ó las ha distinguido, tantas y tantas revoluciones han llevado á cabo para concluir con el poder feudal y el dominio absoluto de los reyes, se asusten y enfurezcan, cuando otros, que vienen detrás, quieren tambien tomar su parte en el botin. ¿Por qué nos hemos de callar nada? Todos conocemos más de un demócrata igualitario que es de una terrible intransigencia para todo lo que cree que le es superior, mientras que se considera lastimado cuando aquellos que ocupan una posicion inferior á la suya reclaman esa misma igualdad que con tanto entusiasmo defiende cuando mira hácia arriba y tan dudosa le parece cuando vuelve su vista hácia abajo. Si esto sucede hoy, á pesar de veinticinco siglos de cultura y veinte de civilizacion cristiana, que vino á proclamar la igualdad de todos los hombres ante Dios, ¿qué de particular tiene que aquellos plebeos que con tal energía lucharon contra los patricios, rehusáran á su vez asociarse á sus compañeros de armas y sus hermanos los italianos? Estos, para conseguir su derecho, tuvieron que acudir á la fuerza, última razon de los reyes y los pueblos; y la unidad de Italia de aquellos tiempos fué el precio de una sangrienta guerra civil. Pero consecuentes con la conducta observada por los plebeos cuando al-

canzaron formar una parte del imperio, bien léjos estuvieron de pensar que las provincias tenian los mismos derechos, necesitándose nada ménos que ocho siglos para que todos los ciudadanos del imperio vinieran á ser iguales en la servidumbre y obediencia á un amo; esto por lo que se refiere á la igualdad. En cuanto á la libertad, ni la república, ni el imperio, ni áun el cristianismo tuvieron de ella idea; fué necesario el concurso de hombres más viriles y personalidades más enérgicas y todos los adelantos de la ciencia, la industria, filosofía y letras, para que los hombres comprendieran que la igualdad sin la libertad no es el derecho; que las naciones sin esta última no son, en último término, más que un rebaño de esclavos, y que el indivíduo, cuando no siente la necesidad de ella, cuando, sintiéndola, no tiene los brios necesarios para poner de su parte los medios de alcanzarla, ó cuando alcanzada no sabe sostenerla, es indigno de adornarse con el nombre de rey de los animales.

Sea efecto del clima y demás condiciones del medio ambiente, sea por otras razones largas de examinar, y que nos llevarian muy léjos, nunca pudo aclimatarse en el Occidente el sistema de castas que en todo el Oriente ha dominado. Y sea por esta razon, sea por que los patricios romanos eran antes que todo y sobre todo guerreros, y no podian llevar á cabo tantas y repetidas campañas sin ser ayudados por las clases inferiores, que por lo mismo participaban de sus glorias, y en cierta manera de su engrandecimiento, ó tambien porque siendo cortos en número, fueron desapareciendo á consecuencia de la guerra, esparciéndose por las provincias y confundiéndose con los demás, es lo cierto que jamás pudieron constituir una casta. Resistieron, no obstante, tenazmente á las justas pretensiones de los plebeos, y se necesitaron nada ménos que cuatro siglos para que éstos alcanzáran la igualdad de derechos. Esta lucha tenaz y porfiada es una de las más abundantes en consecuencias de cuantas conoce la historia, y merece, por más de un concepto, un estudio detenido. Y aunque la índole de estos trabajos no nos permite tratarla á fondo, hemos de permitirnos decir algo sobre ella.

Empezaremos notando que aquel pueblo, llamado á dar unidad al mundo antiguo, no como hoy la comprendemos, si no tal como pudiera hacerse en aquellos tiempos, se componia, aun-

que no de razas distintas, sí de naciones ó tribus que, caso de que tuvieran el mismo orígen, por los sucesivos cruzamientos y demás circunstancias, formaban otras tantas unidades ethnicas diferentes, hostiles entre sí y con vestigios evidentes de violencia y de conquista. De manera que habia vencedores y vencidos; los últimos ocupando muy diferente posicion respecto á los primeros, ó sean los señores ó patricios, que á su vez eran los que formaban la ciudad. Aquí, como en Grecia, la aristocracia está en lucha permanente con el pueblo; pero con esta feliz diferencia: que en la helénica península lucharon hasta el esterminio los nobles y los siervos, sin llegar jamás á entenderse, y en más de una ocasion, teniendo que llamar unos y otros al extranjero para combatir á sus enemigos interiores; mientras que en Roma, si no con todos los vencidos, por lo ménos con alguno de sus grupos, llegaron, aunque despues de mutiempo, á entenderse los dominadores y formar un solo pueblo. Debajo de los patricios estaban los clientes, los plebeos, los esclavos y los gladiadores. Los clientes tenian ciertas relaciones con los patricios, que algunos han comparado á los perioeques y á los siervos de Grecia; pero es lo cierto que la suerte de aquellos era ménos dura que la de éstos. Debido en gran parte á la religion de los antiguos romanos, las relaciones de amos y clientes se trasformó en un patronato ó poder de proteccion. El cliente acompañaba á su amo á la guerra, lo rescataba de la esclavitud, contribuia al pago de las cargas que se le imponian, y además ayudaba á pagar la dote de las hijas del amo, y debia mostrarse constantemente obediente y sumiso. Por su parte, el patrono concedia á sus clientes un apoyo que los escritores del tiempo llamaban paternal y le prestaban servicios, de los cuales el más notable era representarle en justicia é instruirle en el derecho civil y religioso. Las relaciones entre los dos tenian una apariencia de intimidad, ó como si dijéramos, continuacion de la familia, algo parecido á lo que se verifica hoy, en algunos casos, con el servicio doméstico; así que no podian ser obligados á declarar uno contra el otro. Pero es preciso mirar las cosas más á fondo y no dejarse ilusionar por las palabras que indican una suavidad de relaciones que ni existieron en el mundo antiguo ni el génio de los amos de Roma era muy á propósito para susten-

tarlas. Por ejemplo: la palabra paternal, antes empleada, pierde mucho de su importancia y del dulce recuerdo que despierta siempre en nosotros, si se tiene en cuenta que el patricio romano tenia el derecho de vida ó muerte sobre su mujer é hijos, que no sólo podia matar á éstos sino tambien venderlos, y lo que es peor, que no escasearon el uso de este derecho.

Mucho se ha discutido sobre el orígen de la clientela, no faltando quien sostuviera que era procedente de actos voluntarios. Pero si se tiene en cuenta que, en todos los tiempos, lo que más ha herido y hiere al hombre es la desigualdad, se viene en conocimiento que, si bien tal vez en diferente época y con diversas condiciones, los clientes tomaban su orígen de la guerra y la violencia: habian sido vencidos. Instituciones análogas, aunque con diferente nombre, encontraron los romanos entre celtíberos, galos y germanos, que tambien procedian de la guerra. Y si las relaciones con los vencedores eran ménos duras, debíanse, más que á todo, al carácter de esta raza que, si violenta en casos determinados, era, en término general, más suave que el que distinguia á los patricios romanos. Mucho se ha discutido, repetimos, el orígen de la clientela; pero no es propio del asunto que nos ocupa entrar en mayores investigaciones. Lo cierto es, que aunque el deseo de igualdad debiera inclinar á los clientes á unirse con los plebeos en la porfiada lucha que contra los patricios han sostenido, formaron siempre al lado de éstos contra aquéllos. Pero de aquí nada puede deducirse en contra de lo que hemos afirmado, aparte de que en todos los tiempos la viciosa division de la propiedad ha colocado al lado una de otra la pobreza y riqueza extremas. y que, cuando esto ha sucedido ó sucede, es grande el número de hombres del pueblo que, acostumbrados por la servidumbre ó movidos por el interés que les proporciona servicios de ostentacion, tan rebajados como poco penosos y bien remunerados, les han hecho formar causa comun en contra de los intereses de su clase, del pueblo al cual pertenecen. Todos los dias vemos comprobada una afirmacion anterior: que si la educacion para producir un déspota lleva consigo la de un esclavo, no es ménos cierta la inversa. Es decir que, aparte de los casos de naturalezas excepcionales, todo hombre educado en la sujecion de un esclavo,

concluye por encerrar el alma de un déspota. Pero, ¡qué más! ¿no hemos visto en guerras muy modernas formar los esclavos al lado de los amos que les azotaban, y combatir con furia á los que pretendian darles libertad? ¡Qué sér tan raro es este que se llama hombre!

Otra clase de vencidos eran los plebeos, pero con notable diferencia: no formaban parte de la ciudad, es cierto, pues esta se componia de dos clases: unos que mandaban y otros que obedecian; no podian tomar parte en los ritos religiosos, y claro está que tampoco en la formacion de las leyes y de ninguna manera cruzar su sangre con la de los patricios por medio del matrimonio; pero, al fin, vivian con cierta independencia, eran poseedores de los escasos bienes inmuebles que la avaricia aristocrática les dejaba, y, aunque su orígen venia de la violencia, de la lucha y de la guerra, ya fuera porque, más afortunados ó más enérgicos, aunque vencidos, no habian podido ser por completo dominados; ello es lo cierto que tenian dentro de la misma ciudad, más bien el carácter de extranjeros que el de súbditos de los patricios. Y si bien las leyes eran hechas todas en contra suya y en favor de aquellos, esto sucede siempre, lo mismo en lo antiguo que en lo moderno, cuando una ó varias clases están eliminadas de la política ó, dicho de otra suerte, privadas de concurrir á la formacion de las leyes. Mientras que esto suceda, estas serán siempre poco justas y se resentirán del egoismo de clases, aún en el caso de que las legisladoras tengan todo el desinterés y abnegacion imaginable. Dos razones principales existen: es la primera, que las corporaciones ó clases, aún más que los indivíduos, padecen una ilusion que les hace, sin desearlo, ser egoistas, porque creen, de buena fé, que es conveniencia general la que es individual solamente. La otra razon consiste en que, áun suponiendo los mejores deseos, nadie conoce las necesidades, las angustias, las penurias y demás circunstancias de una clase determinada si de ellas no ha participado. Esplicad á una gran dama que ostenta en la reunion ó *soirée*, en capital muerto, ó convertido en joyas y alhajas, un caudal bastante á sacar de la miseria á muchas familias, que en aquella misma hora, existen muchas madres que, amando á sus hijos tanto, por lo ménos, como ella á los suyos, no pueden entregarse al sueño que sus fatigados

cuerpos necesitan, porque piensa que al otro dia sus hijos no podrán comer, ni sus hijas poner al abrigo de la intemperie las delicadas formas, de una belleza precóz, con que la naturaleza les ha dotado; y no comprenderá nada de esto: no, seguramente, porque su corazon no se lastimara al presenciar tales desgracias, sino por que apenas puede darse razon de que existan. Qué, ¿no oimos todos los dias, y á todas horas, formular este desconocimiento por medio de esta espresion casi vulgar: "qué felices son esas gentes que no tienen más clase de afecciones que satisfacer sus necesidades naturales?" ¡Qué blasfemia contra la naturaleza humana! ¡Como si la atraccion de los séxos ó el cariño de la familia no pudieran cobijarse en el corazon del hombre, cuando sus carnes están cubiertas por andrajos!

Volvamos al asunto principal. Los plebeos, privados de todo derecho, supieron hacerse iguales á sus amos por una lucha tenaz y porfiada que honra tanto su energía, como su constancia y paciencia. ¿Cuándo empezó esta lucha? ¿Cuándo empezaron á ser atendidas sus reclamaciones? ¿Cuándo empezaron á conquistar sus derechos? Esto es de lo que vamos á ocuparnos tan someramente como la índole de estos trabajos exige.

Los escritores latinos, y los que más tarde siguieron sus huellas, aparecen conformes en atribuir á las constituciones de Servius, el rey legislador, el primer paso dado á favor de los plebeos, hasta el punto de considerarle como el organizador de éstos. Pero lo cierto es que, si ha existido esta constitucion, no llegó á plantearse hasta despues de la expulsion de los tarquinos. Pues bien: las relaciones entre las dos clases, en la época citada, eran las de dos pueblos diferentes, las mismas que tenian los patricios con los pueblos extranjeros; siendo tan grande su separacion que, no solamente era política, sino religiosa, y hasta se cree por algunos que la segunda, dictada por la primera. Pero esta opinion descansa sobre un desconocimiento del estado religioso y político de Roma. Si fuera cierta aquella creencia, hubiera habido en el pueblo-rey una casta sacerdotal; y tal estado de cosas no existió jamás allí. Además de las razones ya expuestas que motivaron el que no llegaran á constituirse las castas, hay una decisiva, y consiste en que, en realidad, las decisiones importantes, así religiosas como políticas, fueron

atribuciones del Senado; y el sacerdocio, sin dejar de tener influencia, en puridad hablando, solo intervenia en los ritos y ceremonias del culto y algunas veces en los tratados, pero sólo como sancion ó invocacion á los dioses para dar mayor ostentacion y aparato á las órdenes dictadas por aquel cuerpo legislador. Discutir este punto con toda la amplitud necesaria, nos llevaria á tratar la historia de las teologías y los sacerdocios, y no es este nuestro objeto, ni el lugar á propósito.

Con más probabilidades de estar en lo cierto, afirman algunos que los reyes, interesándose por los plebeos, tomaron algunas medidas importantes. No nos referimos precisamente á los que sostienen que el gran paso dado por Servius fué el de hacer servir los plebeos en el ejército; y no nos referimos á ellos, no porque desconozcamos la importancia que en realidad tiene aquel acto, pues entonces, como ahora y en todos tiempos, la clase social que, por una razon cualquiera, deja el servicio de las armas como carga ó privilegio en manos de otra, concluye siendo por ésta dominada. Lo que sí creemos es que, existiendo entre patricios y plebeos la relacion de vencedor á vencido, aquellos habrán tenido buen cuidado, lo mismo que todos los conquistadores de que hace mencion la historia, de imponer como primer tributo á los segundos el servicio militar. Tampoco nos parece de gran fuerza lo expuesto por algunos, sosteniendo que las medidas tomadas por los reyes en favor de los plebeos eran dictadas exclusivamente por un espíritu equitativo. Por más que el encontrar esos sentimientos de equidad ó de justicia halague nuestro corazon, es lo cierto que en lo antiguo como en lo moderno, y ménos en aquél que en éste, han sido y son una débil base para explicar por sí la historia. Creemos más fundada razon la opinion de que si los reyes tomaron algunas de esas medidas á que venimos refiriéndonos, era porque elegidos por los patricios, separados de la clase por el cargo que desempeñaban y existiendo algo más que latente una guerra constante, sobre extension de atribuciones entre aquellos y éstos, procuraron los primeros hacer concesiones á los plebeos, á fin de tener alguien en qué apoyarse para hacer frente á las exageradas pretensiones y sed de dominio que ha distinguido á todas las aristocracias.

Con la caida de los reyes y el establecimiento de la repúbli-

ca, hubo algun alivio para los plebeos, y los patricios se mostraron ménos intransigentes, y aun llegaron á repartirles algunas tierras. Como ya se ha dicho, la expulsion de los reyes fué una sublevacion militar y una revolucion llevada á cabo por el patriciado. Pero los tarquinos tenian, como todo el que ejerce el poder durante algun tiempo, sus partidarios, y además no dudaron en buscar alianzas con los enemigos de Roma los revolucionarios, haciéndola una cruda guerra; y es bien conocida de nuestros lectores, por experiencias harto más próximas y que no hay que buscar fuera de nuestra historia, que en situacion algo semejante, aunque no idéntica, á la de los tarquinos, no escrupulizó un rey en llamar á su pátria á los enemigos de ésta para que por la fuerza lo repusiesen en el pleno goce de sus pretendidos derechos. En tal situacion el Senado, los patricios, que sentian bramar la tempestad alrededor de Roma, se vieron precisados á hacer algunas concesiones á los plebeos, á fin de que les ayudaran á defenderse. Pero como todas las acciones dictadas por el egoismo, duró aquella benevolencia tanto como la necesidad que obligaba á tenerla. Lo cierto es que el patriciado se entregó sin ninguna clase de miramientos á su tendencia natural y á su gobierno duro é imperioso, y los plebeos se encontraron sin escudo que, contra la opresion de sus adversarios, les amparase.

Conocemos ya la dureza, la crueldad y la injusticia que informaban las relaciones entre acreedores y deudores, y si á esto se añade que los magistrados y jueces pertenecian exclusivamente á la clase de los primeros, fácilmente se comprenderá la desgraciada situacion de los plebeos, descrita por Tito Libio, cuando declara que todas las casas de los nobles eran otras tantas prisiones, á las cuales, en tiempo de escasez, eran conducidos los deudores como rebaños de carneros, y que á consecuencia de aquella dura ley, las relaciones entre patricios y plebeos venian á ser las de amo á esclavo. Tal situacion era insostenible, y, como sucede siempre, las grandes tiranías son el factor más seguro de las revoluciones, á ménos que el pueblo oprimido no sea tan cobarde y rebajado que demuestre por su debilidad que es digno de ser tratado como animal de carga por los que se titulan sus amos para ser sus verdugos.

Habia entre los plebeos algunos que poseian bienes de fortuna, pero la generalidad no tenian más medio de subsistir que su trabajo, que, como ya sabemos, el único conocido era la agricultura; y aunque por la guerra podian adquirirse bienes inmuebles, despues de haber sido definitivamente vencido el partido de los tarquinos, los patricios volvieron al derecho extricto que excluia del dominio público á los que no eran ciudadanos, ó lo que es lo mismo, se apoderaron de todos los bienes del Estado. Así las cosas, el éxito favorable de la guerra servia para aumentar la riqueza de los patricios al mismo tiempo que arruinaba cada vez más á los plebeos. El paisano que á consecuencia de aquella no podia cultivar sus campos, se veia precisado á contraer deudas; de tal suerte, que no era raro el caso de que la victoria conseguida por la república condujera á los desgraciados plebeos, que formaban parte de los vencedores, al estado de esclavitud á que les reducia aquella dura ley de deudas que ya conocemos. Las leyes estaban hechas por los patricios, y, como era natural, tenian por objeto el asegurar sus intereses, mientras que ningun amparo quedaba á los plebeos contra las miras ambiciosas y egoistas. De manera que la Ciudad Eterna, más que una pátria comun, era el lugar donde vivian, al contacto uno de otro, dos campos enemigos. En el uno reinaba la pobreza y la servidumbre, y en el otro la riqueza y la dominacion, hasta un punto tal, que bien puede asegurarse que la libertad del pueblo romano corria más peligro en tiempo de paz que en tiempo de guerra. Situacion tan violenta no era posible que continuara mucho tiempo; y cualquier acontecimiento, cualquier incidente, al parecer, de poca significacion, pod a convertir en Campo de Agramante los dos partidos que vivian dentro de los mismos muros. La mina estaba cargada: una sola chispa podia poner todo en conmocion. Y así sucedió, en efecto.

Un anciano, cubierto de súcios harapos, que ofrecian, sin embargo, un aspecto ménos repugnante que la palidez de su rostro y el estenuamiento de su cuerpo, con sus cabellos en desórden, larga, cana y erizada barba, que daban una espresion de ferocidad y estremada desesperacion á todas sus facciones, se precipita en medio del foro, y abriendo sus haraposos vestidos, enseña á la multitud su pecho cubierto de honrosas cicatrices,

vestigios de otras tantas heridas recibidas en defensa de la pátria. Calculese el efecto que produciria este personaje, cuando declara que, mientras servia á su país, peleando con denuedo contra los sabinos, su cosecha habia sido destruida por el enemigo, su cabaña devorada por las llamas, sus muebles sustraidos, sus rebaños robados; y—añade—que obligado á pagar el impuesto se habia visto precisado á tomar un préstamo, encontrándose con motivo de esta operacion, no con un acreedor, sino con un verdugo.

Y, en comprobacion de lo dicho, enseña sus espaldas desgarradas y ensangrentadas por los latigazos que acababa de recibir de su acreedor. El pueblo se conmueve ante tan desgarrador espectáculo, y el tumulto y la sedicion por toda la ciudad corre con la velocidad del relámpago. Los plebeos toman una resolucion enérgica; se retiran al Monte Sagrado, y quieren abandonar Roma para formar otra ciudad en la cual puedan vivir como hombres libres. Los patricios ceden proponiendo fórmulas conciliatorias, y al fin se llega á un tratado como medio de transaccion. Los patricios conservaban por él su posicion privilegiada, pero los plebeos obtuvieron el nombramiento de magistrados, que fueran los vigilantes y protectores de su órden. El tratado se hizo con todas las formalidades que acostumbraban á usar los romanos con los que llevaban á cabo con otras naciones. Los feciales intervinieron, como era la costumbre en semejantes casos, lo cual comprueba la asercion anteriormente hecha de que los plebeos eran mirados por los patricios como extranjeros dentro de la misma Roma.

Los magistrados á que antes hemos aludido eran los tribunos que tenian por mision defender el pueblo contra la aristocracia. Como era natural, su influencia fué al principio de escasa importancia; pero el primer paso estaba dado, y fué creciendo ésta con el elemento del progreso popular hasta llegar á ser omnipotente. No faltaron invectivas contra la institucion tribunicia hasta del célebre Ciceron, cuyas prendas de carácter eran tan deficientes como notables las de su elocuencia, pues por vanidad le gustaba aparentar ó hacer creer que era un filósofo, siendo así que su objeto consistia en obtener los aplausos de la multitud y buscar la manera de conciliarse con el vencedor, al cual ofendia

cuando la fortuna no le habia sido favorable. Aquel notable orador, que tanta fama legó á la posteridad y que lloraba como una miserable mujerzuela cuando le desterraron de Roma, cierto que trasmitió á las generaciones futuras el noble deseo de imitarle en el sublime arte de la elocuencia, pero tambien dejó, por desgracia, discípulos que, si en los tiempos tranquilos nada basta á satisfacer su vanidad, en los momentos de apuro tienen las lágrimas aun más prontas que las palabras, siendo este el único recurso que ocurre á su perturbada cabeza y amedrentado corazon para corresponder á la confianza que en mal hora en ellos se depositára; y que, por su malhadada debilidad, tales males acarrean á su pátria ó á las ideas que pretenden defender. El autor de las Catilinarias ponia en boca de su hermano Quintus los mayores apóstrofes contra la constitucion tribunicia, diciendo que era altamente perniciosa y que habia nacido en la sedicion y para la sedicion. Aquel orador ilustre, aquel hombre henchido de vanidad femenil, olvidaba al aceptar tal afirmacion: primero, que los privilegios de los patricios, contra cuyo abuso se habia creado la institucion de los tribunos, habian nacido por la fuerza y se sostenian por la fuerza. En segundo lugar, que, sin aquella institucion, ni tribunos, ni plebeos, ni italianos, hubieran gozado el derecho de ciudadanos; y, por consiguiente, que ó la lucha entre aquellas dos órdenes hubieran concluido por el esterminio de una de ellas, ó los plebeos, como ya lo habian intentado, se hubieran separado y formado una ciudad por completo independiente de la Eterna; y en cualquiera de los casos no hubieran estado unidos para la lucha, ni Roma conquistado todas las otras naciones que llegaron á formar el gran imperio.

Cierto que, á pesar de la consecucion de la igualdad política de que fué el primer fundamento la institucion tribunicia, quedaba otra desigualdad que hacia á aquella poco ménos que ilusoria, y era la desigualdad social. Como sucede siempre, los plebeos ricos ó favorecidos por la fortuna, formaron causa comun con los patricios y entonces la guerra entre las dos órdenes tomó el aspecto de social; pero, seguramente, no era culpa del tribunado si la guerra entre pobres y ricos estorbó que se sacaran todas las consecuencias que podian esperarse de aquella ins-

titucion. Además, como no podia ménos de suceder, en un tratado de transaccion, este primer paso dado en favor de los plebeos, dejó subsistente la desigual entre estos y los patricios; y puede asegurarse, sin temor á ser desmentidos, que sin el apetito de botin y de ganancia que en unos y otros despertaban las ulteriores conquistas, aquella especie de *modus vivendi* no hubiera sido de gran duracion. Los muros de la misma ciudad los cercaba á todos, pero era sólo de los patricios; lo cual calificaba Apius diciendo: que las prisiones de aquellos eran la morada del pueblo. No está en la naturaleza de las cosas que los que habian obtenido la primera satisfaccion á sus justas quejas, se detuvieran en el camino; así que, no tardaron en apercibirse que no habia más que un remedio al mal, que era: la igualdad de derechos, ó como diríamos hoy, la igualdad ante la ley. Aproverháronse los aristócratas de la opinion que se habia formado entre sus adversarios referente á la insuficiencia de la institucion tribunicia para el famoso establecimiento de los decenviros, los cuales, por diferentes razones ó pretestos, asumieron todas las atribuciones de la soberanía, tal como era entendida en aquella época. De esta suerte habian conseguido los patricios desaparecieran de hecho los tribunos, y como estaba en su mano el hacer que el decenvirato continuara, se creian tranquilos en el pleno goce de sus pretendidos derechos. Pero acaeció entonces lo que suele suceder: el esceso del mal produjo el remedio. La tiranía de Appius Claudius sublevó el puebló y el ejército, los patricios se vieron forzados, con harto pesar suyo, á desistir de sus planes reaccionarios, y el tribunado quedó restablecido. Y aunque este estaba muy léjos de resolver el problema por completo, fué grandemente provechoso para la libertad futura aquel hecho, porque demostró, á la par que la fuerza del pueblo, la impotencia de los patricios.

Victoriosos, hasta cierto punto, los plebeos, y seguros de su poderío, marcharon rápidamente de conquista en conquista. La oposicion de los patricios, aunque constante, fué ya impotente para detener la marcha magestuosa de aquella gran revolucion, si bien prestando el importante servicio de contenerla ó moderarla, consiguiendo de esta suerte, ya que aplazára sus últimas consecuencias, hacerla, en cambio, más sólida y duradera. Los

primeros cónsules nombrados despues de la derrota del decenvirato, dieron una ley por la cual las tribus quedaban sobre el mismo pié que las centurias, y los plebiscitos tuvieron fuerza de tal. Por este medio los plebeos se apoderaron del poder legislativo. Este era un paso tanto más importante para la fusion de las órdenes, cuanto todos, despues de él, tenian ya el derecho de ciudadano. Y como era natural, la unidad política trajo consigo la igualdad.

Las aristocracias tienen larga vida y, como todos los cuerpos privilegiados, luchan con tenacidad defendiendo el terreno palmo á palmo. A pesar de las conquistas de los plebeos, el patriciado conservaba aún las magistraturas superiores, y se valió hábilmente de este poder para conservar la prohibicion de los enlaces matrimoniales entre las dos órdenes, lo cual le daba todo el aspecto de una casta. Vana resistencia: sus adversarios, despues de haber conquistado el poder legislativo, consiguieron que el tribuno Canulejus propusiera que fuese permitido el ensace entre plebeos y patricios. La desesperacion de éstos llegó á su colmo: tratábase no sólo de un grandísimo interés político, sino lo que es áun más, quisquilloso; se chocaba con la vanidad heredada. Llovieron las objeciones y argumentos en contra, propias de todos los tiempos; el derogar la raza, perderse la pureza de la sangre, perturbar las maneras elegantes y escogidas de la aristocracia, etc. Todo inútil. A la justa pretension de los plebeos se unia, para darle fuerza, la atraccion de los sexos, ó sea las travesuras de Cupido, que con frecuencia acostumbra á burlarse de los obstáculos artificiales que el atraso ó las preocupaciones han creado. Por otra parte, entonces, como más tarde, no faltaron patricios que, enfatuados por sù orígen, pero comidos por la miseria y agobiados de deudas que sus vicios ó despilfarro les habia hecho contraer, no les parecia mal elevar hasta sí alguna plebea rica, á condicion de gastar alegremente su dote ó capital. Y como en grandezas imaginarias y humanas vanidades el bello sexo ha estado siempre delante del feo, no faltaban ricas plebeas que, consultando más su amor propio que su corazon, aspiráran á cambiar su oscuro nombre por otro que llevára rancio sabor de patriciado. Entonces, como ahora, no siempre, ni mucho ménos, conducen dichos enlaces á la felicidad de

toda la vida; pero, ¿qué importa? lo primero es satisfacer el amor propio á reserva de que, más tarde, al abrigo de tolerancias, segun unos más cultas, y segun otros simplemente relajacion de costumbres, tratáran ó traten cada uno de los dos cónyuges de subsanar por amores fáciles el vacío que nota el corazon en el hogar doméstico.

Los matrimonios entre las órdenes, al fin y al cabo, fueron permitidos. Los patricios transigieron en esta cuestion, para ellos tan importante, y lo mismo tuvieron que hacer, sucesivamente, con los demás, aunque, con frecuencia, buscando cambios de nombre para hacerse creer á sí mismos que no habian cedido. Así sucedió sobre el consulado, el cual reemplazaron en cierta manera con los tribunos militares, buscados indiferentemente entre los patricios y los plebeos; pero se tuvo buen cuidado de no acordar al tribunado más que una parte del poder consular, reservándose la otra para la nueva institucion de los censores, que sólo podian salir del órden de los patricios. De esta suerte quedaban los plebeos realmente excluidos del consulado. La vanidad humana es la misma en todos los tiempos: el patriciado cedia en las cuestiones de fondo á condicion de salvar la forma. Lo que la justicia, el buen sentido, la razon y una hábil política aconsejaban á los señores del pueblo-rey era hacer acto de generosidad y ceder todo aquello que no tenian fuerza para sostener. Pero no pidamos á aristocracias ni á reyes que sepan ceder á tiempo, á fin de conservar algunos de sus pretendidos derechos que han venido á ser incompatibles con la cultura de épocas posteriores á aquellas en que se les ha atribuido ó, dicho de otra manera, que son un estorbo para nuevas evoluciones sociales. Las instituciones, lo mismo que los indivíduos, mueren como han vivido. El patriciado romano obró en aquellas circunstancias como todas las aristocracias; es decir, obedeciendo á un espíritu estrecho y mezquino de hidalgüelo pelon que se agarra como el pulpo á la peña, á superfluidades ridículas é inútiles cuando el fondo y la esencia huye y escapa temeroso ante las nuevas ideas; y en este duro trance, para su provecho y amor propio, se dan á soñar despiertos, consolándose en el retorno de lo que llaman los buenos tiempos que, para bien de la humanidad y del progreso, han pasado y no volverán, dejando de ellos

solo temporalmente un recuerdo que, disminuyendo gradualmente y de generacion en generacion, concluye por enterrarse en el panteon del olvido.

Mucho se ha hablado y se habla en los modernos tiempos de las revoluciones políticas y sociales, haciendo entre ellas una division artificial que no ha existido ni existe, y que todas las épocas de la historia desmienten. Tiene éste su orígen en los intereses de clase y tambien la falta de profundidad con que es frecuente estudiar las manifestaciones históricas y políticas de las leyes sociológicas. Toman este punto de vista, por un lado, los privilegiados por la fortuna ó los que, por razones fundamentales, han llegado á formar parte de las clases directoras. Cegados por su egoismo unas veces y por falta de serenidad las otras, se empeñan en creer en los imposibles, como es en que la libertad y la igualdad políticas no han de producir en la sociedad, á la corta ó á la larga, todas sus naturales consecuencias. Deslumbrados por todo lo que les rodea y con la fuerza que toman en el cerebro humano las ideas heredadas, entienden que es inabordable el edificio creado á poder de constancia y de grandes sacrificios, y cuyos grandes pilares son: las leyes civiles, hechas por una clase y por ende á ésta favorables, una organizacion política, un ejército, y como diria un moderno reformador inglés, una creencia tambien para uso particulor de la clase. Entienden los otros, acosados por sus necesidades diarias y perentorias, humillados por la injusticia de que con frecuencia son víctimas, y terriblemente estimulados por el contacto, con un lujo deslumbrador, de la miseria en que yacen sumidos; que pueden romper con las leyes de la historia, que las evoluciones sociales, á diferencia de las naturales, pueden verificarse sin el tiempo necesario, que los derechos y libertades políticas son para ellos una vana palabra, que deben ser indiferentes á todas las luchas entabladas para alcanzarlos ó sostenerlo, y que sólo deben aspirar ó emplear todos sus esfuerzos para obtener las reformas sociales; ya siguiendo las elucubraciones de algun inventor de panacea universal, ya esperándolas de un amo ó de una dictadura, que si no trae la igualdad deseada, sirva, cuando ménos, para invertir los términos, ó mejor dicho, las posiciones; y por último, pensando en otras ocasiones que lo impor-

tante, que su aspiracion constante y perentoria, que la solucion, en fin, á que todos sus esfuerzos deben dirigirse, consiste única y exclusivamente en destruir y hacer desaparecer de sobre el haz de la tierra el trabajo acumulado de tantas generaciones, porque presumen que de esta suerte, si no alcanzan la igualdad en el bienestar que con razon y justicia aspiran, conseguirán aquella en la desgracia comun.

Como sucede con frecuencia, unos y otros no ven la cuestion más que por uno de sus lados, y de ahí, buscar soluciones completamente antagónicas, en vez de hallar la síntesis de esta antinomia, que consiste en la armonía de los encontrados intereses. Equivócanse, grandemente, los primeros, y cuando intentan rechazar á los que vienen detrás abrumándoles con injurias despreciativas, y, pensando en el último término, que las soluciones de fuerza, que no son más que paliativos y *modus vivendi* de mayor ó menor duracion, pueden darles resuelto el problema de tener sujetos por más ó ménos tiempo á sus adversarios, y al hacer uso de esos lugares comunes, invocando los derechos adquiridos, la incapacidad de las masas populares, las palabras huecas de órden social, familia, etc., olvidan ó aparentan olvidar que esa clase de argumentos ó aforismos han sido empleados contra ellos cuando, en uso de su derecho y en defensa de la justicia, quisieron ocupar en el estado el puesto que justamente les pertenecia, y que no han alcanzado, sino despues de prolongada lucha y cruentos sacrificios. Pero hay más: todas las revoluciones políticas llevadas á cabo por la clase media, en pró del progreso y para bien de la humanidad, todas, sin excepcion alguna, han sido tan sociales como políticas. Y no podia ser de otra manera, porque no hay razon en el órden político, que no lo sea tambien en el órden social. Y recíprocamente: á una organizacion social dada, corresponde determinado sistema político.

Ninguno de nuestros lectores habrá imaginado que, ni por asomo siquiera, vamos á dar en absurda cuanto ridícula *utopia* de la igualdad de fortunas. De todos los absurdos que se han sostenido, no conocemos uno mayor que la igualdad de esta manera entendida. Y no hay más modo de llegar á ella, que el de seguir la lógica de tal falso principio, y no detenerse hasta su

última consecuencia que es el comunismo, el cual ha existido, y áun existe en pequeñas agrupaciones, que, viviendo en medio de la sociedad organizada, tal como hoy se encuentra en las naciones civilizadas, y por leyes de economía doméstica bien conocidas, alcanzan al principio cierta engañosa prosperidad, que está muy léjos de producir los resultados que sus comienzos parecen indicar. El comunismo no puede existir sino á costa del sacrificio del indivíduo, ó lo que es lo mismo, por la negacion de la libertad.

Sin duda lo comprendia así Proudhon cuando despues de su conocida paradoja «la propiedad es el robo,» añadia: «pero el comunismo es la muerte.» Esto sentado, es innegable que aquellas sociedades que mayor grado de cultura alcanzan, y por consiguiente, disfrutan mayor libertad, por la relacion que existe entre el estado político y el social; las medianas fortunas aumentan en número, el bienestar se hace más general, y, por por una ley matemática correspondiente á la teoría de máximos y mínimos, cuando esto sucede la nacion alcanza el mayor grado de fuerza y riqueza. Pero cuando una ó más clases de la sociedad son las depositarias de la mayor parte de la riqueza, de tal suerte que el número de poseedores sea muy corto, las naciones son, en suma, pobres y débiles bajo un aparato ostentoso y sólo presenta esto una excepcion, y es, cuando el pueblo en que esto sucede, por lo adelantado de su industria ó por causas especiales, acumula todos los años una gran cantidad de riqueza exportada de otras naciones; pero así y todo, están llamados á pasar por grandes y dolorosos conflictos para conseguir que desaparezca aquel estado anómalo de la propiedad. Y precisamente en los momentos que escribimos estas líneas la situacion de Irlanda y aun la de Inglaterra, aunque no tan perentoriamente, confirma nuestra asercion.

Se equivocan igualmente en sus impacientes pretensiones los que perteneciendo á las clases ménos afortunadas, ó, como con mediana propiedad se dice, el cuarto estado, creen conseguir por medios violentos ó por soñadas reparticiones alcanzar una igualdad que no lo seria más que en la miseria; y no comprenden que si fuera posible en un momento dado conseguir lo que desean no habrian adelantado más, ni conseguido otra cosa, que

volver al punto de partida, y, por consiguiente, á andar de nuevo el camino para llegar á un estado enteramente parecido al existente. Equivócanse aun más, caso de ser posible, al creer que la libertad y los derechos políticos les son indiferentes y que sin alcanzarlos, y, lo que es más, hacerse aptos para su ejercicio, podrán ser los directores ni aun los iguales de aquellos que les aventajan por su saber, su instruccion y su cultura. Bueno es, y muy de desear para cada uno, llegar á ser propietario; pero es primero ser hombre y ciudadano.

Con un poco de sentido comun y buena voluntad de las dos partes, se llegará á encontrar la síntesis de esta antinomia, teniendo siempre en cuenta un factor imprescindible: el tiempo. La clase media es preciso que comprenda que si hoy lo dirije todo, que si á ella pertenece la gobernacion de los Estados y la direccion de toda empresa importante, y que si por un lado toca á las posiciones más altas, por otro está al contacto del pueblo, de donde proviene que es el manantial de donde saca todas sus fuerzas, y que es interés social, á la par que suyo, abrir bálbulas de seguridad á la opinion de los que vienen detrás y que con justicia reclaman; que á ella toca llamar al pueblo á tomar parte en la gestion de la cosa pública, para que de esta manera adquiera la educacion política que le falta; que á ella compete, y es de interés vital para el Estado, para la riqueza y la fuerza de las naciones, el no sólo dar, no solo facilitar, sino obligar al pueblo á tomar aquella parte de instruccion que debe constituir la cultura necesaria en todo hombre, miembro de un país libre; ella debe comprender que son falaces y desprovistos de sentido aquellos inconvenientes que preveen algunas naturalezas timoratas, ó que no se dan razon del siglo en que viven: que dando á los pueblos derechos políticos y la instruccion integral necesaria para poder ejercerlos, aumentarán con esto las pretensiones de los más y vendrán como á expulsarlos de la gestion de los negocios públicos. Tales temores son completamente infundados, porque, á excepcion de períodos anormales de corta duracion no está en la naturaleza humana, que los más ignorantes gobiernen y dirijan á los más instruidos; y además, si por desgracia la instruccion de un indivíduo es lenta y llena de dificultades, lo es inmensamente mayor la de sacar á grandes masas del

estado de ignorancia y de atraso en que se encuentran. En su consecuencia, pasará mucho tiempo antes que los pueblos puedan emanciparse de la benéfica tutela de su hermana mayor; la clase media. Y no deben olvidar los hombres de Estado que las cuestiones puramente de carácter político, tal como se entienden, están como el siglo XIX, tocando á su límite. Es de todo punto indispensable entrar sin precipitacion ni impaciencia, pero con paso seguro y serena firmeza, por otro derrotero.

A los hombres del pueblo que por su culpa ó por su desgracia no les sea permitido ver cumplidas sus justas aspiraciones, es preciso inculcarles uno y otro dia, es preciso decirles con viril franqueza y hacerles comprender por todos los medios que, cuando guiados por su desesperacion piensan separarse de la clase media y de aquellos que ayer formaban á su lado, sin saberlo y sin quererlo, tal vez, pretenden establecer de nuevo la division de clases, que á ellos, más que á nadie, es perjudicial. Empleen todos los medios que estén á su alcance para hacer oir su voz y conseguir su derecho; pero no olviden, ni por un momento, que los que halagan sus pasiones y sus enconos, no son de ellos ni amigos ni servidores, y sí, en la mayoría de los casos, esplotadores. Jamás, ni en ninguna ocasion, los hombres de intencion recta y capaces de sacrificarse por el amigo, adulan á éste: por el contrario, de los aduladores no han salido nunca los héroes ni los los hombres de conciencia viril. No deben olvidar tampoco que necesitan, durante mucho tiempo, la ayuda y el amparo de esa clase media que ha echado por tierra los imperios más vastos, que ha hecho desaparecer el feudalismo y ha enterrado el derecho divino de los reyes. Experiencias tienen unos y otros en revoluciones recientes. Cuando la clase media, por temores femeniles y pasiones egoistas ha perdido el apoyo del pueblo, los defensores de ideas anacrónicas que parecian tolerarlos de buena voluntad, se aprovecharon de su debilidad y aislamiento para arrojarlos de la gestion de la cosa pública. El pueblo, cuando en momentos de lucha y confusion, ya lastimado por sus largos sufrimientos, ya extraviado por la pasion del momento, ya cegado por la fuerza del número, se ha querido separar de sus afortunados y más inmediatos compañeros, no ha logrado hacer nada con concierto, dejar detrás de su mando ningun agra-

dable vestigio, ni conseguir otro resultado, en definitiva, que proporcionarse un amo que, una vez obtenido su objeto, se ha dado á lisongear á los que, por su influencia, mayores servicios podian prestarle, y á sujetar con duras cadenas aquellos que, por sus extravíos ó inesperiencias, habian sido el escabel de su fortuna.

IX

Las reflexiones anteriormente hechas, dirigidas á demostrar que á toda reforma política otra social corresponde, y, por la inversa, que todo estado social lleva consigo un sistema político determinado, tienen su plena comprobacion en el asunto que venimos tratando de la lucha entre patricios y plebeos. Pero cualquiera que fuera la importancia de los triunfos políticos alcanzados, la situacion de los últimos estaba muy lejos de ser satisfactoria. El hombre necesita, á la par que derechos que garanticen todas las manifestaciones de su personalidad, medios con que satisfacer las exigencias cuotidianas de todo sér viviente; en una palabra: los derechos serán ilusorios si no tienen un pedazo de pan que llevar á la boca. Tal era la situacion de los plebeos: en política les faltaba poco que conseguir, pero se morian de hambre. Sus adversarios, en cambio, conservaban la posesion exclusiva del dominio público, eran constantemente los acreedores y deudores los plebeos y de aquí que los primeros dieran la ley á los segundos. Por esta dependencia de todos los dias, con facilidad se comprende que, muy rára vez el nombramiento de los tribunos militares dejaba de recaer en los patricios. Tan anómala situacion dió lugar á que dos hombres de recta conciencia y corazon viril, cuyos nombres deben ser conservados por la historia, tomáran á su cargo el hacer triunfar la nueva causa: estos héroes de la igualdad y el derecho fueron los tribunos C. Licinius Estolo y L. Sestius. Salieron adelante con su empeño; la fortuna coronó sus esfuerzos, y los plebeos tuvieron participacion en el consulado y en el dominio público. Verdad es que la aristocracia defendió su último atrincheramiento, reservándose para sí el poder judicial que pasó de los magistrados á los pretores que salian del patriciado; pèro esta fué su última resis-

tencia: treinta años despues de Licinius un plebeo ocupaba la pretura. Las asambleas plebeas adquirieron la plenitud del poder legislativo y el dictador Publilius hizo pasar una ley que daba á los plebiscitos fuerza obligatoria sin la aprobacion de las curias; cayendo de tal suerte en desuso la intervencion del Senado que nadie volvió á acordarse de ella.

Habiendo llegado los plebeos á ser iguales á los patricios, nada más fácil que comprender no era posible dejar en pié aquella ley tan dura é inhumana que tales derechos daba al acreedor sobre el deudor. En verdad, la esclavitud por deudas no fué por eso abolida; pero los desgraciados deudores empezaron á gozar de la proteccion de los tribunales que reprimian con mano fuerte los excesos de aquellos avaros usureros. Tal importancia se ha dado á la ley pætelia que es considerada, como una verdadera emancipacion, no faltando escritores de gran nombre que la hayan tomado como el principio de una era de libertad.

Aunque con la brevedad que requiere esta clase de trabajo, forzoso nos ha sido estudiar con alguna detencion lo referente á la lucha entre las dos órdenes: el asunto es de una trascendental importancia, no tan solo por la influencia que tuvo en los acontecimientos ulteriores, sino por ser la primera vez que en el mundo antiguo reinaba una igualdad relativa. En efecto; en Oriente dominaban las castas, y en Grecia la aristocracia y las democracias estuvieron en guerra permanente; debiendo notarse que ni unos ni otros defendian la igualdad, sino la dominacion. Es decir, que, en último término, se luchó de una manera constante para saber si habia de ser exterminada la oligarquía ó la democracia. En Roma, por el contrario, la lucha tomó un carácter distinto, como acabamos de ver, excitando la admiracion de un historiador griego, que, asombrado de que aquella llegára á su término sin efusion de sangre, no dudaba en afirmar que de todos los hechos gloriosos que habian ilustrado la república romana éste le parecia el más admirable. Con no menor entusiasmo exclama el historiador: los plebeos no han pensado jamás en matar á los patricios para apoderarse de sus propiedades; estos, á su vez, por más que contáran con una numerosa clientela, por más que dispusieran de socorros traidos del extranjero, no con-

cibieron nunca la idea de exterminar al pueblo para reinar enseguida sin embarazo. Se diria que, más bien que una lucha entre dos órdenes diferentes, habia sido una disputa entre hermanos sobre derecho y justicia, pero concluida por una conciliacion. Si la aristocracia tuvo tal cordura, no fué unánime el pensamiento que en ella ha dominado. Dividióse en dos partidos, conocidos por el de los viejos y el de los jóvenes, formando el primero los que tenian asiento en el Senado, y el segundo los caballeros y los patricios que no les era dable alcanzar aquella dignidad tan elevada. Estos opinaban por cortar el nudo, y querian que la espada decidiese en último término, insistiendo un dia y otro dia, una generacion y otra generacion, en afirmar que el camino más seguro, á la par que el más fácil, era llevarlo todo á sangre y fuego y acabar de una vez con sus adversarios. En cambio, el partido de los viejos no opinaba lo mismo: se resistió tenazmente y no permitió que jamás llegasen tales extremos. No dejó por eso de oponerse con fuerza y constancia á las concesiones, con no ménos pertinacia exigidas; pero en el último extremo supo ceder y llegar, aunque con lentitud, á la igualdad ó fusion de las dos órdenes.

Habia en la pretension del partido de los jóvenes algo de ilusorio y fantástico, porque aquello de imponerse por la fuerza y exterminar á sus enemigos, era entonces, como ahora, mucho más fácil de decir que de hacer. Los plebeos probaron repetidas veces, antes y despues, que no eran naturalezas factibles para dejarse exterminar por el primero que tuviere semejante antojo, y que, caso de ser vencidos, la victoria habia de costar cara al vencedor.

Lo que sí es positivo es que, si la desdichada política del partido de los jóvenes hubiera triunfado, abundante hubiere sido en fatales consecuencias, y la Ciudad Eterna no nos legára en la historia la gran estela que tardará muchos siglos en borrarse, caso de que algun dia lo fuese por completo.

Los hechos no se reproducen en la historia con entera exactitud, pero sí conservan grandísima analogía cuando sus causas determinantes tienen, si no completa identidad, una grandísima relacion ó semejanza. El partido de los viejos y de los jóvenes patricios tienen hoy sus análogos, no ya dentro de las luchas po-

líticas interiores, sino tambien en la historia moderna de naciones que todos conocemos. Creemos no equivocarnos al asegurar á nuestros lectores, que al contemplar la marcha que, debido á la política del patriciado senatorial siguió la lucha entre las dos órdenes, se les ha ocurrido compararla con lo que sucede en Inglaterra. Los partidos luchan allí con tenacidad, las reformas son harto lentas y ninguna se lleva á cabo hasta que la opinion pública la impone; pero, una vez planteadas, á ningun partido le viene á las mientes anularlas cuando han dejado el poder los hombres que las tradujeron en leyes.

El pueblo inglés, á usanza del antiguo romano, tiene un gran respeto al derecho, y es tan tenaz y enérgico para defender el propio, como escrupuloso para respetar el ageno. Su pesada y concienzuda marcha se aviene mal con nuestras impaciencias meridionales; pero es innegable que, sobre ser más ventajoso para el progreso, engrandecimiento y adelanto de las naciones, ese es el camino más corto por donde se llega antes. La experiencia está tan á la vista que, no sólo los pueblos de orígen inglés, con formas de Gobierno tan distintas como la monárquica y la república federal, marchan á la cabeza del progreso, sino que, donde quiera que se establecen, cualquiera que sea el continente, cualquiera que sea la situacion geográfica y condiciones climatológicas, allí se implanta la civilizacion y allí se aclimata la libertad.

De las tendencias ó política que acariciaba el partido de los jóvenes, tampoco nos faltan ejemplos en la época moderna. Aquel partido, que lo componian, como ya hemos visto, los que no há mucho tiempo se llamaban en Francia los *arrastra-sables*, está más de acuerdo con nuestro temperamento ó nuestra educacion heredada. De ahí que la mayoría de estas naciones del continente haya seguido una política, no solo distinta, sino opuesta á la de los pueblos de sangre anglo-sajona. A diferencia de lo que sucede más allá del Canal de la Mancha y al otro lado del Océano, lo que hasta ahora, con raras escepciones, se ha verificado en estos pueblos, es que, el que ha ejercido el poder de la soberanía ha dado importancia, no solo decisiva sino que pudiera decirse única, no á tener de su parte la opinion, sino á disponer de la fuerza para tener sujetos á sus adversarios. Si en

algunas ocasiones la tenacidad de estos, la constancia al defender sus ideas ó el apoyo que encuentran en el juicio público, viene á molestar á los que se creen omnipotentes y defensores de un misterioso cuanto absurdo derecho, la prision, las deportaciones, los atropellos, y alguna que otra vez el cadalso, vienen á ser los medios, segun la fraseología admitida en la política moderna, de un escarmiento saludable.

Por una ley bien conocida, á la política de fuerza ejercida por el poder, contesta la de la misma opuesta por los caidos. Dicho en ménos palabras: presion de arriba, conspiracion de abajo. Como es natural, y acaece en toda clase de guerras, cuando las parcialidades políticas llegan á tal estado de tirantez, á los que luchan por el triunfo de una idea, que aun estando equivocados son siempre dignos de respeto, vienen á mezclarse, á confundirse, á llevarlo todo al extremo, á ser los más intransigentes para que mejor los crean, aquellos que sienten herbir dentro de sí todas las ambiciones, todas las concupiscencias, todas las malas pasiones, y que necesitan cubrirse con una bandera, á fin de que permanezcan oscuras su fealdad y desnudez.

Los Gobiernos y las instituciones envejecen y se hacen decrépitas é incompatibles con el estado que alcanza un país. Entonces, la ilusion de los que creian disponer de la fuerza á su antojo, se desvanece en un momento, y la última razon de pueblos y reyes falla en definitiva contra los que creian poder disponer de ella: los perseguidos de ayer vienen á ser los perseguidores de mañana. Estos, sedientos del derecho y libertad que por tanto tiempo se les negára, no piensan más que en borrar hasta el último vestigio de lo que existia, sin comprender que no es posible pasar de un período al siguiente, sin que éste conserve mucho del anterior. Pero hay más: las reformas, aun siendo necesarias, han de llevar en sí ser reclamadas é imperiosamente sentidas por la opinion pública. Por desgracia, no es nada raro que, á consecuencia del silencio impuesto por la fuerza en épocas anteriores, más de una imaginacion calenturienta crea ser una panacea universal lo que tiene en su mente ya sugerido por su propio criterio y sin haber pasado por la piedra de toque de la discusion, ya considerando un gran descubrimiento político el

traer á las leyes y á las regiones del Gobierno fórmulas huecas y campanudas, elucubraciones de algun escritor fantástico que jamás pudo soñar se intentase llevarlas á la práctica. Entonces sucede que las revoluciones, por santas y necesarias que sean en su orígen, se hallan divorciadas de la sociedad, la opinion se reacciona; y el momento en que un soldado más intrépido, más afortunado ó ménos reflexivo que los demás venga á dar al traste con todo lo existente por un hecho de fuerza, no se hace esperar. En ese caso, los recien venidos, llenos de saña contra la revolucion, que en tiempo les venciera, echan por tierra todo lo que aquella ha hecho, así sea lo más útil, lo más justo y lo más necesario; y los pueblos, que todo creian haber logrado en sus momentos de omnipotencia, vuelven á hallarse en un estado muy parecido al que tenian antes del triunfo revolucionario, encontrándose, en sus alternativas de anarquía y despotismo, á muchas leguas de distancia de aquellos otros que marchaban con lentitud, sí, pero con paso más firme y más seguro por el camino de la libertad.

Para bien del progreso y de la civilizacion, la política de los viejos fué la que, segun hemos visto, alcanzó el triunfo. Los plebeos, siguiendo una marcha muy análoga á la que en nuestros tiempos tienen los partidos políticos en Inglaterra, si es verdad que la revolucion que les dió el poder fué extremadamente lenta, en cambio se verificó sin perjudicar en nada los intereses generales y el engrandecimiento del pueblo-rey; y, lo que no es ménos importante, cuando llegaron á hacerse dueños del poder por completo, estaban políticamente educados tanto como el estado del mundo antiguo lo permitia. No hubiese sucedido así si los planes del partido jóven prevalecieran, pues frecuentemente sucede que cuando los pueblos no tienen otro medio de alcanzar sus derechos y libertades más que por el de los hechos de fuerza, vienen á ser ineficaces una parte de las revoluciones, no por escasez de deseo y entusiasmo de sus partidarios, sino por la inexperiencia y falta de práctica en el manejo de los negocios que, forzosamente, tienen los hombres que, alejados de la política por represiones anteriores, se encuentran de pronto encargados de dirigir la cosa pública.

El triunfo del partido plebeo fué completo. Falta saber si los nuevos ciudadanos se mostraron dignos de reemplazar á aque-

llos hermanos mayores que formaban la aristocracia del patriciado. La contestacion á esta duda nos la dá Juvenal al recordar con gran satisfaccion que los Decius, estas nobles víctimas expiatorias, eran plebeos, que plebeos eran los que vencieron á Pyrro, que un plebeo sometió los galos de Italia, que un plebeo puso término á las victorias de Anibal, que un plebeo que habia nacido en la cabaña del labriego fué el que destruyó á los cimbros y teutones, y el que venció al dictador Sila, que plebeo era tambien aquel segundo padre de la pátria que salvó al Estado de la conspiracion de Catilina y plebeos los ciudadanos más distinguidos de Roma. De suerte que estos, por lo que se refiere al patriotismo romano, probaron que estaban á la altura de las circunstancias, y que, con justicia, habian reemplazado á aquellos adversarios que afectaron despreciarlos en un tiempo.

Si Roma ganó mucho con el triunfo de los plebeos, la humanidad ha ganado más. En todos los tiempos de la historia las aristocracias se han distinguido por su estrechez de miras, la dureza de las leyes por ellas informadas y sus sentimientos poco humanitarios. Y no puede ménos de ser así, pues hay para ello várias razones. Primera: las aristocracias forman siempre un número muy corto comparado con el resto de la nacion; y esta inferioridad numérica les hace precavidas y suspicaces, como lo es siempre la debilidad individual y colectiva. Segunda: los hombres que encierran el convencimiento profundo de que forman una casta ó raza superior llamada á gobernar otras inferiores, entienden que sólo deben explicacion de sus accciones á sus iguales, y que si hacen el bien á aquellos, es simplemente por sentimiento de generosidad, pero en manera alguna por deber. Tercera: por las razones ya indicadas, no es fácil que entre en su conciencia la idea de que los demás, sólo por la cualidad de hombres, tienen derechos; y lo que es más aún: concluyen por habituarse á creer que aquellos que les son inferiores en condiciones legales y valimiento personal, lo son igualmente respecto á la parte sensible. De suerte que dichas clases privilegiadas llegan á formarse el concepto de que sus dolores morales y áun físicos producen en los demás séres efectos infinitamente ménos molestos. Hasta tal punto es esto exacto, que, áun en los tiempos que atravesamos, no es nada raro encontrar hombres

que son mucho más duros con sus semejantes, cuando éstos se hallan colocados en situacion desgraciada, que con aquellos animales domésticos que sirven para satisfacer sus necesidades ó caprichos. Además, cuando existe una organizacion aristocrática tan pronunciada como lo era la de Roma, los derechos concedidos á las clases inferiores, si no son dictados por la necesidad, son aprobados por miras de conveniencia política, y nunca accediendo á lo que al hombre, por su cualidad de tal, se le debe. ¡Tan cierto es, que no puede haber libertad sin igualdad; ni igualdad sin cultura y progreso; ni respeto mútuo sin solidaridad; ni moral sin responsabilidad!

Inversamente: los hombres ó las colectividades que han luchado con tenacidad para conseguir su derecho, de tal manera se acostumbran á invocarle, como perteneciéndoles por el simple motivo de ser personalidad humana que, en condiciones generales, no es fácil que olviden por completo aquellas ideas que por costumbre han venido á formar su conciencia. Pero hay más: por egoismo natural, todo el que lucha desea interesar en su causa el mayor número posible, y tiene buen cuidado de no hablar sólo de la defensa de su derecho, sino del que corresponde á los que se hallan en una escala inferior á la suya. De aquí que, á pesar de la fascinacion producida en los primeros momentos por la alegría del triunfo, anhelado tan sólo para que desaparezcan los vejámenes y las opresiones, la falta de memoria de los sufrimientos pasados y el desvanecimiento del poder, jamás en el hombre se borran por completo aquellos lazos de fraternidad que en la desgracia le unieron con los que, ménos afortunados, vienen un poco más atrás en la escala del progreso.

El asunto que nos ocupa es una confirmacion de las ideas que apuntadas dejamos. Los plebeos tuvieron sentimientos más humanos, no sólo con otra parte del pueblo romano ménos afortunado, sino tambien en sus relaciones con los países extranjeros. Sus generales, dentro de lo que permitia la política romana, dura y egoista, fueron más caritativos con los vencidos que lo habian sido los patricios. En la evolucion á que tan poderosamente sirvió el pueblo-rey, haciendo que dejáran de ser enemigos, ya que no fundiendo pueblos tan distintos, los plebeos prestaron un importante servicio facilitando la entrada en el de-

recho de ciudad de los que, si bien venian los últimos, estaban más cerca de ellos que del pueblo patriciado. Los plebeos fueron, sí, muy revolucionarios, pero á su vez conservadores, que, con las excepciones y reparos que hay que dejar siempre al egoismo del hombre, si no se precipitaron, por lo ménos tampoco retrocedieron. Entónces, como más tarde, no acostumbran á ser los impacientes los que servicios más positivos prestan á la causa que defienden. La lucha de patricios y plebeos habia concluido: la igualdad, por lo tanto, entre las dos órdenes estaba conseguida. Por lo demás, ésta, tal como hoy se comprende, era contraria á la manera de ser del mundo antiguo y de Roma. En efecto, detrás de los plebeos quedaban los esclavos; los cuales ni siquiera eran mirados como hombres sino como cosas. Pero de lo que á estos desgraciados se refiere hemos de ocuparnos más tarde.

Si bien los plebeos tuvieron miras más ámplias y fueron más humanitarios que lo habian sido los patricios, por una ley constante en las clases sociales, lo que hicieron, en realidad, fué reemplazar á sus antecesores. Así que las familias plebeas que por sus méritos ó por su riqueza mas se distinguieron en las altas dignidades, formaron la nobleza que vino á reemplazar al patriciado; y, como sucede siempre, se mostraron más intransigentes y desvanecidos que aquellos á quienes habian reemplazado. Empezaron por apoderarse del Gobierno, llenaron de los suyos al Senado que, desde entónces, vino á ser un cuerpo cerrado, excluyendo de él los hombres del pueblo; y, con el orgullo ó la vanidad propia de los recien llegados de todos los tiempos, calificaban desdeñosamente á los que salian de sus filas. En las fiestas públicas, llenos de signos y distinciones exteriores, se colocaban en asiento aparte para no confundirse con la otra plebe que detrás de ellos venia. La menor accion, el menor hecho de guerra conseguido por uno de los suyos, daba lugar á una fiesta de triunfo que procuraban excediera en explendor á todas las anteriores. El hombre es siempre el mismo. Nuestros lectores habrán encontrado el completo parecido que existe entre aquellos antiguos plebeos y no corto número de hombres de las clases medias actuales que, cuando la fortuna, sus merecimientos, la proteccion de alguna gran influencia, y, en muchos

casos, una conducta poco digna de aplauso, ó medios poco lícitos empleados les permiten salir de la esfera en que se encontraban, procuran con afan borrar su nombre plebeo, sustituyéndole con alguno de sus títulos, que hoy vienen á ser puro objeto de vanidad; porque, ni los duques ejercen mando supremo, ni los marqueses defienden la frontera, ni los condes ó barones son adelantados y mandan fuerza armada, ni, afortunadamente, los títulos dan ningun privilegio. Pero, ¡qué importa! el caso es no llamarse por un apellido vulgar como los demás mortales. ¿Que anomalías se ven sobre este particular! Aquel honrado artesano que á poder de constancia y trabajo ha labrado una fortuna; aquel militar que, partiendo de las últimas filas, alcanzó á los primeras del ejército; aquel sábio eminente, aquel jurisconsulto, aquel orador ilustre, aquel distinguido artista, que alcanzaron fuera su nombre conocido desde uno á otro extremo de la nacion en que viven, y aún más allá, no están satisfechos con llevar el nombre que ellos han ilustrado, que constituye una verdadera aristocracia, y se apresuran á cambiarlo por un título que nadie conoce y hay que preguntar cómo se llama el indivíduo á quien pertenece. Pero, ¡qué decimos! ¿no presenciamos todos los dias el espectáculo de que demócratas que una y otra y otra vez luchan por el triunfo de sus ideas y por la igualdad ante el derecho, aprovechan afanosamente la ocasion que se les presenta de adornar su pecho con cintas y cruces en un número tal que no tienen donde colocarlas? Un eminente hombre público del partido conservador, califica á dichas distinciones de albardas de la tiranía; y en verdad que sólo falta añadir á tan feliz expresion, lo siguiente: si aquella las ha inventado, la imbecilidad humana las conserva. ¡Qué contradicciones hay en el hombre! Pues qué, el que por sus servicios, por sus condiciones naturales, ó por el azar ó la fortuna ha llegado á distinguirse de la generalidad, ¿no le basta la conciencia que tenga de su propio valer, y necesita adornarla con signos exteriores para que los demás se la reconozcan? ¡Qué vanidad tan pueril y qué falta de severidad, de levantado y noble orgullo! Pero no nos engañemos: tiene esta tendencia tal fuerza que, uno de los trabajos más difíciles de las antiguas y modernas democracias, consiste en evitar que de su seno, ya por el nombre que dan los éxitos

guerreros, ya por la acumulacion de riquezas á que tienden fatalmente las leyes económicas, ya por otras razones largas de enumerar, se levante á expensas de la generalidad una oligarquía. Uno de los males de no pequeña monta con que aquellas tienen que luchar en los tiempos de transicion, es precisamente ese deseo inmoderado de ocupar el primer puesto en el seno de la colectividad de sus pares, cualquiera que sea su importancia.

Las distinciones y los honores no bastaron á satisfacer los deseos de la nobleza romana, y, como sus antecesores y todas las aristocracias, no se contentaron con el oropel, ni perdieron de vista el provecho más positivo. Así que se apoderaron del dominio público de tal suerte, que los pequeños propietarios fueron arruinándose uno tras otro, hasta que la gran república llegó á carecer de clase media. Inútil fué que algunos eminentes ciudadanos comprendieran que tal estado de cosas era insostenible y propusieran, como remedio al mal, las leyes agrarias de todos bien conocidas. Distinguiéronse entre aquellos honrados y eminentes revolucionarios Tiberio y Cayus Gracco. El primero proponiendo reformas que la ley entonces existente permitia ó, lo que es lo mismo, conservándose dentro de los límites de la legalidad. De suerte que, en realidad, lo que proponia era quitar á los nobles las tierras que no les pertenecian. En vano fueron los argumentos; inútil el patentizar que las leyes agrarias sólo expropiaban á la nobleza de aquello que, contra la ley, habian usurpado; en vano hacer ver que se caminaba derecho á la ruina de la república, si no se obtenia formar ó levantar la clase media que, por su actividad, por su constancia, por su energía y por su saber, constituye el núcleo de la fuerza real de las naciones. Todo perdido; la nobleza alegó su posesion; lo que era algo más eficaz, hizo uso de la fuerza; se hizo sorda á todas las reclamaciones y Tiberio Graco, que sólo fué un reformador, murió asesinado. Su hermano Cayo, el primero más eminente y noble de los revolucionarios, no se contentó con la distribucion de tierras: intentó arrancar el gobierno á la aristocracia, para que el pueblo tuviera participacion; deseaba fundir la Italia con Roma y las provincias con Italia, ó, dicho de otra suerte; sustituir á la dominacion de la Ciudad Eterna el gran imperio romano. De manera que, en puridad hablando, era el predecesor de César.

Una posicion brillante, una ascendencia ilustre, un grandísimo desinterés á la causa popular, condiciones naturales poco comunes y, lo que estaba por encima de todo, los consejos humanitarios y severos de aquella ilustre Cornelia, madre de los Graccos, no bastaron para que estos consiguieran su objeto, ni siquiera para ponerles al cubierto de un fin desastroso. El primero murió asesinado, como hemos dicho; el segundo fué cobardemente abandonado por el pueblo, á la defensa de cuya causa se habia sacrificado, y pagó con su vida en interés por la justicia, por el derecho y por la defensa de ese soberano de la plaza pública que, como los de los palacios, le agrada más que le adulen, que desinteresadamente le sirvan. Triste cosa es que donde quiera que haya una redencion allí se encuentre un crucificado.

En el asunto de que venimos ocupándonos, sucedia lo que en tales casos acontece: la cuestion social y la cuestion política de tal manera estaban enlazadas, que la una implicaba la otra. Sustituido el patriciado por la nobleza salida del órden de los plebeos, habian hecho las leyes en su favor, se habian apoderado del dominio público, la clase media no existia, y, para el pueblo no habia más que este dilema terrible: apoderarse del gobierno ó perecer más tarde ó más temprano, ya víctima del hambre y de su compañera inseparable la ignorancia, ó ya dejarse vencer por un pueblo extranjero con la esperanza de que el nuevo amo seria más considerado y humano que la oligarquía nacional. Así lo comprendian los gracos, y por eso plantearon la cuestion entre aquella y la democracia Pero la situacion especial del imperio, la manera de gobernar que conocian los antiguos y la diversidad de pueblos y razas que componian los vastos dominios de la república, daban á la cuestion un carácter especial, la complicaban de tal manera, que imposible seria resolverla con acierto ateniéndose al criterio que informaba las sociedades antiguas. Hay más aun: la palabra democracia, que, etimológicamente hablando, significa gobierno y fuerza de todos, distaba mucho de ser comprendida entonces tal como lo es en la actualidad.

Se ha visto anteriormente que la raza romana habia punto ménos que desaparecido; que Roma se habia regido por leyes

propias de una ciudad; y que esta, por las conquistas sucesivas, se habia apoderado de todos los territorios mediterráneos. De suerte que no sólo habia una oligarquía dentro de Roma, sino que, además, la Ciudad Eterna constituyó otra con relacion á todas las demás naciones que formaban los dominios de la gran república. Era imposible que continuára tal estado: las diferentes nacionalidades que constituian aquella extensísima dominacion, habian sido agregadas por la fuerza, y si los resultados de esta y las leyes impuestas por el pueblo-rey habian formado un principio de integracion, estaba ésta muy léjos de ser completa y aguardaban todos la ocasion oportuna para desintegrarse. De modo que, ó venian todos ellos á formar una nacionalidad, teniendo igualdad de derechos, ó la descomposicion no se haria esperar. Así lo comprendió perfectamente Cayo Graco, al intentar que la oligarquía fuese sustituida por un Gobierno democrático. Aquí empezaban, pues, la complicacion y dificultades que en todo tiempo lleva consigo esta cuestion con las confusiones que nacian de los hechos consumados y de la historia de la república.

Las democracias antiguas se distinguian esencialmente de las modernas en que eran establecidas sólo en ciudades más ó ménos poderosas. Como consecuencia, existia en las más puras lo que pudiéramos llamar la legislacion directa: el pueblo tomaba parte en las discusiones de la plaza pública, en donde se elaboraban las leyes. Pero esta frase *del pueblo* necesita otra explicacion: lo que recibia tal nombre era el conjunto de los hombres que gozaban del derecho de ciudadanos, quedando por debajo de ellos y sumidos en servidumbres de diferente grado, un número inmensamente mayor y en el cual una no pequeña parte ni siquiera eran considerados como personas sino como cosas. Bien pudiéramos, pues, darlos su nombre propio llamándolas aristocracias democráticas. En la época presente, sin exceptuar los países donde el pueblo tiene una intervencion más directa, donde le está reservado el papel de soberano, sancionando, aprobando ó desaprobando las leyes con su voto, como sucede en Suiza y en alguna república americana, las democracias, con su forma más genuina, que es la república, ó con la de transicion, que es la monarquía constitucional, son representa-

tivas. Es decir, que el pueblo elige directamente sus representantes, no para expresar ó hacerse eco exacto y fiel de las opiniones de sus electores, sino para hacer las leyes como lo juzguen más justo y conveniente, y siempre modificadas por la influencia natural de la opinion pública y las condiciones que los electores exijan de aquel á quien han de honrar con sus sufragios. De manera que todo el conjunto del gobierno de los pueblos modernos que son regidos por instituciones democráticas, descansa sobre este principio, ó mejor expresado, sobre la hipótesis de que los indicados por el voto popular son los más aptos y competentes para hacer las leyes. Por tanto, los que hablan del voto imperativo olvidan ó desconocen cuál es la base fundamental de la democracia representativa.

Si hemos podido llamar á las antiguas aristocracias, aristocracias democráticas, estarian bien señaladas las modernas con el nombre de democracias aristocráticas. Al fin de evitar dudas ó interpretaciones, creemos necesario explicar en pocas palabras el fundamento ó motivo por qué juntamos nombres que parecen antitéticos. Proviene la confusion deque con frecuencia se ha confundido la palabra aristocracia con la de nobleza ú oligarquía, mientras que su sentido etimológico significa pura y simplemente gobierno de los mejores. Ahora bien: en las antiguas democracias, segun hemos visto, tomaban parte directa todos los que se creian ser los *mejores*, hasta el punto de estar separados de las órdenes que les seguian por abismos poco ménos que infranqueables. En las modernas ó representativas, se supone ó sobreentiende que todos los poderes deben emanar del pueblo, sí, pero que éste elige para desempeñar las funciones, tanto ejecutivas como legislativas, á los más aptos, más á propósito ó mejores para el desempeño de su cometido. Con lo cual nos parecen plenamente demostradas las calificaciones que hemos hecho de las antiguas y modernas democracias.

Se ha dicho y repetido, y no sin algun fundamento ó razon, que, con frecuencia, las democracias conducen á las dictaduras. No sólo tiene esto mucho de cierto, sino que puede sostenerse sin gran esfuerzo que la dictadura es una de las formas de la democracia; forma poco correcta, es verdad, pero necesaria en muchos casos. Cuando un país pasa por esas épocas de transaccion

entre el Gobierno oligárquico y democrático, si el primero, por sus desaciertos, por sus injusticias, porque la clase que le componia por una razon cualquiera ha llegado á hacerse incapaz para la gobernacion del Estado, y es, por consiguiente, forzoso reemplazarle por el segundo; si el pueblo que está llamado á formar parte directa ó indirecta del poder, por el estado de ignorancia en que se encuentre sumido, por su inexperiencia y falta de aptitud para ejercer el derecho que le corresponde, por las supersticiones á que obedezca, incompatibles con el derecho moderno, por los vicios que haya adquirido á consecuencia de anteriores y prolongadas dominaciones; si por una razon cualquiera, en fin, se halla en la incapacidad momentánea para desempeñar su cometido; como es forzoso que tenga su representacion, es necesario dársela, so pena de que el pueblo de que se trata desaparezca. Como las naciones tienen larga vida, es preciso resolver esta antinomia, y en este caso la fuerza y las aspiraciones del pueblo se personifican en un dictador que, asumiendo en sí todo el poder de la soberanía, concentre en su mano la facultad de hacer las leyes y su ejecucion. Las dictaduras son siempre un medio peligroso, y no es raro en la historia que hayan tenido por objeto, ó al ménos por fin, hacer valer el peso numérico de los más atrasados é ignorantes, para imponerse ó hacer callar á los que marchan á la cabeza de la civilizacion, haciendo de esta manera un punto de parada en el camino del progreso. Corresponden, en otras ocasiones, á la necesidad de la lucha, á la concentracion de fuerzas necesaria para conseguir el triunfo de las nuevas ideas en contra de añejas preocupaciones o abusivos privilegios. Así y todo, la dictadura es siempre un grado de peligro para la libertad. Pero no puede negarse que cuando se establecen en un pueblo y se arraigan por cierto tiempo, no es sólo por la ambicion de tal ó cual personalidad y las condiciones de tal ó cual indivíduo, sino que tiene su fundamento ó satisfacen una necesidad social, siquiera sea momentánea.

Apliquemos esto al estado de Roma en la época á que venimos refiriéndonos. Para ejercer la Ciudad Eterna la democracia, tal como la habian hecho algunas ciudades griegas, tenia el invencible inconveniente de que aquel pueblo era una agrupacion de libertos, de extranjeros, de ignorantes, y, lo que es peor,

de viciosos y gente degragada que no veian herida su dignidad porque se les negára derechos que no sabian ó no querian ejercitar, sino que no tenian más pensamiento ni otro objetivo que pasarse la vida en holganza y pedir al poder pan y espectáculos.

Aun dada la posibilidad de poder plantear en Roma la democracia, tal como se conocia, no podria dominar á todas las otras naciones que pensarian establecer en cada una de sus ciudades la misma forma de Gobierno que aquella adoptase. En su consecuencia, la unidad desapareceria, y en lugar de la república romana se hubieran constituido un número de ellas mayor que el de las naciones conquistadas. Le quedaban, pues, á la gran república uno de estos tres caminos: una gran federacion de todos los pueblos que constituian sus vastos dominios con una fuerza central bastante poderosa para sostener la unidad; un Gobierno constitucional en que el poder ejecutivo lo fuera, no de Roma, sino de todos los dominios de la república y el legislativo formado por la igualdad proporcional de todos los pueblos; ó, la dictadura siendo el monarca ó emperador el representante genuino no sólo de la Ciudad Eterna, no sólo de la Italia, sino absolutamente de todo lo que constituia aquel inmenso Estado.

Las dos primeras soluciones no eran conocidas de la gran república, ni la antigüedad tenia noticia de ellas; y no puede pedirse á los hombres hagan lo que no es de su época. No quedaba más que la tercera: la dictadura, ó sea el imperio; y esta es la que triunfó como no podia ménos de suceder.

Hay tal enlace entre las cuestiones de fondo y forma, y tales monstruosidades ha producido el imperio, que los sinceros republicanos de la edad presente muestran sus simpatías por aquel Gobierno, y no ven en César más que un tirano. Pero la prueba más terminante de que la muerte de la república no era debida á la ambicion y al génio de César, es que, muerto aquel gran demócrata á manos de los asesinos oligárquicos, se apoderó del mando supremo su deudo Augusto, que distaba mucho de ser un génio como el de aquél, y que si le adornaban algunas cualidades personales, no era, seguramente, la temeridad ni siquiera el valor el que lo recomendaba para tan alto puesto. Ha sido una desgracia, sí, para el progreso humano la desaparicion de la

república, pero no porque desapareciera de la escena una forma de Gobierno que, dadas aquellas circunstancias, era imposible continuara existiendo.

Nos lleva esto á decir algunas palabras relativas á la forma de Gobierno más conveniente á los pueblos. Antes de hacerlo, hemos de permitirnos algunas reflexiones acerca del estado moral y material del romano á fines de la república. Por debajo de nobles y plebeos vemos esclavos y gladiadores á los cuales estaba encomendado toda industria ó trabajo á los unos, y á los otros perder su vida en el circo para distraer los ócios de aquel pueblo degradado y sin más energía que la necesaria para ver correr la sangre agena sin conmoverse.

Es necesario un estudio muy profundo de todas las circunstancias morales y materiales ó de los efectos que produce el estado de esclavitud; es necesaria una reflexion muy atenta para explicarse el fenómeno de que en los puntos donde ha existido ó existe la esclavitud no haya todos los dias y á todas horas una lucha sangrienta entre los poseedores y los poseidos hasta conseguir el exterminio completo de unos ó de otros. No se comprende por una simple apreciacion que el miedo á perder la vida tenga tal fuerza en el hombre que no le permita preferir la muerte á vivir esclavo. Si tal estado es siempre odioso y repugnante, si degrada por igual al que lo sostiene y al que lo sufre en todos los tiempos y bajo todas las formas, lo era inmensamente más en lo antiguo y en Roma de que venimos ocupándonos. No habia allí la disculpa de la superioridad é inferioridad de razas marcadas por el color, no; allí este era el mismo, y si amos y esclavos no pertenecian todos á una raya, lo cual sucedia con frecuencia, eran, por lo ménos, ramas de un mismo tronco de la familia indo-europea. Si á través de las generaciones, y por causas ya señaladas en este trabajo, habian llegado á formarse unidades étnicas diferentes, sucedia que la de los esclavos no era en nada inferior á la de los amos, pues que, no en corto número de casos, los primeros demostraron tener condiciones de valor personal y de inteligencia superiores álos segundos. A fines dela república, el número de esclavos era tan grande, que estaban encargados de efectuar las labores á que en otros países se dedicaban los animales domésticos; y fué tal el consumo de la vida de

aquellos infelices, que la reproduccion natural no bastaba á satisfacer las necesidades ó caprichos de los señores de Italia. De aquí la importacion constante en la alpina Península de hombres llevados de todas las partes del mundo, poco antes libres, despues convertidos en esclavos; siendo tal la abundancia y tal el desprecio de aquella mercancía humana, que llegó á venderse uno en cuatro dragmas. Se comprende bien cuál seria la manera de tratar á aquellos desgraciados, sabiendo la dureza y crueldad que fué siempre el distintivo del carácter romano. ¿Qué pensarian del esclavo los hombres que habian sostenido durante mucho tiempo el derecho de vida ó muerte del padre sobre los hijos y del marido sobre la mujer? Basta solo recordar, como de pasada, una ley que algunos consideraron humanitaria, y en la cual se estatuia que si un ciudadano romano maltrataba á un esclavo que no fuera de su pertenencia, quedára obligado á pagar al dueño de éste los perjuicios que le hubiese causado.

En los tiempos antiguos, como en los modernos, las sublevaciones de los esclavos contra los amos comienzan cuando empieza el estado de servidumbre. La historia acostumbra no hacer mencion más que de las que han tenido alguna importancia, lo cual se explica por qué las que han sido ahogadas con la sangre sin que la lucha haya puesto en peligro los intereses de los amos, no tienen la bastante consideracion para ocuparse de ellas, puesto que se trata, no de hombres, sino de cosas. Además, en todas las épocas han tenido los amos interés en asegurar que los esclavos no sentian sus cadenas, que gozan de una felicidad suprema y poco ménos que es envidiable su situacion. Pero en último término, tal estado lo es de guerra permanente, y, por regla general, cuando debajo de un mismo techo hay un amo y un esclavo, allí existen dos enemigos.

Si se tiene en cuenta lo que ha sido la esclavitud en todos los tiempos, las ideas que reinaban en el mundo antiguo y el rasgo distintivo del carácter romano, que era la crueldad, se comprende que aquel odioso estado, sostenido tanto tiempo y para vergüenza suya por España, malo y todo, es, comparado con el de los romanos, como un grano de desdichas con relacion á una montaña de miserias. Allí, como en todas partes, hubo varias y repetidas sublevaciones; pero los culpables paga-

ron con su vida y con inauditos tormentos el grave delito de oponer la fuerza á la fuerza para conseguir su libertad. Hácia los últimos tiempos de la república, los excesos de los amos llegaron á tal punto de insensata ferocidad, que dieron lugar á las luchas conocidas en la historia con el nombre de guerra de esclavos que, en sus diferentes fases, costaron muchos miles de vidas de hombres, que un ilustre sábio de los tiempos modernos asegura no haber bajado de quinientos mil.

Además de estar sometidos á trabajos tan duros que difícilmente podrian resistirlo los animales domésticos, apenas se les mantenia, y se les conservaba en la mayor desnudez. Esto dió lugar á que en todos los puntos de Italia, especialmente en Sicilia, se dedicaran al pillaje y al robo en cuadrilla. Llegó aquel hermoso país á verse infestado de tales partidas; los amos se cuidaban de esto sólo cuando podian perjudicarles en sus intereses, y en su absurda ceguedad seguian tratándolos con más dureza todavía. Hombres acostumbrados, en su mayor parte, á la vida de pastor, al bandolerismo, á las rudas faenas del campo, y todos ellos al manejo de las armas; recordaron, por fin, que eran hombres: subleváronse en un mismo dia muchos miles de ellos. Al lado de rasgos de gratitud y reconocimiento, escasos en número, cometieron por todas partes actos de feroz venganza. A su llamamiento á las armas, intentaron responder los de Delos y los de la misma Roma; y si bien éstos fueron reprimidos no privó que en Sicilia llegase á haber doscientos mil hombres en armas. Al fin sucumbieron despues de cuatro años de lucha, y los reglamentos establecidos posteriormente á la victoria, como dictados por el miedo, redoblaron en crueldad y dureza. Como siempre, la avaricia, el deseo de lucro eran los encargados de abastecer los mercados de esclavos. Los caballeros que ocupaban las provincias fronterizas cogian sin escrúpulo de ninguna clase, en paz ó en guerra, de las naciones amigas ó enemigas, todos los hombres que podian haber á las manos, vendiéndolos como tales. Hasta tal punto fueron cometidos estos desmanes, que habiéndole pedido Roma auxilios al rey de Babilonia, contestó éste que, gracias á los publicanos, en su reino no quedaban más que niños, mujeres y ancianos. Temiendo el Senado que la repeticion de tales excesos le trajeran

una rotura con las naciones fronterizas, dió un decreto ordenando que se volvieran á los respectivos soberanos los súbditos que, contra toda ley, habian sido secuestrados. Empezó á aplicarse esta disposicion y en dos dias salieron de Sicilia 800 hombres. Pero entonces, como más tarde, los encargados de hacer leyes y cumplirlas fueron impotentes contra la opinion de los amos y de aquellos caballeros romanos que hoy llamaríamos negreros.

Los infelices que en virtud del decreto se disponian á marchar y reclamaban que la ley se cumpliese, fueron entregados á los amos y perdieron la vida en el tormento ó en la flagelacion, como castigo á su temeraria audacia. Al fin se sublevaron, y la historia imparcial debe hacer de ellos una dura crítica por no haberlo verificado antes. Esperar que hombres que salen de la esclavitud han de ser humanos, seria imposible: cometian actos de ferocidad y destruccion que excedieron en mucho á los llevados á cabo en Sicilia. Por fin sucumbieron al número y á la táctica; pero no sin haber derrotado antes tres generles y probar en todos los combates que, en valor personal y en denuedo, estaban, por lo ménos, á la altura de sus vencedores. Aunque por la índole de estos trabajos no podemos entrar en detalles, citaremos un solo hecho que comprueba nuestra asercion. Habiendo sido destinados mil de los prisioneros á ser conducidos á Roma para divertir aquel populacho indigno luchando con las fieras en el circo, ni uno de ellos llegó al espectáculo: se mataron unos á otros.

Si en esta lucha no fué desmentida la crueldad romana, tampoco su acostumbrada perfidia. Habiendo sido sitiada una ciudad de Sicilia por los insurrectos, y comprendiendo los amos que no habia más salvacion para ellos que el entregar la defensa de aquella á sus esclavos, los declararon libres por un acto de emancipacion. La ciudad fué salvada gracias al esfuerzo y valor de aquellos; pero, tan pronto pasó el peligro, el general que mandaba la ciudad rompió la citada acta y los esclavos volvieron á sus cadenas. ¡Digno castigo de no haber ayudado á sus compañeros de infortunio!

Aquel pueblo que le faltaba valor para pelear en la frontera y para sublevarse contra los que le tiranizaban, pedia al Go-

bierno pan y espectáculos. Y, por lo mismo que era avaro de su sangre, era pródigo de la agena. Así que su diversion favorita era asistir al circo á ver la lucha de los gladiadores, gozarse en la agonía de los moribundos y en los ayes de los heridos; reservándose la libertad de demostrar su descontento cuando alguno de ellos, en su juicio, no acometia con bastante arrojo á su contrario ó tenia el imperdonable descuido de no caer académicamente cuando habia recibido el golpe mortal. Eran los gladiadores unos enemigos más temibles que los otros esclavos, porque sobre ser hombres escogidos por sus condiciones físicas, se hallaban todos armados. Pero estas condiciones no estorbaban para que fueran aun más desgraciados que sus compañeros de infortunio: eran mirados con el desprecio más insultante. El general encargado de combatirlos cuando se sublevaron, no sabia qué términos emplear ni encontraba en la lengua latina palabras bastante despreciativas para calificarles. Uno de ellos, notable por su afabilidad, condiciones personales, valor é inteligencia poco comunes, Spartacus, los llamó á las armas y fué el capitan que los condujo á la batalla, á la pelea, y con frecuencia á la victoria. Fuera de sus respectivas pátrias y contra todo el poder de Roma, sucumbieron al fin como no podia ménos. El espanto que produjo su sublevacion fué tal, que cuando el pueblo se reunió en comicios para nombrar un pretor, ninguno quiso aceptar el honor de combatirles, hasta que al fin se prestó á ello Crasus, pero á condicion de que el ejército habia de aumentarse en seis legiones más. Fueron vencidos, como hemos dicho, pero los historiadores latinos se ven precisados á confesar que su valor heróico estuvo muy por encima del de sus competidores, y que, en igualdad de circunstancias, hubiera sido difícil, si no imposible, á los romanos, hacer frente á tales adversarios.

Los amos habian triunfado; pero la esclavitud triunfaba de la sociedad. El escesivo número de esclavos aumentaba de dia en dia paralelamente á la disminucion del de los hombres libres. La llamada república romana, que nada habia hecho para aliviar la suerte de tantos infelices, ni para prevenir sus insurrecciones, ni para evitar que todo trabajo material é intelectual les estuviera encomendado, ni para prever al caso en que no habria más que amos parásitos y esclavos útiles, no tenia razon

de subsistir, y su desaparicion del mundo no fué una gran pérdida para el progreso humano. El imperio conoció el mal, pero no se atrevió á prevenirlo. Aunque algunos emperadores pusieron traba á la crueldad de los amos, la sórdida avaricia de éstos y los llamados intereses sociales fueron más fuertes que los primeros. Ni el cristianismo, con toda la fuerza de que llegó á disponer, logró la emancipacion de aquellos infortunados séres; y, en puridad hablando, y como veremos más adelante, á pesar de los sublimes principios de caridad proclamados, no se cuidó gran cosa de suprimir el horrible estado de la esclavitud: tal vez era en sus comienzos demasiado espiritualista para fijar bastante su atencion en los intereses sociales. Esto en cuanto á los principios por él proclamados; más tarde, y cuándo los que hablaban á su nombre se aliaron en el poder político, tal vez se hicieron demasiado materialistas para cuidarse de intereses espirituales.

Los hechos que tenemos por más criminales y más punibles en toda sociedad organizada tienen su explicacion, y aún su razon de ser, allá en la infancia de los pueblos; y son términos, aunque dolorosos, necesarios de una evolucion social indispensable para el progreso humano. Así se encuentra en todas las sociedades primitivas organizado el pillaje y el robo que, léjos de ser una mancha en los que lo ejercian, era un título de gloria con tal que se llevara á cabo contra los indivíduos ó los bienes perteneciente á extraña tríbu. En confirmacion de esto vienen todos los hechos históricos, sin excluir los de aquellos pueblos, que una estela mas brillante han dejado tras de sí, y más poderosamente han contribuido á la civilizacion del mundo: nuestros lectores no ignoran que la piratería fué el primer paso dado en la sociedad helénica, que tanta luz habia de derramar más tarde sobre los tres continentes.

Si tales hechos, cuando se verifican en la infancia de las sociedades nada prejuzgan para el porvenir, y solo indican el estado de atraso en que se encuentra el pueblo ó tríbu de que se trata, en cambio, cuando se desarrollan con fuerza en una sociedad organizada y con un gobierno regular, acusan una descomposicion y un estado tan anómalo, que indican bien á las claras que aquella no puede subsistir tal como se encuentra, no quedándola más remedio que perecer ó sufrir una gran tras-

formacion. Grecia, los etruscos, los ilicios; Roma en sus comienzos, y todas las ciudades italianas ejercian la piratería. Decimos más: todo pueblo dedicado al comercio y á la navegacion, creia de su derecho ejercerla con los otros países, siempre que lo contrario no estuviese estipulado por tratados especiales. Como hemos visto, cuando Roma empezó á hacerse señora de Italia, y más tarde del mundo, no podia permitir, ni convenia á sus intereses, el tolerar tan odiosa como perjudicial ocupacion. La conquista de Grecia y de Iliria por las legiones puso algun remedio al mal; pero la piratería no concluyó por eso, y el pueblo-rey tenia en sus instituciones el gran atractivo para sostenerla, consistente en el inmenso provecho que resultaba á los piratas de la venta de esclavos. Hay más: no sólo en aquellas sociedades del antiguo mundo, sino que en tiempos mucho más modernos, más próximos á nosotros, y aún hoy mismo en los que se encuentran atrasados, el robo, en tierra y en mar, tiene algo que halaga el espíritu de una juventud poco culta ó extraviada por el afan de aventuras, un alarde de valor personal, peor ó mejor entendido, y cierta preferencia, por una parte del bello sexo, aquellos que se exponen á los azares y peligros.

En el último siglo de la república la piratería tomó una estension inconcebible. Causas políticas y sociales cubrieron los dominios de Roma de bandidos y los mares de piratas. Estos últimos eran en su casi totalidad de las naciones asiáticas que venian como á tomar del pueblo-rey la revancha de lo que sus legiones, generales, cónsules y pretores habian hecho. Las águilas romanas les inspiraban tan poco respeto, que se ha dado el caso de coger á sus embajadores y despojarles de cuanto llevaban. Tal desprecio les inspiraba aquella aristocracia afeminada por los vicios, y aquel pueblo holgazan y rebajado, que cuando algun ciudadano de Roma caia en sus manos, más cruento, si cabe, que la muerte era el aire de mofa y de escarnio con que lo trataban: aparentaban tenerle miedo, se echaban de rodillas á sus piés, pidiendo perdon y diciéndole que cómo era posible se atrevieran á faltar al respeto á un ciudadano del pueblo-rey, añadiendo que no podian consentir que las gentes lo confundieran con los demás hombres, y que lo único que sí se permitian

era vestirlo como correspondia á un romano. Uno le calzaba las sandalias, otro le ponia la toga, y así sucesivamente, hasta que, cansados de tanta burla, bajaban una escala al costado del buque, le brindaban á que bajase por ella, que echase á andar por el agua y llevára á Roma noticia del respeto que le tenian. Si el desgraciado vacilaba á hacer tan difícil viaje, despues de atarlo de piés y manos, lo arrojaban al agua, diciéndole que era simplemente enviarlo á Roma como embajador. La piratería llegó á alcanzar tal importancia, que, segun los escritores del tiempo, poseian más de mil buques, y como era natural, disponiendo de tal fuerza, no se contentaron con dar caza á las embarcaciones, pues desembarcaban cuando lo tenian por conveniente, asolaban el país á su antojo, se apoderaban de varias islas y llegaron á tomar cuatrocientas ciudades. Toda comunicacion de Italia con las provincias estaba por mar completamente interrumpida, no sólo para los buques de los comerciantes ó particulares, sino tambien para las escuadras del Estado, hasta un punto tal, que para pasar el Estrecho de Brindes, tuvo una escuadra que esperar un invierno entero hasta tanto que otras ocupaciones hicieron que los piratas dejáran libre el paso.

Aquel pueblo, que no sabiendo ó no queriendo trabajar para ganarse su sustento, sólo comia las limosnas del estado, no recibia el trigo de las provincias y se moria de hambre. Aquellos orgullosos magistrados, que tan alta tenian su vanidad, poseian un corazon tan oprimido, que no se creian seguros ni aun en las calles de la Ciudad Eterna. En efecto, los piratas se tomaban algunas veces la molestia de visitar la vía Apea, proporcionando de esta manera un encuentro poco agradable á los que por allí transitaban.

Este estado de cosas no podia continuar. El fátuo y ambicioso Pompeo aprovechó la ocasion para conseguir se le invistiera con poderes extraordinarios, al fin de restablecer la libertad de los mares. Aún la fortuna no habia vuelto la espalda á aquel general, y tuvo la de vencer á los piratas. Pero léjos de haber extirpado la piratería, como él alardeaba de haberlo conseguido, despues de su victoria se vió obligada Roma á tomar precauciones extraordinarias para garantir la seguridad de las comunicaciones y la vida de los ciudadanos. Este fuego, mal extinguido,

volvió á tomar incremento con ocasion de las guerras civiles: el espíritu de aventura, el deseo de lucro, la poca escrupulosidad en apoderarse de lo ageno contra la voluntad de su dueño, y la idea de que todo era lícito cuando se conseguia por la fuerza; dieron por resultado el que los hombres de las familias más distinguidas no desdeñáran de tomar parte en la piratería con el nombre, un poco más suave, de corsarios. Como prueba de ello, citaremos el ejemplo de Sextus, hijo de Pompeo, que no tuvo á ménos figurar entre las filas de tan *honroso* ejército, dando motivo á que un historiador romano dijera que el hijo de Pompeo, ejerciendo la ocupacion de pirata, marchitaba las glorias que su padre habia adquirido venciéndolos. El mismo escritor, ya obedeciendo á las ideas del mundo antiguo, ya queriendo disculpar el estado en que se encontraba Roma, no vacila en asegurar que la piratería es inextinguible, y que durara tanto tiempo como existan naciones en el globo. No hagamos de él una crítica demasiado dura, porque no ha previsto lo que sucede en los modernos tiempos: á pocos hombres les es dado adelantarse á su época y leer en el porvenir. Lo único que de esto se deduce es el estado de rebajamiento y descomposicion á que habia llegado aquella república, que tenia por base fundamental la esclavitud. Situacion tal, era evidente que no podia subsistir á ménos de un milagro extraordinario ó de un revulsivo tan fuerte que haciéndole pasar por una terrible crísis, volviera, si era posible, la vida á aquel cuerpo en descomposicion. Pero los milagros no estaban aún de moda: ya les llegará su tiempo: el revulsivo no podia ser otro que una revolucion. Esta no podia producir más que un amo que madara á su capricho aquella poblacion de todas condiciones y clases, que ni siquiera tenia los vicios de hombres. La salida á la libertad era imposible: si ésta vivifica con su álito y depura todo cuanto le rodea, es, en cambio, una planta tan delicada que no puede echar raíces en ningun foco de corrupcion, donde solo pueden morar séres degradados por el vicio que no tienen la energía necesaria para conquistarla, ni la virtud conveniente para conservarla.

X

Las breves indicaciones hechas relativas á la guerra de esclavos y de gladiadores, ponen de manifiesto el estado á que llegó la gran república y la base sobre que descansaba aquella corrompida sociedad: su vida dependia de la conservacion de la esclavitud. Ya se ha visto que el número de esclavos aumentaba de dia en dia y desaparecia, en la misma proporcion, el de hombres libres. Si la odiosa institucion, tan antigua como las sociedades, no rebajára y degradára, no perjudicase, en una palabra, tanto á los que la imponen como á los que la sufren, tendrian que renunciar los hombres de creencias á toda idea providencial; y los que sólo toman por base de sus investigaciones las leyes sociológicas y la lógica de los hechos á toda idea de progreso y armonía.

Yugurtha habia dicho que Roma subsistiria mientras no hubiera uno que tuviese dinero para comprarla: los hechos se encargaron de probar la exactitud y prevision del célebre numida. Más tarde veremos, y es hoy sabido de todo el mundo, que los pretorianos han vendido, no solo una, sino muchas veces, el imperio más poderoso hasta entonces conocido, entregándolo al mejor postor. Pero antes de llegar este caso, los romanos habian de llevar su corrupcion al último límite, ó, como dice un conocido escritor belga, habian de llevarla hasta un punto que pudiera llamarse grandeza en el mal á fuerza de ser gigantesca. Algunos han creido que el Asia habia sido la causa eficiente de tal desdicha; pero en realidad y prescindiendo de consideraciones de otro órden que habremos de hacer despues, las guerras de aquel continente fueron la manifestacion, más que la causa, de aquella disolucion. Los señores del mundo constantemente habian despreciado la industria y el comercio y, en general, toda clase de trabajo. La agricultura, que habia sido su primera ocupacion y gozado de gran prestigio y toda clase de distinciones, pereció, ó punto ménos, con la disminucion de la poblacion libre. De suerte que la ley constante de la historia se manifestó con gran fuerza en el pueblo-rey á la conclusion de la república. Los amos que despreciaban el trabajo ó lo

creian deshonroso, se encontraron con todas las exigencias del lujo y, como consecuencia, una sed inextinguible de oro para satisfacerlas, que corria paralelamente á su inutilidad para producir la riqueza. No quedaban, pues, más que dos medios: saquear á los pueblos extranjeros haciendo guerras de robo y de pillaje ó llevar el mismo sistema al interior del imperio, ya esquilmando las provincias, ya disputándose, como perros hambrientos el provecho que resultára para los vencedores, disponiendo del dominio público. Dicho de otra suerte: disputar sobre quiénes habian de ser los esplotadores y quiénes los esplotados. Como ninguno de estos medios por sí solos eran suficientes para satisfacer aquella desenfrenada avaricia, no hubo más remedio que acudir al empleo de los dos.

Lo que pudiéramos llamar las vísperas asiáticas en las cuales, como saben nuestros lectores, los romanos, que ocupaban parte de aquellos países, fueron víctimas de una conjuracion de los vencidos, y asesinados todos los que no tuvieron la fortuna de poder escapar, sin distincion de sexo y edades; vino á proporcionar á la agonizante república la apariencia de vida, y, lo que le importaba más, un pretesto para llevar á Italia inmensas cantidades de dinero, que habian de ser disipadas con la misma celeridad que habian sido adquiridas. El héroe de aquella sublevacion, ó por lo ménos el que supo aprovecharse de ella para hacer la guerra á los romanos, fué Mithrídates, á quien algunos han llamado el Aníbal asiático, siendo así que, en paridad hablando, no tenia de comun con el gran capitan más que su rábia inextinguible hácia Roma. Le tocó ser el representante de la desesperacion de los vencidos, que le era imposible sufrir por más tiempo la tiránica avaricia de los vencedores. Por lo demás, sus éxitos fueron de poca duracion y fué sucesivamente derrotado por Sila, Lúculus y Pompeo. El primero impuso al Asia una contribucion de 120 millones, elevada, por lo ménos, al óctuplo á consecuencia de los procedimientos de usura y de escamoteo á los arrendatarios. Estas inmensas exacciones no bastaron para satisfacer el deseo de botin de los soldados, y fué necesario, por consiguiente, dejarles que lo saquearan todo, incluso lo que pasaba por más sagrado. No podia ser de otra manera: á tal pueblo, tal ejército.

Bien conocida es la ferocidad con que el célebre dictador trató á Atenas. Habian seguido los atenienses el partido de Mithrídates. Cuando aquel se aproximó á las puertas de la ciudad, sus habitantes, que se vanagloriaban de ser aquella el centro de las luces y el saber, ya dando suelta á su carácter alegre y burlon, ya confiados en el respeto que siempre se les habia tenido, se permitieron mofarse desde los muros y aun satirizar al dictador oligárquico. El castigo fué terrible: por la noche fué tomada la ciudad al compás de los aullidos feroces de los soldados: Atenas fué entregada á saco y á degüello hasta el punto que alguna plaza de la ciudad se hizo intransitable á causa de la sangre que corria por su suelo; y, sin embargo, los ardientes partidarios de Sila admiraban la humanidad con que habia tratado á los atenienses, puesto que algunos lograron salvar su vida. Y en verdad que no habia razon para afirmar que el rival de Mario hubiera sido más duro con los extranjeros, ó mejor dicho, con los antiguos conquistados, que lo fué con Roma cuando volvió de su expedicion al Asia y logró sobreponerse al partido, con más ó ménos propiedad, llamado demócrata.

Roma fué tratada con tanta dureza como Atenas; pero con la circunstancia agravante de que la crueldad fué tan terrible despues de restablecida la paz como durante la guerra. Amigos tuvo Sila que llegaron á preguntarle sobre quién pensaba mandar, porque, segun su sistema, llegaria pronto el tiempo que no quedára romano con vida. Y añádase que no obedecia al furor del momento, sino que ordenaba las matanzas y las veia ejecutar con la mayor sangre fria, como el que se vé obligado á desempeñar un cargo indiferente á la humanidad. Era á su vez el oligárquico dictador, la resurreccion de aquel partido jóven del que hemos hablado, y el predecesor de aquellos mónstruos que, como veremos más tarde, con el nombre de emperadores, gobernaron tan vasto territorio. Hecho digno de notarse y que más de una vez se ha repetido en la historia: aquel hombre friamente cruel y sanguinario, no sólo era de clara inteligencia, y por tanto más acreedor á vituperio y anatema, sino que, persiguiendo con saña y encarnizamiento todo lo que se oponia al mando de la oligarquía que representaba, no participaba de las preocupaciones de los suyos, los despreciaba profundamente y hacia

muy poco caso de sus críticas. Así, cuando estuvo en Grecia vistió el traje helénico con harto escándalo de los romanos; y permitió, además, que los embajadores habláran en griego, sin intérprete, en el Senado; todo lo que escandalizó no poco á aquellos nobles de rancias costumbres. Despreciaba al pueblo, porque para él tan sólo era un rebaño de séres próximo á los nobles en quienes se apoyaba, y útiles únicamente para obedecer; y no perdonaba ocasion, por razones de otra índole, de manifestar el profundo desden con que miraba á los suyos. En suma: era un oligarquico demócrata autocrático que sólo comprendia que él debia ser el amo y que los demás le prestasen obediencia, llevando el hastío y desprecio hácia sus conciudadanos hasta el fastidio y el cansancio de mandarle. Se retiró diciendo que su sombra ó su nombre bastaria sólo para inspirarles temor. No abandonó la vida pública por dejarlos en libertad, como algunos han supuesto, sino simplemente porque se encontraba fastidiado de mandar sin encontrar oposicion.

Dió fin á la oligarquía de Sila su competidor Mario, cuyo nombre se ha querido cubrir con la auréola de campeon de la democracia y sus libertades, á lo cual han contribuido mucho aquellas célebres palabras de Mirabeau: "Mario, más grande por haber acabado con la dictadura de Sila que por haber vencido á los cimbros y teutones." Esta clase de errores ha sido muy frecuente en la revolucion francesa, como lo es en todos los movimientos que determinan la grandeza de los pueblos; que á través de desaciertos de lágrimas, y de sangre para la generacion que en ellos toma parte, sirven, sin embargo, poderosamente á las evoluciones sociales en el sentido del progreso. Son frecuentes, repetimos, estos errores históricos, ya seducidos por los nombres más que por la realidad de las cosas, ya tambien á consecuencia de estudios clásicos más brillantes que sujetos á las reglas de una sana crítica.

Mario era hijo de un campesino, habia nacido en una cabaña, y por su valor personal y talentos guerreros llegó á alcanzar los primeros puestos de la milicia. En su lucha con cimbros y teutones se portó como hábil general, intrépido guerrero y afortunado caudillo. No sólo logró derrotar aquellos completamente, sino que puede decirse consiguió su exterminio. Era la pri-

mera vez que de una manera séria y digna de llamar la atencion acometian los bárbaros de la Germanía al imperio romano; fueron como las avanzadas de sus compatriotas, que algunos siglos más tarde habian de deshacer el mal integrado imperio. Un punto oscuro aparece en la historia sobre esta agresion de que venimos ocupándonos, y los escritores, con frecuencia, han pasado por encima de la duda sin resolverla. ¿Era aquella invasion como el primer movimiento grave de un pueblo, que se siente con tal vigor y tal fuerza que necesita espacio donde esparcirlos, y guerra y lucha donde gastarlos, molesto é incómodo en los estrechos límites de su país; ó era, por el contrario, como suponen algunos, producto de una intriga partida de Roma, que especulaba con el furor bélico de aquellos bárbaros, para proporcionar una guerra que aumentase el ejército de uno de los partidos que se disputaban el dominio de la agonizante república? Nos contentamos, por exigirlo así la índole de estos trabajos, con dejar la cuestion planteada. Vamos, pues, á dedicar algunas palabras al célebre rival de Sila. Ya hemos dicho las condiciones naturales con que se encontraba adornado. No están en lo exacto los que han querido pintarle como un demócrata ardiente ni templado. Era un hombre dominador, ambicionaba con ánsia todos los puestos y todos los honores, y si apareció como defensor del partido popular, fué porque la aristocracia no sólo era un obstáculo para el logro de sus deseos, sino que, como acontecer suele, fueron los nobles más aptos para perseguir con toda clase de sátiras, de burlas y de sarcasmos al adversario de la oligarquía agonizante, que para resistir las acometidas de aquel rudo pero no vulgar soldado. De suerte que, humillando su orgullo, tuvieron la desdichada idea de conseguir que los odiara mortalmente, y de que su poder y valimiento, lejos de disminuir en un ápice, aumentara. Así, cuando entró en Roma no respiraba más que venganza, y harto de ordenar matanzas contra sus enemigos, autorizó que la hez de aquel pueblo deprabado y bandadas de hombres miserables se entregaran á su placer, á la satisfaccion de sus criminales instintos, dando rienda suelta á sus venganzas personales, degollando á cuantos pudieran haber á las manos, fuesen ó no culpables, entregándose al pillaje más desordenado y destruyendo lo que no podian lle-

var. Cuando algun desgraciado imploraba su clemencia alegando que era inocente, no tenia más que esta palabra para consuelo: es preciso morir.

Ya fuera porque estaba en las costumbres del tiempo; ya porque el pueblo romano se mostrara en sus contiendas civiles con el carácter de crueldad que siempre le habia distinguido; ya porque la espirante república no habia sido más que una gerarquía militar, si bien mezclada con un elemento democrático municipal; ya, tambien, porque las sociedades envejecidas y debilitadas son tanto más crueles cuanto más escasea en ellas el valor; ya por otra razon cualquiera, es lo cierto que en ferocidad estaban al mismo nivel Sila y Mario. Una diferencia habia: la que ha existido siempre entre la ferocidad popular y la oligárquica. La primera es tal vez más temible y seguramente más ruidosa en momentos dados, pero es más pasajera y su duracion siempre corta. La segunda es más fria, calculada y permanente; en una palabra: una ferocidad más cruel. Por lo demás, pudiera decirse que los dos campeones fueron en aquel tiempo los representantes del terror rojo y el terror blanco.

La historia nos ha pintado á Mario y á Sila como dos caudillos, de la democracia el uno y de la oligarquía el otro. Ciertamente formaban al lado del primero los que creian llegado el momento de que el poder viniese á manos de la democracia; y acobijábanse bajo los pliegues de la bandera del segundo los que soñaban con restablecer un imposible: el sistema oligárquico. Pero ya hemos visto lo que pensaban uno y otro de aquello que decian defender. La oligarquía militar, llamada república, concluia, como es natural, en toda sociedad débil y degenerada que en lugar de la accion viril para sujetar y castigar duramente á los ambiciosos que salen de la ley, sólo conserva deseos concupiscentes para arrimarse al sol que nazca, mientras que de ello pueda sacar provecho; ó, como hoy diríamos, mientras éste disponga de las credenciales; sin perjuicio de abandonar el antiguo astro cuando llegue á su ocaso para tomar sitio en el convite con que le brinde el nuevo afortunado.

Uno de los espectáculos más tristes que nos presenta la historia, son las guerras civiles de la agonizante república romana, en las cuales dudoso es si la crueldad era mayor en la paz que

la guerra. Ya hemos visto cómo habia tratado Sila á los atenienses y, aunque inconcebible, es lo cierto que á su entrada en Roma el comportamiento hácia sus conciudadanos fué tan riguroso y cruel, hasta el punto de desear éstos ser tratados como los extranjeros. Tal vez era una justa expiacion: así lo entiende Montesquieu cuando dice que á los romanos se les consideró en las guerras civiles como ellos habian considerado á los demás pueblos.

Tales crueldades y tanta sangre vertida por un hombre que no carecia de entendimiento, tenia por objeto simplemente lo que, con más ó ménos propiedad, se llamó la Constitucion de Sila, la cual daba el poder al Senado. Así como hay algo superior á los derechos concedidos á los pueblos ó que estos hayan conquistado, y este algo consiste en que sepan hacer uso de ellos y defenderlos; que sientan la necesidad de conservarlos; que comprendan que su personalidad queda deficiente ó menoscabada si faltan á estos derechos, sin lo cual es cosa baladí y de escasa importancia que consten en las leyes ó que los legisladores se afanen en concederlos; así es perfectamente inútil dar atribuciones á individualidades ó corporaciones que no saben estar á la altura de su mision. Y esta ley general de sociología tuvo una comprobacion más en el asunto que viene ocupándonos. La antigua aristocracia romana, con sus defectos inherentes, estuvo, sin embargo, á la altura de su mision, y llevó al pueblo-rey de conquista en conquista hasta la de toda la cuenca del Mediterráneo. La aristocracia restaurada no podrá decirse por lo que se hizo más notable, si por su impotencia ó por su incapacidad. Solo en una cosa estuvo al nivel, y aún excedió al de su antecesora: en su conducta pérfida y en su constante felonía.

Ya se ha visto de qué manera concluyó la guerra con Sertorius: por la traicion y el asesinato. Tambien conocemos, aunque muy á la ligera, lo acaecido en la guerra contra esclavos y gladiadores, que debieron cubrir de vergüenza y de rubor la cara de todo romano que conservase un resto de dignidad. La guerra de los piratas prueba, sin ningun género de duda, que el Gobierno de Roma no merecia el nombre de tal, y que no solo era impotente para cumplir con su mision de derecho, sino tambien para sostener el órden público. Pero, qué decimos: ni áun podia

servir de salvaguardia á la vida y los intereses de los ciudadanos. En la guerra de los piratas, varios patricios y senadores fueron insultados; sus haciendas y casas de campo asoladas y destruidas; y si algunos se salvaron de la ruina fué debido á una afectada y despreciativa compasion.

Si én la clase de luchas que hemos enumerado se puso de manifiesto la impotencia oligárquica, no se manifestó con ménos fuerza en las guerras contra el extranjero. En la que sostuvo Lúculus con heróica tenacidad contra Mitrídates, el Senado no proporcionó á aquél recurso de ninguna especie ni siquiera le dió instrucciones. Con lo dicho basta para dejar plenamente demostrado que lo que allí existia no era un Gobierno, sino una verdadera anarquía. Como sucede en todas las épocas de transaccion ó de descomposicion social, las conjuraciones pululaban y las conspiraciones se cruzaban cuotidianamente; pero, mucho se engañaria el que se atreviera á creer que allí se disputaban las ideas, aunque, en rigor hablando, ellas se mezclan siempre hasta en los asuntos que obedecen á las más funestas pasiones. Para que nada faltase á aquel cáos, al frente de las primeras se encontraban hombres que pertenecian á las familias más ilustres de la república romana. Las otras, capitaneadas tambien por nobles y gente del pueblo, tenian por objeto, establecer aquellas épocas de proscripcion que tuvo Sila la poca envidiable gloria de inaugurar. Los protagonistas pensaban sacar de ellas el no pequeño provecho de pagar las deudas contraidas, haciendo que desaparecieran sus acreedores: creian, no sin razon, que las confiscaciones que habrian de llevarse á cabo sobre los bienes de éstos, les proporcionarian algunos dias más de vicio y de orgía. Tales eran la democracia y la aristocracia al fin de la república. La primera, en lugar de tener la calma, el desinterés y la resolucion enérgica que dictan las nobles ideas, sólo era movida por deseos concupiscentes; y de aquí sus impaciencias, sus movimientos anárquicos, sus mezquinas rivalidades; y el entregarse con predileccion á los conductores más vulgares, que por serlo eran los que más toleraban y adulaban sus pasiones. En cuanto á la oligarquía ya se ha visto la prueba: habia sido el orígen de todos los males, ó, por lo ménos, el principal factor. Pensar que en ella podria encontrarse el reme-

dio, era tan absurdo como lo es el suponer que los procedimientos, la conducta, los excesos que han producido una grave y penosa enfermedad, son los únicos que pueden devolver la salud al enfermo. La república habia llegado á tal estado, que no podia ser gobernada oligárquica ni democráticamente.

Esto nos lleva, como por la mano, á la siguiente cuestion: cuando un país que se ha regido durante tanto tiempo por instituciones republicanas, natural gobierno de los pueblos que no han olvidado su dignidad, cuando con esas instituciones alcanzaron poderío, gloria, brillo, respeto de los extranjeros, orgullo y satisfaccion de los ciudadanos; llega á un estado de descomposicion y de anarquía tal que no puede ser regido por sus antiguas instituciones, ¿cabe en lo posible que la dictadura, el imperio ó la monarquía absoluta, pueda levantar ese pueblo del estado de relajamiento y abyeccion á que ha llegado? Y si esto no es posible, ¿puede prolongar su agonía, ó, mejor dicho, su enfermiza vida, aplazando la muerte por un tiempo determinado? Y si alguno de estos casos sucede, ¿cuál es la razon, causa ó motivo, la etiología, en fin, de que un pueblo que no puede gobernarse con formas republicanas, pueda ser gobernado por las monárquicas puras? Inversamente: ¿pueden darse casos de que un pueblo, que marcha más ó ménos rápidamente por el camino del progreso con una de las clases de monarquía de que antes se ha hablado, sea inepto en épocas determinadas, para cambiar la forma de Gobierno, ó mejor dicho, para establecer y conservar instituciones republicanas sin exponerse á la anarquía y al peligro mayor de la descomposicion que puede acarrear la muerte?

Pero antes de entrar de lleno en esta cuestion, harto difícil por lo compleja y espinosa, y en la cual si nos faltan los medios para resolverla con acierto, no el buen deseo ni la voluntad y resolucion viril para conseguirlo y decir nuestro pensamiento con la mayor claridad que nos sea dable, sin reparo ni temor de que puede halagar á los unos y desagradar á los otros; antes de entrar en ella, repetimos, aún hemos de decir algunas palabras sobre el estado moral, filosófico, religioso, científico é industrial de la república romana en sus últimos tiempos. Esto no sólo por ser una necesidad dialéctica para la discusion que va á ocuparnos, sino tambien por su altísima congruencia con el asunto

que indica el título de estos trabajos. Y antes de pasar más adelante, conviene llamar la atencion de nuestros lectores sobre el calificativo que hemos dado á las únicas monarquías que se conocian en lo antiguo. No puede ser nuestro objeto, por el momento, el ocuparnos de la constitucional: primero, porque los antiguos no conocian esta forma de gobierno, y segundo porque la discusion relativa á este asunto vendrá á su tiempo y lugar; y allí pensamos tratarla con la misma imparcialidad y franqueza que todas las otras materias que nos vemos precisados á discutir.

Por de pronto haremos constar que la palabra monarquía constitucional es una voz introducida por el uso, y que á falta de otra que la represente, nos valemos de dos: un sustantivo y un adjetivo, entre las cuales con facilidad se nota alguna contradiccion. En efecto; la primera, como saben nuestros lectores, compuesta de dos palabras griegas, significa mando de uno sólo; y la segunda indica, que con arreglo á una ley, pacto, convenio ó lo que sea, pero limitando la extension de la primera, que no son unos, sino vários los que han de gobernar. De suerte que, en puridad hablando, pudiera llamarse igualmente gobierno republicano con un poder gubernamental inamovible.

En la breve reseña que vamos á hacer del estado de la república cuando llegó su última hora, empezaremos por lo que pudiera llamarse su estado material, no sólo por la influencia y enlace que tiene con el moral de los pueblos, sino por lo que afecta y ha afectado en lo sucesivo á la manera de ser del imperio ibérico. En términos generales puede asegurarse que las dos maneras de comunicacion de los pueblos cuando difieren mucho de sus grados de civilizacion, ó cuando todos ellos se encuentran en el estado de infancia como se hallaban los antiguos, son el comercio y la guerra. Los romanos prescindieron del primero, tanto como lo permitia las necesidades de abastecer la Ciudad Eterna de los artículos necesarios y de lujo que podian proporcionarles las naciones sometidas. Sus relaciones comerciales, pues, han tenido escasísima importancia; y sus lazos con las otras naciones fueron principalmente debidos á la fuerza. Pero como los hechos consumados, áun á pesar de los hombres, tienen su influencia decisiva sobre los pueblos, la reunion de dominios tan extensos

bajo un solo Gobierno, las producciones diferentes de las diversas localidades y las necesidades mútuas de unos y de otros, no pudieron ménos de ser un estímulo poderoso para el comercio, travadas por otra parte por otros motivos, de los cuales algunos hemos visto y han de ser examinados en el lugar correspondiente.

Hemos hablado con predileccion del comercio que hicieron entre sí los pueblos que constituian el imperio romano, porque los historiadores latinos apenas hablan de las relaciones de Roma con el Oriente. Y aunque algunos hacen mencion de las embajadas mandadas á Augusto por la China, la India y otros pueblos del continente asiático, como queriendo granjearse la simpatía del pueblo romano, admirando y aun temiendo su poderío, merecen escaso crédito tales noticias, que son más bien la expresion de dos sentimientos: de adulacion al nuevo amo el uno, y exagerado orgullo patriótico el otro, puesto que les complacía mucho la creencia de que sus dominios, si no alcanzaban á todos los puntos del globo, faltaba muy poco. Dichos quedan los límites de aquel poder en tiempo de Augusto, y no fueron más estensos en el del imperio. De aquí se deduce, no solo que les faltaba una buena parte de Europa por conquistar, sino que en el Oriente quedaban grandes monarquías que no tenian motivo para temer el poder romano, ni razon para no creerse, en su caso, dignos rivales. Ningun conocimiento tenian de la China, la India; casi ninguno de lo que es hoy Rusia; ni los habitantes de aquellos países, probablemente, lo tendrian de los romanos. Estenso y todo, como era el imperio, no ocupaba más que una pequeña parte de los antiguos continentes.

Queda dicho que la primera ocupacion de los romanos ha sido la agricultura, y que á dicha condicion iba unido el ejercicio de los derechos políticos. Las artes y la industria fueron dejadas primero á los esclavos y despues á los libertos. El comercio lo juzgaban punto ménos que una ocupacion vergonzosa, y, en todo caso, indigna de los senadores, hasta tal punto, que filósofos y políticos estuvieron de acuerdo en elevar las preocupaciones populares á la altura de una teoría. El ilustre Ciceron que, aparte de su grandísima elocuencia, no era más que un pobre copista sin pensamiento profundo ni otro objetivo que

lisonjear los prejuicios de su tiempo, objetivo muy natural en tan notable artista que, como tal, buscaba antes que todo los aplausos, de acuerdo sobre el particular con las teorías del divino Platon, que si admirable es por su forma tanto daño habia de causar á la posteridad porque inauguraba el reinado de la imaginacion, á espensas, ó, mejor dicho, en contra de la razon, de los estudios positivos, de la constancia y del trabajo, y excitado sin duda por su orgullo de ciudadano; se sublevaba contra los fraudes que decian cometer los mercaderes y asentaba que el comercio era el corruptor de las costumbres nacionales y el agente más enérgico para la ruina de la república. "Los cartagineses—añadia—eran embusteros é hipócritas, porque eran comerciantes, y el sitio de un hombre libre no está detrás del mostrador: el comercio no conviene más que á los esclavos." Pero como era imposible oponerse por completo á la evidencia, como correctivo á las palabras anteriores agregaba: el comerciose eleva cuando se hace grande para importar á un país las producciones del mundo entero y ponerlas al alcance de todos.

Si las preocupaciones contra el comercio eran entre los romanos tan grandes como se desprende de lo que antecede, no lo eran ménos contra la navegacion. Y así podemos hacer un paralelo entre las palabras de Ciceron, relativas al primero, y las de Horacio, que hacen referencia á la segunda. El célebre poeta se expresaba de la siguiente manera: "En vano los dioses en su sabiduría han separado los mundos por el Océano; navíos sacrílegos atraviesan las aguas que debian ser sagradas para nosotros. La humana audacia aspira á todo y se arroja en una lucha impía contra las divinidades. En la edad de oro los pueblos no conocian más costa que la de su pátria." El célebre Virgilio sueña con esta misma edad de oro, y sostiene que entonces la navegacion era mirada como uno de los crímenes de su tiempo, y que desapareceria en edades más felices. Entonces, como ahora y como siempre, los sueños de los poetas eran y son con frecuencia la representacion de la aspiracion ó preocupaciones de los pueblos. Fuera la conciencia de su incapacidad ú otra razon cualquiera, es lo cierto que una pavorosa supersticion se apoderaba de los romanos cuando se trataba del mar, y le suponian

poblado de terribles divinidades, dispuestas á castigar duramente al que osára arrojarse en medio de las olas.

Se ha visto, al tratar de las guerras púnicas, que los tratados impuestos por Roma á su rival no despreciaban la importancia que los navíos daban á la africana república, y tambien ha podido observarse el esfuerzo supremo que hicieron los romanos para construir una escuadra. Nuestros lectores recordarán que uno de los buques cojidos á su enemiga les habia servido de modelo; y esto no deja lugar á duda sobre los escasos conocimientos que tenian en construccion naval. Cuando por la primera vez pasaron las legiones de Sicilia al Africa, Roma tuvo que tomar á sueldo los buques pertenecientes á las ciudades de la alta Grecia, que eran sus aliadas. Pero lo que puso más de manifiesto su escasa aptitud y aun antipatía por la navegacion, es que, cuando la victoria coronó los esfuerzos del pueblo-rey, no tuvo ni la menor idea de sustituir á su desgraciada rival en el poderío marítimo. Léjos de eso, al concluir Escipion la segunda guerra púnica, hizo que Cartago le entregára quinientos buques, y en vez de guardarlos y formar las escuadras de la república, los mandó quemar todos. Por fin, habian adelantado tan poco, que, en los últimos tiempos, ningun romano se atrevia á aventurarse más allá de la navegacion de las costas, sosteniendo algunos escritores que la mayor heroicidad de Julio César fué la de arriesgarse á atravesar el Océano.

El imperio, que en tantos conceptos fué inferior á la república, tampoco le fué superior en lo que á la navegacion se refiere. Como prueba, baste decir que Libanius cita, como un hecho extraordinario, el viaje á Inglaterra del emperador Constancio á través de las olas del Océano. Las antipatías de Roma y su incapacidad para el tráfico y la marina, á la par que sirven de indicacion ó de dato para explicar lo que ha sucedido al pueblo-rey, tienen no escasa importancia para todo lo que hace referencia al imperio ibérico. En efecto: más adelante se verá el punible descuido con que, con pocas excepciones y una desdichada constancia, ha mirado Castilla todo lo que hacia relacion á la marina, á pesar de excitarla á ello la posicion geográfica de la Península y los grandes descubrimientos llevados á cabo por lusitanos y españoles. Ha sido tal su persistencia en este punto,

que, ni las condiciones excepcionales de navegantes que en todos tiempos han mostrado vascos, cántabros, astures y gallegos, ni el ejemplo dado por el reino de Aragon, ni el más brillante aún de los portugueses en la Edad Media, han bastado para sacarle de su apatía. Decimos mal: cuando Aragon primero y Portugal más tarde se unieron á Castilla, los impulsos dados al arte de la navegacion, parece como que se enmohecieron, y estuvieron bien distantes de corresponder sus adelantos ulteriores de lo que pudiera esperarse de su brillante y excepcional historia. Y cuando más tarde algun hombre pensador y patriota hizo comprender á la córte la urgente necesidad de tener una poderosa marina con que atender á las necesidades y defensa de los vastos territorios que poseian en América, Africa y Asia, léjos de emprender una marcha acomodada á los recursos de que disponia la nacion, si bien lenta, constante y segura, por un efecto muy propio de nuestro carácter, no se pensó en crear poco á poco, y tal como el Tesoro lo permitia, una marina respetable, y se eligió el camino más halagüeño, pero ménos positivo, de crear, como por milagro ó vía de encantamento, una fuerza naval de proporciones colosales, dedicándola muchos cientos de millones al año. Como tal consignacion era solo sobre el papel y el presupuesto no podia hacer frente á tales gastos, sucedió lo que era natural se verificase: los resultados fueron muy semejantes á los que hubieran sido si la marina hubiera estado completamente olvidada. Pero, ¿qué decimos, olvidada? ¿Tan léjos están de nosotros los tiempos en que capitanes de fragata, y aún navío, tenian que pedir limosna para su manutencion? ¿Tan léjos está de nosotros el tiempo en que un distinguido y honorable oficial de marina, no salia de su casa por no tener ropa con que cubrir sus carnes, y que, habiendo muerto de una enfermedad desconocida ó ignorada, mejor dicho, los médicos que reconocieron el cadáver declararon que habia muerto de hambre?

Si nuestra posicion geográfica y posesiones de Ultramar exigian que la marina tuviera nuestra predileccion, la política interior no indicaba ménos esta conveniencia. Las fuerzas marítimas, si dan brillo, poder y riqueza á la nacion, tienen además esta ventaja: por su propia índole, por la relativa ilustracion de sus oficiales, se prestan ménos á servir de instrumento á un dés-

pota ó un ambicioso que quiera concluir con las libertades públicas. No es aventurado asegurar que si la moderna Inglaterra gastára las inmensas sumas que anualmente dedica á su marina en sostener un ejército interior, bien distinta hubiera sido su suerte, y no hubiera seguido esa marcha que todos la conocemos, lenta, pero segura, sin trastornos, revoluciones ni reacciones en el camino del progreso y de la civilizacion.

Como más adelante hemos de ocuparnos de este asunto con mayor detenimiento, por el momento sólo apuntaremos una idea. Si el génio suspicaz de Felipe II y su oscura inteligencia hubiera dado más importancia á la marina, es seguro que al unirse España y Portugal, Lisboa hubiera sido la córte, y á estas horas las dos naciones, artificialmente formadas, constituirian el imperio ibérico, objetivo al cual deben dirigirse los esfuerzos de todo patriota de aquende y allende el Tajo, en la seguridad que no ocuparémos en el mundo el lugar que debiéramos, mientras que los dos países, por una federacion republicana ó monárquica que garantice la independencia y los fueros de cada uno de ellos, no formen un poder fuerte en el Occidente de Europa que sea, á su vez, el aliado natural de todas las naciones americanas que hablan la lengua de Camoens ó de Cervantes.

De la reseña anteriormente hecha, resulta que Roma no ha tenido el génio del comercio ni de su compañera inseparable la navegacion; y lo que es peor, aun mostró profunda antipatía al primero y ha mirado con profundo desden al segundo. Y si durante el imperio hubo algunas provincias, como España, en las cuales el comercio alcanzó cierto grado de prosperidad, fué debido, más que á todo, á las condiciones de la familia hebráica, una de las más activas que conoce la historia. Pero de esto hemos de ocuparnos más tarde. Por de pronto basta hacer constar que el génio romano no sólo no contribuyó á aquel desarrollo, sino que lo ha contrariado. El despilfarro ostentoso de los emperadores, la inmoralidad en los ramos de la administracion y la peor de las anarquías, la que parte de arriba, contrariaron grandemente aquel desarrollo, hasta llegar el momento de la disolucion del imperio, donde comenzó una de las épocas más tristes de la historia.

Si los romanos no se dedicaron al comercio y la navegacion,

tampoco lo hicieron á las artes y la industria, pues dicho queda que toda esta manifestacion de la actividad la dejaron á los esclavos y emancipados. En lo referente á lo que, con más ó ménos propiedad, se llaman trabajos intelectuales, tomaron de los griegos la ciencia y la filosofía. Respecto á la primera, la humanidad no les debe nada, y es bien conocido aquel hecho de haber traido de Grecia un cuadrante solar que colocaron en Roma, y que muchos años despues de haberlo aportado á la Ciudad Eterna no sabian orientarlo; lo cual demuestra su grandísima ignorancia. Tampoco son ménos conocidas las palabras del célebre Ciceron que, alardeando de saber la geometría, aseguraba que era sólo útil como juego del entendimiento; pero indigna de que de ella se ocupasen los filósofos y sólo provechosa para los agrimensores. Si habian renunciado á toda clase de industria, dejándola encargada á otras manos, la agricultura, que en un principio habia sido su ocupacion, á la cual, como hemos visto, iban unidas posiciones honoríficas y provechosas, concluyó por ser encomendada por completo al trabajo servil. Hay más aún: debido á esto y á las inmensas latifundias que poseian los nobles en Italia y las provincias, y á consecuencia del orgullo que distingue á todas las aristocracias, una gran parte de las tierras que anteriormente producian ópimos frutos, dejaron de cultivarse para dedicarlas á pastos y á grandes dehesas que á la par que halagaban la vanidad de los grandes señores, servian para que en ellas vivieran y se esparcieran animales de utilidad dudosa, pero que proporcionaban á aquellos propietarios cacerías, recreos y solaces. Las pocas tierras que seguian labrándose, como lo eran por esclavos, producian poco y malo. Y así debia suceder: el hombre no ama el trabajo por el trabajo, sino por una de dos razones: ó el estímulo del lucro, ó el temor al látigo del amo. Cuando sólo obedece á este último, por aquello de que donde quiera haya un amo y un esclavo allí hay dos enemigos uno frente al otro, éste produce poco y malo. Como consecuencia forzosa de la falta de produccion, Italia primero y sucesivamente las provincias llegaron á despoblarse de tal suerte, que se encontraban sólo páramos y desiertos donde antes habia una poblacion enérgica y productora.

Si los campos llegaron á la situacion que acabamos de des-

cribir, no se cuidaron más de la higiene pública en la capital del imperio. Con decir que jamás se les ocurrió sanear las campiñas más inmediatas á Roma, ni ejercer la policía higiénica en las calles, de tal manera que pocos años pasaban sin que una epidemia diezmase la poblacion, y que hubo dia durante el imperio que perecieron 10.000 personas; está calificado el inmenso descuido en que vivian. Más adelante veremos que los Papas, herederos de aquellas costumbres de la república y del imperio, de tal manera las respetaron, que Roma, hasta tiempos muy inmediatos á nosotros, ha sido tal vez la ciudad más descuidada de Europa, por lo que hace al aseo y á la higiene pública; y que si en este sentido se la comparaba con Constantinopla, no sería esta la que hiciera peor papel. En suma: la república romana, al llegar á los tiempos de que venimos ocupándonos, miraba como deshonroso toda clase de trabajo, y no buscaba el manantial de la riqueza que un lujo desenfrenado exigia más que en la expoliacion de las provincias ó el que pudiera obtener á costa de la vida de tantos millones de esclavos. Es decir, que era un inmenso parásito que para bien de la humanidad debia desaparecer.

Y si por un medio artificial podia prolongar por más tiempo una vida enfermiza y valetudinaria, no podia ser en la forma republicana, ni ménos con la libertad: jamás un pueblo de holgazanes ha sido ni será un pueblo de hombres libres.

Heredó el pueblo-rey, ó mejor dicho, tomó de Grecia toda clase de conocimientos humanos. La rica y bella lengua helénica, así como su literatura, no sin trabajo fué admitida en Roma; pero la moda y elegancia, ahora como otras varias veces, sirvió al progreso, y más de una vez los hombres salidos de la plebe combatian aquella clase de estudios, mientras que los descendientes de las familias más ilustres no sólo hacian alarde de dedicarle los ratos de ócio que les permitia las contínuas guerras, sino que aprovechaban todas las ocasiones para hablar el hermoso idioma de Platon, y no falta quien asegure que han colaborado con algunos libertos y esclavos suyos que se hieron notar como poetas y literatos. Así, por ejemplo: se cree que Scipion colaboró con Tarentio en aquella obra que con tanto aplauso se representó en el teatro, donde pronunció las palabras bien cono-

cidas de los lectores: "*Homo sum, et humani nihil alienum á me puto.*"

A pesar del carácter romano y la preocupacion de clases, el progreso se abria camino, y el pueblo aplaudia con frenesí al protegido de Scipion, que así proclamaba la igualdad de todos los hombres. La poderosa inteligencia y la rica imaginacion griega, crearon, como no podia ménos, varios sistemas filosóficos. Pero la incapacidad intelectual romana; lo característico de su inteligencia; sus tendencias exclusivamente utilitarias, todo, absolutamente todo, trabajaba de consuno para que Roma no siguiera á su maestra en aquel camino. Los romanos apreciaban de las ciencias su parte de aplicacion á los ramos de industria que podian satisfacer sus perentorias necesidades. Lo que se llama el amor de la ciencia por la ciencia, les fué completamente extraño.

En cuanto á los sistemas filosóficos, los miraban con profunda antipatía, y sus hombres más importantes sostuvieron que solo era un deleite de la imaginacion. Y si allí encontraron más fortuna los discípulos de Zenon, fué por que el estoicismo se acomodaba más al temple de alma y á la severidad de aquellos antiguos guerreros. Es lo cierto que, aunque los partidarios de este sistema le llevaron hasta la exageracion, sosteniendo no pocas ideas absurdas, como, por ejemplo, que bastaba la libertad interna, que todas las faltas eran iguales, que el mismo delito moral se cometia por matar á una paloma inocente que por matar á un hombre, y otras várias que pudieran citarse y que dieron lugar á que la crítica se cebara y pusiera en ridículo el sistema y sus sectarios; no puede negarse, sin embargo, que tuvieron miras más ámplias, relativas al hombre, que las que hasta entonces habia sostenido Roma. Su respeto á aquél no reconocia por límites los muros de la Ciudad Eterna, ni tampoco los de la república, sino que sostenian que los derechos á su personalidad inherentes le pertenecian por la cualidad de hombre; donde quiera que hubiese nacido, cualquiera que fuese su nacionalidad, lo que era más difícil aun: en frente del patriotismo intransigente romano, la tierra entera era la pátria del hombre. El progreso es como esos gases más sutiles que se propagan por todas partes atravesando los poros de los cuerpos y haciendo no-

tar su presencia en los lugares donde ménos podia pensarse encontrarlos. Así que de tiempo atrás se habia hecho notar en las naturalezas más escogidas la influencia de la literatura griega. Por ejemplo: en las terribles luchas de Roma y Cartago, dos hombres de primer órden se hicieron celébres por su humanidad relativa: nos referimos á Scipion y á Marcelo, los cuales, en el sentido que entonces tenia la palabra, no eran romanos más que á medias, ó, dicho de otra manera, estaban en el paso de nivel de la antigua á la moderna Roma. De tal suerte se habia despojado el primero del espíritu estrecho del patriotismo romano, que fué objeto de amargas críticas, y Fabius dice de él que vivia como un extranjero y que se le veia en el gimnasio pasearse cubierto con su manto y en sandalias, dividiendo su tiempo entre los libros y la palestra. Pero tales críticas, por acerbas que fueran, no consiguieron que el pensamiento de Scipion no se elevase por encima de los intereses de la repúblca y se extendiera á todo el género humano.

Marcelus fué un poderoso agente que mucho ha contribuido á la propaganda en Roma de la civilizacion helénica. Cuando dejó el mando de Sicilia, trasportó desde Siracusa á Roma todos los objetos más notables de arte, siendo de esta suerte para su pátria el revelador de un nuevo mundo. Hasta entonces la Ciudad Eterna era como un gran museo lleno de armas tomadas á los bárbaros, y coronada de monumentos y trofeos que recordaban sus triunfos; de tal suerte, que un extranjero que hubiera entrado en ella la hubiese creido un templo de los dioses de la guerra. Fabius y sus partidarios atacaron duramente á Marcelus por haber llevado aquellos objetos á Roma y alterado de esta manera las costumbres del pueblo, convirtiéndolo en una reunion de ociosos y charlatanes, hablando sin cesar de artes y perdiendo su tiempo en cosas inútiles. Marcelus, léjos de lastimarse por tales imputaciones, las aceptaba de buen grado y sostenia que la mayor gloria suya era haber enseñado á los romanos á estimar y admirar las obras maestras de la ilustrada Grecia. Como comprenderán nuestros lectores, la civilizacion griega no pudo penetrar en Roma sino bregando con una ruda y terrible oposicion, y una lucha no ménos tenaz entre los que sustentaban las antiguas y modernas ideas. Como sucede siem-

pre, no faltaron á los partidarios de lo antiguo esa clase de argumentos que, á diferencia de lo que pasa á todo cuanto existe, tienen el privilegio de no hacerse nunca viejos. Claro está que entre los primeros y de mayor fuerza figuraba aquello de que así lo habian hecho sus padres y antecesores, que de esa manera, con aquellas costumbres habia llegado Roma á ser próspera y grande, habia vencido á todos sus enemigos; que Grecia, de donde procedian, habia decaido de su antigua grandeza y que, por consiguiente, era la mayor de las imprudencias el tratar de introducir tan peligrosas innovaciones; y en todo caso, que si habian dado brillo y prosperidad á la helénica Península, era sólo allí donde podian aclimatarse, mientras que ellos, romanos de distinto orígen y con diversas condiciones, no podian ni debian, hasta por patriotismo, admitir aquellas innovaciones de extranjero orígen.

Referir todas las objeciones que se hacian á los cambios que, aunque muy despacio, se iban introduciendo en Roma, seria perfectamente inútil: todos nuestros lectores los conocen y todos los dias los oimos de boca de los partidarios del pasado y áun de aquellos que, sin serlo, creen que las sociedades han de marchar con la lentitud que conviene á sus intereses ó á sus timoratas inteligencias. Tienen las sociedades humanas, como todo cuerpo compuesto de materia, una fuerza de inercia que se necesitan grandes esfuerzos para vencerla; y se explica bien dicha resistencia si se tiene en cuenta por un lado el poder que en el hombre tiene el hábito ó la rutina y el no menor de los intereses creados al amparo de las antiguas leyes ó costumbres. Pero por grande que sea aquella fuerza, como es necesario su derrota para la ley del progreso, es siempre vencida en último término. Trae, en cambio, todo lo nuevo consigo tales condiciones de vida y tal empuje, que se parece á la naciente planta: á pesar de los obstáculos con que al parecer se opone la naturaleza á su desarrollo, como son los cambios bruscos de temperatura, las sobras ó faltas de humedad, los insectos que la persiguen y tantas y tantas cosas; sale de todas ellas más lozana, se desenvuelve y germina: tal es la fuerza que tiene en todos los séres la propagacion de la especie. A veces sucumbe y muere; pero, ¡qué corto es el número de casos en que esto se verifica, comparado

con el de aquellos en que triunfa de todos los obstáculos! Lo que pasa en el mundo vegetal, sucede en la sociedad con las nuevas ideas: ¡qué importan los contratiempos! la verdad tiene tal vigor, que concluye por vencerlos todos. Si alguna vez no sucede, las sociedades mueren como las plantas. Sólo necesitan los propagadores de la buena nueva, esos héroes del porvenir que siembran para no recoger. tener en cuenta lo que pase en la naturaleza, que un dia y otro dia, un momento y otro momento suministra la tierra á una planta los elementos necesarios para sus condiciones de existencia; pero, á la par, no hay manera de que aquella no emplee el tiempo indispensable para producir su fruto. Lo mismo sucede con las ideas que preparan cada una de las infinitas evoluciones sociales: es preciso defenderlas uno y otro dia con firmeza y constancia, pero no empeñarse, por una impaciencia natural, en recoger el fruto antes de que esté sazonado.

La tendencia á resistir todo cambio, lejos de ser un mal como pudiera creerse á simple vista, es un factor del progreso con no menor importancia que la simpatía que encuentran en los caractéres mejor templados las ideas generosas de mejora política y social. Sin dicha resistencia, ¡cómo seria posible el progreso ordenado! Las sociedades estarian siempre á merced, no solo del primer soñador ó imaginacion calenturienta, sino tambien de aquellos que, proponiendo las reformas mejor meditadas, pero allá, en la soledad de su estudio, y careciendo del embate de la discusion, no les habia sido dado prever todas las objeciones razonables que pudieran hacerse á las nuevas teorías, á las cuales falta, además, la gran sancion de la práctica.

La tenaz oposicion de los romanos á la filosofía, literatura y artes griegas no empecieron, para que se filtraran á través de aquella misma resistencia. Hubo más de un ejemplo de hombres que, combatiéndolas toda su vida, se pusieron á estudiar aquella filosofía que desdeñaban, y aun siguieron luchando, en apariencia, pero completamente empapados en aquellas teorías, fueron los propagandistas de ellas sin quererlo, y tal vez sin saberlo. Es lo cierto que ni unas ni otras fueron elevadas á la altura que habian tenido en su pátria primitiva, pero esto obedeció á causas que dejamos indicadas. Procediendo con

rigor lógico, pareceria natural que nos ocupáramos ahora del estado de la filosofía á la conclusion de la república: ese era nuestro pensamiento. Pero pareciéndonos atendible la razon de que de tal suerte se ha confundido la filosofía de los últimos tiempos de la república y el imperio hasta llegar al reconocimiento oficial del cristianismo llevado á cabo por Constantino, nos parece más acertado hacer el breve resúmen que la índole de estos trabajos permite del estado de la filosofía en Roma, desde su comienzo, hasta que el politeismo fué vencido por la idea cristiana. Y entonces tendremos cuidado de señalar lo que corresponde á la república y al imperio; tanto más necesaria esta distincion, cuanto la idea nueva, nacida en Jerusalen, tuvo su preparacion anterior. Las religiones, como las demás evoluciones sociales y cosmológicas, no se verifican espontáneamente, y tienen su período preparatorio tanto más largo cuanto mayor trascendencia tiene la evolucion de que se trate.

Uno de los espectáculos más desconsoladores es el de un pueblo que habiendo perdido sus creencias no ha llegado á reemplazarlas con otras nuevas, y sí á un período de fatal excepticismo, perdiendo la fé en todo, así en lo religioso como en lo moral. Triste y funesta consecuencia de haber unido dos sentimientos que si se tocan en muchos puntos, y mútuamente se apoyan unas veces y otras se combaten; son, no obstante, distintos en su esencia y no deben marchar confundidos. A este triste estado habia llegado el pueblo romano en los últimos tiempos de la república. Poetas, historiadores, oradores y filósofos habian perdido toda creencia en las antiguas religiones; y ora satirizándolas, ora poniendo de manifiesto sus contradicciones, ora haciéndolas una oposicion más ó ménos encubierta, ora queriendo resucitar lo antiguo, ora combatiéndolas con ruda franqueza, trabajaban sin descanso para borrar hasta sus últimos vestigios. El pueblo, como sucede con frecuencia, y de ello tenemos ejemplos en los tiempos modernos en que se conservan antiguas supersticiones agregando otras más absurdas de fecha reciente, se encontraba sumido en un absurdo ateismo y un materialismo grosero. La moral estaba completamente corrompida, y aunque quedaban algunos espíritus escogidos que sostenian con estóica perseverancia y predicaban sin descanso la necesidad de la vir-

tud y la importancia de una moral severa, la inmensa mayoría de aquella masa de nobles y plebeos, de aristócratas y demócratas, de ricos y pobres no conservaba ningun freno que la contuviera en sus instintos desordenados de orgía, de placer y costumbres corrompidas. Apenas se encontraba una isla que no estuviera llena de proscriptos, ni un bosque, un despeñadero, un camino oculto á las miradas de la generalidad que no fuera diriamente teatro de venganzas y asesinatos cobardes. La corrupcion ya habia llegado á tal punto, que la hermosa lengua latina carecia de nombres bastantes para calificar los innumerables crímenes y vicios sin cuento que dominaban aquella sociedad. Tarea larga seria intentar describirlos, y no es, ni puede ser, ese nuestro objeto. Además, afortunadamente, el pudor de los tiempos modernos no permite estamparlos sobre el papel.

Cosa digna de tener en cuenta es que, en toda sociedad que se corrompe y degrada, la mujer, esa bella mitad del género humano, si no es la que inicia la depravacion de costumbres, es el elemento que con más fuerza impulsa á la sociedad por ese camino. En el caso de que estamos ocupándonos, no fué una decepcion la regla general. Su lujo desenfrenado, sus desordenados caprichos no conocian límites de ninguna especie. Un severo republicano de aquel tiempo dice que tenian mayor número de maridos que cónsules conocian y estos duraban tan sólo un año; los hijos eran mirados como un estorbo, ya porque la reproduccion destruia la belleza, ya porque eran un grave impedimento y obstáculo para satisfacer la sed de nuevos y fáciles amores. Por las razones apuntadas, no es posible ni la más ligera indicacion de los remedios que se practicaban para evitar la reproduccion de la especie. Los vicios más repugnantes que si por desgracia no han desaparecido completamente de las sociedades modernas, son por fortuna una cortísima excepcion, vicios que Asia habia trasmitido á Grecia primero y despues á Roma, llegaron á dominar de tal suerte en aquella sociedad, que puede afirmarse que una parte no pequeña de los hombres encontraban sus mujeres en su propio sexo; y el bello encontraba á sus hombres en el suyo propio.

Los romanos, con el sentido práctico que les ha distinguido, comprendieron desde muy temprano que la funcion de interpre-

tar las leyes tenia casi tanta importancia como la facultad de hacerlas. De aquí, la institucion ó profesion de hombres encargados de su estudio, y la importancia que daban á los magistrados encargados de resolver en las cuestiones de derecho. Pero en los tiempos que venimos describiendo, la corrupcion habia alcanzado igualmente á los encargados de tan alta mision, y las sentencias eran vendidas punto ménos que públicamente y adjudicadas al mejor postor. Sociedad que se hallaba en tal estado, ó debia desaparecer muy pronto ó pasar por el de trasformacion para alcanzar nuevos y más claros horizontes.

Afortunadamente, es difícil que la corrupcion social alcance á todos los indivíduos. Así el ánimo se regocija viendo hombres como el severo Caton, del cual aseguran sus contemporáneos que jamás dejó de pensar en el bien de su pátria, y que nunca vino á estorbarle un pensamiento personal y egoista. Con un alma llena de viril energía, cuando vió perdida sin remedio la república, no quiso sobrevivirla, y puso fin á su existencia, porque decia que era inútil vivir cuando ya no podia ser provechoso á su pátria.

En medio de aquella general descomposicion, oradores y poetas, filósofos é historiadores, sostenian ideas de solidaridad humana y derechos á ella inherentes que, si muy léjos de ser lo que hoy conocemos, lo estaban, sin embargo, áun más de los que por tantos siglos habian dominado á la Ciudad Eterna.

Aquella gran catástrofe que se veía llegar de un momento á otro; aquella sociedad en descomposicion; aquella república, próxima á desaparecer, iba á dar lugar al imperio que tenia por mision el extender los derechos de Roma á todas las demás provincias, el proclamar la igualdad de todos los hombres, el dar lugar á que, matando la república en la ciudad dominadora, en todas las provincias se estableciera aquella forma, que, con el nombre de municipios, tenian los mismos fueros y prerogativas de que antes solo Roma habia gozado. Por fin, el imperio preparaba el camino á la revolucion más trascendental que conoce la historia: al advenimiento del Cristianismo. Aunque á costa de grandes y cruentos sacrificios, la ley del progreso se cumplia: no desconfiemos, pues, de ella por invencibles que parezcan los obstáculos que á su marcha se oponen.

XI

Lo que antecede prueba plenamente que la república romana habia llegado á su decrepitud y no podia seguir existiendo. Pero hay que añadir á todo lo dicho sobre la corrupcion de costumbres, la ausencia de moralidad, la falta de creencias, el apetito desordenado de riqueza y de placeres, la antipatía á toda clase de ocupacion ó trabajo y la insoluble dificultad de una situacion en que la oligarquía está completamente gastada é impotente para realizar el bien, y la democracia llamada á reemplazarla sin principios bien determinados, sin las virtudes necesarias para contener la corrupcion, sin plan fijo y teniendo por objetivo principal vencer y destrozar á sus enemigos y trasladar los provechos anexos á la posesion del poder de unas manos á otras y con el anhelo de que la Ciudad Eterna siguiera explotando los países conquistados que tenian ya el nombre de provincias; hay que añadir, repetimos, dificultades de grandísima trascendencia que resultaban de los hechos consumados y de la historia del pueblo-rey; en una palabra, de la manera de ser de aquella sociedad. Tales dificultades pueden calificarse de interiores á la Ciudad Eterna y exteriores á ella. Como ya hemos visto, la clase media habia desaparecido, y el pueblo no se habia elevado por la industria y el trabajo, hasta formar ese estado que pudiera reemplazar á la aristocracia. Los nobles, aunque incapaces de gobernar la república, gozaban aún de una influencia de la cual no podia prescindirse. Ahora bien, por condiciones inherentes á la naturaleza humana, es imposible que un rey destronado se conforme con su suerte y haga la vida de otro ciudadano cualquiera, ó lo que es lo mismo, que se considere un hombre igual á los demás mortales. Por idéntica razon, aquella aristocracia, como la de todos los tiempos, debilitada por los vicios, arruinada y agobiada de deudas á consecuencia de sus despilfarros y lujo insensato, le quedaba íntegra su vanidad. Ya conspiráran con los que querian dar vida á lo antiguo, ó, con pretexto de ésto, buscáran épocas de proscripcion para rehacer sus fortunas, ya se mezclaran en las conspiraciones de carácter popular para tomar una buena parte del botin y po-

der de esta manera continuar algunos dias más su vida de placer y de crápula, en ningun caso, y entonces, como más tarde, olvidaban su rango y su profundo convencimiento de que ellos debian mandar y los demás obedecer. De modo que no habia esperanza de que, de buen grado, se sometieran á la ley comun: esto sólo podria conseguirse con una democracia séria y enérgica que tuviera las condiciones y fuerza necesarias. Las dificultades exteriores eran, si cabe, de mayor monta: en todos los tiempos ha sido un peligro muy grave para las repúblicas centralizadas que un golpe de audacia ó la influencia de un militar afortunado, puedan apoderarse en un momento del poder central, y, por lo tanto, de todos los recursos de la soberanía. Este peligro era mucho menor con las repúblicas de la antigüedad y áun en las de la Edad Media, porque las constituia sólo una ciudad, eran una especie de municipios, y sobre que el deseo de apoderarse del mando no era tan tentador, por su escasa importancia, encontrábase todo el poder del pequeño estado concentrado precisamente en el sitio donde debia darse el golpe; de suerte que, relativamente hablando, la resistencia podia ser mayor y el éxito más dudoso. Pero, cuando el poder central no es el de un municipio sino el de una nacion más ó ménos extensa, unos cuantos hombres armados ó algunas legiones que sigan al jefe de la conspiracion, pueden darle en algunas horas el poder y ofrecerle los recursos de todos los ciudadanos que, ya por la organizacion gubernamental, ya, tambien, por obstáculos de distancia, no habian estado en disposicion de resistir á la empresa del conspirador.

En la república romana, el peligro era mucho mayor y las dificultades crecian de todo punto, porque la Ciudad Eterna vivia á expensas del jugo y la sávia de las provincias ó países conquistados. Existia antagonismo entre los intereses de aquella y los de éstas. Por otra parte, el yugo era tan pesado y de tal manera intolerable para las provincias, que sólo ansiaban el momento de desintegrarse rompiendo el lazo que les unia con la ciudad del Thiber, ó de apoyar á un amo que, pesando sobre todos, proclamara la igualdad de derecho, tal como entonces se comprendia, de Roma en las demás ciudades de Italia y de ésta con las provincias. Tampoco era factible el que Roma se consti-

tuyera en república democrática, dejando en libertad á las demás para que hiciesen otro tanto, y esto por dos razones: primera, la ciudad que iba á ser pronto capital del imperio no tenia ni comercio, ni industria, ni trabajo que produjera lo necesario para bastarse á sí misma, y segunda, que las demás ciudades ó naciones subyugadas, cuya integracion violenta no habia sido tan completa que les hiciese perder todo sentimiento de nacionalidad, aprovecharian sin duda alguna, el relajamiento de las fuerzas centrípetas que con Roma las unia, para sacudir el yugo y proclamarse independientes. Parece, pues, quedar plenamente demostrado que, bajo cualquier aspecto que puede mirarse la cuestion, era imposible la continuacion de la república.

Cuando los pueblos entran en una nueva evolucion, en que por un lado las ideas nuevas y el derecho del mayor número, y por otro las añejas creencias y preocupaciones é intereses creados, se encuentran frente á frente, las primeras desean abrirse un camino y llegar á las esferas del poder, en todo ó en parte, queriendo sacudir la losa de plomo que sobre ellas pesa, y las segundas, aprovechándose de los medios de la soberanía que tienen en sus manos, de la fuerza de la costumbre y de la resistente inércia de las masas ignorantes, se oponen á toda manifestacion y acuden al terror y á las persecuciones para que no salga á la superficie lo que existe en la entraña de la sociedad. Entonces empieza una série de contínuas conspiraciones ó, mejor dicho, conjuraciones, más ó ménos exajeradas, y en su mayor parte desprovistas de toda probabilidad de éxito que, por de pronto, da lugar á los opresores á la loca esperanza de concluir con el mal que los molesta á fuerza de castigos severos, de persecuciones y de hecatombes. Vano empeño: el hombre rara vez escarmienta en cabeza agena; y como la parte social que no acostumbra á mezclarse en estas conspiraciones, la más próxima á lo que se intenta derribar y su legítima heredera, es encubridora implícita ó explícitamente de todos los atentados, aun de aquellos que aparentemente rechaza, el mal se agrava de dia en dia, la conjuracion se convierte en conspiracion y ésta tiene ya por objeto dar batalla en el campo ó en las calles. Puede ser vencida una, dos, veinte veces; pero, ¿qué importa? la situacion del poder que resiste se hace cada vez más apurada. Aquellos

de sus amigos más pensadores ó más precavidos empiezan por proponer moderacion ó transacciones: son desatendidos y se separan; y si no toman una parte activa en los trabajos que conducen á la lucha en el terreno de la fuerza, no ocultan por eso que la revolucion es un mal, pero necesario. Otros amigos, ménos nobles, discurren que no puede serles de conveniencia propia el extremar su enemistad con aquello que puede venir; y otros, por fin, son arrastrados por la fuerza de las ideas á simpatizar y aun ayudar á los perseguidos. Por último, la situacion de los poderes, cuando llegan á tal estado, lleva consigo esta terrible fatalidad; pueden ganar las batallas, las campañas perdidas sin remedio; pueden ganar cincuenta seguidas; pierden la cincuenta y una, como si nada hubieran hecho: la conspiracion se ha convertido en una revolucion triunfante.

Cuando, por el contrario, las sociedades llegan á un estado de descomposicion, cuando la fé en el porvenir de la pátria se ha perdido, cuando la mayoría de los hombres sólo obedece al impulso de sus concupiscentes deseos, cuando una nacion está próxima á su ruina ó á una trasformacion que, si no es capaz de levantarla ha de prolongar aquella por algun tiempo; empiezan una série de conspiraciones oscuras, de guerras de pandilla que hoy buscan este caudillo y mañana al otro, que un dia forman á la derecha y al otro á la izquierda, y que en lugar de tener un plan fijo y determinado, se enredan en una série de cábalas que califican con el halagüeño nombre de habilidades, y que son tan del gusto de esas naturalezas, no seguramente temerarias, y que por ende no sueñan con tomar una parte activa en el momento del peligro. Esto no obsta para que, por lo mismo, hablen siempre y en todos momentos del instante, muy próximo segun ellos, en que la gran razon de pueblos y reyes trasporte de las manos de sus adversarios á las suyas el medio de pagar ámpliamente á sus allegados el cariño dudoso que les deben. Esta especie de conspiracion permanente, estos cambios de oposicion y de alianzas desaparecen sin que nadie los haya notado ni la historia se ocupe de ellos. Pero cuando llega el momento determinado por la lógica de los hechos ó cuando se presenta un hombre que, por sus condiciones, posicion ó circunstancias, puede hacerse el jefe supremo de todos los descontentos, el re-

presentante de las ideas nuevas, y tiene bastante fortuna para imponerlas apelando del derecho de la fuerza á un tribunal de idéntica índole, entonces, como el éxito ha sido en todos los tiempos y sigue siendo el dios á quien adora el mayor número de personas, no faltan al nuevo sol que nace celosos y fervientes adictos, cuyo número sufre gran correccion si la veleidosa fortuna vuelve mañana la espalda á aquel á quien dispensó ayer sus favores.

En los períodos de transaccion ó de perturbacion social, seria tan pesado el enumerar todos los proyectos de conspiracion que, teniendo por objeto derribar lo existente, se traman en todos sentidos, se entrelazan, se cruzan, se contrarían, se auxilian, combaten y desaparecen con la misma facilidad que habian nacido, como el describir las perturbaciones y cambios de corrientes que se verifican en la atmósfera. Esto acontecia en la Ciudad Eterna en la época de que venimos ocupándonos; y de aquí que la historia no haya podido hacerlo de todas ellas. La única de que hace mencion, y de la cual tienen noticias, no digamos ya los que con más ó ménos profundidad estudian los clásicos latinos, sino todos los muchachos que algo se han ocupado en traducir al castellano aquella hermosa lengua, es la de Catilina; y esto con tal confusion, con tal ausencia de datos, con un apasionamiento tan ciego, que Napoleon I decia que de todas las historias de las conspiraciones, aquella era la que jamás pudo comprender. Y nada tiene de particular que el autor del 18 Brumario, con su gran sentido é inmenso génio, no se haya dado razon de ellas, porque ¿qué es lo que se nos ha dicho sobre el particular? que Lucio Sergio Catilina estaba al frente de una conspiracion cuyo objeto era incendiar á Roma y degollar á todos los ciudadanos enemigos de los conspiradores. Ahora bien: admitiendo semejante absurdo, ¿era un medio para llegar á otros fines ó era el objetivo á que se dirigian los conspiradores? Si era un medio, ¿cuál era el resultado á que aspiraban? Y si era el objetivo á que se dirigian, como parece resultar de las palabras de Ciceron, ¿qué clase de hombre era Catilina? ¿Era un loco ó un mentecato? Y si á tal caso llegaba su alienacion mental, ¿qué importancia tenia tal conjuracion para que de ella se haya ocupado la historia? Si, por el contrario, su gravedad y trascenden-

cia eran tales que motivaron el que se le dieran al cónsul orador facultades extraordinarias y que fuera un hecho digno de conservarse para las generaciones futuras, ¿quiénes eran los adeptos con quienes contaba el jefe de aquella intentona? ¿Tan grande era el número de insensatos y asesinos que moraban en Roma, y aun en Italia, que expusieran su vida sin más objeto ni otro plan que robar ó matar?

Por la más ligera reflexion se comprende que algun objeto se llevaban los comprometidos en una conspiracion que en tal peligro puso á la sociedad romana, segun afirman los que eran contrarios al movimiento proyectado. Por otra parte, una crítica vulgar pone de manifiesto que, siendo las noticias llegadas hasta nosotros trasmitidas por los vencedores, y no estando los vencidos en situacion de ofenderse, se habrá echado sobre estos la mancha y la inculpacion de lo que hubiera de más feo y terrible en su proyectado movimiento. Pues qué, ¿no tenemos en nuestros dias, y sin salir fuera de nuestra pátria, ejemplos repetidos de imputar á los vencidos de hoy, á los héroes lisonjeados del mañana, planes que solo tenian por objeto soltar los presidiarios, acabar con la sociedad, la familia, etc., etc.? Donde quiera que se mezcla la pasion de partido, los enconos de las parcialidades políticas, y áun los de interés propio, es muy difícil, si no imposible, encontrar imparcialidad y justicia hácia los vencidos. Por lo tanto, se debe ser muy cauto antes de admitir las aseveraciones hechas por unos y por otros, sin aplicarles una sana crítica.

Teniendo en cuenta los nombres de algunos personajes que aparecieron comprometidos en la conspiracion de que venimos ocupándonos, y el ser esta un síntoma del estado en que se encontraba aquella sociedad, creemos necesario decir algunas palabras sobre el personaje que tan funesto nombre legó á la historia. Habia nacido Catilina el año 109 antes de la Era cristiana; era descendiente de una familia ilustre de senadores, y, segun sus enemigos, Ciceron y Salustio, de un temple de alma superior, aunque muy corrompido, y caudillo ó jefe indiscutible de todo lo que habia de más perdido y perturbador en la sociedad romana. Fué partidario de Sila, y segun dichos autores, se aprovechó de las proscripciones del célebre dictador oligárquico para llenar los vacíos que en su fortuna dejaban el despilfarro y

el vicio. Como es frecuente en semejantes casos, las opiniones contradictorias abundaban. Segun unos, era un Babeut romano que solo aspiraba á la absoluta emancipacion de las clases pobres. Segun otros, su aspiracion era libertar á Italia de la tiranía de Roma. Y si hemos de creer á Ciceron. no tenia más objetivo que quemar y matar todo lo que habia de más notable en la Ciudad Eterna.

Hizo nuestro héroe la guerra en Macedonia, y adquirió en ella no poco prestigio por una audacia sin límites, un valor punto ménos que heróico, y condiciones físicas poco comunes. A los cuarenta y un años fué nombrado gobernador de Africa, debiendo ser su administracion tan poco escrupulosa, que en aquella misma sociedad fué acusado por sus exacciones y rapiñas. Ya porque no resultaran estas bastante probadas, ya, y más probablemente, porque recordando las lecciones de Yugurtha, repartiera aquellas con los jueces, fué absuelto. Aspiró despues al consulado; y á pesar de sus muchos partidarios en Roma, bien porque la opinion no le fuese favorable, ó bien porque el Senado temiera, con justo motivo, el peligro á que se esponia la república si entregaba tan alta magistratura á un hombre de sus condiciones, no tuvo éxito su pretension. Entonces urdió una conjuracion que, á juzgar por los datos que hoy se tienen, no lo elevan poi encima de conspirador vulgar. Sin duda pensó, con mejor consejo, que para lograr sus fines le era indispensable ser cónsul. Volvió á intentarlo con más fuerza; pero el Senado, que tenia sobrados motivos para dudar de él, puso en frente de su candidatura, y apoyó con fuerza, la de Ciceron, que al fin fué elegido para aquella alta magistratura. Comprendió entonces Catilina que le era forzoso renunciar á su sueño dorado de obtener tan importantísimo puesto, y dedicóse con actividad y talento notable á organizar una conspiracion, no sólo en Roma, sino con vastas ramificaciones en el ejército. Pero su afortunado rival, de acuerdo con el Senado, colocó entre los de su intimidad algunos expías que, fingiéndose ardientes conspiradores, conquistaran su confianza y tuvieran al corriente á sus enemigos de los trabajos de la conspiracion. Poco costoso seria á Ciceron encontrar en una sociedad como la romana traidores dispuestos á vender á sus amigos y compañeros, con tal que su

felonía fuera remunerada á medida de su deseo. Fuese porque recibiera de ella aviso, fuera por darse importancia, fuera porque el valor no era el fuerte del célebre orador, lo cierto es que éste aseguró en pleno Senado que los conspiradores habian querido atentar contra su vida, y solo se habia salvado de un inminente peligro por la bondad de los dioses (en los cuales no creia). Fuera de esto lo que quisiere, ello es que cuando creyó llegado el momento oportuno, lo denunció en el Senado, y con esta ocasion pronunció aquella célebre Catilinaria que todos los estudiantes conocen. No se contentó con esto el cónsul plebeo; sostuvo que era tan vasta la conspiracion, que los que en ella tomaban parte tenian tal importancia y ocupaban posiciones tan elevadas en la sociedad, que era imposible, por los medios de las leyes ordinarias, imponerles el condigno castigo; y, por tanto, indispensable se le invistiera con poderes extraordinarios. Esto motivó que el célebre Julio César se atreviera á defender á Catilina, á hacer frente á la autoridad de Ciceron, y no sintiéndose embarazado por la gran elocuencia de éste pronunció aquellas notables palabras: qué, ¿las leyes de la pátria no tienen bastante fuerza para castigar á un puñado de conspiradores que hasta ahora nada han hecho? ¿es el miedo del cónsul razon bastante para que la vida y los intereses de los ciudadanos queden á merced de la arbitrariedad? Aunque la opinion de los contemporáneos haya sido que la elocuencia de César no era inferior á la de Ciceron, y que si la del célebre orador tenia grandes ventajas por sus giros retóricos, su ampulosidad y abundancia de imágenes, en cambio la de César era más notable por su claridad, su precision y su forma dialéctica; y aunque al futuro dictador no le faltaron ejemplos que citar de la historia de su pátria relativos á hombres que, ocupando una alta posicion, habian sido dura y cruelmente castigados por faltar á las leyes; bien fuera porque aquellos tiempos de la severidad republicana habian pasado, bien porque la opinion estuviera realmente alarmada, bien porque Ciceron y el Senado no quisieran dejar escapar la ocasion de acabar con sus enemigos; al fin y al cabo el elocuente cónsul fué investido con los poderes extraordinarios que deseaba. Hubo vehementes sospechas de que el futuro conquistador de las Galias estaba comprometido en los trabajos de

Catilina; y el mismo Ciceron empleó su influencia á fin de que la acusacion no tuviera consecuencias funestas para el hombre que mas tarde habia de dar el golpe de gracia á la moribunda república.

Catilina, léjos de desconcertarse, lleno de ira y de audacia abandonó á Roma, amenazando con que volveria pronto al frente de las legiones y no habria perdon para aquellos que se atrevieran á tocar á los suyos. Sus enemigos hicieron poco caso de las amenazas; y Léntulus, Cethegus y otros comprometidos, fueron presos, condenados á muerte y ejecutados. Catilina no era hombre apropósito para entregarse sin luchar. Sublevó parte de los soldados que se hallaban en Etruria y estaban con él comprometidos, y tomó el camino de la Galia cisalpina, sin duda para aumentar su ejército con los adeptos que tenia, entre los que ocupaban este último país. Rodeado por todas partes y abrumado por el número, intentó abrirse paso á fuerza de armas; y fué muerto luchando bizarramente al frente de los suyos. Los soldados que le seguian pelearon con tal denuedo, que ninguno fué prisionero: todos perecieron. Allí concluyó la célebre conspiracion de Catilina, que á tantos rasgos de elocuencia dió lugar en tiempos posteriores.

Hemos creido indispensable esta breve reseña biográfica de aquel personaje, cuyo nombre fué trasmitido á la historia como el más temible, el más feroz y aun el más desatentado de los conspiradores. Ahora bien, por lo que dejamos indicado, se comprende que aquel célebre patricio no carecia de importancia ni era un hombre vulgar. ¿Podia un hombre con estas condiciones ponerse al frente de una conspiracion que con tantos y tan importantes adeptos contaba, así en el ejército como en todas las clases sociales, no teniendo otro pensamiento y más objetivo que satisfacer una sed de venganza y de sangre, ó apoderarse de las riquezas de Roma, ni más ni ménos que lo hubiera hecho un bandolero de la más ínfima especie? Y si esto no era posible, ni es dado admitirlo sin faltar á las reglas más sencillas de buen sentido, ¿qué se proponia el discípulo de Sila y el compañero de César? ¿Por qué habia aspirado con tal ahinco al consulado para desde aquel elevado puesto llegar con más seguridad á su objetivo? La cosa no deja lugar á duda: Catilina aspiraba simple-

mente á ejercer la dictadura en Roma. ¿Con qué títulos? Cónsul, dictador ó monarca, las circunstancias lo decidirian. ¿En qué clase iba apoyarse y á cuál queria combatir? ¿Seria un sucesor de Mario ó de Sila? El habia buscado sus partidarios en la nobleza, en el pueblo y en el ejército; por consiguiente, no es posible deducir en qué clase se apoyaría con preferencia. Seguramente su apoyo principal consistiria en los soldados, pues que representaban la fuerza. Por lo demás, los tiempos de Sila y de Mario, aunque muy recientes, habian pasado, y lo más verosímil es que tomara de los dos un poco, inclinándose más al uno ó al otro lado, segun su propia conveniencia lo indicare. De suerte que, las conclusiones que puedan deducirse, son que Catilina era un predecesor de César sin su génio; pero, sobre todo, sin el prestigio que á aquél le dieron sus repetidas y notables victorias; y que, la sociedad romana habia llegado á una situacion tal, que en la conciencia de muchos, si no de la generalidad, estaba que el primero que lograra apoderarse del poder ese seria el amo de ella.

A la situacion que habia llegado aquella sociedad, era fácil prever que toda la dificultad para que un hombre se apoderase del gobierno é hiciera de su voluntad la ley suprema del Estado, ó lo que es lo mismo, convirtiera con uno ú otro nombre la república en monarquía absoluta, consistia principalmente en la oposicion que habia de encontrar en sus rivales, ó sea en los que aspiraran al mismo puesto. Verdad es que el sistema que por tanto tiempo habia regido no podia dejar de tener sus partidarios, y que las viejas instituciones presentarian alguna resistencia. Y aun hay que añadir que, por la naturaleza misma de las cosas, los defensores de la república serian, en términos generales, los hombres más severos, más sinceros, más patriotas, y, por consiguiente, más enérgicos; pero, por lo mismo, habian de ser en número muy corto, y por tanto incapaces de dominar ó contener la corrupcion general. Como comprobacion recordemos el suicidio de Caton cuando vió perdida la república. Además, el nuevo amo tendria, como es costumbre en tales casos, el buen cuidado de conservar los nombres alterando el fondo. Las viejas instituciones, por lo que se refiere á las leyes, irian modificándose poco á poco segun lo indicáran las necesidades del nuevo régimen ó

los caprichos del amo; y, como lo hace notar un escritor latino, las nuevas generaciones que sucedieran á las que habian presenciado el cambio, perderian pronto la memoria de las libertades públicas y serian dóciles y sumisas para acomodarse á las exigencias del despotismo. Por lo que hace á las clases ú órdenes, ya se ha visto que la oligarquía se habia gastado y era incapaz para seguir rigiendo los destinos de la pátria. Y por lo que toca á la clase popular ó democracia, si su número era inmensamente mayor que el de sus dominadores, estaban, en cambio, en un estado permanente de anarquía sin poder entenderse ni tener plan ni concierto; y en lugar de unirse como dicta el sentido comun para conseguir lo más hacedero, empleaban toda su energía en combatirse unos á otros con encarnizada saña, y, obedeciendo á intereses más egoistas que patrióticos, se dividian en pequeños grupos y ridículos caudillajes, tan impotentes para el bien como de grandísima utilidad para el mal.

De suerte que el problema para el futuro señor de Roma estaba reducido á que la fortuna ó su génio le dieran un prestigio superior en el ejército al de todos sus conciudadanos; que su explendidez ó despilfarro le granjeasen en las clases superiores un número bastante grande de adeptos que por propio interés le siguieran, y á que en las masas de aquel pueblo hambriento y holgazan se despertase el entusiasmo que con facilidad habia de conceder al que lo deslumbrase con su brillo y pudiera proporcionarles pan y espectáculos. Si á esto añadia un génio superior, instruccion poco comun y un golpe de vista bastante claro para saber aprovecharse de la victoria y ser magnánimo por carácter ó por conveniencia, entonces todas la probabilidades militaban á su favor para conseguir satisfacer la mayor de las ambiciones que un hombre pudiera tener en aquel tiempo. Una vez el objeto conseguido, si desaparecia el hombre, no importaba: otro cualquiera, muy inferior en cualidades á él lo reemplazaría, porque aquella sociedad no tenia los brios ni la energía suficientes para volver sobre sí misma y restablecer la libertad que por cobardía, por mal entendido egoismo ó por conviccion habian dejado perder.

Hemos indicado someramente las circunstancias; hé aquí el hombre: Cayo Julio César. Por la última palabra, es más cono-

cido en la historia; y la vanidad por un lado, el servilismo y la abyeccion por otro, han logrado trasmitirlo á los emperadores de Roma primero y más tarde á toda clase de usurpadores. Segun unos la palabra César viene de una operacion quirúrgica, que significa niño extraido por incision del vientre de su madre; no faltando quien asegure que esto habia sucedido á Cayo Julio. Segun otros, era un nombre de familia que tenia su orígen en una palabra latina, cuyo significado era gran cabellera, y aseguraban que sus ascendientes habian poseido aquel precioso adorno. Los emperadores romanos supusieron simplemente que eran descendientes de nuestro héroe, y por tanto que les correspondia llevar aquel calificativo. Más tarde, los emperadores germanos y los de Occidente sostuvieron que ellos eran los sucesores de éstos, y por ende que de derecho aquel dictado les correspondia; y si alguno de los tiempos modernos, cuyo nombre pasará á la historia con un escaso brillo, no se ha atrevido á darse desde el principio tal nombre, no faltaron, en cambio, escritores ligeros ó corrompidos que afirmáran ser providencial la mision de los Césares. ¡Qué comoda es la palabra providencia en la pluma de algunos escritores, y para la elocuencia de oradores más brillantes que sólidos! Pero volviendo al asunto que nos ocupa, como, segun las personas aludidas, los antiguos Césares habian desempeñado una mision especial, y los modernos usurpadores la tenian idéntica; de aquí que siendo el fondo de las cosas el mismo, correspondia á aquellos agentes providenciales el mismo nombre.

¡Qué gusto tan depravado suponen á la Providencia! Hacer agente y representante suyo á un Tiberio, á un Caracalla, á un Neron, á un Cárlos II de España tan imbécil mentecato que puede dudarse si era hombre, y tantos otros como pudiéramos citar, y entre ellos algun aventurero de moderna fecha, que ni siquiera tuvo el valor del último granadero para saber morir en el campo de batalla. Habremos de convenir que tales elecciones honrarian poco al elector. Pero la Providencia está demasiado alta para cuidarse de las insensateces que le atribuyen estos séres, no excesivamente modestos, calificándose á sí propios de intérpretes, sin que se hayan tomado el trabajo de decirnos desde cuándo obtuvieron este título, y con qué motivo ú ocasion les

fué concedido. Pero nos equivocamos: la razon la conocemos todos, y consiste en que es mucho más fácil encontrar una palabra hueca y sonora, que hacer el análisis profundo de un hecho ó de una ley. Aplíquese la reflexion á la Becerra.

La circunstancia de ser Julio César, no sólo el que acabó con la república romana é inauguró el imperio, sino uno de los primeros capitanes de la antigüedad, uno de los hombres más notables de la historia, merece que digamos algunas palabras relativas al autor de los "Comentarios." Nació el cónsul y dictador romano en el mes Quintilius (Julio) del año 100 antes de Jesucristo. Era descendiente de una ilustre familia patricia que pretendia serlo de Venus, de Eneas y Ancus Martius, cuarto rey de Roma. Ya fuese en él tan precoz la ambicion como el génio, ya por vanidad familiar, ya por orgullo personal, es lo cierto que no perdia nunca la ocasion de darse importancia, haciendo constar la alta prosopopeya de aquellos ilustres ascendientes. En una circunstancia notable decia las siguientes palabras: desciendo por un lado de los séres más importantes y más sagrados que hay entre los hombres, que son los reyes, y por otro me hallo próximo al pueblo por descender de los dioses, que son los amos de aquellos." Pero lo que aumentaba más positivamente su prestigio, era ser sobrino de Mario, por influjo del cual fué nombrado sacerdote de Júpiter á los diez y siete años. Ya se ha dicho que habia tomado parte en las conspiraciones de Catilina, y que fué con anterioridad proscripto por Sila. Huyendo de su persecucion se fugó á Bitinia, y estando en el destierro tomó parte en las campañas que el ejército romano sostuvo en aquellos países, consiguiendo no poco prestigio como hombre esforzado y militar entendido. Las damas romanas, y con especialidad las sacerdotisas, se empeñaron con Sila para que le retirára la proscripcion contra él formulada, á lo cual contestaba el célebre dictador oligárquico, que en el cuerpo de aquel jóven afeminado habia muchas almas como la de Mario.

A pesar del interés que por él todos mostraron, no volvió á Roma hasta la muerte de Sila. Hizo un viaje á Rodas para estudiar la elocuencia, y habiendo sido sorprendido por los piratas que le pidieron una gran cantidad como rescate, les ofreció más de lo que tenia; pero añadiendo á la oferta otra ménos agra-

dable: que los mandaria crucificar. Mas tarde cumplió su palabra. Hallándose en Rodas, se puso al frente de algunas legiones y batió á uno de los generales de Mitrídates. De vuelta á Roma, aspiró á los honores del triunfo, que le fueron negados. Durante el tiempo que permaneció en la Ciudad Eterna, siguió su vida de vicio y de despilfarro, sin enmendarse poco ni mucho en la conducta que inspiró aquellas palabras bien conocidas en la historia que pesaron siempre sobre nombre como un baldon de infamia, y las cuales le calificaban de marido de todas las mujeres y mujer de todos los maridos. Sus liberalidades no podian compararse con las de ningun otro. Segun los escritores del tiempo, jamás contaba el dinero para darlo y contraia deudas con la misma facilidad que daba lo que tenia, sin más esperanza de poder pagarlas que la de su buena fortuna á las posiciones que le proporcionase su nacimiento, ó, mejor aun, las que él pensaba conquistar á consecuencia de las guerras y contiendas civiles en que estaba sumida la república. No se detenia ante ninguna probabilidad que pudiera darle brillo. Festines, juegos, combates de fieras y gladiadores, nada economizó. Fué nombrado tribuno militar, cuestor, edil. Aprovechó estas posiciones para manifestar su audacia, haciendo restablecer en el Capitolio las estátuas de Mario, mandadas quitar por Sila. Como todos los talentos superiores de aquella época, no dejó nunca de hacer pública profesion de ateismo, lo cual no le estorbó ser nombrado del colegio de los pontífices. Sus deudas llegaron á ser tan excesivas, que cuando le tocó en suerte ser nombrado para el Gobierno de España ulterior, los acreedores se opusieron á su salida, y para que esta pudiera verificarse tuvo el opulento Crasus que contentar á los más exigentes, respondiendo de una suma equivalente á cuatro millones quinientas mil pesetas, lo cual no era más que una mínima parte de sus créditos pasivos, puesto que, segun César, si hubiese tenido una suma de cuarenta y ocho millones, entonces su capital seria cero. Creen algunos que esta angustiosa situacion financiera ha tenido una influencia decisiva en su mente y determinó el ódio que en todas las situaciones de la vida manifestó á los usureros y su interés por los pobres. En su viaje á España compuso una comedia satírica que titulaba "Mis viajes", y atravesando una aldegüela de los Alpes,

dijo: mas quiero ser primero aquí que segundo en Roma. Al ver en Cádiz una estátua de Alejandro, exclamó: á mi edad habia conquistado el mundo; yo no he hecho nada. Llegado que hubo á su gobierno, hizo una guerra tan corta como gloriosa para su nombre, derrotando, como ya hemos visto, aquellos tenaces como invencibles galáicos y lusitanos. Si gobernó la provincia con miras de alta política y sentimientos humanitarios, no olvidó su provecho personal; y de tal suerte esquilmó el país, que pudo pagar sus deudas y levantar el compromiso que pesaba sobre su amigo Crasus. De vuelta á Roma, dadas sus condiciones personales y el importante elemento que habia llevado de España, la riqueza, se comprende con facilidad que su popularidad y prestigio aumentaran rápidamente. Aspiró al triunfo y al consulado; le fué denegado el primero y concedido el segundo, merced al influjo de Pompeo, que se lo habia atraido lo mismo que á Crasus, formando los tres lo que se llamó el primer triunvirato, que tenia por objeto dominar á Roma. De suerte que bien puede afirmarse que era el más corruptor de su tiempo y uno de los más corrompidos.

El Senado, que desconfiaba de él, le dió por colega en el consulado á Bibulus, que era su enemigo personal, pero la importancia de éste era tan pequeña, que César lo dejó muy pronto reducido á la más completa nulidad, de tal manera, que se hizo proverbio en Roma decir que era el consulado de César y el de Julio. Aprovechando su posicion hizo pasar una ley agraria que favorecia altamente los intereses populares. El Senado tuvo la mala idea de oponerse á ella, con lo cual aumentó su propio desprestigio y la popularidad de César, que éste supo perfectamente aprovechar, no haciendo caso ninguno del Senado y mandando como amo. Con el objeto de ligar á Pompeo más íntimamente á su suerte y aprovecharse de su nombre, le dió su hija en matrimonio. Estos enlaces de familia que tambien servian á sus planes, no le hicieron olvidar ni interrumpir el sistema anteriormente emprendido de ganar hechuras decididas á servirle por medio de regalos como él sabia hacerlos; es decir, donativos que cada uno de ellos constituia una riqueza, para lo cual dispuso de los fondos públicos como de cosa propia. Como era natural, esto dió sus resultados y consiguió que le nombraran go-

bernador por cinco años, de la Gália Cisalpina y la Iliria. El Senado, para contentarle, y creyendo satisfacer de este modo su ambicion, añadió el mando de la Gália Cabelluda ó Trasalpina. Pero antes de abandonar á Roma y de que nos ocupemos de sus maravillosas campañas, conviene referir un hecho que demuestra que todo lo sacrificaba á la conveniencia de adquirir adeptos que pudieran servirle á sus futuros planes. Un dia penetró en su casa vestido de mujer el célebre Clodius, que era uno de los jóvenes más ricos y más pervertidos de la aristocracia romana, mientras que se celebraban los misterios de la famosa diosa; y usaba aquel disfraz para poderse aproximar á la esposa de César, de la que estaba profundamente enamorado. Clodius fué descubierto y entregado á los tribunales como sacrílego; y no sólo los jueces fueron sobornados por dinero para que lo consideraran inocente, sino que el mismo César se presentó á declarar en favor de Clodius, asegurando que ningun crímen ni sacrilegio se habia llegado á cometer. Y como alguno le objetara que estaban sus palabras en contradiccion por haber repudiado á su mujer, contestó aquellas otras bien conocidas de nuestros lectores: «la mujer de César no basta que sea buena; es necesario, además, que lo parezca.» Tan pronto como tomó posesion de su nuevo destino empezó la conquista de las Gálias, la cual llevó á cabo en nueve años, habiendo atravesado desde la Provenza, que era ya romana, hasta las costas de la república armoricana, hoy Bretaña. No se contentó con esto: atravesó el Canal de la Mancha y fué á plantar la bandera del pueblo-rey al país de los bretones, hoy Inglaterra. Desde aquellas costas del Océano llegó hasta Holanda sometiendo á los belgas que eran calificados de muy bravos que, segun él mismo, eran los más valerosos y enérgicos de los galos; y por el Oeste llegó hasta el Rhin que atravesó batiendo á los germanos. Aquella sola campaña era más que suficiente para darle el nombre de uno de los primeros capitanes de la antigüedad. Aquel hombre sibarita y, al parecer, afeminado, era una naturaleza de hierro, sufria todas las penalidades del soldado, marchaba á pié delante de las legiones, atravesaba á nado los rios más caudalosos, cansaba á los más robustos, y pocos le igualaban, por su flexibilidad, en los saltos de gran extension. Segun los autores latinos que se

han ocupado de dicha campaña, cuando hacia una de aquellas marchas rápidas dictaba á cuatro amanuenses á un tiempo. Los mismos aseguraban que aquella guerra de conquistas costó la vida á cerca de dos millones de hombres.

César no era cruel como lo prueban repetidos actos de su vida, pero, tampoco un filántropo que tuviera que hacerse violencia para matar, saquear, esquilmar y atormentar si las conveniencias de la guerra ó de su prestigio militar lo exigian. Conocido es de la historia aquellos centenares de galos que hizo crucificar á la misma hora, y otros en mayor número, á quienes hizo cortar la mano derecha, como ya habia acontecido con los galáicos en España. Todos los lugares más sagrados á los ojos de los galos fueron saqueados, y aquellos inmensos tesoros sirvieron á la par que para contentar á sus soldados, para ganar y corromper todas las conciencias venales, ya pertenecieran al pueblo, ya á la aristocracia, ya al ejército, ya al Senado, ya á la magistratura. Era omnipotente en Roma, permaneciendo en la Galia y teniendo buen cuidado de no ir á la Ciudad Eterna para no gastar su prestigio y dejar que sus rivales se desacreditáran mútuamente en sus contiendas civiles, personales y de camarillas. Compró la neutralidad, harto equívoca, del hermano de Lépido, el cónsul Emilio Paulus, en una suma equivalente á siete millones y medio de pesetas. No sólo los servicios que recibió en cambio, sino la persona misma comprada, estaban muy lejos de valer tal suma. Hemos dicho comprada, y nos parece más exacto decir vendida, por que, entonces como ahora, no se compra á los hombres, se venden ellos, y es difícil que nadie se atreva á proponer un acto de insigne venalidad á un hombre de honor. Uno de los partidarios más acérrimos del Senado y, en su consecuencia, más enemigo de César, era el elocuente tribuno Curion; pero, por grande que fuera su entusiasmo hácia la asamblea patricia, y por mucha importancia que diese al envidiable arte de la elocuencia, no por esto desconocia que la riqueza es un elemento importantísimo que no puede despreciarse. Así que, *gratuitamente*, se puso á la devocion de César, segun unos por dos millones de pesetas, segun otros por doce.

Del mismo modo que es imposible que un hombre tiranice una sociedad, tribu ó nacion, si ésta no está dispuesta á sufrir

la tiranía, así lo es, afortunadamente para honra del género humano, que un corruptor, por extraordinario que sea, por inmensos que puedan ser los medios de que disponga, llegue á comprar la conciencia de un pueblo. En medio de la mayor degradacion, de los vicios más inmundos, y de la descomposicion más horrorosa, quedan siempre almas viriles y conciencias rectas que protestan enérgicamente contra la inmoralidad y contra la opresion venga de donde viniere. Además, por grandes que sean los medios de que un hombre disponga, por mucho que sea el brillo con que deslumbra á las multitudes, por inmensa que sea la abyeccion ó, mejor dicho; por inmenso que sea el número de los que, ya por ignorancia, ya por supersticiones, ya por otra razon cualquiera, son bastante pobres de espíritu para permitir que otro hombre, bien apoyándose en la fuerza bruta, bien explotando la gloria deslumbradora de las victorias, bien alejando soñados y ofensivos derechos, se les imponga como amo sin dejarles más que el de obedecer su soberana voluntad, cualquiera que sean las condiciones de este hombre, repetimos, no conseguirá mandar en paz sin excitar grandes rivalidades. ¿Es un capitan afortunado? Pues los otros que á su lado pelearon, ni les encanta ni puede encantarles que el antiguo camarada se convierta en amo.

Y como eso de ser el primero embriaga de tal suerte y halaga nuestra ambicion y vanidad, cada uno de los que han sido sus compañeros y que se creen con los mismos ó parecidos títulos, no pueden mirar con indiferencia, ni aun con serenidad, el que otro ocupe el puesto que ellos mismos ambicionan. Si obtiene el codiciado puesto por derechos familiares y los hombres de la nacion ó tríbu de que se trata son bastante desgraciados para respetar tales pretensiones, entonces la rivalidad nace entre los deudos más allegados, y la historia nos presenta de generacion en generacion ejemplos de conjuraciones, guerras civiles, envenenamientos, asesinatos de hermanos contra hermanos, de padres contra hijos y recíprocamente, de maridos contra mujeres y de aquéllas contra éstos. Y esto, que es tan general, se verificó, como no podia ménos, en el asunto de que venimos ocupándonos. A pesar del génio extraordinario de César, de la rapidez de sus conquistas, del entusiasmo de los unos y de la venalidad de los

otros, habia en Roma no sólo muchas individualidades, sino agrupaciones y partidos á las cuales no se ocultaba el fin que perseguia César, ni éste, desvanecido por el éxito ó porque así le conviniera, tenia empeño en ocultarlo; y por consiguiente, pensaban sus adversarios que era preciso aplicar el rigor de las leyes, oponerse á su marcha, y caso de que no obedeciese, declararlo criminal de alta traicion, emplear la fuerza para vencerlo y hacerle espiar su delito con el género de muerte que las leyes señalaban para este caso.

El Senado, como todas las Asambleas que han envejecido ó perdido su prestigio, continuaba su existencia en medio de una angustiosa vacilacion, y si un momento pensaba obrar con energía, en el otro proponia transacciones, creyendo de esta manera desarmar al vencedor de las Galias. Pero tal situacion era insostenible y habia de concluir por someterse ó rebelarse. Y así, concluyó por aprovechar la irritacion de Pompeo contra las pretensiones de César, nombrando á aquel cónsul único, añadiéndole el mando de muchas provincias, ordenando á éste que disolviera las legiones, y en todo caso, encargando á Pompeo la defensa de la república.

Hemos dicho anteriormente que César no era cruel más que por necesidades de la guerra: fuera de esos casos extremos, era el hombre más humanitario y clemente de sus tiempos. Cuando le convenia aterrar á los galos para disminuir su resistencia, llevó á cabo los actos de dureza que ya hemos mencionado; y cuando necesitaba acumular riquezas para contentar á sus soldados y comprar conciencias venales, saqueó la Galia por completo; pero una vez terminada la guerra perdonó á sus enemigos. Hizo más: formó una legion de los guerreros más distinguidos y dió mandos en el ejército á algunos caudillos galos que se habian hecho notar por su influencia y su esfuerzo. No se contentó con esto: trató de organizar el país conquistado, y su primer medida para atraer á los vencidos fué disminuir grandemente los impuestos que sobre ellos pesaban. Estas acertadas y humanitarias disposiciones produjeron los resultados que eran de esperar. Las Galias entraron en un período de paz relativa, y las legiones formadas contribuyeron poderosamente á darle la victoria en varias batallas, y especialmente en las memorables de Farsalia y de Munda.

Acostumbraba César pasar los inviernos en la Galia Cisalpina, ya fuera por vigilar más de cerca lo que pasaba en Roma ó ya por razon de clima. Cuando aquello acontecia en la Ciudad Eterna, se hallaba en Rábena al frente de 5.000 hombres y 300 caballos. Con la celeridad que él tomaba sus resoluciones, emprendió su marcha hácia Roma; pero al llegar al Rubicon vacila antes de vadearlo, bien fuera porque á pesar de su audacia nunca desmentida, pensára en la gravedad de declararse en rebelion abierta contra las leyes de la pátria, ó lo que es más probable, porque los soldados romanos tenian gran temor y profunda repugnancia en dar el paso decisivo de declararse en sublevacion abierta contra lo que ordenaba el Senado. Un galo, de formas colosales, que tenia gran prestigio entre los suyos por su valor y porque les divertia en sus ratos de ócio tocando la flautilla de los pastores, atraviesa el rio, y desde la orilla opuesta toca en una trompeta el himno de avance. Sus compatriotas se arrojan al agua, las legiones romanas le siguen y César pronuncia aquellas palabras bien conocidas de la historia: "Alia jacta est," y añade: "Adelante; los presagios de los dioses nos llaman y la injusticia de nuestros enemigos lo exige. La fuerza será juez entre ellos y nosotros. Vamos á libertar á Roma de la tiranía de unos cuantos facciosos, á restablecer la dignidad tribunicia y defender los derechos del pueblo."

Los generales mandados á su encuentro para batirlo, se pasan á su campo, y en los sesenta dias de marcha hácia la Ciudad Eterna, ni una vez tiene que desenvainar su espada. Pompeo no cree posible la defensa de Roma; la abandona, seguido de muchos patricios, caballeros, senadores y magistrados, gente que si daba mucho brillo al acompañamiento del rival de César, más servian de estorbo que de ayuda para el momento supremo en que iba á decidirse la suerte de la república. Toma el camino de Brindes, y prontamente, con apresuramiento, forma un ejército que se resentia en su organizacion de todo lo que se advierte en las cosas hechas á última hora, y sin la calma y lentitud necesarias para completar aquella. César entró en Roma; se apoderó de todas las magistraturas; llenó el Senado de sus hechuras, haciendo entrar en él muchos de aquellos galos que le habian acompañado; dá mandos en el ejército, y forma una guar-

dia personal suya de aquellos terribles galaicos y lusitanos que con tanta dureza habia combatido. Pero hay algo más grande, que enaltece más á un hombre: no ejerció ni siquiera una venganza personal, perdonó á todos sus enemigos y dió á algunos de ellos puestos de importancia para atraérselos. Su entrada en Roma no se señaló por ninguna clase de proscripciones.

Pompeo no se cree seguro en Brindes, y pasa á establecerse en el Epiro. A César le es imposible seguirle por falta de naves; pero no pudo estar mucho tiempo en Roma. España, siempre dispuesta á tomar parte en luchas agenas, y en la cual tenian muchas hechuras los pompeanos y el Senado, se muestra muy conmovida y en actitud de tomar las armas contra César. Comprende este, con suma claridad, la importancia de sofocar aquellas tendencias, antes de que hombres de un carácter tan tenaz como los españoles se declarasen en abierta rebelion. Vuela á España sin detenerse un momento, y en cuarenta dias deja el país sosegado, y, al parecer, tranquilo. Parte para Roma con la celeridad del rayo, y se decide á ir en busca de Pompeo, que se creia seguro en el Epiro; y en naves escasas en número y de pésimas condiciones, hasta el punto de que algunas de ellas no merecian tal nombre, pasa sus costas, y en uno de los viajes de ida y vuelta que hizo para trasportar sus tropas, vacila y se asusta el piloto de la barca que lo conducia ante una tempestad. Entonces pronuncia aquellas célebres palabras: "No temas; la suerte de César está contigo."

Llegan por fin á las manos, y se dá la célebre batalla de Farsalia, en que iba á decidirse la suerte de la república. César deja en libertad á los romanos del bando contrario que caen prisioneros. Los oficiales de Pompeo degüellan á todos los que cojen del campo opuesto, por que creen de esa manera comprometer más á los suyos para que no puedan esperar perdon del vencedor y la lucha sea desesperada. César grita á su gente: "Herid en la cara." Y aquellos caballeros romanos, que habian cambiado la virilidad de sus antecesores por los cuidados de la coquetuela, vuelven grupas, sueltan las riendas de sus caballos, y se tapan la cara con las manos. ¡Desgraciados! Como si hubiera hermosura en el hombre cuando ésta no es viril. ¡Desfigurados! Como si el hombre tuviera que avergonzarse de llevar en

su cuerpo ó en su rostro las cicatrices de heridas recibidas en defensa de su honor, de su familia, de su pátria ó de las libertades públicas. ¡Pobre república, que tales defensores tenia! Entonces, como ahora y como siempre, los sibaritas y afeminados no sirven para defenderla. Aquellos aristócratas, acostumbrados á toda clase de intrigas y miserables luchas de camarilla, no habian nacido para esos momentos supremos en que el hombre se alegra tener una vida que sacrificar en holocausto de su deber ó de los séres á que ama. Pompeo arroja sus insignias, y merced á la velocidad de su caballo, toma las alturas, dejando el campo cubierto de cadáveres en manos de su enemigo y un ejército por todas partes destrozado. Pasa á Egipto, y allí es cobardemente asesinado por aquellos cuya hospitalidad habia implorado.

De su ejército, la resistencia más enérgica, el obstáculo que las legiones de César tuvieron que vencer, fueron los tracios, los españoles y otros bárbaros que lucharon con tal constancia y denuedo, que llamaron la atencion del vencedor. En el ejército de éste, los que acometieron con mayor empuje fueron galos, germanos y españoles. Claro está que estos últimos, habiendo nacido en la península ibérica, tendrian que encontrarse en los dos campos enemigos. La circunstancia de ser los bárbaros de uno y otro bando los que con más brío lucharon, indican bien la suerte que le estaba deparada á Roma en época más ó ménos lejana, y hasta qué punto degeneraron los hombres del pueblo-rey, que habian conquistado una buena parte de la tierra. Esta célebre batalla, que influencia tan decisiva ha tenido en los destinos ulteriores de Roma y áun de Europa, fué librada el 9 de Agosto del año 48 antes de Jesucristo.

César persiguió á Pompeo; y cuando supo su fin desastroso y cobarde asesinato, aseguran los historiadores del tiempo, que derramó lágrimas. Por más que uno de los héroes más grandes de la historia, el de que estamos tratando, fuera un hombre de sentimientos levantados y humanitarios, ya hemos dicho que no era sentimentalista. De suerte que cualquiera que fuera el disgusto que le causara la muerte de su desgraciado rival, no era de seguro, que dichas lágrimas, si las hubo, fueran producidas por el pesar que le causara la muerte de aquél. Y no queremos

decir con esto que Julio César se alegrase del asesinato de su rival: no lo creemos así. De la muerte del enemigo acostumbran alegrarse los cobardes y las almas bajas, y César no era ni uno ni otro. Lo que sí nos inclinamos á creer es que dichas lágrimas fueran excitadas por un sentimiento de indignacion y de desprecio hácia aquellos que con tal felonía se habian portado.

César, vencedor de tantas batallas, y uno de los pocos capitanes célebres que descendieron al sepulcro sin haber sido vencidos, lo es, sin embargo, en Egipto por las gracias de la célebre Cleópatra. Concibe por ella una violenta pasion, y sólo por serle agradable emprende una guerra que estuvo á punto de costarle la vida, para colocarla en el trono en contra de su hermano Ptolomeo. Su estrella no se habia eclipsado: venció por comcompleto en aquella peligrosa campaña, y no fué ménos afortunado en la emprendida contra el hijo de Mitrídates, en la cual es tanto de admirar el éxito obtenido por completo como la celeridad en concluir con el enemigo; lo que expresó en las tres palabras bien conocidas de la historia: veni, vidi, vici. En estas guerras, una vez concluidas, estuvo á la misma altura de generosidad y grandeza de miras que en todas las anteriores; pero donde rayó más alta su magnanimidad ó su política fué despues de la victoria de Farsalia, que perdonó á todos sus enemigos, y á penas si mostró su enojo con los que, habiendo sido antes perdonados por él y colmados de favores, abandonaron su campo haciéndole traicion. Tranquilos los países del Oriente, vuelve á Roma, y despues de colocar á todos sus amigos en las posiciones más importantes, se embarca para el Africa y derrota completamente al partido republicano en la batalla de Thapsus, cuarenta y seis años antes de Jesucristo.

De vuelta á la que se puede llamar ya capital del imperio, triunfa cuatro veces, pero tiene el gran acierto de no hacerlo por las victorias obtenidas en las guerras civiles; hace ricos á cuantos habian estado á su lado, cualquiera que fuera su nacion; nada resiste á su ascendiente y á la aureola que lo rodeaba. El Senado acumuló en su persona todos los títulos y todas las grandezas de que podia disponer. El ser ateo, que no tenia interés en ocultar, no estorbó para que fuera gran Pontífice, añadiendo á este título los de dictador perpétuo, cónsul, prefecto de costum-

bres, imperator, etc., invistiéndole además del derecho de paz y guerra.

Se declaró á su persona sagrada, se estableció para él un culto, altares, templos y sacerdotes julianos. Al mes quintilius se le dió el nombre de Julio que hoy conserva; concediéndole, además, la distribuciou de poderes y provincias.

César es un hombre de los más notables de la historia, y su ambicion no estaba por debajo de su mérito. Pero, así y todo, es difícil que hubiera soñado jamás poder reunir en su persona tantos títulos, distinciones y poderes tan ilimitados. Estos delirios de los pueblos honran bien poco á la pobre humanidad; mas es lo cierto que en todas las épocas de la historia, cuando un hombre bastante afortunado, bastante audaz y poco escrupuloso para hacerse el amo y dueño absoluto se ha encontrado con el servilismo de las multitudes y las bajezas de los aduladores, éstas han ido tan adelante, han estado tan por encima de los caprichos más exagerados, que, con frecuencia, han llenado de hastío al mismo á quien se dedicaban. Por lo demás, el pueblo y el Senado, que tales cosas llevaron á cabo y aplaudieron, eran hombres indignos de la libertad: hacian bien renunciar á ella.

El primer uso que hizo César de tan inmenso poder y tan vastas y absolutas atribuciones le enaltece tanto como las victorias obtenidas: fué dar una amnistía general, un completo perdon y olvido para todos sus enemigos, con muy cortas excepciones. Al año siguiente volvió á España y batió á los hijos de Pompeo en la célebre batalla de Munda de que ya hemos hablado.

Los planes que se le atribuyen, ya referentes á reformas interiores, ya á nuevas conquistas, son tan gigantescos como su propio génio; pero la historia no tiene datos bastantes para precisar la parte que correspondiera á su pensamiento y lo que haya añadido la fantasía de sus admiradores. Por vastos que ellos fueran, no serian ciertamente indignos de su grandeza de alma y su ambicion. Pero cualesquiera que fueran sus proyectos, la mano de los conspiradores le atajó en su camino. Sin embargo, en el poco tiempo que estuvo en Roma decretó varias leyes, varios reglamentos que le honran como legislador; tomó varias medidas para crear una clase media y aliviar la miseria de los pobres, entre ellos el establecimiento de varias colonias, así en

Italia como en otras provincias; y no fué España la que ménos participó de esa medida.

Se le atribuian los proyectos de trasformar á Roma, hermoseándola y haciéndola digna capital de tan vasto imperio; sanear sus campiñas y desecar el lago Pontino. Por lo que se refiere á conquistas, los planes que se le han imputado no son ménos vastos que los de Alejandro, como se prueba sólo con su enumeracion: el de sujetar á los indomables parthos, atravesar el Cáucaso y conquistar el país de los scytas, los dácios y los germanos, hasta llegar al Norte de Europa, etc.

Los que habian sido vencidos en las batallas por el azar, por el génio de César, por su inferioridad sobre sus competidores ó porque éstos, cualquiera que fuera su valía, estuvieran de antemano condenados á la derrota por defender una causa que habia muerto, no creyeron que la victoria le eximia de la responsabilidad contraida al violar la ley de la pátria y concluir con la república.

Ya fuera por esa razon, ya porque creyeran que la desgracia de las instituciones consistia en la personalidad de César y que muerto él no quedaba en Roma ningun hombre bastante importante para continuar su empresa, y, por consiguiente, que su desaparicion era el triunfo de la libertad tal como ellos la entendian; ya fuera que sus triunfos excitaran en varios personajes una pasion de ánimo poco noble; ya fuera, por fin, que, guiados por su amor y fanatismo á la forma republicana, pretendieran llevar á cabo un acto de heroismo sacrificando, si era preciso, su vida y su nombre por el bien de su pátria; ello es que se tramó una conjuracion entre personas de las de más importancia de Roma, á la cabeza de la cual estaban Crasus y Marco Bruto. Los conjurados obraban con la mayor decision y serenidad hasta consumar el acto que se proponian, el acto de regicidio, que ni era el primero ni el último, y, como acontecer suele, fué censurado ágriamente por unos y aplaudido frenéticamente por otros. Bien conocido es que el regicidio se llegó á elevar á teoría: hoy la civilizacion y la moral lo rechazan; pero es lo cierto que en todos los tiempos y en todos los poderes se ha hecho uso de él.

El exámen de las razones que en pró y en contra se han da-

do, nos llevaria demasiado largo; y, en último término, será más propio de otro lugar.

XII

Cuando los conjurados dieron cima á su proyecto matando á César, al sentirse herido por la espalda, no desmintió el valor y la energía de que habia dado tantas y tan repetidas pruebes. Volvióse furioso hácia el que le asestára el primer golpe, diciéndole, "qué haces maldito Casca": ignoraba César que éste venia á ayudar al plan de sus enemigos, quienes se habian comprometido á darle cada uno un golpe. Al verse rodeado y acometido por todas partes, se revolvió entre ellos como un leon acosado, hasta que, encontrándose de frente á Bruto y diciéndole aquellas palabras: "tambien tú, hijo mio," se cubrió la cabeza, arregló la toga de modo que al declinar su cuerpo no quedára la parte inferior descubierta, y dispúsose á caer académicamente con la coquetería y el cuidado que siempre habia tenido por su persona ó con la dignidad que le era propia. El azar hizo que, ensangrentado, fuese á fallecer al pié de la estátua de Pompeo, su desgraciado rival. El destino parecia querer indicar que éste presidia á los que vengaban su muerte y su derrota, y patentizar la fatalidad que guiaba los destinos de aquellos dos hombres que, despues de haber sido amigos y haber estrechado sus relaciones amistosas por el enlace del uno con la hija del otro, morian asesinados: el uno villanamente por aquel de quien habia solicitado hospitalidad, y el otro, despues de tantos peligros corridos, tantas batallas ganadas y tantas veces ceñida la victoria á su carro triunfal. El regicidio en todas sus formas, ó sea el asesinato de las personas que ocupan una alta posicion en las parcialidades políticas, es tan viejo como las sociedades. Sin entrar ahora á examinarlo, dejándolo, como ya se ha dicho, para su lugar correspondiente, pueden asegurarse dos cosas. Primera: Cuando las sociedades acuden á este medio supremo, ó se hallan en un gran estado de atraso ó en un período de terrible descomposicion. Segunda: Cuando se verifica allá en la tenebrosidad de los palacios y tramado por un deudo, por una camarilla ó por un usurpador que se encuentra muy cerca del

mando supremo, inmoral y todo como es, ha servido en más de una ocasion para que aquel en obsequio del cual se llevaba á cabo tan repugnante hecho, se aprovechase completamente de él. En lo antiguo, como en lo moderno, cuando el intento ó realizacion del regicida tenia por objeto servir los intereses de un partido que no era puramente palaciego, los asesinos sólo han conseguido dejar manchado su nombre sin que jamás los fines propuestos por ellos ó por sus cómplices, más ó ménos declarados ó encubiertos, hayan podido realizarse. Todo partido ó agrupacion que á tan criminales medios acude, dá una prueba inequívoca de su absoluta impotencia.

De qué suerte hubiera cambiado el mundo; qué influencia hubiera tenido en la república romana, si ésta hubiese podido continuar; y, en tal caso, por cuánto tiempo; de qué modo hubiese variado la manera de sér del imperio, qué influencia hubiera tenido en la propagacion del cristianismo y en su elevacion, más adelante, á religion del Estado; si el éxito de la batalla de Farsalia hubiera hecho á Pompeo vencedor en lugar de haber dado los laureles á César, son otros tantos problemas históricos dignos de un pensador y de un hombre de Estado. Entrar en esta clase de discusiones con la detencion que el caso requiere, nos llevaría muy léjos, y son más propios de la etiología histórica del mundo civilizado que de un análisis relativo á lo que al *Imperio Ibérico* se refiere. Pero, por otra parte, como en la época de que venimos tratando la pirenáica península pasó casi por completo á ser provincia romana, es de todo punto evidente que las consecuencias de la célebre batalla no habian de ser extrañas al porvenir del hispano imperio; ó dicho de otra suerte, la naturaleza ulterior del pueblo ibérico habia de ser forzosamente una funcion de todos los acontecimientos que decisiva influencia han tenido en la grandeza y decadencia de Roma. Por lo tanto, creemos congruente, sin entrar en el fondo de la cuestion, decir algo con relacion á los dos hombres á quienes tocó representar el papel de defensor de la república el uno y de inaugurador del imperio el otro.

Pompeo tuvo la desgracia para su nombre de encontrarse frente á frente con un rival de las condiciones de César, lo cual habia de producir, como consecuencia forzosa, que de la compa-

racion resultára su valimiento é importancia muy rebajados. Por otra parte, por lo que queda dicho, se viene en conocimiento que si César iba directamente á hacerse con éste ó aquel nombre, el amo de la república, ó lo que es lo mismo, á inaugurar el imperio en el fondo, cualquiera que fuera la forma, al mismo fin se dirigia Pompeo: la formacion del primer triunvirato es una demostracion palmaria. Pompeo estaba muy léjos de tener las condiciones de César, ni tampoco su audacia y sus impaciencias: ya fuera falta de resolucion, ya que la ocasion no se habia presentado tan propicia, ya con golpe de vista ménos seguro ó un carácter ménos decidido, es lo cierto que, dirigiéndose al mismo objeto, lo hacia más lentamente. Bien fuera por estas razones ó por otra cualquiera, jamás llegó su atrevimiento á, saltando por encima de las leyes, dirigirse á Roma á la cabeza del ejército, como lo hizo su afortunado rival. Por el contrario, en las épocas en que la victoria le habia sonreido, y cuando se dirigia á la ciudad para recibir los honores del triunfo, dejaba sus legiones en los puntos que las leyes ó costumbres señalaban, y hacía su entrada en la capital de la república como un ciudadano cualquiera. Entonces, como en todas las épocas de transicion, las contradicciones abundaban: Pompeo era de un carácter más dulce ó más respetuoso que el de César; en su campo se hablaba contínuamente de la defensa de la república y sus leyes, de no omitir esfuerzo para rechazar y castigar al que pretendiera restablecer la tiranía, y al mismo tiempo no se pensaba más que en venganzas y proscripciones, manifestándose constantemente la resolucion y el deseo del completo esterminio de sus enemigos. En el campo de César no aparecia para nada la palabra república, y todos expresaban la admiracion hácia el conquistador de las Gálias, la más completa aquiescencia á sus caprichos y la grandeza y brillo que resultaria para Roma al ser reemplazada la república por el mando supremo de aquel hombre, con tan extraordinarias condiciones adornado; pero, en cambio, se hablaba de la libersad del pueblo, del remedio que era preciso poner para concluir con su miseria y sufrimientos, de los abusos de la oligarquía, y no pensando nunca en combatir á los enemigos más que en el campo de batalla, sin acordarse para nada de proscripciones y venganzas.

De todos los hombres que han figurado en la historia puede asegurarse que ninguno ha excedido á César, y es dudoso que le haya igualado en las condiciones extraordinarias que á aquél distinguian. Como capitan, tenia la energía y sagacidad de Anibal, la altura de miras y el golpe de vista estratégico de Alejandro; pero era mucho más político, de un talento más ámplio y cultivado que el primero, y, si pensaba en las grandes conquistas del segundo, sus ideas eran muy superiores á las de aquél. En él no dominaba sólo la de conquista por el orgullo personal y deseo de gloria, sino que, además, conocedor del estado de la república romana y del mundo antiguo en general, aspiraba á regenerarlo por medio de reformas y de un reinado pacífiico, sino, propiamente hablando, de la democracia, que tal no era su idea como han querido pintar algunos, al ménos dando al pueblo la participacion que en aquellos tiempos podia tener. Alejandro prestó un inmenso servicio al progreso haciendo compenetrarse las civilizaciones del Oriente y de Grecia. César iba más léjos: queria implantar en su país todo lo que tenia de más notable la civilizacion griega, pero con esta esencial diferencia: para el griego, todos los hombres de los demás países eran bárbaros; para el romano, la Ciudad Eterna lo era todo; los demás eran vencidos, á los cuales, si se les concedia algun derecho, no es por que opcion á él tuvieran, sino por la necesidad, conveniencia ó generosidad de los ciudadanos romanos. Para César los hombres, perteneciesen á cualquier nacion, sólo eran enemigos mientras estaban con las armas en la mano; pero, una vez vencidos ó sometidos, queria que el derecho fuera comun para todos, y no sólo les concedia el de ciudad, sino tambien los más altos puestos en la magistratura y el ejército.

Alguno ha dicho que Napoleon I habia sido el soldado de la democracia. Esto, así expresado, no es exacto; pero tampoco puede afirmarse la negativa. Necesario es, pues, para dejar las cosas en el lugar que las corresponde, hacer una distincion. Napoleon era un revolucionario respecto á las viejas dinastías europeas, ó, hablando en puridad, un *jacobino* armado. No podia ser de otra manera: Napoleon, general de la república, cónsul y emperador, debia su elevacion, en el fondo, á sus victorias, y, en la forma, á los votos de Francia. Pero hay más aun: los sol-

dados que le acompañaron de Italia á Egipto, del Volga al Tajo, obedecian, tal vez sin darse razon, al espíritu enciclopedista que habia informado la revolucion y á las antipatías contra todas las testas coronadas de derecho divino; y prestaron, á no dudar, un inmenso servicio á las ideas liberales y reformadoras, siendo sus propagandistas armados por toda Europa, sin contar con el servicio no pequeño de obligar á los pueblos á salir de aquel letargo en qué yacian sumidos y sublevarse aunque fuera para combatirlos. Y esto por dos razones bien conocidas de todos: primera, que ningun medio es tan eficaz para la propagacion de las ideas como la guerra; y segunda, que los pueblos, obedeciendo, como todo cuerpo, á las leyes de la inercia, una vez puesto en movimiento, responden á éste lo mismo que aquellos. En comprobacion de estas aserciones están los dos hechos siguientes que la observacion ménos perspicaz pone de manifiesto.

Todo pueblo, despues de concluida una guerra importante, civil ó extranjera, desarrolla su actividad en todas direcciones con una energía de que antes no se le consideraba capaz. El otro hecho á que nos referimos, los reyes de derecho divino de toda Europa se encargaron de patentizar, ofreciendo á todos sus pueblos Constituciones y libertades, porque, aunque es cierto que despues de pasado el peligro faltaron descaradamente á su palabra y sostuvieron que aquellos no debian tener más libertades que las que sus soberanos les concedieran, ni intentar otras reformas que las que los mismos señores tuvieran por conveniente llevar á cabo, tambien lo es que los pueblos no perdieron la esperanza de obtenerlas en su dia, como en efecto lo consiguieron, unas primero y otras más tarde, defendiendo, cuando la ocasion era propicia, la fuerza de su derecho por el derecho de su fuerza. Si España habia sido la más cruelmente engañada, tuvo, en cambio, el honor de ser la primera en lanzarse á la palestra contra la santa alianza para restablecer el pacto constitucional que habia tenido por conveniente darse en medio de una lucha con tenacidad sostenida, sin flaquear un momento, á pesar de la situacion desfavorable en que las circunstancias le habian colocado.

Hace pocos años que un escritor francés, antiguo amigo de

Proudhon y entusiasta del banco del pueblo, del crédito gratuito, olvidando sus ideas ultra-democráticas y obedeciendo al entusiasmo del neófito, se convirtió en ciego admirador de los Napoleones, hasta el punto de sostener que éstos eran la continuacion de los Césares, ó, en su concepto y con más exactitud, éstos los predecesores de aquellos, concluyendo, como debe suponerse, que Napoleon I era muy superior á César, así como el tercero lo era á Augusto. Poco diremos de los segundos, porque si Augusto decia en el lecho de su muerte á su mujer que aquel trance era el final de la comedia que habia estado representando toda su vida, bien conocida es de todos la aficion del último de los Napoleones á todo lo que fuese aparato escénico y golpes de efecto. Si Augusto se metia en un pantano por no correr los peligros de una batalla, la conducta de Napoleon en la campaña franco-prusiana, probó con toda evidencia que entre sus defectos no figuraba la temeridad.

César no cedia á Napoleon I en la velocidad, como medio de guerra, en el golpe de vista rápido y en la combinacion fulminante. Pero, ¡qué diferencia entre estos dos hombres! ¡Cuánto más completa es la educacion ó la naturaleza de César! Los dos, por ambicion ó deseo de mando, hollan las leyes de la pátria: el uno pasando el Rubicon y el otro invadiendo la Asamblea del 18 Brumario. En Napoleon es el acto de una conspiracion, sin que pudiera justificarlo una agresion de sus enemigos. Una vez conseguido el poder dirige todas sus miras á seguir los pasos del emperador de Occidente, Carlo Magno, y tiene por objetivo acabar con todo lo que dejaba la revolucion tras de sí en el punto que le era dable, y crear por todos lados deudos y feudatarios que dieran más brillo al imperio. Cierto que asombró al mundo con sus maravillosas victorias; pero no lo es ménos que su desmedido orgullo, su carácter, muy inferior á su génio, determinaron en él una política tan desdichada que fatalmente le conducian á luchar de contínuo contra todas y cada una de las naciones de Europa, sistema fatal que habia de arrastrarle naturalmente á que el primer dia que la victoria le volviera la espalda, la derrota se convirtiera en catástrofe. César no sólo era el hombre más extraordinario de su época, sino tambien el más noble y humanitario de los dominios de Roma. Cierto que el he-

cho de despreciar los mandatos del Senado y las leyes de la pátria, de ningun modo las aprueba la moral; y no es tampoco exacto, como han pretendido sostener algunos entusiastas, que su objetivo principal, y aun único, fuera el establecimiento de la democracia en Roma: no, la idea dominante en él fué el mando supremo. Aristócrata en ideas como de nacimiento, no pensó deshacer el Senado oligarquico; pero abrió las puertas, cerradas antes para los pueblos conquistados, á los hombres de todos los países que formaban los vastos dominios de la república, ya se llamáran galos, españoles, trácios, etc. Napoleon sorprende á un príncipe enemigo suyo, en país extranjero, lo hace condenar á muerte y lo fusila en los fosos de Vincent. César perdona á todos sus enemigos y los colma de favores; piensa desde los primeros dias en la miseria del pueblo, y no es culpa suya si sus sistemas de colonizaciones no bastan para resolver la cuestion del pauperismo, tan de suyo trascendental, y que hoy mismo su resolucion no es vislumbrada siquiera por las modernas naciones. Si César era, respecto á los hombres, lo que ya hemos dicho, tampoco se escapó á su penetracion la injusticia cometida contra poblaciones importantes; y aprestándose á buscar remedio al mal, hizo levantar de nuevo á Cartago y á Corinto.

César era uno de los hombres de más vastos conocimientos en su época: poeta, jurisconsulto, legislador, gramático, escritor, astrónomo, matemático, y uno de los primeros capitanes de la historia. Hablaba la lengua griega como la suya propia, y tomaba parte en las discusiones del foro como jurisconsulto distinguido. Además de la *Historia de las guerras civiles* y los célebres *Comentarios* que, como escritor, segun los críticos, le colocan sólo por debajo de Tito Libio, compuso varias comedias, una gramática y un tratado de los astros. No se escapó á su inteligencia las grandes anomalías del calendario, y por su órden se llevó á cabo la reforma conocida con el nombre de Juliana. En suma: César era un ambicioso, y si la república romana no hubiera llegado al estado de descomposicion que ya conocemos, hubiera pagado con su cabeza el delito de lesa magestad cometido por él al pasar el Rubicon. Esto sentado, no puede negarse, sin faltar á la verdad histórica, que fué el hombre más reformador de su tiempo, y que, despues de haber triunfado por

las armas, no ha desmentido ni una sola vez, en el resto de su vida, ser un continuador de Cayo Graco.

Se ha dicho y repetido que los malos soberanos han hecho las repúblicas. Esta es una de tantas sentencias políticas que hace fortuna, más que por su sentido profundo, porque indica con brevedad una de las fases de la cuestion. Tal dicho, convertido poco ménos que en axiomático, no deja de tener sus inconvenientes. Jamás lo olvidaron ni dejaron de invocarlo todos los partidarios de la política pesimista, por más que un dia y otro la experiencia les enseñe que tal procedimiento no conduce más que á grandes desdichas. Llegar al bien por el mal, es un absurdo como otro cualquiera. Al contrario, todo paso dado en el camino del progreso, toda reforma llevada á cabo, áun por aquellos que ménos las desean, entraña en sí nuevos desarrollos y desenvolvimientos que, en tiempo más ó ménos lejano, exijen otros para su complementacion y conducen á la forma de gobierno más en armonía con los intereses de los pueblos y más conforme con lo que dictan la razon y la dignidad humana. Los Gobiernos tiránicos son, seguramente, los factores principales de las revoluciones, ó, mejer expresado, de los hechos de fuerza que trastornan el órden político. Pero si á estas corresponden otras necesidades, si no tienen sus raíces profundas en la cultura y civilizacion de las clases más influyentes del país, si éste, por una razon cualquiera, carece de las virtudes necesarias para hermanar el derecho con la libertad y la justicia con el órden; á las revoluciones suceden las reacciones, la prosperidad y el adelanto son difíciles, y aunque aquellas dejan siempre algo tras de sí por la ley natural del progreso, léjos de seguir una marcha regular, el país de que se trata puede verse envuelto en una série de perturbaciones con tendencias contrarias, pero funestas todas ellas al bienestar general y á la grandeza de la pátria. En resúmen: los pueblos y las naciones que, cuando por la fuerza son tiranizados, no saben acudir al mismo medio para que se respete su derecho, son cobardes é indignos, y todo lo que pueden esperar de los demás es una desdeñosa compasion. Pero cuando el derecho de cada uno está asegurado, cuando tiene la libertad necesaria para hacer públicas sus ideas, para trabajar hasta conquistar la opinion, para hacerla triunfar por medio de ella,

la sublevacion ó los medios de fuerza son un crímen de lesa libertad.

La otra faz de esta cuestion consiste en que, cuando en la lucha entablada entre la represion y la libertad, aquella está representada por un caudillo que el azar ó las circunstancias especiales han puesto á su disposicion grandes medios, y los explendores de la victoria le permiten deslumbrar á los pueblos ó entretenerlos en conquistas y guerras extranjeras, á que tan aficionados se muestran; hay grandes probabilidades de que las libertades públicas queden por un tiempo largo como enterradas hasta que el mismo vigor de las ideas ó acontecimientos de gran monta vengan á romper el desequilibrio que hay entre unas y otras fuerzas.

Aplicando lo que acabamos de decir á la situacion especial en que se hallaban César y la república romana, procede preguntarse: ¿es que la iniciacion del imperio ó de la monarquía, llevada á cabo por el vencedor de Pompeo, era simplemente debido á las excepcionales condiciones de aquel hombre extraordinario, ó tenia sus raíces más profundas en la manera de sér de aquella sociedad, y en el estado á que habia llegado la república? Tiene tal simpatía para las almas bien templadas esta última frase, que lo primero que ocurre es censurar á César y á sus sucesores por el delito de liberticidas. Mas no nos dejemos seducir por las palabras: Roma no tenia idea de igualdad; la libertad se referia al ciudadano: la del hombre, ni era entonces conocida, ni lo fué en los tiempos antiguos, ni el cristianismo tuvo de ella idea. La libertad y el reconocimiento de la personalidad humana es planta de los tiempos modernos. Si la pérdida de las libertades romanas, tales como eran, fué debida á las circunstancias especiales de César, ó á los grandes medios que el azar ó la casualidad habian puesto á su disposicion, al desaparecer de la escena el mando de uno solo, aquellas deberian ser restablecidas, á no producirse la rara coincidencia de que los ambiciosos que despues de su muerte aspiraran á desempeñar el mismo papel, se hallaran adornados con las mismas condiciones. A esto contesta la historia. Su deudo y sucesor Cayo Julio Octavio, que habia nacido el año 63 ántes de la Era Cristiana, se encontraba en la Panonia cuando llegó á él la noticia del asesinato de César.

Habia recibido este jóven de 18 años una educacion esmerada: descendiente de una familia rica de Veletri, el primero de ella que habia tenido la dignidad de senador era su padre, hombre de administracion y guerra.

La lisonja inventó más tarde que descendia en línea recta de los reyes de Roma, lo cual produjo que sus adversarios buscáran entre sus ascendientes, panaderos, carboneros, carniceros, oficios que, dadas las preocupaciones de aquel tiempo, eran mirados con profundo desden, y, lo que es más grave, tambien aseguraban que habia en aquella libertos. Fuera de esto lo que quisiera, que nos importa muy poco el saberlo, es lo cierto que César habia pensado en hacerlo su hijo adoptivo. Pero su naturaleza débil y enfermiza y la circunstancia de haber perdido á su padre en muy tierna edad, hizo que pasara su juventud bajo la tutela cariñosa y los cuidados afeminados de su madre. Por esta razon no siguió á su pariente en la guerra de Africa contra los pompeanos; y no sin grandes esfuerzos logró que se le permitiera acompañarlo á España, en cuyo viaje, con una sagacidad y astucia superiores á su edad, no perdonó medio ni ocasion de aumentar el cariño que el gran capitan hácia él sentia. Es cierto que su escasa aficion á los peligros y su ningun apetito de exponer la existencia, se manifestó desde un principio, y no fué desmentida una sola vez en su larga vida. Por lo mismo, tenia una gran ventaja para que la astúcia no le abandonara ni un momento. Las naturalezas débiles y valetudinarias podrán tener ó no una profunda sagacidad segun los grados de su talento; pero su astúcia es tan constante como su debilidad. Como aquella reemplaza de ordinario la energía y el valor, están siempre en guardia y no se descuida ni un momento; y todas las palabras y acciones obedecen al cálculo ó conveniencia propia, pero nunca á la espontaneidad. Con dos efectos contrarios á lo que se proponen, se encuentran tan enfermizas naturalezas: primero cuando su capacidad intelectual no corresponde á su precavido carácter, hacen torpes astúcias que los comprometen; y segundo, como el hábito adquirido les hace alardear de sagaces, concluyen por lograr que los demás se rian de ellos, ó, por lo ménos, no inspirar confianza más que á los imbéciles.

Tan pronto como recibió Octavio la noticia de la muerte de

César, se puso en camino para Roma. En Brindes lo recibieron en triunfo las legiones veteranas, y tuvo buen cuidado de manifestarles desde el primer momento su decidido empeño en cumplir las donaciones y legados ofrecidos por César. Como prueba positiva de esta afirmacion se apoderó de todos los fondos públicos que encontró en los pueblos del tránsito y repartió algunos entre los soldados. Afirmaba al mismo tiempo que otro objeto no le llevaba más que el de castigar á los asesinos de su deudo, y decia que de sus intereses particulares no se cuidaba para nada ni queria que de ellos le hablasen. Los extremos de dolor y de amargo sentimiento á que se entregaba cuando le hablaban de la muerte del grande hombre, llegaban hasta las lágrimas y el síncope; pero bien pronto volvia en sí cuando tenia que hacer algo que le conviniese: si no era un héroe, era un excelente actor. Llegado á Roma, donde mandaba Antonio, naturaleza enérgica y viril, pero soldado brutal, le pidió Augusto los veinte millones de pesetas que habia dejado César, á lo cual aquél contestó que como habian sido sustraidos de los fondos públicos los habia hecho ingresar en las arcas del Tesoro y no tenia para qué devolverlos. La primera parte de la contestacion era tan cierta como inexacta la segunda. Como se comprende, tenia Antonio escaso interés en desprenderse de un elemento tan poderoso como cuatro millones de duros. Miraba á Octavio con el desprecio que le inspiraba aquella naturaleza enfermiza y valetudinaria; pero tal desden no empecía para que le molestara la presencia de un rival, que si carecia de condiciones físicas no así de astucia y malas artes, y, sobre todo, era pariente de César, y se llamaba su hijo adoptivo. El que más tarde conoceremos con el nombre de Augusto, no se descuidaba en hacer prosélitos y atraer á su partido los hombres que más servicios podrian prestarle. Para hacerse propicio al Senado se valió de la influencia de Ciceron, al cual lisonjeó grandemente llamándole su padre y haciéndole creer que no hacia más que seguir al pié de la letra sus consejos. Ya fuera candidez de poeta, ya vanidad de viejo, Ciceron se dejó seducir y sirvió mucho los intereses de su protegido. El partido republicano, ó los cómplices de la conspiracion contra César, estaban al frente de importantes mandos, así en Oriente como en Italia; y los amigos de uno

y otro rival les hicieron ver la necesidad de unirse para combatir el enemigo comun, haciéndoles presente que el partido republicano estaba aun en pié y que la primera necesidad era esterminarlo.

Uniéronse, pues, Octavio Antonio y el nulo Lépido para combatir á Decius Bruto, que mandaba una de las provincias de Italia. En esta primera conciliacion la mala fe era completa de una y otra parte; y, como siempre que hay intereses y egoismos contradictorios por medio, se rompió aquella con el menor pretexto. Pero volvió á reanudarse con igual lealtad y desinterés; se repartieron las provincias entre Antonio y Octavio, dejando al botarate de Lépido, á quien ninguno de los dos temia, en Roma: esto se conoció en la historia con el nombre de segundo triunvirato.

Los republicanos fueron batidos en Oriente, como lo habian sido en Italia. Antonio, que fué á combatirles, se enamoró perdidamente de Cleopatra, á la cual regaló reinos y territorios y, lo que fué peor para él, vueltas á romper las alianzas, perdió un tiempo precioso, permaneciendo en la mayor inactividad seducido por la compañía y los halagos de aquella cortesana coronada.

Por último, porque no es nuestro objeto ni conviene á nuestro propósito entrar en detalles sobre aquella guerra civil, las batallas de Lips y de Actiun decidieron, primero la suerte de la república, y despues la contienda entre los dos rivales Octavio y Antonio, durante una de las cuales el heróico Octavio estuvo metido en un pantano, que por más que la situacion no debiera ser muy cómoda, le era ménos desagradable que encontrarse en el sitio del peligro. Antonio era de una naturaleza vigorosa; Cleopatra una mujer altiva, y antes de consentir caer en manos de su enemigo, se dieron la muerte. El ilustre autor del *Espíritu de las leyes* y de la *Grandeza y decadencia romana*, hace notar que fué aquella la primera vez en la historia que un hombre de tan extrema cobardía haya sido el ídolo de los soldados. Por desgracia, no fué aquel el único ejemplo, y desde entonces hasta la fecha ha tenido algunos, aunque no muchos, imitadores.

En una de las conciliaciones con Antonio, mientras que Oc-

tavio tuvo parte del poder, lo mismo en Roma que fuera de ella, fué cruel hasta el extremo con una frialdad sistemática. Cuando algun desgraciado llegaba hasta él para pedirle que le salvára la vida ó representar que era inocente, contestaba aquella mujerzuela que el bien de la pátria exigia que muriese. Una de las concesiones hechas para llevar á cabo la famosa conciliacion entre él y Antonio, fué la de concederse mútuamente los amigos del uno para que fueran sacrificados á los rencores del otro. Uno de los ejemplos más notables de estas diabólicas concesiones, fué el del ilustre Ciceron, al cual Antonio odiaba mortalmente. El futuro Augusto y César, con una generosidad propia de todas las almas ruines y cobardes, cedió sin gran esfuerzo á que aquella lumbrera de la elocuencia romana, de cuya influencia tanto se habia servido para sus planes, y al cual, en prueba de respeto y admiracion, le habia dado el dulce título de padre, fuera sacrificado á la saña de Antonio. Ciceron fué muerto en su casa de Gaeta; su mano y su cabeza clavadas en la tribuna de las arengas, desde la cual tanto habia conmovido al mundo con su elocuencia.

Ya hemos dicho las flaquezas de espíritu del célebre orador, tal vez disculpables por ser un gran artista. Tambien hemos manifestado que no era un filósofo á la altura y con las condiciones de los pensadores griegos. Pero necedad seria negar que Ciceron era uno de los romanos más instruidos de su tiempo; y, en cuanto á su inteligencia, si no puede concebirse la profundidad de miras de un hombre porque sea muy elocuente, es, sin embargo, cierto que no es posible poseer tan hermoso arte en tan alto grado sin una claridad de ideas y un entendimiento poco comunes.

Conocidas son las relaciones amorosas de César con Cleopatra. Producto de aquellos amores salió á luz un niño. Cuando la victoria llenó los deseos de Augusto, pensó éste, como hombre precavido, que aquel vástago de César pudiera ser un peligro futuro para el logro de sus deseos; y dado su escaso amor á correrlos, natural era que empleara todos los medios á su alcance para eliminarlo. Así, cortó el mal de raíz, haciendo matar al hijo de aquel grande hombre, cuya muerte tal pesar le habia producido, segun afirmaba un dia y otro dia, una hora y otra hora. Octavio, senador, fué declarado Augustus (Sagrado); su

persona inviolable, dictador, César, etc. Le pareció más conveniente para sus planes no tener la audacia de llamarse rey ó emperador, y mandar como dueño absoluto, conservando el nombre de república. Cuando no tuvo enemigos que le disputaran el mando, se humanizó hasta cierto punto, disminuyendo su crueldad, creyendo más á propósito para sus intereses seguir las huellas de César; respetó las formas tanto referentes al Senado como á las elecciones; pero, procediendo de manera que el primero no fuera más que un instrumento suyo, y las segundas, influidas de tal suerte, que jamás recayese eleccion en persona que no fuese de su agrado. El ejemplo no fué infecundo: aun separados veinte siglos de aquella época, la leccion no la hemos olvidado.

Augusto murió á los setenta y seis años. En su lecho de muerte dijo á su mujer Livia que era preciso concluir como habia vivido, y puesto que toda su vida habia sido una comedia, era de todo punto indispensable representar el último acto: que se avisara inmediatamente á Tiberio, su entenado, como así se hizo. Augusto era en creencias ateo, y su moral, como particular, no estaba á mayor altura que la del hombre público. Hizo varios reglamentos y dió leyes dignas de aplauso, que cortaban algunos de tantos abusos como habian subsistido en la espirante república. Con su sucesor Tiberio empieza la série de aquellas monstruosidades que con el nombre de emperadores fueron los dueños del territorio más extenso que hasta entonces se habia conocido. Ciertamente, no todos merecian este calificativo, pero entre aquellos á quienes puede aplicarse, figura con justo título Tiberio.

La república habia concluido: derruida por las ambiciones, carcomida por los vicios, despedazada por las guerras civiles y anegada en sangre de ardientes y severos republicanos y de ambiciosos desenfrenados. Pompeo, asesinado por los emisarios del miserable Ptolomeo, rey de Egipto. Su hijo Zeneo, muerto en las tierras españolas á mano de Didio, cesariano furibundo. Sestus, su hermano, recibe la muerte en Phrygia, sucumbiendo á los partidarios de Antonio. Este triunviro, vencido por Agusto y abandonado por Cleopatra, le quedan bastantes brios para clavarse un puñal. Aquella célebre mujer tomándose un vene-

no, Caton desgarrándose las entrañas, Ciceron decapitado y puesta su cabeza en la tribuna, donde tanto habia brillado, Cassio y Bruto suicidándose en los campos de Phelipus, cubiertos con los cadáveres de sus vencidas legiones, las venganzas crueles, las hipocresías y falsedades de Augusto: todo ello viene á darnos una idea de lo que fué la conclusion de la república y el principio del imperio. Bajo malos auspicios se inauguraba éste.

Luego veremos que sus comienzos correspondieron á la que fué la conclusion de aquella. Pero antes de pasar á enumerarlos, debemos citar dos hechos de trascendencia verificados en tiempos de Augusto. El uno, que se refiere á España, está, por consiguiente, en el cuadro de nuestro trabajo. Y el otro, de inmensa trascendencia para una gran parte de los habitantes del globo, y, sobre todo, de una importancia tal para la civilizacion europea, como no ha tenido ningun otro hecho histórico. El primero es la derrota completa de aquellos constantes indomables galáico-astures que quedaron definitivamente vencidos, aunque no bien dominados, y la trasportacion de algunos egipcios á España cuando aquel reino fué incorporado á los dominios de la república. El segundo es el advenimiento del cristianismo al mundo en el duodécimo consulado de Augusto. El imperio empieza con Tiberio, como hemos dicho; pero en el nombre: antes ya habia empezado en el fondo. Tiberio mancha con inauditos crímenes la púrpura que tomó del frio cadáver de su suegro. En su tiempo fué El Mesías ajusticiado en el suplicio de la Cruz. Despues de cometer toda clase de horrores, deja su puesto á Claudio, á quien la historia pinta con los colores más negros y el retrato más odioso que puede hacerse de un hombre. Despues de Neron viene el anciano Galba, que, siguiendo el camino de sus tres predecesores, muere de violenta muerte. Entonces comienzan las luchas vitalianas á las que puso término el suicidio de Othon y el asesinato de Vitelio. En los pocos dias que aquél ocupó el sólio fueron agregadas á la Bética, y por consiguiente á España, algunas ciudades de la Tingitania. Es decir, que España salia ganando en importancia.

La continuacion del imperio era digna de lo que habia sido la república. Los sucesores de Augusto habian asombrado y horrorizado al Viejo Mundo con sus crímenes de todas clases. Con

Vespasiano vino como una trégua á tantos crímenes y á tiranía tanta; fué como una isla de bienandanza en aquel piélago de horrores; y éste Emperador concedió á las Españas el derecho de que gozaban las ciudades del Lacio. Su hijo Tito, que más tarde ocupó el trono con el precioso nombre de *Delicias del género humano,* tomó á Jerusalen, derrotó á los judíos, y entónces empezó en grande escala la primera emigracion de importancia de éstos al territorio de las *Españas.* Importa citar este hecho, porque, unido á las trasportaciones que más tarde hicieron aquellos mismos á la pirenáica Península, tuvieron una importancia decisiva, como se verá más adelante, en los destinos ulteriores del imperio ibérico.

Sube al trono Domiciano, que manda arrancar las célebres vides de Falermo aclimatadas en la Bética, y concede la categoría de municipios á varias poblaciones de España. Los emperadores de la familia Flabia eran de orígen italiano. Al extinguirse ésta la sucede la de los Antoninos, de orígen español y galo. Con ellos empieza una série de emperadores que honran á la humanidad y salvarian á Roma si posible fuere. En tiempo de Marco Aurelio, conocido con el nombre de *El Filósofo,* se inicia un movimiento de Africa hácia España, que fué preludio de la invasion que más tarde habian de hacer los árabes sobre el mismo territorio, indicando al mismo tiempo la importancia que habian alcanzado las provincias de la pirenáica Península. En efecto; partian de los puertos mauritanos en son de guerra y aparejada flota los moros que desembarcaron en las costas de España y tomaron posesion de la tierra por el derecho de conquista. Diéronse á sitiar ciudades; pero fueron batidos y duramente escarmentados por las tropas del emperador. Pero si hombres como los que hemos citado derramaban honra y no escasa gloria sobre el imperio romano, tampoco escasearon los sucesores de Tiberio. Cómodo reproduce los funestos dias del sucesor de Augusto y muere ahogado, siendo derribadas sus estátuas, como habia sucedido con las de otros. A este emperador mónstruo sucede Pertinaz, que muere asesinado á los tres meses de haber ocupado el sólio imperial. Y la misma suerte le cabe á Didio Juliano, despues de haberle ocupado un intervalo de tiempo no mayor que el que antecede. Septimio Severo al-

canza la púrpura imperial á fuerza de armas; y á pesar de haber concluido con todos sus enemigos y rivales, su vida fué una contínua lucha; haciéndose notar por la dura persecucion que hizo sufrir á los cristianos, y, por último, murió al frente de su ejército cuando se disponia á combatir contra los calcedonios. Sus hijos Geta y Caracalla le suceden en el trono. El segundo asesinó al primero en los brazos de su madre la emperatriz Julia, á la cual hirió al llevar á cabo su fratricidio.

Si en las acciones humanas, si en la depravacion y crueldad á que puede llegar un hombre, pudiese haber un máximo, seguramente éste recaeria sobre Caracalla. No hay clase de crímen que no le atribuya la historia: se le imputa haber abreviado los dias de su propio padre, y ordenado la muerte de su ayo. Y como llamare al jurisconsulto Papiniano y le propusiera que escribiera una disculpa, ó, mejor dicho, apología de la muerte de Geta, y aquél, tan notable por su saber como por su honradez y firmeza, le contestára que era más fácil asesinar á un hermano que disculpar la muerte, le hizo pagar con su cabeza esta respuesta que tanto le honra.

Despues de hacer perecer á muchos y distinguidos barones, por caprichos, simples sospechas, y algunos por el grave delito de no haber saludado á sus estátuas, siguiendo en esto el camino iniciado por Tiberio, los hizo sentenciar á muerte y ejecutar por el delito de lesa magestad. Segun los historiadores coronó su obra casándose con su propia madre. No sabemos hasta dónde hubiera llegado con sus crímenes, si no le atajára en su camino el centurion Marcial que, acompañándole en un viaje y en el momento que se bajaba de su caballo, se aproximó á él indicando el deseo de hacerle una confidencia importante y le clavó un puñal. Como una prueba más de que el hombre no puede ser absolutamente malo ni bueno, á este mónstruo debe el imperio la Constitucion que algunos llamaron Antonina, y por la cual se concedian los derechos de ciudadano á todos los hombres del imperio que habian nacido libres, y las Españas le debieron muchas vías de comunicacion y obras de gran importancia. Despues de Macrino y Heliogábalo, aparece Alejandro el Severo, el cual hizo esfuerzos inauditos para devolver á Roma su antiguo esplendor y las olvidadas virtudes. Como no es dado al hombre

hacer los imposibles, no puede lograr su intento; y paga con su vida la elevacion de sus sentimientos.

En pocos años ocupan el sólio imperial varios emperadores, que descienden á la tumba asesinados; y si la historia debe volver con horror la vista por no fijarse en tantos crímenes y desastres, el único que puede inspirar alguna simpatía por su juventud, su prudencia y su valor, sufre la misma suerte de los demás: Gordiano muere asesinado. El imperio se derrumbaba por todas partes, las costumbres más hediondas, la inmoralidad más terrible y la corrupcion más degradante carcomian aquel vasto edificio, levantado á costa de tanta sangre y tantas lágrimas. Como sucede en tales casos, las ambiciones personales no tenian freno ni límite. El mando de algunas legiones era ambicionado y disputado con encarnizamiento, por ser el camino más seguro de llegar al sólio imperial. En situacion semejante, la debilidad del imperio era evidente para todos. Phelipo y Decio, Galo y Hostiliano, Voluriano y Emiliano, y despues de ellos Valeriano y Galieno ocupan el trono. Los bárbaros de Occidente y del Oriente, germanos, francos, dacios y persas, le acometen. Valeriano muere hecho un miserable en la córte del orgulloso persa, sin haber tenido aliento para darse la muerte antes de haber sufrido tal ignominia, ya que no habia sabido luchar como bueno; y su hijo, digno heredero suyo, deja el imperio en manos de los usurpadores conocidos con el nombre de los treinta tiranos. El génio de Diocleciano y los levantados propósitos de Maximiano dan momentáneamente unidad y vigor á las instituciones públicas y establecen la paz en el Oriente y Occidente. Aunque los amos del imperio no habian llegado aún á la peregrina teoría de la herencia, cuyo absurdo estaba reservado para épocas posteriores, iba tomando consistencia la costumbre de que cada emperador nombrára un César, sin perjuicio de que el capricho de las legiones resolviera otra cosa. Siguiendo esta costumbre, los dos que acabamos de enumerar nombraron á Constantio Chloro uno, y Galerio el otro, los cuales ocuparon el trono cuando Diocleciano y Maximiano tomaron el acuerdo, que tenia pocos imitadores, de renunciar á la púrpura para pasar á la vida privada. Y fuera por motivos religiosos ó sociales, es lo cierto que fue una época de gran persecucion para los cristianos.

No era la primera que sufrian, pues estas se habian repetido, si bien con intermitencias, de una manera dura y cruel. Pero pronto vá á cambiar la escena, no en el sentido, como seria de desear, de que cesáran las persecuciones, sino en el de que los perseguidores iban, á su vez, á ser los perseguidos. Como si la ley del progreso fuera una mentira, aquellas se harán contínuas y sistemáticas; y, para que el mal sea completo, durará quince ó diez y seis siglos, y la Europa pasará por una época al parecer de retroceso y de tinieblas tan densas, que la inteligencia se resistiria á comprenderlo si no fuera un hecho tan conocido en la historia, si no estuvieramos aún como tocándolo, y, lo que es peor, si no quedáran en los mismos tiempos que atravesamos hartos vestigios de aquella feroz intolerancia. Esta evolucion, que no hacemos más que apuntar, habremos de tratarla más tarde, con la extension que esta clase de trabajos permite, y en todo lo referente al pueblo ibérico.

Constantino, apellidado el Grande, hijo de Constancio, sube al trono despues de vencer á los rivales que le disputaban tan alto puesto. Militar esforzado, político astuto, inteligencia más que mediana, conciencia poco escrupulosa, excéptico, pero con buen golpe de vista para conocer lo que á su interés personal convenia aparentar, fratricida y asesino de sus deudos, faltó poco para que fuese declarado santo. El fanatismo de todas las sectas y partidos es siempre el mismo. Este hombre, del cual con más extension hemos de ocuparnos más tarde, llevó á cabo dos hechos de inmensa trascendencia. Fué el primero elevar la creencia cristiana á la categoría de religion oficial, y el segundo trasladar el asiento del imperio de Roma á Bizancio, que toma de él el nombre de Constantinopla. Sus tres descendientes le son muy inferiores en cualidades, y no saben conservar la herencia que él les legára; y al fin, fué á parar á manos de Juliano, hermano de Galo y descendiente tambien de Constantino Chloro. Es este emperador conocido en la historia con el nombre de Juliano el Apóstata, aunque en puridad fuese inexacto el epíteto. Se intentó educarlo en la nueva creencia, pero ya fuese su aficion al estudio, ya la seduccion que en su inteligencia ejerciera la lectura de los filósofos griegos, ya fueran influencias extrañas, es lo cierto que antes de subir al trono profesaba el politeismo. Y

si al principio usó cierta reserva relativa á sus opiniones anti-cristianas, debe atribuirse á la timidez del educando y á otros motivos de seguridad personal.

Una severa crítica puede censurarle de haberse ocupado en combatir, ya por palabra, ya por escrito, la nueva creencia, mezclándose de esta suerte en disputas teológicas poco propias del alto puesto que ocupaba. Pero si esto es cierto, no lo es ménos que los mismos que le han censurado han ensalzado y aplaudido á otros emperadores, que, si no tenian su talento de escritor y no les era fácil por ende descender á esta clase de polémicas, hicieron algo más grave, que fué dogmatizar y emplear su autoridad para decidir por decretos ó mandatos el grado de exactitud de estas ó aquellas opiniones religiosas. Tal cosa era fácil de preveer: pedir á los fanáticos, cualquiera que ellos sean, que emitan su juicio por lo que dicta la justicia y no por simpatías ó antipatías, es pedir lo imposible. No puede negarse á Juliano que fué un emperador humano é ilustrado y un esforzado militar. Si en su campaña contra los parthos la fortuna no le fué del todo favorable, murió combatiendo como bueno, con un denuedo y un arrojo que sus enemigos se han visto precisados á confesar.

Las numerosas naciones que componian el vasto imperio, habian sido subyugadas por la fuerza, y despues, en su mayor parte, unidas por las leyes y lengua comun; pero no habian olvidado nunca su antigua nacionalidad. La integracion de todas ellas estaba muy lejos de ser completa; y, aparte de la profunda division entre los pueblos de Occidente de civilizacion romana y los del Oriente de civilizacion griega, jamás transigió por reemplazar su bella y armoniosa lengua con la relativamente pobre y prosáica latina, ni su civilizacion, tan extensa en todas direcciones, por la más raquítica romana, entre las antiguas nacionalidades que seguian esta última. Bien fuera por los antiguos recuerdos, bien por la influencia de las razas primitivas, bien por lo permanente y eficaz de las condiciones geográficas y climatológicas, bien por otra circunstancia cualquiera, los pueblos á que nos referimos habian manifestado en más de una ocasion su aspiracion constante á tener vida propia: empezaban como á vislumbrarse las modernas nacionalidades.

Cuando las legiones comenzaron á dar y quitar soberanos á su antojo al vasto imperio, los pueblos permanecieron extraños á dicha clase de manifestaciones; pero más tarde empezaron á unirse á los hechos de aquellas, más bien que con el objeto de proporcionar á Roma un emperador compatriota, con el de nombrar un caudillo ó jefe que, antes que cuidarse del conjunto, dispusiera de los recursos que ellos pudieran proporcionarle para defender á su territorio de las invasiones de los bárbaros. En una palabra: deseaban encargarse ellos mismos de su propia defensa, porque el imperio les habia demostrado repetidas veces que era impotente para conseguirlo. La manifestacion más saliente de estas tendencias fué la época conocida con el nombre de los treinta tiranos. Si esta desmembracion se hubiese llevado á cabo en tiempo oportuno, es más que probable que la invasion de los bárbaros no se hubiera efectuado, ó por lo ménos hubiese sido en otra forma: las civilizaciones griega y romana no hubiesen desaparecido del Occidente, y la humanidad no hubiera deplorado aquel largo período, que pudiéramos llamar de detencion del progreso, época de fé, sí, pero de barbárie, de ignorancia y de feroz despotismo, conocida con el nombre de Edad Media.

La contradiccion aparente que resulta acerca de que las antiguas nacionalidades no hayan presentado en los comienzos síntomas de desintegracion que con tal fuerza se han manifestado más tarde, tiene una explicacion sencilla y comprobada además por la experiencia en todas las épocas de la historia. Los pueblos á que nos referimos no habian completado su evolucion, pasando del antiguo estado al de civilizacion romana. Este paso en el camino del progreso no habia tenido tiempo suficiente para desenvolverse y producir todas sus consecuencias; los pueblos no eran bastantes ricos ni poderosos para aspirar á la vida propia y encargarse ellos mismos de su defensa. Más tarde, la evolucion estaba concluida, la riqueza y la poblacion habian aumentado, los pueblos entendian haber alcanzado la edad viril y querian emanciparse de la pátria potestad y renunciar á la tutela de un amo, cuya presencia les servia solo para esquilmarlos y deprimirlos. Acudir á las razones de patriotismo para que defendieran aquella violenta integracion, es una de tantas pala-

bras vanas sin aplicacion al caso que nos ocupa. No hemos de entrar por el momento á analizar lo que es el patriotismo, pero sí diremos que éste es como la luz, que cuanto mayor es el rádio de su accion, tanto más disminuye en intensidad.

Sin más que recordar lo dicho, respecto á las unidades etnográficas que ocupan diferentes latitudes astronómicas, que se encuentran á distiutas altitudes, que ocupan superficies de territorios de formaciones geológicas muy diversas, que distintas son, por consiguiente, las producciones del suelo, los grados de humedad, de calor, etc.; se comprende que las múltiples naciones que formaban el imperio romano y habian sido incorporadas por la conquista, habrian de distinguirse en sus tendencias y manera de sér. Y estas diferencias habrian de ser tan marcadas, cuanto mayor número de generaciones pasáran despues de la integracion. La experiencia comprueba todos los dias estas aserciones teóricas. Así vemos que el anglo-americano de raza inglesa es distinto del inglés; y los descendientes de aquellos españoles que conquistaron la América, por más que tengan la misma lengua, creencias religiosas y muchas cualidades y defectos comunes con sus antepasados, son, sin embargo, distintos de los españoles de la Península: esto, aun prescindiendo del cruzamiento de razas. Hasta tal punto que, si de una nacion cualquiera se trasporta á una isla ó país lejano, absolutamente despoblado, personas de ambos sexos, si no hay cruzamiento de sangre con otro pueblo, despues de un número de años más ó ménos grande, se encontrará que la nueva poblacion, bien que con muchos puntos de contacto con la antigua, es, sin embargo, distinta de ella, y podrá con dificultad regirse por las mismas leyes, á ménos que éstas no tengan bastante flexibilidad para permitir las variaciones necesarias. Bien puede asegurarse que los habitantes de la Australia descendientes de ingleses, que en tal vía de progreso se encuentran, que no pasará mucho tiempo sin que constituyan una gran república, formarán un pueblo, aunque semejante con el inglés por una parte, y con el anglo-americano por otra, con diferencias bien marcadas que lo distingan de estos dos.

Digimos que, durante un tiempo, las diferentes nacionalidades que formaban el imperio romano no tomaban parte ó per-

manecian extrañas á las contiendas surgidas entre las legiones cuando acudian á la fuerza para dar un amo á Roma ó privar de la corona y la vida á los que, pocos años, y tal vez pocos meses antes, habian ensalzado; mientras que, andando el tiempo, se unieron aquellos movimientos, y si no siempre lograron darles un sello de localidad, por lo ménos lo intentaron, más con el objeto de buscar una separacion que el de dar un amo al imperio. Este hecho histórico tiene fácil explicacion, por lo que ya hemos indicado, respecto á las evoluciones sociales y por qué, las provincias, como las llamaban los romanos, despues de lo rudo de la conquista habian de pasar muchos años antes de constituirse de una manera regular y de que pudiera darse razon de su fuerza propia. Y añádase á esto la poca densidad de la poblacion, las colonias formadas por Roma en cada una de ellas que eran otros tantos centinelas del poder central y las inmigraciones voluntarias, forzosas de razas muy distintas, y que sólo á través de muchas generaciones habian de fundirse con los restos de los primitivos habitantes para formar con ellos nuevas unidades etnográficas. Así, por ejemplo, despues de la tenaz y ruda lucha sostenida por los iberos para defender su independencia, teniendo en cuenta que los pueblos ó tríbus de gran energía no quedan domeñados por haber sido vencidos, sino despues de un tiempo más ó ménos largo, y que las generaciones que habian desaparecido en la lucha, las personas que habian sido trasportadas á otros países, las colonias formadas por César Augusto y otros, las grandes inmigraciones de judíos, caldeos, siriacos y egipcios, que, ya por consecuencia de las guerras, ya por ser España la que se encontraba más cerca de aquellos países, estando, como estaba, el Norte de Africa, dominado por Roma, eran otros tantos elementos que, andando los tiempos, habian de producir un pueblo de condiciones especiales, y que habian de dar por resultado el que la pirenáica Península, siendo provincia romana, alcanzase una importancia que es dudoso haya tenido despues; se necesitaba, sin embargo, que pasáran muchas generaciones para dar cierta homogeneidad á aquel pueblo y para que se manifestase con todo vigor la resultante de tantas fuerzas convergentes.

En efecto: ¡qué comparacion de aquella España de Sertorius,

con la de tiempo de Vespasiano que, como hemos dicho, la ha concedido el derecho de latinidad y en cuya época tenian las Españas trescientas sesenta ciudades! Tambien se ha dicho que otros emperadores agregaron á las españolas provincias varias posesiones de Africa, entre ellas algunas ciudades de la Tingitania. Esto prueba, aunque indirectamente, la importancia que á los ojos de ellos habia alcanzado la Península ibérica, pues la consideraban como un gran núcleo, alrededor del cual se agrupaban poblaciones de allende el Mediterráneo, por un lado, y traspirenáicas por otro.

En condiciones tan diversas como las indicadas, ¿cómo no habia de serlo tambien la conducta que siguiera España y sus aspiraciones á tener vida propia y á emanciparse de un yugo extranjero? Más próximo á nuestros dias, y en nuestra propia historia, tenemos un ejemplo de esto mismo. Cuando á consecuencia del Pacto de familia el rey de España unió sus armas á las de Francia para ayudar á la emancipacion de las colonias inglesas, no hubo ni el más pequeño síntoma que indicára que los habitantes de aquellos inmensos territorios que España poseia en el continente americano, intentaran separarse de la madre pátria; y, sin embargo, algunos años más tarde, cuando Napoleon invadió la Península, la idea de separacion formaba poco ménos que el sentimiento unánime de todos los americanos. Y así se ha visto que, á pretesto de liberalismo los unos y de realismo los otros, todos coadyuvaron á conseguir el fin deseado de la separacion.

Volviendo á la breve reseña de los emperadores que se sucedieron en el mando de Occidente, despues de muerto Juliano y falto el mando supremo de las condiciones que aquél tenia, vuelve á dividirse el imperio, y se suceden en el trono Valentiniano, Valente y Graciano. Reemplaza al último Theodosio, de orígen español, el cual se hace notar por sus triunfos contra los bárbaros que por todas partes acosaban al imperio como lobos hambrientos, y á los cuales hace retroceder haciéndoles pagar cara su audacia. Desgraciadamente no fué esto lo único que le ha distinguido, sino tambien una sañuda y cruenta persecucion contra todos aquellos que, de una ú otra manera, combatian las nuevas creencias. Vanos esfuerzos: el imperio estaba muerto, la energía de un hombre podia galvanizarlo, pero no darle vida.

Alanos, vándalos y suevos habian caido sobre las Españas, entregándolo todo al saqueo y al pillaje con tales actos de ferocidad y salvagismo, que no puede decirse si se parecian más á bandadas de fieras hambrientas ó de lobos rabiosos. A la muerte de Theodosio, el imperio se divide de nuevo, y su hijo Arcadio establece su córte en la antigua Bizancio, ó sea Constantinopla.

Para patentizar más los absurdos de la herencia en el mando, con frecuencia á un hombre esforzado y enérgico le sucede uno débil y menguado: esto sucedió con Honorio, que con impasibilidad de mujerzuela presencia las contínuas derrotas de sus degeneradas legiones. Aquel desgraciado cobarduelo no tuvo alientos siquiera para defender á Roma, que cayó en poder de las ordas bárbaras de Alarico. Este puede saquear la ciudad á su placer, apoderarse de Gala Placidia, hija del gran Tehodosio, llevándosela como rehenes, y concebir por ella una gran pasion Ataulfo, deudo de Alarico. El emperador habia ofrecido la mano de Placidia á otro; reclama de Ataulfo que se la devuelva, y éste, que seguia llamándose general romano, no hace caso de la peticion: se casa con la hermana de Honorio. El imperio de Occidente estaba concluyendo.

XIII

Decíamos al hablar de la entrada de Alarico en Roma, que el imperio estaba concluyendo. Hubiéramos sido más exactos usando de un tiempo pasado, porque, en realidad, el imperio de Occidente puede decirse que estaba concluido. ¿Qué importa que se prolongára algunos años más aquel cuerpo en descomposicion? ¿Qué significa que existieran allí unos fantasmas de emperadores, impotentes en absoluto para lo bueno y únicamente útiles para el mal? ¿Qué significacion tenian aquellos cobarduelos y viciosos coronados que apenas les quedaba aliento para otra cosa que para intrigas de despreciables mujerzuelas? Apénas podian llamarse emperadores aquellos séres que vivian de la despreciativa compasion que les tenian los bárbaros.

La república, por su egoismo patriótico y de raza, por su desprecio al trabajo, por su desenfrenado lujo, por sus innume-

rables crímenes é inmundos vicios, habia degenerado de lo que fué en tiempos y dado lugar al imperio, que á su vez venia á resolver el problema, no de reformar las costumbres y dar energía viril á aquellos ciudadanos romanos que la habian perdido, pues esta no fué nunca ni será la mision de las monarquías; no de salvar aquella sociedad, que era imposible, pero sí á continuar su enfermiza vida por algun tiempo. Tenia el imperio, sin embargo, una mision que cumplir. El pueblo romano carecia de idea de la igualdad, y era necesario que, siquiera fuese por medio de la tiranía, desaparecieran las diferencias de nacionalidades; en una palabra: era necesario que la Ciudad Eterna dejara de ser la señora de todas las naciones conquistadas, para poder darla el título de capital del imperio. Cuando la república, con su gerarquía militar, con sus leyes municipales, con sus luchas entre oligárquicos y demócratas y su objetivo de conquista y dominacion, llevó á cabo la sujecion de todas las naciones que constituian la cuenca del Mediterráneo; cuando, ya por las dificultades físicas que creaban la extension de las fronteras y su distancia de la ciudad que les servia de centro; cuando las riquezas acumuladas llevaron consigo el exceso del lujo, y, como compañera inseparable, la afeminacion, la república no tenia nada que hacer; habia concluido. Aquel pueblo estaba maduro para la tiranía, y la obtuvo.

A su vez el imperio, cuando á través de insensata criminalidad, de inconcebible locura, y de una degradacion que contrista el ánimo, todo esto mezclado con cortos intervalos de brillantez y de humanidad que le proporcionaran algunos de los hombres que ocuparon el trono, que si dejaron tras de sí un nombre en la historia, si por instantes pudieron contener el derrumbamiento de aquel edificio que por todas partes se venia al suelo, eran, sin embargo, incapaces de evitar la catástrofe, porque al hombre, cualquiera que sea, no le es dado vencer los imposibles ni evitar la ruina de pueblos, siempre que esta obedezca á causas muy superiores á la voluntad humana; cuando el imperio estableció un derecho igual para todos los habitantes de aquel inmenso dominio; cuando, ya complementando las leyes de la república, ya dando otras; cuando, sin saberlo, sin presumirlo siquiera, obedeciendo á la ley del progreso, siguiendo las inspi-

raciones de filósofos y pensadores, de historiadores y poetas, de magistrados y jurisconsultos, creó un cuerpo de doctrina que hoy conocemos con el nombre de *Derecho romano*, el cual informa ó constituye el fondo de la mayor parte de las leyes que rigen las sociedades modernas; cuando, á través de otros muchos inconvenientes constituyó el Derecho, teniendo por fundamento y base, mejor ó peor comprendida y con mayor ó menor extension, lo que al hombre se le debe por su cualidad de tal; cuando la propagacion de una religion superior á las anteriores trajo al mundo romano un nuevo lazo de union entre pueblos é indivíduos, no ya por medio de la fuerza, sino por la union moral de las conciencias, por la unidad que dá un credo comun teniendo por base y fundamento que todos los hombres son hijos de un mismo Dios y, por ende, espiritualmente iguales; cuando, vino á ser creencia comun la caridad y aun solidaridad que encierran las palabras "no hagas á otro lo que no quieras que él te haga," á las que pueden servirle de complemento las de "ama á tu prójimo como á tí mismo;" cuando el imperio, despues de recorrer todas las fases porque pasan las decadencias, despues de ejercer toda clase de tiranías, las elevó al rango de teoría, primero en la persona de Domeciano y despues en la de Constantino, apoyados por sofistas y jurisconsultos que sostuvieron que el mando absoluto les pertenecia de derecho; cuando el último de ellos tuvo la desgraciada ocurrencia, por razones que luego hemos de examinar, de confundir en las leyes del Estado lo que pertenecia á las relaciones civiles de ciudadano á ciudadano, con respecto á sus creencias religiosas; cuando tuvo la poca envidiable gloria de ser el iniciador de aquel funesto error y desventurada idea que tantas lágrimas y sangre han costado á la humanidad, que tales perturbaciones habia de traer al progreso, que tantas aberraciones habian de producir en la humana inteligencia y que tanto tiempo habia de perder la civilizacion en su marcha, consistente en que por decretos del poder supremo se supiera la verdad dogmática á que los hombres debian atenerse; cuando por aquel hecho latente entre la civilizacion griega que habia llenado al mundo de sábios, de filósofos, de literatos y de historiadores, y la de Roma que le habia colmado de soldados y de legiones, se hizo práctica y tomó forma en el

seccionamiento del imperio la division entre Roma y Constantinopla, capital del Oriente la una y del Occidente la otra; cuando la defensa de las fronteras y la paz interior estuvo encomendada á los bárbaros que no sólo ocupaban las legiones, sino que, además, mandaban los ejércitos, sin tener más interés por su nueva pátria que un ódio inextinguible hácia ella, que el deseo del botin y de venganzas; cuando la sociedad romana se dividió en dos partes, afeminada la una repugnando el servicio de las armas como todo lo que pudiera acarrearle peligros y fatigas, débil de cuerpo por los vicios, cobarde como lo son los pueblos degradados y de inteligencia tan pobre como lo era su fuerza física y moral, y la otra compuesta de hombres rudos y groseros sin conocer más que el ejercicio de las armas, ni más idea del derecho que el que concede la victoria, despreciando, con justo título, la otra parte de sociedad de que hemos hablado, sin más interes para la defensa que les estaba encomendada que el que les dictára el orgullo de llamarse generales del imperio, ó, tal vez, emperadores, y el deseo de conservar aquel monumento sólo en la parte que les pudiera convenir para repartirse sus despojos; cuando, en fin, el imperio, con el hábito deletéreo del despotismo habia agotado todas las riquezas y muerto todas las energías así colectivas como individuales que pudieran servir para rechazar vandálicas agresiones, no le quedaba nada que hacer: estaba de más en el mundo; era, simplemente, un estorbo: debia desaparecer y desapareció. Con él con-concluye, y como en forma de pirámide, aquel período de civilizacion y de enseñanza que habia empezado en el siglo de Pericles, dando lugar á lo que se ha llamado Edad Media que habia de producir diez siglos lo ménos de tan absurda lucha contra todo adelanto ó progreso. Cuando, más tarde, el espíritu humano reclamó con fuerza sus fueros, y la inteligencia quiso hacer constar que sólo ella podia decidir de lo verdadero y de lo erróneo, hubo que volver la cara atrás y desenterrar aquellos clásicos griegos que desde tantos siglos yacian entre el polvo, condenada su lectura y castigada con sistemática crueldad, por la peregrina razon de que habian sido escritos por paganos.

Dos siglos y medio, próximamente, habia durado la monarquía antigua en Roma; un poco más de cinco la república; un

poco ménos el imperio; pero ¡qué diferencia entre los comienzos de los dos últimos¡ ¡Qué severas y viriles virtudes engendró la primera! ¡Qué debilidad de carácter, qué de hipocresía, qué de traiciones y espias, qué delatores produjo el segundo! Apuntados quedan, como en breve bosquejo, los rasgos principales de uno y otro. Si nos detenemos á hacer algunas reflexiones más, es por la influencia decisiva que han tenido en lo que indica el epígrafe de estos trabajos. Durante ellos se verá que, si bien con desigual fuerza, jamás se extinguieron por completo en España las ideas de república y de imperio. Antes de entrar en este detalle, nos permitiremos apuntar una observacion sencilla. Cuando los pueblos regidos por formas republicanas pierden sus virtudes y su energía, la república es insostenible y la monarquía la reemplaza. Inversamente: cuando pueblos regidos por la forma monárquica, ya sea merced á sus antiguos fueros, ya por concesiones obtenidas, llegan á alcanzar un grado de prosperidad y notable desarrollo intelectual, el primer acontecimiento de alguna trascendencia, afortunado ó desgraciado, cualquier necesidad de lucha, cualquier hecho, en fin, de alguna importancia, hace cambiar la forma de gobierno: á la monarquía sucede la república. Señalamos la ley histórica, absteniéndonos de todo comentario.

Sucede con frecuencia, que los pueblos formados por la conquista ó la colonizacion de otros, si estos tienen la forma monárquica, aquellos concluyen por adoptar la republicana; lo cual tiene su explicacion sencilla. Los emigrantes, en término general, son personas que, con diversos grados de fortuna, van á las colonias con esperanzas de aumentar su bienestar, dedicándose á la industria. Por consiguiente, las tradiciones y áun preocupaciones de la madre pátria concluyen por ser abandonadas, ó, cuando ménos, dominadas por el espíritu de igualdad que se desprende de hombres que, en diferentes grados de cultura, alcanzan diversas posiciones, debido á su trabajo é iniciativa individual. Además, lo mismo el comercio que la industria, van generalmente unidos al espíritu de economía, y de aquí que todos los gastos de ostentacion y de aparato que la metrópoli conserva por sus tradiciones, son, generalmente, eliminados y con tendencia constante á conservar sólo, y áun dotar con al-

...lica la fundan los pueblos para engrandecerse ...nalmente una mentira. La Revolución francesa ...clamó la República y sus consecuencias han sido ...

guna esplendidez, aquellos servicios que son reproductivos. Segun que las leyes de la metrópoli estén informadas del espíritu de libertad ó del de absolutismo militar ó teocrático, segun que las naciones estén más ó ménos adelantadas en el gobierno de sí mismas; así las repúblicas prosperan ó pasan por un largo período de perturbaciones, dictaduras y anarquías: de esto son buen ejemplo las repúblicas americanas, segun su orígen inglés ó español. En las colonias existe tal tendencia á la igualdad y á la separacion de la metrópoli al llegar á cierto estado de cultura que, áun en el caso, algo fortuito, de ponerse al frente individuos de la familia que se creen con derecho hereditario llamados á gobernar, no son bastantes á evitar la separacion y supresion de las aristocracias. Buen ejemplo de esta afirmacion es el actual imperio del Brasil. A consecuencia de las invasiones napoleónicas, la familia de Braganza emigró á América; se puso al frente del Gobierno de aquella vasta colonia; pero, al poco tiempo los habitantes del país hicieron saber á su nuevo emperador que para serlo era preciso renunciar á la corona de Portugal, porque no permitirian fuesen las dos unidas. Es decir, que, sobre todo, estaban dispuestos á la separacion. Por lo que hace á la aristocracia, sólo hasta cierto punto respetaron las tradiciones de la metrópoli; pues si bien aquel emperador tiene la facultad de conceder nobleza y distinciones, éstas no son trasmisibles y sí sólo vitalicias. Sea dicho, como de pasada, si lógica pudiera haber en tales vanidades, esta lo seria, y no así la famosa herencia que la encontramos aún inferior á la ley que sobre el particular rige en la China, donde la nobleza asciende, pero no desciende.

Estos ejemplos que nos permitimos citar, además de creerlos convenientes y de interés de actualidad ó de porvenir para nuestra pátria, son congruentes al asunto que venimos tratando relativo á la situacion de las naciones conquistadas, con respecto al poder central. En efecto: si en lo que en Roma llamaban las posesiones de Ultramar no estaban en caso idéntico con las colonias modernas, habia, sí, mucho de análogo en todo aquello que se refiere al deseo de independencia, tanto más si se tiene en cuenta que parte de las modernas formaron su núcleo principal con hombres salidos de la metrópoli, sin que estos mezcla

ran su sangre con los aborígenes ó conquistados. Estos, por otra parte, eran tan en escaso número, diferia tanto su civilizacion de la de los invasores, habian hecho tan escasa, ó, mejor dicho, nula resistencia á los nuevos huéspedes, que, lógicamente pensando, no podia esperarse que su influencia se hiciere sentir de un modo perceptible en los futuros destinos de las colonias. A pesar de esto, los hombres que tenian la misma lengua, leyes y costumbres de la metrópoli, aprovecharon la primera ocasion oportuna para emanciparse de lo que pudiéramos llamar pátria potestad. Se desprenden de aquí dos consecuencias principales. Primera: si esto sucede con las modernas colonias, con más fuerza debia suceder con las provincias que se llamaban España, Galia, etc., que de tal suerte supieron luchar por su independencia y que alcanzaron un alto grado de prosperidad no dejando, ni por un sólo momento, de sentirse con fuerza la influencia de los vencidos. Segunda: las naciones modernas deben cuidar con gran esmero el dirigir sus pasos á fin de que cuando la hora de la emancipacion suene, las colonias puedan constituirse en naciones prósperas y ricas sin atravesar por esos largos períodos de perturbacion y aniquilamiento por que han pasado y están pasando aquellos lejanos países que un tiempo formaron parte integrante del imperio español. En una palabra; los lazos que liguen las colonias con la madre pátria, han de ser cada vez, al parecer, más flojos; pero en realidad, más fuertes. De este modo aquellos habitantes lo sentirán sólo como un medio de proteccion y amparo y no de opresion; y, por consiguiente, ningun interés tendrán en romperlo. Así lo ha comprendido Inglaterra, y por eso se ha dado el caso repetido, al proponer á algunas de sus colonias que se federaran entre sí y emanciparan de su madre pátria, que éstas contestaran, creian más de su conveniencia estar unidas á la metrópoli.

Cinco siglos vivió la república romana. Cuando fué suprimida la monarquía, Roma, rodeada de enemigos en Italia, estaba á la defensiva. Ya fueran las antiguas colonias griegas, ya la gente ménos culta de la Península, ya federaciones comparativamente potentes, es lo cierto que apenas podia vislumbrarse el porvenir que estaba reservado á la ciudad de las siete colinas. De la defensiva pasó á la ofensiva; pero, ¡con qué constancia,

qué resolucion en los propósitos, qué firmeza en la manera de llevarlos á cabo, qué consecuencia en su conducta, qué éxito en las empresas, qué serenidad en la desgracia, qué sucesion de hombres de valía, qué modelos de ciudadanos, qué inflexibilidad y qué dureza en castigar á los generales ó caudillos que de palabra ó por sus hechos llegaron á hacerse sospechosos de querer atentar contra las instituciones ó sobreponerse á las leyes! Habla Coriolano en el Senado contra la institucion tribunicia, y no obstante de pasar por uno de los hombres más importantes de su tiempo, esto no le salva de ser perseguido con todo el rigor de la ley, y para salvar su cabeza tiene que buscar amparo y auxilio en los enemigos de Roma. Salva otro general á la ciudad de la invasion de los galos, se hace sospechoso de aspirar al mando absoluto, y es separado de las legiones, encausado y azotado hasta morir en la flagelacion. La mujer es mirada como una propiedad, cierto; pero qué respeto hácia ella en el hogar doméstico; es considerada como la propiedad de su marido, pero se la mira como el ángel custodio de las virtudes cívicas. Es orgullosa y altanera, pero comprende la importancia de su papel, y en ella no encuentra misericordia ni aun su marido ni sus propios hijos cuando alteran las buenas costumbres, faltan á las leyes de la república.

El divorcio está autorizado, y lo que es más, el marido puede repudiar á su mujer. Sin embargo, pasan cinco siglos sin que se verifique una separacion, y se necesita poco ménos que una revolucion para que un alto personaje haga uso de lo que la ley le concede por motivos de esterilidad. Se encuentra Roma con otra república rival más rica y poderosa que ella y con posesiones poco ménos que en la misma Península itálica, y Roma se apresta á la lucha y no transige hasta vencer á su enemiga. Acomete á la república romana uno de los primeros caudillos de la antigüedad, derrota sus legiones en diferentes encuentros, corona sus triunfos en la célebre batalla de Cannas. Roma pierde una gran parte de sus defensores y hombres más distinguidos: no desmaya por esto; á nadie se le ocurre transigir, Roma no entra en tratos con el enemigo mientras que éste pise el suelo de la pátria. Sus recursos parecen agotados; pero, ¡qué importa! allí está el patriotismo, la energía y el valor de sus ciu-

dadanos; no admite trégua, no se dá momento de reposo hasta vencer á su ilustre enemigo y acabar con su temible rival.

Luchan sin trégua ni descanso un año y otro año, una generacion y otra generacion, los partidos oligárquico y plebeo, pero ninguno de ellos piensa en aceptar los auxilios con que le brindan los enemigos de la república. Los unos ceden el terreno palmo á palmo; los otros avanzan, tomando posiciones cada vez más importantes. Si aquellos tienen que sufrir la molestia de una oposicion constante y tenaz, y estos la injusticia, la estrechez de miras y el egoismo de sus rivales aristócratas, habiendo peligro para la pátria todos marchan de comun acuerdo, todos prestan su concurso. Por más que el orgulloso patricio mire con desdeñosa altivez al plebeo, no se opone, en último extremo, á que éste alcance los primeros puestos en la milicia y se haga, por su valor y virtudes guerreras, el igual suyo. Sufre el pobre labriego el peso del impuesto, la usura de sus avaros señores; pero si se halla la pátria en peligro ó empeñada en lance de honor con el extranjero, sus vacilaciones concluyen, empuña las armas y se porta como bueno, con un entusiasmo tal que no llega siquiera á aminorar la perspectiva de que al conseguir la victoria le espera la prision por deudas que tan duramente ejercian los privilegiados. En fin, la república marcha un siglo y otro siglo de victoria en victoria, de conquista en conquista, hasta dar á sus dominios una extension tal como ningun otro imperio habia tenido. Los pueblos más belicosos, iberos, ilirios, tracios, galos, germanos, etc., sucumben á su energía y á su constancia. Los grandes imperios del Oriente ó se encuentran tan separados de Roma que no pueden tener con ella ningun contacto ó sucumben, en la mayoría de los casos, con poca resistencia, al empuje de las legiones romanas. Y aquellos déspotas que se creian descendientes de los dioses y se ofendian de que sus súbditos los mirasen á la cara, se convierten en unos menguados aduladores de los ciudadanos del pueblo-rey.

La república, en fin, conquista todos los territorios del mundo entonces conocido. Pero, ¡qué diferencia entre las conquistas llevadas á cabo por la república romana y las efectuadas por un conquistador, siquiera fuera éste un Alejandro. El héroe macedónico, cuando logra ponerse al frente de las fuerzas griegas,

conquista en corto tiempo la mayor parte del Asia, sujeta á los pueblos vencidos á su carro de triunfo, saca de ellos ejércitos con que aumentar sus escogidas, aunque cortas falanges, logra que se compenetren las civilizaciones de Grecia y del Oriente, es con los vencidos de una humanidad y clemencia que el mundo antiguo no conocia, subyuga imperios, funda ciudades, hace marchas rápidas por países desconocidos, lleva su audacia hasta un punto inconcebible para aquellos tiempos, en medio de las más rudas batallas efectúa movimientos peligrosos, aunque de superior estrategia, hasta el punto de que muchos siglos más tarde habian de dar el triunfo y no escasa gloria al gran Napoleon; pero muere el héroe, su vasto imperio se divide entre sus lugartenientes, y un período de anarquía, de guerras sin cuento y de descomposicion sucede á la admirable marcha del hijo de Felipo. La república romana, en cambio, avanza siempre sin retroceder nunca; donde pone su planta allí queda sentada su dominacion. Si el discípulo de Aristóteles dispone de los grandes recursos que le proporciona la brillante y superior civilizacion griega, Roma, con un ingénio muy inferior al helénico, pero con un sentido práctico admirable, logra integrar pueblos que eran enemigos entre sí, y que, cuando no podian satisfacer sus instintos de sangre en las grandes guerras y batallas campales, se daban el placer de pelear unos con otros, de tríbu á tríbu, de pueblo á pueblo, de indivíduo á indivíduo. Si Roma puede llevar á los pueblos por ella subyugados aquella potente civilizacion que la helénica península derramaba por doquier, les llevaba, en cambio, la idea del derecho que, imperfecto y todo como era, constituia un inmenso paso dado en el camino del progreso; y, en una palabra, valiéndose de la fuerza, lograba integrar tan opuestas nacionalidades y realizaba aquella gran revolucion que, más tarde ó más temprano, habia de producir la civilizacion moderna.

Cuando la república concluyó de conquistar; cuando perdió sus costumbres severas, y por consiguiente, su virilidad; cuando las fatales consecuencias de una organizacion gerárquicamente militar acumularon inmensas riquezas en la Ciudad Eterna; cuando á consecuencia de ellas vino el ócio, el desarrollo de todos los vicios, la corrupcion de las costumbres, el afeminamien-

to de aquellos descendientes de los héroes que habian conquistado el mundo; cuando, obedeciendo á la misma causa, abandonaron los ciudadanos, por un lado, la formacion de los ejércitos, dejando que la ocupacion militar se convirtiera en oficio y que la nacion quedára dividida entre soldados y ciudadanos, y por otro, toda ocupacion ó trabajo á manos esclavas; la república, como no descansaba sobre la ancha base de ciudadanos severos, robustos y valerosos, que así podian servir á su pátria en la paz como en la guerra, y si, en dos secciones, de parásitos una, y de séres degradados otra, no podia subsistir. Era forzoso, pues, que le reemplazasen el absolutismo, el cual se acomoda mejor á dominar sobre sociedades corrompidas. Además, habia problemas que la república no habia resuelto y que el imperio, áun á costa de lo que en Roma llamaban libertad, debia resolver. Nos referimos á la igualdad, tal como en aquellos tiempos se conocia.

El imperio no estendió las fronteras que tenia Roma en tiempo de la república, á pesar de tener emperadores como Trajano, que querian seguir las huellas de Alejandro, y militares esforzados como Tito, Juliano, Constantino y otros. Pero hay más: si se exceptúa el imperio chino, cuya historia y orígen no son bastante conocidos, ninguna de las conquistas llevadas á cado antes y despues de Roma, tuvieron la consistencia que las efectuadas por aquella república. El imperio de Occidente, fundado por Carlomagno, se deshizo cuando faltaron sus potentes manos para sostenerlo, y una cosa análoga ha sucedido en el imperio germano, y más tarde con los sueños de monarquía universal de la Casa de Austria y Cárlos V. Las grandes conquistas llevadas á cabo por los caudillos de Oriente tuvieron la fuerza y la poca duracion del rayo, sin dejar tras de sí nada que la civilizacion pueda apreciar. Y si, posterior á Roma, las conquistas árabes fueron más rápidas que las de la célebre república, y dejaron tras de sí grandes elementos que la civilizacion moderna empezó á apreciar, aquella no fué llevada á cabo por ningun déspota, sino por un pueblo entero que peleaba por el fanatismo de una idea. Pero como todo lo que hace relacion á la grandeza y decadencia de los árabes entra de lleno en la índole de estos trabajos, de ella hemos de ocuparnos más tarde, si bien dentro de la

brevedad que el caso requiere, con alguna detencion, por exigirlo así la influencia que aquel acontecimiento ha tenido en los destinos del pueblo ibérico.

Constantemente se ha verificado en la historia que, en igualdad de circunstancias y aparte de los momentos decisivos de evolucion, las repúblicas han sido más fuertes que las monarquías. Dejando á un lado algun ejemplo que pudiéramos sacar de los otros continentes y de la misma España sin más que recordar lo que se ha dicho sobre Numancia, y concretándonos á tiempos relativamente más modernos, Grecia primero, luego Roma, las repúblicas italianas de la Edad Media, las provincias unidas cuando se separaron de España, Suiza en el siglo XV, y nada decimos de las modernas, porque están á la vista de nuestros lectores; han sido aquellas más fuertes y poderosas que lo que podia esperarse de su exíguo territorio, y más de una vez han dado lecciones muy duras á las grandes monarquías que las rodeaban hasta el punto de solicitar su apoyo y tomarlas por centro de coaliciones. Si hay algo en la actualidad que puede rivalizar con ellas es la poderosa Inglaterra que, en el fondo, no es otra cosa más que una república liberal y medio aristocrática.

Este fenómeno, con tal constancia repetido y el de que en los países regidos por esta forma el sentimiento de patriotismo se desarrolla con mayor entusiasmo, no pueden atribuirse símplemente al azar y sí á alguna razon fundamental ó ley. En puridad hablando, las repúblicas democráticas sólo han sido conocidas en la edad presente, porque dicho queda lo que eran las democracias griegas. Pero allí como en Roma, Venecia, Florencia, Génova y Suiza, aun las más oligárquicas y las organizadas militarmente, como pasaba á algunas de ellas, eran siempre una mezcla de aristocracia y democracia.

En la misma Roma, que se hallaba en el caso que acabamos de citar, si el patriciado y los nobles más tarde, además de formar una gerarquía militar, tuvieron una participacion tan poderosa en el dominio público, la democracia estaba representada en el Municipio y Asambleas; y si bien disiminuida su influencia por la importancia que se daba á la clase privilegiada y á la division de la propiedad, es lo cierto que no existia nada, ningun acto importante donde no hubiera necesidad de contar

con su voto. Ahora bien; un general austriaco ha dicho que un pueblo es inconquistable cuando todos sus hombres son soldados á la par que ciudadanos. Esta afirmacion, aplicada exclusivamente á la guerra, nos indica la solucion del problema, ó por lo ménos, nos dá alguna luz que puede servirnos de guía. Como las inteligencias y las aptitudes, lo mismo que la especie de valor personal son tan diversas de indivíduo á indivíduo, cuando las de todos los habitantes de un país están en actividad, pasa algo análogo de lo que sucede con el cruzamiento de razas. En rigor, no se suman; se compenetran y modifican de manera que producen una resultante que en vano se buscaria cuando alguna de las clases sociales, sea por la opresion de un déspota, sea por una oligarquía cerrada que pese sobre ellas, no está en disposicion de poner de manifiesto todos los talentos y todas las aptitudes, perdidas solo en casos muy excepcionales en medio de esa inmensa mayoría que compone las naciones, que forma, como si dijéramos, el grande Océano de las sociedades modernas, y que se llama pueblo. Esto sentado, por las leyes generales de la inércia, en los países regidos por instituciones liberales y democráticas, el indivíduo, no sólo no encuentra trabas que estorben el completo desarrollo de que él es susceptible, sino que, acostumbrado á respetar y ser respetado, á no tener que ocultar lo que piensa ó cree mejor, adquiere una virilidad de carácter y una energía personal, aumentada por la ley de la herencia, que en vano se buscará en los pueblos que viven bajo el yugo del despotismo. Hay más aún: ejercitada su actividad desde los primeros años, ésta se desarrolla en todas direcciones, lo mismo en el trabajo que en la guerra, lo mismo en la política que en la industria, lo mismo en las ciencias que en las artes; y los talentos de excepcion, cualquiera que sea el punto hácia donde converja su espíritu, léjos de encontrar en la sociedad un estorbo, hallan no pocas veces, siquiera sea por egoismo y deseo de lucro, campo á propósito para desenvolver su inteligencia, su actividad ó su energía hasta el límite de que el indivíduo sea susceptible.

Este desarrollo que alcanza, si, con frecuencia, le es provechoso, lo es mucho más á la sociedad en que vive, la cual recibe grandes beneficios de toda actividad útil. Por otro lado,

por condiciones psicológicas inherentes á la humana naturaleza, el hombre se interesa por todo aquello en que toma una parte activa, como expone con gran claridad el célebre Stuart Mill cuando sostiene que debe darse el voto político á las mujeres, porque entiende que así tomarian no ménos interés que el hombre en la cosa pública. Pues bien: en los pueblos regidos por instituciones liberales, y aparte del tiempo no escaso y de las dificultades que hay que vencer para que tomen hábitos y costumbres de hombres libres, concluyen por mirar con cariño y como cosa propia la gestion pública. De aquí que el patriotismo, que no es, en último término, más que una de las formas del egoismo, tal vez la más noble, se desarrolle con más fuerza en los países regidos liberalmente que en los que están guiados por los caprichos de un déspota. La historia comprueba con numerosos hechos cuánto más difíciles son de conquistar y someter las repúblicas que los grandes imperios. Pero, no hay que equivocarse: así como es más importante hacer electores por medio de la instruccion, que conceder el voto á quien no sabe hacer uso de él, así las formas de Gobierno necesitan, tanto como los derechos políticos, garantía de los demás, que la mayoría de los ciudadanos tengan á la par la cultura que los tiempos requieren, y la actividad y severidad de costumbres, que son la base única en que se puede apoyar la grandeza de los pueblos.

Se ha dicho anteriormente, que la libertad en la república romana no ha perdido nunca en el sentido que hoy se dá á esta palabra, y que la igualdad les era completamente desconocida. En efecto, la ciudad ó el Estado lo era todo: el indivíduo no era nada. La sociedad estaba organizada, tomando por tipo la familia, en la cual no existia más personalidad que el jefe, con derecho decidido sobre sus hijos y su mujer, hasta el punto que aquellos no estaban en realidad emancipados, mientras que el padre vivia, ni tenian propiedad, y todo lo que ganaban, cualquiera que fuese su posicion, pertenecia en absoluto al padre. Si algunas emancipaciones se verificaban, era por una ficcion y simulando una venta. La mujer carecia de personalidad hasta un punto tal, que no era responsable de sus acciones, y sólo el marido estaba obligado á pagar por ella é indemnizar de los daños ó perjuicios causados. Realmente, la mujer era mirada como una

propiedad, poco más ó poco ménos que pudiera serlo un objeto material; de suerte que, ante la ley, era una cosa. Claro está que, como las leyes sociales no pueden encontrarse en oposicion con las naturales, cuando lo están quedan burladas en todos los momentos, y son motivo de perturbacion. La mujer ejercia, á pesar de todo, la influencia que le dan sus condiciones diferentes de las del hombre.

Los reyes eran electivos y todas las clases tenian parte directa ó indirecta en la eleccion; pero, una vez elegidos, sus facultades eran tan ámplias que bien puede asegurarse que la vida é intereses de los ciudadanos quedaban á merced suya, sin que encontrase más límites su poder que el natural que habia de oponerle la fuerza del patriciado. Cuando fueron expulsados, heredaron los cónsules sus facultades. De manera que la libertad del ciudadano, considerado como hombre, no existia tampoco en tiempo de la república. Dicho de otra suerte: existian solo dos polos sobre los cuales giraba la política de Roma, la ciudad y el ciudadano. El derecho del hombre, como personalidad humana, no se concebia en aquel tiempo, y en el de la república estaban muy lejos los romanos de tener la libertad efectiva de que gozan hoy los indivíduos de una nacion con Gobierno representativo, aunque sean de los países donde el derecho tiene más restricciones. Esto no es de extrañar, si se tiene en cuenta que hoy mismo existen repúblicas que, bajo ese punto de vista, les falta mucho para llegar al estado de algunos países regidos constitucionalmente. Lo que antecede una vez más nos comprueba que, si ciertas formas de gobierno son las más lógicas y naturales para los pueblos que han alcanzado un alto grado de cultura, y tienen, por consiguiente, que disfrutar de una ámplia libertad, es no ménos cierto que las formas de gobierno no son siempre garantías de órden en un caso y de libertad en el otro. Toda la organizacion de la república romana obedecia á su objetivo principal que era la conquista, y en su consecuencia á la necesidad de una gran concentracion de poderes.

La inmensa acumulacion de tesoros en la Ciudad Eterna cuando, al llegar los últimos tiempos de la república, tan extensas conquistas habia efectuado, llevaba consigo fatal y for-

rosamente, además de todos los males ya indicados, la riqueza y pobreza extremas, viviendo la una al lado de la otra. El trabajo encomendado á manos esclavas, el ejercicio de las armas á mercenarios nacionales y extranjeros, el desenfrenado lujo, el refinamiento de goces, la grosera glotonería y toda clase de vicios, producia, además, una funesta situacion, si no tan repugnante á la moral, de efectos más terribles en la esfera política ó para la integridad del Estado. Sobrados motivos tenemos los españoles para conocer el mal que vamos á indicar: la poblacion de la Ciudad Eterna, en sus diferentes clases y categorías, era por completo improductiva, y creyéndose excesivamente rica, marchaba á pasos agigantados á un extremo de pobreza ó á vivir del esquilmo de las provincias.

Lo que venia á agravar tal situacion es que marchaban á un desenlace fatal sin conocerlo y sin que fuera dado, más que á algun génio raro y escepcional, el comprender la fatal pendiente, por la cual rodaban, hasta llegar al precipicio. Roma era consumidora, pero no productora. Desde los artículos de primera necesidad hasta aquellos que servian para alimentar las orientales ostentaciones y los refinamientos del lujo, todo iba de las provincias. Por las mismas razones y otras indicadas, el suelo feraz de Italia habia dejado de producir, y España, Sicilia y Africa eran las encargadas de suministrarle los cereales, los vinos, los aceites, las lanas, todo, en una palabra. El comercio de la gran ciudad era perfectamente pasivo. Los medios empleados imponiendo la tasa de los cereales y otros géneros á las provincias, malos como eran, no estorbaban que el dinero de la gran ciudad saliese todos los años en cantidades enormes para los diferentes territorios más ó ménos lejanos de la itálica península. Pero Roma tenia, debido á la conquista, inmensos capitales acumulados, y su ilusion consistia en creerse inmensamente rica por la posesion de tales tesoros, siendo así que, realmente, no era más que una especie de buzon, por medio del cual se esparcian los capitales allí acumulados. De suerte que de una manera más lenta y más conveniente para las naciones conquistadas, las riquezas que les habian sido arrebatadas por la violencia y conducidas á la gran ciudad, salian todos los dias por sus puertas para no volver á los países donde provenian; pero, con esta no-

table diferencia: que ahora, si bien volvian lentamente, era contínuo el movimiento, y á cambio de los productos de la tierra y los de la industria del hombre que se reproducian un año y otro año, una generacion y otra generacion. A proporcion que las provincias se enriquecian, se empobrecia la ciudad central; y, como el trabajo acumulado, ó sea el capital, es un poderoso elemento de produccion, y el que existia en Roma, por grande que fuere, era improductivo y tenia un límite dado; resultaba forzosamente que ésta habia de agotar todos los valores que poseia, so pena de acudir á medios violentos para sacar el jugo y la sávia de las provincias. Así sucedió: en tiempo de la república, como del imperio, no retrocedió ante las vejaciones, el tormento y la muerte, á fin de aumentar la tributacion en la medida que lo exigian sus necesidades.

Pero estos medios extremos llevaban consigo grandes inconvenientes. Uno de ellos consistia en que Roma, en obsequio de la cual se las obligaba á aceptar sacrificios, seguia considerándose como la señora de todas las otras ciudades que á tan inmenso territorio habian sido agregadas por el derecho de conquista; y esto habia de determinar en ellas, necesariamente, ó el deseo de la emancipacion, que no llega jamás á extinguirse en los vencidos, ó el de que apareciera un amo que si á todos podia privar de aquella libertad aparente, les diese, en cambio, la igualdad á que tanto aspiraban por dignidad y utilidad propia. Tenian motivos sobrados para desear que Roma fuera, á lo sumo, la capital del imperio, pero no la señora de todas las otras naciones, con tanta más razon, cuanto no hay riqueza efectiva para aquellas más que la que es producto del trabajo y la constancia de todos los que las componen. Y como quiera que ellas producian y Roma consumia, resultaba que aquella terrible desigualdad se hacia moral y materialmente odiosa. Si á esto se añade que las disputas y guerras civiles de Roma tenian por objetivo el disputarse los beneficios del poder y los provechos del dominio público, ó, dicho de otra manera, que los ciudadanos se habian hecho incapaces de gobernarse á sí mismos, por una ley bien conocida que lo mismo tiene aplicacion á aquellos tiempos que á los actuales, y consiste en que cuando los pueblos no saben ser los dueños de su propio destino no les

queda más arbitrio que perecer ó ser gobernados por un amo; era fatal que la república sucediera el imperio.

Los pueblos que aspiran al ejercicio del *self-government* no deben olvidar jamás que si la libertad es un don precioso que tanto enaltece al hombre, antes que ella, y como condicion indispensable, está la tranquilidad y la marcha ordenada; y que, si por acaso, las dos se hallan en contradiccion, los pueblos sacrifican constantemente y sin vacilacion de ninguna especie la primera á la segunda. De esto bien saben aprovecharse los ambiciosos de todas las naciones, porque conocen bien que cuando llegan esos casos extremos, los pueblos, que obedecen más á los afectos del sentimiento que á los consejos de la fria razon, no vacilan en conocer todos los derechos de la soberanía al que les ofrece tranquilidad y órden; y, como sucede en tales casos, lejos de pensar en armonizar aquellos dos elementos necesarios é indispensables para la marcha progresiva de las naciones, sacrifica por completo uno de ellos, atribuyendo á la libertad los excesos que á su nombre se han cometido y que á nadie perjudican tanto como á ella misma. Esa especie de ceguedad se explica fácilmente si se tiene en cuenta que, por condiciones de impresionabilidad de todas las multitudes, el remedio para un exceso es constantemente otro contrario, y además puede asegurarse, en términos generales, que el valor y la serenidad pertenecen al indivíduo y nunca á las colectividades. De suerte que, es tal el pavor que se apodera de la mayoría de los ciudadanos que, ante el terrible aspecto de la anarquía, es inútil llamarles á la razon ni intentar hacerles comprender que esta por su propia naturaleza es pasajera y momentánea, mientras que el absolutismo, cuando llega á poner su planta sobre un pueblo, es de larga duracion.

El imperio, como es de ordenanza en tales casos, supo aprovechar el cansancio de tanta anarquía y tantas guerras civiles, y, como se ha repetido más tarde, en nuestros dias hizo fórmula suya aquello de "El imperio es la paz." Augusto tuvo mucho cuidado de no extender las fronteras y evitar toda guerra exterior, mientras la integridad del imperio no lo exigiera. Además, como era natural, despues de períodos tan agitados, la administracion se hallaba en un estado lamentable, y dió algunos regla-

mentos y leyes necesarias. Muerto él, ocupó el supremo poder Tiberio. No se creyó obligado á guardar los miramientos de forma que su padre político habia tenido por conveniente respetar. Con él empieza aquella série de emperadores mónstruos, y, sin embargo, este sér de extraordinaria maldad que ha hecho perder la vida á algunos por la grave irreverencia de no saludar á sus estátuas, no dejó de interesarse por la administracion, y alguna cosa hizo para cortar los abusos que habia en la cobranza de impuestos. Y como un cortesano le indicára que podia sacarse á los pueblos una cantidad mayor que la con que tributaban, pronunció aquellas célebres palabras, que fueron como una órden general para todos los Gobernadores: "El buen pastor debe esquilar las ovejas, pero no desollarlas."

La circunstancia de ser el primero que se llamaba emperador un hombre como Tiberio, hace exclamar á Montesquieu: "aquí es "donde puede verse el espectáculo de las cosas humanas. Basta "para eso traer á la memoria la historia de Roma: tantas guer- "ras emprendidas; tanta sangre derramada; tantos pueblos des- "truidos; tantas acciones notabilísimas; tantos triunfos; tanta "política y prudencia; tanta constancia y valor; aquel proyecto "de invadirlo todo, tan bien formado, tan sostenido, y tan admi- "rablemente llevado á cabo, ¿á qué han conducido? Solamente á "saciar el espíritu ó el placer de cinco ó seis mónstruos." El autor de *El Espíritu de las Leyes* tiene razon, mirada la cosa en sí y no en los fundamentos que la determinaban. El imperio era, seguramente, un mal camino; era prolongar la vida unos cuantos años sin esperanza de una cura radical, pero, al fin, era un remedio que servia para alargar la vida de un enfermo; y lo que es más, era, en medio del caos, una solucion favorable al progreso en este sentido: venia á completar la evolucion que la república habia emprendido y efectuado en una de sus partes, consistente en llevar la civilizacion romana á todos los pueblos bárbaros que habia conquistado. Pero si estos, á consecuencia de su incorporacion á la gran república, y debido á la fuerza del poder central, habian dejado de mirarse como enemigos encarnizados, y sustituido á las relaciones de una guerra contínua las más pacíficas y progresivas del comercio y del cambio, no tenian, sin embargo, más derechos que aquellos que la señora del mundo

habia tenido á bien concederles. De modo que, en puridad hablando, el derecho se refería sólo á los ciudadanos romanos, y si alguno era concedido á las naciones conquistadas, era como un don gracioso del vencedor.

El paso dado por la república era inmenso, para lo cual no habia más que volver la cara á lo que pasaba algunos siglos antes y comparar los dos Estados de Europa. Los bárbaros del Oriente y Occidente no respiraban más que sed de sangre, y para satisfacerla, ó luchaban entre sí ó sólo tenian relaciones con los otros pueblos en los campos de batalla. ¡Qué cambio en ochocientos años! Aquellas infranqueables murallas que el oro y el orgullo habian levantado yacían por tierra. Las Galias, la España, la Bretaña hablaban la hermosa lengua latina, y aunque con mucha variedad en la forma, obedecian en el fondo á las mismas leyes que las de Roma. Aquellos griegos que tan adelantados estaban sobre los demás pueblos, á los cuales despreciaban por bárbaros, eran ahora los conciudadanos de los habitantes del Asia, del África y Occidente de Europa. Las guerras, que antes eran de ciudad á ciudad, de tríbu á tríbu, ahora existian sólo en las fronteras del territorio. Pero faltaba una parte de la evolucion: en realidad, los pueblos estaban agrupados, mas no integrados, y aun hoy falta mucho para que forme un conjunto armónico, y entonces puede decirse que faltaba todo. Los pueblos, como las individualidades, no están realmente unidos, mientras que los derechos ó intereses de uno ó varios están profundamente lesionados. La primera base, é indispensable, para que la union sea fuerte y duradera, es que ésta se haga y se conserve por la voluntad de todas las partes. La unidad de aquellos vastos dominios habia sido hecha por la conquista, y las huellas de ésta estaban patentes por la diferencia entre vencedores y vencidos. La república se habia hecho vieja, y las leyes generales de la vida la condenaban á morir sin remedio, como pasa á los poderes cuando son incapaces de resolver los problemas que las necesidades de los tiempos exijen. Era indispensable que la igualdad en el derecho, tal como en aquellos tiempos se concebia, no tuviera por límite los muros de Roma ó las fronteras de Italia, sino las de aquel vasto dominio. Este era el problema que venia á resolver el imperio: en medio de lágrimas y

desgracias, es verdad, á costa de grandes sacrificios, y en un piélago de vicios y degradacion que horroriza; pero, al fin, la evolucion quedaba completada.

Las provincias comprendieron intuitivamente, si no la evolucion que se verificaba, por lo ménos que el imperio iba á favor de sus intereses; así que su advenimiento fué por ellas recibido hasta con entusiasmo. Por una parte la fascinacion que producia aquella monarquía, que creian universal, y que más de una vez llenó de asombro y de estupor á los mismos bárbaros, que más tarde habian de repartirse sus despojos; por otra, la consideracion de que el emperador era el jefe y amo de todos, y que, por ende, tenia interés en ser igualmente querido y respetado por los romanos que por los habitantes de cualquier otra provincia más lejana; y lo que tambien es digno de tenerse en cuenta, que los actos de feroz extravagancia y de insensata tiranía, llevados á cabo por aquellos que hemos llamado mónstruos, y que tan al principio iniciára Tiberio, ó no eran previstos por las multitudes, ó cuando llegaron á verificarse eran, naturalmente, más sensibles para los habitantes de la ciudad central que para los que vivian en lejanos países. Pero hay más; parece una paradoja, y sin embargo es lo cierto, que la muerte de la república y su reemplazo por el imperio, dió lugar á la formacion de varias repúblicas, que, si no tenian el nombre, esa era su manera de ser en el fondo. Llegaron á gozar, en medio de aquel despotismo, de tal independencia, que no sólo en España, por ejemplo, habia ciudades confederadas que discutian los asuntos que interesaban á la generalidad en asambleas ó concilios, sino que ciudades francesas, como Marsella, formaban alianzas ofensivas y defensivas con ciudades españolas. Esta especie de anomalía es más frecuente de lo que se cree, y en la série de estos estudios veremos que la idea, harto persistente, de fundar el imperio ibérico, y por consecuencia, dar unidad á los diferentes grupos que componian la Ibérica Península, ha producido como realidad inmediata, fraccionamientos de gran monta, alguno de los cuales no han dejado de dar, hasta en los actuales tiempos, sus funestas consecuencias.

Por las razones indicadas y por lo que halaga nuestra fantasía, la unidad es en todas las cosas, y más en política, tanto más

deslumbradora é irrealizable, cuanto mayor es su extension. Los emperadores y los pueblos pensaban que el amo de Roma lo era del Universo; y los poetas, ya por lisonjear al nuevo amo, ya tambien haciéndose eco de la pública creencia, se dieron á celebrar la gloria del fundador del imperio. Oigamos á uno de ellos: "el imperio de Augusto abrazará toda la tierra habitable y el mismo mar será su esclavo". Otro escritor dice: "desde que César nos manda, el sol se levanta y se pone en el imperio romano: éste concluye sólo donde termine el mundo". Roma es la ciudad que del alto de las siete colinas vigila el Universo; es el asiento del imperio y la morada de los dioses." Prescindamos, por un momento, de la poca exactitud de las palabras *Mundo* y *Universo* y de la exageracion que llevaban en sí; pero bien puede asegurarse, y la experiencia viene en nuestro auxilio para hacer esta afirmacion, que el lenguaje del pueblo era el mismo que el de los poetas. Pues qué, ¿no sabemos hasta qué punto cegó la vanidad al pueblo español cuando sus dominios aquende y allende los mares llegaron á tener una extension de 18 millones de kilómetros cuadrados? ¿Cómo seria posible, entonces convencerles que allí empezaba su ruina y decadencia? Pues qué, ¿en nuestro irreflexivo patriotismo y en nuestra meridional imaginacion y obedeciendo á una ley general de las sociedades humanas y aun de los indivíduos, de que cuando viene la decadencia, sea por culpas propias, por sucesos extraños ó por las leyes que rigen al reino animal, lo último que se pierde es la vanidad de lo que se ha sido? Pues qué, ¿perdemos hoy mismo la ocasion cuando queremos producir un efecto oratorio, de emplear precisamente la misma palabra que usaban los romanos de que "El sol no se ponia en nuestros Estados?" Estos recuerdos y estas vanidades nadie las ama con más entusiasmo que los pueblos, porque nada hay tan impresionable como las multitudes. Si no pueden desecharse por completo y si hay poco que esperar de las naciones que dan al olvido las hazañas de sus predecesores, y si en algunas ocasiones estos recuerdos los elevan á sus propios ojos y los impulsan á hechos históricos, en otras muchas pagan muy caras tales fantasías. Las naciones, como los indivíduos, que juzgan lo que son por lo que fueron y viven en cierto modo de la leyenda, como la práctica se impone, tarde ó temprano tienen que

sufrir y sufren escarmientos muy dolorosos. Ejemplos bien re-cientes nos ha dado una de las naciones más poderosas de Europa.

La monarquía universal intentada por Roma, era simplemente una locura y una ilusion; pero, por lo mismo, deslumbraba á la generalidad de los hombres. Una unidad completa y hasta cierto punto matemática de todos los habitantes del globo ó de una gran parte, es simplemente imposible. A ello se oponen las leyes cosmológicas, las de raza, las sociológicas, etc. La imposibilidad aumenta de todo punto, si se cree que un hombre cualquiera está llamado á regir los destinos de pueblos muy distintos. La naturaleza ha puesto sus límites al poder del hombre, y pasa en las esferas políticas algo de lo que sucede en las altitudes, á saber: que cuanto más se eleva un indivíduo sobre el nivel del suelo, más propenso está á los desvanecimientos y con ménos regularidad funciona su cerebro.

Desde la época en que las evoluciones sociales se inician, hasta la en que se completan, pasan grandes intervalos de tiempo, y tal vez aquella unidad del imperio, tan imperfecta como era y compuesta de pueblos hetereogéneos, sea la primera exploracion de una federacion de estos que hoy empiezan á vislumbrar algunos con el nombre de «Estados-Unidos de Europa.» A esto tienden de consuno la civilizacion cristiana, el cosmopolitismo de filósofos y pensadores, las doctrinas de libre-cambio, la facilidad de comunicaciones, la invasion de productos anglo-americanos y la nueva faz que toma la civilizacion moderna, haciéndose cada dia más científica, más industrial, más positiva, con mayores aspiraciones de bienestar, y separándose de dia en dia de aquellos caminos teológicos y metafísicos que durante tanto tiempo y con escasa importancia le han informado.

El problema más grande que entrañaba la formacion del imperio romano era la propagacion del cristianismo, el hecho de más trascendencia de la historia. Y en el terreno puramente social, y con las salvedades de respeto á todas las creencias, cabe preguntarse; ¿cuál hubiera sido la suerte del monoteismo israelita, y, por consiguiente, del Cristianismo, si la unidad política del imperio no se hubiera formado; si en lugar de ella hubiera subsistido la república, si hubiera sido esta reemplazada por una

federacion, ó los pueblos se hubieren emancipado y formado varias nacionalidades como lo hicieron más tarde? Problemas son estos cuyo análisis nos llevaria muy lejos y saldrian del cuadro que nos hemos propuesto. Nos contentamos, pues, con plantearlos, para que otros, con condiciones más ventajosas puedan dedicarlos su atencion.

XIV

Además de todas las circunstancias enumeradas para que las provincias aplaudieran el establecimiento del imperio, hay una, tal vez, superior á todas. Las sociedades, como los indivíduos, cuando se encuentran gravemente enfermos ó se sienten mal, todo cambio de situacion ó de postura les es agradable, pues que esperan con él mejorar su estado, siendo inútiles, por un efecto psicológico, así social como individual, cuantas reflexiones tiendan á convencerles de que el nuevo cambio pueda serles perjudicial. En verdad que era difícil pudieran imaginarse las naciones vencidas que el nuevo régimen inaugurado pudiera ser peor que el de la república en sus postrimerías. Entre los innumerables ejemplos que pudiéramos citar, sólo apuntaremos uno que se refiere á España: habia castigado César severamente en Córdoba á Varron, por su conducta y escandalosas exacciones. Marcha el gran capitan á Italia, confía á Casio Longino el gobierno de la Bética, y apenas dejó César de pisar el territorio de España, cuando Casio, sin acordarse de la leccion dura que Varron habia recibido, hizo bueno á éste, llevando sus exacciones, estorsiones y rapiñas hasta un punto tal, que ni á españoles ni á romanos, les fué posible aguantar por más tiempo. Entiéndense unos y otros para acabar con el gobernador dejado por César; forman una conjuracion, y Lucio Racilio que entraba en ella, bajo pretexto de entregarle un memorial, le dió de puñaladas. No murió de las heridas, y habiendo sido cogido uno de los conjurados, á fuerza de tormento, declaró al fin quiénes eran sus cómplices. La mayor parte pagaron con su vida la conjuracion y sólo unos pocos lograron

escapar, costándoles la huida grandes cantidades. Casio Longino, que no habia escarmentado en cabeza agena, ni tampoco le sirvió para corregirse lo que personalmente le habia sucedido, redobló sus actos de ferocidad y tiranía. Al fin, el pueblo y la guarnicion de Córdoba se sublevaron contra él; el ejército que estaba á punto de embarcarse con destino al Africa para reforzar las tropas de César, vuelve á retaguardia y toma el camino de aquella ciudad, no para combatirla, sino para unirse á los sublevados, acampa fuera de sus muros, declara unánimemente que no reconoce á Casio por pretor y concluye por aclamar, para ocupar su puesto, á Marcelo que era un oficial distinguido. Casio Longino se propone resistir y pide auxilios á Lépido, pretor de la Tarraconense, y al rey de la Mauritania. Se puso Lépido en camino para Córdoba, á fin de auxiliar á su colega, y enterádose que hubo del motivo de la sublevacion, dió la razon á los cordobeses y se colocó de su parte. Por consideracion al puesto que ecupaba su colega, léjos de apoderarse de su persona le aconsejó que huyera si no queria perecer. Tomó Casio su consejo, y se dirigió á Málaga, donde se embarcó, evitando de este modo un viaje por tierra que de efectuarlo hubiera podido costarle la vida. Como era de sospechar, no abandonó sus riquezas; se las llevó consigo y navegó á lo largo de las costas de España. La embarcacion que llevaba era de malas condiciones debido á que la premura del tiempo no le habia permitido escoger otra más á propósito. Esta circunstancia unida á la de que la nave iba muy cargada, fueron más que causa suficiente para no poder resistir una tempestad que se levantó cuando llegaba á la embocadura del Ebro, en cuyo sitio recibió sepultura Casio Longino y el producto de sus rapiñas.

Ahora bien; un país que por motivos de moralidad se vé en el duro trance de sublevarse contra un pretor de la república, que seguramente no era una excepcion, ¿puede, racionalmente, suponerse que no estuviera dispuesto á adoptar cualquier cambio de situacion que se le presentase? ¿Es dado creer que aquellos hombres estuvieran dispuestos á defender la república y luchar contra el imperio? No: entonces, como siempre, un ambicioso, un tirano, un soldado de fortuna, no son bastante poderosos á cambiar las instituciones de un país, mientras que

éstas, por sus desaciertos, por los hombres que las representan, por haber envejecido ó por otra razon cualquiera, no se han hecho antipáticas.

Una confirmacion de lo dicho, relativo á la importancia que sobre todo dan los pueblos al sosiego y á la tranquilidad, es la alegría con que recibieron el reinado de Augusto, cuando éste, despues de deshacerse de sus desdichados rivales, anunció que el templo de Jano iba á cerrarse por tercera vez despues de la fundacion de Roma. Era temprano: si más tarde pudo vanagloriarse y hacer que se trasmitiera á las generaciones la conocida frase de *paz octaviana*, era temprano, decimos, porque cántabros, galáicos, astures y lusitanos aun luchaban por la independencia de la pátria. Fuera porque Augusto creyera que aquellos pobres y rudos montañeses, despues de tan porfiada lucha y tantas derrotas sufridas, no debian inspirarle cuidado alguno, habido en cuenta además que las regiones primitivamente conquistadas se mostraban satisfechas del cambio acaecido en Roma, indicando todo que de dia en dia marchaban á romanizarse por completo, ó fuera porque convenia á su política hacer alarde que en ninguna parte de su imperio habia enemigos que combatir, lo cierto es que en la distribucion que hizo de las legiones sólo destinó tres á España.

Pero aquellos restos de la pátria independencia, léjos de estarse escondidos en sus estrechos y profundos valles, en sus escarpadas montañas, descienden de ellas y vienen unos á las llanuras de Castilla por la parte de Leon rebasándola, y los otros llegando hasta cerca de Búrgos, mostrando bien que no les inspiraban gran cuidado las legiones romanas. Tal importancia dió Augusto á aquellas acometidas, que no desdeñó venir á España y ponerse al frente de un ejército. Este le dividió en dos partes: á la cabeza de una colocó al pretor Carisio, que se dirigió contra astures y galáicos: el otro, situado entre Búrgos y el Ebro, lo reservó para sí. En vano empleó todas las sagacidades y ardides de guerra para atraerles á una batalla campal en el llano donde era seguro que la táctica y el armamento decidirian en favor suyo. Los cántabros no pensaban lo mismo: giraban siempre alrededor del enemigo, teniéndolo en constante alarma sin dejarle momento de reposo; y, cuando creian llegado el momen-

to oportuno, le daban una furiosa acometida y se retiraban sólo á una distancia necesaria para que no les alcanzaran sus armas, escarneciendo y mofándose de la pesadez de las legiones para repetir la escena cuando hubiese algun descuido. Augusto lo hace cuestion de amor propio y dispone venga una escuadra en su auxilio para cogerles á retaguardia. Todo inútil: aquellos valientes vascos podrian ser muy rudos, pero no inocentes: cuando vieron los buques enemigos en la costa, se retiraron al alto de los montes, y cuando fingian una acometida á los que se atrevian á poner el pié en tierra, caian sobre las legiones y ocupaban la llanura. Inversamente: cuando se les creia ocupados con el enemigo que tenian á vanguardia, se arrojaban con la velocidad del rayo sobre los que habian desembarcado en la costa. Lastimado el amor propio de Augusto por no poder acabar con aquel puñado de bárbaros, ya por esta razon, ya por una enfermedad venida muy apropósito, ya por motivos políticos de otra índole, se retiró á Tarragona, dejando el mando del ejército y el cuidado de concluir aquella guerra á Cayo Antistio. Bajan los cántabros á la llanura, los atrae en una emboscada el general romano y les dá una batalla campal. Las armas de Roma quedan victoriosas, los cántabros que pueden retirarse toman el monte Medulio, no léjos de la actual Reinosa, y en una fuerte posicion esperan al enemigo resueltos á vender caras sus vidas. Pero el general romano no era tan torpe que pensára ir á buscarlos á su atrincheramiento: los dejó, al parecer, tranquilos, y rodeó el monte con un profundo foso sembrado de torres. En una palabra: un sitio de guerra como si fuera una ciudad.

Aquellos heróicos cántabros, sin medios de subsistencia ni de salir de aquella posicion, no piensan en entregarse y sí en recibir la muerte unos de otros. Aprovechan la perturbacion los romanos, y los pocos que pueden coger vivos los hacen morir en el suplicio de la cruz. Aquellos rudos defensores de la independencia pátria sucumben en el mayor de los tormentos cantando himnos guerreros é insultando á los vencedores. Por este gran descalabro no se amedrentan galáicos y astures, y emprenden una expedicion á Lusitania. Son alcanzados por Carisio; les presenta batalla, y, léjos de rehusarla, acometen á los romanos. Dudosa fué la victoria; y si al fin tuvieron aquellos que retirar-

se, el general de Augusto declaró despues de ella que no tenia idea de semejante bravura, y que podia asegurar que en arrojo y fuerza física no eran, cuando ménos, inferiores á los romanos. Despues de su derrota se establecen en Lancia, no muy distante del lugar que hoy ocupa Leon. Sítiales Augusto; defienden la ciudad heróicamente, hasta el punto de alimentarse de la carne de sus compañeros muertos; y cuando quedaba escaso número para defenderse se apoderan de ellos los romanos. Resueltos á concluir con hombres tan indomables, hacen esclavos á los más robustos; pero, si aquellos fieros montañeses no eran propios para dejarse dominar, lo eran ménos para vivir en la esclavitud. Pusiéronse de acuerdo, y á una señal convenida cayeron sobre los soldados romanos que los guardaban: apodéranse de sus armas; los pasan á cuchillo; forman una partida y salen en son de guerra á provocar las mismas legiones que los habian vencido. Serian todo lo bárbaros é incivilizados que se quiera; pero al país que producia tales hombres, algun porvenir debia reservar la historia.

Como es de suponer, aquel puñado de hombres, cualquiera que fuese su bravura y su tenacidad, no era posible que alterara el aspecto que habian tomado los sucesos de la guerra: fueron batidos y, en su mayor parte, exterminados. Augusto triunfó: se encontraba en su noveno consulado. Para gozar de la victoria y llevar á cabo las reformas que proyectaba en la península, visitó todos los países conquistados, y á fin de asegurar la tranquilidad para el porvenir, empleó dos medios que no carecieron de influencia en su futura riqueza y civilizacion. Fueron estos, por un lado, obligar á los habitantes de las montañas á dejar las viviendas y establecerse en los llanos; y por otro, fundar colonias y distribuir campos y tierras á los soldados que habian cumplido parte de su empeño.

Fundó á Mérida, al frente de cuyos trabajos se puso el mismo Carisio, vencedor de astures y galáicos, Zaragoza tomó el nombre de Augusta, Badajoz de Paz Augusta; Braga y Lugo, respectivamente, de Bracara-Augusta y Lucus Augustus; y estas dos últimas fueron declaradas metropolitanas, teniendo el doble objeto de la colonizacion y de vigilar aquellos montañeses que, muy distantes de obedecer la órden de descender á los llanos, se

retiraron á sus breñas, y nada autorizaba á creer que estaban dispuestos á someterse al dominio de Roma. Y, por último, fundó á Leon, donde dejó varias legiones para que vigiláran los incómodos vecinos. De aquel tiempo quedaron varios monumentos en España, entre los que recordamos: un templo en Écija; un gran puente sobre el Ebro; las torres Augusti, en Galicia, sobre el rio Ulla, y las Aras Sextianas. Recibió Augusto varios embajadores en Tarragona; partió para la Ciudad Eterna, y ordenó que se cerrára por cuarta vez el templo de Jano para indicar al mundo que empezaba el período de la paz, y que aquellos últimos héroes de la independencia española habian concluido. No pensaban éstos lo mismo. En efecto; todos los hombres de la costa cantábrica formaron una especie de federacion y echaron al aire el estandarte de guerra contra el invasor de la pátria. La derrota y los malos tratamientos en las pasadas contiendas, léjos de amilanar á aquellos montañeses, les habia irritado hasta el punto que hicieron esta guerra, si posible fuese, con mayor energía y temeridad que las anteriores. Emilio y Carisio fueron con todo el ejército disponible á sofocarla, entrando por sus tierras, devastándolo todo, destruyendo las cosechas y quemando hasta sus modestas viviendas. Comunicaron los generales á Roma que los cántabros quedaban sujetos; pero se equivocaron tambien. Cayo Furio, que habia sucedido á Emilio, tuvo que guerrear una vez más con aquella gente tenaz é indómita; de todo el mundo conocido entonces eran los únicos hombres que se atrevian á hacer frente á las legiones romanas. Imposible fué, por tanto, que salieran adelante con su empeño. Les esperaba la derrota y el exterminio. Antes de eso aún habian de dar una leccion muy dura á aquellos soldados vencedores del mundo. Furio los venció é hizo esclavos á todos los prisioneros.

Pero no era posible dejarlos reunidos despues de lo acaecido anteriormente. Llevarlos á los mercados á donde comerciantes de todas las naciones acudian en busca de su compra, ofrecia grandes dificultades, porque el látigo en lugar de sujetarlos los irritaba. Cuando en las subastas se les soltaba las ligaduras, ni más ni ménos que se hace con los caballos, á fin de que el comprador pudiera cerciorarse de su fuerza y agilidad, se arrojaban sobre éste ó sobre el amo, y costaba á los legionarios no peque-

ño trabajo el salvar la vida del que caia en sus manos. Hubo necesidad, pues, de repartirlos entre los poseedores de tierras y vencedores que ocupaban las ciudades. Todo inútil. Pasado algun tiempo formaron una conjuracion, y en dia y hora determinados matan á sus señores, incendian las fincas, ganan á fuerza de velocidad sus montañas y van de cabaña en cabaña predicando la guerra santa. Sembraban en buen terreno: hombres y mujeres de la costa de Cantabria empuñan las armas y acometen á los vencedores del mundo. Su tenacidad asombra á Roma tanto como la molesta; pero su orgullo é interés político no pueden permitir que subsistan en aquel rincon de España unos hombres que se atrevan á alterar la paz del imperio. Militares y pensadores discurren que no hay más medio, por duro que sea, que el esterminio de todos. Elige Augusto, para combatirlos, el general de más nombre en aquella época, al célebre Agripa, victorioso de los germanos. Acepta éste gustoso, porque no puede ni sospechar que las legiones vencedoras de los fieros alemanes se detengan ante aquel puñado de bárbaros, y cree, con apariencia de razon, que los cántabros serian sometidos con más facilidad que lo habian sido aquellos. En tal hipótesis parte para España, donde le esperaba una gran desilusion. En el primer encuentro, los españoles acometen con tal furia que ponen en huida y llenan de pavor las legiones vencedoras de allende el Rhin. Estas se desmoralizan, no se atreven á esperar á pié firme á los españoles, y algunas hubo, como la titulada Augusta, que, arrojando toda impedimenta, huian despavoridas del campo de batalla sin dar un golpe, sin desenvainar la espada. Agripa, avergonzado, tiene que retirar su ejército y dejar por una larga temporada tranquilos en sus viviendas aquel puñado de hombres.

Disuelve algunas legiones para castigarles de su cobardía y se dedica á disciplinar el ejército, empleando todos los medios que estaban á su alcance, sin excluír una rigurosa severidad. Cuando lo tuvo en perfecta organizacion, no tuvo la necesidad de ir á buscar á los cántabros en sus guaridas: ellos, molestados por aquella vecindad enemiga de su independencia, toman las armas, entran por las tierras de los romanos, y van á buscarlos á la llanura. Son rodeados por todas partes, venden cara su

existencia; pero, al fin, son derrotados, como no podia ménos. Ni siquiera un prisionero salvó la vida: todos fueron muertos. Agripa se entró por sus tierras, recogió sus ganados, quemó sus pobres hogares, destruyó sus mieses y obligó á mujeres y ancianos á bajar á establecerse en la llanura. Entonces presenció rasgos que debieron impresionarle y que es dudoso calificar si obedecian al más sublime de los heroismos ó á una ferocidad salvaje, hasta entonces no conocida. A los ojos del mismo vencedor, las madres estrellan á sus hijos, diciendo á aquél que quieren verlos muertos, pero no esclavos; y, despues, se abren con las cortas espadas el vientre donde habian llevado el fruto de su amor. Y se repite el ejemplo de un hijo atravesando el corazon de su padre para que no caiga en la servidumbre, y éste cae dando gracias al gran Dios de los bosques, por haberle dado hijos que tanto lo quieren y saben obedecer sus mandatos. Todo habia concluido. España quedaba sujeta por completo á Roma. De aquellos fieros defensores de sus lares, si bien habian perecido en su mayor parte, algunos se salvaron en los sitios donde sólo podian vivir las fieras. En realidad, Roma no logró dominarlos por completo. Lo mismo sucedió, como veremos más tarde, á aquellos bárbaros venidos de la Scytia y de la Germanía que heredaron los despojos del carcomido imperio.

Si bien Roma edificó ciudades en una gran extension de la costa cantábrica, y dominó las llanuras y los extensos valles de la parte más occidental, los restos de los indígenas, ya retirados á las montañas, ya en contacto con la civilizacion romana, vivieron constantemente, si no en perpétua guerra con Roma, siempre dispuestos á aprovechar la primera ocasion de manifestar su amor á la independencia, y demostrar que si estaban dominados no subyugados. Y lo mismo puede decirse de los lusitanos.

¿Qué razas eran aquellas, de donde provenian? ¿Eran verdaderos aborígenes ó estaban mezclados con otras familias venidas del centro de Europa? Los sepulcros y restos humanos encontrados en Galicia, indican claramente que allí habia vestigios de civilizacion céltica. Respecto á los vascos ó cántabros ya se ha dicho lo que la índole de este trabajo permite, relativo á aquella tan hermosa y potente como misteriosa raza. Para resolver

esta cuestion por completo, la arqueología y la antropología no suministran datos bastantes, y además nos alejaría de nuestro propósito. De manera que el problema queda sin resolver, así como el que se refiere al estado de civilizacion de aquellos montañeses. Era, seguramente, rudo y atrasado: el desembarque de las tropas de César en las islas Cias, y en lo que es hoy la Coruña; el espanto que produjo á los habitantes de la costa el ver las embarcaciones de los romanos y la diferencia con las suyas hechas de juncos y mimbres, y forradas de pieles, indican bien un estado muy en la infancia de la industria. Sin embargo; si por otra parte se comparan las descripciones de Plynio referentes á las armas que usaban y á su temple con los instrumentos de piedra hallados en las escavaciones de los tiempos modernos, se viene en conocimiento que el tercer período de la edad de piedra, si no habia pasado por completo para ellos, estaba mezclado con la de bronce y la del hierro. Además, el tener campos sembrados, recolectar cosechas anuales y criar ganados, indican dos cosas á la vez; la época del pastoreo, si no habia cesado por completo, habia cedido su puesto á la agricultura, al estado sedentario que es más avanzado en el camino de la civilizacion; y la circunstancia de emplear la sal para la condimentacion de las carnes asadas, nos revela, además, cierto estado de progreso, aunque muy rudimentario. Si bien conocian el alfabeto celtíbero, necesariamente habian de estar más atrasados que los del Oriente y Mediodía de España, porque no habian participado en general de las civilizaciones egipcia, fenicia, griega y cartaginesa, como les habia sucedido á aquellas.

Para poder deducir alguna de las cualidades de aquella raza, así como las formas de Gobierno por que se regian, hay que atenerse á las escasas relaciones de los vencedores, que ni se ocuparon de estudiarlo con detenimiento, ni tenian conocimientos suficientes para ello, ni sus relatos pueden inspirarnos una gran confianza. En lo único que no hay lugar á duda es en sus condiciones físicas de robustez y agilidad, y en las más salientes de su carácter: la bravura y la constancia. Si bien los ardides y asechanzas de guerra empleados pudieran indicar cierta viveza de imaginacion, no son datos bastantes para juzgar de sus condiciones psicológicas ó de su capacidad intelectual. Hay que pe-

dir, pues, alguna luz á la ciencia moderna. Las medidas verificadas con extremo cuidado hace poco tiempo en los antiguos cráneos encontrados en las escavaciones llevadas á cabo por razon de utilidad pública y por trabajos mineros, dan una capacidad no inferior á la de los germanos. Poco puede decirse del poder que los regía. Lo único que la brevedad nos permite exponer es que las federaciones llevadas á cabo para atacar á los enemigos de la pátria, indican bien que alguna forma de Gobierno regular, siquiera fuera muy rudimentaria, tenian los habitantes de la costa cantábrica que les permitia llevar á cabo, cuando el peligro lo exigia, integraciones aunque fueran momentáneas.

De lo dicho se deduce los diferentes grados de civilizacion por que debian atravesar los pueblos de la Península ibérica en la época á que venimos refiriéndonos. El Mediodía y el Oriente, que habian prestado escasa resistencia á la extranjera invasion, participaban en gran manera de las ciencias, la industria, la lengua y las religiones romanas, aunque estas últimas no habian hecho desaparecer los dioses adorados en el país, que alternaban con Hércules, Tirio, Diana Helénica y Júpiter Capitolino. En los pueblos citados, la lengua romana hacia retroceder y desaparecer más tarde los antiguos dialectos, mientras que los celtiberos y los montañeses de la Cantabria conservaban sus dioses, su lengua y sus costumbres.

Ya hemos visto, tratando de Numancia, cuál era el estado de su agricultura y de su industria, así como las tres escrituras diferentes que conocian y el esmero con que estaban acuñadas sus monedas, hasta el punto de que están de acuerdo hoy todos los inteligentes en la materia, en que la parte artística de las pocas que se conservan son de un trabajo más esmerado que las romanas. Tambien es cosa fuera de duda que las armas fabricadas en Bilbilis aventajaban por su temple y áun por su trabajo á las de los romanos, dando motivo á que estos se apresuráran á cambiarlas por las suyas propias. Plynio, que habla con entusiasmo de las espadas cortantes que usaban los galáicos, atribuye á las aguas de los rios de aquel país la virtud de dar al hierro un temple que los romanos no podian conseguir.

Como era natural, por las razones ya dichas, fué la Bética

la primera region de España donde las letras empezaron á cultivarse. Cuando el cónsul Metelo regresó á Roma, le acompañaron multitud de poetas cordobeses que se hicieron señalar en la Ciudad Eterna de un modo bastante notable para que Ciceron se ocupára de ellos en sus mejores oraciones. El iniciador de la civilizacion de España, en general, á quien más debe aquella, es el ilustre Sertorio, que decia que si los dioses le conservaban la vida, él haria de nuestra Península un país no ménos civilizado que Roma. Además del Senado de Ebora y de las Academias de Huesca, de que ya hemos hablado, empleó toda su influencia para establecer escuelas entre los lusitanos. Y aquellos hombres, que con tal brío y constancia le habian ayudado, demostraron al poco tiempo que, si bien muy atrasados, su capacidad intelectual no era inferior á su arrojo y condiciones físicas.

Augusto dió gran impulso á la semilla de civilizacion que habia encontrado en la Península, y es fuerza confesar que España estuvo muy lejos de ser más desgraciada bajo su mando que bajo el de los cónsules y pretores de la república. Él acabó, es cierto, con los últimos defensores de la independencia; España quedó por completo convertida en provincia romana; pero, cualquiera que sea la simpatía que se sienta por tan denodados habitantes, la fuerza habia venido á ponerse al lado del progreso para llevar á cabo aquella evolucion, si dura y costosa, necesaria para pasar á un estado mejor. Allí se manifestó una ley constante. Nada en el mundo se verifica sin la fuerza, y si ésta atropella y subyuga todo, ó, como dicen los alemanes, la fuerza prima al derecho, en cambio la moral, la marcha del progreso y la civilizacion, obran con más constancia y concluyen por poner la fuerza material á su servicio.

Mientras dure la civilizacion romana, apenas tendremos que volver á ocuparnos de aquellos antiguos habitantes que con tal constancia y teson han luchado por su independencia. La evolucion que se estaba verificando exigia que fuesen vencidos, y lo fueron; pero, resistiéndola con tenacidad, no dejaron de ayudarla. La marcha de la sociedad demuestra plenamente que el despotismo sólo ha podido echar raíces donde existen razas flojas, degradadas y cobardes. Aquellos hombres rudos, prefiriendo

la muerte á la esclavitud, defendiendo sus creencias, siquiera fueran absurdas y supersticiosas, contra el extranjero que trataba de imponer las suyas, cumplian como buenos. El estudio que brevemente acabamos de hacer, es un dato indispensable para los destinos futuros del imperio Ibérico. Aquellos hombres dotados de tal energía, fuera por las condiciones climatológicas y del medio ambiente, ó por las peculiares á su raza, habian de dejar aquí sus vestigios al cruzar su sangre con la de otros pueblos. La experiencia comprueba lo que acabamos de decir.

Veinte siglos más tarde, cuando el vencedor de Europa creyó empresa fácil dominar aquella España pobre, enflaquecida, abatida y rebajada, los hombres que ocupan el mismo territorio, los descendientes de aquellos fieros cántabros, astures y galáicos, fueron los primeros que lanzaron el grito de guerra. Abandonan sus pobres cabañas para lanzarse á la defensa de su territorio y de sus familias, y, consultando más su valor que las conveniencias sociales y la esperanza de éxito, declaran, á la faz de Europa admirada, solemnemente la guerra al emperador de los franceses. La conducta ingrata, tortuosa y desleal de un rey dieron aparente razon á los que creian que era preferible seguir las huellas y la fortuna del Gran Capitan; en una palabra, á los afrancesados. Pero, ¡qué importa! España, lanzándose á la lucha, sufriendo derrotas, alcanzando victorias, peleando un dia y otro sin descanso hasta echar el enemigo fuera del suelo pátrio, patentizó plenamente que, si atrasada y pobre, conservaba toda su energía para rechazar aunque fuera el bien dado á la fuerza. Esto era lo importante: la civilizacion y la cultura se adquieren mientras que la dignidad y el respeto á su propio decoro, cuando colectividades ó indivíduos llegan á perderlo, nada hay que esperar de ellos.

Los postreros defensores de la independencia ibérica fueron tambien los últimos que alteraron la paz del imperio. De manera que poetas, oradores y filósofos pudieron asegurar que aquel era la paz, satisfaciendo así la primera necesidad de los pueblos. Luego veremos lo que la paz del imperio era, lo que es siempre la del despotismo.

Uno de tantos y tan graves inconvenientes como tiene el mando de uno sólo, es que los pueblos por él gobernados sienten

como los hombres, desde el más instruido al más ignorante, toda clase de afectos y caprichos. Así se vé repetidamente, lo mismo en los antiguos que modernos tiempos, la predileccion ó simpatía de un rey hácia países determinados, de los que forman sus dominios, y las antipatías hácia otros que se encuentran en las mismas circunstancias. Y esto, que es cierto como regla general, habia de patentizarse con más fuerza en Roma, cuando los hombres que ocuparan el sólio imperial procedian de las diferentes naciones vencidas. No es este el lugar de discutir ese sentimiento, conocido con el nombre de patriotismo; pero lo que sí es verdad es que rara vez se borra en el hombre el cariño al país donde ha nacido, si por acaso no vive en él. Esto se vió patente con los emperadores romanos, redundando en más de una ocasion aquel sentimiento en provecho para España, como veremos más adelante.

Fuera admiracion al éxito, fuera adulacion al poder naciente, fuera agradecimiento hácia Augusto, es lo positivo que no le faltaron ruidosas manifestaciones hechas por los españoles en obsequio de su persona. Tarragona le levantó altares; Sevilla una estátua á su mujer Livia; y algo análogo pudiéramos decir de otras poblaciones que, en obsequio á la brevedad, omitimos. Lo cierto es que España entraba en un período de civilizacion y de riqueza, compañera inseparable. De Cádiz, de Málaga, de Tarragona, de Barcelona, de todas las costas del Mediodia y del Oriente, salian bageles cargados de productos naturales ó manufacturados en ella. Puede decirse que en aquel tiempo España abastecia á la Ciudad Eterna de cereales, de aceites, de carnes, de linos, de telas y de ricas lanas.

La decantada paz del imperio no esperó para conmoverse á que Augusto desapareciera de la escena, y en sus últimos años fué alterada la de varias provincias. Pero España, que se encontraba rica y próspera, permaneció tranquila: entonces, como ahora, es mal elemento de sublevaciones el bienestar de la generalidad. No entra en nuestro cuadro ocuparnos, siquiera sea brevemente, de las hipocresías, crímenes, depravaciones y saqueos de su sucesor Tiberio. Son bien conocidos en la historia, algo hemos dicho de ellos, y sólo le nombramos, porque, cualquiera que fuese el motivo, miró aquel emperador mónstruo,

desde que arrojó el manto de la hipocresía, con cierta ojeriza á España; y sus delegados volvieron á esquilmar los pueblos como en tiempo de los peores cónsules de la república. En vano fué acudir á él en queja contra los robos y prevaricaciones de Vivio y Lúcio Pison, pues si el primero, gobernador de la Bética, ha sido desterrado á una de las islas del mar Egeo, fué porque el Senado, degradado y todo como estaba, no pudo despreciar las quejas de los españoles. Pero la Bética era, como conocemos, provincia senatorial, mientras que la tarraconense era imperial, y Pison, que no fué ménos acusado que lo habia sido Vivio, siguió impunemente ejerciendo sus rapiñas, porque el manto de Tiberio lo cubria. Para que nada faltase á su reinado, en él fué muerto en el suplicio de la cruz el que venia á predicar la buena nueva; el que, para cuatrocientos millones de hombres, es hoy el Hijo de Dios, y para los demás, que alcanzan algun grado de civilizacion, uno de los hombres más notables de la tierra. Tampoco tenemos por qué ocuparnos de aquel insensato, malvado y criminal, llamado Cayo Calígula, que vino á hacer casi bueno á Tiberio.

La historia conoce sus célebres palabras: "Pluguiera á los dioses que el pueblo romano tuviera sólo una cabeza para derribarle de un solo tajo." En cierta ocasion, decia á la mujer á quien amaba: "Muy hermosa me parece tu cabeza, sobre todo cuando pienso que á la más breve indicacion podria hacerla rodar á mis piés." Y en otra mandaba cerrar los graneros por el placer de ver al pueblo morirse de hambre. Tanta maldad es inconcebible, y sólo podria explicarse por una locura furiosa. Si alguna duda queda sobre su insensatez y extravagancia, allá van algunas pruebas recordadas en este momento, y que nos parecen más que suficientes: hizo construir para su caballo cuadras de mármol, pesebres de marfil, ronzales de perlas, manta de púrpura; ponerle á su mesa y darle para alimento cebada dorada, y, como si tuviera necesidad de patentizar la degradacion y cobardía de los que obedecian á tal amo, hizo incorporarle al colegio de sacerdotes y lo designó para cónsul. Y en verdad que bien puede hacerse la pregunta ¿quién valia más; el caballo de Calígula, éste ó los que le sufrian? Al fin, el español Emilio Régulo pagó con su vida el haber querido limpiar la tierra de

aquel animal dañino. No se prolongó por eso mucho tiempo su vida, pues fué cortada por el filo de la espada de Casio Cheréas, tribuno de los pretorianos.

¿Por qué hemos de ocuparnos del imbecil Cláudio, su tio, que le sucedió en el trono, el cual llevó su ferocidad hasta el punto de que, no queriendo molestarse en dictar sentencias de muerte, indicaba con un gesto su voluntad de que un indivíduo fuera degollado? Este bestia coronado tenia pretensiones de sábio, se declaró rival de Séneca, y lo hizo desterrar. Llevó al suplicio á treinta y cinco senadores, á trescientos caballeros romanos y á un gran número de damas de las más ilustres de Roma, por el grave delito de no estar encantadas de las gracias de aquel animal con figura humana. Su incapacidad fué tan notoria, que su propia madre, cuando queria calificar á un hombre como el tipo de la necedad, decia: es bestia como mi hijo Cláudio. Murió este emperador mónstruo envenenado por su segunda mujer, Agripina, legando á la historia un epíteto ultrajante y deshonroso que es el nombre de su primera esposa Mesalina, lo más obsceno é inmundo que hasta entonces habia conocido aquella Roma tan corrompida.

Si repugna ocuparse de tal hombre, ¿qué concepto formar de aquellos literatos y poetas, y por desgracia algunos de ellos españoles, que llamaron las musas en su auxilio para colmarle de adulaciones? ¡Qué cosas tiene esta suprema obra del Supremo Creador! Reemplazó á Claudio, Neron, el cual goza del triste privilegio de que su nombre haya pasado á la historia como símbolo de tiranía. Fué al principio imitador de Tiberio; empezó á gobernar con dulzura, y cuando tuvo que firmar la primera sentencia de muerte pronunció estas bellas palabras: "Quisiera no saber escribir." Cuando aquél Senado, degradado instrumento de todos los tiranos, quiso levantarle estátuas de oro y plata, contestó: "Que aguarden á cuando las merezca." Pero todo esto terminó pronto, y sus propósitos de tomar por modelo á Augusto, concluyeron por dejar muy atrás la ferocidad de Tiberio. Su digna madre Agripina, tan ambiciosa como impúdica, quiso valerse de la pasion no filial, sino de otra especie, que inspiraba á su hijo para gobernar el imperio

Séneca, maestro de Neron, pudo cortar el maléfico influjo de

aquella nueva Mesalina, pero es fuerza confesar que el carácter del filósofo estuvo muy lejos de encontrarse á la altura, no de un hombre de su mérito, sino de cualquiera honradez vulgar: no escaseó las adulaciones á su discípulo por el provecho que le proporcionaban, no le siguió por el camino del crímen, pero lo toleró; predicaba contra el lujo y su casa dejaba atrás todo el que gastaban los déspotas de Oriente; predicaba contra la usura y acumulacion de riquezas, y reunia un capital de cientos de millones. Por último, la madre impúdica y el profesor débil tuvieron la recompensa que era de esperar de tal hijo y tal discípulo. El tirano mandó abrir el vientre de su madre para tener el placer de ver el sitio donde se habia encerrado Neron; y el maestro fué condenado á morir, concediéndole la gracia de que eligiera el género de muerte. De España partió la tempestad que barrió sola del haz de la tierra á aquel parricida que en sus últimos momentos sólo se acordaba de que el mundo perdia un gran artista.

Galva, pretor de la Tarraconense y que, como tal, se habia acreditado por su integridad y pureza, fué proclamado emperador por las legiones de España y de las Galias. Despues de varias vacilaciones se dirigió á Roma para posesionarse del imperio, cuando supo que Neron, perseguido por los soldados, habia puesto fin á sus dias. A España cupo la gloria de que de su suelo partiera el vendaval que habia de arrojar del sólio al discípulo de Séneca, y la ménos envidiable de haber inaugurado aquel sistema que dominó por algun tiempo en Roma, consistente en que las legiones dieran el mando supremo al mejor postor.

Galva, excelente gobernador de la Tarraconense, fué un mal emperador. Entregado por completo á los que más le adulaban, hubiera pasado á la historia por uno de los hombres más crueles á no tener la fortuna de ser el sucesor inmediato de Neron. Cuando los pretorianos se presentaron á pedirle que pagase los servicios prestados, les contestó: "yo pago á mis soldados, no los compro", palabras dignísimas si no las pronunciara un hombre que antes habia comprado á aquellos mismos á quienes contestaba. De ellas se aprovechó Othon, pretor de Lusitania, que podia decirse era el que habia dado el imperio á Galva. Derramó sus tesoros, vendió sus vajillas, compró á los soldados y con ellos

asesinó al emperador. Este, al verse acometido, tendió su cuello y dijo: herid, si mi muerte puede ser útil al pueblo romano. Tales palabras no produjeron sensacion de ninguna especie en aquellos soldados, para los cuales las de leyes, pátria y pueblo, carecian de sentido, y sólo daban importancia al dinero ó á las posiciones que pudiera proporcionarles la fuerza de que eran dueños.

Si Galva se habia olvidado de España, no hizo lo mismo Othon, que procuró tenerla propicia, ya fuese porque de ella guardarse buenos recuerdos, ya porque le inspirasen confianza aquellos fieros lusitanos que habia incorporado á sus legiones, ya porque el poder de la ibérica Península se hiciese sentir en la Ciudad Eterna. En el poco tiempo que fué jefe supremo, agregó á la Bética las poblaciones de la costa de África con el nombre de España Tingitana. Los soldados de Germania no quisieron ser ménos que los de España, y proclamaron á Vitelio emperador. Othon se suicidó. No tenemos para qué molestar la atencion de nuestros lectores ocupándonos de este grosero gloton, que no pensaba más que en comer. Cuando los soldados se le sublevaron, cometió la heroicidad de esconderse en el sitio más necesario, pero más inmundo del palacio, acompañado de sus dos ayudantes, que eran el cocinero y el panadero. Se apoderaron de él los legionarios y lo llevaron por las calles de Roma con las manos atadas á la espalda, los piés descalzos y el vestido hecho girones. Aquella multitud depravada que antes lo aduló, lo insultaba y lo llenaba de inmundicias, recordándole sus actos de glotonería; á lo cual él contestaba: así y todo soy vuestro emperador. Las legiones del Oriente á imitacion de las del Norte y Occidente, proclamaron á Vespasiano. Antes de él habia habido otros emperadores, de los cuales seis perecieron de muerte violenta. Importábale á Vespasiano la actitud que tomára España. Esta se decidió por su partido, y él no olvidó nunca aquel hecho, que pagó prestándola grandes servicios.

Tras de tanto criminal, tras de tanto insensato y delirante, Vespasiano venia á abrir un nuevo campo á la esperanza. Era un hombre modesto, severo; despreciaba los títulos, pompas y exterioridades, y cuando tenia que firmar una sentencia de muerte, padecia hasta el punto de derramar lágrimas; y

cuando le hablaban del alto puesto que ocupaba, recordaba su humilde cuna. Mostró su agradecimiento á España, concediendo á todos sus habitantes, como ya hemos visto, los derechos latinos, y enriqueciéndola, además, con muchas vías de comunicacion y notables monumentos. Entre ellos se encuentra el que algunos atribuyen á Trajano, llamando aún hoy la atencion de las personas peritas en la materia, por lo que á su ejecucion respecta: nos referimos al acueducto de Segovia. No la favoreció ménos enviando á la Península, como cuestor, á Plinio el mayor, que, además de vigilar con severidad é inteligencia la administracion de los impuestos, estudió con mucho cuidado la fauna de los diferentes puntos de este territorio. Dejó en España muchos amigos, y siguió durante su vida mostrando tal simpatía á esta provincia, que cuando se ventilaban ante los magistrados intereses españoles, era como su defensor obligado.

El mayor beneficio que reportó España, el que ha dado resultados más notables para su riqueza y adelantamiento, el elemento que más ha influido en su historia, y respecto al cual, en diversas y repetidas épocas, más injusta se ha mostrado, hasta el punto de ser uno de los motivos más poderosos de su decadencia, como veremos más tarde, fué el haber enviado aquí por una parte y por otra, y permitir que en esta tierra se refugiaran cincuenta mil familias israelitas. No es este el momento de analizar las cualidades fisiológicas é intelectuales de aquella raza privilegiada que antes y despues de Roma, cuando se ha unido á los hombres de otra nacion, ha sido su maestra directora para hacerles marchar por el camino del progreso. De este factor tan influyente en nuestra historia habremos de ocuparnos más tarde, cuando tratemos sólo, exclusivamente, de lo referente á la Península.

Luego que Vespasiano recibió la noticia de haber sido proclamado emperador, dejó encargado del sitio de la ciudad á su hijo Tito, que más tarde le sucedió en el imperio con el precioso nombre de "Delicias del género humano." A la nacion hebráica, sostenedora de la idea monoteista, no ha habido manera de hacerle transigir con que admitiese los dioses de Grecia y de Roma. Con valentía y teson luchó contra las tropas del pueblo-rey, y la sublevacion que dió lugar á la guerra que estamos

tratando, le costó, segun los historiadores, millon y medio de hombres. No solo fueron arrasadas las ciudades, sino tambien las aldeas de alguna importancia. La humanidad nunca desmentida de Tito, no fué bastante poderosa para contener los instintos sanguinarios de la feroz soldadesca. Los hombres de orígen hebráico que no pudieron esconderse en lo más inaccesible de las montañas, fueron conducidos cautivos á los diferentes puntos del imperio, lo cual no estorbó para que, sesenta años más tarde, en tiempo de Adriano, volvieran á sublevarse contra el poder de Roma. Era tan constante el deseo que animaba á Tito de hacer bien á sus semejantes, que, cuando no podia aliviar á algun desgraciado, cuando se acostaba sin haber hecho bien á alguno, pronunciaba la célebre frase "hoy he perdido el dia." Pero si constante era su deseo de emplear la fuerza que le daba su alto puesto para hacer felices algunos mortales, no lo era ménos la sañuda envidia y el enojado encono con que su hermano Domiciano conspiraba para remplazarle. Los cariños fraternales de Tito, sus generosas ofertas para con su hermano, no hacian más que irritar y encender el arraigado rencor que se abrigaba en el pecho de éste. Al fin logró sucederle, sea por que la naturaleza satisfizo sus deseos, ó porque, como creen algunos, el abreviara los dias de Tito.

Si tan alto rayaba la humanidad de éste, no estaba más baja la criminalidad de su hermano Domiciano: mataba por placer y era su gran deleite ver correr la sangre de las víctimas. Si su padre y hermano habian mirado con manifiesta simpatía todo lo que á España hacia referencia, él, mónstruo de crueldad, lo trocó en saña contra esta provincia. Le cupieron dos tristes glorias: Neron habia decretado la primera persecucion contra los cristianos; Domiciano la segunda. Domiciano privó, además, á España de uno de los ramos de riqueza más importantes y de mayor exportacion hácia Roma, ordenando que se arrancaran todas las viñas de la Bética. Murió como merecia. Aquel corrompido Senado que no se atrevia á hacerle frente, decretó que su nombre fuera borrado de todos los edificios públicos.

Le sucedió el virtuoso y anciano Nerva. Si su edad se lo hubiera permitido, á juzgar por lo que ha hecho, hubiera dado

años de felicidad y de ventura al imperio. Abolió el delito de lesa majestad establecido por Tiberio, como ya hemos dicho; mostró gran interés por todo lo que á España pertenecia; mandó á ella magistrados íntegros y entendidos, é hizo grandes sacrificios por embellecer á Córdoba, que á la sazon era uno de los centros del saber del mundo conocido. Todo esto queda muy por debajo del inmenso beneficio de que le es deudora la pirenáica Península, por haber contribuido á que tuviera el doble honor de ser la primera provincia que daba un emperador á Roma y que éste fuera el primero de varios que, siendo de orígen español, contribuyeron con su talento y virtudes á sostener el imperio tanto como era dable á las fuerzas humanas hacerlo con aquel carcomido edificio.

El sucesor de Nerva se llamaba Trajano, natural de Itálica, en la Bética. Parecia como que Roma, gastada y corrompida por sus vicios, no podia dar al imperio más que emperadores en los cuales no se sabe qué admirar más: si su tiránica crueldad ó su delirante insensatez. Pero á España no le habia llegado aun el tiempo de corromperse hasta ese punto: ya le llegará su turno; que es propiedad del despotismo marchitar todo cuanto toca. No parece sino que España, que abastecia á Roma de los géneros alimenticios de su suelo y de los productos de su industria; que enviaba á dicho centro poetas y hombres de estudio que levantaron por entonces aquella decadente literatura, quiso tambien probar al mundo que, en la celeridad vertiginosa por que marchaba Roma al precipicio, podia tambien suministrarle emperadores dignos de ocupar aquel alto puesto, si es que alguna vez puede ó debe ser un hombre el amo absoluto de ciento veinte millones de semejantes.

El viejo Nerva, de cabeza encanecida y cuerpo doblegado por los años, no habia amortiguado en su corazon el amor de la pátria y el deseo de hacer bien á la humanidad.

Obedeciendo á tan nobles sentimientos, adoptó por hijo á Trajano, que mereció más tarde el dictado de Optimo Príncipe, y consiguió que le nombraran sucesor suyo. Hallábase este en Panonía cuando fué nombrado emperador; partió para Roma, donde hizo su entrada á pié, tal como acostumbraba á hacerlo al frente de sus legiones en las guerras contra los ger-

manos; y así continuó sin permitir que las lanzas de sus soldados abrieran paso por entre la apiñada muchedumbre. Cuando alguno le censuraba sus excesivas larguezas para socorrer á los pobres y contribuir á la educacion de sus hijos, contestába: quiero hacer lo que yo, si fuese un simple particular, querria que hiciese conmigo un emperador. Se dedicó con firmeza y constancia á curar las infinitas llagas que habia dejado el despotismo, reformando la Administracion en todos sus ramos, y encargando á los magistrados, con particular empeño, que la justicia se inclinara siempre á la indulgencia; lo cual formulaba en estas filosóficas y humanitarias palabras: prefiero la impunidad de cien culpables á la condenacion de un inocente. Al prefecto del pretorio le dijo: "Toma esta espada; esgrímela en mi favor si cumplo con mi deber; si á él faltase esgrímela contra mí." Sus enemigos le pusieron el apodo de Parietario para burlarse de su flaqueza, consistente en que le gustaba ver su nombre escrito por todas partes. ¡Pluguiera á Dios que los amos del imperio no tuvieran más dañinas vanidades que ésta! Algunos escritores, por espíritu de secta, y no pudiendo cebarse en las cualidades de Trajano, hicieron constar que era ménos instruido que otros emperadores. Costumbre es que honra poco á esta pobre humanidad, el que cuando un hombre sobresale por cualidades extraordinarias se rebusquen todos sus defectos, y á falta de estos, aquellas en que es más deficiente, dándose así el poco caritativo placer de disminuir el mérito del personaje. Acontecer suelen, sobre esto de la instruccion, grandísimos errores debidos á la humana vanidad y al egoismo personal. Consisten en cierto aire de desprecio que manifiesta el hombre que sobresale en algun ramo del saber hácia todos aquellos que, dirigida su instruccion por otros caminos no ménos provechosos á la sociedad, no es su fuerte la parte en que aquél cree que descuella. Háblese á un artista de un hombre de ciencia, y dirá con desdeñoso gesto que no tiene nada de génio, que es tan solo un hombre trabajador. Háblese á un seminarista, que dista mil leguas de estar al alcance de los modernos conocimientos, de un filósofo, de un economista, de un sábio, y contestará, con sonrisa de suficiencia, que el primero es un delirante, el segundo un loco y el tercero un inocente; sin olvidar por esto la precaucion de jamás discu-

tir con ellos. En cambio, los otros piensan de él, con harto más fundamento, que es un pobre argucioso de corta vista, colocado muy atrás del siglo en que vive, y cuyo mérito principal consiste en el oportuno silencio ó en ciertas habilidades, semejantes á las del cuadrúpedo enemigo de las gallinas, que solo sirven para ilusionar á los incautos.

Por último: hablad á un hombre de negocios de sábios, de filósofos, de artistas, de pensadores, y, como si nada se le hubiera dicho, contestará con la siguiente pregunta: ¿Cómo está de intereses? ¿Qué capital ha acumulado? Si la respuesta es negativa, oireis un ¡ah! que explica toda su admiracion de que pueda darse tal importancia á hombres que no saben salir de la medianía ó tal vez de la miseria, sin perjuicio de acudir á ellos y buscarlos cuando los necesita, pero creyendo sinceramente que el servicio por ellos hecho es muy inferior del que les presta aplazando por un corto tiempo el cobro de un documento que contra los mismos tiene suscrito. A su vez, los antes nombrados, si un hombre que, partiendo de una posicion humilde, y á fuerza de talento y de constancia, arribó á hacer un gran capital ó á ser un soldado distingido que ha sabido alcanzar honra para su pátria y gloria para su nombre, llega á cometer una falta gramatical, á pronunciar un arcaismo ó un modismo vulgar, concluirán sin apelacion que el capitalista ó el general son unos séres desprovistos de toda inteligencia, útiles únicamente para ser motivo de risa y de befa, y que cuanto han logrado es debido á la caprichosa fortuna. Todo esto sin perjuicio de adular al capitalista cuando lo necesitan, de que éste juegue con ellos como unos niños, ó de lisonjear más de lo debido al general cuya espada es capáz de abrirles el camino que ellos por sí solos no pueden andar, y conducirles al puesto que ambicionan; sucediendo con frecuencia que aquel militar que en tan poco tenia los fueros de la gramática sea un hombre de Estado, con un conocimiento más profundo del corazon humano y un sentido más práctico de la realidad en que vive que aquellos atildados imitadores de Demóstenes y Ciceron. Pero hay una consideracion superior á las breves que acabamos de hacer. Importancia, y grandísima, tiene la instruccion, así en los indivíduos como en las colectividades; mas por grande que aque-

lla sea, está muy por debajo de las prendas de carácter, del recto juicio y del sentido moral. No debemos perder de vista que si la inteligencia es lo que más enaltece al hombre, y á ella se deben todos los adelantos materiales por que la sociedad ha pasado desde su infancia hasta los tiempos presentes, el sentimiento es el rey de la tierra y la raíz de la vida. En más de una ocasion se patentiza á nuestros ojos el siguiente fenómeno. Tendencias y sistemas que la razon no sólo no explica, sino que declara absurdos algunos de sus fundamentos, han dado su ley durante muchos siglos á la sociedad; y el saber y la inteligencia son, en la mayor parte de los casos, impotentes para combatirlos. Los grandes hechos llevados á cabo por pueblos é indivíduos, se debieron principalmente á un gran sentimiento ó á un fondo de rectitud y de energía de carácter. Entre los innumerables ejemplos que en su apoyo pudiéramos citar, sólo indicaremos, en obsequio á la brevedad, el siguiente. Cuando la república romana desapareció para dar lugar al imperio, y cuando éste á su vez fué concluido por los bárbaros, los romanos de una y otra época eran, con toda seguridad, más instruidos que los hombres del tiempo de los Escipiones y los Marcelos. Pero estos últimos aventajaban á los primeros en el sentido moral y virilidad de caractéres.

No es ni puede ser nuestro objeto entrar en un análisis detallado para investigar quiénes tienen razon: si los que sostienen que Trajano era un discípulo aprovechado de Plutarco, ó los que afirman, por el contrario, que eran tan escasos sus conocimientos, que constantemente tenia que valerse de Sura para que le escribiese sus cartas. Lo que sí puede asegurarse es que no se alcanza el alto puesto y el inmenso prestigio obtenido por Trajano al frente de las legiones de Oriente, con escasos dotes de inteligencia. Si esto era antes de llevar la corona imperial, la manera de gobernar que tuvo desde que fué amo del vasto imperio, deja fuera de toda duda que ya fuese por estudios hechos, ya por claridad de entendimiento, no era extraño á ninguno de los ramos de la administracion. No desmintió el hijo de Itálica, por sus condiciones de energía y de valor, la raza á que pertenecia. Subyugó la Asiria, triunfó en Dacia, venció varios reyes, combatió con fortuna á los parthos, llegaron sus ejér-

citos hasta la India, y todo induce á creer que, á haberse prolongado su vida algunos años, sus conquistas no hubieran sido inferiores á las de Alejandro. Roma, para recuerdo perpétuo de sus victorias, erigió la famosa columna Trajana. Si el héroe andaluz no conservó el temperamento belicoso de su raza, tampoco bastaron aquellas lejanas guerras para hacerlo olvidar su pátria. Las letras, las artes y la ciencia, tal como entonces se conocian, adelantaron notablemente durante su reinado, y ni el procurar con gran solicitud de la administracion de su natal Península fué bastante á que descuidara aquellos adelantos materiales que pudieran dar á sus habitantes brillo y bienestar. Hizo reparar todos los caminos antiguos, construir otros nuevos y adornar con suntuosos monumentos, unos de pura ostentacion y otros de utilidad más práctica, diferentes puntos de España. De ella son testigos la grandiosa torre Denbarra, en Cataluña; Monte-furado, y Torre de Hércules en Galicia; la columnata de Zalamea de Serena; el notabilísimo puente de Alcántara, sobre el Tajo; y el ostentoso circo de Itálica.

Conocida es la severidad empleada contra Cecilio, pro-cónsul de la Bética, acusado ante el Senado por el crímen de tiranía y depravacion y atacado dura y elocuentemente por Plinio el jóven. Cecilio, temeroso de la sentencia, prefirió suicidarse á esperar el fallo. El Senado ordenó que sólo heredara su hija los bienes que aquél poseia antes de ser nombrado para gobernar la Bética, y que los demás se repartieran á los pueblos que habia esquilmado. Ocupó el ilustre Trajano el trono diez y nueve años; pero no murió en Roma ni en la historia su recuerdo. Pasados más de dos siglos, los romanos saludaban al nuevo emperador, diciendo que le deseaban la felicidad de Augusto y las virtudes de Trajano. Al ilustre hijo de Itálica sucedió en el mando supremo un compatriota vecino y deudo suyo: Elio Adriano. Sus primeros cuidados fueron honrar la memoria de su antecesor y pariente. Era el nuevo itálico uno de los hombres de instruccion más general en su tiempo: matemático, artista, literato, orador, filósofo, arquitecto, músico, pintor y poeta; no desconociendo lo que entonces se sabia de cosmografía y medicina. Sus estudios más favoritos fueron la astronomía y la astrología. Por encima de las bellas cualidades intelectuales es-

taban sus virtudes: buen amigo, como hombre era generoso; como emperador justiciero. Se le ha criticado por la licencia en las costumbres voluptuosas que revelaban sus versos, pero estos defectos eran de la época. Hombre pensador y de estudio, gustaba más de la paz que de la guerra; pero cuando se veia precisado á hacerla, se conducia como valiente soldado y hábil caudillo. Con decir que ocupó el sólio imperial despues de Trajano y antes de Antonino, y que no ha quedado oscurecido su nombre, indica bien los altos méritos de que estaba adornado. Si bien es cierto que hizo retroceder los límites del imperio, abandonando parte de las conquistas llevadas á cabo por Trajano, no obedeció á descuido ni á falta de energía, sino á una mira política y de estrategia, creyendo, con razon, que el imperio estaba mejor guardado por la parte del Danubio, conteniéndose en los límites que lo determinaban antes de subir al mando el ilustre Trajano. Cuando hacia la guerra, fuera por capricho de poeta, fuera obedeciendo á su carácter de español para hacer alarde de energía física, marchaba á pié delante de las legiones con la cabeza descubierta, lo mismo en las abrasadas zonas del Africa que en las heladas de la Germanía.

Guiado por su idea constante de que un emperador debia verlo todo por sí mismo, visitó las provincias, no como simple viajante, sino deteniéndose en cada una para estudiar su estado y necesidades, con tal detenimiento, que empleó once años en esta excursion. Pero su país predilecto era España, su antigua pátria, en la cual hizo llevar á cabo bastantes mejoras. Convocó en Tarragona una especie de Asamblea nacional, haciendo que asistiesen representantes de todos los conventos; y, como los de su mismo pueblo, Itálica, no acudieran ni hicieran caso alguno del aviso del emperador, tomó una venganza digna de él, diciendo: no es de su gusto visitarme; tampoco yo les visitaré á ellos. En efecto, la palabra fué cumplida, negándose á entrar en Itálica cuando visitó la Bética. Pidió á dicha Asamblea un número de soldados para las guerras que en Oriente y en el Norte le obligaban á sostener los bárbaros. Pero aquellos diputados de los conventos, de carácter más independiente que sumiso, se negaron á darle un sólo hombre, exponiendo que los brazos los necesitaban para la agricultura y para la industria. La única re-

presalia que dictó por semejante negativa, fué condonarles un millon novecientos mil sestercios que debian por impuestos atrasados. Durante este tiempo, y hallándose solo en su jardin, lo acometió un hombre espada en mano. Era flexible, aficionado á todos los ejercicios corporales y evitó con destreza los golpes de su adversario que con furia le acometia. Cuando los soldados se apoderan del criminal, se vino pronto en conocimiento que era un hombre que padecia alienacion mental. La sentencia de Adriano no tuvo despues muchos imitadores: ordenó que no se le hiciera ningun daño, que se entregase á los médicos y éstos tratasen de curarle.

Al tocar su turno de visita á la Judea, mandó edificar el templo, pero sostuvo la prohibicion de entrada á los judíos, sino mediante algunas cantidades. Conociendo la gran aptitud de la familia israelita para la industria, encargó á algunos de los pocos que allí quedaban y á otros que se hallaban en los países vecinos, de la construccion de armas. Aprovechan los judios la ocasion y les pareció mejor armarse ellos que entregarlas al ejército romano. Púsose á su cabeza Barcochebas que era uno de tantos Mesías como antes y despues de aquel suceso aparecieron en la tierra de Froel. Terribles y feroces fueron sus venganzas, pero la derrota era segura: la lucha era imposible contra el poder de Roma, y la venganza no fué ménos dura y cruel. Se dispersaron por todos los dominios del imperio los pocos restos existentes y una parte no pequeña vino á España á aumentar el considerable número que ya habia de hombres de aquella privilegiada raza, que tal influencia tuvieron más tarde en la historia de España, que tanto contribuyeron á su engrandecimiento y que estaban predestinados á ser, repetidamente, las víctimas de aquel furor fanático, intolerante, desarrollado en nuestra pátria y que de tal suerte ha influido en nuestra terrible decadencia. Cuando Adriano se sintió enfermo de hidropesía, fué tan consecuente con la idea de que un emperador, y aun un hombre cualquiera, debia morir alegre que, en el trance fatal del paso de la vida á la muerte se puso á recitar á sus amigos unos bellos y chistosos versos que han llegado hasta nosotros. Sus cuidados previsores por el imperio hicieron que adoptase á Antonino, que más tarde recibió el sobrenombre de

Pio. Con dificultad hubo un emperador tan querido de los pueblos. Durante los veintitres años de su reinado, el imperio, y especialmente España, alcanzaron una época de prosperidad, de recta administracion y de tranquilidad que podian mirarse como un piélago de felicidad en medio de aquel océano de desdichas.

Sucedióle otro español, ó por lo ménos oriundo de este suelo y pariente de Trajano. Hasta aquí, España habia tenido la fortuna de dar á Roma los emperadores más ilustrados, más entendidos, más justos y esforzados: ahora viene á sellar esa pléyade Marco Aurelio, llamado con razon el Filósofo; seguramente, Roma no tuvo un emperador que le sobresaliera en sólidas y brillantes cualidades. Como todos los hombres aptos para los puestos, no los ambicionaba, y cuando recibió la noticia de haber sido nombrado emperador, dijo á sus amigos: vosotros no sabeis las espinas que crecen en las gradas de un trono. Las calamidades públicas vinieron á hacer más patentes los sentimientos de aquella alma generósa. Como se esforzára en evitar el hambre que acosaba al pueblo, y para conseguirlo no dudára un momento en sacrificar su fortuna particular, Faustina, indigna esposa de semejante hombre, hizo presente que completamente se arruinaba por su deseo de socorrer á los necesitados. A lo cual dió esta admirable respuesta: ¡Qué importa! la riqueza de un príncipe es la felicidad pública. Léjos de hacer al Senado un instrumento suyo, como lo habian hecho otros emperadores, le dió prestigio y afirmó su autoridad. Dedicóse con verdadero afan á regularizar los impuestos, á disminuir en lo posible las cargas públicas, y á sellar con la nota de infamia á los delatores y calumniadores. Pero en él se verificaba aquello de que la felicidad no puede ser completa. Mientras trabajaba sin descanso por hacerla de ciento veinte millones de hombres, era desgraciado en su propia casa. Todos los momentos de su vida estaban acibarados por las escandalosas liviandades de aquella impúdica Faustina, de la cual dice un historiador que concedió sus favores á los hombres de todas las clases de Roma, no faltando quien sospeche que aquel su digno hijo, que más tarde subió al trono imperial, lo era de un gladiador.

Los bárbaros de Occidente, del Norte y de Oriente acometieron al imperio. Los primeros fueron los africanos de la Mau-

ritania que, predecesores de aquella invasion que más tarde habia de hacerse dueña de España, pasaron el Estrecho y vinieron á asediar varias ciudades de la Bética. Pero fueron duramente escarmentados por los lugar-tenientes de Aurelio, y éste en persona castigó á dacios, marcomanos y germanos. Descendió á la tumba Marco Aurelio, habiendo dado al imperio brillo y provecho, diez y nueve años de tranquilidad y ventura á todos los habitantes de los dominios romanos y los mismos de prosperidad á España.

Roma habia dado una civilizacion á España á costa de cruentos sacrificios y de doscientos años de guerra con sin igual tenacidad. Esta pagaba su deuda á Roma dándola una série de prosperidades que supieron enjugar sus lágrimas y las de todas las provincias. En una palabra: en ellos encontraron los dominios del vasto imperio más ventura de la que podia esperarse de tan azarosos tiempos.

XV

El imperio habia llegado á su punto culminante. Y antes de ocuparnos, tan rápidamente como posible sea, de los emperadores de la decadencia, nos permitiremos algunas reflexiones sobre lo que pudiéramos llamar el reinado de los españoles. Deducir de lo que han sido los emperadores de origen ibérico que los hombres de este país sobresalian en escelentes cualidades á los demás del imperio, como aquellos á la inmensa mayoría de sus antecesores y sucesores, pudiera halagar mucho nuestra vanidad patriótica, pero no seria lógico ni razonable. Y aunque lo parezca más el suponer que la casualidad ha hecho que recayera la eleccion en naturalezas tan escogidas como cualquiera de ellas, tendria, sin embargo, esta hipótesis algo de aventurada, porque un azar que se repite próximamente un siglo toma todo el aspecto de fatalidad, que una sana crítica no permite admitir. Desechando, pues, por absurda la idea de que todos los españoles de aquella época fueran parecidos á los Trajanos y Antoninos, convengamos en que habia un poco de los dos casos. Tan cierto es esto, que en la rapidísima reseña hecha de los emperadores que nos ocupan, tuvimos buen cuidado de hacer notar sus cualidades y defectos, que eran las peculiares en aquella época á los hombres de este país. Trajano el conquistador, con

su severidad y sus alardes de no permitir que nadie le guardara, marcaba bien el valor orgulloso del ibero. Márco Aurelio, marchando al frente de las legiones con la cabeza descubierta, era una traduccion viva de la vanidad viril de este pueblo, que en presencia de los hombres de otros países no permite que ninguno le exceda en el sufrimiento, en la constancia, y ni aún en las condiciones físicas. Digno es de tenerse en cuenta, además, que España, en aquel tiempo, se encontraba en cierto grado de adelantamiento y prosperidad, pues si bien participaba de los defectos y vicios de Roma, por razones ya expuestas, estaba muy distante de haber llegado al estado de corrupcion que dominaba á la Ciudad Eterna. Si á esto se añade las producciones de este suelo, las condiciones climatológicas y del medio ambiente, y la no despreciable consideracion de que aquellos montañeses, cántabros y lusitanos, durante tanto tiempo, habian luchado contra las fuerzas del pueblo-rey, y que, aún peleando contra los mismos españoles que estaban romanizados, contribuian de una manera notable al respeto que habia de inspirar España á todas las demás provincias; por un efecto natural del parentesco y el sentimiento patriótico, contribuian grandemente á sostener el aprecio de su propia dignidad y valer, y la viril energía de los hombres que vivian en la parte conquistada de la Península. Y era, por consiguiente, un antídoto que durante un tiempo más ó ménos largo habia de contrariar los efectos deletéreos del rebajamiento que producen las ideas insanas sobre la moral y los vicios que así degradan al indivíduo como á las colectividades. En realidad, la época de la literatura y los emperadores españoles era una lucha entre dos tendencias: la de Roma, que marchaba á la degradacion y al rebajamiento; y la de España, que gastaba su energía oponiéndose á aquel torrente degradante; lucha en la cual, por las leyes físicas de la inercia, España habia de ser vencida, concluyendo por participar de aquella nada vivificante atmósfera, que á la corta ó á la larga traeria para la ibérica Península una de sus épocas de decadencia.

Tenia la crítica poco campo donde cebarse, tratándose de la época de los emperadores ibéricos. Así, que se les quiere hacer responsables únicamente bajo los tres siguientes conceptos. Pri-

mero porque siendo amos del imperio, gobernando con tal acierto y mostrando tanto interés por la justicia y el derecho, tal como en aquellos tiempos se entendian, no devolvieron á los pueblos sus fueros y libertades, repartiendo con ellos la autoridad de la soberanía. Segundo: porque no adoptaron la nueva idea, ó mejor dicho, porque no se valieron de su autoridad para imponer el Cristianismo en toda la dilatada estension que componia el imperio. Tercero: que en tiempo del último príncipe se verificó, aunque no con la fuerza y crueldad que en anteriores épocas, lo que pudiera llamarse la tercera persecucion contra los cristianos.

Los tres cargos tienen escasa importancia. Por lo que al primero se refiere, agrada mucho á nosotros, demócratas modernos, la idea de devolver á los pueblos la soberanía que de derecho les pertenece. Pero penetrando más en el fondo de las cosas, no dejándonos seducir por esas hermosas palabras que tan bien suenan en nuestros oidos liberales y republicanos, y que de tal manera halagan nuestros corazones de reformadores modernos, y echando una mirada por lo que la sociedad romana significaba en aquella época, se comprende, con suma facilidad, que era absolutamente imposible para los amos del imperio devolver á un pueblo que habia demostrado hasta la saciedad la incapacidad á que por sus vicios, su rebajamiento y holgazanería habia llegado para gobernarse á sí mismo, un derecho y una libertad que él mismo era el primero en abdicar para ponerlos al pié de un amo. Cuando á los pueblos ó naciones, por su cobardía, por su ignorancia, por su falta de aplicacion ó por su inmoralidad, no les queda más aptitud que la de lisongear al amo que los explota y tiraniza, no es dable á ningun hombre, cualquiera que sea su posicion, levantarlos de la abyeccion en que se hallan sumidos. Gran influencia tienen las leyes en la marcha y porvenir de los pueblos; pero como estas, en definitiva, no hacen más que corresponder á las necesidades que aquellos sienten, todo el empeño del que por la fortuna ú otro motivo se halla en posicion de ejercer influencia, ha de dirigirse principalmente, antes aún que buscar leyes para los pueblos, á hacer pueblos para las leyes. Si á los emperadores, nuestros compatriotas, se les hubiera ocurrido dividir parte del poder con lo que se llamaba el pue-

blo, no hubieran adelantado otra cosa que conseguir un estado anárquico, en el cual el país se hubiese sumido más y más en la degradacion que le devoraba, y haber satisfecho los deseos concupiscentes de algun ambicioso vulgar que habria empezado por adularlo para tiranizarlo más tarde.

Una misma nacion ó un mismo pueblo pasa por épocas tan diferentes, que tan imposible le será en la una gobernarse por sí mismo como en la otra tolerar un amo. Además, lo que entonces se llamaba libertad, la intervencion del pueblo y de la democracia en los Municipios y otras Juntas, no habia desaparecido en tiempo de aquellos emperadores. De suerte que si los pueblos que constituian el dilatado imperio hubieran sentido la necesidad de las públicas libertades, medios tenian bajo el mando de aquellos, y apoyándose en los fueros de que disfrutaban, para conseguir la plenitud de su derecho. Porque, si para alcanzar éste, las colectividades y los indivíduos deben luchar un dia y otro, tampoco deben perder jamás de vista aquel dicho axiomático de los escoceses: "Es necesario sacar todo el provecho posible en favor de los derechos populares, aun del peor de los Gobiernos." Que es precisamente lo contrario de lo que hacen los irlandeses: aprovecharse lo ménos posible de las concesiones que haga el mejor de los Gobiernos. El resultado de una y otra conducta está á la vista: nadie ignora el estado de Escocia y el de Irlanda. Creemos perfectamente demostrado que los emperadores que nos ocupan hicieron en este sentido todo lo qué de hombres podia esperarse, dada su época.

Por lo que hace referencia al segundo cargo, cualquiera que sea el orígen de la buena nueva, ha estado comprendido dentro de las leyes sociales, y por consiguiente, tuvo su nacimiento, su proceso y evolucion, en los períodos que dichas leyes determinan. Así es que estaba muy léjos de dominar en la sociedad cuando aquellos ilustres emperadores fueron dueños del imperio. Fuera para ellos ventaja ó desdicha, dependia de su conciencia y no de su voluntad el profesar estas ó aquellas creencias, y en todo caso, y cualesquiera que fueren, dejarian de estar á su altura si hubieran tratado de imponerlas á nadie. La marcha del Cristianismo en Roma fué semejante á la que tuvieron las religiones de los diferentes pueblos que componian el vasto imperio.

Ya fuera una necesidad política, ya fuera indiferencia, ya costumbre que venia de los primitivos tiempos de la Ciudad Eterna, lo cierto es que vivian en Roma, en tranquila armonía, los dioses de Grecia, del Egipto, de Africa, de España, de las Gálias, etc. La nueva y superior religion quedó, por consiguiente, sujeta á las leyes del tiempo y á esperar que llegase la época de haber ganado la opinion pública.

Por lo que hace al tercer cargo, de deplorar es que en tiempo del ilustre hijo de Itálica se haya verificado lo que pudiéramos llamar la cuarta persecucion de los cristianos. Verdad es que no ha sido fuerte ni por motivos religiosos, sino sociales y políticos, mejor ó peor entendidos. Así y todo, no es el hecho ménos sensible ni ménos digno de reprobacion. Pero hay que tener en cuenta que por grande que fuera la elevacion de miras de Trajano, no le era dable, como no lo es á ningun hombre, dominar su época. Es innegable la influencia social que las individualidades, por la posicion que ocupan y las cualidades de que están adornadas, ejercen en la época en que viven; pero el error consiste en la costumbre seguida hasta ahora por historiadores y literatos, atribuyendo á aquella influencia más importancia de la que realmente tiene. La personal es un factor de las evoluciones sociales; pero está muy léjos de tener el valimiento que da el conjunto de circunstancias que la rodean, la especie de carga que cada generacion lleva consigo, producto de las que la legaron las anteriores: hay algo de semejanza con lo que sucede en el estado patológico de un indivíduo, en el cual influyen el acierto y el desacierto del médico y las perturbaciones que han alterado su organismo; pero siempre este último dato es superior al primero. En una palabra: los hombres no dominan sus épocas; son dominados por ellas.

Pudiera decirse que los emperadores oriundos de España fueron el último obstáculo sério que se oponia á la rapidez vertiginosa con que Roma marchaba á su decadencia. En la série de los que les sucedieron, hasta la conclusion del imperio de Occidente, solo hallaremos algunos que, si dignos de aplauso, han sido como unos puntales de valía, pero impotentes para estorbar la ruina de un edificio que por todas partes se derrumbaba. Poco nos ocuparemos, pues, de la mayoría de aquellos

mónstruos degradados sucesores de nuestros héroes. Si siempre repugna ocuparse de ellos por sus crímenes, ofende más aún recordar la miseria, la cobardía y la imbecilidad de los pueblos, que no sólo los aguantaban, sino que llevaban su bajeza hasta el punto de adularles.

¿Por qué nos hemos de ocupar de Cómodo, el sucesor de Marco Aurelio, el hijo de su impúdica mujer Faustina? La historia, pareciéndole absurdo que este insensato criminal pudiera ser hijo de Marco Aurelio, afirmó, según ya se ha dicho, que lo era de un gladiador. Mentira parece; pero su reinado hizo bueno los de Tiberio, Calígula y Neron. Grande habia sido la insensata crueldad de éstos, pero nunca llevaron su locura hasta el punto de mandar abrir un hombre por medio para tener el placer de ver lo que caia de su cuerpo; de mandar sacar los ojos y cortar los piés á los que le eran antipáticos, ó de hacer degollar á todas las personas que existian en un teatro por gozarse de su agonía. Esta bestia feroz con forma humana, al cual no llamamos tigre por consideracion á este hermoso y sanguinario cuadrúpedo, hacía que le llamaran el Hércules romano. Y lo que es más rebajado: aquel pueblo servil se titulaba colonia Comodina; y aquel Senado miserable hizo poner á la puerta de su palacio el siguiente letrero: "Casa de Cómodo." Por fin, el hijo de Faustina desapareció de sobre el haz de la tierra, ó por el veneno suministrado por una de sus concubinas ó por el contacto brusco de las manos de un atleta con su cuello.

España no pudo darse siquiera razon del paso por el sólio de Pertinaz, asesinado por los legionarios por el grave delito de querer restablecer la disciplina. ¿Por qué hemos de ocuparnos, tampoco, de Septimo Severo, que triunfó de sus dos rivales? Poco tendríamos que decir de éste que nada bueno ha hecho si no le cupiera la triste gloria de inaugurar otra persecucion contra los cristianos, que fué, en realidad, la primera que se verificó en España. Ya brillaban oradores notables que defendian la buena nueva. Si nada elevado hay que decir de él, tampoco la historia y España tienen que estarle agradecidos por haber dejado como sucesores á sus hijos Geta y Caracalla. El segundo murió asesinado por el primero, sufriendo este último mónstruo igual suerte impuesta por Macrino.

Para que en ellos no hubiera un rasgo bueno, todos estos mónstruos, locos, imbéciles y cobardes, ó todo á la vez, estaban llenos de pretensiones, y Caracalla no se quedó en esto atrás, presumiendo ser el imitador de Alejandro y Aquiles. Ya hemos dicho que habiendo llamado á uno de los jurisconsultos más notables de Roma proponiéndole hiciese un escrito disculpando su fratricidio, y como aquel hombre le contestára era más fácil cometer el crímen que disculparle, le mandó cortar la cabeza.

La primera ocupacion de Macrino fué mandar levantar altares á Caracalla, á quien habia asesinado. Las legiones se encargaron de probarle que no eran más escrupulosas que él lo habia sido y le aplicaron la pena del Talion.

Con verdadera repugnancia tenemos que decir algunas palabras del sucesor de Macrino. Al estado á que habia llegado Roma, todos los caprichos, todos los vicios, todas las crápulas pugnaban por tener su representacion en el punto más culminante de aquella sociedad. Y siguiendo esta marcha, una intriga de cortesanos dió el imperio á Elogábalo ó Eliogábalo, sacerdote del sol en Siria. Entró en Roma esta mujerzuela del sexo masculino con tiara en la cabeza que, como saben nuestros lectores, proviene esta clase de sombreros de Persia; las mejillas y párpados pintados, vestido de tela de oro, collar al cuello y brazaletes en brazos y piernas. Su gran aficion era vestirse de mujer y ocuparse de las labores del bello sexo. Nombró á su madre senadora haciéndola tomar asiento en el Senado. Compuso además una Asamblea de mujeres para que se ocuparan de los trajes y modo de vestir. No era lo peor sus ocupaciones femeniles, sino que el gran placer de esta hedionda Mesalina del sexo feo era desempeñar en todo las funciones de mujer. No alcanzamos la razon del dicho vulgar que ha llegado hasta nosotros que consiste en llamar á un hombre Eliogábalo cuando es un gran gastrónomo: no, por grosero que sea este deleite, no es el de aquel miserable que disputaba su oficio á las mujeres más impúdicas.

Por fortuna para la vergüenza humana, fué muerto con su digna madre en lugar inmundo, y arrojados sus cuerpos al Thiber. Como si la sociedad quisiese protestar contra tanto oprobio y demostrar que algo quedaba bueno y digno dentro de ella, su-

cedió á la *Eliogábala* el digno, por más de un concepto, Alejandro el Severo. Fué éste como un firme apoyo para sostener aquella desquiciada sociedad; y, por más que esto ya no fuese posible, dejó este emperador una estela luminosa en la historia tras de su paso por el imperio. El virus de la corrupcion habia alcanzado ya á España, pero no habia llegado al estado del de Roma. Alejandro el Severo viene en ayuda de nuestra pátria; castiga con mano fuerte los conculcadores de la Hacienda pública; la dota con gobernadores de saber y de honradez, y, lo que es más, hace que los pueblos intervengan en su nombramiento imitando en esto la conducta de los cristianos que, por entonces, elegian sus curas y obispos. Si él fué digno de aplauso copiándoles, no así ellos perdiendo aquella buena costumbre y sosteniendo hoy mismo, como derecho propio, que el nombramiento de los segundos no tenga validez si no es hecho ó aprobado por la curia romana. Y como quiera que el de los primeros depende directa é indirectamente de aquel mismo centro, resulta que la voluntad de los pueblos, en una cosa tan sagrada como es la conciencia, no se tiene en cuenta para nada.

¡Qué tendencia á la dominacion tienen las teocracias de todos los tiempos! Por condiciones fisiológicas peculiares al pueblo ibérico, España mostró su agradecimiento á Alejandro el Severo por la deferencia que hácia ella habia tenido en el nombramiento de gobernadores y por las libertades gozadas durante su mando. Varias poblaciones de España levantaron estátuas á este hombre notable, que tenia por lema: "no hagas á otro lo que no quieras que te hagan á tí." Sus virtudes y cualidades no empecieron pára que muriera asesinado á los trece años de ocupar el sólio. Le sucedió el godo Maximino, que sólo tenia en su abono ser el hombre más alto y fornido de todo el ejército, comer cuarenta libras de carne y beberse veinticuatro azumbres de vino al dia. Era natural que tambien los glotones tuvieran su representacion en el imperio.

Los africanos no quieren quedarse atrás, é intentan nombrar un emperador. Recae la eleccion sobre los Gordianos, padre é hijo, descendientes de los Gracos. Rechaza el primero el manto imperial, pero se lo visten á la fuerza y declaran augusto á Gordiano el jóven. Muere el hijo, y el padre se suicida. El Senado

se da el placer de nombrar dos emperadores: Máximo Papiano y Balbino, soldado de mérito el primero, y orador y poeta el segundo. Arde la guerra civil dentro de los muros de Roma, hay asaltos, combates, asesinatos y toda clase de manifestaciones de esta especie. Viene á poner límite á tan desenfrenada anarquía, el niño Gordiano, hijo y nieto de los anteriores. Sostiene con firmeza su puesto durante cinco años; pero su protegido Felipo lo hace degollar por los soldados, y reemplaza en el sólio á su víctima. Felipo, de nacionalidad árabe, y de profesion bandolero, era digno de ocupar tan elevado puesto: esta clase de héroes de caminos tambien tuvo su representacion: *la paz del imperio iba manifestándose con más fuerza.* Son proclamados cuatro ó cinco emperadores, y en su consecuencia nuevas guerras civiles, nuevas luchas, de tal manera desatentadas, que hubo un momento en que los combatientes ignoraban á quién defendian. Por fin triunfa Decio, y su pensamiento favorito fué la persecucion, más cruel que todas las anteriores, contra los cristianos. Era tan escasa la fé de estos en su gran mayoría, que á muchos de ellos les pareció más comodo renegar de ella que sufrir los tormentos de la muerte. A todo esto bramaba la tempestad por el Norte y el Oriente; y hunnos, alanos, godos, borgoñones, hérulos, vándalos, escytas y otros muchos pueblos de naciones desconocidas acometen el imperio. España, que durante un siglo habia ejercido una especie de hegemonia dentro del Estado, y que tenia sobrados medios para proclamar su independencia, ya fuera que se habia romanizado, ya, lo que es más positivo, que la corrupcion de Roma hubiera penetrado en ella, y, por consiguiente, entrado en un período de decadencia, miró como fria espectadora aquella interior anarquía y exterior amenaza.

Ya se ha dicho cuál habia sido la profesion de Felipo. Su hermano Crispo no sabemos si ejerció la misma, pero no ignoramos que fué traidor: púsose en comunicacion con los godos y los enteró de la debilidad del imperio y de los puntos flacos por donde podian atacar. No desperdician éstos la ocasion, y conquistan la Mesia, la Tracia y la Macedonia. Decio los combate con firmeza, y mueren peleando él y su hijo. Galo, vendido al oro de los moros, es proclamado emperador, y se compromete á

pagarles un tributo anual á condicion de que los bárbaros respeten la tierra del imperio. Los godos no tuvieron inconveniente en ofrecer lo que no habian de cumplir. Además de ellos, pueblo vencido y arrojado por otros que detrás venian, los francos invadian la Galia por el Rhin, los persas conquistaban la Armenia y los escitas ocupaban el Ponto Euxino y avanzaban hasta Caledonia.

Ya hemos visto lo que era la paz del imperio. Ahora sepamos lo que era su fuerza. Entre otras cualidades, el despotismo tiene la de ser débil. En esta situacion, poco envidiable del imperio, acaecen nuevas guerras civiles. Valeriano triunfa de Galo y Emiliano, se ciñe la púrpura manchada con la sangre de sus dos rivales, y asocia á su hijo Galiano, naturaleza viciosa y afeminada, y nada preocupada del amor filial. Póstumo, Cláudio, Aureliano y Probo, vencen á los godos y rechazan de España la invasion de los francos. Valeriano es ménos afortunado en su lucha contra Sapor, rey de los persas. Cae prisionero, y el déspota oriental lo dedica á estribo suyo. Cuando tenia que montar á caballo hacía que el desdichado romano, vestido con la púrpura imperial, se doblára para que el persa, poniendo la planta sobre sus espaldas, se ahorrara meter el pié en el estribo. Este desgraciado Valeriano no tuvo el aliento necesario para quitarse la vida ántes de sufrir tales humillaciones, y, ciertamente, no valia la pena de conservarla, porque, cansado el déspota de usar aquel estribo de nueva invencion, mandó desollarle vivo, hizo curtir su piel, pintarla de encarnado, rellenarla de paja y colgarla en la bóveda de un templo.

Galieno, el digno hijo de Valeriano, cuando supo el horrible fin de su padre, manifestó su amor filial con las siguientes palabras: "¿Qué tiene de extraño? Ya sabia que mi padre era mortal." Y reinando en la parte del imperio que heredó, continuó su vida entre cortesanas, que no bastando, sin embargo, á satisfacer todos sus deleites, los completaba robando el papel á aquellas mismas. En esta época empezó el enjambre de emperadores de que ya hemos hablado.

Dos mujeres sostuvieron con brío los fueros de sus naciones: fueron éstas Cenobia y Vitoria. La última, de nacionalidad gala, elevó á la categoría de augusto al armero Mario, el cual murió

a manos de un soldado que habia sido de su oficio, quien al atravesarle el cuerpo con su espada, le dijo: "Tú la fabricaste." No se desanimó por todo esto Vitoria: presentó la batalla á los francos, los rechazó más allá del Rhin; y nombró emperador á Tétrico, que lo fué de las Galias y de España. A tal estado habia llegado la pirenáica Península. Sucedió á Galiano, Claudio que era un hombre de condiciones poco comunes. Rehacer la suerte del imperio no era posible; pero sí le dió algunos dias de gloria. Fué llamado el Gótico, por la gran derrota que hizo sufrir á los hombres de aquella nacion. Hé aquí las palabras con que él describe la derrota: "Hemos destruido trescientos mil godos y echado á pique dos mil naves. Los rios están cubiertos "de escudos, y sus márgenes de anchas espadas y pequeñas lan"zas. Las llanuras se ocultan bajo los montones de huesos blan"quecinos: no hay camino que no esté tinto de sangre. Hemos "hecho tantas mujeres prisioneras, que no hay soldado que no "pueda tener dos ó tres esclavas." Prescindiendo de lo que pudiera haber de más ó ménos exagerado en las palabras anteriores de Claudio, lo cierto es que dejó á los bárbaros escarmentados por algun tiempo. Antes de ir más adelante, debe advertirse que, siempre que al frente del ejército romano habia un caudillo de valor, inteligencia y condiciones siquiera regulares, aquellos godos que más tarde, por espíritu de secta, nos han querido pintar como una raza de héroes, no sólo eran impotentes ante las legiones romanas, sino que estuvieron muy lejos de mostrar la tenacidad y el arrojo de los que en la ibérica Península supieron luchar durante dos siglos contra el poder de Roma. Obsérvase, además, este fenómeno: aquellos hombres de la Escyta y la Germania, que más tarde invadieron y se apoderaron del imperio romano, ningun cuidado inspiraban á los ejércitos de la república y del imperio hasta que llegó el período de la gran decadencia. Y aun dentro de éste, cuando por el azar ú otra circunstancia cualquiera, llegaba á ocupar el primer puesto un hombre digno de los antiguos tiempos, que siquiera momentáneamente sabia tonificar el ejército y la sociedad, los bárbaros apenas inspiraban á las legiones más que desprecio.

Hemos dicho tonificar el ejército y la sociedad, porque entonces, como antes y despues, cuando el de un país está á más

altura que el de otros, la nacion á que pertenece está tambien en estado más progresivo y más adelantado que las demás. Inversamente: cuando el ejército decae, la nacion decae tambien en su riqueza, en su saber, en su lengua, en sus costumbres, en fin, en todas las manifestaciones que indican el poderío de un pueblo. De aquí, que cuando la fuerza armada se repone algun tanto, el país emprende su marcha de regeneracion. Esta relacion, que hace la prosperidad de un país y el poder de su ejército, funciones uno de otro, de tal suerte que, dado el primero, se conoce el segundo, es una de las pocas leyes que hasta ahora ha patentizado la naciente ciencia sociológica y que tiene su orígen en la lucha por la existencia que, si dolorosa en sus efectos, es el fundamento de donde parte todo el progreso humano. De esta ley hemos de ocuparnos más tarde, cuando de la grandeza y decadencia de España más en concreto se trate.

Si Claudio fué afortunado en sus campañas contra el extranjero, no lo fué ménos contra sus rivales. Estos le ahorraron la molestia de combatirlos, destruyéndose unos á otros. Solo quedaban en pié: Cenobia en Oriente, y Tetrico en Occidente. Este último no era un enemigo temible cuando le faltase el apoyo de Vitoria. De cualquier modo, Claudio se disponia á ir contra ellos cuando le sorprendió la muerte. Quedó, pues, esta tarea para su sucesor Aureliano *Manus ad ferrum*, el cual, dotado de gran valor y brillantes cualidades, concluye rápidamente con todos sus adversarios, y despues fué á recibir los honores del triunfo á Roma, uno de los más brillantes que esta habia conocido, pues en él figuraban como prisioneros, escytas, alemanes, alanos, vándalos, sarmatas, godos, suecos y francos. Tras ellos iba Tétrico vestido con la púrpura imperial, y Cenovia, reina de Palmira, con las manos atadas á la espalda, con cadena de de oro y un vestido tan cargado de perlas, que sus antiguos cortesanos, cautivos como ella, tenian que sostener la cadena y el vestido que por su peso no le permitian andar. Era Aureliano, como todos los hombres de valía, severo en sus costumbres, y, como general, rígido en la disciplina. No permitia á sus soldados tomar una gallina sin pagarla, afirmando que los guerreros deben verter la sangre de los enemigos, pero no las de aquellas aves caseras que constituyen para el pobre labriego un elemen-

to de riqueza. Aquí vemos una confirmacion de lo anteriormente dicho: aquella sociedad corrompida no podia tener un ejército que fuera la negacion de sus costumbres. Sus propios oficiales asesinaron á Aureliano cuando se proponia hacer la guerra á los persas. Y los partidarios de la nueva religion, con más sentimiento de secta, con criterio más estrecho que miras levantadas de patriotismo y de abnegacion, se alegraron de su muerte, porque no participaba de sus creencias.

¿Por qué hemos de ocuparnos de aquel interregno de un año próximamente que Roma se pasó sin amo, porque el ejército y el Senado, cansados de elevar emperadores, exigian al uno que le eligiese el otro? Y si el viejo Tácito, descendiente del célebre poeta, pareció por un momento rejuvenecer aquella envejecida sociedad, no le libró esto de un fin desastroso. La misma suerte le cupo á su sucesor, asesinado por sus propios soldados. Sucedióles uno de los más notables emperadores que ha tenido Roma, el célebre, modesto y pobre de intereses, Probo. Si cupiere en la posibilidad humana que un hombre regenerase á una sociedad corrompida, Probo lo hubiera conseguido de la romana. Como frecuentemente sucede, por lo mismo que tenia condiciones para desempeñar el alto cargo á que lo elevó el ejército, no lo pretendia ni lo deseaba. Así que, cuando le noticiaron que habia sido proclamado emperador, contestó: "me matais al nombrarme." Pero, una vez elegido, puso manos á la obra con infatigable actividad. Como guerrero, mató cuatrocientos mil bárbaros, venciendo á francos, á borgoñones, á vándalos y otras tríbus que se habian apoderado de las Gálias; conquistó una gran parte de la Alemania, é hizo construir una muralla desde el Rhin hasta el Danubio. Asegurado el imperio en el exterior, sujetó con mano firme la interior anarquía derrotando á todos los caudillos que, por deseos concupiscentes, deseaban apoderarse del mando supremo y de las ventajas pecuniarias que proporcionaba. Como administrador, hizo trasportar varias colonias de prisioneros á Inglaterra, á fin de poblar aquel país y ponerlo en vías de riqueza y prosperidad. Levantó varias ciudades é hizo reedificar hasta el número de setenta. Vencedor así en las guerras exteriores como interiores, dedicó el ejército á los trabajos de agricultura y obras públicas, lo cual proporcionaba la doble ventaja

de la inmensa riqueza que representaba el trabajo de tantos miles de hombres, y de que los soldados, por medio de éste y de la industria, progresáran en su cultura y conserváran su energía. De este modo consiguió distraer la actividad juvenil de los vicios que engendra el ócio, pues entonces, como más tarde, éstos llevaban y llevan consigo la debilidad física y moral.

Hemos dado á Probo el título de modesto, porque así lo atestiguaban todas sus acciones. Entre otras que pudiéramos citar, nos contentaremos con la siguiente: cuando se hallaba al frente de sus invencibles legiones en los montes de la Armenia, fueron á buscarle los embajadores de Pérsia solicitando la paz con Roma, porque no se ocultaba al déspota que mandaba en aquel país la tempestad que se le iba encima y lo temible que era el caudillo con el cual queria entrar en tratos. La embajada se presentó adornada con todo el lujo y pompa orientales, y la recibió sentado en el suelo comiéndose un puchero de legumbres. Cuando el ejército murmuraba criticando su pobreza, contestaba: "¿quereis riquezas? Ahí teneis la Pérsia. Creédme: de tantos "tesoros como poseia la república, nada ha quedado. El mal "viene de los que han enseñado á los príncipes el comprar la "paz de los bárbaros. Nuestras rentas están agotadas, nuestras "ciudades destruidas, nuestros campesinos arruinados, nuestro "tesoro exhausto, nuestra agricultura enflaquecida. En cuanto "á mí, un emperador que no conoce más bienes que los del alma "y la satisfaccion de una conciencia honrada, no tiene por qué "avergonzarse de su honesta pobreza." Tratando de España y haciendo referencia al decreto de Domiciano mandando arrancar las vides que se cultivaban en la Península decia: "El deber "de un emperador es decretar todo lo que aumente el bienestar "y la riqueza pública; pero es el colmo de la criminal insensatez "el ordenar nada que la destruya. Así, tengo por conveniente "derogar el perjudicial decreto de Domiciano prohibiendo que "se cultiven en España las vides." Con lo cual favoreció grandemente la riqueza de nuestro país. Este militar distinguido se expresaba, hablando en cierta ocasion con sus amigos: "Si los dioses me conservan algun tiempo la vida conseguiré que Roma no necesite soldados; y que los hombres válidos puedan dedicar su actividad y energía á los trabajos de la paz. "Y como quiera

que esto llegara á oidos del ejército, sus propios oficiales, mal avenidos con sus miras, lo asesinaron. Es decir, aquel intrépido caudillo que el hierro enemigo habia respetado, fué víctima del puñal del asesino. No debia ser de otra suerte: Roma y Probo no podian vivir juntos. En todos los tiempos, desgraciado, personalmente hablando, del hombre que por cualquier motivo está fuera de su época. No faltó algun amigo que quisiera legar á las generaciones posteriores la memoria de aquel distinguido caudillo con el siguiente epitafio: "Aquí yace Probo, el mejor de los emperadores, el vencedor de los tiranos y de todas las naciones bárbaras." El mérito principal de este epitafio consiste en que, léjos de sér una exageracion, estaba muy por debajo de lo que en verdad podia decirse del personaje á quien estaba dedicado.

Siguieron varios emperadores, de los cuales no nos ocuparemos por evitar así la molestia al lector. Uno de ellos, Carino, se estableció en España. Diocleciano vino á disputarle el trono imperial, pero el ejército habia llegado á tal estado que le parecia más cómodo imponer un amo á Roma que batirse. Así, el que estaba á las órdenes de Carino, sin duda por evitar los horrores de una batalla, consideró de más conveniencia degollar á su propio jefe y pasarse al ejército de Diocleciano. Este, comprendiendo que el imperio era una carga demasiado pesada para sus hombros, lo dividió con Maximiliano Hércules, y nombró, además, dos césares: Constancio Chloro y Galerio, quedando así los dominios del gran imperio fraccionados en cuatro partes. La España, las Galias y la Bretaña formaron los dominios de Constancio. Diocleciano mostró interés por reformar la administracion, y castigó con mano firme el despotismo militar y la preponderancia de las legiones. Pasó, sin embargo, su nombre á la historia con un sello de crueldad que no merecia, si bien tuvo la desgracia de que recayera sobre él la mancha, nunca escusable, de haber cedido á las sugestiones de Galerio, y sometido su criterio al de un consejo de jurisconsultos que sostuvieron la necesidad de dar un edicto de persecucion contra los cristianos. Y si no falta quien quiera disculparle, sosteniendo que la opinion de aquellos jurisconsultos era dictada contra los nuevos creyentes no por su nueva fé sino por cuestiones políticas y sociales,

la persecucion no era por eso ménos punible, ni dejaba de constituir un acto de tiranía. España sufrió mucho con aquella persecucion, y gran número de sus hijos perecieron en el tormento, en la cruz y en las garras de las fieras. Los fueros de la verdad exigen decir que de la dureza con que se llevó á cabo aquel edicto que proporcionó en España no pocas víctimas á los verdugos, es poco responsable Diocleciano, y sí el gobernador Daciano, que los persiguió con encarnizamiento en todos los puntos de aquella, y que, segun declaracion del mismo, los odiaba, especialmente por innovadores. Perteneciente á una familia aristocrática romana, tuvo consecuencia con lo que siempre han sido las aristocracias, persiguiendo toda clase de novedades que alteren la manera de ser de la sociedad ó los privilegios de que gozan las oligarquías.

Galerio, que habia ocupado el trono, llamado por Diocleciano, obligó á aquél á que abdicase la púrpura; y lo mismo consiguió del padre de su mujer Maximiano. Y así quedó el imperio dividido entre Galerio y Constancio. Este último tuvo el bueno y plausible acuerdo de hacer que cesáran las persecuciones emprendidas en tiempo de su antecesor; era esta la sétima ú octava que sufrian los cristianos. Desgraciadamente la semilla caia en buena tierra, y los actos de feroz tiranía y cruel intolerancia dejarán de ser un mal epidémico para convertirse en endémico.

No hay nada tan abundante en contrastes como la anarquía. Una vez más queda esto comprobado por el siguiente. En el año 275 se pasó, como ya hemos visto, próximamente otro sin haber quien quisiera el imperio. Treinta y un año despues reinaron á un tiempo seis emperadores: Constantino, Maximiano y Maxencio, en Occidente; Galerio, Licinio y Maximino, en Oriente. Los títulos, en verdad, no eran iguales; pero, ¡qué importa! todos eran amos: los unos se llamaban augustos y los otros césares. Maximiano tiene el mal acuerdo de arrepentirse de su abdicacion, y á fin de recoger el poder conspira contra su yerno Constantino.

Este se apodera de él, y dando la primera prueba de sus respetos de familia, le hizo quitar la vida. Esta accion, no muy humanitaria, mereció la aprobacion de la madre del gran Cons-

tantino, Elena, que más tarde fué declarada santa. El procedimiento de Constantino le libró definitivamente de uno de sus competidores: el padre de su mujer. Una asquerosa enfermedad le alejó de otro: la humanidad perdió poco con la pérdida de Galerio. Los cristianos, que tan triste memoria tenian de él, atribuyeron, en su inocente fe y ardiente entusiasmo, á castigo de Dios la muerte de aquel tirano.

Quedaban solo ya cuatro emperadores. Maxencio, que sostenia que él era el verdadero, reune un ejército de cien mil hombres y se dispone á batir á Constantino. Este, que pensaba lo mismo, acudió á idénticos medios. Encuéntranse los dos ejércitos á nueve millas de Roma. En la batalla de Saxarubra iba á decidirse, no sólo la suerte de los dos ambiciosos, sino tambien, en gran manera, la del cristianismo y el politeismo. ¡Con qué inflexibilidad se cumplen las leyes sociales! Las religiones, como todos los factores de cada evolucion, solo son admitidas como buenas cuando la fuerza falla en su favor. Maxencio fué ahogado en el Tiber: la victoria se decidió por Constantino. Este entró en Roma y fué saludado como libertador de la pátria: lo mismo, exactamente, hubiese hecho aquel pueblo envilecido con su rival si la fortuna le hubiere sonreido. De los seis emperadores aun quedan tres. Constantino tenia sólo dos rivales: Maximino y Licinio. Ambos se hacen la guerra y el primero muere vencido por el segundo. Constantino sólo tiene ya un competidor. Declara la guerra y le obliga á abdicar, y, en su consecuencia, queda dueño del imperio más grande que el mundo habia conocido. Los cristianos nada tienen que temer: su amigo y protector es el amo de aquellos vastos dominios. Expidió varios edictos protegiendo á los que profesaban las nuevas creencias. Sin embargo, no hizo derribar, como deseaban sus nuevos aliados, los ídolos del politeismo. Lejos de eso, al lado de los templos que mandó edificar para la nueva religion, ordenó se levantáran otros para los antiguos dioses. Lo cual indica bien claramente que obraba más como político hábil que como fervoroso creyente. Y si se hubiera ceñido á este primer paso, autorizando el nuevo culto lo mismo que los antiguos, hubiese ocupado un lugar distinguidísimo en la historia y acaso el mundo civilizado hubiera atravesado un período ménos largo de intolerancia y de tinieblas.

No obstante, le honra sobremanera el siguiente edicto: "Consiento que los que están embuidos en los errores de la "idolatría gocen el mismo reposo que los fieles. La justicia que "se guardará con ellos y la igualdad con que unos y otros serán "tratados contribuirán á atraerlos al buen camino. Que nadie "inquiete á otro: que cada cual elija lo que le parezca mejor; "que los que se niegan á obedecernos tengan templos consagra- "dos á la mentira, pues quieren tenerlos; que nadie atormente "á los que no participen de sus convicciones. Si alguno ha "alcanzado la verdadera luz, sírvase de ella para iluminar á los "demás; si no que los dejen tranquilos. Una cosa es combatir "para alcanzar la corona de la inmortalidad y otra usar de "violencia para obligar á abrazar una religion." Todos los sectarios tienen la misma intolerancia. Los cristianos que tan recientes tenian las persecuciones sufridas y la tiranía de sus injusticias, lo hostigaban sin descanso para que exterminase los gentiles. A lo cual Constantino contestaba: la religion quiere que se padezca por ella la muerte: no que se dé á nadie.

Tampoco adelantaron más en las sugestiones con que le asediaban para que recibiera el agua del bautismo. No entraba en su política el separarse por completo de las antiguas creencias que representaban gran fuerza aún, especialmente en las clases superiores y entre escritores y filósofos. Pero en cambio, publicaba edictos y leyes en favor de los cristianos, erigia templos y otorgaba á iglesias y sacerdotes inmunidades y privilegios que quitaba á los magistrados civiles. Lo que más agradaba al sacerdocio: no sólo adornaba la iglesia de Roma y otros puntos con todo el lujo y ostentacion que era posible al dueño de tan vastos dominios, sino que dotaba con pingües rentas á los templos y sus servidores. En una palabra: elevada la nueva creencia á religion del Estado, y cercenando inmunidades á los magistrados y concediéndolas á los nuevos sacerdotes, echaba los cimientos para convertir los vastos dominios del imperio en una monarquía teocrática.

Como era natural que sucediera, el entusiasmo por un lado, la fe ciega por otro, y en parte no pequeña el cálculo, se apresuraron á atribuir la victoria de Costantino sobre Magencia á hecho milagroso dictado por el Dios único, y en cumplimiento

de profecía de una aparicion milagrosa que suponian habia tenido el nuevo emperador al atravesar los Alpes, consistente en haber visto en el cielo una cruz brillantísima de oro y luz resplandeciente que anunciaba al rival de Magencia que con aquel signo obtendria la victoria. ¿Qué importaba á los sinceros creyentes que la tal aparicion estuviese negada por completo por las leyes físicas que no conocian, y que lo que ellos llamaban cielo fuera simplemente una ilusion óptica? ¿Ni por qué meterse tampoco á hallar la explicacion natural de que la buena nueva hubiese ganado la opinion de tal modo y con tal número de adeptos así en el ejército como en las demás clases sociales? La explicacion que se diera, por racional que pareciese, sería sumamente social, y no podia satisfacer á las imaginaciones excitadas por una ardiente fe, porque la razon es impotente en momentos dados para combatir el sentimiento. Pero si no satisfacia á los fervorosos creyentes, ménos podia convenir á los especuladores que entonces, como antes y despues, no escaseaban. Fuera de esto lo que quisiere, es lo cierto que la teoría milagrera, que habia nacido mucho antes, empezaba á abrirse camino. No se detendrá allí: continuará hasta invadirlo todo para desgracia de la humanidad y menoscabo del progreso.

No es este el lugar apropósito de hacer mencion de todas las disidencias, de todas las sectas diferentes, ó si se quiere, de todas las heregias que corroian la nueva religion desde su aparicion en la sociedad. Tendremos ocasion de mencionarlas en el curso de este trabajo. Tampoco creemos congruente por el momento el discutir la famosa heregía de Arrio, que negaba la consustancialidad de naturaleza del Hijo y del Padre, y que llamaba á Cristo la primera de las criaturas. Si el cristianismo, antes de subir al poder, no habia llegado á un acuerdo ni podido estirpar las heregías, no era muy de esperar que cuando, en lugar de sufrir persecuciones, hubiera beneficios que repartir, dejáran aquellas de manifestarse con más fuerza. Esto sucedia, precisamente, con la de Arrio, que, durante algunos siglos, ejerció no pequeña influencia en la sociedad. Constantino, ya fuera deseando poner paz entre aquellos teólogos energúmenos, ya cediendo á las sugestiones de su madre Elena, ya bajo la presion de obispos y patriarcas, convocó en Bitinia y en el pueblo

de Nicea el Concilio que lleva este nombre, á fin de que decidiera aquella notable asambla cuál era la verdad y cuál el error; ó, lo que es lo mismo, que constituyeran el nuevo dogma. Concurrieron á aquella importantísima reunion varios obispos de España, y entre ellos el de Córdoba, Osio, que tuvo el honor de presidirla, y que era tenido por uno de los más doctos de la cristiandad. Por lo demás, dejamos á la consideracion de nuestros lectores las pasiones que hervirian en la mente de trescientos diez y ocho hombres procedentes de distintas partes del globo y movidos por el entusiasmo del fanatismo honrado, pero ciego, y tambien de intereses y deseos de supremacía que estaban muy por debajo de las serenas regiones de las creencias.

Sostener que las opiniones de la mayoría eran la verdad absoluta y dogmática, y por ende inmutable, y que las de la minoría eran el error completo y el absurdo sin apelacion por los siglos de los siglos, es una teoría tan poco racional, tan poco lógica como antisocial y abundante en desdichadas consecuencias. A la intolerancia de toda mayoría que cuenta con la fuerza que le dá el número de votos, como sucede en toda Asamblea ó reunion, añádase la ignorancia de no pequeña parte de los asistentes, y se vendrá en conocimiento del desacierto que envolvia el que tales acuerdos fueran convertidos en dogmáticos, con una profunda falta de respeto á la conciencia humana y en contradiccion flagrante con principios anteriormente sentados. Sea de ello lo que quiera, la opinion arriana fué condenada con la fórmula de anatematismo, que tanto se ha de repetir más tarde para daño del progreso y desgracia para la cultura de los pueblos. Además, el tiempo se encargaba de demostrar que lo que en una época se considera como evidente, en otra se viene á negar su exactitud.

Como no podia ménos de suceder, los intereses hicieron tambien oir su voz en aquella Asamblea. No faltó quien sostuviera que debia proponerse al emperador que éste diera un decreto declarando que los bienes del sacerdote no debian estar sujetos al impuesto general, así como que el poder civil declarára oficialmente que la verdad única y exclusiva era la opinion sostenida por la mayoría del Concilio de Nicea. Ésto de crear dogmas por decreto ha llegado á nuestros dias. Los medios empleados

por Hebert y Robespierre, el primero queriendo sostener, por un decreto del Ayuntamiento de París, el absurdo del ateismo como una verdad inconcusa, y el segundo decretando la existencia del Sér Supremo, nos parecen tan absurdos y desatentados como cualquier otro modo de dogmatizar oficialmente.

Otro de los males, no de pequeña monta, á que dió lugar la conducta de Constantino, fué el de convertir en puestos oficiales y lucrativos las gerarquías sacerdotales, hasta entónces solicitadas por vocacion y obtenidas por la confianza de sus correligionarios. Desde el momento que venian á ser puestos oficiales, llevando adherentes grandes inmunidades y no pequeños beneficios, habian de ser pretendidos, en una buena parte, por esa clase de hombres que abundan en todas sociedades, que interiormente se rien de la fé y de la creencia, que están dispuestos á abandonarla ó á adoptar una nueva, segun los tiempos lo exijan, y que, á falta de otras cualidades, están adornados de una mirada perspícua para conocer los puestos de donde pueden sacar mayor provecho. Así empezaron á abundar los solicitantes y á reñirse duras batallas por alcanzar posiciones que con el carácter sacerdotal daban no ménos importancia y beneficio que pudieran obtenerse en la milicia, en la administracion y en la magistratura con harto ménos peligro que las unas y ménos molestias que las otras. Por lo demás, ya veremos más adelante si este paso ha servido para restablecer la unidad del descompuesto imperio, ó fué, al contrario, un motivo más de separacion y desmembramiento.

No fué esta la única novedad que introdujo Constantino en el imperio. Separó el servicio militar de la administracion civil, trasformando en funciones permanentes los cargos que, hasta entonces, habian sido pasajeros. Creó dos maestres generales, uno para la infantería y el otro para la caballería; bajo las órdenes de estos treinta y cinco comandantes militares, con los nombres de Duces y Comites, los cuales heredó la Edad Media, y la moderna convertido en duques y condes. Además, dió el primer paso en aquel absolutismo de derecho divino que apareció más tarde en Europa, atribuyendo el cargo que ejercia á su propio derecho, no al recibido por su nombramiento. Dejó el traje y la púrpura romana, y adoptó la vana pompa de los déspotas

asiáticos. Modificó las antiguas leyes de Roma, creando entre él y el pueblo clases aristocráticas que han llegado hasta nosotros, y que un ilustre escritor inglés, moderno, llama clases decorativas.

A tal ostentacion correspondian las palabras vanas y pomposas, y por eso se crearon en su tiempo las de serenísimo, ilustrísimo, venerable, vuestra excelencia, vuestra eminencia, vuestra alteza magnífica, y otras más tan huecas como estas, que aún subsisten. El hombre es así hecho: las cosas que halagan su nécia vanidad, se resiste mucho á abandonarlas. La flaqueza humana es la misma en todas las clases. Si los profanos siguen adornándose con parte de estos títulos, la Iglesia romana, á pesar de la gran humildad de que hace profesion, no ha creido oportuno en no acaparar para sí algunos de los más sonoros. Los oficiales de palacio quedaron tambien divididos en diversas categorías á las que correspondian diversos títulos ó motes, como *prœfecto, sacri, cubierti* y otros vários. Las tropas fueron tambien divididas en palatinas y fronterizas. Las primeras formaban como la guardia noble ó privilegiada del ejército. Como no tenian necesidad de combatir, á fin de distraer sus ócios, se dedicaban á las intrigas y toda clase de vicios y afeminaciones. Para que nada faltase al cuadro, dió gran impulso á la admision de bárbaros en el ejército, con cuyas medidas se consiguieron varios resultados á cual más perjudiciales. Las tropas palatinas, como estaban más cerca de la córte, eran las más favorecidas, y sus oficiales obtenian más rápidos ascensos que los que peleaban en la frontera; lo cual si no podemos afirmar que era nuevo, sí asegurar que no se ha hecho viejo. De aquí resultaba un disgusto profundo, y motivo de grandes rivalidades entre unas y otras tropas. Los romanos, los descendientes de aquellos hombres que habian conquistado el mundo, llegaron á repugnar el ingreso en la milicia, de tal suerte, que se mutilaban á fin de quedar inútiles para el servicio.

No puede negarse que fué Constantino un hombre activo: dió varios decretos restituyendo al Senado algunas prerogativas de las que habia sido despojado; castigó severamente á los delatores que iban á denunciarle nuevas víctimas; prestó el no pequeño servicio de librar al imperio de aquella guardia pretoriana

que quitaba y ponia emperadores; protegió la manumision de los esclavos, y publicó varios edictos contra los parricidas y contra aquellas bárbaras costumbres de exponer los reciennacidos cuando los padres no tenian con qué mantenerlos.

Muy diversos y opuestos son los juicios que se han formado de esta mezcla de emperador romano y déspota asiático, llamado Constantino, no faltando mucho para que tuviéramos que adorarle en los altares, á pesar de la generalizada opinion de que le eran tan indiferentes las creencias nuevas como las antiguas. Pero, áun aquellos que no estaban léjos de declararle santo, no han podido negar su ferocidad constante. Los prisioneros hechos en la cuarta campaña contra los germanos, fueron arrojados á las fieras del circo para ser por ellas devorados. Dió la muerte á su propio hijo Crispo, é hizo ahogar en un baño á su mujer Fausta, despues de diez y ocho años de matrimonio y tener con ella varios hijos. De suerte que ha sido el asesino de su suegro, su mujer y su hijo. Estando en Roma aparecieron pasquines, en los cuales, además de referir estos asesinatos, se decia que era más tirano que Neron. En los primeros momentos ordenó que se hicieran aproximar tropas para ponerse al frente de ellas y degollar á todos los romanos; de lo cual tuvo que desistir, no por otra cosa, sino por la imposibilidad material de llevarlo á cabo. Y este fué el orígen de trasladarse á Bizancio y fundar allí Constantinopla, que tales consecuencias habia de tener en el porvenir del imperio.

XVI

Indicado queda el motivo principal que Constantino tuvo para abandonar á Roma. Ya fuera por cariño á otros países, ya por recuerdos de la antigua pátria, ya por condiciones de clima, ya por repugnancia hácia el pueblo de la Ciudad Eterna, es lo cierto que emperadores anteriores á él, y con especialidad Diocleciano, habian vivido fuera de Roma. Gran empeño de establecer aquí su residencia no tuvo nunca Constantino, bien fuese por exigirlo así su política, bien por otra razon cualquiera: alternativamente le vemos en Milan, en Treves, en Syrmium ó Entesalónica. Cuando allí empezaron á hacerse públicos los ase-

sinatos de famila, cuando se fijaron en los muros de la ciudad los pasquines de que antes hemos hablado, cuando hubo desistido de aquella determinacion que indicada queda, y cuando resolvió establecerse en Bizancio, marcó los límites de la que primero se llamó segunda Roma, y más tarde, por respeto ó adulacion hácia él, Constantinopla, con arreglo á la costumbre antigua: empuñada su lanza y haciendo que se formára un surco por un arado que dirigia un sacerdote, y cuya fuerza motriz eran un buey y una vaca uncidos. Entonces empiezan los trabajos con una vertiginosa actividad para echar los fundamentos de la division del imperio, que á eso habia de conducir más tárde ó más temprano la formacion de la nueva capital. La rivalidad entre Roma antigua y Roma nueva, no habia de hacerse esperar; y andando los tiempos llegaría forzosamente el caso de que la personificaran dos pretendientes al imperio. Si las fuerzas se equilibraban de tal suerte que ninguno pudiera tener una victoria decisiva sobre el otro, aquellas dos importantes ciudades vendrian á ser la capital del imperio de Occidente la una y de Oriente la otra. Roma tenia sobre su nueva competidora la ventaja no pequeña de la tradicion y de los recuerdos que, por la ley superior de la herencia, tal fuerza tiene en el hombre. Tenia en cambio la nueva Roma sobre la antigua las ventajas de su admirable posicion, de estar como enclavada en los dominios orientales del imperio, que tan léjos se encontraban de la ciudad del Thiber, las de la novedad, que tambien tienen su atractivo, y, sobre todo, que por encontrarse en aquellos países, su lujo y ostentacion habia de dejar pronto muy atrás á su predecesora.

Pero sobre todas estas consideraciones estaba la de satisfacer las exigencias del génio griego, cuyas ciudades, si podian ceder la preeminencia á una que miraban como su propia capital, lo hacian sólo por la fuerza y teniendo en cuenta que, si bien era la conquistadora en el órden material, la creian como conquistada por ellos en todo lo referente á los productos de la inteligencia. Calles, plazas, pórticos, circos, termas, paseos, basílicas, se levantan como por arte de encantamento. Al lado de los templos de la nueva religion se ostenta orgulloso el de la sabiduría que hoy mismo se conoce con el nombre de Santa Sofía. Los artífices y artistas más notables de todo el mundo conocido, son atraidos

por la ámplia remuneracion para que traduzcan los productos de su ingénio en objetos materiales de ostentacion y lujo. Roma y Oriente llevan allí, la una, su génio artístico, la otra, el resultado de antiguas civilizaciones para todo lo que es decorado y pompa.

Las estátuas de los antiguos héroes romanos van á adornar los edificios y plazas públicas de la nueva ciudad. Los plateros de la Galia, los marmolistas, tintoreros y fundidores de España, acuden presurosos á poner á contribucion su génio para hermosear la nueva Roma. En una palabra: se llevan á cabo todas las maravillas que es dable conseguir al que era dueño absoluto de ciento veinte millones de hombres y de sus bienes y tesoros. Si de la parte material pasamos á la que pudiera llamarse perso nal, Constantino hace todos los esfuerzos para que la nueva Roma no ceda en brillo á la antigua. Crea allí un Senado particular, y, como ya hemos dicho, varias magistraturas, aristocracias y gerarquías de cortesanos apropiada á la nueva situacion de aquel semi-emperador y semi-déspota del Oriente.

Fácilmente se concibe, sin más que considerar que allí residia el dispensador de las gracias y favores, que acudieran en masa senadores, patricios, artesanos de uno y otro sexo, caballeros, etc., y tras ellos industriales, comerciantes y mendigos. Los unos iban á ejercer su profesion, arte ú oficio, donde creian que su trabajo podia ser remunerado; los otros á vivir en el lujo y en la holganza, merced á las liberalidades que el nuevo amo les dispensára en cambio de intrigas, adulaciones y flexibilidades del espinazo. Y una no pequeña parte de aquel pueblo rebajado, holgazan y cobarde, concurria á esperar las migajas que la córte le arrojára. ¿Qué le importaba la suerte del imperio? El caso era que le diesen trigo, aceite y espectáculos. Y en último término, ¿qué le significaba el desprecio que, en tiempos anteriores á perder su dignidad, tanto lo hubiera lastimado? Bagatelas para el pueblo: con tal de obtener lo que ya queda mencionado y no trabajar, era feliz. Pronto iba á quedar satisfecho: la voluptuosidad, el afeminamiento, la orgía y los vicios más repugnantes no se harian esperar en la nueva Roma de tal suerte que no tuviera nada que envidiar y aun pudiera dar lecciones á su hermana mayor.

Tales prodigios de actividad de lo que, con escasa propiedad, se llama nuevas creaciones, fueron la admiracion de historiadores, poetas y literatos. Y en esto, no hacian ni hacen, unos y otros, más que ser el eco fiel de los sentimientos de las multitudes. Hoy mismo, los pueblos se envanecen más de lo debido ante esos grandes monumentos sobre cuyo valor artístico, sin rebajarle su mérito, habria mucho que decir, y sobre el científico y utilitario sólo negativamente pudiera hablarse, que representan, sin embargo, el trabajo de muchas generaciones, el producto de muchos sudores, el sacrificio de no pocas vidas y un estado tan desgraciado de la época en que han sido creados, que no deja lugar á duda sobre la ignorancia de aquellos tiempos y sobre el dominio absoluto de un amo ó corporacion que tenian en más sus caprichos ó conveniencias que el interés de las colectividades que representaban. En términos generales, puede afirmarse, con un notable crítico francés, que la nacion que más monumentos del género que aludimos ostenta, es, precisamente, la que ha pasado por mayores estados de decadencia. Así como, cuando vemos un canal, un puente, un acueducto, las ruinas de una gran fábrica ó de una poblacion fabril, la razon nos dice que pertenecen á una época de progreso.

Si muchos han dudado de la fé religiosa de Constantino, suponiendo que era simplemente un político excéptico y que la proteccion á la fé nueva no era más que una cuestion de cálculo; tampoco faltan partidarios de la religion romana que sostengan que, á pesar de sus edictos contra los arryanos, en el fondo profesaba esta doctrina: éstos se fundan en la gran amistad que tuvo con Eusebio de Nicomedia y el haber desterrado á Atanasio de Alejandría. No le salvaron de unas y otras dudas el que, cuando sintió aproximarse la última hora, se decidiese á ser bautizado, y que en los últimos momentos pronunciára estas palabras: "La única vida verdadera es aquella en que voy á entrar. Pero unas y otras sospechas no impidieron para que el Senado lo colocára en el número de los dioses y que la Iglesia griega lo mirase como apóstol y santo.

Constantino, que tales esfuerzos habia hecho para conseguir la unidad del Imperio, lo dejó dividido al morir. Esto prueba que su idea dominante, al luchar con tenacidad y como esfor-

zado caudillo hasta concluir con todos sus rivales, obedecia más á la satisfaccion de amor propio é interés personal que á miras de política levantada; y que al concluir su reinado, que duró treinta y un años, profesaba la creencia de que él era el dueño absoluto y podia repartir los vastos dominios de Roma como herencia propia. Pero el pueblo y el ejército, léjos de apresurarse á obedecer su postrimera voluntad, despues de su muerte, acaecida en 337 de Jesucristo, hicieron una matanza horrible en toda su familia, comprendiendo en ella á dos hermanos, un cuñado y cinco sobrinos. Sólo se libraron de aquella hecatombe los tres hijos y los dos sobrinos Galo y Juliano, quedando dividido el imperio entre Constantino, Constancio y Constante. Si la Iglesia romana fué más parca en declararle santo que la griega, en cambio hay escritores que afirman fué una especie de compensacion para su gloria el que su cuerpo fuera depositado junto á la tumba de Santa Elena, su madre. Si fué compensacion ó no, nuestro objeto no es averiguarlo. En cuanto á la santidad de su madre, aquella ambiciosa Elena, la crítica sabe bien á qué atenerse.

No es nuestro objeto, ni la índole de estos trabajos lo permite, hacer una historia, y ménos aun una biografía de todos los emperadores romanos. Si contra nuestra voluntad nos hemos detenido algun tanto en relatar los hechos más culminantes de aquellos que más vestigios han dejado detrás de sí en la historia, nos hemos visto precisados á ello como reunion de datos y antecedentes indispensables para sacar las consecuencias de la manera de ser de Roma, que influencia decisiva han de tener más tarde en el porvenir del pueblo ibérico. No trataremos, por consiguiente, de la lucha entre los dos hermanos Constancio y Constante. Este último, que quedó dueño de España y de las Gálias, fué partidario ardiente de la nueva idea é hizo todos los esfuerzos posibles para favorecerla y propagarla. En sus tiempos se reunieron Concilios que excomulgaron á los de Oriente; mientras que allí se reunian otros que excomulgaron á éstos. Su fé cristiana no empecia que fuese ambicioso, negligente y de escasa inteligencia. Por fin, un dia al volver de caza se encontró con el emperador, porque, en un banquete que dió Magnencia, entre los vapores del vino y las alegrías del

brindis lo proclamaron y destituyeron á Constante, que ante tal noticia tomó los Pirineos y al llegar á España fué muerto. Tampoco tenemos que ocuparnos de Vetranion, proclamado por la Iliria, antiguo veterano que no sabia leer y que declaró aceptaba sólo por vengarse de Magnencia. Cumplió su palabra derrotándole en una batalla. La Ciudad Eterna, mientras esto acaecia, se dió tambien el lujo de nombrar un emperador. Tampoco diremos nada de Nepociano. Al fin Constancio logró hacerse dueño de todo el imperio. Empiezan á marcarse bien los grandes inconvenientes de tener una religion oficial. A un furibundo ortodoxo, sucedió un furibundo arryano. Las necesidades de la guerra le hicieron encomendar á Juliano, descendiente de Constantino, la defensa de las Gálias, atacadas por francos, borgoñones, germanos, etc. Más que partidario del antiguo politeismo, era un pensador, literato y poeta entusiasta de la cultura griega, hasta el punto de vestirse y adoptar todos los modales de Grecia. En más de una ocasion contestaba á las observaciones que le hacian sus amigos acerca de su tendencia á hablar en griego en lugar de hacerlo en latin, que él no tenia la culpa de que aquella fuese una lengua rica y armoniosa y esta pobre y semi-bárbara. En sus escritos era harto libre y un tanto pedantesco. Lo primero se explica porque era el gusto de la época; y lo segundo por el desprecio que le inspiraba aquella turba de ignorantes que por todas partes pululaba.

El espíritu de secta hizo que el nombre de Juliano llegase hasta nosotros con el epíteto de Apóstata. En puridad hablando, no es justo tal calificativo; porque los mismos cristianos, sus encarnizados enemigos, sólo se apoyan en que su educacion habia sido ortodoxa, y así que ocupó el poder se declaró enemigo de esta creencia. Lo que habia de positivo es que, los cuidados de su madre y el interés de los galileos, como él los llamaba, habian hecho que se encargára su educacion á teólogos ó á adeptos de la nueva idea; pero, Juliano, con una inteligencia activa y una imaginacion ardiente, no podia satisfacer su génio con los sermones constantes y más que prosáicos de aquellos catequizadores. Y adoptando toda clase de precauciones, ya por no disgustar á la persona para él más respetable, ya, tambien, para evitar peligros que suponia podia correr su existencia, caso de

ser descubiertas sus aficiones, aprovechaba todos los momentos disponibles para empaparse en la literatura y filosofía griegas; y, como acontece en semejantes casos, bastaba que le estuvieran prohibidas para que le produjesen un grandísimo entusiasmo. En rigor, pues, él nunca habia sido cristiano, por lo ménos desde la edad que le permitia formar una opinion consciente. Estas razones, cualquiera que sea su peso para el hombre imparcial, no son jamás tenidas en cuenta por los partidarios entusiastas de una idea, que en su generalidad obedecen más al sentimiento que á la razon. Y los cristianos de aquella época, por grande que sea la respetabilidad de su doctrina, obedecian, como obedecen siempre, á la ley general, que consiste en que todos los partidos populares, cualesquiera que sean las ideas que defiendan, se hallan dispuestos á anatematizar á todo aquel que tenga bastante independencia de carácter para disentir de la opinion general, siquiera sea éste el defensor más desinteresado y el apoyo más firme para conseguir el objetivo que la colectividad se proponga.

Hay, además, otro cargo que aún se hace frecuente en nuestros dias, y que, entonces como ahora, es contraproducente para los que lo emplean. Todos los dias oimos invocar que tal ó cual creencia ú opinion era la de nuestros padres y que, por consiguiente, el que de ella se separa es una especie de tránsfuga que falta al respeto debido á sus mayores. La contradiccion es fragante: como no hay nada nuevo debajo del sol, alguno de los antecesores de aquellos que tal creencia invocan, ha dejado de tener la de su padre para sustituirla por la que hoy defiende. Ciertamente, las creencias de nuestros antecesores, por una ley de herencia que teólogos, literatos y oradores no han invocado hasta ahora, tiene grandísima influencia en las generaciones presentes y venideras: esta es la razon fundamental para que los cambios ó variaciones del sentimiento general sean muy lentos; pero de esto á sostener que tenemos una obligacion, pequeña ó grande, de sustentar los mismos principios que nuestros padres ó maestros, hay un profundo abismo. De admitir semejante teoría, deduciríase, por inflexible lógica, que hoy nos hallábamos en idéntico estado al que tuvieron los primeros hombres cuando ocuparon la superficie de la tierra.

Pero vamos más léjos aún: para esforzar los argumentos que pudieran hacerse en contra de lo que venimos sosteniendo, prescindamos por completo de la época en que vivió Juliano. Del estado de perturbacion en que forzosamente se hallaban las inteligencias con la lucha de la idea nueva, cuyos defensores no estaban muy de acuerdo entre sí y sus explicaciones bien distantes de tener un vigor científico y ser de una claridad que no dejára mucho que desear, nacian las decepciones que se sucedian de dia en dia, no sólo por los excépticos especuladores de todos los tiempos, sino por aquellos que, obedeciendo á una conciencia honrada, no tenian bastante fijeza en sus principios para no ceder á influencias exteriores.

Esto por un lado. Por el otro, la idea antigua, que le habia llegado el tiempo de su desaparicion, que por momentos veia invadido su terreno por la idea nueva que tenia en su apoyo un pasado lleno de brillantez relativa y que á su amparo se habian llevado á cabo evoluciones sociales de grandísima importancia y desenvuelto una civilizacion inmensa si se la comparaba con estados anteriores de la sociedad; tenia en su apoyo el hábito ó la costumbre, la ley de la herencia, el orgullo nacional y, como todo sér que tiene una existencia, hacía esfuerzos tanto mayores, cuanto más próxima veia su muerte. Prescindamos de todo esto, y supongamos que Juliano tenia la fortuna de vivir en los tiempos actuales, con sus elementos de crítica propios, con esa atmósfera de tolerancia que lo domina todo, con la inmensidad de datos que nos dejaron las generaciones anteriores, con un espíritu científico más rigoroso y analítico, con todas las condiciones, en fin, de la civilizacion moderna; supongamos, tambien, que Juliano hubiera profesado sinceramente y defendido con entusiasmo la nueva creencia; y que, despues la abandonase para defender la contraria. En ese caso habia seguramente inconsecuencia, y este es el punto sobre el que vamos á decir algunas palabras. Mucho se ha hablado en todos los tiempos, y no ménos en los que alcanzamos, de la inconsecuencia en cierto órden de ideas; y en dos que marchan paralelas tiene esta censura su orígen. Consiste una de ellas en suponer que la inconsecuencia más que tal nombre merecería el de venta de la conciencia propia; y la otra en un supuesto deber de sostener siempre lo que

una vez se ha sostenido; ó dicho de otra manera: que el hombre en la mayor parte de su vida hiciera pacto con el error. Si tal teoría fuese cierta, el progreso no era posible. Hay más: la vida del hombre de estudio y de poderosa inteligencia es una série de inconsecuencias que consiste en analizar las teorías que ha formado ó las hipótesis de que se ha valido para explicar ciertos fenómenos, y por medio de este análisis profundo y de nuevos datos adquiridos desechar aquellas para sustituirlas por otras más razonables y exactas.

Es, por el contrario, recomendable y digno de elogio que el hombre, al cual la experiencia ó un estudio más detenido han venido á demostrarle que estaba en el error, tenga la sinceridad y la viril energía de confesarlo. Lo único que hay es que, si el error en que está pertenecia á ese órden de ideas cuyas manifestaciones tienen gran importancia é influencia social, debe tener mucho cuidado en que las contrarias no sean motivo para proporcionarse ventajas ó beneficios personales, en cuyo caso hace una ofensa á las leyes del honor y dá á sus conciudadanos motivo más que suficiente para creer que el miedo ó la utilidad le han hecho ser venal y vender lo que hay de más sagrado en el hombre, que es su conciencia. Si el que honradamente y con pureza de intencion, convencido una ó más veces de que no estaba en lo exacto defendiendo aquello que ha predicado, sostenido y propagado, merced á lo cual ha alcanzado posiciones que le colocan por encima de sus compañeros, se vé obligado, sin embargo, por las razones honradas antedichas, á combatir aquello que antes habia sostenido, debe hacerse sospechoso á sus propios ojos y á los de los demás de ligereza en sus decisiones ó falta de golpe de vista certero para apreciar bien todas las circunstancias que al asunto se refieren. Contradictorias son, pues, sus pretensiones, si las tiene, de figurar como caudillo de aquellos que combaten y han combatido lo que él honradamente sostuviera, por lo ménos hasta que los servicios prestados á la nueva causa y las cualidades que le adornen lo eleven al puesto á que sus condiciones le hacen acreedor.

La situacion desgraciada por que atravesaba la gente cristiana en tiempo de Juliano, explica, aunque no justifica, algun rasgo de intolerancia que es una pequeña mancha de su memo-

ria. En efecto, el cristianismo era una democracia que tomaba la forma de aquellos tiempos, y, como acontecer suele, hallábase dividida en innumerables sectas: ortodoxos, arryanos, donatistas, novacianos, ennonianos y otras que sería largo enumerar. Añádase á esto la relajacion de costumbres que con la posesion de riquezas habia invadido al clero, y contra la cual inútilmente protestaban de todos los ámbitos del imperio doctos y dignísimos sacerdotes, y quedará casi justificada la medida de Juliano, prohibiendo á los cristianos que explicáran retórica y literatura; y lo que es más sensible y censurable, que á su sombra algunos gobernadores llevasen la persecucion contra adoradores de Cristo á un punto digno de los tiempos de Diocleciano.

La imparcialidad exige poner de manifiesto la conducta tolerante y de respeto á la conciencia humana seguida por Juliano en los comienzos de su reinado. Entre varias pruebas que de ella podrian darse, sólo citaremos una carta suya, en la cual se leen las siguientes palabras: «He resuelto usar de dulzura y humanidad con todos los galileos y no tolerar que en manera alguna se violente á ninguno que concurra á nuestros templos, ni se les obligue con malos tratamientos á que hagan cosa contraria á su modo de pensar.» Esta conducta, digna de aplauso, tanto como lo era de censura lo que anteriormente se ha indicado, no fué motivo bastante para que los partidarios de la nueva idea hayan dejado de mirar como una gran dicha la prematura muerte de Juliano, al cual nadie ha podido negar condiciones intelectuales, sentimientos humanitarios, cualidades poco comunes como caudillo y un valor á toda prueba como soldado. Pero los hombres obran muy pocas veces obedeciendo á la inteligencia: la mayoría de sus acciones, como las de los pueblos, son dictadas por el sentimiento. Ahora bien, cualquiera que sea la fuerza que en la época á que nos referimos tuviera, el de patriotismo habia de quedar forzosamente dominado por el religioso espíritu de secta. De manera, que si la muerte de Juliano fué una gran pérdida para el Imperio, fué una fortuna tambien para los partidarios de la nueva idea; y, bajo este punto de vista, habian de juzgar aquel acontecimiento. Añádase á esto que la decantada libertad antigua era todo ménos libertad tal como hoy la entendemos. El ciudadano vivia por el Estado y para el

Estado, y de sus derechos, como indivíduo, apenas se tenia idea. De aquí provenia la aun hoy mismo sostenida por no escaso número de hombres de Estado, literatos é historiadores, de la influencia decisiva que tiene la forma de gobierno, y dentro de una misma las cualidades especiales de la persona que concentraba en su mano todos los atributos de la soberanía. La ciencia moderna demuestra que aquellas formas, y lo mismo los indivíduos, no carecen en absoluto de influencia para las evoluciones de los pueblos; pero que tienen una participacion muy pequeña comparada con las múltiples y numerosísimas circunstancias que determinan dichas evoluciones. Por el encadenamiento de los hechos históricos puede desear un pueblo entero cambiar la forma de gobierno ó llevar á cabo determinadas reformas sin que realmente le sea posible efectuarlo, por lo ménos con probabilidades de duracion, debido á sus sentimientos, á sus hábitos y costumbres adquiridas durante muchas generaciones, á los efectos de la ley de la herencia, á su grado de ilustracion y á otras mil circunstancias, largas de enumerar.

La esperiencia diaria comprueba lo que acabamos de decir. De próximamente un siglo á esta parte hemos visto repetidas veces en Europa, y no pocas en nuestra propia pátria, que el empeño desatinado de los conservadores en resistir, solo ha conducido á revoluciones necesarias, sí, pero siempre sangrientas y costosas. Los reformadores, á su vez, por el empeño y el el deseo, que más honorifican á sus sentimientos que á su inteligencia, de aprovechar los momentos de triunfo obtenido por esfuerzos propios ó recogido por azar, creen posible, y áun fácil, llevar á un pueblo instantáneamente, por medio de decretos y leyes, ó reformas utilísimas y necesarias en su dia, pero impropias del grado de civilizacion alcanzado de los sentimientos dominantes, produciendo de esta manera desatentadas reacciones de que ellos son las primeras víctimas. Esta falta de sentido práctico y de suficiente inteligencia para apreciar debidamente todas las circunstancias que tienen influencia decisiva en las fenómenos sociales, produce efectos más desastrosos cuando los hombres políticos que alcanzan posiciones determinadas se empeñan en llevar á la práctica reformas que ellos ú otros han concebido, creyendo que basta para hacer la felicidad del país

decretar fórmulas teóricas con una inflexibilidad parecida á las algebráicas. Sin darse razon de ello discurren de la misma manera que lo haria un geómetra que se propusiera estudiar la física matemática, no teniendo para nada en cuenta los datos que la observacion y la esperiencia le suministran, ó dicho de otra manera, que supusiera que las propiedades de los cuerpos tenian el rigor y precision de las matemáticas puras para hacer sus cálculos, y que, por consecuencia, no introdujeran en sus fórmulas los coeficientes que tan grandemente las modifican, y que sólo la esperiencia puede suministrar.

En los acontecimientos políticos y sociales es tan absurdo negar al hombre su influencia como á ésta atribuirlo todo. La dificultad principal de los estudios sociológicos, áun con los datos que hoy suministran las ciencias positivas, consiste especialmente en las innumerables que hay que tener en cuenta y en las muchísimas circunstancias que son factores de la civilizacion y marcha de los pueblos, ó dicho de otra suerte, de que es funcion el presente y porvenir de una nacion cualquiera. La influencia de una persona ó de una colectividad que dispone de todos los elementos de fuerza que le dá la soberanía, no es bastante fuerte para determinar la evolucion de un pueblo, ó para estorbarle cuando por las circunstancias á que nos hemos referido ha llegado el momento preciso de efectuarse. Lo que sí pueden hacer indivíduos ó clases gobernantes es perturbar en uno ó en otro sentido dichas evoluciones, é influir de este modo grandemente en el futuro engrandecimiento ó decadencia de los pueblos.

En el asunto de que directamente venimos ocupándonos, pudo Juliano con sus medidas, durante el tiempo de su mando, contener ó acelerar el triunfo de la nueva religion; pero no tenia poder para estorbarlo. Por otra parte, los sentimientos, la moral, el derecho, las costumbres y, en fin, la manera de ser que habian engendrado religiones que dominaron veinte siglos, hacian imposible que desaparecieran en un momento dado y que no lucharan tenazmente antes de darse por vencidas. En su consecuencia, lógico y racional era que tales creencias y los intereses á su abrigo creados, tuvieran su representacion del mismo modo que, dada la fuerza é importancia adquirida por la nue-

va, era fatal que uno ú otro dia se enseñoreara del poder. Y decimos más: por condiciones inherentes á la naturaleza humana, con más fuerza en aquellos tiempos que en los actuales, de esperar era que, cuando fuese la vencedora, aplicara á los vencidos la misma ley de que antes habia sido víctima. De manera que, si Constantino no hubiera llevado al poder la nueva religion con sus ventajas é inconvenientes, otro lo hubiera hecho. Lo único que puede criticarse es si, usando ó abusando de la fuerza que tenia en su mano, fué más adelante ó se quedó más atrás de lo que aquel momento de tan trascendental evolucion exigian.

Muerto Juliano, y no admitiendo Salustio la púrpura, fué elegido Joviano, que no tendria la historia por qué ocuparse de él, si en su deseo de obtener la paz á toda costa no la hubiera comprado de la Persia, cediendo cinco provincias del imperio. Es decir, aquel cuerpo de tan vastas proporciones empezaba á caerse á pedazos. Por lo demás, ocioso es ocuparse de esa série de emperadores que se sucedian con asombrosa rapidez, y que para completar el cuadro de aquella série de desdichas á un ortodoxo ardiente, sucedia un intransigente arryano. A Joviano sucedió Valentiniano, que dió á su hermano Valenti las provincias orientales, quedándose él con las de occidente, lo cual determinó en definitiva la division del imperio en dos.

Si Valentiniano era ferviente ortodoxo, su hermano era furibundo arryano. De suerte que á las persecuciones, en un sentido, llevadas á cabo en el imperio de Occidente, sucedian otras, en sentido contrario, en el de Oriente; y solo para aumentar las desdichas de la época estuvieron de acuerdo los dos en perseguir la mágia y la hechicería: á los soñados milagros de los unos, correspondian los imaginarios encantamientos de los otros. Y como los dos hermanos eran iguales en crueldad, en una y otra parte, en uno y otro imperio, los pobres diablos de encantadores y hechiceros llenaron las cárceles, ensangrentaron los suplicios y alimentaron abundantemente las fieras, y entre estas á dos osas que Valentiniano se complacia en hacer dormir en su habitacion. ¿Cómo entenderia la fé aquel ardiente partidario de una religion de dulzura y humanidad? Esta clase de contradicciones, si bien muy propias de aquellos tiempos, tampoco escasean en

los actuales, y sin embargo, no puede negarse á Valentiniano una razon clara y gran interés por las provincias que administraba. Este hombre, que tenia por compañeras dos fieras, estableció en Roma médicos gratuitos para los pobres; un dia ordenaba á los lictores que le llevaran las cabezas de tres magistrados por provincia, y otro dia decretaba que las ciudades del imperio tuviesen sus procuradores ó defensores de oficio; un dia degollaba por capricho á magistrados que no conocia, y otro dia decretaba la creacion de escuelas públicas en todos los dominios del imperio; un dia daba la órden de que le llevaran carne humana para alimentar sus dignas compañeras, y el otro decretaba que se rebajaran los impuestos que agobiaban al pueblo, refrenando con mano firme los abusos y vejaciones de los agentes del fisco. Su ardiente celo religioso no fué bastante á hacerle olvidar su interés por la cosa pública ni á estorbarle para poner coto á la avaricia del cuerpo sacerdotal limitando el acrecentamiento de sus riquezas y la alteracion de órdenes monásticas. Prohibió en absoluto al clero aceptar legados testamentarios, segun decia en su decreto, por el abuso que hacian de su oficio con los moribundos.

Con todas las inmensas ventajas de la nueva religion sobre la antigua, es lo cierto que los emperadores cristianos no fueron ménos crueles y feroces que los partidarios de aquella. Y esto se explica si se tiene en cuenta que, por muy importante, y cualquiera que sea el orígen de las religiones, tienen que amoldarse por espíritu de proselitismo al estado de la sociedad en que se propaga. Además, si la moral y la religion se prestan mútuo apoyo y aun llegan á confundirse cuando la primera domina por completo la sociedad, hay ocasiones frecuentes en que se separan y aun se combaten. No debe perderse de vista tampoco que, por condiciones de pueblos y de indivíduos y por razones que hoy dan la ciencia, y cuyo análisis corresponde á otro lugar, hay muchos partidarios sinceros y fervientes de una religion que, no alcanzando á estudiar y comprender toda la sublime moral que encierra, sin cuidarse para nada del fondo, dan toda la importancia á los signos exteriores.

Los bárbaros, que ya en tiempo de Constantino habian entrado á formar parte del ejército romano, aprendiendo de él la

táctica y manera de combatir, conocieron perfectamente su debilidad. Y como los romanos, lo mismo que las provincias, habian llegado á repugnar el servicio de las armas, de ahora en adelante unos bárbaros atacarán al imperio y otros lo defenderán. Así, cuando Valentiniano se ve obligado á combatir los alemanes que habian invadido las Gálias, los borgoñones y los vándalos, enemigos de aquellos, le proporcionan un ejército de ochenta mil hombres para combatirlos. Pero habia llegado para el imperio el cumplimiento del proverbio español "del árbol caido todos hacen leña." A la sazon que estos bárbaros combatian entre sí, atacando unos, defendiendo otros al imperio, los francos y sajones invaden las costas de la Gália, mientras que los pictos y los scotos (hoy escoceses), de la familia céltica, invaden la Bretaña, llevando todo á sangre y fuego. Parecia llegado el último momento del imperio de Occidente; pero el español Teodosio se pone al frente de las legiones, restablece en ellas el órden y la disciplina, las lleva á combatir á aquellos pictos y scotos á quienes tanto temian; consigue que la táctica triunfe de tan rudos adversarios, y los persigue hasta el interior de Caledonia. Cuando habia dejado sosegada la Bretaña, se sublevan los africanos y nombran un emperador. Vuela el altivo español al Africa, vence á los sublevados, y obliga á suicidarse al electo augusto. El libertador de la Bretaña y del Africa recuerda los buenos tiempos en que España producia caudillos como Trajano; confiesa con viril y honrada energía su creencia en la buena nueva, y, como premio á sus talentos militares, á su valor y servicios prestados, es decapitado en Cartago, haciéndose bautizar antes de pagar con su cabeza las deudas que hácia el tenia el imperio de Occidente.

Libres las Galias, pacificada la Bretaña y el África, anados y sarmatas se echan sobre la Iliria. Corre Valentiniano á combatirlos, y en una audiencia que concede á tan incómodos huéspedes, muere repentinamente. Le suceden sus dos hijos Graciano y Valentiniano, y aunque se repartieron el imperio de Occidente, gobernó solo el primero. Aprovechando la ocasion, los godos, que habian estado tranquilos desde Constantino que, como sabemos, les habia admitido en el ejército, siguieron, en su inmensa mayoría, ocupando los países inmediatos al Danubio,

que era la barrera que los separaba del imperio. Estaban estos divididos en ostrogodos y visigodos. Mas otros nuevos competidores aparecen en campaña. Los hunos dejan sus bosques y emprenden su viaje hácia el imperio de Roma; encuentran los alanos que les disputan el paso, pero inútilmente, porque son derrotados y se dividen. La mayoría se somete al pueblo vencedor y la minoría se refugia en las concavidades del Cáucaso, donde conservó su independencia. Intentan los ostrogodos oponerse á aquellos hombres que descendian de la Tartaria, y sufren la misma suerte que los alanos. Los visigodos, con mejor acuerdo, evitan el combate con los recien venidos, que estaban con éstos, respecto á cultura, en la misma relacion que ellos con el imperio romano, y piden al emperador que les dejára establecerse en la orilla derecha del Danubio. El célebre obispo Ulfila, que habia convertido al arrianismo á los godos, y que puede decirse fué el que creó la lengua gótica, al ménos como idioma escrito, sirvió de intermediario con el emperador Valente. Accedió éste gustoso á recibir aquellos huéspedes que pedian campos para cultivar, ofreciendo defender el imperio; pero, como prenda de seguridad, pidió que le entregáran sus armas y sus hijos. La codicia y la corrupcion de los oficiales romanos encargados de presenciar el desembarque y de hacer cumplir las condiciones estipuladas, dejaron á los godos sus armas, y la avaricia de estos mismos oficiales convirtió una cláusula del contrato en un motivo de guerra. Estipulábase que los romanos suministrarian víveres á los godos pagándolos éstos; pero de tal manera se condujeron los generales del imperio que los recursos de los godos hubieron de concluirse al poco tiempo, hasta tal punto, que no teniendo dinero ni esclavos que dar, vendian por un pan á sus propias mujeres. Tal situacion era insostenible: los combustibles estaban hacinados, sólo faltaba una chispa para provocar el incendio. Esta saltó, y fué una pequeña riña entre soldados romanos y godos. Empuñan éstos las armas, y á su frente se colocan sus caudillos. El general romano reune las legiones, trábase una campal batalla y quedan derrotados y deshechos. Enorgullecidos por esta victoria los bárbaros, marchan sobre Andrinópolis, llevando á sangre y fuego la Tracia.

Valente parte á toda prisa para salirles al encuentro y pide

socorro al emperador de Occidente. Encuéntranse los ejércitos no léjos de Andrinópolis, y eligen por campo de batalla una llanura. Las legiones romanas no pueden resistir á la caballería goda y son completamente desechas. Valente pelea como un bizarro soldado; pero herido por una flecha, y retirado á su tienda, la que despues de la derrota los godos prenden fuego, el emperador muere quemado. Ufanos con esta victoria se dirigen sobre Andrinópolis, que creian una empresa fácil; pero encuentran más resistencia de la que habian esperado y se contentan con asolar el país. Aquí fué el primer encuentro de dos razas que tan directamente habian de influir en la suerte de la Península ibérica. Un tercio del ejército romano pereció en la batalla; pero los árabes, al servicio de Valente, acometen á los godos donde quiera que los encuentran, y les producen el mismo terror que ellos habian infundido á las legiones romanas. Graciano, que no habia podido prestar á su tio el auxilio que este le pidiera por hallarse ocupado en defender á las Gálias de los bárbaros de la Germania, al tener noticia del desastre de Andrinópolis, imposibilitado como estaba de enviar un ejército al Oriente, crée que sólo hay un hombre en el imperio capaz de salvar aquella situacion desesperada, y era el español Teodosio, hijo del que habia sido muerto en Cartago y que vivia retirado de la vida pública desde la muerte de aquél, á las órdenes del cual habia servido y alcanzado gran prestigio por su valor y condiciones militares. Graciano le llama; lo proclama emperador de Oriente al frente de las tropas y agrega á aquellos dominios la Dacia y la Macedonia.

No sólo los godos habian descubierto la debilidad de las tropas del imperio, sino que las manifestaban el más profundo desprecio. Por lo que á mí hace, decia un caudillo de los bárbaros, estoy cansado de matar, y lo que me admira es que un pueblo tan débil que huye siempre delante de mí, se atreva á disputarme todavía la posesion de las provincias y sus tesoros. Mermados y abatidos se hallaban los ejércitos de Roma, pero no desanimó esto al español Teodosio: reorganiza su escaso ejército y establece en él la disciplina. No olvidó tampoco, que habia nacido entre las tropas ligeras españolas; hace una guerra de escaramuzas y sorpresas, y cuando cree á sus soldados en disposi-

cion de acometer á los bárbaros, les presenta batalla campal y los derrota. Si fué valiente caudillo no fué ménos político hábil; pero aquel golpe de sagacidad política, que tanto servia á sus planes, más tarde habia de pagarlo muy caro el imperio. No omite agasajo de ninguna especie para atraer los bárbaros á su partido: estos se comprometen á guardar los pasos del Danubio, y Teodosio incorpora cuarenta mil de aquellos en los ejércitos del imperio; es decir, que los bárbaros que querian apoderarse de éste son los encargados de guardarle. Más tarde esto dará sus resultados. Hablando con propiedad, los godos no invadieron el imperio: fueron unos soldados sublevados que se lo repartieron cuando consideraron oportuna la ocasion.

Mientras en Oriente hace Teodosio respetar las armas del imperio, se disputan el de Occidente Máximo, Graciano y Valentiniano. Por intercesion del obispo de Milan se establece una paz, ó mejor dicho, una tregua, entre los pretendientes. Máximo la rompe, y Teodosio, á instancia de Valentiniano, interviene, derrota á aquél en la Panonia y lo hace decapitar. El franco Arbogasto sigue con Valentiniano la misma conducta que más tarde habia de imitar en Francia el alcaide del palacio de los Merovingios, Pepino el Breve: manda en su nombre y cuando le parece se quita la máscara, lo ahoga una noche en su propio lecho y pone en su lugar á Eugenio, profesor de retórica. Teodosio quiere vengar á su cuñado, pasa los Alpes Julianos y viene á encontrar en Italia el ejército mandado por Arbogasto. En uno de los campos luchan francos y germanos, y en el otro hunos y godos. De manera que ya no se disputan el imperio los romanos, sino los bárbaros. La victoria favorece á Teodosio: Eugenio cae prisionero y paga con su vida el haber cambiado la cátedra de retórica por el sólio imperial. El protector de Eugenio se suicida y Teodosio queda dueño de los dos imperios. Este legó su nombre á la posteridad, no sólo como gran caudillo, sino tambien como legislador, y, lo que no es tan de aplaudir, como perseguidor de los partidarios de la antigua creencia. Como uno de los hombres de importancia de aquellos tiempos, estaba lleno de contradicciones: al lado de leyes dignas de aplauso hay actos de ferocidad; era ferviente ortodoxo y, separándose de la costumbre, se hizo bautizar antes de emprender la campaña contra los

godos; publicó edictos en favor de la religion católica y, victorioso de los godos, persiguió en Constantinopla el arryanismo y ordenó á Demófilo, patriarca, que reconociese el símbolo de Nicea ó que cediese Santa Sofía y las demás iglesias á los sacerdotes ortodoxos. Mientras que Teodosio obraba de esta manera en el Oriente, el ambicioso Máximo tiene la triste gloria de inaugurar en las Galias y en España una persecucion sangrienta contra los herejes. Plisciliano, natural de Córdoba y obispo de Avila, hombre de elocuencia y de saber, segun afirman sus propios adversarios, tiene la desgracia de disentir del símbolo de Nicea y propagar una heregía. Máximo le hace pagar con su cabeza el delito de estas predicaciones, y lo mismo acontece con otros sacerdotes y una viuda que habian aceptado las doctrinas Pliscilinistas. Martin de Tours y Ambrosio de Milan cumplen dignamente con su deber censurando la bárbara conducta de derramar sangre humana por cuestiones religiosas. San Ambrosio fué más léjos: con la energía digna de un ciudadano de los mejores tiempos de la república y con la firmeza propia de un prelado con sinceras creencias, se niega á tener ninguna clase de comunicaciones con Máximo. Tampoco le arredró el poder de Teodosio. Dió éste la órden, á consecuencia de un motin que tuvo lugar entre Salónica, de que fuesen esterminados todos los habitantes de la ciudad y solo la revocó cuando los soldados bárbaros, obedeciendo su mandato, se habian hartado de degollar gente indefensa. Llegado que hubo este acto de ferocidad á noticia del ilustre obispo, escribió una carta al emperador, en la cual le decia que, si no le era posible celebrar el oficio divino en la presencia de un hombre manchado con la muerte de un solo indivíduo, más imposible le seria verificarlo delante del emperador, sobre cuya conciencia pesaba la sangre de tantas víctimas. Teodosio pidió ser admitido en la Iglesia y Ambrosio se nego á recibirlo hasta que sufriera la penitencia de esperar á la puerta, manifestando su arrepentimiento; siendo al fin declarado absuelto é introducido en aquella por un sacerdote.

Esta accion, que honra mucho el celo de San Ambrosio, puede apreciarse de muy distintas maneras, segun el aspecto bajo el cual se mire. Si enaltece sobremanera la moral de una religion que así condena el crímen en la cabeza del emperador como

en la del mendigo, puede mirársela por el lado puramente social como una manifestacion de las tendencias teocráticas al dominio absoluto, lo mismo sobre los reyes que sobre los pueblos. Si la moral religiosa queda satisfecha con el arrepentimiento y considera el pecado como no ocurrido, otra moral más profana, pero más severa, no puede admitir semejante teoría, que llevaría directamente á negar la responsabilidad que debe pesar sobre los actos de todo hombre.

Lo anteriormente anunciado, referente á la conducta de la nueva religion cuando dispusiera del poder, empieza á verificarse. Lo hecho por Constantino comienza á dar sus frutos: nos encontramos ya lejos de aquellos adictos suyos y de Juliano, que tanto respeto á la conciencia humana manifestaban. Teodosio decia en su decreto, proscribiendo las antiguas creencias: «Prohibimos á nuestros súbditos, magistrados ó ciudadanos, desde la primera hasta la última clase, inmolar víctima alguna inocente en honor de un ídolo inanimado. Prohibimos los sacrificios de la adivinacion por las entrañas de las víctimas.» No se contentó con esto y sometió al Senado la siguiente cuestion: ¿Qué dios deben adorar los romanos, á Cristo ó Júpiter? Defendia la causa del primero San Ambrosio; la del segundo el prefecto Simmaco. Despues de grandes rasgos de elocuencia por una y otra parte, se sometió la pregunta á votacion: la causa de Júpiter quedó en minoría. ¡Que causas de tanta importancia y trascendencia se hayan decidido por la mayoría de un Senado, cuya independencia conocemos! Juzgado con el criterio de los tiempos que alcanzamos, hace poco honor á la sabiduría humana. ¿Qué hubiera opinado aquella mayoría, si las creencias religiosas de Teodosio hubiesen sido contrarias á las que sustentaba? Pero no pidamos á los tiempos lo que no les pertenece. La marcha del progreso y de la civilizacion es lenta, y esa clase de aberraciones, por extrañas que nos parezcan, no fueron por eso ménos fatales ni necesarias para el progreso de los pueblos.

Fué el emperador español un hombre notable como guerrero, cábele no poca gloria de haber conseguido el que se respetase la integridad del imperio y dejarle incólume á su muerte. Como legislador civil dictó muchas leyes, siendo de todos conocido lo que se ha llamado el Código Teodosiano. Varias de ellas,

habida consideracion á los tiempos, hacen honor á Teodosio ó á los jurisconsultos que lo aconsejaban, hasta tal punto que, aun en el dia, no estarian fuera de lugar las siguientes palabras de uno de sus decretos: "en cuanto á los que se hallan detenidos en "las cárceles, ordenamos que no se omita medio para apresurar "la libertad de los inocentes, y que no se cometa la injusticia "de prolongar la detencion de los culpables, lo cual seria agra-"var su pena. A los carceleros y otros agentes de la justicia que "se propasen á violencias ó extorsiones contra los presos, quere-"mos que se les imponga las penas más severas. Los administra-"dores de las casas de detencion que no presenten cada mes un "estado exacto de los presos con expresion de su edad, natura-"leza de su delito y duracion de la pena á que cada uno está "condenado, quedan obligados á pagar á nuestro Tesoro una "multa de veinte libras de oro, y al juez que por negligencia "condenase un preso pagará una multa de diez libras de oro sin "remision."

A propósito hemos copiado las anteriores palabras escritas hace quince siglos porque, como ya hemos dicho, bien pudiera aplicárselas á los mismos dias en que esto escribimos. La administracion de justicia en todas las naciones de Europa, y muy especialmente en la nuestra, es una de las que con más urgencia reclama reformas bien meditadas y radicales; y sin embargo, bien podemos asegurar que serán de las últimas en llevarse á efecto.

Tal es la fuerza de la rutina y la tenacidad con que las corporaciones defienden sus intereses y privilegios. El conjunto de los ciudadanos ó de los hombres que más sacrificios están dispuestos á hacer por los derechos políticos, que son en definitiva una garantía de los demás, apenas invocan ó recuerdan las reformas á que aludimos; y, sin embargo, de la administracion de justicia dependen su vida, su fortuna y, lo que es más, su honra. No es este el momento de discutir con alguna detencion este asunto; pero permitido nos ha de ser apuntar sólo estas dos ideas. Primera, uno de los miembros de las diferentes gerarquías que constituyen la magistratura de un país, amovible ó inamovible en su puesto, pero debiendo en la inmensa mayoría de los casos su nombramiento más al favor que á los méritos relevan-

tes que no siempre haya demostrado poseer, tiene sobre los ciudadanos en determinadas ocasiones una autoridad tal, que está léjos de disfrutar el emperador de Rusia con el inferior de sus súbditos. Y si á esto se añade que no en pocos casos queda á su arbitrio la interpretacion de las leyes, sin que para ello intervenga la representacion de la justicia social y la influencia de la opinion pública para apreciar la manera como los hechos se han verificado, si se trata de lo criminal, la infinidad de fórmulas y entorpecimientos cuando se trata de lo civil; y que en todos casos, ó por lo ménos én su inmensa mayoría, tiene que juzgar por leyes hechas en épocas anteriores, en las cuales la moral y el derecho se veian bajo puntos de vista muy distintos; se comprenderá la inmensidad de este poder. Ciertamente produce admiracion que los ciudadanos miren con descuido, si no con indiferencia, tan trascendental asunto. Segunda, las leyes de todos los países, antiguas y modernas, al ménos desde que las sociedades tuvieron un cierto grado de civilizacion, reconocen el derecho de la legítima defensa. Pues, sin embargo, por una especie de proteccionismo á clases que no lo necesitan, porque, seguramente, ni hay que esforzarse para aumentar su número, ni carece de inconvenientes el que éste sea tan excesivo; cuando un hombre se ve precisado á defender ante los tribunales su hacienda, su honra, su propia vida, no le es permitido la más elemental de las libertades, que consiste en ser él mismo, si bien le place, de sus propios intereses y personalidad.

Y aunque se crea con una grandísima aptitud, y aunque esté penetrado de las razones que militan en su apoyo de una manera tal, que le sea muy difícil llevar el mismo convencimiento á un tercero, no hay remedio: la ley es inflexible; ha de nombrar forzosamente un abogado y un procurador, bajo el peregrino pretesto de que en la gran mayoría de casos no sabria hacer su propia defensa. ¡Como si no bastára el interés propio y hubiese que buscar en el ageno las mayores seguridades de éxito! Ninguna ley ordena al enfermo que llame al médico, que luche solo con la enfermedad, que se cure ó se muera de la manera que tenga por conveniente; y, sin embargo, se trata de la propia vida del indivíduo. Pero esto no es más que una de las innumerables contradicciones que se encuentran á cada paso

en la sociedad. Tampoco hemos podido comprender nunca la oposicion que á la libre defensa hacen las dos respetables clases antes aludidas. Pues qué, si hoy mismo se estableciera, ¿dejaria por eso la inmensa mayoría de los hombres de encargar la gestion de sus intereses á las personas que creyera más idóneas? Y si tal habia de suceder, no comprendemos el interés de clase que resultára realmente lastimado.

Si como guerrero y legislador, la justicia exige confesar que Teodosio fué uno de los jefes más notables que tuvo el decayente imperio, la política y los fueros de la conciencia no pueden ménos de hacerle graves cargos. La política, por haber dado una fuerza decisiva en el ejército á aquellos bárbaros conocidos con el nombre de godos, que tantas veces, con fortuna vária, habian atacado la integridad del imperio, teniendo á su cabeza sus propios caudillos con el nombre de reyes, y que solo habian de respetar lo pactado mientras estuvieran sujetos por el brazo de hierro y las victorias de Teodosio. Y por lo que hace relacion á la ciencia, ésta no puede ménos de protestar enérgicamente contra los actos de tiranía ó intolerancia que, movido por un excesivo celo ortodoxo, hizo ejecutar contra los que no profesaban sus creencias.

Como si el Occidente no quisiese quedarse atrás del Oriente, respecto á imponer por la fuerza á los demás hombres la fé religiosa que tenian los amos de la sociedad, aquel célebre Máximo, de que ya hemos hablado, y que tuvo la triste gloria de ser el primer inaugurador del derramamiento de sangre humana, por cuestion de sectas ó disidencias dentro de la religion cristiana, tuvo la no ménos nefausta de ser el primero que intentó establecer en España la Inquisicion, si bien con otro nombre. La muerte de Plisciliano y sus compañeros mártires fué, como acontecer suele, infructuosa; y los partidarios que tenia su doctrina, ya sacerdotes, ya prelados, no desmayaron por eso; antes bien siguieron propagando sus ideas con fé y entusiasmo, llevando esto consigo las divisiones consiguientes en la Iglesia española. Viendo Máximo que las persecuciones no bastaban para concluir con aquellos propagandistas entusiastas, determinó mandar á España comisionados especiales con el nombre de pesquisidores para que se informaran secretamente de los que prac-

ticaban en público y en secreto la liturgia ó ceremonia de la secta disidente. Tan desatentada medida, que más tarde habia de reproducirse en otra forma, y tantos daños habia de causar á la civilizacion, y especialmente á España, no se llevó á la práctica gracias á los esfuerzos, tan humanitarios como honrados, del ilustre prelado Martin de Tours.

Al descender á la tumba Teodosio dejó dos hijos indignos de tal padre: Arcadio y Honorio, emperador de Oriente el primero, y el segundo, tan menguado como imbécil, de Occidente. Con Honorio puede decirse que terminó este último imperio. El otro sobrevivió próximamente diez siglos. Con él, sino concluyó la civilizacion romana en España, ésta dejó de ser una provincia. Empieza aquí una de las contradicciones en que tanto abunda nuestra historia: la península ibérica, que tal grado de prosperidad relativa habia alcanzado, entraba en una época de decadencia inconcebible.

Si nos hemos detenido más de lo que pensábamos en hacer una ligera reseña del imperio romano, es porque lo hace indispensable el plan que nos hemos propuesto para explicar las grandezas y decadencias, la suerte pasada y presente y lo que para el futuro puede preverse relativo al Imperio Ibérico. Son los datos indispensables que el geómetra necesita plantear en ecuacion si ha de llegar á descubrir la ley que se propone.

XVII

La breve reseña hecha de los acontecimientos más notables del imperio, nos indica bien, con toda claridad, á qué quedó reducida la paz y la unidad tan esperadas, y que tanto habian celebrado oradores y poetas. La primera, inaugurada por Augusto, fué de pequeña trégua; y si siempre ardia la guerra en las fronteras, ya hemos visto lo que tardó en generalizarse: todos los dominios simultánea y sucesivamente fueron presa de las contiendas civiles. Si estas son siempre una verdadera desgracia para las naciones, el mal subia allí de todo punto, habida consideracion á que por el afeminamiento de las costumbres, por la inmoralidad que todo lo dominaba, por la falta absoluta de creencias y por el, aunque estrecho, perdido patriotismo ro-

mano, los ciudadanos habian llegado á repugnar el servicio de las armas, dejando encomendada la defensa de la pátria y de las instituciones á soldados mercenarios que sólo tenian por oficio la materia de las armas, por objetivo el botin ó los premios que les repartieran los jefes, y por ley el engrandecimiento del caudillo que con ellos habia de repartir los tesoros públicos ó pagarles lo contratado para que la sublevacion se verificase. Los ciudadanos, pues, estaban reducidos al triste papel de sufrir las leyes que las legiones ó sus caudillos tuvieran el placer de darles. Entónces, como ahora y como siempre, cuando la nacion se compone de dos partes, la una armada y numerosa, y la otra mayor en número, pero desorganizada, desarmada y sin la educacion necesaria para desempeñar, segun los casos, el doble papel de soldado y ciudadano; el respeto á la ley es una ficcion que sólo dura mientras que algun ambicioso no aprovecha la ocasion de disponer de la fuerza que la Ordenanza militar pone en su mano, que la pátria le habia confiado para su defensa y que él distrae dedicándola al logro de sus miras egoistas y personales. A las palabras del célebre general austriaco, vencedor de Cárlos Alberto, de que una nacion no tiene asegurada su independencia mientras que todos los hombres válidos que la constituyen no tengan la educacion necesaria y conveniente para acudir á la defensa de la pátria en los casos de extremo peligro, debe añadirse, para complementarlas, que ningun país constituido en forma monárquica ó republicana tiene afianzada su libertad, cuando, ya sea por antiguas tradiciones, ya por interés de familias ó personas, ya por la falta de sentimiento del deber, ya por el imperio de la rutina, ya por otra razon cualquiera, tiene un ejército permanente bastante numeroso para consumir la mayor parte de su presupuesto y para que la clase militar tenga la fuerza necesaria para sobreponerse á todas las otras ni más ni ménos respetables que ella. Si dicha honrosa profesion está separada por leyes, por preocupaciones y por espíritu de cuerpo de todo lo demás que constituye la nacion, á causa de la falta de educacion recibida, de los hábitos contraidos, de la afeminacion que sin sentir se apodera de todas las clases á medida que la civilizacion avanza; necesario es emplear gran cuidado en combatirla por una instruccion á propósito,

haciendo que el hombre conserve la virilidad, la primera de sus cualidades. En una palabra: hay que saber desempeñar á la vez el papel de ciudadano y de soldado. La experiencia, pues, nos ha demostrado que la organizacion de la mayoría de los ejércitos, así en Roma en tiempos del imperio como en los actuales, es impotente para defender la independencia de la pátria.

Seguramente las naciones necesitan una fuerza armada para hacer respetar la justicia y el derecho de cada uno; pero esta debe obedecer á una organizacion tal, que no sea bastante numerosa para subyugar á la nacion que le dá vida, y sí lo suficientemente ámplia para que dentro de ella puedan caber todos los miles ó millones de hombres que los acontecimientos hagan necesario en momentos determinados.

La fuerza armada de todo país puede descomponerse, principalmente, en dos partes: la una, encargada de auxiliar á los tribunales para defensa de su autoridad y cumplimiento del derecho, y la otra dedicada con especialidad á las necesidades que la independencia, el engrandecimiento ó la integridad de la patria reclamen. La primera ha de ser por su naturaleza un oficio ó profesion voluntario y retribuido; pero aun en este caso no deben perder de vista los ciudadanos—y así debia enseñarse desde los primeros elementos de educacion que recibe el hombre —que el aumento excesivo de esta fuerza proviene casi siempre de la falta de cumplimiento del deber que tiene todo hombre de auxiliar á la sociedad vigilando y empleando todos los medios que están á su alcance para reprimir toda falta á la ley y al derecho, que es siempre una ofensa á aquella. Hasta tal punto es importante la organizacion de esta fuerza, que todos los escritores militares de algun nombre, así como los generales más distinguidos, están de acuerdo en que la otra, que propiamente puede llamarse ejército, no debe mezclarse, sino en los casos más extremos, en las alteraciones del órden público, porque esto produce funestas consecuencias para la nacion, en primer lugar, y en segundo para el mismo ejército. Al inmiscuirse este en las cuestiones interiores engendra simpatías y antipatías entre clases que constituyen una misma nacion; y produce además cierto espíritu de pandillaje á que un ejército digno de la pátria debe ser extraño. La milicia no debe ser política en el

sentido que viene siéndolo en países que todos nuestros lectores conocen; es decir, teniendo hoy en candelero y siendo sólo atendidos los que real ó aparentemente siguen y apoyan la política de éste ó aquél caudillo que, ya obedeciendo á sus creencias, ya á sus intereses y sin perjuicio de cambiar cuando lo crea oportuno, sienta plaza en una de las parcialidades que se disputan la gestion de la cosa pública; mientras que otros están relegados al olvido, al reemplazo ó al cuartel, como aquí se dice, con harto perjuicio para el país y no pequeño menoscabo para sus cualidades personales, por la simple razon de creer que opina de distinto modo que el caudillo que por estas ó aquellas circunstancias ha venido á ser jefe del ejército. Como todo absurdo conduce á otro, este mal por todos sentido, pero por todos despreciado, cuando la conveniencia personal ó colectiva lo exige, ha dado lugar á la peregrina teoría de que el militar no debe tener opiniones políticas, ni debe jamás permitirse emitir su parecer en dicha clase de cuestiones.

La experiencia de un dia y otro dia, de una época y otra época en más de setenta años que llevamos de luchas y perturbaciones no ha bastado á convencernos del absurdo de semejante principio, que por otra parte sus predicadores y sostenedores se han encargado de desmentirlo antes de proclamarlo. Todos conocemos, por lo repetido, el siguiente hecho: con este ó aquel pretexto, con este ó aquel motivo, se subleva un general ó caudillo, seduce á los que ejercen algun mando grande ó pequeño para que falten á su deber, impone su autoridad á los pobres soldados que, además de jóvenes, son generalmente de las clases ménos instruidas de la sociedad, se vale del prestigio de la Ordenanza para que á esta falten; y si es vencido, no hay para qué ocuparse de él: es declarado traidor aunque sea la misma lealtad, y cobarde aunque sea el más valeroso del ejército; pero si es vencedor y llega á ocupar el poder, entonces todo ha cambiado: es declarado héroe, esforzado caudillo y militar consumado, aunque antes hubieran sido muy discutibles tan relevantes cualidades. A su vez, él se declara mantenedor inflexible de la más rígida Ordenanza y sostiene en todos momentos y ocasiones que no hay, ni puede haber perdon para el que tenga siquiera la audacia de manifestar que, segun su leal saber y en-

tender, este ú otro sistema político seria más conveniente para su pátria.

De manera que, aun la inteligencia más obtusa deduce esta conclusion, inversa de lo que dice aquel principio de la Ordenanza de que la falta es tanto más grande cuanto mayor sea la categoría del que la cometa: mientras que el indivíduo ocupa las posiciones más subalternas del ejército, no le es permitido manifestar ni expresar siquiera lo que no puede negarse á ningun hombre: el tener una ó más opiniones. Por el contrario, llegando á ocupar una de las gerarquías más altas de la milicia, tiene un *bill* de indemnidad para hacer todo lo que tenga por conveniente y disponer de un depósito que no es suyo, ni en particular, de ningun hombre, á saber: de los soldados que la pátria le ha confiado para emplearlos, tan sólo, cuando las leyes lo determinen. Sin embargo, hace uso de ellos para sublevarse proclamando estos ó aquellos principios, y, con frecuencia, si su vida es larga, en diferentes direcciones, segun las épocas, sin exponerse á otra cosa que á las contingencias ineludibles de la derrota ó del triunfo.

Como en todo lo que no es justo ni razonable, las contradicciones abundan. Oir á un ministro de la Guerra que forme parte de un Gabinete, siendo el representante más alto de una política determinada, que él no es hombre político, es una idea tan peregrina como la rutina del nombramiento de capitanes generales que lo son esencialmente, y para que nada les falte tienen tambien un fondo reservado. El sostenimiento de tales capitanías generales no tiene hoy razon de ser, ni corresponde á ninguna organizacion militar, ni son en su esencia otra cosa más que el recuerdo de los antiguos vireyes representantes del rey absoluto cuando éste asumia en sí todos los poderes, y que unas y otras parcialidades mantienen por la elevada mira de procurar unas cuantas canongías para otros tantos amigos. No es esto lo que debe entenderse para afirmar que el ejército no sea político. Lo contrario: de desear es que llegue pronto el dia que en los cuerpos de guardia, en las asambleas, en las academias, en todo círculo de oficiales, cualesquiera que sea su graduacion, pueda hablarse de política como de las demás cuestiones con perfecta y absoluta independencia, de manera qué todo indivíduo pueda

emitir con entera franqueza su manera de ver en esta ó aquella cuestion, sin temor ninguno de que esto haya de influir en su porvenir, adelantarlo ni retrasarlo una línea en su carrera. Es un desdichado principio el de obligar á ser hipócritas hombres que han de tener por norma y guía el honor, y que guiados sólo por él, pueden estar dispuestos á tanta clase de sacrificios como su honrada y difícil profesion les exige. Pero á todo esto hay que añadir la condicion indispensable de que los hombres que con tal franqueza y sinceridad puedan expresarse, un segundo despues, cuando la pátria los llame á su defensa ó al sosten del Gobierno establecido, sean pura y simplemente unos esclavos del deber, de tal suerte que, desde el neocatólico más intransigente hasta el federal más exagerado que ocupen el poder, puedan dormir tranquilos descansando sobre el honor y la lealtad de todos y cada uno de los oficiales del ejército. A los timoratos que crean que esto podia conducir á la anarquía ó á la disolucion de la fuerza armada, debemos decirles, para su tranquilidad, que la experiencia está hecha. El ejemplo no hay que buscarlo fuera de casa: lo tenemos en nuestra misma pátria Aquí existen cuerpos tan distinguidos como el de Ingenieros y algun otro en los cuales ningun oficial ni jefe toma la menor precaucion ni se recata en lo más mínimo para emitir sus opiniones, siquiera se encuentren en minoría absoluta; pero tampoco hay ejemplo de que se hayan sublevado contra ningun poder admitido por la nacion.

La parte de fuerza armada que propiamente se llama ejército, tal como hoy las circunstancias de Europa y los adelantos de los tiempos exigen, debe componerse únicamente de los cuadros necesarios para organizar en momentos dados toda la de la nacion que sea preciso llamar á las armas; además de las especiales que por su peculiar índole necesiten una preparacion más larga y una educacion más sostenida. Pero á este resultado, no solo utilísimo sino indispensable en la época actual, no puede llegarse sino por una instruccion adecuada que debe empezar en la escuela de primeras letras, y continuar de la misma suerte y en diferentes grados en lo que, con más ó ménos propiedad, se llama enseñanza secundaria y superior. Esta debe ser en todas ellas, como sucede ya en algunas naciones, militar y civil á

la vez, de modo que correspondan á estas dos misiones del hombre en sociedad: contribuir á hacer las leyes y defenderlas; y ser, igualmente, apto para las artes de la paz, que constituyen la riqueza, el adelanto, el progreso, y, en último término, el poder de las naciones, que para defender á la pátria con las armas en la mano, cuando de su integridad, de su indendencia y de su dignidad se trate.

Además de ser conveniente y aún necesario en la presente época la doble instruccion de que acabamos de hablar; además de que la lógica de los hechos y cuestiones de órden económico, que no solo son muy atendibles sino que se imponen, hacen que en tiempo no lejano carreras civiles de grande importancia, tanto por su utilidad como por los estudios que exige, y otras militares que requieren una enseñanza similar con las que anteceden, vengan á formar una sola con gran provecho de las artes, de la paz y de la guerra, además de otras consideraciones, más propias de un trabajo especial que del de la índole que nos ocupa, tiene, lo que acabamos de indicar, la ventaja de ser un gran medio de educacion para el hombre. Y esto en dos direcciones distintas. Los jóvenes procedentes de las clases ménos acomodadas, adquieren, al pasar por las filas del ejército, á condicion de que su estancia no sea bastante larga para que pierdan los hábitos del trabajo, costumbres de exactitud, de órden, de método, de aseo y de limpieza; y, lo que tal vez importe más que todo, se arraiga en ellos el sentimiento del deber, á la par que su dignidad personal se eleva á sus propios ojos. Apenas se encuentra hoy ningun mediano pensador que no confiese que esta clase de educacion es la más propia para levantar á los pueblos del estado de abyeccion y supersticiones en que los han sumergido quince siglos de punible abandono. Si esta educacion es tan conveniente para lo que llaman la masa del pueblo, no lo es ménos, aunque no tan reconocida, para los jóvenes procedentes de las clases más acomodadas. Si los primeros necesitan adquirir hábitos de honor, de disciplina y todos los demás ya enumerados, los segundos han menester de una educacion que contraríe las tendencias al afeminamiento que llevan consigo el lujo y las comodidades de la vida; han menester de esa educacion que, vigorizándolos, les evite la tendencia á pasiones pre-

maturas y aún á vicios que más tarde han de pagar muy caros ellos y su descendencia; han menester de perder la costumbre de unos séres menesterosos que nada saben hacer para bastarse á sí mismos en cualquier circunstancia, en todas las pequeñas necesidades diarias de la vida. Decimos más: esas mecánicas de cuartel que tanto horrorizan y repugnan á los jóvenos que han recibido cierta educacion, todo hombre debe saber hacerlas, que si su posicion ó su fortuna no exigen de él el que más tarde haya de dedicarse á tal clase de faenas, nada perderá con conocer la manera de efectuarlas. Los pensadores de más altura que de cuestiones de educacion se ocupan, están conformes con que esta en todas sus esferas debe ser, á la par que intelectual, material; ó, dicho de otra suerte: que á la vez que se procure el desarrollo de la parte intelectual, no se descuide lo que pudiéramos llamar la habilidad manual que ha contribuido, por lo ménos, tanto á la civilizacion como todos los productos de la inteligencia. Y si lo que proponemos no es exactamente esta educacion, viene á suplirla en parte. Hay otro punto de vista, el cual no repugna ménos que los anteriores á los jóvenes de familias acomodadas, y es el roce diario con otros de inferior educacion, y, por consiguiente, de instintos más groseros y opresivos; pero, precisamente este trato, esta lucha, alguna vez corporal, es una escuela, es una iniciacion de lo que sucede en la vida práctica. Hay más: dá lecciones provechosas á unos y otros; el más atrasado aprende al fin con el roce del que está delante de él, y el más adelantado no pierde de vista que ántes que todo es hombre, y que en caso de agresion la grosería es siempre vencida ante los medios corporales é intelectuales que la educacion proporciona. Todo esto, respecto á la conveniencia de la educacion individual. Si lo miramos bajo el punto de vista de la importancia que el ejército adquiriria, á ninguno de nuestros lectores se le oculta cuál sería ésta, cuando bajo el capote del soldado se encontrase lo mismo el hijo del opulento capitalista ó del aristocrático duque que el del último trabajador del campo. Entonces el traje honroso de la milicia tendria, como ha sucedido con la sotana y el hábito, abiertas todas las puertas, desde los aristocráticos salones hasta la cabaña del pobre.

No se nos ocultan dos cosas: el egoismo mal interpretado de

las clases acomodadas, y la repugnancia de algunos jefes faltos de suficiencia. Decimos egoismo mal entendido en el primer caso, porque la historia y la esperiencia demuestran hasta la saciedad que en las luchas que puedan sobrevenir entre dos clases, la una que aprende á manejar las armas y la otra que ha abandonado este ejercicio, aquella, siquiera sea más atrasada, concluye por dominar á esta. Y por lo que respecta á la segunda, además de demostrarnos la esperiencia diaria, así en nuestra pátria como en el extranjero, que los cuerpos ó institutos del ejército que contienen mayor número de hombres de una instruccion relativamente superior á otros, son precisamente los más subordinados; las necesidades de los tiempos, los éxitos obtenidos por naciones poderosas, nos enseñan que ciertas gerarquías del ejército no pueden obtenerse sólo por el valor y arrojo personal demostrado en el campo de batalla, si este no va acompañado de pruebas inequívocas de suficiencia. Hé aquí la necesidad de una academia única para todos los oficiales del ejército, y de otra, que algunos llaman de guerra, donde se estudien y se pruebe por rigorosos exámenes los conocimientos necesarios para ocupar las posiciones importantísimas á que con frecuencia es llamado el general de un ejército.

Toda nueva evolucion lleva consigo nuevas necesidades. La entrada de todas las clases sin distincion á participar de la honra y de las penalidades que acompañan á la defensa de la pátria, requiere dos cosas: la primera concluir con la redencion en metálico que tal injusticia encierra en sí; y la segunda que, conservando la Ordenanza toda la rigidez que exije una indispensable y severa disciplina, el trato de superior á inferior sea, sin llegar á la debilidad, tan respetuoso como debe entre hombres que tienen por lema el honor; en una palabra, que sin olvidar la reprension ó el castigo del culpable, tienda siempre á dignificar y jamás á rebajar al soldado.

Las reflexiones que anteceden, con las variaciones que exigen las diferentes épocas de civilizacion, son aplicables á todos los tiempos; teniendo siempre en cuenta esta consideracion: que cuanto más adelantados están los conocimientos y las sociedades, tanto mayores son las exigencias y el grado de cultura necesario en los hombres llamados á mandar los ejércitos. En término

general, puede asegurarse que la guerra hecha en gran escala pone á contribucion todo lo que la industria y la ciencia de cada época tienen de más adelantado. Una confirmacion de todo lo dicho es lo que pasó en los ejércitos de Roma, observando la diferencia entre los generales del tiempo de la república y los del imperio. Los primeros tenian, dados los conocimientos de entónces, una instruccion más completa, como se comprende sin más que fijar la atencion en que los mismos hombres que mandaban los ejércitos en tiempo de guerra, en el de paz ejercian las funciones á que estaban llamados los generales más distinguidos, ocupaban las diferentes magistraturas, tomaban parte en las discusiones del Senado, y no pocas veces adquirian nombre y se hacian notar por su elocuencia ó claridad de ideas en el foro, como sucedió á Sertorius, Julio César y otros; mientras que cuando la carrera de las armas quedó separada formando aparte, empezaron aquella série de generales que, con honrosas pero limitadas excepciones, hacian alarde de no entender más que de lo que constituia su profesion. Si de las consideraciones relativas á los caudillos, fijamos nuestra atencion en la manera de reponerse los ejércitos y las legiones cuando todos los ciudadanos, ó lo que es lo mismo, todos los que poseian la tierra, eran llamados al servicio militar, y en aquella otra época, en la cual el ejército se componia de mercenarios nacionales ó extranjeros, ¿cómo en tiempos del imperio se hubiera salvado Roma despues de la derrota de Cannas, y sin embargo, no sólo se repuso de aquel descalabro, sino que acabó con su terrible enemigo? No podia ménos de ser así. Cuando en un pueblo todos los hombres son aptos para convertirse en soldados, es una mina poco ménos que inagotable, y la pérdida de la independencia algo difícil. Buen ejemplo de ello han sido Grecia, Roma, Bohemia en tiempo de los husistas, Suiza en el siglo XV, Francia á últimos del pasado, España á principios de éste, y algunas de las provincias en nuestras contiendas civiles. Pero no basta sólo, en la presente época, el arrojo y la constancia inspirados por el patriotismo; es de todo punto necesario una educacion á propósito para que toda la juventud válida pueda pasar, sin una transicion brusca, del estado de paz al de guerra.

Otro de los males más graves que ha producido en Roma la

formacion de los ejércitos en los últimos tiempos de la república y en todo el imperio, consiste en que, si aquellos no olvidaron por completo el patriotismo, se fué modificando de tal suerte, que llegó á generalizarse en la milicia la desdichada idea que aún no ha dejado de existir, de que el ejército, tanto más que á la nacion pertenece al emperador ó monarca que rige sus destinos. Hasta tal punto hemos adquirido esta costumbre, que aun hoy oimos, sin producirnos mal efecto, en nuestras Asambleas y Cuerpos deliberantes siempre que se invocan los deberes hácia la pátria y el jefe del Estado, anteponer el nombre de éste al de aquélla, ¡Como si pudiera haber en un país algo que estuviese, no sólo por encima, sino al igual de la pátria, que lo encierra todo! Cierto que en las naciones modernas todas las Constituciones, ó casi todas, declaran al soberano jefe de las fuerzas de mar y tierra; pero esto es pura y simplemente una conveniencia de organizacion ó un lujo, y no puede de ningun modo llevar consigo la idea de ese paralelismo entre dos soberanos que no pueden subsistir sobre un mismo objeto. Si algun sentido pueden tener las expresiones citadas es en naciones como Inglaterra, en las cuales la Constitucion declara que todos los privilegios y prerogativas del rey son con arreglo á las leyes y costumbres del país, y no por ninguna otra clase de derecho; lo cual equivale al art. 32 de la Constitucion española de 1869, en el que terminantemente se manifiesta que todos los poderes emanan de la nacion. Así y todo no pudo escaparse al buen sentido del pueblo inglés, que por la organizacion y manera de ser de los ejércitos, por las preocupaciones que engendra la peregrina teoría hereditaria, y por otras varias razones que seria prolijo examinar, el soberano puede abusar de la fuerza que la nacion pone hasta cierto punto en su mano y servirse de ella para acabar con las libertades públicas ó los fueros del pueblo, y para obviar este inconveniente ha establecido el *Mutny-Bill* y otras que, en realidad, dejan reducido á un mando nominal la jefatura del soberano, imposibilitando en absoluto, ó poco ménos, los abusos que más de una vez se han cometido en el continente y en nuestro propio país. Es tal el empeño, que así en Roma como en las demás naciones modernas se ha tenido en formar del ejército un cuerpo aparte, que á veces, por interés de dominacion, cuando

los imperios son monarquías compuestas de partes no bien integradas, se han hecho servir de los hombres de una localidad para sujetar los de otra.

El ejemplo nos lo ha dado Austria hasta hace poco: traia los húngaros al ejército de Italia, y los italianos al que sujetaba á Hungría. En otras ocasiones, como sucedió y sucede con Francia y potencias que más ó ménos directamente la copian, ya sea por el afan de cierto unitarismo exagerado, ya con el más positivo de que el espíritu de localidad, que es en el fondo el de patriotismo, no contraríe el de cuerpo y de ciega obediencia á los caprichos del jefe, se ha tenido, y se tiene, un grandísimo cuidado en mezclar y confundir los hombres que entran en las filas, procedentes de distintos países, con cualidades morales y físicas determinadas, por el medio en que han vivido, por la posicion geográfica, por la alimentacion, por la diversidad de razas y otras; con la peregrina pretension de formar de esta manera un todo, cuyas cualidades sean una especie de término medio entre las más salientes y características que distinguen á los hombres de las diversas localidades. Por ejemplo: en España un conjunto, que ni tenga las cualidades del gallego ni del andaluz, ni del asturiano, ni del aragonés. Todo esto con harto perjuicio para las condiciones del ejército, que en las diferentes funciones de guerra necesita soldados de cualidades tan opuestas como son el ataque y la defensa, la acometida y la resistencia, la retirada y el avance. Pero el mal sube de todo punto cuando se juzga en relacion á la administracion del ejército y llega el momento de movilizarlo. Así se ha visto en la guerra franco-prusiana que los reclutas que se encontraban en el sitio de las operaciones, tenian que venir al Mediodía de Francia á buscar su equipo y la plana mayor de sus cuerpos para emprender de nuevo el camino y llegar al sitio de donde habian partido; y otros embarcarse para Argel, hacer allí su incorporacion y aprovisionamiento para reembarcarse y acudir al sitio de las operaciones. Los ejércitos regionales tienen, entre otras ventajas, la de conservar más vivo el patriotismo y espíritu de localidad, la de que cada hombre se encuentra en medio de sus vecinos y conocidos, y el aguijon del amor propio lo estimule de una manera enérgica para que aquellos no puedan contar de

vuelta á su casa que ha sufrido algun castigo ó reprension por faltar á sus deberes; y, sobre todo, lo que es más importante, que hace muy difícil que un cuerpo de ejército de una localidad dada permita que el de otra, en el momento del peligro, pueda adquirir más gloria que él. De esto han dado repetidos ejemplos nuestros antiguos batallones provinciales. Bajo otro punto de vista, los ejércitos regionales, que tienen dentro de la localidad, no solo las reservas, sino todo lo necesario para pasar del pié de paz al de guerra, en pocas horas pueden movilizarse, y en el Ministerio del ramo ó poder central deben estar escritas, sin más necesidad que la firma del jefe, las comunicaciones que marquen el itinerario que deben seguir los diferentes ejércitos regionales, los puntos de concentracion de fuerzas, el tiempo de las etapas, las líneas estratégicas que han de recorrer; y, por último, la posicion que deben ocupar en las operaciones. Si todas estas ventajas tienen bajo el punto de vista militar, añádase á ellas las no ménos importantes relativas á la cuestion económica y al menor trabajo perdido.

Estas consideraciones pudieran llevarnos muy léjos, y, aunque creemos muy conveniente llamar la atencion sobre ellas á las personas más idóneas, nos separarian de la índole de estos trabajos. Pero sí creemos congruente todo lo dicho al objeto que nos hemos propuesto; y lo creemos así porque, habida consideracion á la diferencia de épocas y á las necesidades de los tiempos, que forzosamente han de producir las modificaciones consiguientes, las reflexiones que anteceden tienen aplicacion lo mismo al ejército romano que á los actuales. En efecto, cuando los ciudadanos dejaron de pertenecer al ejército y repugnaron el servicio de las armas, éste tuvo por objetivo complacer al amo que con frecuencia se daba, sin perjuicio de quitarle la vida cuando no llenaba por completo sus exigencias y deseos concupiscentes, ó cuando, como sucedió con el ilustre Probo, traslucian en su afortunado caudillo el deseo de someterles á una justa y severa disciplina, y de limitar su poder á lo que ser debie en una sociedad medianamente organizada. Pero hay más aún: ya fuera por conveniencia propia, ya por imprevision de la mayor parte de los emperadores, ya por la repugnancia que sentian los ciudadanos de formar parte del ejército, ya por temor

de que las llamadas provincias tuvieran fuerza á su disposicion, que en último término obedecian más al sentimiento de independencia ó patriotismo que al provecho del amo, ya tambien porque entendieran que los bárbaros, que sólo respiraban ódio contra la dominacion romana, habian de ser, por su atraso y condiciones, unos instrumentos más dóciles y más separados de la parte civil; llenaron, como queda dicho, los ejércitos de aquellos mismos hombres que, con furia de animales carnívoros, habian acometido los vastos dominios del decadente imperio. Germanos, borgoñones, suevos, godos, vándalos, alanos y otros, todos aprendieron la táctica y á pelear en las mismas filas del ejército romano; hasta tal punto que bien pudiera asegurarse que la mayor parte de lo que la historia considera como invasiones de los bárbaros fueron pura y simplemente unas sublevaciones militares. Tal sistema y organizacion habia de dar sus frutos. Así hemos visto que cuando, ora fuese por el número, ora por descuido de los caudillos, ora por desmoralizacion de las legiones, ora por deslealtad de aquellos mismos bárbaros que formaban parte del ejército, és e era derrotado en cualquier punto del imperio; la del país donde esto sucedia, que estaba por dicha organizacion completamente indefenso, era devastado con frecuencia por los mismos hombres que formaban en las filas imperiales y que aprovechaban la primera ocasion para unirse con los otros bárbaros invasores. Queda, pues, disminuida en mucho la importancia del arrojo y esfuerzo personal atribuidos por los historiadores, al fin de explicar las fáciles invasiones y correrías de los bárbaros de la Germania, la Scytia y otros países. Bas a para ello fijar la atencion en un hecho constantemente observado: cuando las legiones estuvieron mandadas por caudillos expertos y valerosos que supieron sujetarlas á una rígida disciplina, sin la cual no hay ejército posible, los bárbaros antes citados fueron constantemente batidos por la táctica romana. Ya veremos más adelante que cuando se repartieron las diferentes provincias del imperio, en su mayor parte, y muy especialmente en la Pirenáica península, el empuje de scytas y germanos fué impotente para dominar aquellos restos de las razas primitivas, ó mejor dicho, anteriores á la dominacion romana que ésta no habia subyugado. Creemos de todo punto necesarias estas consideraciones, y

las que aún hemos de permitirnos, para poder explicar, con probabilidad de acierto, no sólo la desaparicion del imperio de Occidente, sino la primera decadencia que aparece en la historia de nuestra pátria, que tanto abunda en contradicciones. Y viene á complicar más el asunto si se tiene en cuenta que entre las decadencias más notables desde los tiempos históricos de gigantescas dominaciones que amenazaban absorberlo todo, figuran la de Roma, la de los árabes y la de España. Si la tercera es el asunto principal que nos ocupa, ella está de tal manera ligada á las otras dos, que es punto ménos que imposible explicar nuestra grandeza y decadencia, lo pasado y lo que es dado esperar para el porvenir, sin tener algunas nociones claras de las otras dos que hemos señalado.

Es una cosa hoy fuera de duda que cuando la decadencia se señala con insistencia y continuidad en la fuerza armada de un país, las letras, las artes y la industria siguen el mismo camino. No puede ménos de ser así. Aparte de casos fortuitos, de una batalla ó una campaña perdida por ineptitud del caudillo, por vicios momentáneos de la administracion ú otra razon cualquiera; cuando los ejércitos pierden su fuerza moral, la nacion puede esperar bien poco de ellos. Pero como en términos generales la fuerza armada por su organizacion gerárquica, por el sentimiento del honor y por otras varias razones, es la última en desmoralizarse, bien podemos asegurar que cuando dicho estado se manifiesta en la milicia de un país, la inmoralidad ha cundido en todas las clases, y si la nacion antes fué poderosa, es un signo inequívoco de que la decadencia está muy avanzada. Ejemplos pudiéramos citar de nuestra propia historia, que no consignamos aquí por considerar que en otro sitio de este trabajo tendrán más conveniencia. En suma, y prescindiendo de vicios accidentales de organizacion, la fuerza armada de un país es la representacion más alta y genuina de su poderío. Alguien ha formulado esta misma idea, diciendo que el ejército es digno de la pátria á que pertenece.

Cuando los pueblos desde un principio dedican su actividad á la industria y al comercio, se les hace antipático el servicio de las armas, é insufrible el forzoso y las duras leyes de la milicia, tanto como simpática la libertad. En este caso, el ejército

se compone de mercenarios voluntarios nacionales ó extranjeros. La nacion puede hacerse grande y poderosa, por la sencilla razon de que la parte válida de su juventud, no es distraida de la agricultura, la industria, las artes y las ciencias, como hoy patentizan las naciones de orígen anglo-sajon, cualquiera que sea la parte del globo que ocupen y las instituciones por que se rijan; pero así y todo, ya hemos visto, en lo que va dicho, las funestas consecuencias que produjo á Cartago este sistema. Por lo que respecta á las naciones modernas, los hombres de estado más eminentes de la que pudiéramos tomar como prototipo, Inglaterra, están de acuerdo que al sistema de reemplazo por voluntarios corresponde un ejército permanente muy corto y una cuidadosa y elevada educacion militar en todos los hombres válidos del país. Y si en esta nacion, á la vez eminentemente conservadora y liberal, una de las más monárquicas y republicanas que se conocen en el globo, no se ha llevado á cabo tal reforma, es porque la opinion no está aún formada y chocaria con las costumbres y antipatías trasmitidas por la herencia; pero por eso no se desiste y solo se espera para llevarla á la práctica el momento oportuno. Lo mismo en los Estados-Unidos emancipados que en la metrópoli, que en los otros territorios que dependen aún de ésta y que se han dejado más allá del canal de la Mancha algo de las preocupaciones de la madre pátria, todos los hombres concurren á la cosa pública por medio del voto, y forman parte delas milicias, siempre dispuestas á movilizarse y pasar al pié de guerra, si así lo ordenan las leyes.

Cuando las naciones tuvieron sus comienzos en una organizacion militar, cuando todo en ellas estaba subordinado á la idea de fuerza, á los medios de guerra y de conquista; y más tarde, por la acumulacion de riquezas, por la desmoralizacion de los ciudadanos, por el afeminamiento que lleva consigo la corrupcion de costumbres en las clases privilegiadas y la abyeccion que imprime á las ménos afortunadas la extrema miseria, el servicio de las armas se hace antipático á la mayoría de los ciudadanos; entonces el ejército se recluta de la manera que se puede, concluye por perder toda idea de respeto á las leyes del país, se hace el instrumento de un amo ó de uno ó varios caudillos más afortunados, más audaces ó que mejor satisfagan á las concupis-

cencias de los que están á sus órdenes, y excepto épocas de brillo momentáneo, debido más que todo al azar ó la presencia de algun jefe adornado de cualidades especiales, aquel ejército tan dispuesto á fraccionarse y á promover luchas intestinas, ya siguiendo parcialidades políticas, ya personajes de importancia, ya simplemente con el objeto de apoderarse del mando supremo y los provechos que proporciona el dominio público; ese ejército, repetimos, se hace inepto para la defensa de la pátria de cualquier agresion extraña que no tardará en presentarse, pues, así en lo antiguo como en lo moderno, la primera condicion á que han de aspirar todas las naciones para que las otras reconozcan la fuerza de su derecho, consiste en que sepan que tiene los medios de hacer valer el derecho de su fuerza.

Cuando las naciones llegan á este estado y el ejército es derrotado en cualquier lucha exterior, el país de que se trata, que ha perdido la única fuerza disponible, entra desde luego en un período de decadencia, y no le queda más alternativa que desaparecer del número de las naciones, ó, si su pueblo conserva aún virilidad, acudir al entusiasmo que despierta el patriotismo ofendido, sus creencias lastimadas ó su honor vilipendiado, y por un supremo esfuerzo lanzar todos sus hombres válidos á la pelea, contestar á la opresion con la opresion, luchar de la manera que le sea posible, y del modo que las circunstancias, su historia y su génio le indiquen hacer sin descanso guerra al opresor y no darse momento de reposo hasta pasar la frontera persiguiéndole. Buen ejemplo nos dieron de este esfuerzo la nacion francesa á últimos del pasado siglo y la española desde 1808 á 1814. Pero si el pueblo no tiene esta virilidad y este arranque, no posee, en una palabra, esta rara espontaneidad, entonces no le queda más que sufrir la ley del vencedor, convertirse en un rebaño de corderos, pudiendo apelar al único recurso de una degradante sumision, y pedir á la Providencia que el nuevo amo sea mejor y más considerado que lo era el antiguo. Mas como aquella acostumbra á ser sorda á las súplicas con que la importunan los míseros mortales y deja que se salven ó se pierdan por sí mismos, al fin reciben la penitencia de su pecado.

Si esto sucede hoy y ha sucedido en todos los tiempos desde que las sociedades se han constituido, y antes de constituirse en

las luchas de tríbu á tríbu y de indivíduo á indivíduo; si esto sucede á nuestros ojos y en los tiempos actuales, los resultados eran de mucha mayor trascendencia en las naciones de la antigüedad, tanto por las costumbres que entonces dominaban, tanto por la escasa ó nula importancia del derecho del hombre considerado como personalidad humana, cuanto por que faltaba el enlace de intereses que existe entre las naciones modernas. Y la razon no ménos importante que, siendo varias las que tienen próximamente el mismo poderío, cada una de ellas está interesada en que su rival no venga á ser un constante peligro por su engrandecimiento y anexiones, no existia en aquellos tiempos. Tratándose del imperio, ninguna nacion tenia empeño en sostenerle, y sí varias en tomar de él el pedazo que les fuera posible. Roma estaba completamente perdida; y en puridad hablando, no se echaron los bárbaros sobre ella para invadirla, sino que, formando el núcleo más resistente y enérgico de sus ejércitos, la sostuvieron bastante tiempo para prolongar su agonía, reservando el remunerarse por sí mismos los servicios que creian haber prestado.

Ya hemos visto la repugnancia de los pueblos que constituian el vasto imperio romano para formar parte del ejército, y esto principalmente por no afrontar los peligros que lleva consigo la guerra, ni sufrir las penalidades que con tan viril resignacion habian aguantado las legiones en los tiempos pasados. Así, tiene razon un historiador notable al asegurar que los romanos del tiempo de la decadencia eran, físicamente hablando, unos pigmeos que no podian hacer frente á hombres venidos de otras regiones, más atrasadas sí, pero ménos degradados por el despotismo del imperio. La energía de aquellos griegos, descendientes de los antiguos héroes, aquella furia gala que tanto sirvió á los planes de César, aquella heróica resistencia española que hasta entonces no habia tenido ejemplo, la gloria alcanzada por los hijos de este suelo, peleando más tarde al lado de las legiones romanas en Europa, en Asia y en Africa, como los monumentos modernamente descubiertos atestiguan, todo habia desaparecido; que es atributo del despotismo agostar todo cuanto toca, que es atributo de la corrupcion de costumbres y la inmoralidad rebajar el espíritu, debilitar las fuerzas, convertirlos hom-

bres en séres inútiles, tanto para los trabajos de la inteligencia, tanto para las faenas de la paz que producen el bienestar y la riqueza, como para los lances de guerra y de honor que son el signo más característico del hombre, y que tanto ha necesitado, necesita y necesitará mientras no desaparezca del globo que habitamos una ley tan matemática é inflexible como la de la atraccion universal, á saber: la lucha por la existencia. Hasta tal punto habia logrado Roma rebajar los carácteres y degradar los pueblos sometidos á su dominacion, que ya veremos más adelante que en todos los pueblos á ella subyugados, y especialmente en la pirenáica península, donde quiera que los bárbaros del Norte se encontraron frente á frente con las razas primitivas no dominadas fueron impotentes, á igualdad de número, para luchar con ellas.

Es la libertad tan necesaria al hombre, de tal suerte la propagacion de la especie está á ella unida, que así en los tiempos antiguos como en los modernos, el indivíduo inmensamente es ménos fecundo en la esclavitud que en el estado libre. Ahora bien, Roma descansaba sobre la esclavitud: el trabajo habia venido á considerarse, porque lo ejercian manos esclavas, como vergonzoso y deprimente para los hombres que se llamaban libres, y la agricultura estaba toda encomendada á los esclavos. Esto, unido á la viciosísima division de la propiedad territorial produjo dos efectos á cual más terribles y que tienen en sí más enlace de lo que á simple vista pudiera creerse. Es el primero que la poblacion, léjos de aumentar disminuia de año en año, de dia en dia. Es el segundo, que aquellos contornos más favorecidos por la naturaleza, y que fueron en tiempos los graneros de Roma, producian escaso alimento para sus habitantes. La vanidad y el desvanecimiento de los poseedores de grandes propiedades habia convertido aquelllos campos, antes cubiertos de mieses, en grandes despoblados ocupados por algunos rebaños al cuidado de esclavos, no de mejor condicion que los animales. Las artes mecánicas y la industria que Roma sólo habia cultivado para las necesidades de inmediata aplicacion, estaban tambien al cargo de la servidumbre: de suerte, que sucedia á éstas lo que á su compañera inseparable la agricultura. No corrian mejor suerte las artes y las ciencias, así que, en su mayor

parte, los esclavos eran los maestros de los hijos de los señores, y, frecuentemente, de estos mismos.

Hay una especie de compenetracion que los hombres de Estado y los partidos políticos dignos de tal nombre, no deben perder de vista. Existe, decimos, una compenetracion entre el estado de riqueza de un país y su desarrollo intelectual; ó, dicho de otro modo, un país está atrasado porque es pobre, y es pobre porque está atrasado. Esto mismo sucedia en Roma en los últimos tiempos. Las riquezas acumuladas por tanta conquista y espolio tanto, se habian disipado como el humo entre los delirios del lujo y las insensateces de la crápula y la orgía. Roma, que habia heredado la civilizacion griega, que la habia traido á su seno despues de la conquista de la helénica península y los países orientales que antes habian sido grecificados, no solo habian abandonado por completo el camino iniciado por la escuela alejandrina, sino que, con raras excepciones, apenas contó su historia con un hombre de ciencia que no procediera de Grecia. Sus sistemas filosóficos eran tan pobres como todo lo demás, y se reducian, en último término, á algunas reglas de moral práctica que si, importantes bajo el punto de vista de preparacion á la nueva idea ó religion que habia de dominar el imperio, apenas se encuentra en ellas un pensamiento levantado y una discusion profunda.

Si es importante para su presente y porvenir el desarrollo intelectual de un pueblo, lo es inmensamente más su moralidad. La historia de todas las naciones, y especialmente la de Roma, nos demuestra, sin dar lugar á ningun género de duda, que un pueblo, que en una época de civilizacion relativa es superior á otras anteriores, puede estar en grandísima decadencia, comparándolo con aquellas épocas en que, aunque más atrasado, tenia mayor grado de moralidad. Bajo este punto de vista ya se ha visto á qué estado habia llegado la de Roma, y hasta qué punto inconcebible se habian corrompido sus costumbres. De suerte que, en último término, los pueblos que componian aquellos vastos dominios habian llegado á una situacion tal, que no eran ni guerreros, ni productores, ni instruidos, ni morales. Nadie habia acabado con el imperio: él se habia concluido Y si no fuera por la influencia que ha tenido y aún tiene la re-

ligion, el derecho y la literatura romanas, no tendríamos por qué volver á ocuparnos de Roma. Pero es de todo punto indispensable, por la razon indicada, que hagamos aún un breve análisis, tan rápido como lo exije la índole de estos trabajos, pero absolutamente indispensable, para darnos cuenta de la situacion de nuestra pátria cuando pasó á ser un pueblo independiente del poder central; una breve reseña, en una palabra, de lo que eran la literatura y el derecho romano que forman la base de la educacion de nuestra juventud, y de las peripecias porque ha pasado la creencia que aún es en nuestro país la religion del Estado.

XVIII

Hay una tendencia en el entendimiento humano, poco ménos que irresistible, á explicar las leyes ó fenómenos, tanto naturales como sociales cuya razon no puede darse, por la existencia de otras entidades completamente desconocidas, y que á lo sumo merecen el nombre de hipótesis gratuitas. Unas veces son las causas ocultas, otras la casualidad, más allá la influencia de un hombre que tiene no sabemos qué poder ó mision misteriosa para trastormar las sociedades á su antojo; allá es el animismo, acá es una providencia caprichosa que, á juzgar por lo que dicen sus intérpretes, cualquiera creeria que está esperando sus consejos para trastornar todas las leyes sociológicas y cosmológicas, sin más objeto que satisfacer el capricho de aquellos sus consejeros. Estas propiedades del humano espíritu que se han manifestado en todas las ciencias, aun en las más positivas y rigorosas, tiene su manifestacion más saliente en los niños y en no pequeña parte de la bella mitad del género humano. Esta tendencia no es á su vez una causa, sino un efecto de dos propiedades, al parecer contradictorias, de la humana inteligencia: la actividad de la razon, su necesidad de encontrar el por qué de los fenómenos que observa, de todo lo que pasa á su

vista; y de cierta pereza ó antipatía á analizar, ó mejor dicho, á encontrar aquellas fórmulas ó causas que, por ser complejas, requieren un estudio profundo y complicado. De aquí se deduce ese fenómeno que con tanta frecuencia observamos, consistente en que, en mayor ó menor grado, lo mismo filósofos que hombres vulgares, sábios que ignorantes, lo mismo en las personas adultas que en las que se hallan en la infancia, tratan de investigar la razon ó el por qué de lo que á su vista se desenvuelve. Y cosa extraña: cuando la causa eficiente de aquello que imperfectamente comprenden, se les explica por la existencia, la voluntad ó el capricho de cualquiera de las entidades enumeradas, mil veces más oscuras é incomprensibles que el fenómeno de que se trata, la generalidad de los hombres se dan por completamente satisfechos y hacen de aquello un artículo de fé; debiendo advertir que á esta palabra la damos un sentido más lato del que tiene la religiosa, que no es más que una de sus manifestaciones.

Si esto se verifica en toda clase de razonamientos, desde el simple sentido comun hasta los últimos descubrimientos de las ciencias más adelantadas, se manifiesta con más fuerza en los estudios históricos y sociológicos, que, fuerza es confesarlo, sólo empiezan ahora á seguir el método de las ciencias positivas, pero que están muy lejos de haber salido aún del estado teológico porque pasan todos los conocimientos. Así no hay nada más frecuente que oir todos los dias de boca de un orador, de un escritor ó de un poeta, que tales cambios sobrevenidos en Europa, tales evoluciones verificadas en la parte más adelantada de los habitantes de este globo, trastornos de tal importancia como aquellos que determinan el cambio de una civilzacion por otra, la modificacion profunda de una religion ó su sustitucion por otra nueva, ha dependido sola y exclusivamente del génio de un soldado, de la sagacidad ó elocuencia de un apóstol, de la debilidad de este personaje ó de la energía de aquel. Forzoso es convenir que si el método no conduce á la investigacion de la verdad, es, por lo ménos, fácil y cómodo, y la imaginacion y el amor propio quedan halagados. Desgraciado del orador ó escritor que se proponga hacer un análisis profundo de los hechos sociales ya de grande ó de pequeña importancia, que se proponga

escudriñar toda la inmensidad de factores que han ejercido en aquellos diferente influencia; y, decimos desgraciado, en este sentido: si le queda la satisfaccion subjetiva del que cumple con un deber, ó del que puede decir con seguridad cuál es lo que se conoce y cuál lo que se ignora; en cambio el público, su auditorio ó sus lectores, escaso número de veces les complace el seguirle en sus investigaciones, y se hallan más propensos á darse por satisfechos y aún á entusiasmarse por una palabra ó un período bien redondeado, que si nada dice á la inteligencia agrada mucho más al oido. De aquí aquella sentencia de un ilustre pensador que afirma que en todos los pueblos, y especialmente en los del Mediodía, rara vez hacen suerte las ideas, pero sí las palabras.

Las breves reflexiones que anteceden las creemos de todo punto congruentes al asunto que viene ocupándonos. Toda nuestra juventud estudiosa, y aunque no haya hecho más que pisar áulas de Colegios ó de Universidades, está imbuida, no sólo del gran poder que Roma tuvo en tiempos, sino del alto grado de prosperidad y civilizacion que bajo su dominio alcanzaron varias naciones, como la Península ibérica, las Galias, etc.; y sin embargo, á pesar de estos grados de poderío, un dia, así como por encanto, godos, scytas y germanos se les ocurre acometer al imperio romano, dividirlo entre sí, y no encuentran resistencia alguna que sea digna de mencionarse. Y aquellas partes de la dominacion romana que constituyen las naciones modernas y que tenian sobradas condiciones para por sí constituir imperios, no tuvieron el vigor necesario para separarse del poder central, que en lugar de defenderlas las entregaba, atadas de piés y manos, á hordas de bárbaros, sin los medios que proporciona la civilizacion, sin historia, pocos en número relativamente, y si bien con bravura personal, incapaces de hacer frente á las legiones de esos mismos países cuando estaban disciplinadas y guiadas por hombres capaces de llevarlas al combate. Fenómeno tan singular apenas ha fijado la atencion de historiadores de grande y merecida fama; y no ha faltado quien, en nuestros dias, lo haya querido explicar afirmando que eran los medios de que se valía la Providencia, en sus altos designios, para que aquellos bárbaros vinieran á poner la fuerza á disposicion y servicio de la buena nueva.

La explicacion nos parece mucho más oscura que el fenómeno mismo. ¿Por dónde han averiguado esos escritores, no excesivamente modestos, cuáles eran los altos designios de esa Providencia que con tal confianza tratan? ¿Cómo explicar, no sólo que los bárbaros se hayan echado sobre naciones más adelantadas, llevándolo todo á sangre y fuego, sino concluyendo por completo con la civilizacion, haciéndola paralizarse por algunos siglos? ¿Cómo, el saqueo, la violacion, la destruccion y la esclavitud, eran los medios de que esa Providencia se valia para conseguir tan altos fines? ¿Y cómo valerse de los más criminales aún, de adormecer ó suprimir aquel valor y aquella energía demostrada por los habitantes de la Península ibérica—concretándonos á nuestro asunto—en dos siglos de porfiada lucha y despues de centenares de combates en todas las partes del mundo conocido? ¿Cómo adormecerlos hasta el punto de hacerles olvidar el más elemental de sus deberes, como era el amparar á las mujeres á quienes amaban, á los padres que les habian dado el sér, á los niños que eran el producto de su amor; defender sus creencias, sus propiedades, y, lo que no es ménos, su amor propio de hombres, su propia libertad contra un puñado de bárbaros que tantas veces habian sido batidos por las legiones romanas? Si la Providencia que ellos invocan en sus altos designios fuera capaz, con su omnipotencia, de ejercer tal dominio con los que han sido vencidos; si fuera tal como ellos la pintan, preciso seria renegar de ella, porque ningun hombre, por malvado que fuera, llevaria su criminalidad hasta tal punto. Eso prueba una vez más lo que tantas veces hemos afirmado sobre lo peligroso de invocar á cada momento los designios de la Providencia para justificar y ocultar nuestra ignorancia. Un célebre pensador, creyente y cristiano, dice, con sobrada razon, que los fenómenos físicos se explican por las leyes físicas y los sociales por las leyes sociológicas; y que los que creen en la Providencia, que son el mayor número, debe bastarles el saber que esa misma Providencia, en su infinita sabiduría, fué la que ha establecido y ordenado esas leyes tan eternas como ella misma, y no cambiarlas por el capricho de los mortales; leyes cuyo conocimiento es el galardon, el premio al trabajo, al estudio y la constancia.

Analizar el número de contradicciones á que conduce esa

manera de explicar los hechos históricos, nos llevaria muy léjos y saldria fuera de nuestro cuadro. Nos contentaremos, así, con las anteriores y la siguiente que vamos á plantear. ¿Cómo se explica que siendo la buena nueva la verdad absoluta comprensiva, por ende, de todas las hasta entonces descubiertas, no era admitida por los hombres que ocupaban un lugar más adelantado en la civilizacion, y habia de venir á ser comprendida, propagada, explicada é impuesta por la fuerza por aquellos hombres desprovistos de todo conocimiento y lleno su espíritu de las preocupaciones más groseras?

Separándonos de estas consideraciones y concretándonos á lo que al imperio Ibérico se refiere, es de todo punto necesario hacer un paralelo entre el mayor grado de prosperidad que habian alcanzado las Españas bajo la dominacion del pueblo rey, y el estado de abatimiento y decadencia á que habia llegado cuando se verificó la invasion de suevos, alanos y godos, enumerando, aunque sea someramente y sin ceñirnos á un órden rigorosamente cronológico, los medios materiales y morales que determinaban aquella prosperidad y que más tarde habian de acarrear aquella decadencia.

Dicho queda que lo conocido entonces con el nombre de España era no sólo la península Ibérica, sino tambien algunos territorios ultra-pirenáicos y además la Tingitania, que comprendia los reinos de Fez y Marruecos, que, como sabemos, habian sido agregados á la Bética en tiempo de Othon, y que si bien fueron separados en el de Constantino, volvieron á ser agregados por Theodorico con el nombre de provincias Baleares, que se componian de las islas que hoy le llevan y de los reinos ya mencionados: esto, por lo que se refiere á la extension de territorio. Las inmigraciones, forzadas unas veces y voluntarias otras, de todas las posesiones que constituian el vasto imperio romano, el desarrollo del comercio y de la industria, el gran número de esclavos, ya del país, ya trasportados por familias romanas poderosas, que explotaban en el Ibérico suelo latifundias tan inmensas que no falta quien asegura que las habia que producian una renta en equivalente á cuatro millones de pesetas, determinaron, como no podia ménos, la existencia de una poblacion más densa de la que España tuvo en épocas posterio-

res. Los recuentos mandados hacer por Augusto y otros emperadores, parecen demostrar que la poblacion de lo que se llamaba España habia alcanzado el número poco ménos que fabuloso de 40 millones de habitantes. Pero este número no puede tomarlo una severa crítica por exacto, porque si bien las poblaciones, que éntonces como ahora, cuando se encuentran agobiadas por grandes impuestos tienen interes en ocultar su riqueza así como el número de habitantes, no puede perderse de vista que los datos que pudiéramos llamar oficiales, eran suministrados por los recaudadores y agentes del fisco ó por los arrendadores ó publicanos, que tenian grande interés en exagerar la riqueza y poblacion para satisfacer sus deseos concupiscentes, y explotar la pública miseria. Luego veremos los medios eficaces que ponian en práctica para ahogar las quejas de los que pudieran protestar contra su avaricia é injusticia.

Pero lo que está fuera de duda, por los descubrimientos modernos, es que existian más de tres mil ciudades que, como sabemos, estaban divididas en colonias, municipios, ciudades latinas, inmunes, aliadas, federadas y tributarias. Ya se ha dicho tambien que las primeras estaban generalmente formadas de veteranos y eran considerados como ciudadanos romanos ausentes de la Ciudad Eterna, gozando de sus mismos derechos y privilegios. Las segundas se gobernaban por sus propias leyes, y sus magistrados procedian de la eleccion popular de un sufragio más ó ménos extenso. A la verdad, sus ciudadanos no gozaban de los mismos derechos que los romanos, pero podian aspirar á todas las leyes del imperio. Los moradores de las terceras se igualaban á los ciudadanos romanos tan pronto como obtenian alguna dignidad. Los más privilegiados eran los habitantes de las ciudades federadas, que quedaban en posesion de sus leyes y costumbres y estaban exentos de todas las cargas que pesaban sobre los demás del imperio.

Demasiado se comprende que el interés del vencedor, el egoismo de los cónsules y pretores, primero, y de los recaudadores y publicanos más tarde, habian de dificultar en extremo la concesion y el goce de tan importantes privilegios; así que en España sólo seis ciudades gozaban de ellos. Los aliados vivian al principio en una completa independencia; pero el despotismo

imperial y las necesidades siempre crecientes de un tesoro devorador, encontraron pretesto para disminuir el número de aquellas ciudades. Las tributarias sostenian todas las cargas del imperio, y basta decir esto para comprender que todo estaba fundado en la desigualdad de indivíduo á indivíduo y de ciudad á ciudad. Las estipendiarias eran pequeñas ciudades, no muy diferentes de nuestros pueblos actuales de las dos Castillas, que estaban agregados á otras más importantes y que se las consideraba como formando parte de ellas. Segun Plinio, solamente en la Bética existian ciento setenta y cinco ciudades, de las cuales nueve eran colonias, ocho municipios, veintinueve latinas, seis libres, tres aliadas y ciento veinte tributarias. La Tarraconense tenia ciento setenta y nueve, en la siguiente forma: doce colonias, trece municipios, diez y ocho latinas, una aliada y ciento treinta y cinco tributarias. La Lusitania cuarenta y cinco: cinco colonias, un municipio, tres latinas y treinta y seis tributarias. No se tienen datos bastantes seguros del número de ciudades que existian en las Baleares, comprendiendo en esta denominacion la Tingitania.

Aunque parte de estos datos quedan apuntados en lo dicho anteriormente, hemos creido oportuno hacer este breve resúmen por la luz que pueda darnos al objeto que nos proponemos, ó sea para encontrar las causas, si no todas, al ménos las más principales, que habian de producir el contraste de bajar rápidamente España del alto grado de prosperidad que alcanzó á una decadencia á primera vista inconcebible.

Despréndense de estas someras indicaciones dos consecuencias: primera, en todo lo que pudieramos llamar dominios de España, el número de ciudades privilegiadas es muy corto en comparacion del de tributarias. De suerte, que podia haber mucho de engañoso en la prosperidad aparente de la Península, si se tomaba por punto de partida lo que sucedia ó se verificaba en aquellas ciudades que podian alcanzar cierto grado de bienestar relativo, mientras que la inmensa mayoría estaban agobiadas y empobrecidas por las exacciones é impuestos, que si eran para ellas una acumulacion de trabajo perdido, no parecian nunca á los amos del imperio suficientes para sostener el desenfrenado lujo y los vicios sin cuenta de la Ciudad Eterna. La segunda, pone

asímismo de manifiesto la mayor resistencia que habia presentado la Lusitania á la conquista. En efecto; en ella abunda más relativamente el número de colonias, y escasean las ciudades que gozaban de algun privilegio. A medida que los españoles adquirieron los derechos latinos primero y despues los romanos, fueron todas las ciudades gobernándose por sus leyes municipales; y claro está que el escaso afecto que les unia á Roma, y lo que pudiéramos llamar el patriotismo ó el interés general, tuvo que ir cediendo su puesto á un patriotismo más estrecho sí, pero más vivo, por lo mismo que estaba más concentrado: el de los intereses locales, que, entonces como ahora, son los que más directa y enérgicamente afectan al indivíduo. Por una feliz casualidad, el egoismo de los amos del imperio coincidia con el interés de las localidades en este sentido: el despotismo romano, como el de todos los tiempos, se cuidaba muy poco de las libertades locales, mientras que no afectáran á su deseo de mando, y más principalmente á la sed de riquezas que siempre le ha devorado; porque sabido es que, sobre otras desventajas, los Gobiernos son tanto más ostentosos cuanto más se aproximan al absolutismo de uno solo ó de varios: de ahí su necesidad de emplear diariamente grandes sumas en gastos no repróductivos. Del mismo modo, las repúblicas ó gobiernos libres se han distinguido en todos los tiempos, hablando en términos generales, por su mayor parsimonia en todos los gastos que son de lujo y de boato, y han atendido y atienden con preferencia á todos aquellos que son reproductivos, ya aumentando los servicios que proporcionan mayor bienestar á los pueblos, ya cuidándose con solicitud de la educacion ó desarrollo moral é intelectual del indivíduo, que es, en último término, la base fundamental de la riqueza y poderío de un pueblo. De aquí que jamás, en ningun país ni en ninguna época de la historia, á igualdad de circunstancias, ha podido compararse el patriotismo y el interés por la causa pública de los ciudadanos que habitan países gobernados monárquica ó republicanamente.

Todos nuestros lectores conocen las diferencias indicadas entre las repúblicas griega y romana y los gobiernos absolutistas de los mismos países. Lo mismo diríamos de las repúblicas italianas de la Edad Media, y la neerlandesa cuando las provincias

unidas se separaron de España. Y en los tiempos en que esto escribimos, á la vista están la prosperidad y riqueza y el interés por la pública instruccion de países regidos democráticamente bajo formas de gobierno tan distintas como la república federal y unitaria.

Como á Roma lo que le importaba sobre todo era que las ciudades de la Península ibérica, lo mismo que las de otros países, satisfacieran los impuestos que tanto anhelaba, no se paraba en averiguar si se gobernaban ó no por sus leyes municipales, si vivian aisladas ó se federaban con otras, dando lugar con este afortunado descuido á que, á la sombra del imperio, se formáran várias repúblicas, unitarias las unas y federales las otras. Es decir, que la república romana, cuando por sus horribles desigualdades, por la base deletérea y nunca bastante reprobada de la esclavitud, por los vicios inherentes á toda sociedad puramente militar y conquistadora, por la acumulacion de riquezas no producidas por el trabajo en un corto número de indivíduos, por el desprecio á toda industria, por la afeminacion que llevan consigo los vicios, por la falta de patriotismo é indiferencia que generalmente acompañan á la vida de crápula y de disipacion; cuando por su falta de patriotismo y de virtudes, en una palabra, la república era impotente para gobernar tantos y tan distintos pueblos, se monarquizó. Forzosamente: cuando las necesidades de los déspotas que regian los destinos del mundo entonces conocido ó los deseos de hombres de la altura de Trajano, Probo y otros quisieron dar vida á aquel cadáver, tuvieron que republicanizar la monarquía. Y esto que pasaba entonces, por distintas causas, se repite hoy mismo. En efecto: la fé sobre sobre que descansaban ciertas instituciones, no sólo ha concluido para todos los pensadores de primer órden, sino que los pueblos, ya sea por su contacto con las clases más ilustradas, ya por lecturas y predicaciones políticas, ya porque estamos en un período de transaccion, ó mejor dicho de evolucion, que tendrá por resultado final una modificacion completa de las creencias religiosas, de la filosofía, de la manera de ser de la propiedad, de la industria, etc., han perdido tambien en gran parte aquella misma fé: aspiran, como es justo, á mejorar su suerte y á tomar una parte más activa en la gobernacion del Estado,

combatiendo sin tregua ni descanso todo resto de feudalismos, de castas ó clases privilegiadas; dando por resultado en los tiempos que alzanzamos lo que un ilustre pensador llamaba característica de las sociedades modernas: la democracia. Pero como todo período histórico participa en gran manera del que le ha precedido, contra esta tendencia irresistible luchan los intereses creados, los hábitos adquiridos, el temor á lo desconocido, y sobre todo, la ley natural de la herencia que hace que las generaciones presentes traigan al venir al mundo no sólo la manera de ser fisiológica que les ha legado las anteriores, sino tambien su modo de pensar y de sentir.

De esta lucha de tan encontradas tendencias, resultan los períodos de transicion, y, como consecuencia, las transacciones políticas y sociales. Así vemos en naciones de gran importancia entusiastas republicanos gobernar á nombre de monarcas constitucionales, y en otras, no ménos importantes, monárquicos de toda la vida prestar su eficaz apoyo á la formacion de repúblicas. Fácil seria probar, lo mismo á los que entienden que no debe transigirse con los intereses familiares legados por tiempos que han pasado, como á los que creen que las públicas libertades no pueden estar aseguradas mientras que el poder gubernamental no proceda de la eleccion popular ni obtenga la responsabilidad de sus actos, como la moral y la razon de consuno indican, que, aparte de intereses particulares y flaquezas personales, aquellos que opinan que lo primero es la libertad y que las formas ó maneras de la gobernacion del Estado son puramente circunstanciales, coadyuvan de igual manera al mismo resultado final, ó sea á la forma de Gobierno que la razon y la humana dignidad imponen. Tal vez olvidan unos y otros, y áun más los que acerbamente le critican, que esa clase de transacciones son impuestas por la lógica de los hechos, y que no sólo se verifican en las cuestiones políticas y sociales, sino en todas las manifestaciones de la inteligencia y del sentimiento humano. Así se vé diariamente en todas las naciones más adelantadas que, obedeciendo tal vez, sin saberlo, á los principios de que es imposible la resistencia de lo antiguo contra las tendencias avasalladoras del siglo, y de que las evoluciones sociales, como las cosmológicas, la ley de continuidad se verifica sin in-

terrupcion, las monarquías se republicanizan y las repúblicas se fundan monarquizando sus principios y tendencias. Es indiscutible que, así en nuestro país como en los demás de Europa, los partidos democráticos, más ó ménos intransigentes, son el grande y poderoso estímulo para que los monárquicos admitan y hagan suyos principios que, de otra manera, jamás hubieran aceptado; y á su vez, una parte, no pequeña, de los hombres más eminentes que forman en los partidos con mediana propiedad llamados extremos, modifican sus creencias y aplazan sus ideales, sujetándose á la inflexible ley de la necesidad, y comprendiendo que la oportunidad es la diosa que, en definitiva, determina los procedimientos adecuados á cada momento histórico.

Volviendo al asunto principal que nos ocupa relativo á la manera de gobernarse los municipios españoles, la arqueología, los descubrimientos modernos de bronces y piedras, hechos en varios puntos de la Península, especialmente en Tarragona y Málaga, y los estudios relativos al asunto de los Sres. Rodriguez Berlanga y Oseone, tan notables, por más de un concepto, vienen en nuestro auxilio. No há mucho, se han descubierto los decretos que arreglaban todas las particularidades relativas á la votacion de magistrados, á fin de conseguir que la voluntad del cuerpo electoral no fuere sofisticada: prevenciones y reglas que no estarian fuera del caso en los tiempos que alcanzamos. Si el interés del legislador era tan grande para que el sistema electoral de los municipios fuese una verdad, esto demuestra lo que antes hemos afirmado: sin quererlo ni saberlo, y más que todo, por descuido, el sistema despótico del imperio se republicanizaba en las localidades. Sabido es, además, la importancia que ha tenido para la historia ulterior de España el que aquí se aclimatára con tal fuerza el sistema municipal, que más de una vez fué baluarte con que tuvo que luchar el absolutismo de los reyes.

Las escavaciones y descubrimientos modernos, hechos á propósito unos y debidos á la casualidad otros, atestiguan de una manera incontrovertible la abundancia de centros de poblacion de la época romana á la par que su importancia, y dejan fuera de duda que la Península ibérica es uno de los países de Europa donde se encuentran más monumentos históricos de la época

que venimos tratando. Si todo lo dicho anteriormente atestigua una gran densidad relativa de poblacion, hay otros signos de no menor importancia que indican su prosperidad y grande riqueza, como son la gran exportacion que se hacia de sus productos y las industrias que florecian á altura respetable, habida cuenta al tiempo y circunstancias. Ya se han indicado algunas de las exportaciones más importantes, como eran las lanas, trígos y cebadas del país de los celtíberos; los linos y carnes de Galicia y de otros puntos, pues nadie ignora hoy que los lienzos más delicados del imperio, los que sólo empleaban la gente rica eran los de Játiva. Se explotaba en grande escala la cochinilla, la coscoja, los vinos de la Bética, los aceites de las provincias Sud-orientales, la púrpura y tintorería de Ibiza, los higos secos y demás frutas de Baleares, y otros productos que seria largo enumerar. A esto añádase la riqueza en minas explotadas en todas las provincias de la Península. En lo que pudiéramos llamar la parte técnica de la explotacion, como todo lo que estaba ligado con la ciencia, los romanos apenas han puesto nada de su parte. Así, mientras unas eran explotadas con sujecion á los conocimientos que al pueblo-rey habian legado sus antecesores griegos, fenicios y cartagineses, por cuenta del Estado, otras eran arrendadas á los publicanos que lo sacrificaban todo á sacar el mayor producto en el menor tiempo y con los menores gastos posibles, sin cuidarse para nada de que sus procedimientos pudieran ó no perjudicar ulteriores explotaciones; y las restantes explotadas únicamente por los pueblos en cuyo término radicaban con la obligacion de entregar al Estado el plomo que de ellas extrajeran, dándoles éste, en cambio, como compensacion de su trabajo, terrenos para cultivar sin retribucion ni cánon alguno.

Llegó á alcanzar tal importancia el ramo de minería en la Península, que los amos del imperio ó los que con este ó aquel nombre asumían todos los atributos de la soberanía, se ocuparon repetidas veces en reglamentar lo que á la propiedad y explotacion de las minas se refiere. No há mucho tiempo que se han encontrado en escavaciones hechas lo que entonces podria llamarse ley de minería. En ella, como en otros muchos documentos, se demuestra bien que el pueblo romano llegó á una altura, en

lo que al derecho escrito hace relacion, muy superior á la que alcanzára en todos aquellos ramos de la industria que tienen contacto más íntimo con las ciencias positivas. Hasta tal punto es esto cierto, que muchos de los artículos de la ley á que nos referimos pudieran muy bien tener hoy, y tienen, aplicacion por ser idénticos á los de las leyes de minería más modernas. Escusado parece manifestar que esta importante industria, lo mismo que todas las otras, y aun más que ellas, era ejercida sólo por esclavos pertenecientes á los diferentes países del imperio ó comprados en las provincias fronterizas y por hombres de la última clase social, que, enviados allí como castigo impuesto por los magistrados, quedaban, por sentencia de éstos, reducidos al estado de esclavitud.

La abundancia de minerales de diferentes especies, y la distinta manera de gobernarse las ciudades, llevaba consigo, como consecuencia natural, los efectos de que no escaseasen en la Península hábiles operarios en todas aquellas industrias ligadas directamente con la metalurgia. Y aunque, á decir verdad, jamás llegaron á alcanzar en este ramo la altura y la habilidad de los griegos, no puede negarse que eran de los más notables que habia en el imperio, y de ello hemos visto una prueba en los que acudieron á prestar sus servicios á Constantinopla cuando Constantino determinó fundar esta capital del Oriente. Por otra parte, la habilidad y buen gusto que se notaba en las monedas españolas anteriores á la conquista romana, y la abundancia de las primeras materias, determinaron, como no podia ménos, en España un gran movimiento de acuñacion.

Pero las necesidades del fisco produjo, como hubiera sido fácil preveer, el que todas las ciudades que tenian tal derecho fueran sucesivamente perdiéndolo, hasta que vino á ser privilegio exclusivo del emperador. En su casi totalidad, la moneda acuñada por el Estado era de cobre; pero varias familias disfrutaban el privilegio de acuñar las de plata. Fácilmente se deduce de todo lo dicho que España hubiese llegado á tener gran número de artistas hábiles en esta clase de trabajo; pero, cosa al parecer extraña, ninguna de las monedas acuñadas en tiempo de la dominacion romana llegó á alcanzar el mérito y delicadeza artística de las numantinas y otros pueblos de los antiguos

habitantes iberos. Si las industrias referidas alcanzaron el grado de esplendor que queda indicado no eran por eso las únicas, llegando á tener merecida fama los marmolistas, cinceladores, forjadores, tintoreros, etc. Pero al lado de este fundamento de riqueza en las naciones, al lado de estos motivos de engrandecimiento y poderío de la España romana, iba el veneno que habia de concluir con todo género de vida: casi todas las industrias eran ejercidas por esclavos, consecuencia forzosa, no sólo de aquel estado de civilizacion, sino propio de todos los tiempos del estado de militarismo típico y crónico. Sin embargo, la influencia industrial empezaba á hacerse sentir y luchaba por aminorar los efectos del exagerado militarismo. Así que descubrimientos muy modernos dejan fuera de duda que existian asociaciones de hombres libres dedicados á la explotacion de algunos ramos especiales de industria, alcanzando importancia no pequeña, puesto que á su frente se encontraban personas ilustradas é influyentes que, no sólo no desdeñaban ponerse á la cabeza de los gremios, sino que han tenido buen cuidado de trasmitir á la posteridad, en medallones trabajados con el esmero que su tiempo permitia, su busto y nombre. Vino á ayudar este movimiento la actividad nunca desmentida y las aptitudes especiales de la familia hebráica, que no tardó mucho tiempo en apoderarse de no pequeña parte de la industria y del tráfico, empezando dicha raza por indicar la influencia que más tarde habia de tener en nuestra historia, y cuyas condiciones excepcionales requieren un capítulo aparte que hemos de dejar para el lugar oportuno.

Si todo lo que facilita la comunicacion de los pueblos es un elemento poderoso de civilizacion, no es ménos cierto que no hay riqueza posible para un país si no hay industria y ésta no puede desarrollarse cuando no tiene salida para sus productos, ó lo que es lo mismo, cuando carece de los medios que le facilita la exportacion. Seguramente no escaseaba estos medios la España romana en tiempo de su apogeo. Como ya se ha indicado, estaba la Península ibérica ligada á la Ciudad Eterna por dos grandes vías; una, partiendo de la Puerta Aurelia, seguia por Toscana, Génova, Alpes marítimos, Arlés, Narbona, Cartagena, Málaga y Cádiz. La otra partía de Milan, atravesaba los Alpes Cotianos, la Galia Narbolensa, Gerona, Barcelona, Tarragona, Léri-

do, Zarágoza, Calahorra, Leon, descendiendo de aquí á Galicia, atravesando el puerto Manzanal por el sitio que aún se conoce hoy con el nombre de Vía Romana, y despues de cruzar toda Galicia y Lusitania, iba á concluir en Mérida. Estas dos eran las que podíamos llamar arterias principales, puesto que ponian á España en comunicacion con todas las demás partes del imperio. Añádanse á estas grandes vías un gran número de calzadas, de las cuales nueve tenian su punto de encuentro en la ciudad de Mérida, siete en Astorga, cuatro en Lisboa, igual número en Braga, tres en Sevilla, cuatro en Córdoba, y auméntense, además, muchos caminos de menor importancia que tenian por objeto unir unos pueblos con otros. Los nombres con que se las calificaba indicaban bien el objeto para que habian sido construidas: así, se llamaban pretorianas, consulares, vecinales, etc. En todas ellas, desde la de mayor importancia hasta la más insignificante, estaban señaladas con gran exactitud las distancias que habia á los pueblos por ellas enlazados, valiéndose para esto de las columnas milliares. Segun los datos trasmitidos por los escritores del tiempo y recogidos por los descubrimientos modernos, puede calcularse que la longitud de todas estas vías de comunicacion, no bajaba en la Península ibérica, ó mejor dicho, en la España romana, con la union de ésta á la Ciudad Eterna, de unas 3.000 leguas de longitud. A tales elementos de riqueza y prosperidad material hay que añadir los que, con más ó ménos propiedad, son conocidos con los nombres de trabajos espirituales ó intelectuales. Y decimos con más ó ménos propiedad, porque los trabajos de la industria son producto, entre otros, de dos factores principales: la inteligencia que dirige y la habilidad de las manos que ejecutan. Si el espacio de que disponemos y el plan que nos hemos propuesto permitieran entrar en un análisis más profundo y detenido, costaria poco trabajo dar una demostracion rigorosa de lo que, por otra parte, el simple sentido comun indica. La espontaneidad de la industria, las propiedades, ya físicas, ya geométricas que empíricamente ha descubierto, han servido de base para encontrar la coordinacion y la teoría de las leyes físicas y matemáticas de las ciencias con este nombre conocidas. Cualesquiera que sean las aplicaciones que sobre el particular podrian hacerse, nuestro objeto es por

el momento referirnos á esa clase de trabajos intelectuales que, bajo forma científica ó literaria, no tienen una aplicacion inmediata, directa, aunque sí mediata, á los diferentes ramos de la industria.

Dicho queda que el estudio de la literatura hispano-latina llegó á imponer su gusto en Roma durante más de un siglo. Abundaron, en efecto, en este país, oradores, poetas, filósofos, y los historiadores del tiempo hacen justicia á aquellos literatos y poetas cordobeses que, si en puridad de verdad, no puede colocárseles en la misma línea de Tito Livio, Dacio y Virgilio, no por eso estaba en lo justo Ciceron al sostener que habian corrompido el gusto latino. Si tal afirmacion puede justificarse en boca de un romano, consistia en que éste perdia de vista, ó mejor expresado, no se daba cuenta ni comprendia lo que hoy es una de tantas verdades adquiridas y que pudiéramos llamar ya vulgares, consistente en que los idiomas, como las religiones, las teorías de derecho y administrativas, las industrias, y, en una palabra, todas las manifestaciones humanas, sufren la modificación del medio en que se desarrollan; ó lo que es lo mismo, sufren modificaciones al pasar de un punto á otro, cuyas condiciones sociales, climatológicas, geográficas y de raza son diferentes. No podia ser de otra manera: si las razas y los hombres cambian al pasar de un punto á otro y se modifican ó perecen al cambiar de medios, ¿cómo no ha de modificarse todo lo que es manifestacion fisiológica del hombre? Hoy mismo, ¿no tenemos á la vista vários ejemplos que comprueban y confirman lo que acabamos de decir? El yankée es un inglés y puede decirse, sin grave error, de pura raza; y sin embargo, la anatomía, la fisiología, y, lo que es más, el simple golpe de vista hacen de él un hombre diferente del inglés, que de dia en dia se separa más de su tipo primitivo. Los dos hombres, el de Lóndres y el de New-York, hablan el mismo idioma; y sin embargo, todo el que conoce la lengua inglesa nota bien las diferencias que van marcándose entre la que se habla en Europa y en América. Sesenta y tres millones de hombres hablan las ricas lenguas de Cervantes y Camoens; y sin embargo, fácilmente conocemos, á las pocas palabras, si estas salen de boca de un americano ó de un español, y no se nota ménos la diferencia en las

condiciones físicas é intelectuales de los españoles de aquende y allende los mares. Este hecho no deben perderlo de vista los que sueñan con completas asimilaciones. Uno es el dogma católico á que obedecen muchos millones de hombres en las diferentes partes de la superficie del globo que habitamos, y la observacion más ligera basta para notar las importantes diferencias que existen entre el catolicismo español y el griego, no siendo difícil encontrarlas entre los que parecen más idénticos, como aquél y el francés, el irlandés y otros. Pero hay más aun: ni siquiera son idénticos los de provincias de una misma nacion.

Sin estendernos más en este asunto ni citar otros ejemplos, entendemos que basta lo dicho para dejar plenamente probado que, al adoptarse en España la lengua latina, ésta debió sufrir las alteraciones y modificaciones que eran la consecuencia necesaria de ser empleada por hombres de razas distintas de las que formaban el antiguo Latio, que habitaban otro clima, que tenian diversas tradiciones, que estaban dominados por muy diferentes sentimientos, y, en una palabra, con condiciones fisiológicas nada idénticas. Así lo comprendió un célebre erudito francés que se expresaba en los siguientes términos: "se podrá disputar sobre las dos literaturas, se podrá preferir la una á la otra: nada más natural; pero nadie podrá negar que sea un glorioso catálogo de filósofos y de oradores, aquel en que figuran los Sénecas, Lucanos, Marcial, Quintiliano, Columela, Pomponio Mela, Lilio Itálico, Floro, etc.: esto sin hablar más que de los maestros de la literatura hispano-latina, ó sea de los más ilustres." No hacemos aquí mencion de Trajano, Marco Aurelio y Adriano, porque anteriormente se ha dicho el concepto que merecian estos emperadores españoles como oradores y filósofos. Pero no podemos menos, antes de seguir adelante, de hacer la siguiente observacion, por la influencia que ha tenido en nuestra historia y en nuestro manera de sér, el hecho hasta ahora constante, cuya primera manifestacion es el asunto que estamos tratando: á pesar de rayar tan alto lo que propiamente se conoce con el nombre de literatura, ese producto de la inteligencia, en que tan gran parte cabe á la imaginacion y al sentimiento, y que tan risueño porvenir anunciaba á los habitantes de esta península, por las dotes especiales de que estaban adornados los hombres

que se dedicaban á las letras, no deja por eso de notarse una parte de deficiencia. Por el pequeño resúmen que acabamos de hacer, se vé claramente la abundancia de hombres de génio, como literatos, poetas y oradores; pero dista mucho de corresponder á este número el de los de ciencia, y puede decirse que sólo merecen este nombre, entre todos los citados, Columela, y áun Pomponio Mela, aunque en categoría muy inferior al primero. Si á alguno de los emperadores no puede negársele, sin grave error, los grandes conocimientos que poseia en todos los ramos del saber humano conocidos entonces, es igualmente cierto que si merecia el nombre de un gran erudito, no le correspondia el de un sábio.

A juzgar por la breve reseña que acabamos de hacer, podria inferirse que un país de la extension que tenia la España romana, con tales medios de riqueza materiales, con el grado de cultura que revela lo que hemos dicho sobre sus escritores y literatos, con el tráfico que sostenia con otras partes del imperio y el poderoso auxiliar de las vías y comunicaciones tan importantes para el comercio como para el cambio de ideas; podria inferirse, repetimos, que habia llevado á cabo su evolucion, que tenia vida propia, que se hallaba en estado de defenderse de las agresiones exteriores, y aun de proclamar su independencia, separándose de aquel carcomido imperio que no tenia la fuerza necesaria para defenderle; pues si bien la parte de ciencia se encontraba deficiente, como hemos dicho, no estaban más adelantadas las otras partes del imperio, y sí participaban de los vicios y defectos propios de la civilizacion romana. Pero el estado de aparente riqueza, el de su literatura profana y religiosa, inducirian á creer á cualquier pensador que era la primera explosion ó el primer paso de una civilizacion que poco á poco iria desarrollándose en grande escala. Sin embargo de estas apariencias, es lo cierto que cuando llegaron los momentos de marcada decadencia en el imperio, ó mejor dicho, los preliminares de su desaparicion, España se encontraba pobre, enflaquecida, sin condiciones para demostrar que debia aspirar á la vida propia y no á la de colonias; y lo que es peor que todo, esta tierra que tantos héroes habia dado á la independencia, no tuvo la energía necesaria para oponerse á las invasiones de suevos, ván-

dalos, alanos y godos, que sucesivamente la han invadido y que en otro caso hubieran sido impotentes para conquistar una de sus provincias, como lo demuestra plenamente el que en aquellos sitios donde se conservaba la antigua raza española, como sucedia con las provincias cantábricas, los bárbaros carecieron de fuerza para dominarles. Pero hay más aun: en aquellas que últimamente habian sido romanizadas, como las astur-galáicas y lusitanas, en las cuales quedaba aun la tradicion de la independencia y restos no despreciables de los antiguos habitantes, los bárbaros domináron las ciudades y llanos, pero jamás pudieron vencer por completo aquellos valientes que se retiraron á las montañas y que fueron como los guardadores del fuego sacro del patriotismo. Es lo cierto que, cuando los hombres del Norte y de Asia llevaron á cabo sus primeras correrías por la Península ibérica, se conservaban los monumentos que atestiguaban la antigua riqueza; pero faltaba lo principal de todo, que era una poblacion trabajadora, libre é independiente.

Habia acueductos, como el de Segovia, que trasportaba de grandes distancias el agua para llevarla á un pueblo que no tenia habitantes; arcos monumentales, como el de Mérida, para adornar una poblacion desierta; caminos y vías de comunicacion cubiertas de yerba, porque ni el tráfico ni los pasajeros hacian uso de ellos; campos que en otro tiempo habian sido fértiles, despues incultos, y que sólo producian arbustos y malezas; grandes rebaños de carneros que constituyeron un dia una de las riquezas principales de la Península y que despues, por falta de cuidado y de esquileo, la raza habia degenerado, comida por la miseria y los parásitos que se propalaban en su envejecido é inútil vellon; grandes latifundias, es verdad; pero no un pueblo de propietarios, sino agrupaciones de esclavos que miraban con cariño y entusiasmo el cambio de amo, creyendo que los recien venidos no les tratarian con la crueldad que los antiguos. Existian tambien, es cierto, en varios puntos magistrados procedentes de la eleccion popular ó nombrados por agentes de los emperadores, pero cuyos privilegios les salian tan caros que renunciaban voluntariamente á desempeñar tal cargo, y huian abandonando las poblaciones, y con frecuencia los bienes que poseian, para librarse de la tiranía y las exacciones de los que estaban encar-

gados de esquilmarles á nombre del fisco del Estado. Decadencia tan rápida y de tal monta obedecia á causas complejas y á vicios radicales de la manera de sér de aquella civilizacion. El exámen de todas las causas y motivos, indispensable para el objeto que nos hemos propuesto, es lo que haremos más adelante.

XIX

Quedaria incompleto el sucinto cuadro trazado del lugar distinguido que ocupaban las letras españolas, con relacion á las de otros pueblos que componian el Imperio, si no hiciéramos una breve mencion de lo que, con más ó ménos propiedad, se ha llamado literatura sagrada.

Siempre que en un país hay una idea dominante que excita el sentimiento y produce el entusiasmo de sus adeptos, tiene su manifestacion en la literatura; y si á esto se añade el calor de la polémica, no sólo con los adversarios de la idea, sino con los disidentes que, partiendo de un punto principal, se separan de los accesorios, produce un número de escritores que, si no siempre ni áun las más veces, llegan á hacer un estudio concienzudo y positivo de las diferencias que los separan, en cambio dan á luz grandes rasgos de imaginacion, bellas imágenes y, en suma, un estilo más brillante que analítico.

Natural era, por lo tanto, que el fervor entusiasta que inspiraba á sus adeptos la nueva creencia, y muy principalmente las disputas entre los partidarios de las diferentes sectas en que se hallaban divididos los cristianos, produjeran escritores, oradores y poetas religiosos, que si no estuvieron á la altura de otros Padres de la Iglesia, como Agustin, Jerónimo y Cipriano, ocupaban, sin embargo, un lugar distinguido. Tal era, entre otros, Osio, obispo de Córdoba que, debido á su saber y á la gran fama que gozaba, fué llamado á presidir el Concilio de Nicea. No es del caso, ni corresponde á estos estudios, hacer lista ó resúmen de todos los que aquí dieron justo renombre; así solo nos contentaremos con citar á San Jerónimo de Illiberis y Juvenco, y á la altura de estos, por lo que hace relacion á su

saber y su génic, pero más aún por ser fundador de secta puramente española, el célebre Plisciliano. Por confesion de sus encarnizados enemigos, era el notable herisiarka español, uno de los sacerdotes más distinguidos de su tiempo por su vasta instruccion, su elocuencia y severidad de costumbres. Segun afirman los escritores de su época, se debió al influjo de una señora llamada Agape, que al mismo tiempo que él pagó con su vida el delito de no pensar en todo como los ortodoxos, el haberse separado de éstos y hacerse jefe de secta. Todas las condiciones externas hacian de él un hombre á propósito para ser popular. El conocimiento profundo de las doctrinas de Gnósticos y Maniqueos, unido al prestigio de la riqueza, del saber, de la elocuencia y de una conducta irreprochable, hacian de él un hombre temible á sus adversarios. Sostenia Plisciliano que el alma humana era una emanacion consustancial de la Divinidad; que Jesucristo tomó la forma humana, pero sin hacerse hombre, no habiendo padecido, por consiguiente, tormento alguno, más que en apariencia, y que las tres personas de la Trinidad no eran otra cosa más que tres aspectos distintos del mismo sér. Sostenia tambien que el matrimonio era un estado imperfecto, y que los sacerdotes dedicados al apostolado no debian ser casados; pero, al mismo tiempo afirmaba que la mujer tiene autoridad para predicarle y ejercerle; todo lo que unido á las otras condiciones personales de que se ha hablado, le daba gran prestigio entre el sexo femenino. Y como veremos más adelante que el cristianismo, al ménos en una de las disidencias que más han dominado y domina en Europa, ha debido lo mismo en sus comienzos como más adelante la mayor parte de su prestigio y dominacion al influjo de la mujer, de aquí el que miraran á Plisciliano sus adversarios como un hombre muy peligroso. Sostenia, además, que el demonio no habia sido creado, que habia salido del cáos y de las tinieblas, minando así por su base una de las creencias de aquella escuela.

Los obispos de Mérida y Córdoba lo denunciaron, y sus doctrinas fueron anatematizadas en el Concilio de Zaragoza, por la sencillísima razon de ser todo él compuesto de ortodoxos adversarios. Plisciliano con los obispos que le seguian fueron citados, pero no concurrieron al Concilio, y sus partidarios, al con-

sagrarle obispo de Avila, bien dieron á conocer en qué poco estimaban el anatema. Habiendo emprendido su viaje á Roma, negóse el Papa ú obispo de esta ciudad á darle audiencia; pero bien pronto acudió á Graciano en queja de que sus partidarios eran arrojados de las iglesias, y sus reclamaciones fueron atendidas. Por esta vez sus perseguidores no lograron su objeto; pero muerto Graciano acudieron á Máximo, y en el Concilio de Burdeos, á donde concurrió Plisciliano, fueron tratadas sus doctrinas con el mismo rigor que lo habian sido en Zaragoza, sin más diferencia sino que ahora la persecucion se extendió de las doctrinas al autor: fué conducido preso á Treves con otras seis personas que lo acompañaban, á peticion de obispos españoles. Cuando los prisioneros llegaron al punto indicado, por órden de Máximo fueron puestos en el tormento y despues ejecutados. Ya se ha dicho que aquel tiranuelo tuvo la triste gloria de ser el primer fervoroso cristiano que, por cuestion de creencias, hizo correr la sangre humana, y la no ménos execrable de ser el iniciador del famoso tribunal que tanto ha perjudicado al progreso y á la civilizacion, y que tales males ha traido á España. ¡Que por tales ilusiones y delirios los hombres se hayan perseguido durante tantos siglos! ¡Que no saciados con la sangre de sus adversarios, hayan discurrido todos los medios que puede proporcionar una imaginacion exaltada para agotar el refinamiento del dolor y del tormento! ¡Que no se hayan contentado con sumir poblaciones ignorantes en soñados padecimientos físicos de ultra-tumba, aplicados precisamente á un sér que de existir nada tendria de físico, sino que hayan destrozado los cuerpos de las víctimas por haber tenido la franqueza de manifestar lo que su conciencia, su inteligencia ó su sentimiento, es decir, todo lo que hay más independiente de la voluntad, les dictare! ¡Que hayan llevado su saña más allá de la tumba y no hayan respetado sus cadáveres! ¡Que haya habido tiranos que por una mira interesada, la mayoría de las veces, y por alucinacion las otras, se hayan hecho los instrumentos de tales fanáticos, poniendo á su servicio la fuerza pública de que, por una ú otra razon, eran depositarios! Cosas son que honran bien poco á este sér que se llama hombre, y que, segun nos afirman, ha sido hecho á semejanza de la perfeccion suma. Y sin embargo, la conclusion que

pudiera sacarse relativa á la maldad del hombre, no es afortunadamente exacta, puesto que ese mismo sér se corrige y perfecciona de dia en dia, su inteligencia vence las preocupaciones en que anteriormente ha estado sumido, sus sentimientos se subliman, y siglo tras siglo y año tras año va desechando con indignacion, y como avergonzado, todos los actos de crueldad de que está sembrada la historia. De todo lo cual se deduce con irresistible lógica que, en términos generales, y prescindiendo de retrocesos y perturbaciones parciales, el hombre, al salir de las manos del Creador ó al hacer la evolucion separándose de sus antiguos progenitores para constituir el primer animal de la série, no era mejor que el de hoy dia, ni siquiera igual. La distancia que los separa es tan grande, como la que hay del antropófago al hombre de la presente centuria, que dedica sus cuidados, una parte de su inteligencia y de sus intereses á la proteccion y al alivio no sólo de los séres desgraciados que á su especie pertenecen, sino de los animales que há tiempo hizo sus esclavos, y que tal ayuda le han prestado, y le prestan, para el progreso moral y material.

Aunque muy á la ligera, se ha hecho un resúmen de todas las manifestaciones que indican progreso y adelanto de la Península ibérica bajo la dominacion romana; datos y antecedentes de los cuales podria inferirse la prosperidad y grandeza que debia alcanzar la pirenáica Península. Lo que sigue es una tarea, si poco agradable al patriotismo español, no ménos necesaria para discurrir con algun acierto sobre los inconcebibles contrastes de las grandezas y decadencias del Imperio romano. Varias son y de distinta índole las causas que, unidas como la sombra al cuerpo, considerando la manera de ser de aquella sociedad, habian de conducirla desde la cima del esplendor relativo á una decadencia tan profunda, que es seguro que los pensadores del tiempo no creerian pudiera llegar á otra solucion que no fuese la desaparicion completa y definitiva.

Si el comercio, la industria y la agricultura producian una acumulacion de trabajo ó capital que tan poderoso instrumento habia de ser para ulteriores prosperidades, la parte de este trabajo que se consumia en pura pérdida para sostener las exigencias de los amos del imperio, para exagerar de dia en dia los

medios de ostentacion y despilfarro que tanto deslumbran á los pueblos, sin pensar que sólo el sudor de su frente produce aquello mismo que los deslumbra, para reiterar los vicios y la crápula que van unidos á los medios ostentosos de que ciertas instituciones se creian, y aun se creen, ser para ellas de extrema necesidad; llevaba consigo una tributacion exagerada y ruinosa que paralizaba la industria y el comercio de toda clase, y que, léjos de estimular el interés individual, excitar la actividad, orígen de todo progreso y de toda riqueza, engendraba, por el contrario, el desfallecimiento y la apatía de los que veian constantemente cuán ilusorio era aprovecharse del producto de sus esfuerzos.

Uno de los problemas más grandes para toda sociedad organizada, así en lo antiguo como en lo moderno, es el que se refiere á la cuestion financiera, esto es, á la gestion de la Hacienda pública, ó sea la manera de contribuir los ciudadanos para la cooperacion general. Conocida es de todos aquella frase: "Dadme buen sistema político y os daré buena Hacienda." Pero, con no ménos razon, pudiera invertirse y decir: "Dadme buena Hacienda y os daré buen sistema político." Una y otra frase no expresan más que una parte de la verdad, y es lo cierto que están de tal suerte enlazadas entre sí, que no puede tenerse la una sin el otro; es decir, que con una Hacienda agobiada y una Administracion irregular, es absolutamente imposible crear una política sana y progresiva. Inversamente: con sistemas políticos determinados es imposible la economía y la buena gestion de los intereses públicos. Pero vamos más léjos aún, y no tememos afirmar, sin miedo á ser desmentidos, que la manera de tributar un país, así por lo que hace á la cuota que el Estado exige para los gastos generales de la sociedad como á la manera de recaudarla, no sólo se roza, sino que está íntimamente ligada con todas las cuestiones de órden político, administrativo, militar, de industria, de trabajo, etc., tanto en lo referente á los intereses generales como á los particulares ó que afectan más directamente al indivíduo. Ya se mire la contribucion como una prima de seguros, ya como un servicio que el indivíduo presta á la sociedad en cambio de los que de ésta recibe, ya, tambien, bajo el punto de vista del tributo que ciertas clases en lo antiguo y aun

en lo moderno pagaban á otras más privilegiadas y exentas de toda carga, porque suponian ser los amos, queda siempre en pié esta cuestion: ¿qué parte alícuota, segun los productos que obtenga de sus rentas ó su trabajo, debe pagar cada indivíduo al Estado, representante de la sociedad, por los servicios que están á su cargo correspondientes á la cooperacion general? Los judíos habian fijado el máximo en el 10 por 100; y es lo cierto que en una sociedad donde cada indivíduo paga una parte alícuota mayor que la indicada, bien puede decirse que hay defectos de organizacion que es preciso corregir. Bien sea por restos de privilegios, bien por rutina de ostentacion que, partiendo de lo más alto de la sociedad se propaga por todas las clases, como sucede ordinariamente con todo aquello que cae bajo el imperio de la moda, ó bien, y esto es más frecuente, porque, obedeciendo en parte á la rutina, y sobre todo, á una política egoista, interesada, tímida y de acomodamiento, el Gobierno, en nombre del Estado, se encarga de pagar servicios que es dudoso que todos los indivíduos que componen una agrupacion miren como una necesidad, y que en todo caso corresponderia á cada uno el retribuirlos con la extension y forma que juzgasen conveniente. El Estado, por su propia naturaleza, no puede ser especulador, no puede aspirar á tener ganancias, y por consiguiente, sólo tiene autoridad moral para exigir exactamente la misma cantidad que emplea en remunerar los servicios que no pueden estar encomendados al indivíduo en particular, tales como los que tienen por objeto asegurar el derecho, la independencia, la dignidad y la honra de la pátria, la seguridad, etc., y todos aquellos que, á la par que reproductivos, teniendo por objeto el progreso moral, material é intelectual de los pueblos, por su índole especial no están al alcance de las fuerzas individuales. De todo esto se deduce que deben ser suprimidos todos los gastos que al boato, á la ostentacion y á lo supérfluo se dedican, y que sólo tienen su razon de ser en los restos de privilegios feudales, en la ignorancia de los pueblos y en evoluciones sociales que han pasado y que hoy no sólo son inútiles sino tambien perjudiciales.

Si tales consideraciones nos sugiere todo lo que á la cantidad de la tributacion hace referencia, ¿cuánto pudiera decirse

por lo que respecta á la manera de imponerla y recaudarla? Mas como todo esto nos llevaria muy lejos y saldria fuera de nuestros propósitos, habremos de contentarnos con manifestar que ni el impuesto progresivo, ni el igualitario, ni aun el mismo proporcional, corresponden á lo que la justicia exige y la ciencia indica. Todos los impuestos que hoy se conocen en las naciones civilizadas, ó por lo ménos en su mayor parte, han tenido su orígen en una necesidad ó capricho momentáneo, y siguen en vigor por la fuerza del hábito y de la rutina, sin que la inteligencia pueda darse cuenta del principio á que obedecen. La multitud de impuestos, cuya desaparicion, fundadamente, muchos desean ver, no son, en realidad, más injustos que lo sería el impuesto único. Si echamos una mirada sobre el método práctico de la recaudacion, encontraríamos por todas partes, así en edades que han pasado como en las presentes, sistemas no ménos ruinosos que la contribucion misma. Pero las reformas necesarias, en esto como en todo lo que á la sociedad se refiere, son lentas y no es dado, ni á un hombre ni á una generacion, el reemplazar inmediatamente lo que la ley de la herencia orgánica nos ha legado, sustituyéndolo por sistemas mejores y más adecuados al presente período histórico: ha de quedarse tal fortuna para las generaciones que unas á otras vayan sucediéndose en su paso por la vida.

Las breves consideraciones que anteceden explican el por qué la razon de que todas las grandes revoluciones que más huellas han dejado en la historia hayan tenido su orígen en cuestiones puramente económicas. Son ejemplos bien notables la expulsion de los Reyes en Roma, el establecimiento de la República, el Imperio, el triunfo de los plebeos, en una gran parte la propagacion y dominio de las nuevas religiones y su triunfo de las antiguas, el de las monarquías absolutas contra el feudalismo, la revolucion inglesa, la independencia de los Estados-Unidos, la revolucion francesa, y la española, iniciada por los legisladores de Cádiz, en medio del estruendo de las armas, lucha contra el invasor extranjero tal vez la más notable de nuestra historia.

Volviendo al asunto principal y aplicando lo expuesto en lo que hace relacion á la España romana, y á la forma y manera

con que contribuia á los gastos públicos, sabemos, por lo anteriormente dicho, que mientras duró la conquista, ó lo que es lo mismo, durante todo el tiempo de la República y principios del imperio, los tributos eran completamente arbitrarios y dependian solo del capricho del vencedor. Augusto trató de concluir con tal sistema, y al efecto estableció otro más regular, aunque excesivamente complicado y no ménos ruinoso, el cual, por no ser nuestro objeto, no entramos á examinarlo en todos sus detalles. Dicho queda tambien que la Península Ibérica habia sido declarada provincia nutriz, lo que llevaba consigo la obligacion de enviar á Roma todos los años la sexta parte de su cosecha de granos al precio que el Senado tasára, y claramente se comprende habia de tener más interés en que aquella plebe degradada de la Ciudad Eterna estuviera contenta, que en hacer justicia á los productores españoles. Además, impuso Augusto la vigésima parte del importe total sobre las herencias; Caracalla la elevó á la décima, y por último, dominó la primera. Por la razon ó pretexto de que los españoles formaban la flor de las tropas ligeras del imperio, pagaban su tributo de sangre é iban á derramarla conquistando una gloria más ilusoria que positiva, peleando contra bretones, tracios, capadocios, germanos, asiáticos y africanos, que se atrevian á luchar por su independencia, mientras que los de dichos países venian á pagarles esa deuda formando en las legiones destinadas á la Península Ibérica con objeto de tenerla sujeta á los mismos amos que les esclavizaban.

Los impuestos eran pesadísimos, como se comprende, sin más recordar que unos eran los vencedores y otros los vencidos. La manera de recaudarlos era de todo punto insoportable por las rapiñas y exacciones de una nube de funcionarios públicos, de tal suerte, que Neron, creyendo de su deber poner coto á tales inmoralidades, nombró al efecto unos inspectores que tenian por mision vigilar aquellos desmoralizados empleados. La medida honra el deseo de Neron; pero fué de escasa ó ninguna eficacia, y solo produjo en la práctica que aquellos *expertos* funcionarios tuvieron que aumentar sus rapiñas para repartir sus productos con los encargados de vigilarles, ó lo que es lo mismo, para que aquellos inspectores hicieran lo que algunos vistas de

los tiempos presentes, cuya primer condicion es no ver lo que pasa. Tenian, además, dichos vigilantes la facultad de aumentar los impuestos para necesidades urgentes y extraordinarias, y dejamos á la consideracion del lector si serian torpes ó negligentes para encontrar á cada momento la justificacion de aquellos.

Rara vez el mal ni el bien, socialmente hablando, llegan á su máximo, lo cual es traducido por la vulgar creencia al mostrar su agradecimiento á la Providencia el víctima de una desgracia porque ésta no ha sido mayor. Esto tuvo tambien su aplicacion en el asunto de que estamos ocupándonos, porque peor que lo excesivo de los impuestos y ruinoso de su recaudacion fué el arrendamiento de los mismos hecho á los publicanos, que sólo pensaban en enriquecerse á costa de la general miseria; su boca era medida, y para vencer las naturales resistencias contaban con medios tan eficaces como la flagelacion, el tormento y la muerte. Para hacer la estadística de todo lo que era imponible reunian en un dia dado, en local á propósito, y con frecuencia en los círculos que habia en las capitales de importancia, á todos sus habitantes y á los de las extipendiarias, no sólo para hacer recuento de las personas, sino tambien para aquel fin. Describir las escenas de sangre y de dolor que relatan los escritores del tiempo, es tarea tanto más desagradable cuanto más verídica. El chasquido del látigo formaba una horrible armonía con los quejidos de las víctimas; á los ayes de las mujeres correspondia el sonido del tormento aplicado á algun esclavo fiel que se negaba á declarar que su amo poseia las riquezas que convenia á los publicanos; al furor de un jefe de familia lastimado física y moralmente en todo lo que hay de más digno en el hombre, porque se negaba á declarar una riqueza real ó imaginaria, correspondian las contusiones del hijo querido, al cual colgaban de la horca con el fin de ablandar la dureza de su padre, por evitar las mortales angustias de aquel á quien habia dado el sér. Se pagaba por nacer, por vivir y por morir; y no han faltado corporaciones que trasmitieran hasta nosotros, si no los mismos procedimientos, porque los tiempos no lo permiten, sí la manera de someter al hombre á contribucion desde el vientre de su madre hasta más allá del sepulcro. Como la contribu-

cion era diferente segun las edades, y los niños y ancianos pagaban ménos que los adultos, los arrendadores ó publicanos dieron solucion al problema que la misma naturaleza no ha podido resolver: los hombres no se hicieron viejos y los niños fueron adultos desde su más tierna edad. Y si es cierto que tenian buen cuidado de apuntar en sus listas ó recuentos los animales domésticos, por los cuales se pagaba contribucion, en cambio no se morian nunca aquellos que habian prestado ya su servicio y que las inflexibles leyes de la naturaleza hacian desaparecer para dar lugar á otras vidas.

Seguramente no era dable á aquellos séres inferiores al hombre ganar batallas despues de muertos, pero sí obligar á sus dueños á pagar contribucion por los servicios que habian dejado de prestar al desaparecer de sobre el haz de la tierra con la forma orgánica que habian tenido. Como si todo esto no fuera bastante, y, además, por la razon sencilla de que el hombre, cuando no está dotado de la energía necesaria para hacer valer la fuerza de su derecho por el derecho de su fuerza, busca como suplemento á esta falta de vigor la astucia y el engaño; no pareciendo suficientes á los recaudadores los medios descritos, hacian responsables á los magistrados con sus bienes de la cobranza de los impuestos, por lo que se negaban á ejercer tal cargo. Pero tambien para este caso habian hallado el contraveneno aquellos agentes directos ó indirectos del fisco, pues se les obligaba á aceptar los puestos bajo pena de confiscacion de bienes; y si acudian á la huida, como pasaba con frecuencia, no sólo se llevaba á cabo la confiscacion, sino que eran perseguidas sus familias.

Cuando un país se encuentra en tal estado, se verifica una de dos cosas ó las dos á la vez: ó que no tiene fuerzas productivas bastantes para constituir una nacion con vida propia, ó que viviendo bajo el yugo de una terrible tiranía, careciendo de la energía necesaria para librarse de ella, por medio de la fuerza, aprovechará el primer momento que las circunstancias ó azar le presenten para sacudir tan intolerable yugo. Si á esto se añade que España no tenia una vida propia é independiente y era, en último término, un país conquistado y sujeto á un poder extraño al mismo, fácilmente hallaremos que poco ó nada

podia esperarse de ese sentimiento, más invocado que comprendido, y que, como la luz, se debilita en razon inversa del cuadro de la distancia á que su accion se extiende. Roma iba agotando de dia en dia los tesoros acumulados, y si con una mano compraba los productos que importaba de la Península ibérica, con la otra exigia, por los medios que quedan indicados, el metálico necesario para pagar estos mismos productos. Era necesario que así sucediera: la repugnancia al trabajo, considerado como depresivo por ejercerlo manos esclavas, el deseo desenfrenado de un lujo que llegaba á la locura, el de los placeres llevado hasta el delirio, la crápula y los vicios adherentes á tales deseos, descendiendo de la capital del Imperio, tomaron carta de naturaleza en este país. Lógico es, repetimos, porque el sentimiento de imitacion que tanta fuerza tiene en el hombre, las condiciones climatológicas y del medio ambiente de una buena parte de la Península, que tan enérgicamente habian de ejercer su influencia sobre las de sus habitantes, todo ello contribuia á que dominaran más las ilusiones de la loquilla de la casa y el apetito de la holganza, que el buen sentido, la parsimonia y la modestia. La corrupcion venida de Roma, no sólo habia de aclimatarse en este suelo, sino que, si posible fuera, hubiese llegado hasta la exageracion. Como muestra del estado que alcanzaron todas las clases que alguna influencia tenian en la sociedad, baste decir que el mismo clero, que por su elevada mision estaba llamado á dar el ejemplo y que además era sostenido, á lo ménos en una buena parte, por la fé en creencias que estaban muy léjos de haber envejecido; cuando se encontró poseedor de las inmensas riquezas que el Estado y las mandas le proporcionaron, llegó á un estado tal, que hacia exclamar á San Gerónimo: "Hay algunos que solicitan el sacerdocio y el diaconado para ver más libremente á las mujeres, cuidan más principalmente de su vestido, de peinar con esmero su cabeza, de perfumarse y rizar sus cabellos con hierro y de que las sortijas brillen en sus manos, que de su mision evangélica; andan de puntillas, de suerte que más bien parecen jóvenes recien casados, que clérigos." Si esto decia aquel Padre de la Iglesia por el clero en general, no era más halagüeña ni más severa la conducta que, con cortísimas excepciones, tenia el español,

como lo demuestra que en el Cánon sexto del Concilio de Zaragoza se lanza una excomunion á los clérigos que pretendian hacerse monjes por vanidad y para que la licencia quedase impune.

Hasta tal punto querian remediar el mal, poner coto á tantas desdichas algunos ilustres prelados, que el obispo de Zaragoza se creyó en el deber de pedir consejo al Papa para ver qué medios coercitivos habian de emplearse contra la relajacion de costumbres que invadia los servidores de lo que pudiera llamarse reciente Iglesia.

El obispo de Roma, entre otras cosas, contestó lo siguiente: que ningun clérigo pueda casarse con la que está ya casada con otro y ha recibido la bendicion del sacerdote; que los monjes y monjas que sin atender á su voto y estado faltan á la castidad sacrílegamente viviendo como si fueran casados, sean excluidos de la comunion hasta el fin de la vida, dándoles el Viático de misericordia; que en los ministerios eclesiásticos se admitieran los de buena vida y costumbres y los que sólo hayan sido casados una vez, y que con los clérigos no viva mujer alguna más que las que permite el Concilio de Nicea. Como ven nuestros lectores, las exigencias del sumo sacerdote no eran exageradas, é indican bien cuál seria el estado moral, generalmente hablando, de la clase contra la cual se tomaban aquellas medidas que, afortunadamente en los tiempos que alcanzamos, su planteamiento seria más que sospechoso para la moralidad más vulgar. A este estado de desmoralizacion y afeminamiento que todo lo habia invadido, agréguese la division de la propiedad concentrada en unas cuantas manos que poseian, como hemos dicho, inmensas latifundias; y por bajo de ellos, en lugar de un pueblo trabajador y activo que forma el núcleo y la fuerza de todas las sociedades medianamente organizadas, una masa de esclavos degradados por el estado de servidumbre, odiando profundamente al amo y al trabajo, al primero porque en su nombre y para su provecho se hacia sonar el látigo que destrozaba las carnes de aquellos desgraciados, y al segundo porque, antes y ahora, en los países donde domina el estado de esclavitud, el trabajo está degradado, y el ser libre es sinónimo de holganza: trabajar era lo mismo que decir esclavo. En la

mente de ese hombre convertido en cosa que está obligado á emplear sus fuerzas noche y dia en provecho de otro sin los grandes estímulos de la propiedad y la familia, trabajo es para él lo mismo que esclavitud. De aquí su deseo natural de entregarse á una completa y absoluta holganza, hasta que las necesidades de la vida, una educacion inculcada por las clases superiores más afortunadas que él ó el estímulo del amor á la familia no le convencen más ó ménos lentamente de que el trabajo no es el signo de la degradacion, sino el único fundamento de todas las esperanzas de mejora de su estado moral y material. En suma: la cúspide de la sociedad era compuesta de clases escasas en número y entregadas al lujo, á la ostentacion, al refinamiento de hediondos vicios que materialmente la hacian inútil para todo lo que no fuera el rebuscamiento de nuevos placeres, y en la parte moral excéptica, sin fé ni creencias en la religion, en el patriotismo, en el amor, ni en la propia dignidad, y siempre dispuestos á tolerar y adular un nuevo amo, cualquiera que éste fuese, con tal que les permitiera seguir gozando de los privilegios abusivos, de los cuales se hallaban en posesion. Era, por consiguiente, imposible esperar de tales clases que se aprestáran á la defensa y estuvieran dispuestas á hacer los sacrificios que la lucha lleva consigo, ya para proclamar su independencia, ya para defender el Imperio de agresiones exteriores, de sublevaciones interesadas de una soldadesca bárbara y nómada, sin tener más idea del derecho y de la justicia que la pequeña equidad que la necesidad imponia en el reparto del botin, si habian de seguir unidos despojando pueblos tan rebajados. Por una inflexible lógica temian más á la sublevacion ó independencia de aquellos séres, á los cuales explotaban como bestias de carga, que á la invasion de aventureros arrojados de su país por condiciones climatológicas, por el empuje de otras hordas aun más atrasadas, y por los deseos concupiscentes de gozar de todas las riquezas y el refinamiento de placeres que habian de proporcionarles las diferentes provincias del imperio.

Si los explotadores estaban físicamente debilitados por los vicios y la holganza, y moralmente corrompidos, pudiendo esperarse poco de ellos, los explotados estaban físicamente inca-

pacitados para hacer ninguna resistencia séria, por la mala y escasa alimentacion y absoluta falta de condiciones higiénicas, y, lo que es peor, moralmente degradados por haber perdido en el estado de esclavitud las ideas de dignidad personal, que son, en último término, la base fundamental sobre que descansan los hechos de valor, de energía ó de abnegacion. Miraban, pues, con razon, á los antiguos amos como sus más encarnizados enemigos, y por un sentimiento general á todos los hombres en estado de sufrimiento, deseaban, como el enfermo, el cambio de postura, cualquier variacion viniera de donde viniese.

Es una cosa no bastante estudiada el modo de afectar la invasion extranjera á las diferentes capas sociales que componen una nacion, y hay muchos casos, y en el curso de estos estudios veremos alguno muy notable, en los cuales los nuevos invasores causan terrible daño á los antiguos y favorecen, sin embargo, la manera de bienestar de la masa de poblacion que obedece. A pesar de todo lo expuesto, claro está que quedaban siempre elementos valiosos que, tal vez andando los tiempos, determinando una evolucion en la manera de ser de los habitantes de esta península, los llevaria á un estado de civilizacion ménos imperfecto, á condicion de que dicho acto de transformacion no fuera perturbado ó interrumpido por hechos exteriores ó interiores, que no le permitieran seguir su marcha regular. Despues de las indicaciones que preceden habria que examinar si la comunidad de lengua ó de creencias podrian determinar alguno de esos actos heróicos que nos muestra la historia en un pueblo tan atrasado. En primer lugar, la Península ibérica no tenia unidad de idioma, y si bien el latin era la lengua dominante en los actos oficiales, se hablaba en la Península, como ya se ha dicho, el griego, el hebreo, el siriaco, el caldeo y otros de ménos importancia, sin contar con la lengua euskara de los antiguos habitantes, que existia íntegra entre los vascos ó cántabros, y aquellos otros dialectos que á través de los siglos se han conservado, especie de *Patois* del latin y de las antiguas lenguas que hablaban los astur galáicos y lusitanos vencidos, pero nunca completamente dominados por Roma. De suerte, que este gran elemento, que une los pueblos porque tienen la misma manera de expresarse y que los hace propios para una cooperacion general ó

bien comun, tampoco existia en la Península ibérica. No eran más uniformes las creencias de los habitantes de este suelo, y á los restos no despreciables de los que, con más ó ménos propiedad, pudiéramos llamar las religiones de los aborígenes, habia que añadir otras traidas aquí por las inmigraciones voluntarias ó forzosas de los hombres procedentes del Asia, del África y de diferentes puntos de Europa. Si bien la religion cristiana, superior á todas las anteriores por sus aspiraciones y moral, empezaba á ejercer decisiva influencia y habia sido aceptada como religion del Estado, la infinidad de sectas en que desde un princípio aparecia dividida, el sin número de divisiones que en aquella como en toda idea de transformacion social surgen antes de que la nueva idea domine por completo la sociedad; la guerra sin trégua y el encarnizamiento con que siempre se persiguen las disidencias ó sectas que más próximas están entre sí por tener el mismo orígen, todo contribuia á alejar más y más el producto de una unidad de creencias ó el respeto mútuo de todas ellas. Por consiguiente, la Península carecia tambien de este medio de cohesion y cooperacion mútua: no existia más que, en último término, un estado embrionario, los elementos de una unidad etnográfica que, andando los tiempos, habia de producir lo que se llama pueblo español con sus cualidades y defectos; cualidades que serian la resultante de las que distinguian á cada uno de los grupos cuya sangre habia de mezclarse, grandemente modificadas por las condiciones cosmológicas, geográficas, climatológicas, de nutricion, etc., etc.; pero para que esto se verificára y llegase á producir una unidad etnográfica, se necesitaba el paso de muchas generaciones y un tiempo que estaba léjos de haber trascurrido. De modo que á todas las demás condiciones negativas ya descritas, faltaba la más importante: la unidad, ó mejor dicho, un pueblo con un carácter medio determinado.

Seguramente entre las razas nombradas habia alguna que, por sus peculiares condiciones, la importancia de su número y su gran fecundidad, podia contribuir poderosamente á que se verificára la evolucion que trasformase aquella sociedad en otra más adecuada á progresos ulteriores. Pero la falta de tiempo por un lado, é influencias exteriores que se operaron en el seno de aquellas, determinaron que ésta no tuviera ni los medios ni

el deseo de oponerse á extranjeras agresiones. Como quiera que durante el curso de una buena parte de nuestra historia haya influido aquella raza de una manera tan decisiva en los grados de esplendor que como nacion llegó á alcanzar España, como una gran parte de los recursos de la civilizacion española hayan sido en gran manera informados por hombres á ella pertenecientes; como fueron víctimas de nuestra intolerancia é injusticia, y hayamos pagado muy cara la malhadada manía de producir por la fuerza la unidad de creencias; como, por último, de la fecha de aquella inaudita persecucion data en gran parte la decadencia de que aun no hemos salido, nos parece á propósito, como dato para ulteriores deducciones, consignar algunas palabras sobre las cualidades más salientes de los que, aún hoy mismo, están siendo víctimas de desatentadas proscripciones en pueblos que de civilizados blasonan, y lo que es peor, la mayor parte de las veces dictadas por el mezquino sentimiento de la envidia.

Nuestros lectores habrán comprendido que nos referimos á la familia israelita, ó sea la raza judía. Le damos el primer nombre, porque así lo exigen la cultura de los tiempos y las consideraciones de respeto hácia pueblos é individuos, y evitaremos el segundo, puesto que, por llevar consigo la idea de usura y sórdida avaricia, ha venido á ser un poco depresivo. La historia de ese pueblo es más conocida que la de ningun otro, por la sencillísima razon de serlo tambien los libros donde está escrito el fundamento de las ideas religiosas que dominan el mundo civilizado, libros que, por otra parte, reunen la circunstancia de ser uno de los monumentos más antiguos que nos ha legado el Oriente. Tiene este pueblo y el romano, además, la analogía de que los dos se han distinguido como tipo religioso, y en los dos se ha dado mayor importancia al derecho. Pocas naciones, caso de haber alguna, han sufrido tantas invasiones, tantas cautividades, y pasado por tales y tan constantes persecuciones, sin que hayan bastado á hacerla desaparecer, y ninguna otra ha llegado á figurar á tal altura en los países donde se hallaba cautiva, ni la han aventajado en constancia, aficion á la industria, al trabajo y á la ciencia, no desmintiéndose nunca su valor en las ocasiones que tuvo que ponerlo á prueba, ni tampoco su amor

á la libertad, aunque en este último punto tenga que ceder su puesto á la familia árabe. que influencia tan decisiva ha tenido en la formacion de nuestra nacionalidad. Pero no creemos aventurado asegurar, que su amor á esa deidad tan difícil de conquistar y más de sostener, en sus instintos liberales, en una palabra, si no ocupan el primer lugar, figuran desde luego entre las primeras. Breve muestra han dado de ello en los países de Europa donde más influencia han tenido, como lo prueba, aparte de España, la historia de Polonia y de Hungría.

Su estancia en Babilonia como cautiva, ha servido en gran manera para propagar el monoteismo en todo Oriente. La importancia que allí supieron adquirir queda de manifiesto con sólo recordar que en el reinado de los Medas figuraban en todos los altos puestos, tenian influencia decisiva en los palacios, eran los consejeros de los reyes, los administradores de la Hacienda pública y los encargados de enseñar y propagar la ciencia entonces conocida. Si tal era su importaucia bajo aquel reinado, cuando por los azares de la guerra y la conquista cayeron bajo el dominio de los persas, léjos de decaer del poder que gozaban, aumentaron grandemente su influencia, hasta el punto que el cambio dinástico acrecentó su bienestar, y Ciro les dió una prueba de simpatía poco comun en aquellos tiempos, consistente en permitir volver á su tierra á los que así lo deseáran. Como esta familia, de condiciones tan excepcionales, á pesar de formarse una pátria en los pueblos donde forzosamente tenian que vivir, jamás olvidó la suya propia, aprovecháronse de las bondades de Ciro para volver á su país muchos miles de las clases acomodadas, trabajando en ese sentido con gran ahinco las familias sacerdotales de las poderosas tribus de Benjamin y Judá, siendo todos ellos conducidos por Zerubabel. Se verificaba esto 536 años antes de la Era cristiana, es decir, hace 25 siglos. Esto nos sugiere la siguiente reflexion. La intolerancia á que con tanta facilidad se deje ir el hombre, sobre todo en aquellas cuestiones que no comprende ni su razon le dicta que son los juegos de su imaginacion ó los sentimientos de una fé ardiente, ya propia, ya heredada, conduce á los pueblos y á los indivíduos á tales actos de extravio, que si el pensador hubiere de atenerse solamente á ello y guiarse por las anomalías que la

historia presenta, aparecerian en la de la civilizacion, y aparecen en realidad en países más ó ménos extensos, actos tales de retroceso que parecen compaginarse mal con la ley del progreso, y son más bien la indicacion, sostenida por algunos con sinrazon manifiesta, de que el hombre salió perfecto de las manos del Criador, y que despues, por estos ó aquellos motivos, de dia en dia, de año en año, de siglo en siglo, fué degradándose, marchando á su perdicion y siendo cada vez más desgraciado, más ignorante, más inmoral, tendiendo al fin hácia un límite en que la misma Providencia no tuviera más remedio para tanto mal que reproducir, valiéndose del agua ó del fuego, aquel castigo que se vió obligada á imponer á los mortales en tiempo de Noé. De tal manera nos lo afirman así, aunque variando un poco el procedimiento, que la pequeña esperanza que pudieran tener en aquél los hombres muy diestros en natacion, queda desechada desde luego, porque es más fácil flotar en las aguas que salvarse en un incendio que todo lo ha de devorar. Pero no es motivo bastante para que nuestros lectores se llenen de inmensa tristeza ante tan terrible perspectiva, que á pesar de todas las contradiciones reales ó aparentes hay una distancia apenas concebible, lo mismo en lo moral que en lo intelectual y físico, entre el hombre civilizado y aquellos antropófagos nuestros abuelos, que no se elevaban mucho por encima de los animales de otra especie, y excedian en ferocidad á los más carnívoros: hace mucho que pasó aquella época de mil años, en la que debió verificarse el desastroso fin de un diluvio de fuego en lugar del de agua. Por esta razon, y porque la astronomía, la meteorología y las ciencias físicas niegan en redondo que aquel diluvio se haya verificado, es de suponer que las predicciones del segundo no tengan más realidad que los cuentos de *Las mil y una noches*.

Las reflexiones que anteceden nos las sugiere la comparacion de la conducta de medas y persas en la época citada con la tenida por la Europa cristiana antigua y moderna, respecto á aquella desgraciada familia que nos ocupa. Decimos antigua y moderna, porque si reyes, pueblos y teocracias, que de cristianos y católicos tanto blasonaron, han llevado su saña, su ferocidad, y tambien su deseo de apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño, hasta un punto que honra bien poco al rey de

la creacion; lo mismo en la Edad Media, que en otras más próximas á nosotros, hoy mismo, naciones que marchan con un alto grado de civilizacion, en las cuales otras sectas cristianas, diferentes del catolicismo, forman la religion dominante, y que no han escaseado ni escasean las críticas acerbas contra la intolerancia católica, sin duda para comprobar aquella sentencia de apercibir la paja en el ojo ageno y no la viga en el suyo, están llevando á cabo persecuciones y actos de tiranía tales que, dada la diferencia que imponen los tiempos y los sentimientos humanitarios que la civilizacion trae consigo, no son ménos punibles y feroces que los realizados en edades anteriores. Y para que nada faltase ni falte á una persecucion tan contínua y sistemáticamente seguida, se ha querido fundarla en decretos venidos de las alturas como castigo de un gran crímen llevado á cabo por los ascendientes de los israelitas actuales hace diez y nueve siglos.

Aparte de la repugnante teoría de que los descendientes han de ser responsables de una culpa que no han cometido, ya veremos en lugar oportuno las razones que tiene una sana crítica para demostrar que el horrendo crímen á que nos referimos, es imputable á la dominacion romana y á la teocracia judaica más que á los hijos de Israel. La razon principal que informaba é informa aquella constante saña, aparte de otras pasiones poco nobles y ménos desinteresadas, consiste en que allá en su orígen la creencia al abrigo de la cual se desarrolló toda la civilizacion europea, la religion cristiana y la judáica, vivieron completamente unidas, formando más tarde una de ellas una especie de disidencia del tronco principal; y por la misma razon que hoy y á nuestra vista los hombres que ayer formaban una misma escuela ó partido político se combaten más rudamente que á los enemigos comunes, la religion vencedora trató y sigue tratando con porfiado encarnizamiento á la vencida. Si en los tiempos que atravesamos hay muchos pueblos en que tal persecucion ha cesado por completo, débese á que la civilizacion moderna no puede estar contenida ya en los moldes que la trazó la fé dominante. Lo cual prueba además que todas las religiones positivas, sin excepcion alguna, sufren la modificacion que les impone la ley del progreso, y no les queda más remedio que modificar

aquellos moldes ó desaparecer. Esto, lejos de ser una ofensa para lo que pudiéramos llamar los pensamientos ó inexcrutables designios de la Providencia, afirma y demuestra que aquellos son inmensamente más sublimes que lo que la imaginacion exaltada ó el interés de los hombres han querido atribuirles.

XX

Cuando el héroe macedónico conquistó á Tyro, pidió auxilio á los israelitas. Negáronse á dárselo: marchó contra ellos; pero ya fuera que hicieran pesar las razones que habian tenido para no prestarle los auxilios demandados, ya que su sagacidad hubiera sabido dominar el enojo del hijo de Filipo; ya, lo que es más probable, que conviniera así á la política del conquistador; es lo cierto que los subyugó más por la dulzura y buen trato que por la fuerza de las armas. A consecuencia de esto fueron muchos á Egipto y á Alejandría, en cuya última poblacion llegó á haber en tiempos posteriores hasta cuarenta mil. Antes de la época de Alejandro les habia permitido Dario Hystaper construir su templo; y si Jerusalen se amuralló, y si se dieron leyes severas contra la usura, débese á la constancia y cuidados de Nehemie.

Como la casta sacerdotal habia contribuido tan poderosamente á que volviesen á alcanzar su antigua pátria y en sus hombres estaba concentrado la mayor suma del saber, sucedió lo que era de esperar: llegó á ser la casta dominadora; pero de tal suerte mezclada con una democracia, que el Gobierno, en puridad hablando, debió llamarse teocrático-democrático. Antes de la cautividad de que hace mencion la historia, ningun documento atestigua que tuvieran Sanhedrin. La conquista hecha por los macedónios se verificó trescientos treinta y un años antes de la era cristiana. La necesidad de unirse para rechazar las agresiones exteriores, la organizacion concentrada y la cooperacion forzosa ingénita á todo estado militar, llevaron consigo, como consecuencia ineludible, la creacion de la monarquía. Basta leer en sus libros sagrados ó el desarrollo de la ley Mosáica, lo que la tradicion pone en boca del Dios de Israel anunciándoles las plagas y desdichas que vendrian sobre ellos y sus des-

cendientes si les concedia el establecimiento de reyes que le demandaban, para comprender lo acendrado y antiguo que era en aquel pueblo el sentimiento republicano. Si mucho les repugnaba, como indica la tradicion popular á que hacemos referencia, el establecimiento de las monarquías, no le eran más simpáticas las diferencias de castas ó de razas. Considérese que en aquellos tiempos tan remotos no dejó de existir entre ellos, ni por un momento, la igualdad ante la ley; échese una ojeada, una somera lectura á la Biblia, y pronto, con facilidad, comprenderemos el esmero y cuidados puestos por el legislador á fin de que ninguna clase de feudalismo pudiera establecerse, suplantando la democracia, que tales raíces tenia ya en aquel pueblo dotado de tan singulares condiciones. Los años de jubileo, la prescripcion de toda clase de deudas en períodos cortos y las reuniones periódicas de todo el pueblo, eran todos medios eficaces para que éste no delegára por largo tiempo su soberanía.

No tuvo poco que sufrir este pueblo á prueba de persecuciones y desgracias, bajo el reinado de Tolomeo Soter, que con motivo ó pretesto de haber negado el juramento prestado á Laomedon, tomó á Jerusalen, aprovechándose de la preocupacion ó respeto religioso que les prohibia hacer nada en sábado; pero el valor de Matatias y sus descendientes los llamaron á las armas con el grito santo de pátria é independencia. Vivieron algun tiempo disfrutando de una y otra, hasta que, á consecuencia de la guerra civil, tuvieron la desdichada ocurrencia de llamar á Roma para dirimir la contienda. Esta no perdió la ocasion que se le presentaba, y despues de varias guerras y contínuas luchas, Pompeo los conquistó. Por último, Augusto los agregó á la Syria, pocos años despues de Jesucristo, dándoles por gobernador al caballero romano Caponius, con el título de procurador de Judea. A pesar de haber concedido Claudio derechos de ciudadano á todos los judíos del Imperio, aquel pueblo, famoso por sus hazañas y virtudes, poco dispuesto á sufrir el yugo del extranjero, se sublevó, dando esto por resultado la toma de Jerusalen por Tito, la muerte de centenares de millares de héroes de la pátria independencia, y que, los que pudieron salvar la vida, fueran dispersados y enviados á España, donde ya existian muchos antes de la destruccion del templo, en número que

no bajaba de 50.000, setenta años despues de Jesucristo. Fueron protejidos y amparados en cierto modo por Nerva y Trajano, y á los ciento cinco años de nuestra era se verificó una nueva inmigracion forzosa de israelitas en España, donde contribuyeron sobremanera á aumentar la prosperidad, bienestar y civilizacion de la ibérica Península. Como consecuencia de tantas tentativas para sacudir el yugo extranjero, sufrieron horribles matanzas, múltiples dispersiones y nueva inmigracion en España. Y si bien pudiera creerse que les esperaba un porvenir más tranquilo despues de Antonino el Piadoso, que con gran ahinco se dedicó á hacerles justicia y dulcificar su suerte, aquella, á primera vista, fundada esperanza, tardó poco en desaparecer: les esperaba una época más contínua, una persecucion más constante, iniciada por Constantino y los Concilios, y continuada desde entonces hasta nuestros dias con ciertas intermitencias y con tan desdichada decision, que es difícil, si no imposible, encontrar en la historia ningun pueblo que durante largos siglos tanto sufriera sin que nada haya bastado para hacerle perder la fe en sus creencias religiosas, el sentimiento de su independencia, ni ménos á interrumpir su actividad en los países que las desgracias y las persecuciones le hubieran señalado; la prosperidad, la bienandanza, las posiciones envidiables que en diferentes puntos alcanzaron, nunca fueron bastantes á hacerles olvidar su antigua pátria, ni á renunciar la esperanza de formar su antiguo pueblo. Las persecuciones de los Gobiernos, la inflexible saña de la teocracia, de la nueva religion, que tenia el mismo orígen que la que ellos profesaban, y la antipatía de las otras razas, no son suficientes para abatirlos ni para hacerles caer en un estado de holganza y decadencia. En todos los países en los cuales habian sido dispersados, especialmente en la ibérica Península, dedicáronse con inquebrantable constancia á la agricultura, al comercio y á la industria. No se hizo esperar el tiempo en que todas las artes y profesiones que á la par que indican la civilizacion de un pueblo son las que más á ella contribuyen, se encontráran en manos de los israelitas. En efecto, además de ser ingenieros, arquitectos, fundidores, farmacéuticos, etc., dedicábanse en gran número á profesar y practicar la medicina, y bien puede asegurarse que hubo un tiempo en que

el número de médicos de su raza y comunion religiosa era, si no el total de los que al arte de curar se dedicaban, por lo ménos mayor que el de los que pertenecian á todas las demás razas que componian la Península Ibérica. Lo mismo pudiera decirse, en mayor ó menor escala, de los otros países por donde se hallaban diseminados.

Como acontecer sucede, á pesar de la inquina de la Iglesia ortodoxa, que empezaba á ser dominante, no se habia borrado por completo la simpatía ó el recuerdo de aquellos cuyas creencias tenian un orígen comun. Si á esto se añade la infinidad de sectas en que estaba dividido el cristianismo y el número de las que tambien á ellos los fraccionaban, fácilmente se comprende que vivieran en cierta armonía, si no con todos, con una buena parte de los cristianos. La manifestacion más saliente de lo que acabamos de afirmar, es la frecuencia de los enlaces entre judíos y cristianas é inversamente; lo cual no impedia para que los representantes de la ortodoxia, que ejercian su valimiento en la córte de los Emperadores y especialmente en el bello sexo, aprovecháran todas las ocasiones que se les presentase para arrancar decretos que tendieran nada ménos que á su extincion definitiva. Así es que en el año 418 se les excluyó del ejército, bajo el pretexto de que no eran dignos de pertenecer á él, y de que su carácter indómito constituia un gran peligro al enseñarles el ejercicio de las armas.

Fuerza es confesar, porque los fueros de la verdad así lo exigen, que en los países donde dominaba la nueva religion, tan superior á las anteriores, fueron peor tratados que en los idólatras. Mientras que el poder romano los consideraba de aquel modo, parthos y persas hacian justicia á sus condiciones de inteligencia y actividad, y no sólo los colmaban de grandes distinciones, sino que los soberanos de aquellos países les concedian marcada influencia en toda la gestion de los intereses públicos, con intervalos de persecucion, sí, pero de duracion bien corta, porque sabido es que no hay nada tan caprichoso como el despotismo.

Por lo mismo que, durante algun tiempo, habian estado unidos judíos y cristianos, cuando, despues de las disidencias, éstos llegaron á formar la religion dominante, cuando alcanza-

ron ser religion del Estado y obtuvieron el apoyo entusiasta de las mujeres de las córtes imperiales y de los mismos emperadores, no sólo fueron perseguidos los israelitas, por cuestion de creencias, sino tambien por nigrománticos y hechiceros, ó, dicho de otra manera, por la ciencia que profesaban, que no siempre estaba de acuerdo con la nueva ortodoxa. Como tambien entre ellos no escaseaba la diferencia de doctrinas, no todos eran tratados con la misma crueldad; pudiendo decirse que, hasta cierto punto, alternaban en el sufrimiento de las persecuciones, si bien en definitiva, ninguno se libraba de sufrir los actos de tiranía y malos tratamientos. Pero, hay más: como es corriente en tales casos, el sinnúmero de sectas cristianas se perseguian entre sí con más encarnizamiento aún que á los partidarios de religiones distintas, y en cada una de estas persecuciones, que pudiéramos llamar internas ó de familia, los vencedores consideraban á los judíos ó israelitas, como partícipes de todos los errores que atribuian á la secta vencida. Siempre habia motivos, pues, para tiranizarlos. Como el mal, lo mismo que el bien absoluto, apenas existen sobre la tierra que habitamos, este ódio inextinguible contra los israelitas produjo, más de una vez, grande alivio para ellos, no pocas ventajas para la civilizacion en general, y especialmente, en lo que se refiere á la Península ibérica. Por otra parte, como, en términos generales, tenian mayor suma de saber y de buen sentido que aquellas razas íbridas, resultado de la conquista romana, en medio de las cuales vivian, eran ménos dadas á la intransigencia y vivian en regular armonía con alguna de las sectas cristianas que más analogía tenian con su creencia. Así, por ejemplo, cuando surgió el cisma de Arryano, extendiéndose por todos los contornos del imperio, y siendo los partidarios de aquella doctrina perseguidos en el Oriente y en el Occidente, formaron con los israelitas una alianza tácita; y como los godos seguian de cierta manera la escuela de Arryano, predicada por Ulfida cuando se sublevaron contra Roma, pero no separados de ella, apoderándose de todo ó parte de la Península, sufrieron la influencia benéfica y civilizadora de los israelitas. Decimos que seguian, hasta cierto punto, las doctrinas de Arryano, porque sobre la conversion de las religiones bárbaras al cristianismo se ha hablado mucho

con escaso fundamento. Lo que sucedia, en realidad, es que, cuando los reyes ó caudillos de aquellas naciones nómadas ó invasoras, que seguramente no se hallaban en estado de investigar y examinar por sí mismos los fundamentos de esta religion ó de aquella secta, ya por inspiracion momentánea, ya cediendo á los ruegos de las mujeres, bajo cuya influencia amorosa vivian, ya por la predicacion de algunos apóstoles entusiastas de la nueva idea, ya tambien, y esto era lo más frecuente, por convenir así á sus cálculos políticos y deseos de dominacion, se declaraban partidarios de una creencia determinada; se suponia que todas las naciones de que eran jefes hacian lo mismo. La costumbre de obedecer á todo caudillo que los conducia á la victoria, el influjo que ejercia sobre aquellas almas infantiles el lujo, la ostentacion y la grandiosidad de los templos que encontraban en los paises conquistados, y que no podian ménos de comparar con sus ídolos de piedra groseramente labrada, con sus bosques y encinas sagrados, inclinábales á adoptar la nueva creencia, con tal que no pugnára mucho contra sus antiguas preocupaciones. Por una necesidad imperiosa de todos los catequismos, entonces, como más tarde y como en nuestros dias, se evitaba cuidadosamente que el tránsito de la antigua á la nueva religion fuese brusco. Todo quedaba reducido, pues, á la obligacion de algun signo exterior poco molesto y á la explicacion, más ó ménos verídica, de la identidad de los antiguos y nuevos ídolos, cambiando simplemente los nombres.

Si los israelitas habian contribuido en gran manera á suavizar las costumbres bárbaras de los godos y hacerles entrar por el camino de la civilizacion, *estaba escrito* que aquel principio de evolucion no habia de poder continuar mucho tiempo. Y así sucedió: cuando los reyes godos se declararon ortodoxos; cuando la Iglesia oficial tuvo una influencia decisiva sobre su conducta y determinaciones, cuando, en una palabra, empezó la monarquía goda de España á convertirse en una monarquía teocrática, como sucedió con la franca en las Galias; las persecuciones, en cortísimos intervalos, fueron tan feroces, llegaron hasta tal extremo de crueldad contra los israelitas como pocos ejemplos nos dá á conocer la historia. Pero, afortunadamente para la civilizacion europea y para el explendor de la futura España, aque-

lla iniciacion de monarquía teocrática no llegó á su completo desarrollo, á consecuencia de otra invasion venida del Mediodia, en cuyo éxito tuvieron no pequeña parte los israelitas, y que produjo un fenómeno, no suficientemente apreciado, consistente en que, en rigor hablando, la Península ibérica no tuvo Edad Media. Cuando el feudalismo se planteaba con fuerza en toda Europa, España entraba en una época de progreso y de civilizacion; y, para nuestra desgracia, cuando Europa se separaba de la Edad de fé, merced al influjo del renacimiento, empezaba aquella para España bajo la dominacion teocrática y el mando de dinastías extranjeras, en mal hora venidas á este país.

Nuestros lectores habrán comprendido que nos referimos á la invasion árabe, sobre la cual habrá mucho que decir en lugar á propósito: ya le tocará su turno en la série de estos estudios. Los israelitas, víctimas de tan duras persecuciones, aconsejaron y ayudaron despues poderosamente á concluir con el debilitado y carcomido imperio godo. A su debido tiempo veremos cuán escaso era el número de árabes vencedores, del Guadalete, y que los que allí peleaban contra los godos eran en su mayor parte israelitas y cristianos de las sectas perseguidas, agregándose á ellos los berbers del Africa.

Cuando el pueblo árabe, obedeciendo al fanatismo de una idea, se movió como un solo hombre y llevó á cabo aquellas maravillosas conquistas que apenas tienen ejemplo en la historia, al conquistar el Asia y el Africa se encontraron con los médicos judíos, que empezaron á prestarles los auxilios de la ciencia que poseian, para aliviarles en sus dolencias y hacerles ménos lastimosas sus heridas. Por arraigada que estuviera en los hombres de la Península arábiga la creencia del fatalismo; como, segun dijo un célebre escritor, no hay nada tan persistente, y pudiéramos decir tan terco, como la verdad; como, por otra parte, por grande que fuera el fanatismo de los árabes no habia llegado á oscurecer por completo las brillantes cualidades intelectuales de aquella raza, acaeció lo que no podia ménos de suceder: el soldado que habia sido herido en el campo de batalla, halló lenitivo á sus dolores merced á los cuidados inteligentes de los médicos israelitas; el caudillo, que veia que una gran parte de sus soldados heridos en el combate antes eran comple-

tamente perdidos, porque las heridas los conducian á la muerte sin remedio, mientras que despues, y por efecto de los consejos inteligentes de los nuevos aliados, la mayoría de aquellos hombres, léjos de morirse, quedaban útiles para nuevas empresas, habian de concluir, y concluyeron, por transigir con su fatalismo, y dejarse guiar, hasta cierto punto, por aquellos amigos bienhechores. El influjo de los israelitas, como es natural, llegó á ser grandísimo entre los árabes, lo cual aquellos aprovecharon para derramar entre los conquistadores los primeros gérmenes de civilizacion y de amor al estudio. El hecho tuvo, por consiguiente, grandísima influencia en el desarrollo intelectual del mundo conocido. Bien pudiera asegurarse que uno de los agentes más poderosos ó más fundamentales de la gran civilizacion que llegó á alcanzar la árabe, fué la medicina profesada por los israelitas.

Varias consecuencias se desprenden de lo dicho que serian muy largas de examinar. Ceñirémonos, pues, á lo que se refiere más principalmente á la Península Ibérica. Además del influjo que ejercian ya sobre los árabes antes de la conquista de España, el ejercicio de la medicina y la necesidad que todos sentian de valerse de los medios que entonces podia proporcionar, ya sea para prolongar la vida, ya para hacerla más agradable y útil, produjo, como era natural, el establecimiento de centros de enseñanza donde pudieran comunicarse los conocimientos que entónces poseian, para de esta manera poder conseguir su ampliacion mejorándolos. De aquí el estudio de las ciencias naturales que son auxiliares indispensables para las aplicaciones médicas. Cierto es que un poco modificado el procedimiento de los médicos egipcios y de los hipocratistas griegos estuvieron algo deficientes los judíos y los árabes, sus discípulos, en el estudio de la Anatomía; pero de esto se hablará con más detencion al tratar de la civilizacion árabe-española. Una de las causas más abundante en consecuencias y que mayor trascendencia ha tenido en el estado de cultura intelectual que alcanzára España bajo la dominacion sarracena, ha sido precisamente aquella que determinó la conquista y la conclusion del Imperio godo; porque, como ya se ha visto, la union, hasta cierto punto forzada, de judíos y sectas disidentes cristianas con los árabes, produjo

necesariamente una tolerancia práctica de cultos que si, hasta cierto punto, habia de producir la indiferencia, en cambio dió por resultado que todos los hombres de algun mérito y capacidad intelectual pudieran llevar su óbolo á la civilizacion, contribuyendo así al progreso y al adelanto de las ciencias y de las artes. Hasta tal punto ha sido esto cierto, que se ha dado repetidas veces el caso de ser una misma cátedra desempeñada sucesivamente por un israelita, un árabe y un cristiano, no empeciendo su diversidad de creencias para que los tres fueran lumbreras de su tiempo. ¡Qué diferencia de los países en que dominaba un sistema ortodoxo empleado por la fuerza y aun por la opinion pública! ¡Pero, qué decimos, la diferencia con los países en que dominaba la ortodoxia en aquellos tiempos, si en los momentos en que esto escribimos aún se discute si el Estado tiene derecho á excluir de la enseñanza al hombre que ha demostrado su suficiencia, sin más razon que el ser tenido por ortodoxo, ó libre pensador, ó partidario de éste ó aquél sistema filosófico que, léjos de ser definitivo, es uno de tantos que viene reproduciéndose y pasando hace más de veinte siglos, dejando tras sí siempre algun rasgo luminoso, es cierto, pero escasos frutos para la ciencia y el saber positivo!

Si las dominaciones teocráticas en las épocas de fé fueron más ó ménos indispensables como condiciones fisiológicas del cerebro humano y de la marcha de las sociedades, si prestaron grandes servicios disciplinándolas á nombre de lo sobrenatural, imponiéndolas sentimientos morales y sembrando gérmenes de union entre los hombres de diferentes tríbus, consiguiendo de esta manera que se formáran cooperaciones más generales y extensas, ó dicho de otra manera, echando los fundamentos de varias naciones como paso necesario para que se verificára la trasformacion de las sociedades antiguas en las modernas; en cambio, ¿cuántos motivos de discordia han sembrado? ¿A qué actos de cruel intolerancia han dado lugar? ¿Qué motivos de decadencia, y al parecer de retroceso, ha impuesto á las naciones que han tenido la desgracia de que en ellas siguiera sin competencia una creencia determinada? No; los moldes de una religion, cualquiera que ella sea, son siempre demasiado estrechos para contener todas las manifestaciones humanas y los di-

ferentes grados de civilizacion por que pasan los pueblos. Dichosas las sociedades y las religiones cuando éstas son bastante flexibles para modificarse y amoldarse á los diferentes términos del progreso por donde marchan las naciones que, en esa indefinida jornada que pudiéramos llamar de perfectibilidad social é individual, ocupan, para honra suya, el puesto de vanguardias Cuando no concurre aquella feliz circunstancia, el dilema es inflexible: ó las sociedades se paran y perecen, ó la creencia tiene que desaparecer para ser reemplazada por otra más en armonía con las nuevas necesidades morales ó intelectuales. Sobre todo lo dicho habia que añadir el espanto que en nosotros produciria si fuera posible que una inteligencia matemática pudiera reunir todos los datos y presentarnos el resultado ó la solucion de este problema: ¡qué esfuerzos hechos por la inteligencia humana, ocupándose, durante un número de siglos, con especialidad de asuntos que eran juegos de pura imaginacion ó deseos de amoldar lo que la ciencia oscuramente y con grandes trabajos descubria, á principios que estaban bien léjos de ser verdades demostradas y que se tomaban como fundamentales, axiomáticas é indiscutibles; que pudiera asímismo calcular los vicios que ha adquirido el entendimiento humano, y que, trasmitidos por la ley de la herencia orgánica, pesan aun sobre las generaciones presentes y que pesarán en las que hayan de sucedernos! Y si dichos cálculos serian importantísimos por lo que á la inteligencia del hombre se refiere, no lo serian ménos por lo que hace relacion á su moral, y á lo que, con más ó ménos exactitud, se llaman condiciones de carácter. No hay virtud ni hay propia dignidad cuando el hombre no tiene la energía necesaria para manifestar con completa y absoluta franqueza su opinion sobre cuanto existe. Ese fondo de cobardía, que, trasmitido por la sociedad en que vivimos y por la ley de la herencia nos obliga á ocultar ó disimular la verdad de nuestros sentimientos, conduce directamente, si no á formar una sociedad de malvados, por lo ménos de esa clase de néutros que constituyen el núcleo y la gran mayoría de todas las capas sociales, para los que su grado de franqueza y de veracidad depende del provecho ó de los inconvenientes que juzguen pueda acarrearles. Muchos siglos de sujecion en los que la expresion de la manera de sentir ó de

pensar tenia que ocultarse ó disfrazarla, engendraron sin remedio algunos vicios de carácter, que, trasmitidos de generacion en generacion, tardarán mucho en desaparecer. Sólo la completa tolerancia y el respeto á la extraña opinion, que produce el ejercicio de la libertad, podrán producir en todos el conocimiento de que un hipócrita es cien veces más perjudicial á la sociedad que aquel que, aunque extraviado en sus opiniones, tiene la franqueza de sostenerlas virilmente.

Los israelitas, que en tan gran número habian vivido en la Alejandría y tan eficaz y activa parte habian tomado en la escuela que lleva aquel nombre, tardaron poco en inculcar á sus amigos, vencedores y discípulos á la vez, la conveniencia de seguir los pasos de aquella célebre escuela que fué para Europa la iniciadora de todo saber científico. En la época á que nos referimos estaban desterrados aquellos estudios de toda ella, porque, segun la opinion general de los que dirigian la enseñanza en aquellos tiempos, los trabajos de dicha escuela eran creaciones demoniacas, ó por lo ménos fragmentos del paganismo. Como consecuencia necesaria de lo dicho, tuvieron tambien los israelitas la gloria de convencer pronto á sus nuevos aliados de la gran conveniencia y necesidad de ir á buscar en los libros de la civilizacion helénica los principios y fundamentos de todas las ciencias entonces conocidas. Como tenian la fortuna de sembrar en buena tierra, el recto sentido y la gran inteligencia de los árabes tardaron poco en traducir á las diferentes lenguas todo lo que pudieron haber á las manos que á artes, ciencias, literatura, á todos los ramos, en fin, del saber, se referian.

No sólo consiguieron los israelitas vivir en buena armonía con los árabes, con cortísimas interrupciones como las persecuciones de Granada en 1063 y de Córdoba en 1157, que fueron políticas y no de carácter religioso, sino que por la fuerza que tiene el ejemplo, por la superioridad de su saber con relacion á los cristianos de la reconquista, figuraron en todas las córtes de aquellas monarquías en que estaba dividida la Península. Más de un Código y monumento que aun hoy se encuentran en vigor y que llevan el nombre de reyes que sobreponiéndose á las preocupaciones que los rodeaban, deseaban ante todo ilustrar y gobernar bien á sus pueblos, son obra principalmente de algun israelita.

Y no sólo figuraban al lado de los reyes, sino tambien en las córtes de los grandes señores. Y aunque la tolerancia y respeto á su saber no fuera tan grande donde dominaba la ortodoxia como lo era bajo el Gobierno de los árabes, y aunque tuvieron que sufrir algunas persecuciones y quemas por nigrománticos y hechiceros, siguieron ejerciendo su poderoso influjo hasta que de Granada fueron expulsados los últimos restos árabes. El dominio absoluto y sin competencia de la Iglesia ortodoxa, su intolerancia, la de la aristocrática avaricia, la manera pronta de pagar los nobles deudas que sus vicios y conducta disipadora les habia hecho contraer, la concupiscente ignorancia y grosería del pueblo, la interesada complicidad de los reyes, y la sórdida crueldad de la Inquisicion, determinaron contra los hombres de aquella raza actos de tal barbarie y con tan infernal constancia continuados, que apenas puede compararseles más que con la inconcebible decadencia que habian de producir á esta España como justo castigo á su ceguedad. Para coronar esta obra de exterminio, vino la expulsion de ochenta y cinco mil israelitas sólo del reino de Castilla, cien mil de Sicilia, y añadiendo á estos los de Aragon y otros puntos del reino, fueron arrojados en diferentes épocas del dominio de España más de millon y medio de personas de las que más valían por su saber y laboriosidad.

Dado el tanto por ciento medio de aumento de la poblacion israelita y el número de años trascurridos desde que aquellos hechos fueron llevados á cabo por Fernando el Católico y sucesores y la teocracia del mismo nombre, es facilísimo deducir, por una regla elemental de interés compuesto, el número de habitantes que hoy tendria la ibérica Península, que sería, á no dudarlo, una de las naciones más poderosas y más ricas. Y decimos de la Península Ibérica, porque Portugal, ya que se informára en los mismos sentimientos, ya por el contagio del ejemplo, ya porque no quisiese quedarse tras de España en eso de hacer méritos para el cielo, siguió la misma ruinosa y malhadada conducta que aquella le habia enseñado.

A grandes rasgos hemos indicado algunas de las cualidades de la raza israelita, que tan alto colocan su inteligencia y su constancia en el trabajo, y á ellas debemos añadir su sobriedad, que se halla á la altura de su constancia. Algunas imperfeccio-

nes que los hacen poco simpáticos con las otras razas al lado de las cuales viven, son debidas, sobre todo, á los efectos engendrados por la constante persecucion en que han vivido durante tantos siglos. Así se explica su avaricia, su exterior de pobreza, su falta de franqueza y cierto misterio que va unido siempre á su conducta. Y al mismo orígen se debe, aunque no compense estos defectos, que el comercio les sea deudor de la invencion de la letra de cambio y varias operaciones, que tanto habian de ayudar á ese elemento poderoso de los tiempos modernos, que se llama crédito. Como en la mayor parte de los países donde han estado y están establecidos, la ley les prohibe adquirir bienes inmuebles, de aquí su deseo de atesorar; y como aun para los inmuebles no tenian gran seguridad se han visto precisados á buscar medios de hacer remesas de grandes capitales sin acudir al trasporte directo de la moneda. No se crea por esto que desdeñaban la agricultura en los países donde á ella podian dedicarse con alguna seguridad, como lo demuestra hoy mismo varios puntos de Europa donde se hallan establecidos. Como una prueba de lo que influyen las leyes y las costumbres sobre el mejoramiento ó decadencia de las razas, puede citarse á los israelitas. Están de acuerdo hoy los médicos más notables en que los numerosos casos de tísis que se notan entre ellos, al parecer en absoluta contradiccion con las notables condiciones físicas que los distingue, se explican por los enlaces ó cruzamientos de sangre dentro de la misma familia. Mucho tiempo antes de la toma de Jerusalen se hallaban ya esparcidos por Grecia, España, Africa y Asia; de suerte, que desde los primeros albores de la historia se notan en ellos dos tendencias aparentemente contradictorias: una de ellas, el gran esparcimiento de la raza por todas partes; y la otra, á no olvidar jamás la pátria de orígen. De tal manera es esto cierto, que, á pesar de hallarse en tiempo de la dominacion romana esparcidos por los puntos ya indicados, no bajaba el número de los que ocupaban la Judea de cinco ó seis millones de hombres. Y sólo así se explica la tenaz y heróica resistencia que presentaron á las legiones romanas y las repetidas sublevaciones, despues de matanzas en número tan considerable como las verificadas en tiempo de Tito y otras de que ya hemos hablado. Al presente, el número de los que habitan la

antigua Judea no excede, segun las estadísticas hechas por los ingleses, de unos 150.000, número muy inferior, si se tiene en cuenta las subvenciones que allí envian los establecidos en los diferentes continentes.

Cuando los ingleses conquistaron la India, encontraron en diferentes puntos del país comunidades judías establecidas de siglos atrás; pero no se tienen hasta ahora datos bastantes para poder calcular el número de los que existen en las Islas orientales, y sólo en puntos determinados, como en la ciudad de Pombay, la de Calcuta y alguna otra, se ha podido hacer el censo. Así, en la primera existian en 1864, 2.872; en la segunda y en la misma época se calculaban en 681, de los cuales 468 eran adultos, repartidos de la siguiente manera: 240 hombres, 228 mujeres y 213 niños de ménos de diez años; de éstos, 111 pertenecen al sexo fuerte y 102 al femenino.

Como se vé, el número de hombres es mayor que el de mujeres, lo cual, como es sabido, indica vigor en la raza. Pero, lo más notable en ellos, la condicion más saliente fixiológicamente hablando, es la fecundidad. De suerte que en las ciudades citadas, la poblacion de orígen europeo se sostiene por la inmigracion constante, puesto que el número de defunciones excede al de nacimientos. Así por ejemplo: en 1866, los cristianos tenian para 796 nacimientos 1.257 defunciones; los musulmanes para 1.501, 6.612; los indios para 3.631, 15.343; los israelitas para ocho nacimientos siete defunciones. Luego veremos que en los países de Europa de razas más vigorosas como Alemania, el número de nacimientos por cada 100 habitantes, es mayor en los israelitas que en la raza germana. El imperio chino, que tanto tiempo estuvo cerrado á los hombres de otras naciones, hizo sin duda una excepcion con los israelitas, pues, segun los informes últimamente dados á luz por un célebre estadista inglés, hay, en lo que se llama el imperio del medio, provincias enteras en las cuales la raza dominante es aquella. Se les encuentra en Africa esparcidos á todo lo largo del Mediterráneo y del Océano, ocupando, además, todas las grandes ciudades donde hay algun comercio; y, lo que es más notable todavía, se hallan en número no escaso en el mismo Atlas, mezclados y viviendo en buena armonía con los berbers ó antiguos habitantes, y sólo

la colonia francesa, la Argelia, tiene, segun los últimos censos, de 80 á 100.000 israelitas, si bien, relativamente, abundan más en Marruecos.

Las estadísticas inglesas prueban que de año en año aumenta la inmigracion de israelitas en la Australia, así como el grado de riqueza y prosperidad que alcanza la mayor parte de los allí establecidos. En los países libres, como en los Estados-Unidos, en los cuales son absolutamente iguales ante la ley que los de otros pueblos de orígen y religion diferente, es más difícil hacer el recuento exacto del número de israelitas que existen en la nacion; pero, áun allí mismo, en medio de aquella febril actividad, se hacen notar por su constancia en el trabajo y la facilidad de enriquecerse. En las otras naciones americanas de orígen español y portugués, existen en mayor número de lo que arrojan los datos oficiales, como se comprende bien si se tiene en cuenta que, á consecuencia de nuestra intolerancia, fueron allí muchos durante nuestra dominacion, que eran en apariencia cristrianos, si bien, en secreto, profesaban su antigua religion.

En las colonias holandesas, especialmente en alguna de ellas, donde tuvieron cierta autonomía para gobernarse por sí mismos, se rigieron democráticamente hasta que, pasando á poder de los franceses, la intolerancia religiosa de éstos los expulsó del país, donde habian llevado la riqueza y la civilizacion. Si de los otros continentes pasamos á Europa, se vé por los últimos censos publicados que existen en Rusia, 2.621.000; en Austria-Hungría, 1.375.000; en Alemania, 512.000; en Francia, 49.000; 70.000, en Holanda; 50.000, en Inglaterra; 35.000, en Italia; de 3 á 4.000, en España, y 275.000 en Rumanía. Pero estos datos, especialmente los que á España, Portugal y Francia se refieren, son á todas luces inexactos y muy inferiores á la realidad, particularmente en nuestro país, donde tantas persecuciones han sufrido, y donde, desde la inauguracion de la época liberal, aunque con perturbaciones é intrigas, tan tarde se llegó á la libertad de cultos para ser prontamente modificada en sentido restrictivo por una meticulosa tolerancia. Natural y lógico es, por lo tanto, que los que hasta ahora habian vivido profesando en secreto sus creencias y tomando todas precauciones para no

ser descubiertos, no se hayan dado ninguna prisa á hacer público su orígen y religion. Ya veremos en el curso de estos estudios que no sólo han influido de una manera importantísima en nuestro modo de ser, sino que en muchos puntos, ya que no en todos, su sangre se ha mezclado con la de otras razas, encontrándose hoy mismo fuertes vestigios de sus cualidades y defectos.

La docta Alemania que, como es sabido, es la que trata con más cuidado esta clase de estudios, busca los medios de aproximarse á la exactitud en todo lo que á la estadística de la poblacion se refiere. Como la republicana y adelantada Suiza, hace más cortos los períodos entre uno y otro recuento, y gracias á tal sistema, podemos suministrar, entre otros datos importantísimos los siguientes: de 1816 á 1825 el aumento de la poblacion de orígen germano ó escandinavo ha sido de 18'78 por ciento; el de la familia israelita, en el mismo período, el de 21'02. De 1825 á 1834, el aumento por ciento de los primeros, 10'22; de los segundos, 14'82. En los siguientes nueve años: de 14'52 los primeros, de 17'34 los segundos. En los cinco años posteriores: de 4'15 los primeros, 4'03 los segundos. Al año despues: 1'35 los primeros, 1'04 los segundos. Por no molestar al lector y no hacer la estadística más pesada, no continuamos poniendo todos los datos obtenidos; pero todos ellos demuestran la importancia de la ley, prescindiendo de alguna perturbacion puramente accidental.

De todo lo expuesto se deducen varias consecuencias. Hé aquí las más importantes. Primera: la familia israelita tiene una facilidad de aclimatacion de que carecen las razas más privilegiadas, lo mismo de Europa que de Africa y Asia. Segunda: tiene la ventaja, no pequeña, de ser inmunes para cierta clase de epidemias que hacen que los hombres más robustos de Europa no puedan vivir en ciertos países. Tercera: que su fecundidad es mayor que las de las otras razas, con las cuales están al contacto. Cuarta: que el número de defunciones en las primeras edades de la vida es menor en la familia israelita que en las otras de diferentes orígenes. Quinta: no abandonan los países donde encuentran facilidad de dedicarse á la industria y al comercio, aunque sean peor tratados, con relacion á otros puntos, y á

pesar de sus instintos liberales, nunca desmentidos, como no sean obligados. Sesta: su prosperidad aumenta á la par que la poblacion.

No es nuestro propósito, ni entra en nuestro cuadro, hacer un resúmen más minucioso de una raza dotada de cualidades tan especiales. El constituir ésta uno de los elementos que más poderosa influencia ha ejercido en la accidentada historia de la Ibérica península, al objeto de poner más de relieve el grandísimo pecado que hemos cometido con nuestra intolerancia y persecuciones, y, sobre todo, con aquellas tan insensatas como anticivilizadoras expulsiones que han dado por resultado que lleváran á otros países, más prósperos hoy que nosotros, su riqueza, su industria y su aficion al trabajo y á la economía, han sido la causa de que nos hayamos detenido un poco más de lo necesario. Baste decir, para vergüenza nuestra, que varios de los expulsados de España fueron á pedir amparo á los turcos: en estos se encontraba más tolerancia y mayor respeto. El pecado ha sido enorme; la penitencia es dura y prolongada. Pasarán aún algunas generaciones antes de que desaparezcan las funestas consecuencias de aquellos punibles actos.

Gentes interesadas, ó cegadas por la preocupacion, han sostenido y sostienen, y han hecho concebir á la masa ignorante, á esa inmensa mayoría de las naciones, que sobre la raza israelita pesa la maldicion de Dios. Habremos de convenir que, si tal maldicion es cierta, la Divina Providencia no ha sido, ni con mucho, tan cruel como la suponen sus intérpretes. Dudoso es que haya hoy ninguna nacion ni persona ilustrada que no desee que los hombres de su pátria posean las cualidades, así físicas como morales é intelectuales, de la raza que nos ocupa.

Roma, al desaparecer, dejó trás de sí su lengua, su literatura, sus teorías de derecho, de propiedad, etc., y la religion que domina hoy en casi todos los pueblos de Europa. Por la teoría de la perpetuidad del movimiento, dicho se está que éste, como todos los actos llevados á cabo durante su período de conquista y dominacion, no pasaron á la historia sin dejar su influencia, ó lo que es lo mismo, una fuerza que, combinada con otros factores y otros hechos, así en el terreno moral é intelectual como en el físico, habia de producir forzosamente la resultante que

señalaria uno de los términos de la série evolutiva por donde pasan los pueblos. En el caso concreto que nos ocupa, la influencia en el porvenir de la Península ibérica, aumenta hasta el punto de ser poco ménos que decisiva. En efecto, la evolucion más notable, la que determina lo que pudiera llamarse los fundamentos de la nacionalidad ibérica, ha sido implantada aquí por Roma. La lengua latina, más ó ménos alterada, fué la que se habló en todo el Occidente de Europa y, por consecuencia, en la Ibérica península. Y no solo siguió dominando en la formacion de los idiomas modernos, que pudiéramos llamar nacionales, sino que estos mismos se formaron teniendo por base fundamental la lengua del Lacio, hasta el punto de que varios escritores de la familia teutónica miran las lenguas italiana, portuguesa, francesa y española, como sus dialectos.

Cierto que en todas ellas se encuentran vestigios de otras, como son la griega, la hebráica y la hablada por los antiguos habitantes; pero de esto ya nos ocuparemos en ocasion oportuna. Por de pronto, basta solo á nuestro propósito añadir que el latin fué declarado lengua sagrada, y no hubo pequeñas resistencias que vencer de parte de algunas corporaciones para la formacion de los idiomas modernos. Hasta hace muy poco tiempo el latin se escribió en las obras de alguna importancia en cualquier ramo del saber humano, no sólo en todas las naciones de Europa que formaron en un dia parte del vasto Imperio, sino tambien en aquellos mismos países que no habian sido dominados por Roma. Hoy mismo, con más ó ménos razon, forma parte importante de la educacion de la juventud estudiosa, sin contar con que es la base indispensable para ciertas profesiones ó carreras protegidas por el Estado, y su estudio punto ménos para el que quiera conocer, siquiera sea medianamente, la estructura de nuestra lengua. Si una cosa tan importante para la unidad nacional es el órgano por medio del cual se comunican las ideas, y que nos lo han legado los romanos, algo análogo sucede con el derecho escrito que arregla y determina la manera de ser de la propiedad y toda clase de relaciones entre los indivíduos. El derecho romano, que en puridad hablando pudiera llamarse bizantino, ha formado la base del derecho escrito de las naciones modernas, incluso de aquellas que Roma

no habia subyugado, constituyendo hoy mismo parte principal de los estudios de todos los jóvenes que se dedican á la profesion que mayor número de indivíduos cuenta en las naciones. La religion dominante en toda Europa, la que, incluyendo las sectas disidentes, informa toda la civilizacion moderna; nació, se desarrolló, se modificó y pasó por cada una de las alteraciones por que atraviesan todas las religiones superiores al reemplazar las antiguas y arraigarse en países con razas, y medios sociales y climatológicos distintos. La moral misma, unida unas veces por las creencias religiosas, separándose otras, ya inclinadas en las fórmulas del derecho escrito, ya formando los sentimientos de un pueblo y sus costumbres, ya propagadas por poetas y apóstoles, ya impuestas por la moda y la fuerza; forman tambien parte de la herencia que nos ha legado Roma.

El sentido etimológico de la palabra literatura que, como saben nuestros lectores, viene de letras, ha tenido diferentes acepciones, segun los grados de civilizacion por que pasaban los pueblos; así es que en su orígen simplemente significaba conocimiento del alfabeto. Más tarde comprendió la gramática y la retórica. Y andando los tiempos, sin que aun hoy haya desaparecido por completo, estaban de cierta manera comprendidos con este nombre todos los poetas, historiadores y filósofos. Como no hay ramo del saber que no tenga su carácter de literatura peculiar, con propiedad pudiera decirse que la de un país ó de una época dada, está compuesta del conjunto de lo dicho y escrito en toda clase de conocimientos en cada período histórico. Hoy mismo se hace una division entre lo que se llama bella literatura y las otras producciones del entendimiento humano.

No creemos necesario entrar en apreciaciones ó hacer un estudio especial de la literatura romana, bajo el punto de vista puramente estético. Y la razon de no creer en esta necesidad, es sencilla: sobre ella se ha escrito más de lo que pudiéramos decir en estos modestos estudios. Tambien se deduce de lo anteriormente expuesto que, dada la escasa aficion de Roma á las ciencias que, con más ó ménos exactitud, se llaman hoy positivas; dado el alejamiento de lo que pudiéramos llamar el siglo de Pericles y la gran decadencia de la civilizacion griega, al ser reemplazada por la romana, lo que hay que analizar, si-

quiera muy brevemente, son las doctrinas de oradores, poetas, historiadores y filósofos de esta última civilizacion, en su período de mayor altura y en su decadencia, los sentimientos morales que prepararon el advenimiento del Cristianismo, y la propagacion de algunos de ellos convertidos poco ménos que en dogmáticos. Así lo exige la creencia superior de que si no habia de acabar por completo con las anteriores sí, de sufrir modificaciones hasta el punto de apropiarse algunas ideas y concluir otras por desaparecer como cuerpo de doctrina.

El siglo de oro de la poesía latina fué el de Augusto, al cual dan nombre los dos insignes poetas Horacio y Virgilio. Ambos, en magníficos versos, que todos nuestros lectores conocen, defendieron la paz y anatematizaron la guerra. Despues de las catástrofes de las luchas civiles en que los dos habian tomado parte, más ó ménos activa, natural era que dos génios como aquellos expusieran con vigor la opinion y el deseo de todos los habitantes del imperio. Sin embargo, los puntos de vista bajo los cuales deseaban la paz, eran distintos. El primero defendia la interior por motivos de puro y aun exclusivo patriotismo, á pesar de manifestar su deseo de que la juventud se instruyera en el manejo de las armas para que pudieran combatir con ventaja á parthos, persas y otros enemigos del Imperio. El segundo, dominado por el espectáculo de vastos dominios, compuestos de naciones que antes se hacian guerra sin trégua, manifiesta el mismo entusiasmo por la paz, pero con miras más levantadas y universales y de una moralidad más pura, pues sostenia que los hombres, por la cualidad de tales, deben guardarse consideracion y no combatirse, asegurando que los leones y tigres son mejores que ellos porque no se combaten unos á otros. El error craso que aquí comete el poeta al sostener que aquellos animales no se combaten entre sí, consiste en que, sin duda, sus estudios no eran muy profundos en historia natural y no habia llegado el tiempo aún de que fuera una verdad indiscutible la gran ley de la lucha por la existencia. Claramente aquella nos dice que, sin exclusion, todas las especies se combaten constantemente unas á otras y, además, entre sí por su conservacion y la del indivíduo, Pero, aparte de este error, que pudiéramos llamar de ciencia, la moral predicada por el poeta, que era en el

fondo la fraternidad humana, tenia una extension é importancia tales, que habian estado lejos de alcanzar sus predecesores griegos y romanos. Su amistad con Augusto y la preocupacion de que la nueva subjecion á un amo habia conducido á la paz, produjeron en la fantasía del poeta la creencia de que el imperio romano, si no abrazaba, abrazaria toda la tierra. Expresábalo así, manifestando la esperanza de que algun jóven que habia venido al mundo daria paz á los hombres, no faltando quien, en su gran entusiasmo por la buena nueva, haya querido ver en estas palabras una profecía de la venida de Jesucristo. ¡A qué enormes errores conduce la imaginacion exaltada, siquiera sea por el entusiasmo! Y, en efecto, el poeta hablaba de Augusto; Los otros se referian : l Mesías nacido en Nazaret. La comparacion no era ni siquiera posible.

Intentar separar las creencias y la filosofía y moral de un pueblo, de lo expuesto por sus poetas y escritores de más talla, seria punto ménos que intentar la separacion de la sombra de él cuerpo. Y tampoco es raro ver que escritores muy inferiores á otros como poetas, les aventajan, sin embargo, por la profundidad de sus pensamientos ó lo sublime de su moral. Así se verificó en el asunto que estamos tratando: los que pudiéramos llamar poetas filósofos estaban muy lejos de rayar á la altura de Horacio y Virgilio. Su filosofía estaba aun más distante de tener la profundidad de la griega, pero en cambio, tenian miras más universales y sus reglas de moral eran las que más tarde con el nombre de cristianas, habian de informar la civilizacion. Buen ejemplo de esto nos lo presenta Sirus, que si bajo el punto de vista de autor ocupa un lugar no muy preferente, por compensacion, sus máximas de moral son de tal excelencia é importancia como pueden deducirse de las que siguen: "Espera de otro lo que hayas hecho con él;" "Mejor es recibir que hacer injurias;" "Perdona frecuentemente á los demás: jamás á tí mismo;" "Debe llamarse malo el que no es bueno más que por el interés;" y otras varias, en el mismo sentido, que no estampamos aquí en obsequio á la brevedad.

El espectáculo de las guerras civiles, y de las venganzas y ruinas que llevan tras sí, habian producido, como es natural, un sentimiento profundo de horror á las conquistas y sus cau-

dillos, el deseo de la paz y hasta el desconocimiento, más de una vez, de lo que á aquellas debia la civilizacion. Como acontecer suele, de un abuso se pasaba á otro. Buen ejemplo nos suministra Lucano, pariente de Séneca, que no era en el fondo más que un declamador sin profundidad; pero que, iniciado en la filosofía de su tio, se declaró enemigo irreconciliable de la guerra y de los conquistadores, tratando á Alejandro de bandidido afortunado, mónstruo, plaga y astro del mal, sin cuidarse para nada de lo que habian contribuido á la civilizacion griega, y por consiguiente á la romana, las conquistas del héroe macedónico. El mismo camino, aunque con moralidad más levantada, siguió Séneca el poeta, cuyas comedias atribuyen algunos al filósofo del mismo nombre. Aparte de los anacronismos que se notan en el lenguaje puesto en boca de sus interlocutores, no sólo muestra el deseo y la esperanza de una paz perpétua, sino que, separándose de la escuela estóica, que creia que la humanidad, varias veces regenerada, caeria en los mismos errores y vicios que anteriormente, y de la tradicion de los anteriores poetas que, como Horacio, sostenian que los padres eran mejores que los hijos, y éstos, á su vez, mejor que sus descendientes; anuncia un lisonjero y brillante porvenir y una humanidad más feliz y regenerada. Séneca va más adelante: sostiene la perfectibilidad humana, como lo hicieron á fines del siglo pasado Diderot y los otros enciclopedistas, y á ella se debió, sin duda, que estos se mostráran tan partidarios suyos. Hacia más: anunciaba en sus obras que algun dia se descubririan países muy lejanos, de los cuales los hombres no tenian idea.

Habia en esta antipatía á la guerra, en este sentimiento general, dos factores que indicaban cosas bien diversas: el uno, representado por la mayor dulzura en las costumbres, un concepto más ó ménos oscuro de fraternidad entre los hombres, y por consiguiente un elemento de una civilizacion superior; y el otro por un deseo de placeres, de reposo, de holganza, de afeminamiento, y un exagerado sentimentalismo que tan fatal es á los pueblos. Como quiera que ello sea, el horror á la guerra y á los conquistadores que Ciceron expresaba tímidamente, quejándose, no sin egoismo, de que la gloria de los hombres de armas fuera mayor que la de los civiles, toma la forma satírica y des-

preciativa en Juvenal, como se pone de manifiesto en la descripcion que hace de Annibal, del cual dice que no pudiendo contener su ambicion dentro del Africa, subyugó la España, salvó los Pirineos y los Alpes, y vencedor en Cannas, intentó llevar sus soldados á destruir la Ciudad Eterna; que, rendido al enemigo más tarde, humildemente esperó á la puerta del palacio que el tirano de Vithimia le diese hospitalidad, y que, por último, vencido en su propia pátria, no tuvo ni siquiera el consuelo de morir peleando. Juvenal, dirigiéndose al héroe africano, le pregunta: ¿cuánto pesan tus cenizas? ¿Qué parte de la tierra ocupa tu sarcófago? El poeta, llevado por su antipatía á los conquistadores y á la tiranía de la espada, olvida que el célebre capitan cartaginés luchaba por lo que hasta ahora los hombres han mirado como la causa más noble: la defensa de la pátria. Sin embargo, en medio de los epígramas no olvidó el poeta sostener que la mayor gloria no se alcanza por la victoria, sino por la clemencia usada con los vencidos.

El epicurismo no era en realidad otra cosa que la manifestacion por medio del arte divino de la poesía de los sentimientos que dominaban el pueblo romano, sus deseos de placer y de refinamiento, y lo que no es ménos digno de tenerse en cuenta, el completo excepticismo que todo lo avasallaba. Aquel sistema filosófico indicaba claramente que en Roma, como habia acaecido en Grecia cuatro siglos antes de la era cristiana, y como ha sucedido muchos siglos despues, el molde de las antiguas religiones era estrecho para contener aquel estado de civilizacion. No les quedaba, pues, más remedio que modificarse grandemente ó ser reemplazadas por otra religion superior en armonía con una civilizacion más adelantada, hasta que un dia esta dejára atrás los dogmas religiosos. En este caso no quedaba más que uno de los dos términos del dilema: ó las sociedades se estancaban, y por ende, morian; ó la nueva creencia sufriria la suerte de todas las que la habian precedido.

El discípulo del epicurismo, Lucrecio, suplica á la diosa Vénus que se valga del ascendiente que tiene sobre Marte para que deje de inspirar á los hombres los sentimientos de venganzas, de combates y de violencias, induciéndoles á la dulzura de la paz y del amor, y á que, en lugar de matarse unos á otros,

se ayuden para gozar lo más posible de los beneficios de la vida. Es decir, que todos ellos, por diferentes caminos, aspiraban á reemplazar las costumbres guerreras por otras más dulces y fraternales. Las sátiras de Lucrecio y sus epígramas contra las religiones entonces conocidas, indujeron á algunos á creer que era un materialista. Con arreglo á lo que la ciencia entiende en la actualidad por materialismo, no podia en rigor dársele aquel epíteto; pero no es este el lugar ni la ocasion oportuna para entrar en un análisis profundo del materialismo y el espiritualismo. Por ahora, baste dejar consignado que ninguna de las religiones superiores que mayor influencia ejercieron en la familia humana ha dejado de participar, en gran manera, de uno y otro. De todos modos no puede negarse á Lucrecio que, cualquiera que fuera su manera de pensar, sustentaba en algunas de sus obras una moralidad más alta y más severa que la que hasta entonces habian sostenido las religiones conocidas: bien lo manifiesta claramente en aquellas palabras: ¡Es posible que las religiones hayan inspirado al hombre tanta barbarie!

La impulsion estaba dada. Todos seguian el mismo camino, pero acentuando cada vez más el deseo de la paz y la idea de solidaridad en todos los hombres. De ello son buen ejemplo Ovidio y Tibulo. El primero sostiene la paz á toda costa para que con ella vuelvan á la vida los campos de Italia, despoblados por la guerra. Dirigiéndose á los labradores, por quienes muestra gran interés, les dice que la diosa Céres, su protectora, ama la paz; que se dirijan á ella suplicándola se la conserve y que tengan en cuenta que esto no puede ser más que con el imperio.

El segundo anatematiza con dureza la guerra, dice que la inspira la sed de oro y el deseo de rapiña, apostrofa enérgicamente al inventor de la espada y otras armas, puesto que no ha hecho más que facilitar el camino de la muerte, asegura que los tigres y leones son unos destructores inocentes comparados con el hombre; y cree, como Ovidio, que sin el imperio no hay más que el cáos y el fin del mundo. Esta idea habia hecho mucho camino en Roma, y es bueno tenerlo en cuenta, puesto que, más tarde, fué tomada como artículo de fé por una secta disidente conocida con el nombre de los milenarios: tan cierto es que las religiones no hacen, en gran parte, más que dar forma

dogmática á las creencias ó preocupaciones de los pueblos.

Admirable es en todos los tiempos el furor de agradecimiento que se apodera de los pueblos poco viriles, en momentos dados, hácia el amo que por la fuerza les ha sido impuesto, y que no hace otra cosa, cuando mejor se porta, que seguir el camino que las circunstancias y la opinion pública le imponen, y cuya marcha le es dictada por el egoismo, ó por otra causa que al hombre nada ennoblece. Los pueblos, en su ceguedad, en su cobardía ó en su servilismo heredado, atribuyen la impulsion que la sociedad se dá á lo que, en rigor, no sirve más que para contenerla ó perturbarla.

La decadencia material partió del centro á las provincias, y la inspiracion de las musas siguió el mismo camino. Durante algun tiempo suplieron la falta del génio romano dos poetas españoles, que si bien no rayaban á la altura de Horacio y Virgilio, llegaron á galvanizar aquel cadáver, haciéndole recordar mejores épocas. Pero todo fué inútil: la decadencia concluyó por invadir todas las partes del imperio ¡Qué importa que Sillius Itálico cantase las guerras púnicas, haciendo sobresalir la clemencia de Marcelus al tomar á Siracusa, por encima del heroismo del soldado, y patentizando que las guerras de los buenos tiempos de la república eran ménos destructoras que la paz del imperio!

Si el hombre abunda siempre en contradiciones, estas son más frecuentes en las épocas de transaccion y de decadencia. El mismo poeta que con tal franqueza y valentía criticaba aquel estado de Roma, sostiene que toda la tranquilidad de que gozaba el imperio era debida á la bondad del dios que ocupaba la primera magistratura, que por su gran sabiduría podia ó habia sabido contener los furores y pasiones de los hombres. El dios al que tan sin mesura el vate incensaba, era Domiciano. Todo está dicho; no se necesitan comentarios. La Italia, que habia sido convertida de verjel delicioso en campos improductivos, fué tambien abandonada por las musas. Los siglos IV y V de nuestra Era no produjeron un poeta que sea digno de mencion: una comprobacion más de que cuando las naciones decaen lo hacen en todos los ramos; desde los que significan su fuerza y poderío y el vigor de su inteligencia, hasta los que parecen con ellos ménos relacionados.

Si importante era, para explicar los hechos, las grandezas y decadencias del imperio ibérico, conocer, siquiera fuera someramente, los sentimientos, creencias y moralidad que el pueblo-rey habia de legar al desaparecer, á la pirenaica Península, no lo es ménos echar una mirada, siquiera sea muy á la lijera, sobre el criterio que informaba á los historiadores de la república y del imperio: así lo exigen las tradiciones de la Iglesia que tanto dominó por mucho tiempo, y de una manera exclusiva, la educacion literaria de la juventud, y la manera con que hasta ahora, y aun hoy mismo, en todos los países cultos se viene escribiendo la historia, calcada del modelo romano. Algunas palabras necesitamos decir, por lo tanto, sobre los historiadores de más nombre.

Entre los antiguos, sobresalen en la manera de escribir dos puntos principales, sobre los que debe llamarse la atencion, con tanto mayor motivo, cuanto que la moda á que aludimos está muy léjos de haber tocado á su desaparicion. Son: primero, las creaciones retóricas, admirables por su galanura y buen decir, que los historiadores ponen en boca de los héroes y caudillos en los momentos de mayor peligro ó decision, en contradiccion suma con el estado emocional en que debia encontrarse el personaje; y esto sin contar con la anomalía de atribuir sublimes máximas ó sentencias á un bárbaro que escasamente podria hacerse entender en su propio idioma. Tuvo esta moda ó costumbre por orígen el método empleado por los antiguos de expresar su sentido ó sus opiniones, ya atribuyéndolo á un sér sobrenatural cuando se trataba de la religion que uno de los grandes reformadores queria imponer, ó ya colocando en boca de un caudillo ó héroe afortunado la crítica que el historiador creia necesario hacer de los hechos más salientes de la moralidad, de los sentimientos ó de la conducta de un pueblo. El otro punto digno de consideracion que hemos señalado, y cuyo análogo hemos visto, tratando de la bella literatura, consiste en que, cuanto más notables eran los historiadores romanos, tanto más grande, pero tambien más injusto, era su patriotismo. Esta cualidad ó defecto continuado por el orgullo nacional unas veces y no pocas por el espíritu de secta, es lo que ha contribuido grandemente, no sólo á alterar la verdad histórica, sino á que

hoy carezcamos de los datos y antecedentes necesarios relativos á la civilizacion y manera de ser de los pueblos que por Roma han sido subyugados. Por la misma razon, más tarde no se hallará nada nuevo que corresponda á pueblos ni indivíduos que hayan sido adversarios ó disidentes de la ortodoxia dominante. Y hecho digno de atencion es que, cuando algun historiador latino se eleva de los prejuicios de un estrecho patriotismo, este historiador no pertenece á los de primera línea: Salustio, Tito Libio, Tácito, Vellejus, Paterculus, Valero Máximo, Florus, Justino y otros, buen ejemplo son de ello. El primero, aquel notable escritor, valiéndose de una supuesta carta de Mithridates, modelo de buen gusto y fina crítica de toda la política romana, despues de atribuir á su héroe lo que cree digno de censura en la pátria, sostiene que Roma ha obrado siempre con arreglo á la más extricta justicia, que jamás usó de represalias, que todos los conquistados estaban sumidos en la mayor barbárie, hasta que por ella fueron llevados á la civilizacion; que en la tercera guerra púnica, Roma obró con entera buena fé, obedeciendo solo á la imperiosa necesidad; y faltándole poco para mirar como una accion meritoria la destruccion de Cartago.

Se equivocaría grandemente, sin embargo, el que, partiendo de estas afirmaciones dictadas por un patriotismo esclusivo, dedujera que Salustio era un hombre cruel: todo era ménos eso, como lo prueba que, siendo amigo de César, despues de la batalla de Farsalia le haya escrito una elocuente carta recomendándole la clemencia y el olvido de las injurias. Pero entonces se trataba de romanos, y otro era su criterio cuando se referia á las guerras de estos con los que llamaban bárbaros. Son más frecuentes de lo que parecen estas contradicciones en indivíduos que, siendo de sentimientos humanitarios y por naturaleza inclinados al bien, obran bajo un fanatismo cualquiera. La historia nos presenta varios casos de personas que se enternecian ante un padecimiento cualquiera de uno de sus semejantes y, sin embargo, condenaban á la muerte, al tormento y á la hoguera, sin remordimiento de ninguna especie y con completa conciencia de que obran bien. Sigue Tito Livio la costumbre de los historiadores griegos de poner en boca de sus héroes bellas máximas de generosidad y clemencia. Así atribuye á generales

de la república teorías y sentimientos que no habian profesado ni tenido, y que estaban muy lejos de ser conocidas en aquellos tiempos. Pero, tratándose de Roma por una parte, y los extranjeros por otra, el cuadro de imparcialidad desaparecia, y aquella era impecable: tenia siempre razon, y si alguna vez imponia á los segundos durísimos castigos, no eran otra cosa que actos de clemencia, puesto que no habia hecho más que usar del derecho que la victoria le daba. Entre otras que pudiera citarse, aduciremos la siguiente prueba. Se declara Capoa por Aníbal; el Senado castiga esta pretendida traicion haciendo morir 70 senadores, el resto son enviados presos á diferentes ciudades; los habitantes son todos vendidos como esclavos; pero la ciudad no ha sido arrasada. Y Tito Livio se extasía ante este rasgo de clemencia y generosidad de la Ciudad Eterna. En el historiador que nos ocupa, lleno de patriotismo intransigente y esclusivo, todo lo que no fuera romano no encontraba en él gracia ni perdon. Si extrañas pudieran parecer á algunos tales contradicciones, una sencilla observacion les convencerá de que tal manera de ver las cosas á través de la pasion no ha desaparecido. Encuéntranse hoy mismo, y en todas las naciones civilizadas, no escaso número de hombres, para los cuales las acciones más distinguidas ó que más enaltecen al indivíduo, son siempre reprobables, por la sencilla razon de que el que las ha llevado á cabo pertenece á otra secta ó partido. Si Tito Livio era un patriota exclusivo é intransigente, no le cedia sobre el particular el célebre Tácito, que es aún hoy la admiracion de nuestros eruditos, no tanto por su talento, que era grande, como por su excelente estilo. Se inclinaria uno á creer que el hombre que pone aquel magnífico discurso en boca de un jefe breton, obedece antes que todo á la moral y á la imparcialidad, y que estas cualidades del historiador se sobreponen al orgullo romano. Pero no es así: es exterminada una tribu germana por otra del mismo orígen, y aplaude sin reserva porque son enemigos de Roma, pidiendo fervorosamente á los dioses, que tan justamente les han castigado, que conserven siempre la rábia entre los enemigos del imperio para que unos á otros se exterminen. Persigue Neron á judíos y cristianos por el supuesto incendio de Roma, y el ilustre historiador sólo encuentra vituperable que se haya

valido de aquel medio para castigarlos; si bien en su opinion merecieron todas las penas á que condenados fueron. Especialmente los cristianos eran, segun él, una gente abyecta llena de las más rebajadas y funestas preocupaciones, que si bien con el suplicio merecido de Jesucristo se habian contenido un poco, habian vuelto á levantar la cabeza, y era necesario de todo punto exterminarlos. ¡Cuánta ceguedad en un hombre de mérito! Lo que él llamaba abyectas supersticiones habia de dominar la parte más adelantada de la humanidad, y de ella saldria más tarde la civilizacion moderna.

¿Qué importa que Patérculus estuviera muy lejos de ocupar un lugar tan distinguido como los anteriores? ¿Qué importa que se encontrase muy por debajo del brillo y esplendor de aquellos? Cierto es que el espíritu de cuerpo, digámoslo así, pudo inducirle á adular á Tiberio; pero, ¿qué importa si, en cambio, el buen sentido del soldado no le abandona jamás? La energía del hombre, acostumbrado á correr peligros, en él nunca es desmentida; juzga con imparcialidad la conducta de Roma con sus rivales, y muy especialmente en la tercera guerra púnica. Confiesa con viril sinceridad que ninguna razon ni motivo hubo para que hiciere desaparecer la capital de la república enemiga, si se exceptúa el deseo de venganza que siempre abrigó hácia su poderosa adversaria. Las tradiciones de familia y el respeto á sus antepasados, no bastan á aminorar la imparcial y enérgica franqueza de Patérculus. Y, ¡cosa extraña! á aquel hombre que los afectos más dulces á su corazon no son bastantes á separarle del camino leal y franco de decir la verdad, tal como la entendia, le hacen claudicar el orgullo del soldado, y el sufrimiento de las vergüenzas sufridas por la pátria. Patérculus es injusto cuando trata de la heróica Numancia y sostiene que su destruccion fué el merecido premio de las derrotas y vergüenzas que habia hecho sufrir á los generales de Roma. Es decir, que el heroismo y patriotismo más acendrados merecian tan duro castigo, segun él, por haber hecho una y otra vez morder el polvo á aquellos generales invasores que sólo por el derecho de la fuerza querian posesionarse de la heróica república. Pero ésta, acudiendo al mismo juez, supo patentizar á las edades futuras que, en igualdad de número, los hombres de la Ciudad Eterna eran

impotentes para hacer cara á aquellos héroes y mártires de la independencia nacional.

Floro es un historiador que, mientras juzga la política de Roma con los otros países, lo hace con acierto, prevision y viril franqueza. No duda en afirmar, por lo tanto, que la primera guerra púnica fué sostenida bajo el pretesto de ayudar á sus aliados, pero obedeciendo realmente al deseo que tenian de apoderarse de Sicilia, calificando con igual severidad la conducta de Roma en las otras guerras. Pone de manifiesto á todas luces que Corinto fué destruido por la Ciudad Eterna antes de declararle enemigo. Emplea toda la imaginacion de un hijo del suelo ibero para describir la heróica resistencia de los cartagineses. Al hablar de Numancia no olvida que por sus venas corre sangre española y patentiza la sinrazon de las causas que determinaron la agresion y felonías empleadas para faltar á los tratados que la heróica república celtíbera habia impuesto á la romana á fuerza de armas.

De Valerio Máximo, bajo el punto de vista del estilo y de la profundidad, no habia gran motivo para ocuparse. Pero hay algo en el indivíduo, como en las sociedades, que está por cima del brillo y áun de la inteligencia, y es la bondad de los sentimientos. Esto ocurre con aquel comentarista: los sentimientos humanitarios encabezan sus trabajos. Si es cierto que se admira de que Anibal haya dado sepultura al cadáver de un general enemigo, y se sorprende al pagar el Senado romano del Tesoro público los funerales de reyes á los cuales habia hecho morir de hambre en la prision, lo que prueba es, no que la moralidad del historiador era muy baja, sino que la de los pueblos progresan cuando avanza su civilizacion; y la de aquellos tiempos estaba muy léjos de ser la de los actuales. Prueba, además, que el sentimiento humanitario iba abriéndose camino á través de contradicciones, como sucede en todas las épocas de transicion en que lo antiguo que se va lucha con lo moderno que viene; pero no debemos perder de vista que si el sentimiento de los pueblos cambia, como absolutamente todo, lo hace con mayor lentitud que ninguna otra cosa.

Los pocos historiadores de que se ha hablado son más que suficientes para indicar la marcha que todos seguirán. A medi-

da que la decadencia se marcaba, perdian en su importancia, pero en ellos se acentuaban más las ideas de paz universal y de solidaridad entre todos los hombres. Así, por ejemplo, apenas merecería hablarse de Justino como historiador, si no fuera por que, haciendo más práctica la idea que antes no habia pasado de ser un sueño de los poetas, describió una sociedad imaginaria de escitas que jamás hacian la guerra ni entre sí ni á los extraños, y sólo se cuidadan de ayudarse unos á otros. Seguramente, no eran los escitas, tal como nos los pinta la historia, el tipo que debia tomarse como sociedad enemiga de la guerra; mas no por eso puede concluirse, pues existen hoy mismo, que no haya habido hordas ó tribus que ninguna actitud demostraron para guerrear. La disposicion pacífica siempre está determinada por una cortísima poblacion esparcida por una gran extension del terreno; pero precisamente, las hordas salvajes á que nos referimos, son las más atrasadas en el camino de la civilizacion, las que se hallan en un estado más primitivo.

En las épocas de evolucion, es difícil, si no imposible, que todos los ramos del saber, lo mismo que los sentimientos morales, avancen paralelamente ó con igual rapidez. En el caso que estamos tratando, tanto como aventajaban los historiadores de primera línea á los demás en la profundidad de miras y bellezas en la forma, eran superiores estos á aquellos en su amor á la paz y en sus sentimientos humanitarios. Tenian los primeros los defectos anexos á un exclusivo y exagerado patriotismo, pero tambien la virilidad y las virtudes que producen el amor á la pátria. Los segundos abundaban en miras más universales, y en vez de limitar su fraternidad á los ciudadanos del imperio y predicar respeto á todos los hombres que constituian los vastos dominios por su cualidad de ciudadanos, tan inmensos beneficios quieren extenderlos á todos los hombres por la cualidad de tales; pero, en cambio, ¡qué flojedad en su tímido cosmopolitismo! ¡Qué rebajamiento en el carácter! y ¡qué flaqueza en el ánimo indicaba este deseo de la paz á toda costa!

La paz es, sin duda, el estado normal de los pueblos, uno de los medios más poderosos para el adelanto y el progreso; pero no es cierto que sea el primero de los bienes. Una paz vergonzosa es peor que la guerra. ¿Qué es la paz si á ella ha de sacri-

ficarse la independencia, la dignidad, la amistad y el amor? En una palabra, ¿que será el hombre ó la nacion que por conservar la paz sacrifique sus creencias, sus derechos y las personas amadas que necesitan su proteccion? Desgraciada situacion la de los pueblos que todo lo sacrifiquen á la paz. Las naciones que piensan así, no están muy lejos de perder su independencia. Y los indivíduos que todo lo sacrifican á un reposo y á una paz afeminada, les falta la primera condicion de hombres: poco hay que esperar de ellos. Sin la guerra, sin el valor para la lucha, es ménos que dudoso que este sér, llamado rey de la naturaleza, hubiera constituido familia, ni propiedad, y, por ende, civilizacion, ni salido siquiera de aquel estado precario de los primeros hombres escondidos en las cavidades de la tierra, huyendo de los animales feroces, y gigantescos y hediondos reptiles que corrian por la superficie del globo.

Roma, sumergida en el deseo de placeres, debilitados sus hombres por los vicios y la esclavitud, era incapaz de producir historiadores de otro temple. Si alguno llegó á comprender que hay algo más elevado que la paz á toda costa, fué Polibio, de orígen griego, muy superior á aquellos en el estilo, en su alteza de miras y en la profundidad de los conceptos. Habiendo vivido en Roma largo tiempo, la extension de tan vastos dominios despertó en él la idea de escribir una historia universal, haciendo observar que la hasta entonces escrita por los griegos, sólo se ocupaba de Grecia y de las naciones bárbaras á ella conocidas. Creia de todo punto necesario tratar la historia de todos los pueblos, para encontrar enlace entre los acontecimientos y las leyes que la rigen. Al describir á Roma lo hace con una imparcialidad y una severidad al nivel de su entendimiento. Elevándose por encima de las preocupaciones de sus compatriotas, combate rudamente á los que sostuvieron que el héroe macedónico habia sido tirano de la Grecia; y sostiene, por el contrario, que uniendo á todos los griegos, fué el gran libertador de la pátria, porque los puso en actitud de asegurar su independencia, base fundamental de todas las libertades. Y á propósito exclama: "¿Qué libertad era esa que consistia en que varios griegos estuvieran subvencionados para combatir á sus compatriotas?" Cita varios ejemplos de la historia pátria que

comprueban su asercion, haciendo observar de paso lo vicioso de la organizacion de Esparta, que tan claramente se manifestó cuando los espartanos trataron de salvar los estrechos límites de la frontera. Sostiene que las leyes de Licurgo, y su sistema de educacion, eran únicamente útiles para la defensa del territorio, pero que no podian seguir rigiendo á las múltiples manifestaciones de la sociedad y del indivíduo. Esta libertad de juicio no apaga en él el sentimiento de patriotismo, y trata duramente á sus compatriotas porque habiendo visto formarse la nube del Occidente (Roma), no tuvieron bastante sensatez y abnegacion para unirse y conjurarla, pudiendo culpar sólo á sí mismos de que más tarde cayera sobre Grecia y la aplastára. Elevándose á una altura de que estaban muy lejos sus antecesores, se pregunta: ¿Cuál es el objeto ó fin de la guerra? ¿Cuál es su derecho? No cree en religion alguna, porque sostiene que ninguna es verdad, y que únicamente son útiles para contener y satisfacer las turbas de los ignorantes.

Como creencia, sostiene que la guerra sólo puede tener por derecho la defensa ó la utilidad; y como esto no basta á satisfacer su poderosa inteligencia, dice que debe estar limitada por lo que sea justo. Hablando de los ardides de que se vale, sostiene que solo pueden emplearse aquellos que no lastimen la dignidad y el honor. Afirma que las faltas cometidas á la fé jurada tienen fatales consecuencias para el vencedor, y como ejemplo saliente cita la heróica resistencia de los españoles. La antigüedad no conocia nada semejante á su teoría sobre el derecho de la guerra y la victoria. Para encontrar algo análogo, es preciso avanzar á los tiempos de Grocio y Puffendorf. Condena enérgicamente la costumbre de destruir árboles, mieses y ganados que pertenecian á los vencidos, y con extrema severidad el hábito de apoderarse de los ancianos y gente inútil. Dice que la guerra se sostiene con enemigos armados, pero que una vez vencidos, sólo pueden tomarse con ellos las medidas que la seguridad exijan, pero de ningun modo maltratarlos ni negarles nada de lo que es necesario á la vida, haciendo observar que sobradamente castigados quedan al pasar por el dolor de entregar las armas á sus enemigos; que la generosidad y la clemencia amortiguan el deseo de la lucha, mientras que la crueldad puede por

el momento producir espanto, pero que engendra un ódio inextinguible. Con qué acento de verdad exclama: ¡los conquistadores que despojan las ciudades de las obras de arte y monumentos para trasportarlos á su país y adornar sus capitales, ignoran, no ven que echan la base de una coalicion de todos los vencidos sostenida por el constante deseo de ir á buscar á la nacion enemiga aquellos objetos queridos que les han sido robados. Privilegio es de la verdad el ser comprobada á muchos siglos de distancia. ¡Cuánto debió pensar, en Santa Elena, Napoleon, en lo verídico de las observaciones de Polivio! Aunque acérrimo partidario de la paz, no olvida que por sus venas corre la sangre de aquellos héroes griegos, así que por su mente no pasa nada que sea cobardía. Léjos de predicarla, á toda costa, exclama lleno de viril entusiasmo: "Si la paz está por encima de todo, ¿qué precio damos á la libertad y á la igualdad? Cuando se compara á Polivio con los historiadores de edades más próximas, se siente el ánimo inclinado á dudar de la ley del progreso.

Imitador suyo fué Diodoro de Sicilia, pero sólo en lo de escribir sobre historia universal. Por lo demás, cuando se le compara al primero sólo merece el nombre de un copilador. Polivio era excéptico ó ateo; el segundo un alma completamente religiosa. El primero le aventaja inmensamente en altura de miras y en el vigor del razonamiento; pero Diodoro tenia su superioridad en el gran cariño que profesaba á los hombres: es un digno precursor del cristianismo, y pudiera pasar por uno de sus apóstoles.

Creemos lo dicho suficiente á formarse una idea de lo que eran en Roma historiadores, filósofos y poetas. Entrar en mayores detalles, saldria fuera de nuestro cuadro. Si nos hemos estendido más de lo que eran nuestros deseos, es porque, más tarde, para discurrir sobre hechos, ideas y sentimientos que decisiva influencia han tenido en la marcha del pueblo ibero, necesitaríamos tener en cuenta estos antecedentes.

Si hoy es difícil separar las ideas filosóficas dominantes de la manera de escribir la historia y de los sentimientos manifestados por poetas y literatos, lo era mucho más en la época á que nos referimos. Mas si la índole del presente trabajo exigiese

hacer una reseña de la historia de la filosofía, no tendríamos apenas que ocuparnos de lo que fué esta manifestacion del humano entendimiento en la época romana. La historia de la ciencia apenas tiene que numerar lo que se debe á aquella dominacion. Una cosa análoga sucede con la filosofía bajo el punto de vista de la profundidad del pensamiento. El génio griego dió salida á su gran actividad con la creacion de variados y múltiples sistemas filosóficos; pero los caractéres peculiares á la inteligencia y condiciones de los dominadores de una gran parte del mundo antiguo, hicieron que no sólo se mirára la filosofía con indiferencia, sino con horror y manifiesta repugnancia. El génio romano, esencialmente utilitario, se ocupaba sólo de lo que tenia más inmediata aplicacion á las necesidades de la vida, tal como las entendian, y á su sistema militar y de dominacion. Nuestros lectores recordarán que Caton sostenia que Sócrates no habia sido más que un charlatan. Verdad es que el que así se expresaba, á su pesar y sin saberlo, se hallaba impregnado de máximas tomadas de la filosofía griega. Tampoco habremos olvidado que Ciceron, el gran orador, tuvo que defenderse de la imputacion de que si se dedicaba á esta clase de estudios era tan sólo como pasatiempo ó deleitacion intelectual en los ócios que le dejaban sus ocupaciones en el mantenimiento de la república. Y si es cierto que, precisamente por ser orador y político, se veia precisado á ocultar su pensamiento y contemporizar con las preocupaciones del pueblo romano para no perder su popularidad é importancia; si procedia en este particular como cuando hablaba á los dioses en los cuales no creia, no puede negarse por eso que ejerció un influjo benéfico en la propagacion de los sistemas filosóficos de la Grecia en el pueblo romano.

De todos los sistemas á que nos referimos, los que hicieron mayor fortuna, como natural era, fueron aquellos que en más armonía estaban con el carácter, génio y demás condiciones del pueblo-rey. Y aunque el epicurismo tuvo representantes de tal monta, como Lucrecio, que con tal elocuencia manifestaba su agradecimiento á la escuela y al fundador, por haberle librado de las preocupaciones religiosas y de los terrores que tales ideas influyen en el ánimo; se comprende, por lo anteriormente dicho, que el estoicismo haya sido el sistema dominante en Roma,

ó mejor dicho, el que fué aceptado con preferencia con las modificaciones necesarias al ser trasplantado á otro país diferente del que habia nacido.

El sistema de Zenon perdió su profundidad y limitó sus representantes de tanta importancia como Séneca, Epitecto y Marco Aurelio, al tomar de él su aplicacion á la moral y el derecho, dejando á un lado sus trascendentales elucubraciones. Pero, precisamente, por esa limitacion práctica y por la general universalizacion, ha tenido una gran influencia en la civilicion moderna y en el hecho más trascendental de la historia, que fué la aparicion primero, y más tarde el dominio, de la religion cristiana. Como suele acontecer en todas las épocas, faltó poco para que los que se creian, ó asímismo se llamaban los doctores del sistema, no lo hicieran completamente estéril y objeto de befa y escarnio por sus exageraciones, sus pedanterías y una ridícula consecuencia. Pero entonces, como ahora, el buen sentido de la generalidad, el claro juicio de entendimientos más flexibles, los epígramas más sangrientos, los absurdos y contradicciones á donde les conducian sus pretendidas y rigurosas consecuencias, hubieron de remediar aquel mal y hacer que el sistema se generalizase. En todos los tiempos, estos apóstoles de las escuelas prestan escasos servicios á las sociedades en que viven y son, con frecuencia, una gran calamidad para las parcialidades políticas, á las cuales se afilian. Tienen nada ménos que la pretension de amoldar la sociedad y las leyes naturales á sus fórmulas ó logomaquias, siendo así que las que varían diariamente son sus ideas. Léjos de amoldar la naturaleza á sus pretendidas fórmulas, son ellas las que tienen que hacer grandes esfuerzos para que éstas correspondan á la realidad. Sin preparacion científica suficiente, su soberbia les hace creer que es lo mismo conocer palabras altisonantes que estar en posesion de nuevas y luminosas verdades. Aquellas exageraciones del estoicismo fueron satirizadas pcr el mismo Ciceron, y sucedió á esta escuela lo que á otras muchas de nuestros tiempos: la sociedad y el público inteligente de Roma concluyó por no hacer caso á sus partidarios, dejándoles reducidos á una influencia casi nula.

Pudiera asegurarse que si Grecia vino á dar vigor á Roma

en la manera de escribir la historia por medio de la poderosa inteligencia de Polivio, á España cúpole otro tanto respecto del sistema filosófico que estamos tratando, por mediacion de Séneca, el filósofo cordobés. Es cierto que éste, como Ciceron, redujo su filosofía, más que á elucubraciones de inteligencia, á una predicacion de moral; pero, ¡cuánto mejor representada está España por el ilustre hijo de Córdoba, que Roma por su eminente orador! Ciceron recomienda que se trate bien á los esclavos; Séneca los proclama iguales á los demás hombres, como siendo todos hijos y hechuras de los dioses. ¡Qué virilidad en sus consejos! "No olvides, y repite constantemente aquel verso: hombre soy, y todo lo que al hombre se refiere no puede serme extraño. El esclavo nació libre como tú; come y bebe lo que tú comes y bebes, respira el mismo aire que tú respiras; nace y muere como tú; él y sus antepasados nacieron como tú, libres, y sólo la maldad de los hombres pudo hacer esclavo al que es igual que los demás." El hombre es noble por ser hombre y ser hechura de los dioses. ¿Has nacido liberto ó esclavo? Levanta tu frente, reclama tu derecho, atrévete á dar el gran salto, y no sólo quedarás emancipado, sino que serás tan noble como otro hombre, cualesquiera que hayan sido sus antepasados; pues sólo el hombre es noble por serlo. Tiende tu mano al desvalido, rompe las cadenas del esclavo, salva al náufrago, socorre al necesitado; no des la humillante limosna que algunos le arrojan con desden temiendo su contacto, sino como un hombre que reparte con otro algo del fondo comun. Ampara al perseguido y al desterrado, que la tierra es la única pátria del hombre, y no un rincon particular de estos que hay aquí abajo. Enjuga las lágrimas del afligido, pero no mezcles las tuyas; que el verdadero sábio socorre y compadece á su semejante, pero no dá nunca lugar á que le compadezcan." Ciceron habia proclamado la caridad y la clemencia. Séneca va más lejos: defiende la igualdad y la fraternidad. Lo vago de los principios y el estilo declamatorio les es comun; pero hay en Séneca un vigor en las deducciones que estaba muy distante de alcanzar el ecléptico Ciceron. Este compara á los hombres de guerra con los de la paz. Aquél va más adelante, y olvidando lo que la civilizacion antigua debió á las conquistas de Alejandro, le trata de insensato, maniático,

salteador, asesino y de plaga del género humano, más perjudicial á la sociedad que aquellos diluvios antiguos que cubrieron gran número de valles.

La igualdad y la fraternidad están en Séneca sostenidas, si cabe, con mayor energía que, más tarde, lo fueron por el Cristianismo. Existia, sin embargo, esta diferencia: en un caso hablaba el filósofo, y sus teorías no tenian más que una débil influencia sobre la generalidad; mientras que en el otro eran la enseñanza de una religion predicada por los humildes y desgraciados. Como siempre la ley del número ha de hacerse sentir, habia de tener, por tanto, el Cristianismo una influencia inmensamente mayor que la escuela de Séneca, por más que ni uno ni otro hayan conseguido que todos los hombres obedezcan á tales sentimientos. La razon es sencilla: por mucho que atraigan y arrebaten á las almas escogidas, no son en absoluto exactos; las acciones humanas obedecen á principios muy complejos y hay, consecuentemente, que tener en cuenta muchos factores que son otras tantas leyes naturales. Séneca, predicando la igualdad y la fraternidad, estuvo á gran altura; pero, como no es dado al hombre, por mucho que valga, adelantarse á su siglo en todos los puntos de vista, no tuvo en cuenta otro factor, por lo ménos tan importante como la igualdad y la fraternidad, que es la libertad. Tampoco lo hizo el Cristianismo y de ello no puede formársele un cargo: no habia llegado aun la hora en que la evolucion se completase, y tal gloria reservada estaba á los tiempos modernos. A las predicaciones de Séneca, comparadas con el Cristianismo, les faltaba la uncion evangélica de éste y en ellas se advertia un poco de la rigidez y tiesura del estoicismo. En cambio, ¡cuánta mayor virilidad hay en las afirmaciones del primero! ¡cuánto más propias eran para caractéres bien templados que las de los partidarios de la buena nueva!

El paso estaba dado y los conceptos marchaban obedeciendo al impulso de la velocidad adquirida. Así se vé que Epitecto sigue las mismas huellas de Séneca, pero acentuándolas más. Sostiene que maltratar un esclavo es maltratar un hermano, porque todos son hechos del mismo modo por Júpiter. Consigna con identicas palabras la sublime máxima del Cristianismo: "No hagas á otro lo que no quieras que él te haga." El sincretismo

religioso lo eleva hasta el monoteismo. Alma ardientemente religiosa, sostiene que hay un sólo mundo, que es la pátria del hombre; que es indiferente haber nacido en Atenas, en Roma ó en una isla salvaje; que el hombre debe conformarse con la voluntad de Dios, que es único, por cariño hácia El, y que los que parecen como distintos, no son más que diferentes nombres de uno mismo; sosteniendo, por último, que la esclavitud no debe existir, porque á ella se opone el amor del prógimo. Si bien la mira como un mal, lo mismo que la guerra, no llegó á pedir por eso su abolicion.

Apoyándose en las teorías de la escuela estóica, á sí mismo se engaña cuando dice que los males exteriores carecen de importancia, y que, como lo necesario es la libertad interior, importa poco ser ó no esclavo. Su deseo de igualdad le lleva á hacer una finísima crítica, que aún tendria hoy perfecta aplicacion, de los que se creen superiores á los demás por poseer más tierras, descender de esta ó de aquella familia ó haber nacido en uno ú otro punto; y los compara á los caballos que quisieran darse tono con los de su especie, por tener un establo construido de esta ó de la otra manera y con más ó ménos cantidad de pienso. Para concluir, diremos que si sus teorías eran las mismas que las del Cristianismo, pudiéramos aplicar aquí lo que se ha dicho de Séneca.

El estoicismo tenia sólo por objetivo el perfeccionamiento individual, y de la sociedad hacia caso omiso. En cambio, el Cristianismo tiene por principal objeto la salvacion eterna; es decir, los fines de ultra-tumba, y de aquí que prescinde hasta cierto punto de la sociedad que es á sus ojos, no sólo contingente, sino un peligro de perdicion. Por consiguiente, ninguno de ellos, llevado á sus últimas consecuencias, podia regir en absoluto los destinos sociales ni ser la única base de ulteriores progresos. La caridad del estoicismo era el orgullo; y la del cristianismo, en cierta manera, el egoismo personal. Los fueros de la verdad exigen decir que el primero era más propio para crear los grandes caractéres que tanto necesitan las agrupaciones, las naciones y la sociedades humanas. El dogma ó la idea de la caida y la necesidad perentoria de dedicarse con exclusiva preferencia á la redencion del alma, llevan en sí tal servilismo y rebaja-

miento, que, si por completo llegase á dominar, imposible seria que las sociedades humanas dejáran de estancarse y, por ende, perecer.

Si no puede negarse á Marco Aurelio un lugar distinguido entre los filósofos; si llevó sus teorías de fraternidad, igualdad y amor al prójimo más adelante que los anteriores, dicho queda, al tratar de los amos del imperio, lo que fueron aquellos y su conducta. Todo lo que en su obsequio puede añadirse es, que jamás ni unas ni otra estuvieron en contradiccion.

En rigor hablando, no puede colocarse á los Plinios entre los filósofos. El mayor fué más bien uno de los pocos sábios que tuvo Roma, y el menor un filántropo constante amigo de España. Séneca, que sostuvo la idea de la perfectibilidad humana, tuvo sus representantes y admiradores en los enciclopedistas franceses del siglo pasado. Plinio el mayor tuvo tambien los suyos en la misma época: por lo que respecta á su ateismo, en el baron de Holbac y en Rousseau, en su creencia de que el hombre de naturaleza era bueno, y sólo fué pervertido por la maldad social; y, por consiguiente, la preferencia que debia darse al estado salvage sobre el de civilizacion. No creia en el progreso, y no estaba muy distante de desear, como los nihilistas modernos, la destruccion de la sociedad. Pero, por una série de contradicciones, le sucedia lo que á otros que profesan las mismas doctrinas: no teniendo ninguna clase de creencias profesaba la caridad por religion, y por culto la mejora social. Era amante del cosmopolitismo, como su sucesor y compañero Buffon. Negaba el progreso y se entusiasmaba ante los adelantos hechos por la ciencia, los que hacia diariamente y de lo que de ella podia esperarse para el porvenir, quedando arrobado su espíritu ante la idea de la perfectibilidad. Maldecia á los que habian descubierto la ciencia, y era el precursor de Augusto Comte, indignándose de que pasáran á la historia los nombres de caudillos y fundadores de religiones, quedando al olvido relegados los de esos bienhechores de la humanidad que, con sus descubrimientos, tanto han contribuido al bienestar comun. Tenia gran empeño en hacerse el indiferente á toda extraña dolencia, y se conmovia ante el padecimiento del más insignificante de sus esclavos, no perdonando medio para aliviarle en sus desdichas ó cuitas. ¡Cuántos

imitadores ha tenido y tiene en la sociedad! ¡Cuántos hombres, de un exterior frio y al parecer indiferentes, piensan más que en sí mismos en el bien de la generalidad! ¡Cuántos con una exterioridad fria y tranquila, sin hacer jamás un alarde de cariño ó de amistad, se hallan siempre dispuestos á sacrificarlo todo á las personas á quienes quieren! Y consiste en que, todas las clases de sentimientos sublimes y desinteresados aman, por su propia naturaleza, en el secreto y en la reserva.

Conocido es ya lo que Plinio el menor habia hecho en defensa de los oprimidos, fueran indivíduos ó naciones, así como en obsequio de la pública enseñanza. No hay para qué repetirlo, y solo diremos en conclusion que, lo mismo que Marco Aurelio, jamás sus acciones desmintieron sus teorías.

El brevísimo resúmen hecho de las creencias y sentimientos que Roma trasmitió á la civilizacion posterior del imperio Ibérico, y que influencia tan decisiva han tenido por razones ya expuestas, lo creíamos de todo punto necesario, si han de tenerse en cuenta los principales factores por donde han de explicarse los ulteriores fenómenos sociales. Faltaba solo decir algunas palabras acerca de la aparicion del Cristianismo, que informa toda la civilizacion moderna, y del derecho escrito sobre el cual están calcadas todas las leyes que nos han regido y que nos rigen. Pero, entendemos que estos asuntos de tan trascendental importancia, tendrán su colocacion natural al explicar los efectos que han producido en la civilizacion española cuando ésta tuvo una vida independiente. Solo diremos respeto á aquél, que las partes principales del primitivo dogma, la fraternidad humana, la igualdad de todos los hombres ante Dios, la solidaridad entre ellos como hermanos, el premio y castigo despues de la muerte, y el ser la verdad absoluta revelada por Él mismo; habian de producir, andando los tiempos, efectos muy contrarios: la sociabilidad y respeto á todos los hombres, mal puede compaginarse con las persecuciones y la intolerancia. Pero, en suma, hemos de decir solemnemente que si produjo muchos males, inmenso mayor número de bienes nos ha dado, y que, cualquiera que sea el porvenir que le esté reservado, la humanidad seguirá durante muchos siglos informándose en sus principios morales.

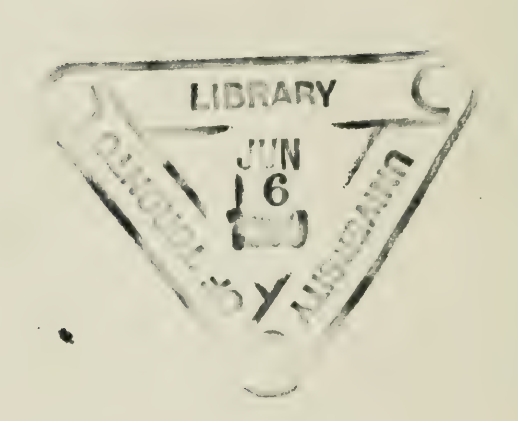
Respecto al segundo, ó sea el derecho escrito, entendemos que para hacer un análisis con la profundidad que el asunto requiere, será más á propósito verificarlo cuando se le compare con los demás elementos traidos por otras civilizaciones diferentes, y que, combinados con él, habian de producir el derecho pátrio.

En resúmen: gran ejemplo dió la Pirenáica península al luchar tan heróicamente por la pátria independencia. Bajo el dominio de la Ciudad Eterna, llegó á alcanzar un grado de esplendor y civilizacion con el que pocas de las naciones conquistadas, caso de que hubiera alguna, pudieron competir, si bien seguido de una decadencia de que la historia tiene pocos ejemplos. Los rasgos más salientes que aparecen desde los primeros habitantes hasta la época que estamos describiendo, son: una individualidad valerosa hasta la temeridad y escasas condiciones de armonía ó cooperacion general; grandes y abundantes rasgos de heroismo en los peligros extremos, y escasa constancia y actividad en todas las situaciones intermedias; períodos de corta duracion los de esplendor y grandeza, y de larga permanencia los de declinacion y rebajamiento; pero sin llegar jamás á perder su carácter dominante ni á desaparecer de la escena del mundo, y, por último, dignidad personal elevada á grande altura, pero con propension marcadísima á la intolerancia.

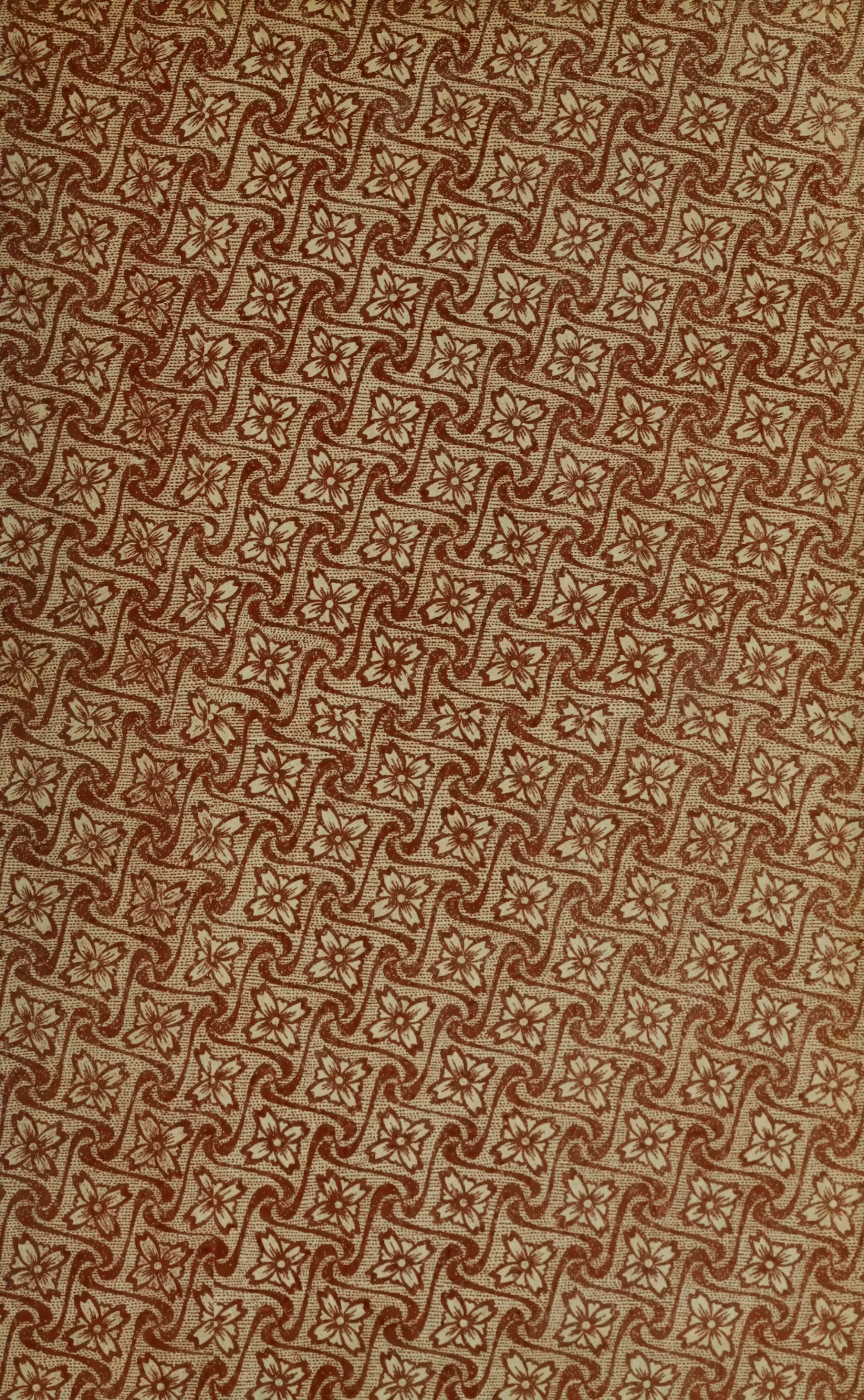
Desde ahora en adelante, España pasará por diferentes vicisitudes, pero sin estar sujeta á un amo extraño. El camino que pisa es el de la regeneracion; pero sus defectos, que como veremos aún no los ha desechado, no la permiten avanzar con ménos lentitud. Sin embargo, los progresos rápidos verificados por las naciones ibéricas desde hace apenas un siglo, las condiciones peculiares de este pueblo español, mezcla de tanta raza; la vivacidad de su inteligencia y cierta nobleza de carácter, más vulgar aquí que en naciones más adelantadas, hacen esperar que aún queden destinos que cumplir á esta nacion y que los cumplirá, siendo un factor importante de la civilizacion europea si se emancipa de tantas preocupaciones como la han legado las generaciones pasadas, el dominio, durante muchos siglos ejercido por una teocracia tan ignorante como llena de avaricia y

de intolerancia, y el despotismo ejercido por dinastías extranjeras en mal hora venidas á este suelo. Las generaciones que nos sigan serán más afortunadas que nosotros, si comprenden que no hay más elemento de riqueza y de bienestar moral y material en las naciones, que el trabajo, la libertad y el derecho.

FIN DEL TOMO PRIMERO.








UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 11 09 08 12 014 2